Wolfram von Eschenbach

Parzival

Junto con el *Fausto* de Goethe y el *Cantar de los Nibelungos*, el *Parzival* (ca. 1220) de Wolfram von Eschenbach es uno de los principales mitos de la cultura alemana. Del interés que suscitó en su tiempo nos hablan los más de 80 manuscritos conservados, algo inaudito para una obra de esa época. Un interés que no ha dejado de aumentar con los años, suscitando una ingente bibliografía que, sin olvidar la famosa ópera de Wagner, ha tratado de esclarecer de diferentes maneras los numerosos misterios que esta obra guarda tan celosamente.

Von Eschenbach no sólo completa y desarrolla con mayor profundidad la historia inacabada que dejó Chrétien de Troyes a finales del siglo XII, sino que introduce una enigmática transformación simbólica que afecta a todo el sentido de la leyenda: el *Grial* ya no es una copa de efectos maravillosos, ni el cáliz de la Última Cena, sino una piedra mágica caída de la corona de Lucifer en el momento de su derrota, que proporciona todos los alimentos deseados. La ampliación del argumento y de la geografía, la nueva complejidad de sus personajes y del tema hacen de Parzival uno de los grandes poemas épicos de la Edad Media y quizá de todos los tiempos.

Wolfram von Eschenbach

Parzival

ePub r1.0
RLull 10.10.15

Título original: *Parzival*
Wolfram von Eschenbach, 1220
Traducción: Antonio Regales

Editor digital: RLull
ePub base r1.2

Introducción

El Parzival, de Wolfram von Eschenbach, es un excelente ejemplo del interés que suscita la Edad Media para el hombre de nuestros días. Con el *Fausto*, de Goethe, y el *Cantar de los Nibelungos* constituye uno de los principales *mitos* de la cultura alemana. Del interés que suscitó en su tiempo nos hablan los más de 80 manuscritos conservados (16 de ellos completos), algo inaudito para una obra medieval. También fue uno de los primeros libros editados por la imprenta (1477), una de las primeras obras medievales traducidas (por Johann Jakob Bodmer, en el siglo XVIII) y uno de los primeros textos editados con criterios modernos (por Christian H. Myller, en 1784, y, ya críticamente, por Karl Lachmann, en 1833). No obstante, a pesar de la ingente bibliografía que se le ha dedicado desde las más diversas ramas del saber, sigue guardando celosamente muchos de sus principales misterios.

Nada sabemos seguro de Wolfram von Eschenbach, que no es citado en ningún documento fuera de su propia obra. Suele aceptarse que nació en la pequeña ciudad que hoy se llama Wolframs-Eschenbach (Franconia). Según la *Ehrenbrief* (1462) del poeta Jakob Püterich von Reichertshausen, allí se encontraba su tumba por entonces, algo que confirma también en 1608 un ciudadano de Nuremberg llamado Kre. Desde 1268 aparece documentada en Eschenbach una familia de señores de Eschenbach. Allí tenían posesiones los condes de Wertheim, citados en el *Parzival*. La lengua de la obra es francón central, con elementos bávaros. Algunos conceden excesiva importancia a un pasaje en el que Wolfram se cuenta entre los bávaros, y le asignan erróneamente ese origen.

Por complejos razonamientos de cronología comparada entre varios autores medievales, junto con algún dato histórico que figura

en su obra, se suele fijar la vida de Wolfram entre 1170 y 1220, y la elaboración del Parzival entre 1200 y 1210.

Aunque se suele decir que Wolfram era noble, no hay datos precisos sobre su adscripción estamental. En el famoso *Manuscrito de Manesse*, que recoge lo esencial de la poesía lírica alemana medieval, figura ciertamente con un blasón (con dos hachas o dos banderas verticales), pero ese códice procede del siglo XIV, cuando el autor del *Parzival* ya era leyenda. Algunos de los mejores conocedores de Wolfram no consideran determinante su frase, en el segundo libro del *Parzival*, «schildes ambet ist mîn art», que parece significar «propio de mi ser es el oficio de las armas», y no «soy por nacimiento un caballero», como ha solido entenderse tradicionalmente.

Aunque a un autor tan irónico y caprichoso como Wolfram casi nunca hay que tomarlo al pie de la letra, es probable que, según nos cuenta, los ratones no tuvieran mucho que comer en su casa. La propia vida del escritor era entonces particularmente difícil, pues la adquisición del manuscrito fuente, el pergamino, la tinta, las copias o las pizarras de cera costaba mucho. Hasta Jean Paul, en el siglo XIX, los escritores dependían en Alemania de la generosidad de los mecenas. Después se enfrentaron con la dura realidad del mercado. Entre los probables mecenas de Wolfram cabe destacar al conde Hermann de Turingia (citado en el *Willehalm*), a uno de los barones de Durne y a uno de los condes de Wertheim.

Además del *Parzival*, Wolfram escribió dos obras épicas en verso. El *Willehalm* trata del encuentro del cristianismo y el paganismo en el sur de Francia; el *Titurel*, de una historia de amor que termina trágicamente. De su producción lírica se conservan cinco alboradas y dos canciones de amor, todas ellas en el estilo propio del autor.

La educación de Wolfram fue discutida mucho tiempo. La expresión del Parzival «ine kan decheinen buochstap» fue tomada literalmente por muchos («yo no sé ni una letra»), con lo que convirtieron a nuestro autor en *analfabeto*.

En realidad, Wolfram tiene una cultura amplia, aunque autodidacta. Ello no quiere decir, por el otro extremo, que todos los ingredientes de teología, derecho, geografía, historia, astronomía, magia, botánica, mineralogía, etc., que aparecen en el Parzival, supongan unos conocimientos sólidos en esos campos. Más bien

parece que se trata de conocimientos de segunda mano o de ideas recibidas del clérigo asesor de la corte. Por lo demás, Wolfram se siente con razón orgulloso de su oficio de poeta.

En cualquier caso, nuestro escritor dominaba suficientemente el francés y, quizá, también el latín. Muchos de los errores que se le han atribuido en la traducción de la fuente francesa no lo son en realidad, sino que buscan determinados rasgos estilísticos y efectos en sus oyentes (creación verbal, dislocación de los nombres, efectos grotescos o cómicos). Y muchos errores ciertos son comunes en la época, pues no existían diccionarios para poder evitarlos.

En conexión con el problema de la formación de Wolfram está el de las fuentes del Parzival.

Wolfram conoce muy bien las obras de Heinrich von Veldeke, Hartmann von Aue y Walther von der Vogelweide, a los que cita expresamente. También demuestra conocer la *Kaiserchronik*, el *Straburger Alexander*, el *Tristrant*, de Eilhart von Oberg, el *Cantar de los Nibelungos* y la poesía de Reimar. Es evidente que conocía también el *Rolandslied*, el *Eraclius*, de Otte, y la enciclopedia denominada *Lucidarius*. Por ciertas alusiones, cabe imaginar que tampoco desconocía otras obras de la literatura alemana de su tiempo. Por otro lado, Wolfram utiliza las obras de Chrétien de Troyes (*Perceval, Erec et Enide, Lancelot, Cligés*), así como otras de la literatura francesa medieval (en particular, el *Roman de Thèbes, Athis et Prophilias, Tristan*, de Tomás de Bretaña, y *Roman de Brut*, de Wace).

El problema principal de las fuentes es que Wolfram se distancia expresamente de Chrétien y cita en seis ocasiones al provenzal Kyot como fuente *verdadera*. Flegetanis, un investigador pagano, habría escrito el manuscrito en árabe, que Kyot habría hallado en Toledo. Ahora bien, todos los esfuerzos por encontrar un Guiot o Guizot semejante han resultado baldíos, por lo que dentro de la Filología Alemana predomina hoy la idea de que se trata de una invención de Wolfram, quizá para defenderse de la fama, que le atribuían sus contemporáneos, de poeta demasiado libre en el seguimiento de las fuentes.

La fuente principal del *Parzival* es el *Perceval le Galois* o el *Conte du Graal*, de Chrétien de Troyes, que consta de 9234 versos y carece de final. Con sus 24 810 versos el Parzival constituye una de las

obras más extensas de la literatura medieval alemana y se distancia notablemente del texto francés. La obra de Wolfram no es una *versión libre* de la de Chrétien, sino una obra *nueva*, que puede y debe estudiarse también como una obra *autónoma*. Con razón se considera a Wolfram como uno de los autores más originales de la Edad Media. Las propias fuentes de Chrétien son básicamente desconocidas, aunque se piensa que se sirvió del material céltico transmitido por recitadores franceses. Wolfram aumenta unos episodios, acorta o suprime otros y añade algunos totalmente nuevos. También cambia los nombres y los caracteres de los personajes. El Perceval es para él como un *guión*, a partir del cual escribe su propia obra. Los contenidos principales que toma de Chrétien son la dualidad del mundo artúrico y del Grial y la dualidad de los protagonistas (Gawan y Parzival). Las diferencias principales están en la pintura de los caracteres, en la reflexión filosófica, religiosa y política y en el estilo.

No se sabe si Wolfram utilizó algún texto francés para completar lo que falta en la narración de Chrétien (el final y los antecedentes de la historia). Sí parecen advertirse influencias de la propia literatura alemana. Por ejemplo, en los dos matrimonios de Gahmuret podría haber recibido la idea de la Eneida, de Heinrich von Veldeke. Las fuentes latinas —*Liber lapidum*, de Marbod, *Polihistor*, de Solino, y la *Crónica* de Guillermo de Tiro— probablemente sólo llegaron a él por divulgaciones o por asesoramientos.

En cuanto a la forma de trabajo, lo más probable es que Wolfram escribiera (o dictara para que escribiera otro) en pizarras de cera y que un escriba pasara luego los versos al pergamino. Hay razones formales para creer que se utilizaban pizarras de 30 versos.

Para comprender la originalidad del *Parzival* en toda su extensión es preciso confrontarlo, siquiera brevemente, con las otras obras de la literatura precortesana y cortesana alemana.

El marco histórico (aproximadamente desde 1170 a 1230) es sumamente agitado. Es el mejor reflejo de la llamada *anarquía feudal*. Rige ampliamente el derecho del más fuerte. La sociedad está sumida en una grave crisis política y religiosa. Los emperadores alemanes tratan de imponer su dominio frente a los señores territoriales y frente al papado, que pretende a menudo el poder

universal. Frente al poder de la Iglesia, cada vez más secularizada, se producen movimientos de seglares que pretenden volver a las raíces del cristianismo y hablar directamente con Dios, sin intermediación de la Iglesia. También aparecen sectas, como las de los cátaros o los valdenses, que minan el propio edificio teológico de la Iglesia. Las cruzadas proporcionan una nueva y más tolerante visión de las sociedades paganas.

En ese contexto la literatura alemana precortesana y cortesana cumple una función muy distinta a la de la etapa anterior. Si antes era un privilegio de los clérigos y se nutría principalmente de los textos religiosos, ahora es un exponente de las pretensiones culturales de la nobleza feudal. En una época de crisis, se trata de presentar un *programa*, un ideal, por utópico que parezca. En la práctica, esta literatura, originariamente promovida por la baja nobleza, acabó por presentar un modelo atractivo para todos los nobles y para el propio emperador. Si bien se mira, se trata de una literatura didáctica, al servicio de los intereses de la nobleza feudal. El caballero, con todas sus virtudes, era algo que los nobles debían imitar. Era como un espejo que se oponía a la triste realidad de aquel entonces.

Pero antes de que aparezca este tipo de héroe en la literatura clásica cortesana, tenemos otros modelos. El héroe de las leyendas de santos es un modelo de comportamiento religioso. El héroe de la literatura precortesana —el del *Rolandslied* o el del *König Rother*, por ejemplo— se diferencia aún bastante del de la literatura cortesana. Es cierto que tiene ya algunas características similares, como las virtudes guerreras o la fuerza del amor, pero se diferencia, con todo, esencialmente de él. Además de ser más refinado y estar más orientado al mundo terrenal, el héroe cortesano lucha por metas *individuales*, no para realizar la idea de poder de un soberano. No se trata ahora, como antes en el *Rolandslied*, de cumplir los designios de Dios convirtiendo por la fuerza a los españoles, paganos y de costumbres libidinosas, con lo que se legitimaban las ambiciones imperialistas de Carlomagno y sus sucesores, sino de conseguir la gloria y la felicidad de cada cual.

Chrétien o Hartman von Aue (*Erec, Iwein*) no presentan un héroe perfecto desde el principio, sino un protagonista que, a través de unas aventuras y de unos conflictos personales, va convirtiéndose

en ese héroe. El rey Arturo es sólo *primus inter pares*. Su corte no es prestigiosa por su poder ciego y absoluto, sino por el prestigio individual alcanzado por sus miembros.

En el *Parzival* el mundo del Grial se opone esencialmente al de la Tabla redonda. Es un mundo superior, como se evidencia en que Gawan, representante del mundo artúrico, es secundario respecto a Parzival y en que éste, después de ingresar en la Tabla redonda, dirige todos sus esfuerzos a culminar su vida ingresando en la comunidad del Grial.

Mientras que en el *Erec* y en el Iwein sólo se ofrece una *humanización* de los usos y abusos de la nobleza, y prácticamente sin problemática religiosa, en el mundo del Grial, tal como lo pinta Wolfram, se encuentra toda una respuesta, aunque utópica, a los grandes problemas de su tiempo. Se defiende aquí la idea de un imperio fuerte, cuya función sería asegurar la justicia y la paz, y la de una sociedad secularizada, en la que los ciudadanos hablan directamente con Dios sin pasar por el tamiz de la Iglesia.

La sociedad del rey Arturo es al principio caótica y adquiere su máximo prestigio tras la victoria de Gawan en la aventura del Schastel Marveile. Arturo funciona entonces en su verdadero papel: como conciliador. La comunidad del Grial tiene en común con la de la Tabla redonda el boato, la educación y el código caballeresco. Pero la diferencia es esencial, pues la comunidad del Grial está dirigida directamente por Dios, que manifiesta su voluntad en las inscripciones del propio Grial. Wolfram parece haberse inspirado aquí en los templarios, a los que les estaba prohibido entonces el amor a la mujer. El principio del Grial no es la *aventura*, como en la Tabla redonda, sino la *humildad*, como en muchos movimientos religiosos de la época.

Muy llamativa también es la ausencia de la Iglesia en el Parzival. No se nos llega a decir si *Parzival* es bautizado y educado cristianamente por su madre, que ni siquiera le ha explicado en un principio quién es Dios. Los matrimonios se realizan en el lecho, no en la iglesia. Y así podríamos seguir aportando ejemplos. No obstante, la cuestión religiosa es tan esencial para la obra como lo era para la sociedad de su tiempo. Se trata, sencillamente, de ese otro tipo de sensibilidad religiosa a la que hemos hecho referencia.

Especialmente controvertido ha sido también el tema de la culpa

o del pecado de Parzival, un tema, como tantos otros en la investigación de la obra, particularmente difícil. La culpa principal de Parzival es no haber hecho a Anfortas la pregunta sobre su salud. Visto teológicamente, sin embargo, esto no era un *pecado mortal*, entre otras cosas porque no había consciencia de actuar mal. Este requisito falta incluso en otros casos llamativos, como en la muerte de su pariente Ither, que recuerda el mito de Caín y Abel, o en la muerte de su madre, que no puede resistir la idea de que Parzival quiera ser caballero. Hay quien, no obstante, ha visto en la omisión de la pregunta un pecado contra la caridad cristiana. Otros se inclinan por una falta contra la fidelidad feudal. Hay quien pone el acento en el odio contra Dios que manifiesta Parzival. Otros ven la culpa, más bien, en la muerte de Ither, que va en contra del código de la caballería. Por mi parte, creo que en las culpas de Parzival se dan, en distinto grado, tres ingredientes: primero, la culpa general del hombre, heredada del pecado de Adán (no por casualidad le habla de ella Trevrizent); segundo, la ignorancia (especialmente llamativa en la juventud); y, tercero, las transgresiones de hecho, religiosas y del código ético de la caballería. Chrétien se centra en la aventura religiosa y deja en segundo plano la caballeresca. Aunque al faltar el final del *Perceval* no sabemos cómo resolvería el conflicto entre el hombre religioso y el caballero, sus sucesores se inclinaron por la victoria del comportamiento religioso: el reino de Arturo acaba destruido por sus pecados. Wolfram, sin embargo, propone una armonía entre los dos tipos de comportamiento.

El amor es en Wolfram el hilo conductor de todas las aventuras. Pero el amor produce también conflictos, odios, violencias, guerras, muertes. El amor puede ocasionar no sólo la muerte del individuo, sino de toda la sociedad. Para evitarlo, el amor debe configurarse como una expresión enriquecedora de la fidelidad. Cuando el amor no es correcto, se producen graves desarreglos personales y sociales. El ejemplo principal es el del rey Anfortas, que ama a una doncella en contra de lo establecido por Dios. El amor es de suyo tan fuerte que puede restablecer el orden de las sociedades trastocadas por un amor pervertido. Parzival y Gawan tienen como tareas ese restablecimiento del buen orden social, que es el querido por Dios.

Muy original es Wolfram también en la atención que presta al parentesco, que convierte en algo fundamental de la obra. La

mayoría de los incontables personajes del *Parzival* son parientes. Sin embargo, se establecen claras prioridades: los linajes de Titurel, primer rey del Grial, y Mazadan confluyen sólo en Parzival. También se advierte que la línea padre-hijo aparece a menudo perturbada (Arturo pierde a su único hijo; Parzival y su hermano Feirefiz crecen sin padre, etc.). Con frecuencia los parentescos se descubren tarde (por ejemplo, cuando Parzival mata a Ither o cuando lucha con Feirefiz). Cuanto más se sabe de los parientes, mejor se comprende uno mismo. En otro sentido, algunos parientes (como Feirefiz para Parzival) funcionan psicoanalíticamente como proyecciones del propio yo (la lucha contra Feirefiz es la lucha de Parzival consigo mismo).

En conexión con esto desearía apuntar otro rasgo singular del Parzival, que contribuye también a su *modernidad*: el profundo respeto al paganismo. No sólo se trata de episodios aislados, sino de que la obra en su conjunto propone un modelo ideal de sociedad (utópica) en la que los cristianos y los paganos viven en armonía y tolerancia. Oriente y Occidente quedan subsumidos en esa sociedad universal, regida inmediatamente por Dios y orientada a conseguir el orden, la justicia, la paz y el bienestar de todos los súbditos. En la sociedad del Grial los cristianos y los paganos tienen los mismos derechos. Esta igualdad de derechos queda concretada y realzada al ser hermanos el cristiano Parzival y el pagano Feirefiz. Oriente y Occidente tendrían el mismo tipo de sociedad feudal, la misma cultura y la misma ideología. Es cierto que, al bautizarse Feirefiz y extender el cristianismo en Oriente, Wolfram parece pensar que la unidad futura se hará bajo el cristianismo; pero ello no quita nada a la idea de tolerancia que distingue a toda la obra. Es el amor fraternal entre Wolfram y Feirefiz —y no la Iglesia, siempre ausente — el que simboliza la nueva sociedad universal tolerante. Incluso en el duelo entre los dos hermanos resulta vencedor en todos los sentidos el pagano Feirefiz, algo impensable en la literatura de aquel tiempo.

Wolfram tiene un estilo sumamente peculiar. En realidad, en el *Parzival* hay dos planos de la narración. El autor no se conforma con contar cosas, sino que interviene con comentarios, noticias y apelaciones al oyente, que queda perfectamente implicado en los hechos. Wolfram cambia a menudo bruscamente de plano. Le gusta

sorprender, romper la monotonía. El elemento cómico le sirve también para dar vivacidad al relato. Es un prototipo del narrador *omnisciente*, que domina toda la narración y sabe engarzar sabiamente las aventuras y los temas y motivos del relato. Wolfram es famoso, por otro lado, por su oscuridad y por su constante juego con el lenguaje. En ninguna otra obra de la literatura alemana se siente el traductor tan desamparado, a pesar de la ingente bibliografía. Wolfram es tan peculiar en el uso del lenguaje, tan oscuro, tan caprichoso y tan elíptico, que a menudo no se sabe a ciencia cierta lo que de verdad quiere decir. Lo que el traductor lamenta es, sin embargo, otro rasgo positivo de originalidad que contribuyó a enriquecer decisivamente la expresión literaria en alemán.

En resumen, el *Parzival* alumbra incontables caminos que forman parte no sólo de la conciencia del hombre medieval, sino también de la del hombre en general y de la de nosotros mismos en particular. Las incontables *aventuras* de la obra son, en última instancia, los esfuerzos por construir nuestro propio *yo* y por conocernos mejor.

Nota sobre la traducción

La traducción se basa en la edición más prestigiosa del texto medieval del *Parzival*, que sigue siendo la de Karl Lachmann (1833), en su sexta y séptima ediciones (1926 y 1952, respectivamente). Se han mejorado, sin embargo, con algunas pequeñas correcciones de la crítica especializada, en particular las de la edición de Dicter Kühn (Francfort del Meno, 1994).

En esta primera traducción al castellano se han tenido en cuenta la bibliografía especializada, de la que se recoge aquí sólo una pequeña muestra, y las traducciones a otros idiomas, si bien ha primado siempre la amorosa dedicación y el fiel respeto al texto original.

Parzival

—*Belakane*—

Si la duda anida en la vecindad del corazón, habrá de nacer amargura en el alma. Si se unen, como los dos colores de la urraca, el valor intrépido del hombre y su contrario, todo será a un tiempo laudable y deshonroso. Quien duda puede estar contento, pues el cielo y el infierno forman parte de él. El inconstante está teñido de negro y termina en el negro color del infierno. En cambio, quien se rige por la constancia se guía por el luminoso color del cielo.

Este alado ejemplo de la urraca parecerá demasiado precipitado a los necios, pues no captan su verdadero sentido: se les escapa como una liebre asustada. Sucede como con el espejo y la falsa imagen del mundo que tiene el ciego: ofrecen una imagen fugaz, sin nada detrás. Su turbia luz es inconstante y causa una efímera alegría. Quien me quisiera afeitar la palma de la mano, donde nunca ha crecido un cabello, tendría que hacerlo desde muy cerca y ser muy avispado. Si entonces gritara yo de miedo «¡ay!», eso reflejaría cuál es mi inteligencia. ¿Quiero encontrar la fidelidad precisamente allí donde ésta puede desaparecer, como el fuego en la fuente y el rocío en el sol?

Aún no he conocido a un hombre juicioso que no quisiera saber qué sentido profundo tiene esta historia y qué buena doctrina ofrece. La historia, al igual que un buen caballero en un torneo, no dejará de huir y perseguir, retirarse y atacar. A quien domina estas suertes su entendimiento le ha guiado bien. No se quedará sentado, ni errará el camino, ni acertará a desenvolverse bien en cualquier otro lugar del mundo. El ánimo desleal con el prójimo conduce al fuego del infierno y destruye toda buena fama como si fuera granizo. La confianza que ofrece ese ánimo tiene una cola tan corta

que no puede evitar la tercera picadura cuando los tábanos caen sobre ella en el bosque.

Estas distinciones no sólo van destinadas al varón. A las mujeres les fijo las siguientes metas: la que quiera oír mi consejo tiene que saber a quién dirige su alabanza y su honra, y a quién ofrece después su amor y su virtud, para que más tarde no se arrepienta de su castidad y fidelidad. Pido a Dios que las mujeres honradas sigan siempre la justa medida. La castidad es la corona de todas las virtudes. No necesito pedir para ellas mayor felicidad.

La mujer falsa consigue un falso prestigio. ¿Cuánto dura una fina capa de hielo cuando recibe el sol de agosto? Con la misma premura se desvanecerá el prestigio. La belleza de muchas mujeres es celebrada por doquier. Pero si su corazón es falso, comparo su valor con el de unos añicos de vidrio engastados en oro. Y, al contrarío, no tengo por ninguna menudencia el que alguien engaste un noble rubí en humilde latón con todos sus misteriosos poderes mágicos. Con esto último comparo a la verdadera mujer. Si ella hace justicia a su feminidad, no la juzgaré ni por su color externo ni por la envoltura visible de su corazón. Si tiene un noble corazón dentro de su pecho, no se le negará el premio de un inmaculado prestigio.

Si quisiera tratar detenidamente a la mujer y al hombre —como bien podría hacerlo—, necesitaría una larga narración. Oíd entonces esta historia, que os hablará de amor y de sufrimiento: la alegría y las cuitas van de la mano. Suponed que yo fuera tres personas y que cada una hiciera por su cuenta lo que soy capaz de hacer por mí mismo: aun entonces se necesitaría una extraordinaria fantasía y un gran esfuerzo para contaros entre los tres lo que os voy a contar yo solo.

Os voy a contar con voz nueva una historia que habla de inquebrantables fidelidades, de la verdadera feminidad de una mujer y de la virilidad del hombre que nunca se doblegó ante ninguna dificultad. Dondequiera que luchó, no lo dejó abandonado su corazón. Era como forjado de acero y consiguió en victoriosos combates muchos títulos de gloria. Era valiente y tardó en adquirir la experiencia de la vida. Saludo al héroe, a quien miraban dulces los ojos de las mujeres, cuyos corazones llenaba de añoranza, y quien cuidadosamente huía de toda mala acción. El que he elegido

como héroe de esta historia, y a quien sucederán tantos portentos, no ha nacido aún en este punto de mi narración.

Rige hoy, como antes, donde impera e imperaba el derecho de sucesión francés (también sucede en algunos territorios alemanes, como sabéis), el principio de que quien rige el destino del país pueda disponer sin avergonzarse (es cierto, aunque *parezca* extraño) que toda la herencia del padre la reciba el hermano mayor. Para los hermanos menores era una desgracia que la muerte del padre los privara de los bienes que disfrutaban cuando éste aún vivía. Antes compartían lo que ahora poseía sólo el mayor. Un sabio estableció que la vejez debe ir acompañada de bienes, pues la juventud tiene muchas excelencias; la vejez, suspiros y penas. Nunca ha habido nada peor que la vejez y la pobreza. Según mi sincera opinión, que los reyes, condes y duques queden desheredados, excepto los hijos mayores, es un uso muy extraño.

Gahmuret, el valiente pero comedido héroe, perdió así los castillos y el país en el que su padre había llevado esplendorosamente cetro y corona, con un gran poder como rey, hasta que cayó muerto en un combate caballeresco.

Se le lloró mucho, pues se había distinguido hasta su muerte por su sentido del deber y por su buen nombre. Su primogénito convocó ante sí a todos los príncipes del reino. Llegaron éstos como convenía a unos caballeros, pues esperaban con razón conseguir de él grandes feudos.

Oíd lo que hicieron cuando llegaron a la corte y se les reconocieron sus pretensiones de recibir los feudos. Según les aconsejaba su lealtad, toda la asamblea, ricos y pobres, elevó la petición, modesta pero decidida, de que el rey mostrara a Gahmuret su mayor amor fraternal y se honrara a sí mismo no desheredándolo por completo, sino dejándole un predio, de modo que se pudiese ver que el noble señor podía vivir conforme a su alcurnia y a su estamento libre. El rey se mostró de acuerdo y dijo: «Sabéis pedir con mesura: os concedo esto y más aún. ¿Por qué no llamáis a mi hermano Gahmuret de Anjou? Anjou es mi país: seremos llamados ambos por ese nombre». El noble rey prosiguió: «Mi hermano puede contar con mi constante ayuda, mayor que la que ahora rápidamente le prometo. Debe pertenecer a mi séquito. Os voy a demostrar a todos que los dos somos hijos de la misma madre. El

tiene poco, y yo en abundancia: lo repartiré con él para no poner en juego mi salvación ante Aquel que da y quita con pleno derecho».

Cuando todos los poderosos príncipes supieron que su señor obraba con amor de hermano, fue para ellos un día jubiloso. Todos se inclinaron ante él. Gahmuret no permaneció callado por más tiempo, sino que se mostró conforme, siguiendo la voz de su corazón. Amistosamente dijo al rey: «Señor y hermano mío, si quisiera pertenecer a tu séquito o al de algún otro, habría conseguido una cómoda vida. Mirad, no obstante, mi fama, pues sois fiel y experimentado, y dadme vuestro consejo y ayuda para acrecentarla. No tengo más que mi armadura: ¡ojalá hubiera realizado en ella muchas hazañas que me hubieran traído la fama en tierras lejanas, donde se pensara en mí!». Gahmuret continuó: «Tengo dieciséis escuderos, de ellos sólo seis con armadura. Concededme además cuatro donceles bien educados y de alta cuna. No dejaré de darles generosamente parte de lo que consiga. Quiero andar por el mundo. También antes he ido a menudo en busca de aventuras. Si la suerte me es propicia, conquistaré el favor de las nobles damas. Si puedo servirlas, y soy digno de ello, mi inteligencia me aconseja que lo haga con recta fidelidad[1]. ¡Que Dios me indique el camino de la dicha! Una vez fuimos juntos (entonces gobernaba vuestro reino nuestro padre Gandin) y sufrimos muchos penosos avatares por causa del amor. Vos erais caballero y ladrón, pues sabíais servir por amor y ocultarlo. ¡Ay! ¡Ojalá supiera yo también ahora amar en secreto! ¡Si tuviera vuestra destreza y consiguiera el favor de las damas!».

El rey suspiró y dijo: «¡Qué pena haberte visto! Con tus jocosas palabras me has partido el corazón y lo volverás a hacer si te vas. Mi padre nos ha dejado a ambos muchos bienes: te cedo la mitad. Siento gran inclinación por ti. Piedras preciosas, oro rojo, hombres, armas, caballos, vestidos… Coge lo que quieras para obrar a tu antojo y para ejercer tu generosidad. Tu arrojo es extraordinario. Si hubieras nacido en Gylstram[2] o procedieses de Ranculat[3], te tendría, con todo, siempre a mi lado, pues tengo debilidad por ti. Realmente eres mi hermano».

«Señor, me alabáis por necesidad, porque a ello os obliga vuestra noble educación. Ayudadme en la misma medida. Si vos y mi madre queréis repartir conmigo vuestros bienes muebles, mi gloria crecerá

y nunca descenderá. Mi corazón, sin embargo, busca las alturas: no sé por qué se excita así, abombando la parte izquierda de mi pecho. ¡Ay! ¿Adónde me lleva mi ansiedad? Lo intentaré, si puedo. Se acerca el día de mi despedida».

El rey le concedió todo, más de lo que él mismo ansiaba: cinco caballos escogidos y conocidos, los mejores del país, valientes, fuertes, briosos; además muchas preciosas vasijas de oro y numerosos lingotes de oro. Al rey esto no le entristeció nada: llenó a rebosar de piedras preciosas cuatro arcas sobre otros tantos caballos. Los escuderos que se ocupaban de ello estaban hermosamente vestidos y tenían excelentes monturas. Cuando Gahmuret fue hacia su madre y ésta lo abrazó muy fuerte, no contuvieron los lamentos. «Hijo del rey Gandin, ¿no quieres seguir a mi lado?», dijo la bondadosa mujer. «¡Ay! Yo te he traído al mundo, y eres también el hijo de Gandin. ¿Está Dios ciego, que no me ayuda, o sordo, que no me escucha? ¿Tendré que padecer nuevas tribulaciones? He enterrado a la fuerza de mi corazón y a la alegría de mis ojos. Si Él me quiere seguir robando, a pesar de ser un justo juez, no es cierto lo que se dice de su ayuda, pues Él, impotente, me ha abandonado».

Entonces habló el joven señor de Anjou: «Dios os consuele, señora, de la pérdida de mi padre, al que ambos debemos llorar gustosos. De mí nadie os dirá nunca nada que os apene. Voy a países extraños en busca de aventuras caballerescas para conseguir la gloria. Señora, así tiene que ser».

Entonces dijo la reina: «Puesto que diriges tu pensamiento y tu ánimo al alto amor cortés, querido hijo, no menosprecies los bienes que te doy para el viaje. Ordena a tus chambelanes que vengan a buscar cuatro pesadas arcas de viaje: en ellas hay grandes pieles enteras, aún no cortadas, y muchas preciosas piezas de terciopelo. Querido hijo, hazme saber el momento de tu regreso: con ello me darás una gran alegría».

«Señora, no sé a qué país llegaré. Vaya a donde vaya, habéis obrado noblemente conmigo, como conviene a la honra del caballero. También el rey se ha despedido de mí de una forma que debo agradecer y por la que le tengo que rendir tributo. Por ello lo tendréis en tanta mayor estima, me pase a mí lo que me pase».

Según nos dice la historia, el intrépido héroe recibió, por el

amor de una mujer a la que había servido, un tesoro valorado en mil marcos. Si un judío quisiera aún hoy una fianza, lo aceptaría sin tener ningún motivo para rechazarlo. Se lo envió su amiga. Obtuvo, pues, ganancias por su servicio a la mujer, pero no se curó de sus penas de amor.

El héroe se despidió. Sus ojos no volverían a ver nunca más a su madre, a su hermano y a su país; para muchos fue una gran pérdida. Dio sus sentidas gracias a todos los que antes de partir le habían hecho regalos de cualquier género. Le parecía excesivo. Su buena educación no le movía a pensar que estuvieran obligados a ello. Su ánimo era muy recto. Mas el que se alaba a sí mismo a menudo no es creído: deberían pregonarlo los vecinos y los que hubieran visto sus hazañas cuando estaba fuera del país, pues a ellos se les creería.

Gahmuret se regía por la justa mesura, y no por la suerte. Se alababa poco, recibía paciente los grandes honores y no se dejaba llevar por la simple voluntad. Pero pensaba el valiente que no quería pertenecer a las mesnadas de nadie que llevase corona, fuese rey, emperador o emperatriz, a no ser que gobernase sobre todos los países de la tierra. Este deseo estaba vivo en su corazón.

Entonces oyó que en Bagdad existía un gobernante tan poderoso que dos tercios o más de la tierra le estaban sometidos. Su nombre pagano era muy noble: se le llamaba el califa[4]. Su poder ejercía tal atracción que eran sus siervos muchos reyes con corona y le servían como vasallos. Todavía hoy existen los califas. Así como se practica en Roma la ley cristiana, a la que nos obliga el bautismo, allí se pueden ver las normas paganas. En Bagdad ejercen su derecho papal (lo consideran perfectamente correcto) y el califa les pone la penitencia por sus pecados.

A dos hermanos de Babilonia, Pompeyo e Ipomidón, el califa les tomó Nínive, que había estado antes en manos de sus antepasados. Ellos se defendieron con todas sus fuerzas. Precisamente entonces llegó el joven de Anjou, al que el califa recibió muy amistosamente. Gahmuret, el noble señor, recibió su soldada por servirle. Le permitió llevar un escudo de armas distinto del que le había otorgado Gandin, su padre. El noble héroe, como símbolo de sus deseos, lucía sobre la gualdrapa un ancla, cortada de blanca piel de armiño; los mismos blasones llevaba en el escudo y en el vestido.

Más verde que la esmeralda era la gualdrapa de su cabalgadura, del color del ajmardí[5]. Es ésta una tela de seda, mejor que el terciopelo: de ella mandó hacer la guerrera y la capa. Encima se cosieron anclas blancas y se adornaron con cordeles de oro. Pero sus anclas no tocaron tierra firme, ni siquiera los lugares de la costa. Nunca encontraron fondo. El señor tuvo que seguir llevando el peso de este blasón por muchos países, como noble huésped; tenía el símbolo del ancla, pero en ningún sitio se concedía ningún tipo de parada o de descanso. ¿Cuántos países recorrió a caballo o en barco? Si tuviera que jurároslo, os daría mi palabra de caballero: tantos como dice la historia; no tengo más testimonios. Y la historia indica que su fuerza heroica resultó victoriosa en tierras paganas, en Marruecos y en Persia. También venció en otros lugares: en Damasco y en Alepo; por doquier donde había luchas caballerescas, en Arabia y ante la ciudad de Arabí, ganó tal fama que nadie de sus iguales osaba enfrentársele en singular combate. Su corazón ansiaba la gloria: al lado de la suya, palidecía la fama de los otros o incluso quedaba aniquilada. Bien lo sentía el que justaba con él. Se decía de él en Bagdad que su valentía era invencible.

De allí partió hacia el reino de Zazamanc[6]. Allí todos lloraban a Isenhart, que había perdido la vida por servir a una mujer. Lo había llevado a la muerte la bella y virtuosa Belakane. Esta no le concedió su amor, por lo que él murió de añoranza. Sus deudos lo vengaron, en lucha abierta y con emboscadas. Asediaban a la dama con su ejército. Ella se defendía bravamente cuando Gahmuret llegó a su país, que el escocés Fridebrando había incendiado con su flota antes de partir de allí.

Mas oíd ahora cómo había sido el viaje de nuestro caballero. El mar lo lanzó allí en una tormenta, de modo que a duras penas salvó la vida. Con su velero llegó al puerto, delante del palacio[7] de la reina. Muchos dirigieron sus miradas hacia él. En ese momento contempló el campo de batalla. Muchas tiendas de campaña se habían levantado en torno a la ciudad, salvo en la orilla del mar: acampaban allí dos poderosos ejércitos. Entonces mandó preguntar a quién pertenecía la ciudad, pues nunca había oído hablar de ella, ni tampoco ninguno de sus marineros. A sus mensajeros les dijeron que era Patelamunt[8]. Les habían respondido muy afectuosamente. Le pedían por sus dioses que les ayudara, pues estaban en grandes

apuros y luchaban a vida o muerte. Cuando el joven señor de Anjou oyó su penosa situación, ofreció sus servicios por una soldada, como suele hacer un caballero. En caso de no aceptarlo, les pidió que le dijeran por qué otra recompensa habría de sufrir la cólera de los enemigos. Entonces dijeron los enfermos y los sanos, como una sola boca, que le pertenecería todo su oro y todas sus piedras preciosas; todo sería suyo, y podría vivir muy bien como su huésped. Pero él no necesitaba bienes: había traído de Arabí muchos lingotes de oro. Negros como la noche eran todos los de Zazamanc, por lo cual pensaba que una estancia allí se le haría larga. Pero ordenó procurar alojamiento a la tropa: para ellos era un honor ofrecerle el mejor. Las damas seguían en las ventanas y miraban hacia allí: contemplaban con la mayor atención a sus escuderos y la armadura del joven con sus ornamentos.

El generoso héroe llevaba un escudo decorado con armiño y con no sé cuántas pieles de marta cebellina. El mariscal de la reina creyó apreciar en él una gran ancla. No se entristeció en absoluto al verla, pues sus ojos le indicaban que había visto ya antes a este caballero o a su viva imagen. Tenía que haber sido en Alejandría, cuando el califa la tenía sitiada. Nadie había hecho sombra a la gloria del héroe.

El caballero cabalgó contento y tranquilo hacia la ciudad. Mandó cargar diez caballos, que entraron por las calles. Detrás cabalgaban veinte escuderos. Delante se veía a los de a pie, pues los pajes, cocineros y mozos de cocina marchaban a la cabeza del cortejo. Espléndido era su séquito: doce donceles de alta cuna cabalgaban detrás de los escuderos, bien educados y con buenos modales. Algunos eran sarracenos. Después seguían ocho corceles en caravana, cubiertos de cendal. El noveno llevaba la silla del caballero. A su lado, un escudero muy hermoso portaba el escudo que ya he mencionado antes. Detrás de él cabalgaban los trompetas, que también son imprescindibles. Un tambor tocaba su tamboril y lo lanzaba muy alto. Esto no era bastante para el señor, pues cabalgaban también flautistas y tres buenos violeros. Todos ellos iban sin prisas. El propio caballero cabalgaba detrás con su experimentado y famoso timonel.

Todos los habitantes de la ciudad, hombres y mujeres, eran moros y moras. El señor vio muchos escudos rotos, atravesados

completamente por las lanzas; colgaban en gran número de las ventanas y de las puertas. Se oían lamentos y gritos, pues se habían sacado a las ventanas, al aire, a muchos heridos, cuando se había traído al médico y no los podía curar. Habían permanecido ante los enemigos. Así sucede al que no quiere huir. Muchos caballos le salieron al encuentro, heridos de lanzadas y de tajos de espadas. A la derecha y a la izquierda vio a numerosas mujeres de piel oscura: eran negras como cuervos.

Su anfitrión lo recibió amigablemente, lo que redundaría después en su beneficio. Era un hombre de gran valentía: con su propia mano había repartido muchos tajos y golpes cuando protegía una puerta. Junto a él encontró a muchos caballeros con los brazos en cabestrillo y las cabezas vendadas. Sus heridas no les impedían combatir. No habían perdido las fuerzas. El burgrave de la ciudad pidió amablemente a su huésped que no se privara de servirse a su voluntad de sus bienes y de él mismo. Lo condujo hasta donde estaba su mujer, que besó a Gahmuret, lo que al caballero le produjo poco contento. Después se marchó a comer. Cuando terminó, el mariscal se fue enseguida hasta la reina y le pidió una gran propina[9]. Después le dijo: «Señora, nuestras penalidades se han trocado en alegrías. El que hemos recibido es un caballero tan excelente que tenemos que dar gracias a nuestros dioses, que pensaron en nosotros y lo trajeron aquí».

«Ahora dime, por tu fidelidad, quién es ese caballero». «Señora, es un héroe extraordinario, un Anjou de esclarecida estirpe. ¡Qué poco se preocupa de su vida cuando se le deja atacar! ¡Qué bien esquiva y se vuelve hacia delante! Enseña al enemigo a perder. Lo vi luchar espléndidamente cuando los babilonios intentaban liberar Alejandría y querían expulsar de allí con todas sus fuerzas al califa. ¡Cuántos cayeron en esa derrota! El adorable caballero realizó tales hazañas que sus enemigos no tenían más salvación que la huida. Además he oído contar que en muchos países nadie goza de mayor fama».

«Mira a ver cómo lo arreglas, sea como sea, para que pueda hablar con él aquí. Todo el día tenemos tregua. Entonces este héroe podría cabalgar aquí arriba, hasta mí. ¿O debo ir yo allí? Su color es distinto del nuestro: ¡ojalá no le incomode! Me gustaría saberlo antes: si los míos me lo aconsejaran, debería recibirlo con todos los

honores. Si desea acercarse a mí, ¿cómo lo he de recibir? ¿Tiene el mismo rango que yo, para que mi beso no sea un beso perdido?».

«Señora, es conocido como de estirpe real: respondo de ello. Noble señora, voy a decir a vuestros príncipes que se pongan ricos vestidos y que esperen ante vos hasta que lleguemos. Decídselo también a vuestras damas. Cuando vaya abajo, os traeré al noble huésped, quien muestra gran cortesía».

No esperaron nada. El mariscal cumplió diligentemente el ruego de su señora. Al punto trajeron a Gahmuret ricos vestidos, que se puso. He oído decir que eran realmente magníficos. Según sus deseos, le cosieron en ellos pesadas anclas de oro arábigo. Acto seguido el caballero, que sabía recompensar el amor, subió a su caballo, que había montado un babilonio en singular combate contra él. Lo había tirado impetuoso al suelo de una lanzada, lo que fue su perdición. ¿Qué si su anfitrión cabalgó con él? Sí, él y sus caballeros, y además gustosos. Cabalgaron juntos hasta allí y desmontaron delante del palacio, en el que había muchos caballeros ricamente vestidos. Los pajes de Gahmuret entraron delante de él, de dos en dos y tomados de la mano. Su señor encontró a muchas damas magníficamente vestidas. A la poderosa reina los ojos se le llenaron de pesadumbre cuando vio al de Anjou. Presentaba éste un aspecto tan magnífico que, lo quisiera ella o no, abrió al amor el corazón de la reina, que antes había mantenido cerrado por su femenino recato. Anduvo un poco hacia su huésped y le pidió el beso de bienvenida. Ella misma lo tomó de la mano, lo condujo hasta la pared que daba a los enemigos y se sentaron en una amplia ventana, sobre una colcha guateada de terciopelo, que cubría unos suaves cojines. Si hay algo más claro que el día, no era ciertamente la reina. Era muy femenina y tenía buenos modales, pero no se parecía a la rosa humedecida por el rocío, pues era negra. Su corona era un esplendoroso rubí: con su luz se podía ver bien su cabeza. La anfitriona dijo a su huésped que se alegraba de que hubiera venido. «Señor, he oído mucho sobre vuestras virtudes caballerescas. Como tenéis buena educación, no os enojéis si os cuento mis desventuras, que llevo en mi corazón». «Estad segura de mi ayuda. Sea lo que sea aquello que os amenazaba o amenaza, os libraré de ello. Estaré a vuestro servicio. Soy un solo hombre, pero todo el que os haga ahora algo, u os lo haya hecho antes, tendrá

enfrente mi escudo. Pero esto molestará poco a los enemigos».

Enseguida dijo educadamente un príncipe: «Si tuviésemos un buen adalid, mal les iría a nuestros enemigos, puesto que Fridebrando se ha ido. Está liberando ahora su propio país. Los parientes del rey llamado Hernant, a quien mató por causa de Herlinde, lo ponen en aprietos y no se arredran. Ha dejado aquí algunos héroes, como el duque Hüteger y su séquito: sus hazañas caballerescas nos han causado gran daño; son diestros y fuertes en el combate. Además, Gaschier, de Normandía, el héroe experimentado y noble, tiene aquí muchos mercenarios. Más aún tiene Kaylet de Hoscurast. Así pues, el rey escocés Fridebrando trajo al país a muchos extranjeros, llenos de cólera; y con él cuatro de su mismo rango, también con muchos mercenarios. Al poniente, allí junto al mar, acampa el ejército de Isenhart con los ojos llenos de lágrimas. Desde que su señor murió en duelo singular, nadie los vio nunca sin un profundo pesar. La lluvia de lágrimas de sus destrozados corazones los inunda».

Con modales caballerescos dijo el huésped a la reina: «Decidme, si os place, por qué razón os atacan tan encolerizadamente con toda la fuerza del ejército. Tenéis muchos héroes valientes. Me duele que sean acosados por el odio de los enemigos y se les causen daños».

«Os lo diré, señor, puesto que lo deseáis. Me servía un excelente caballero. Era como una rama con todas las virtudes de la caballería. El héroe era arrojado e inteligente, un verdadero fruto de la fidelidad amorosa. Su educación era un ejemplo para todos. Era más casto que una mujer. Tenía valentía y fortaleza, y no ha existido aún en parte alguna un caballero tan generoso. (Lo que suceda después de nosotros, no lo sé: pueden decirlo otros). No era versado en villanía. Era negro y moro, como yo. Su padre se llamaba Tankanis, un rey también de gran fama. Mi amado se llamaba Isenhart. Como mujer estaba desprotegida cuando acepté su servicio amoroso, pues no le concedí la alegría que anhelaba. Siempre tendré que lamentarlo. Ellos piensan que lo he llevado a la muerte: no sé nada de traición, por mucho que me acusen de ello los suyos. Lo he querido más a él que ellos a mí. No carezco de testigos, con los que lo probaré pronto: la verdad completa la saben mis dioses y también los suyos. Me hizo sufrir mucho. Mi castidad de mujer ha diferido su premio y ha prolongado mi pena. Al

conservar yo mi doncellez, el héroe conquistó gran fama mediante hazañas de caballería. Quise comprobar si era digno de ser mi amante. Pronto se vio. Por mí se despojó de su armadura. Lo que se ve allí como un palacio es una gran tienda. La trajeron escoceses a este campo. Después de que el héroe se quitase la armadura, no prestaba atención a su vida. Estaba casi cansado de muerte, pero buscaba muchas aventuras sin armadura. Cuando esto sucedía, un príncipe, de nombre Prothizilas, de mis huestes, un valiente, cabalgó en busca de aventuras y no salió de ellas sin daño. En la selva de Azagouc[10] libró un combate singular con un valiente caballero, que encontró también la muerte. Era mi amado Isenhart. A cada uno de ellos una lanza le había atravesado el escudo y el cuerpo. Aún lo lamento, desdichada de mí. La muerte de ambos me atormenta siempre. De mi felicidad florece sólo el lamento. No me he entregado aún a ningún hombre».

Gahmuret pensó que, aunque era pagana, nunca había entrado en el corazón de una mujer mayor feminidad. Su castidad era su bautismo, y también la lluvia de lágrimas que fluía de sus ojos y que la mojó al caer sobre su marta cebellina y sobre su pecho. El dolor era su dicha y una verdadera escuela de sufrimiento.

Ella siguió diciendo: «Por el mar llegó el rey escocés con su ejército, pues era el primo de Isenhart. Debo confesar que no pudieron hacerme más daño que el que había sufrido con éste». La dama sollozó muchas veces. A través de las lágrimas miraba a menudo a Gahmuret, ruborizada y como una amiga. Entonces sus ojos dijeron a su corazón que era realmente hermoso. Sabía distinguir también a los blancos, pues había visto antes a muchos paganos de este color. Al punto surgió entre ambos un fuerte deseo amoroso: ella miraba para allí, él miraba para aquí. Después mandó traer la bebida de despedida. Si se hubiera atrevido, no lo habría hecho. La entristecía que la obedecieran, pues ahora tenían que retirarse también los caballeros, que gustosos hablaban con las damas. La vida de la dama era ahora la propia vida del caballero; él había despertado en ella ese deseo, por lo que su vida era también la vida de ella. Entonces se levantó Gahmuret y dijo: «Señora, os resulto molesto. Llevo ya demasiado tiempo aquí. No me he comportado con mucha cortesía. Soy vuestro servidor y me duele que sean tan grandes vuestras preocupaciones. Señora, disponed de

mí. Os vengaré donde queráis. Os prestaré el servicio que os debo».

Ella contestó: «Señor, os creo firmemente».

El burgrave, su anfitrión, se esforzaba por hacerle pasar bien el tiempo. Le preguntó si quería dar un paseo a caballo. «Mirad dónde luchamos y cómo protegemos nuestras puertas». Gahmuret, el héroe cabal, dijo que le gustaría ver dónde se celebraban los combates caballerescos. Con el héroe cabalgaron hacia abajo muchos caballeros esforzados, unos experimentados y otros bisoños. Lo llevaron alrededor, ante las dieciséis puertas, ninguna de las cuales estaba cerrada «desde que se vengó a Isenhart tan furiosamente. Noche y día se mueve de acá para allá nuestra lucha, sin decidirse. Desde entonces permanecen las puertas abiertas. Ante ocho puertas luchan las huestes del fiel Isenhart. Nos han causado mucho daño. Luchan con saña los príncipes de alto linaje, los hombres del rey de Azagouc». Delante de cada puerta ondeaba una bandera resplandeciente de valientes pelotones. En ella figuraba un caballero lanceado, tal como Isenhart había perdido la vida. Sus gentes eligieron ese blasón por él. «En contra de ello, y para mitigar el dolor de nuestra reina, hacemos lo siguiente: nuestras banderas llevan los dos dedos de una mano, en señal de juramento de que ella nunca ha sufrido tanto como después de la muerte de Isenhart, la cual causó realmente gran pesadumbre al corazón de mi señora. Desde que vimos sus banderas, pusimos sin dilación en las nuestras la imagen de la reina, doña Belakane, cortada de tela negra sobre terciopelo blanco, sustentada por arcos. Su amor prevalece sobre su dolor. Ante las otras ocho puertas nos acosa el ejército del orgulloso Fridebrando, fuerzas cristianas de más allá del mar. Un príncipe protege cada puerta: sale con su estandarte para luchar. Así hemos hecho prisionero a un conde de Gaschier, quien nos ofrece una gran recompensa. Es el sobrino de Kaylet, y tiene que rendir cuentas de todo lo que nos está haciendo su tío. Raramente tenemos tanta suerte. Entre el foso y sus tiendas hay una estrecha franja verde y arena: allí tienen lugar muchas justas».

Su anfitrión continuó con el relato: «Un caballero no puede dejar de ir a luchar fuera. Si pierde la vida sirviendo a una dama que le envió allí, ¿de qué le sirve su valentía? Es el arrogante Hüteger. De él tengo que decir algo más: desde que estamos sitiados, el osado héroe se encuentra cada mañana, preparado para luchar, delante de

la puerta que está enfrente del palacio. Atravesó muchos de nuestros escudos, por lo que se nos trajeron muchos tesoros de este valiente caballero, que los gritadores de los torneos, al separarlos de las lanzas, consideraron muy valiosos[11]. Nos ha derribado a muchos caballeros. Es digno de ver e incluso lo alaban también nuestras mujeres. El que es elogiado por las mujeres se hace famoso, tiene la gloria en la mano y la alegría en su corazón».

El cansado sol había recogido sus resplandecientes rayos. Había que poner fin al paseo. El huésped cabalgó con su anfitrión. Encontró preparada la cena. Tengo que deciros algo de las viandas. Se sirvió con buena educación y conforme a las normas de la caballería. La poderosa reina se acercó decidida a la mesa de Gahmuret. Aquí había garzas reales, allí pescado. Había venido para cuidar en persona de que se le atendiese adecuadamente. La acompañaban sus damas. Se arrodilló, para tristeza del caballero, y con sus propias manos le cortó una porción de los manjares. La señora estaba feliz con su huésped. También le dio de beber y se ocupó bien de él. Él se fijaba asimismo en sus gestos y en sus palabras. En una esquina de la mesa estaban sentados sus juglares y en otra su capellán. Miró ruboroso a la señora y dijo muy tímidamente: «No estoy acostumbrado a tanto como me ofrecéis, señora. Nunca en mi vida he recibido semejantes honores. Si os lo puedo decir, hubiera deseado hoy recibir sólo la acogida que merezco y que no hubieseis bajado hasta aquí. Si me atrevo a pedíroslo, señora: permitidme vivir modestamente, pues me habéis concedido demasiados honores». Ella no se privó de ir a donde estaban sentados los pajes, de pedirles que comieran deprisa y de ordenarles que sirvieran diligentemente vino y comida a su huésped. Todos estos donceles sentían gran inclinación por la reina. Después la señora no olvidó ir a donde estaban sentados el anfitrión y su esposa, la burgravina. Alzó su copa y dijo: «Te encomiendo a nuestro huésped: su presencia te honra. Os lo pido encarecidamente a los dos». Después de despedirse, volvió ante su huésped. El corazón de éste estaba lleno de amor por la dama. Lo mismo le sucedía a ella, como lo pregonaban su corazón y sus ojos, que tan unidos están al amor. Con buenos modales le dijo la señora: «Ordenadme, señor. Haré lo que queráis, pues os lo merecéis. Y dejadme despedirme de vos. Si encontráis aquí todo a vuestra

satisfacción, nos alegramos sobremanera». Sus candelabros eran de oro, con cuatro velas, e iban delante de ella. Al cabalgar encontró otros muchos.

Ellos dejaron de comer. El héroe estaba triste y contento. Se alegraba de que se le hubiera honrado tanto, pero le oprimía otra pena: la fuerza del amor, que doblega hasta los espíritus más altivos.

La margravina se retiró rápidamente a sus aposentos. Con todo cuidado y con diligencia prepararon la cama al héroe. El anfitrión le dijo: «Ahora debéis dormir bien y descansar esta noche, pues lo vais a necesitar». Después indicó a los suyos que salieran de la habitación. Las camas de sus donceles se colocaron en torno a la suya, con las cabezas mirando hacia él, como era su costumbre. Había grandes antorchas, que irradiaban claridad al arder. Al héroe le enojó que la noche fuese tan larga. Le hacía perder el sentido la negra mora, la reina del país. Se movía constantemente de un lado a otro como un mimbre, hasta el punto de que le crujían los huesos. Ansiaba la lucha y el amor. ¡Deseadle que se cumpla su anhelo! Su corazón sonaba por los fuertes latidos, pues se hinchaba ansiando entrar en combates caballerescos. El pecho del héroe se tensaba en ambas partes como la cuerda de la ballesta. Sus ansias tenían alas.

El caballero no concilio el sueño hasta ver despuntar el día. Todavía no había clareado. Su capellán tenía que haber preparado ya la misa, que cantó en honor de Dios y de su señor. Después le trajeron la armadura y cabalgó hacia donde se combatía. Entonces montó enseguida en un caballo que sabía hacer bien las dos cosas: ir rápido al ataque saltando diligentemente y obedecer a las riendas y girar y parar. Con su ancla en lo alto del yelmo se le vio ir hacia la puerta. Todos, hombres y mujeres, decían que nunca habían visto un héroe tan hermoso y que sus dioses se le parecían. También le trajeron pesadas lanzas.

¿Cómo iban decorados sus arreos? Su caballo llevaba un peto, para protegerse de los tajos. Encima llevaba una gualdrapa, muy ligera, casi sin peso, de terciopelo verde. También su guerrera y su capa eran de verde ajmardí, tejido en la ciudad de Arabí. No miento a nadie. Las correas de su escudo, con todos sus complementos, tenían ribetes de colores con magníficas piedras preciosas. Acendrada en el fuego y de oro rojo era su bloca. Combatía sólo por

el premio del amor: la dura lucha le parecía liviana. La rema estaba sentada en la ventana, acompañada de muchas damas. ¡Mirad! Allí está ya Hüteger, donde consiguiera tantas victorias. Cuando Gahmuret vio galopar hacia él al desconocido caballero, pensó: «¿Cuándo y cómo llegó este francés al país? ¿Quién ha enviado aquí a este valiente? ¡Sería un necio si lo tuviera por un moro!».

Picaron espuelas ambos a sus caballos, del trote al galope. Mostraban el arrojo propio del caballero. No hubo engaños en la justa. Por el aire volaron las astillas de la lanza del valiente Hüteger, mas cayó a la hierba detrás del caballo por la lanzada de su adversario. Era algo que nunca le había ocurrido. Gahmuret galopó sobre él y lo derribó. Hüteger sacó varias veces fuerzas de flaqueza y mostró que quería seguir luchando, pero tenía clavada en su brazo la punta de la lanza de Gahmuret. Éste le dijo que se rindiera. Hüteger había encontrado a su maestro.

«¿Quién me ha vencido?», preguntó el valiente caballero. El vencedor contestó enseguida: «Soy Gahmuret de Anjou». «A ti me rindo», dijo Hüteger.

Gahmuret aceptó la rendición y lo envió dentro de la ciudad. Por ello lo alabaron mucho las damas que lo vieron. Mas ya venía al galope Gaschier de Normandía, el héroe fuerte y valiente, poderoso justador. El magnífico Gahmuret también estaba preparado para el segundo combate. La punta de su lanza era ancha y el mango robusto. Los forasteros arremetieron el uno contra el otro y Gahmuret evidenció su superioridad. Gaschier cayó al suelo con su caballo y tuvo que rendirse, quisiéralo o no. Gahmuret, el héroe, dijo: «Dadme la mano, que tan bravamente ha luchado. Cabalgad hasta el ejército de los escoceses y pedidles que terminen con sus hostilidades, si lo tienen a bien. Después seguidme a la ciudad». Todo lo que le ordenó o pidió lo cumplió hasta el final. Los escoceses dejaron de luchar.

Entonces llegó Kaylet al galope. Gahmuret lo esquivó, pues el caballero era su primo. ¿Cómo iba a hacerle ningún daño? El español lo llamó desafiándolo. Llevaba un avestruz sobre el yelmo. El caballero, como os debo contar, iba adornado con una capa de seda, amplia y larga. El campo de batalla resonaba con las campanillas del héroe. Era la flor de toda la belleza masculina. Su belleza no tenía igual, fuera de la de dos que vivieron después de él:

Beacurs, el hijo de Lot, y Parzival, que aún no existían; ambos no habían nacido y fueron considerados después como singularmente hermosos.

Gaschier cogió por las riendas el caballo de Kaylet y dijo: «Me siento obligado a deciros que si lucháis con el de Anjou, al que me he rendido, se aplacará mucho vuestra fogosidad. Debéis escuchar mi consejo y, además, mi ruego. He prometido a Gahmuret que os apartaré a todos de la lucha: se lo tuve que jurar en su mano. Dejad por mí vuestras ansias de combate. De lo contrario, os demostrará que es superior a vos luchando».

Entonces dijo el rey Kaylet: «Si es mi primo Gahmuret, hijo del rey Gandin, no lucharé con él. Suelta las riendas». «No os las soltaré hasta que mis ojos no vean vuestra cabeza sin yelmo. El mío ya está destrozado». Entonces Kaylet se desató el yelmo.

Gahmuret siguió combatiendo. Era ya cerca del mediodía. Los de la ciudad estaban contentos de contemplar estas justas y subieron rápidamente a los corredores de las murallas. El caballero les parecía como una red: todo el que caía debajo era hecho prisionero. Según oí decir, el noble héroe montó otro caballo. Volaba, sin dejar de tocar el suelo, y era muy diestro en un doble sentido: era valiente cuando había que atacar, pero también sabía pararse y salir rápidamente. ¿Qué hacía sobre este corcel? Sólo lo puedo llamar arrojo. Cabalgó hasta que lo pudieron ver los moros rivales, que estaban acampados con su ejército a la orilla del mar.

Estaba allí un príncipe que se llamaba Razalic. Era el más poderoso de Azagouc (su linaje no engañaba, pues procedía de estirpe real) y no dejaba ningún día de cabalgar desde allí hasta delante de la ciudad para justar. El héroe de Anjou lo dejó fuera de combate. La dama negra que había enviado allí a Razalic se lamentó de que alguien lo hubiera vencido. Sin pedírsela, un escudero ofreció a su señor Gahmuret una lanza, cuya asta era de bambú. Con ella lanzó al moro a la arena, por detrás del caballo. Allí no lo dejó mucho tiempo, sino que lo obligó a rendirse. Con ello se acabó el combate, y Gahmuret consiguió gran fama. Entonces vio éste ondear ocho banderas en dirección a la ciudad y pidió al valiente caballero vencido que las hiciera volver atrás. Después le ordenó que le siguiera a la ciudad. Razalic lo hizo, pues no le quedaba otro remedio.

También Gaschier tuvo que entrar en la ciudad. Por él supo el anfitrión que su huésped había salido a combatir. Si de tristeza el burgrave no comió hierro y pedruscos, como los avestruces, fue porque no los encontró. De cólera aulló y rugió como un león, y se mesó los cabellos, diciendo: «A pesar de mis años, me he comportado como un necio. Los dioses me habían enviado un huésped valiente y noble. Si lleva él solo toda la carga del combate, nunca conseguiré más fama. ¿De qué me sirven el escudo y la espada? Quien me recuerde este día me debe criticar».

Después se alejó de los suyos y galopó rápidamente hacia la puerta de la ciudad. Un escudero vino a su encuentro y le mostró un escudo, pintado por fuera y por dentro con la efigie de un hombre atravesado por una *lanza*, hecho en el país de Isenhart. En sus manos traía también un yelmo y una espada, que Razalic, el valeroso, había llevado al combate. El esforzado héroe negro tuvo que separarse de todo ello; su fama era grande y llegaba lejos. Si muere sin bautismo, que el que tiene poder para hacer todos los milagros se apiade del valiente héroe.

Cuando el burgrave lo vio, sintió más contento que nunca. Reconoció los blasones y salió galopando por la puerta de la ciudad. Allí vio a su huésped (era joven, aún estaba muy lejos de la vejez). Estaba ansioso por justar. Pero su anfitrión, Lach, hijo de Rost[12], cogió las riendas de su caballo y lo llevó con él a la ciudad. Ese día no tiró de la silla a nadie más. El burgrave Lach, hijo de Rost, Schachtelakunt[13], dijo: «Señor, decidme: ¿habéis vencido a Razalic? Entonces nuestro país se verá libre de la guerra para siempre. Él es el adalid de todos los moros, de los hombres del fiel Isenhart, que nos han causado tan gran daño. Han terminado nuestras penalidades. Un dios encolerizado ordenó que nos atacaran con su ejército. Ahora están vencidos».

Llevó a su huésped dentro de la ciudad, y éste lo sintió. La reina cabalgó a su encuentro, cogió las riendas del caballero y le desató las correas del yelmo. El anfitrión lo tuvo que dejar. Los escuderos de Gahmuret no lo olvidaron, sino que lo siguieron muy de cerca. Se vio a la reina guiar a su huésped, que había conseguido gran fama, por la ciudad. Cuando llegaron a su destino, ella descabalgó. «¡Ay! ¡Qué fieles sois, escuderos! ¿Teméis perder a vuestro señor? Le irá muy bien sin vosotros. Coged su caballo y lleváoslo. Yo soy

aquí su acompañante».

Encontró a muchas damas en el palacio. La reina le quitó con sus negras manos la armadura. Fue conducido junto a una cama bien engalanada, cubierta con una manta de marta cebellina. Aquí se le honró mucho más, aunque en secreto. Estaban solos: las doncellas se habían ido y habían cerrado la puerta. Entonces la reina y Gahmuret, el amado de su corazón, se entregaron al dulce y puro amor. Sólo su piel era distinta.

Mientras tanto, los de la ciudad traían a sus dioses muchas ofrendas. El valiente Razalic cumplió fielmente lo que se le había ordenado al partir del campo de batalla, pero volvió a sentir tristeza por su señor Isenhart. El burgrave advirtió por los gritos de júbilo que llegaba Gahmuret. De todas partes de Zazamanc, del país de la reina, vinieron príncipes y dieron las gracias al héroe por las hazañas que había realizado. Había derribado a veinticuatro caballeros en excelentes combates singulares y se había apoderado de la mayoría de los caballos. Había hecho prisioneros a tres príncipes: con ellos fueron muchos caballeros hasta el palacio. Después de descansar y de tomar un refrigerio, espléndidamente adornado y muy bien vestido apareció Gahmuret como señor del país. La que antes era doncella se había convertido en mujer. Ella lo llevó de la mano fuera y dijo: «Yo y mi país somos súbditos de este caballero. ¿O tienen algo que decir nuestros enemigos?».

Se atendió un cortés ruego de Gahmuret. «Acercaos, don Razalic: debéis besar a mi esposa. Hacedlo vos también, don Gaschier». A Hüteger el escocés le pidió que la besara en la boca. Estaba herido de su combate singular. Pidió a todos que tomaran asiento y, permaneciendo él en pie, dijo juiciosamente: «Me gustaría ver a mi sobrino, si me lo permite el que aquí lo tiene prisionero. Como pariente, tengo que liberarlo».

La reina empezó a reír y ordenó traerlo inmediatamente. Entonces se abrió camino el adorable y bello conde. Estaba herido por las luchas caballerescas, en las que se había portado admirablemente. Gaschier el normando lo trajo. Tenía finos modales: su padre era francés, y era el hijo de la hermana de Kaylet. Se llamaba Killirjakac. Había ido en busca de aventuras sirviendo a una dama y superaba en belleza a todos los caballeros. Cuando lo vio Gahmuret (su rostro evidenciaba el parentesco: se parecían

mucho), pidió a la poderosa reina que lo besara y lo abrazara. Después dijo: «Ahora ven también hacia mí». Entonces lo besó. Estaban contentos de verse. Gahmuret siguió diciendo: «¡Ay! Hermoso joven, ¿qué buscas aquí sin haber llegado a la madurez? Di, ¿te lo ordenó una mujer?».

«Todavía no me ordenan nada, señor. Me ha traído aquí mi primo Gaschier. Él sabe para qué. Contribuyo a su ejército con mil caballeros y así le sirvo. Fui a Ruán, en Normandía, a la reunión del ejército. Fui allí desde Champaña por él y le llevé jóvenes héroes. Ahora la desgracia se ceba en él con todas sus artes, a no ser que os honréis a vos mismo. Permitidme hacer algo por él, suavizad su difícil situación».

«Hazlo tú mismo. Ve con don Gaschier y tráeme aquí a Kaylet».

Cumplieron el deseo del héroe y lo trajeron. También él fue recibido muy amistosamente por Gahmuret y abrazado por la reina, quien besó al hermoso héroe. Podía hacerlo, pues era el primo de su esposo y de estirpe real. El señor de la casa siguió hablando, riendo: «Vive Dios, don Kaylet, que sería una villanía por mi parte si os arrebatara Toledo y vuestro país en España porque así lo quiere el rey de Gascuña, que tantas veces os acosa lleno de cólera. A fin de cuentas, sois mi primo. Con vos están aquí los mejores, la flor de vuestra caballería. ¿Quién os obligó a emprender esta expedición?».

El orgulloso y joven héroe contestó: «Me lo ordenó mi tío Schiltunc, suegro de Fridebrando. Me aconsejó prestarle mis servicios. Como estoy emparentado con su mujer, ha recibido de mí seis mil caballeros muy famosos y experimentados en la lucha. Además le traje otros caballeros, una parte de los cuales ya ha partido. Por causa de los escoceses habían venido aquí otros escuadrones. De Groenlandia vinieron para ayudarle dos reyes con muchas fuerzas: trajeron una verdadera marea de caballeros y muchos barcos. Su ejército me gustó mucho. Por él estuvo aquí también Morholt, cuya lucha tiene fuerza y sentido. Todos ellos ya se han vuelto a casa. Haré con mis tropas lo que desee doña Belakane, mi señora. Debo mostrarle cómo la sirvo. No debes agradecerme nada, pues así ha de ser entre parientes. Tuyos son ahora los valientes héroes. Si estuvieran bautizados, como los míos, y si tuvieran el mismo color de la piel, no habría rey con corona al que no pusieran en aprietos. Pero a mí también me gustaría mucho

saber qué es lo que te ha traído por aquí. Dime ahora por qué has venido y cómo».

«Llegué ayer, y hoy ya soy el señor del país. La reina me hizo cautivo con sus propias manos y yo me defendí con amor. Así me lo aconsejaron la inteligencia y los sentidos».

«Creo que tu grata manera de luchar ha sometido a los dos ejércitos».

«¿Insinúas que te rehuí? Me desafiaste a gritos. ¿Qué querías conseguir de mí? Déjame negociar contigo».

«No reconocí tu ancla: mi tío Gandin nunca ha salido con ella».

«Pero yo sí que reconocí bien tu avestruz y la cabeza de serpiente en tu escudo. Tu avestruz sobresalía y no tenía nido. Vi en tu actitud que te dolía que se me rindieran dos caballeros. Habían luchado muy bien».

«Fácilmente me hubiera ocurrido a mí lo mismo. Tengo que decir que si el demonio, que siempre me será odioso, hubiera vencido como tú a tantos héroes valientes, las mujeres se lo comerían como azúcar».

«Me alabas demasiado».

«No. No sé adular. Oye cómo te puedo ayudar de otra manera».

Entonces llamaron a Razalic. Con buenos modales le dijo Kaylet: «Mi primo Gahmuret os ha hecho prisionero».

«Así es, señor. Al ver a este héroe me di cuenta de que el reino de Azagouc no rehusaría servirle, dado que nuestro señor Isenhart no iba a llevar allí corona. Sirvió a la esposa de vuestro primo y murió por ella. Por su amor entregó su vida. Con mi beso se lo he perdonado. He perdido a mi señor y a mi pariente. Si vuestro primo se quiere portar caballerosamente y resarcirme de su pérdida, uno a él mis manos en señal de vasallaje. Entonces tendrá poder y gloria, así como todo lo que Tankanis dejó en herencia a Isenhart, quien está embalsamado en nuestro campamento. Todos los días he visto sus heridas, desde que aquella lanza atravesó su corazón».

Entonces sacó del escote de su jubón la punta de la lanza, anudada a un cordel de seda, y el valiente héroe se la volvió a colgar en su pecho desnudo. «Aún falta para que se haga de noche. Si don Killirjakac quiere llevar mi mensaje al ejército, tal como yo le ruego, vendrán con él los príncipes». Envió allí un anillo. Todos los que eran príncipes —negros como el infierno— subieron por la

ciudad hasta el palacio. Gahmuret les concedió con banderas[14], como feudos, los principados de Azagouc. Cada cual se alegró de su territorio, aunque la mejor parte quedó para su señor Gahmuret.

Éstos fueron los primeros. Después se abrieron paso, con gran cortejo, los de Zazamanc. Tal como ordenó la reina, recibieron de Gahmuret países y beneficios, a cada cual según le correspondía, pues su señor no era ahora precisamente pobre. Prothizilas, que era por su linaje un príncipe, había dejado al morir un ducado. Gahmuret se lo entregó ahora como feudo a alguien que había alcanzado gloria y nunca se arredraba ante el combate: a Lach, hijo de Rost, Schachtelakunt, que lo recibió al punto, con las banderas.

Los nobles príncipes de Azagouc tomaron al escocés Hüteger y a Gaschier el normando y los llevaron ante su señor Gahmuret, quien los dejó libres a solicitud de ellos. Los príncipes le dieron las gracias. A Hüteger el escocés le pidieron vehementemente: «Dejad aquí a mi señor la tienda de Isenhart como premio por su victoria. Le costó la vida dejar a Fridebrando la mayor joya de nuestro país, la armadura. Dio en prenda su felicidad, y ahora yace aquí en el féretro. Un servicio amoroso no recompensado fue la causa de su desgracia». En la tierra no había nada mejor que el yelmo de Isenhart. Estaba hecho de un diamante, grande y duro, un buen compañero para el combate. Hüteger prometió con un apretón de manos que, cuando volviera a su país, se haría con el yelmo y la armadura y los devolvería en buen estado. Lo prometió voluntariamente. Entonces todos los príncipes pidieron permiso al rey para ausentarse y abandonaron el palacio. Aunque su país estaba devastado, Gahmuret supo entregar regalos como si creciera oro de los árboles. Realmente hizo unos magníficos regalos. Sus hombres y sus familiares recibieron del héroe muchos presentes, tal como deseaba la reina.

Terminaron así los grandes combates que había habido antes de las fiestas nupciales. No me he inventado, sino que me han dicho que Isenhart fue enterrado como un rey. Lo enterraron los suyos. Los beneficios de sus feudos a lo largo de un año se los concedieron por propia voluntad a Gahmuret. Este ordenó a su nueva gente coger tan gran tesoro y repartirlo.

Por la mañana todos los forasteros abandonaron el pie de la muralla. Se separaron los que allí estaban. Llevaban muchas

angarillas. Ya no había tiendas, sólo la de Isenhart, que era muy grande. El rey ordenó subirla a su barco y dijo a la gente que quería llevarla a Azagouc, pero los engañó[15].

El caballero orgulloso y valiente se quedó en su reino hasta que sintió dentro de sí una fuerte añoranza. Su alegría se tornó pesadumbre al no encontrar aventuras caballerescas. Con todo, amaba a la dama negra más que a su propia vida. No había mujer más hermosa. El corazón de ella nunca olvidaba una noble compañía: la casta feminidad.

En la ciudad de Sevilla había nacido el hombre al que Gahmuret pidió, después de algún tiempo, partir con él de su reino. Antes ya lo había conducido muchas millas y lo había llevado hasta allí. No tenía el color de los moros. El experimentado timonel dijo: «Mantenedlo en secreto ante los de la piel negra. Mis carabelas son tan rápidas que no nos alcanzarán. Debemos salir a toda prisa de aquí».

Gahmuret mandó embarcar su oro. Ahora os tengo que contar su partida. De noche salió de allí, y lo hizo en secreto. Cuando abandonó a su mujer, ésta tenía ya en su seno un niño de doce semanas. El viento empujó al héroe con fuerza.

La dama encontró en su bolsillo[16] una carta, que le había escrito su marido en francés, lengua que ella conocía. Decía así: «Quien te ama te manifiesta su amor. Con este furtivo viaje me convierto en un ladrón. Tuve que obrar así por añoranza. Señora, no quiero ocultarte que, si tuvieras la misma Fe que yo, no me separaría de ti. Me duele estar lejos de ti. Si nuestro hijo llega a tener forma humana, será muy valiente, como un Anjou. Si sirve por el amor de una dama, será como un nublado en la lucha y un duro vecino de sus enemigos. Mi hijo ha de saber que su abuelo, que se llamaba Gandin, cayó muerto en duelo singular. El padre de éste, de nombre Addanz, corrió la misma suerte. Su escudo nunca quedó entero. Por su linaje era británico. Él y Utepandragun eran hijos de dos hermanos. De ellos hay que decir que uno se llamaba Lalaliez y el otro Brickus. El padre de ambos se llamaba Mazadan. A éste lo raptó un hada, de nombre Terdelaschoye, y lo llevó a Feimurgan[17]. Él le había encadenado el corazón. De ellos dos procede mi estirpe, que cada vez alcanza mayor gloria. Todos desde entonces han ceñido corona y han alcanzado la mayor fama.

Señora, si te quieres bautizar, me puedes aún conseguir».

Ella no deseaba otra cosa: «¡Ay! ¡Que suceda enseguida! Si con ello vuelve, lo haré ahora mismo. ¿A quién ha dejado el noble héroe el fruto de su amor? ¡Ay, el amor de dos! ¿Me dominará ahora para siempre la tristeza con su poder?». Y continuó: «Para honrar a su Dios, me bautizaría gustosa y viviría como él quisiera». La pesadumbre pugnaba con su corazón. Su alegría encontró la rama seca, como aún hoy hace la tórtola. Tiene la misma forma de ser: cuando su amado le falta, elige, por fidelidad, una rama seca.

A su debido tiempo la dama dio a luz un hijo de dos colores. Dios hizo aquí un milagro: era blanco y negro a la vez. La reina lo besaba sin parar en sus partes blancas. La madre llamó a su niño Feirefiz de Anjou. Llegó a ser un roturador de bosques, tan grande fue el número de lanzas que quebró en sus duelos y que hicieron agujeros en los escudos. Su cabello y su piel tenían dos colores, como la urraca.

Ahora había pasado más de un año desde que Gahmuret había sido tan ensalzado en Zazamanc, donde había conseguido la victoria, y aún seguía en el mar. Los fuertes vientos le eran desfavorables. Entonces vio una vela de seda roja: era la carabela con la que el escocés Fridebrando enviaba los mensajeros a doña Belakane. Fridebrando había ordenado a esos mensajeros que pidieran perdón a la reina por haberla atacado, aunque había perdido un pariente por su culpa. Traían el diamante, una espada, una cota de mallas y dos canilleras. Os parecerá una gran maravilla que Gahmuret se encontrara con esta carabela, pero la historia lo jura. Se lo entregaron todo y prometió que transmitiría la embajada a la reina cuando llegara a su lado. Acto seguido se separaron. Me dijeron que el mar lo llevó a un puerto: en Sevilla bajó a tierra. Con oro recompensó enseguida muy generosamente el valiente caballero al timonel por sus fatigas. Se separaron y el timonel lo sintió.

—*Herzeloyde*—

En aquel país, en España, conocía al rey. Era su primo Kaylet. Fue a visitarlo a Toledo. Kaylet había partido a un torneo, donde no se iban a ahorrar los escudos. También Gahmuret mandó que le preparasen sus armas, según me dice la historia: lanzas bien pintadas, cada una con cendales verdes y con una banderola, que llevaba encima tres anclas resplandecientes de armiño, de modo que todos se admiraban de su poder y de su riqueza. Los gallardetes eran anchos y largos; llegaban bien hasta la mano desde un palmo por debajo de la punta de hierro. Los hombres de su primo prepararon cien lanzas al valiente caballero y se las llevaron. Le trataron con honores y con amistad, lo que agradó a su señor.

Gahmuret tuvo que seguir a Kaylet no sé cuántas millas, hasta que en el país de Gales vio un campamento de caballeros forasteros. Se habían levantado en la pradera ante Kanvoleis muchas magníficas tiendas. No fantaseo, sino que, si me permitís, es la pura verdad. Al punto hizo detenerse a su séquito y envió a la ciudad al inteligente jefe de los escuderos. Quiso, como su señor le había ordenado, buscar alojamiento allí. Se apresuró y le siguieron los caballos de carga. El escudero no vio ninguna casa que no tuviera la fachada cubierta de escudos y las paredes enteramente cubiertas de lanzas colgadas. La reina de Gales había convocado a Kanvoleis a un torneo con tales condiciones que aún hoy paralizarían a muchos hombres apocados; si vieran uno semejante, no participarían en él. Ella era doncella, aún no señora, y ofrecía dos países y su propia mano a quien consiguiera la victoria. Este anuncio hizo caer a muchos al suelo, detrás del caballo. Quien así caía perdía toda opción al premio. Participaban arrojados héroes, que evidenciaron

gran valentía. Se lanzaron al galope muchos caballos buscando el ataque y se hicieron sonar innumerables espadas.

Un puente de barcas, cerrado con una puerta, atravesaba un río en la pradera. Un escudero, despreocupado, abrió la puerta porque le pareció bien. Encima estaba el palacio y en sus ventanas estaba sentada la rema con muchas nobles damas. Empezaron a mirar lo que hacían los escuderos. Habían cogido las herramientas para levantar una tienda. Un rey la había perdido por un amor no compartido. Belakane le había forzado a ello. Con gran trabajo se montó la tienda, que tenían que llevar treinta caballos de carga. Evidenciaba su elevado precio. La pradera tenía la anchura suficiente para tensar las cuerdas. El noble Gahmuret tomó mientras tanto un refrigerio delante de la ciudad. Después dispuso todo meticulosamente para entrar en ella conforme a las normas cortesanas. Sin pérdida de tiempo, sus escuderos ataron enseguida sus lanzas en haces de cinco, y la sexta la llevaban en la mano con una banderola. Así cabalgó el orgulloso caballero.

En la corte de la reina se supo que había llegado un huésped de un país lejano al que allí nadie conocía. «Su séquito es cortés, en parte pagano y en parte francés. Muchos bien podrían ser de Anjou por su lengua. Son orgullosos y sus atuendos son magníficos, sin duda de excelente hechura. Estuve junto a sus escuderos y no tienen tacha. Dicen que todos los que carecen de bienes se dirigen a su señor, que les libra de las penalidades. Pregunté por él y me dijeron que era el rey de Zazamanc». Un paje llevó esta noticia a la reina y añadió: «¡Menuda tienda! Vuestra corona y vuestro reino no valen la mitad».

La reina contestó: «No puedes alabármela tanto, aunque te concedo que debe de pertenecer a un noble caballero que no sabe lo que es la pobreza. Pero ¡ay!, ¿cuándo entrará aquí?». Pidió al paje que se informara.

El héroe ya desfilaba con toda su pompa cortesana por la ciudad, y los que dormían se despertaron. Vio brillar muchos escudos. Las sonoras trompetas emitían sus sones delante de él. Dos tamboriles, tirados a lo alto y golpeados, producían tal ruido que resonaba en toda la ciudad. Estos sonidos se mezclaban en la comitiva con el de las flautas, que tocaban una marcha. Pero no debemos olvidar cómo llegaba su señor. A su lado cabalgaban

violeros. El noble héroe había puesto su pierna desnuda, con una bota, delante de la silla. Su boca era como un rubí, roja como si ardiera. Sus labios eran gruesos, no excesivamente delgados. Era en todos los sentidos hermoso. Tenía el cabello rubio y rizado, tal como se veía por delante del sombrero. Este era ciertamente muy caro. Su capa era de terciopelo verde, guarnecida de negra marta cebellina, sobre un jubón blanco resplandeciente. Todos se apretaban para verlo.

Por doquier surgía la pregunta de quién sería el caballero sin barba que mostraba tal riqueza. Pronto se extendió la noticia, pues les dijeron la verdad. Se acercaron al puente la gente y los suyos. Ante el brillante esplendor que irradiaba la reina, el noble héroe recogió su pierna y se puso tieso como un halcón ante su presa. El lugar del albergue le pareció bien, pues lo deseaba así, y la anfitriona, la reina de Gales, también le ofreció gustosa su hospitalidad.

Entonces el rey de España oyó que en el Llano del León estaba plantada la tienda que, por el ruego del valiente Razalic, había quedado ante Patelamunt y ahora pertenecía a Gahmuret. Cuando se lo comunicó un caballero, saltó como un gamo a su encuentro. El rey era como un soldado que no cabía en sí de gozo. Ese mismo caballero siguió diciendo: «Vi llegar a vuestro primo, como siempre con gran esplendor. Ante su alta tienda hay plantados en el césped cien estandartes junto a un escudo: todos son también verdes. En cada estandarte tiene el valiente héroe tres anclas blancas de armiño».

«¿Está armado para el torneo? Entonces se verá cómo con sus ataques causa la mayor confusión. El orgulloso rey Hardiz me ha acosado mucho desde hace tiempo con su cólera: ahora Gahmuret le hará besar el suelo en la justa. Mi suerte no es la de los cobardes».

Envió enseguida mensajeros a donde estaban, con una gran mesnada, Gaschier el normando y el hermoso Killirjakac. Estaban allí porque él se lo había pedido. Fueron después a la tienda de Gahmuret, acompañados de Kaylet, y saludaron muy alegres al noble rey de Zazamanc. Pensaban que se les había hecho demasiado largo el tiempo desde que no lo veían y se lo dijeron con sinceridad. Entonces preguntó Gahmuret qué caballeros estaban allí. Su primo contestó: «Están aquí caballeros de lejanos países, muchos héroes

arrojados y fuertes, atraídos por el amor. Aquí está con muchos britanos el rey Utepandragun. Como una espina tiene clavado que lo abandonara su esposa, la madre del rey Arturo. Fue raptada por un clérigo que había estudiado magia. Arturo corrió detrás de él. Ya hace tres años que perdió a su hijo y a su mujer. También está aquí su yerno, que sabe mucho de combates caballerescos, Lot de Noruega, el valiente e inteligente héroe, vago para el engaño y diligente para la gloria. Asimismo ha venido su hijo Gawan, tan pequeño que aún no puede participar en los torneos. Estuvo conmigo el niño y me dijo que, si tuviera la fuerza para romper una lanza, lucharía gustoso como un caballero. ¡Qué pronto se han despertado sus ansias de lucha! Aquí tiene el rey de Patrigalt un bosque entero de lanzas. Esto no es nada comparado con los de Portugal, que también han venido. Los llamamos *los temerarios*, porque sólo piensan en perforar escudos. También han venido los provenzales, con sus escudos bellamente pintados. Asimismo están los galeses, en gran número por ser su país el anfitrión: cabalgan siempre directos al ataque. También han venido muchos caballeros que no conozco personalmente, para honrar a sus damas. Todos los que he mencionado, como nosotros mismos, vivimos, es verdad, con gran fausto en la ciudad, pues así nos lo ha pedido la reina. Te diré ahora quiénes han acampado delante de la ciudad, que no inquietan a nuestras fuerzas. El noble rey de Ascalun y el orgulloso rey de Aragón, Cidegast de Logroys y el rey de Punturtoys, que se llama Brandelidelin. Están también el valiente Lähelin y Morholt de Irlanda, que ya nos ha hecho prisioneros a buenos rehenes. En la pradera acampan los orgullosos alemanes: el duque de Brabante ha venido a este país por deseo del rey Hardiz. El rey de Gascuña le entregó a su hermana Alicia como esposa, de suerte que su servicio amoroso fue recompensado previamente. Estos están encolerizados contra mí, pero confío plenamente en ti. Piensa que somos parientes y préstame tu ayuda, puesto que me aprecias».

Entonces dijo el rey de Zazamanc: «No debes darme las gracias por todo lo que haré en tu honor. Perseguimos el mismo fin. ¿Está tu avestruz aún sin nido? Debes llevar tu cabeza de serpiente contra el medio grifo de Hardiz. Yo lanzaré mi ancla cuando él ataque, la fijaré en el suelo y tendrá que buscar detrás de su caballo, en el agua, un vado de arena. Si nos dejan luchar, lo derribaré o me

derribará. Te lo prometo».

Muy contento y libre de todas sus preocupaciones cabalgó Kaylet a su campamento. Se oían ya los gritos para dos orgullosos héroes, Schyolarz de Poitou y Gurnemanz de Graharz, que ya combatían en el llano. Así empezaba la víspera del torneo. Aquí cabalgaban seis, allí tres; a ellos se unió un pequeño grupo. Los caballeros luchaban según las normas de los torneos, y no se detenían.

Esto sucedía hacia el mediodía, mientras Gahmuret descansaba en su tienda. El rey de Zazamanc supo que los juegos se celebraban ya por todo el campo, según las normas de los caballeros, y se dirigió hacia allí con muchas lanzas y sus resplandecientes gallardetes. No participó en los galopes, pues quería ver primero tranquilamente cómo se comportaban las dos partes. Extendieron su alfombra en la pradera, donde los caballeros se peleaban enconadamente y los caballos relinchaban por las espuelas. Sus escuderos lo rodeaban, pues por todas partes sonaban las espadas. También las lanzas hacían mucho ruido. No necesitaba preguntar dónde. Los ataques y los puños de los caballeros formaban como una pared de filigrana delante de él. Los juegos se celebraban tan cerca que las damas veían bien desde el palacio las fatigas de los héroes. La reina lamentó que el rey de Zazamanc no entrara a luchar con los otros y preguntó: «¡Ay! ¿Dónde está aquel del que he oído tantas maravillas?».

Entretanto murió el rey de Francia, cuya mujer había puesto muchas veces a Gahmuret en grandes apuros, pues lo amaba. Esta noble reina le había enviado un mensajero, por si había regresado de tierras paganas; la gran fuerza del amor la había obligado a ello.

Muchos caballeros arrojados, pero no tan ricos, luchaban con gran gallardía. No competían por el elevado premio que había prometido la reina, su mano y sus países, sino por recompensas de otro tipo.

Ahora se había puesto también Gahmuret la armadura, que el escocés Fridebrando había enviado como regalo a su esposa a modo de reparación por los daños que le había causado al atacarla. No la había mejor en la tierra. Contempló el diamante: era un yelmo. Encima se había fijado un ancla, con grandes piedras preciosas engastadas. Pesaba lo suyo. El caballero estaba bien adornado.

¿Cómo estaba decorado su escudo? De oro de Arabí estaba guarnecida la bloca, que era muy valiosa. El caballero soportaba sin duda un gran peso. El oro rojo resplandecía tanto que se podía ver uno allí como en un espejo. Debajo tenía un ancla de marta cebellina. Para mí quisiera los vestidos que llevaba puestos, pues valían muchos marcos.

Su guerrera era muy amplia y larga, llegaba hasta la alfombra. Creo que nadie llevó ninguna tan buena al combate. Si la puedo describir, era como si ardiera en la noche un fuego llameante. No estaba descolorida, sino que su esplendor lanzaba rayos, que dejaban doloridos los ojos enfermos. Estaba hecha del oro que las garras de los grifos arrancaron de una roca de la montaña del Cáucaso[18] y que custodiaban y aún hoy custodian. Gentes de Arabia van allí, lo roban con sus propias artes (más puro no lo hay en ningún sitio) y lo llevan a la ciudad de Arabí, donde se teje el verde ajmardí y el brocado. La guerrera de Gahmuret no tenía igual. Se colgó el escudo al cuello[19]. Tenía allí un caballo muy hermoso, bien blindado hasta las pezuñas. Los escuderos gritaban. Gahmuret se aprestó y montó sobre el caballo. En los ataques el héroe rompió muchas recias lanzas; se abrió camino en el tumulto del combate, y otra vez hacia atrás. Al ancla le seguía siempre el avestruz. Gahmuret tiró detrás del caballo a Poytwin de Prienlascors y a otros muchos nobles caballeros, que tuvieron que rendirse. Todos los caballeros que iban con la cruz de peregrinos sacaron provecho de las fatigas del héroe, quien les dio caballos de su botín, con lo que consiguieron grandes medios para el viaje.

Cuatro estandartes iguales se dirigieron contra él, detrás de los cuales cabalgaban valerosas tropas. Su señor era muy experimentado en el combate. En cada banderola figuraba la cola de un grifo, y lo que le seguía, su gente, era también un nublado en la lucha. La parte delantera del grifo la llevaba el rey de Gascuña, un inteligente caballero, en el escudo como blasón. Estaba tan espléndidamente adornado que podía pasar el examen de cualquier mujer. Cuando vio el avestruz sobre el yelmo, se adelantó a los otros, pero el ancla llegó antes. El noble rey de Zazamanc lo derribó detrás de su caballo y lo hizo prisionero. Entonces se produjo un gran tumulto. El suelo con surcos quedó como una era y las espadas hicieron de peines. Se taló el bosque y muchos caballeros besaron el

suelo. Oí decir que se volvieron hacia atrás, donde estaban los cobardes.

Los combates estaban ahora tan cerca que las damas veían muy bien quién conseguía la victoria. De la lanza de Riwalin, rey de Lochnois que buscaba el favor de una dama, saltaron como nieve blancas astillas. Cuando atacaba, se oían crujidos. Morholt acometió a un caballero, Killirjakac, y lo levantó de la silla: no fue una acción muy elegante. Antes Morholt había dado su merecido al rey Lac, premio que tuvo que buscar por el suelo, después de defenderse con todas sus fuerzas. El forzudo Morholt quiso vencerlo sin espada, y así capturó al noble héroe. Entonces Kaylet derribó detrás del caballo al duque de Brabante, el príncipe llamado Lämbekin. ¿Qué hicieron los de éste? Lo cubrieron con sus espadas; los héroes estaban ansiosos por combatir. Después el rey de Aragón tiró al suelo, detrás del caballo, al viejo Utepandragun, rey de los britanos. Había muchas flores a su alrededor. ¡Ay! ¡Con qué simpatía veo al noble britano, que le preparo ante Kanvoleis tan hermoso lecho! En verdad os digo que no pisó allí, ni quizá pisará nunca, el pie de un campesino. El caballo que había montado ya no le pertenecía. Mas los suyos no se olvidaron de él, sino que lo protegieron, y se combatió muy denodadamente. Ahora vino el rey de Punturtoys y fue derribado ante Kanvoleis sobre las huellas de su caballo, quedando tumbado todo a lo largo. Lo hizo el orgulloso Gahmuret. ¡Adelante, señores! ¡Adelante! ¡Adelante! Estaban cautivados por la lucha.

Los de Punturtoys apresaron a Kaylet, el primo de Gahmuret, y el torneo se hizo más hosco. Cuando el rey Brandelidelin fue arrancado de los suyos, éstos cogieron prisionero a un rey de la parte contraria. Allí andaban y corrían muchos nobles caballeros vestidos de armadura, a los que se curtía la piel con golpes de pezuñas y de clavas[20]. La piel de estos caballeros de pro no se libraba de magulladuras. No os digo esto para embellecerlo. Allí no se descansaba ni un momento. A los nobles caballeros les movía el amor. El polvo cubría muchos escudos bellamente pintados y muchos yelmos bien decorados. El campo estaba lleno de flores y tenía muy corta la hierba verde. Allí caían los nobles caballeros a quienes les era dado tal honor. No echo de menos esa distinción: prefiero seguir montado en mi potro.

Entonces el rey de Zazamanc cabalgó a donde nadie lo acosaba, buscando un caballo descansado. Le desataron el diamante, sólo para que tomara el aire, no por alardear. También le quitaron el capuchón de mallas[21]. Sus labios estaban rojos y orgullosos.

Llegaron entonces un capellán y tres donceles de la dama de la que he hablado antes. Al lado de ellos cabalgaban fuertes escuderos, que llevaban de las riendas dos caballos de carga. Había enviado a los mensajeros la reina Ampflise. Su capellán era inteligente: rápidamente reconoció a Gahmuret. Al punto lo saludó en francés: «Sed bienvenido, noble señor, ante mi señora y ante mí. Es la reina de Francia. La has tocado con la lanza del amor»[22]. Después le entregó una carta, en la que el señor encontró saludos y un pequeño anillo, que debía servirle de prueba, pues la reina lo había recibido del de Anjou. Cuando vio la letra, se inclinó ante el mensajero. ¿Queréis oír ahora lo que le decía la reina?

«Te envío mi amor y mis saludos. Desde que supe de tu amor, no me he liberado de mis penas. Tu amor es cerrojo y ligaduras para mi corazón y su felicidad. Muero por tu amor. En tanto tu amor me rehuye, el amor me tiene que causar dolor. Vuelve y toma la corona, el cetro y el país. Me ha tocado en herencia. Tu amor se ha hecho acreedor a ello. Como obsequio toma los ricos presentes de las cuatro arcas de viaje. Debes ser mi caballero en el país de Gales, ante la capital Kanvoleis. No me molesta si lo ve la rema. No me puede perjudicar, pues yo soy más bella y más poderosa, y sé también recibir más tiernamente el amor y darlo. Si quieres vivir conforme al noble amor, acepta mi corona como premio del amor».

En la carta no encontró nada más. Un escudero le volvió a poner el capuchón de mallas en la cabeza. La tristeza había volado de Gahmuret. Le ataron el diamante, que era grande y duro. Quería sentir los rigores del combate. Mandó llevar a los mensajeros a la gran tienda para que descansaran. Se hizo sitio en medio del tumulto. Unos perdían y otros ganaban. Las hazañas que un caballero no había realizado, podía recuperarlas. Sobraban oportunidades para ello. Había que luchar en combates singulares o en pelotones. No se empleaban las tretas que se llaman *lanzadas de amigo*[23]: la íntima amistad quedaba allí destrozada por la fuerza de la cólera. Lo curvo no se ponía ya recto. No se hablaba de las normas del caballero. El que conseguía algo lo conservaba. No le

importaba si el otro le odiaba por ello. Eran de muchos países los que con sus puños realizaban sus hazañas caballerescas sin temer la derrota.

Gahmuret cumplió inmediatamente el ruego de Ampflise: que fuera su caballero, tal como decía la carta. ¡Ahora empezaba de verdad la lucha! ¿Lo empujaba el amor o el arrojo? Un gran deseo y una firme fidelidad le daban renovadas fuerzas. Ahora vio cómo el rey Lot paraba a duras penas los golpes con el escudo y estaba a punto de darse la vuelta. Gahmuret lo impidió. Atacó violentamente y derribó detrás del caballo al rey de Aragón, de nombre Schafillor, con una lanza de bambú. La lanza con la que había abatido al orgulloso héroe no tenía banderola: la había traído de tierras paganas. Aunque los suyos lo protegieron con todas las fuerzas, Gahmuret lo hizo prisionero. Los de la ciudad empujaron violentamente a los de fuera hasta campo abierto. En estos juegos preliminares hubo muchos combates, que podrían pasar ya por un buen torneo, pues quedaron en el suelo muchas lanzas partidas.

Entonces se encolerizó Lähelin: «¿Vamos a dejarnos deshonrar así? Todo se debe al que lleva el ancla. Aún hoy uno de nosotros dos derribará al otro donde no caerá en blando. Casi nos han vencido». Su ataque les abrió espacio. Allí se acabó el juego de niños. Luchaban tan enconadamente que acababan con el bosque. Ambos ansiaban lo mismo: «¡Lanzas, señores! ¡Lanzas! ¡Lanzas!». Mas Lähelin tuvo que sufrir una ignominiosa derrota, pues el rey de Zazamanc lo derribó detrás del caballo, con una lanza de bambú, a la distancia de una lanza, y lo hizo prisionero. Preferiría coger dulces peras que darme un batacazo como el de esos caballeros ante Gahmuret. Muchos que estaban enfrente de él gritaban: «Aquí viene el ancla. ¡Fuera! ¡Fuera!». Un príncipe de Anjou llegó a galope junto a él. Estaba dominado por la tristeza y llevaba el escudo con la punta vuelta hacia arriba, pues así debía hacerlo por duelo. Gahmuret conocía el blasón. ¿Por qué se apartó de él? Si queréis, os lo digo. Este escudo se lo concedió Galoes, hijo del rey Gandin, el fiel hermano de Gahmuret, antes de que encontrara la muerte, por amor, en un duelo singular. Entonces Gahmuret desató su yelmo. Un profundo dolor le impedía abrirse camino luchando por la hierba y el polvo. Estaba enfadado consigo mismo por no haber preguntado a su primo Kaylet qué hacía su hermano, que no había

venido al torneo. No sabía que había muerto ante Muntori. Ya antes había sentido Galoes gran tristeza por el noble amor de una poderosa reina. Desde que él cayó, ella lo añoraba y murió de fidelidad amorosa.

Aunque Gahmuret estaba triste, en medio día había partido muchas lanzas. Si hubiera sido el verdadero torneo, habría acabado con el bosque. Había usado cien lanzas bien pintadas. Sus resplandecientes banderolas habían pasado, como era de ley, a poder de los gritadores. Ahora cabalgó hacia la gran tienda. El doncel de la reina de Gales lo siguió y recibió la costosa guerrera, agujereada y hecha jirones, que llevó a su señora. Era aún valiosa por su oro y relucía como el rescoldo que arde: ahí se veía su riqueza. Al verla, dijo contenta la reina: «Te ha enviado una noble dama, por medio de este caballero, a mi país. Mi buen tacto me lleva a no humillar a los otros que han venido aquí en busca de aventuras. Deseo a todos lo mejor, pues todos me están emparentados por la costilla de Adán. Pero pienso que Gahmuret ha conseguido el primer premio».

Los otros seguían luchando con tal furia que dieron fuertes golpes hasta la noche. Los de la ciudad habían llevado luchando a los de fuera hasta sus tiendas. De no ser por el rey de Ascalun y por Morholt de Irlanda, hubieran corrido por el campamento. Allí se ganaba y se perdía. Unos tenían quebrantos y otros la victoria y la gloria. Es hora de separarse, pues nadie reconoce a su adversario. La anfitriona del torneo no proporciona luz. ¿Quién jugaría a oscuras a los dados? Los cansados caballeros tenían ya bastante.

Donde estaba sentado Gahmuret no reinaba la oscuridad. Parecía como si fuera pleno día. No era así, sino que había enormes candelabros, haces de muchas pequeñas velas, fijadas sobre hojas de olivo. Muchos espléndidos cojines estaban cuidadosamente extendidos, y delante muchas grandes alfombras. Con gran cortejo de nobles damas cabalgó la reina hasta la tienda, pues quería conocer al noble rey de Zazamanc. La seguían muchos caballeros, cansados del combate. Antes de que ella entrara en la tienda, se levantaron los manteles. Gahmuret se puso en pie de un salto, y con él cuatro reyes prisioneros y muchos príncipes. La recibió con la mayor cortesía. Cuando ella lo vio, le gustó. La galesa dijo feliz: «Vos sois en esta tienda mi anfitrión, pero yo soy la soberana del

país. Si queréis que os dé el beso de bienvenida, ése es también mi deseo».

Gahmuret contestó: «Acepto gustoso vuestro beso si besáis también a estos señores. Si se lo negáis a los reyes o a los príncipes, no me atrevo a pedíroslo».

«Tenéis razón. Así debe ser. No he visto a ninguno antes».

Besó, pues, a los que debía, tal como Gahmuret había deseado. Después el caballero pidió a la reina que tomara asiento. Don Brandelidelin se sentó cortésmente a su lado. Por las alfombras se habían extendido verdes juncos, húmedos de rocío[24]. Aquí se sentó muy contenta la noble galesa, que ya se sentía acosada por el amor hacia el héroe. Gahmuret se sentó tan cerca de ella que lo podía tocar y atraer hacia sí. Era doncella, aún no señora, la que le dejó sentarse tan cerca. ¿Queréis saber ahora cómo se llamaba? La reina Herzeloyde. Su prima era Rischoyde, que estaba casada con el rey Kaylet, primo de Gahmuret. Doña Herzeloyde resplandecía tanto que, si se hubieran apagado las velas, habría habido bastante luz. Si la pesadumbre de Gahmuret no hubiera mitigado su gran alegría, se habría enamorado de ella. Sólo se intercambiaron saludos de cortesía.

Tras unos momentos unos escanciadores trajeron copas de Azagouc, bellamente decoradas. No engañaban en su riqueza. Las trajeron nobles donceles. Las copas eran costosas, de piedras preciosas, grandes y sin oro. Formaban parte de los obsequios, contrapartida de las rentas del país, que Isenhart había ofrecido a doña Belakane para que ella aliviara las penas de amor del caballero. Después les ofrecieron de beber en muchas copas de colores, talladas con esmeraldas, con cornalinas y, algunas, con rubíes.

Entonces llegaron cabalgando a la hermosa tienda dos caballeros, que habían dado su palabra para moverse libremente. Los habían hecho prisioneros los de fuera de la ciudad, y ahora regresaban a ella. Uno era Kaylet. Viendo a Gahmuret sentado y triste, le preguntó: «¿Qué te ocurre? Por doquier se te reconoce la victoria y se dice que has conquistado a doña Herzeloyde y su reino. Se proclama en todas las lenguas: los britanos o los irlandeses, los que hablan galés o los franceses o los de Brabante. Todos dicen que nadie ha cosechado tantos éxitos como tú en estos juegos. Aquí veo

la mejor prueba. Tu fortaleza y tu denuedo no descansaron hasta poner en apuros a estos señores, que nunca antes se habían sometido: don Brandelidelin y el intrépido Lähelin, Hardiz y Schafillor. ¡Ay! Y Razalic el moro, al que obligaste a rendirse ante Patelamunt. Tu gloria en el combate crece a lo alto y a lo ancho».

«Mi señora creerá que has perdido el sentido al alabarme tanto. No me venderás así, pues se ven mis defectos. Te has llenado demasiado la boca con lisonjas. Pero, dime, ¿cómo has regresado?».

«Los nobles señores de Punturtoys nos han dejado libres a mí y a este caballero de Champaña. Morholt, que ha hecho prisionero a mi primo, lo liberará si sueltas a Brandelidelin. Si no, seguiremos como rehenes mi primo y yo. ¡Concédenos este favor! Los juegos previos se han desarrollado de tal forma que esta vez sobra el verdadero torneo ante Kanvoleis. Estoy seguro. La crema del partido de fuera de la ciudad está prisionera en tu tienda. Ahora dime: ¿dónde o cómo nos pueden vencer? Muy grande es la gloria que has conseguido».

Entonces la reina hizo a Gahmuret un ruego hondamente sentido en su corazón: «No debéis negarme el derecho que tengo sobre vos. Os pido además que me concedáis ese favor. Pero si el hacerme esa merced menoscaba vuestra gloria, permitidme irme».

Rápidamente saltó el capellán de la casta y sabia reina Ampflise, y dijo: «¡No! Le pertenece a mi señora, que me ha enviado a este país para reclamar su amor. Vive consumiéndose de nostalgia por él. Su amor tiene derecho a él. Tiene que pertenecerle, pues lo quiere más que cualquier otra mujer. Aquí están sus mensajeros, tres príncipes sin tacha. Uno se llama Lanzidant, es de alta cuna y procede de Groenlandia. Fue al país de los carolingios[25] y aprendió allí el idioma. El segundo, de nombre Liedarz, es el hijo del conde Schyolarz». ¿Quién era el tercero? Lo vais a oír. Su madre se llamaba Beaflurs y su padre Pansamurs, y ambos procedían de las hadas. Su hijo llevaba por nombre Liachturteltart. Los tres corrieron hacia Gahmuret y dijeron: «Señor, si eres inteligente, puedes jugar sin dejar prenda. La reina de Francia te paga las tiradas de dados del noble amor. Al punto tu felicidad se verá libre de preocupaciones».

Después de oír estas palabras, dijo la reina a Kaylet, que había llegado antes y estaba sentado cubierto por el manto de ella: «Di,

¿te ha sucedido algo más? He visto que te golpeaban». Y la bella dama tocó sus magulladuras con sus tiernas y blancas manos, que eran una maravilla de Dios. Tenía cardenales y contusiones en las mejillas, en la barbilla y en la nariz. Estaba casado con la prima de la reina, de ahí que le hiciera estos honores y lo tocara con sus manos. Con excelentes modales siguió diciendo ella a Gahmuret: «La noble francesa os ofrece con insistencia su amor. Honrad ahora conmigo a todas las mujeres haciéndome justicia. Permaneced aquí hasta que oiga la sentencia, pues, de lo contrario, me entregáis al oprobio».

El noble caballero lo prometió. Ella se despidió y se fue. Kaylet, el noble héroe, la subió al caballo, sin escabel, y regresó a donde estaban sus amigos. Después dijo a Hardiz: «Vuestra hermana Alicia me ofreció su amor, y yo lo acepté. Ahora está casada con otro y en más noble casa que la mía. Por vuestra buena educación, dejad vuestro enfado. Su esposo es el príncipe Lämbekin. Aunque ella no ciñe corona, tiene muchos títulos: Hennegau y Brabante le rinden vasallaje, y numerosos valientes caballeros. Mostradme vuestra benevolencia y vuestra amistad y aceptad mis servicios».

El rey de Gascuña dijo, tal como le aconsejaba su viril arrojo: «Siempre habláis con melifluas palabras. Pero si alguien al que le hubieseis hecho algo malo os tuviera que suplicar, por miedo no lo haría. Me hizo prisionero vuestro primo».

«Éste no sabe obrar injustamente con nadie. Gahmuret os liberará. Tal será mi primer ruego. Cuando estéis en libertad, pienso serviros hasta vivir el momento en que me contéis entre vuestros amigos. Debéis llevar con resignación la injusticia. Me hagáis lo que me hagáis, vuestra hermana no me mataría». Todos rieron.

Pero las risas quedaron enturbiadas. A Gahmuret su fidelidad amorosa le volvía a producir el dolor de la añoranza, pues la pena es como un afilado aguijón. Todos podían ver que luchaba con penas de amor y que la alegría no las podía dominar. Entonces se enfadó su primo y dijo: «¡Sabes comportarte sin cortesía!».

«No. Es que estoy triste. Siento añoranza por la reina. Dejé en Patelamunt a la mujer, pura y dulce, por la que mi corazón está herido. Su noble recato me hace añorar su amor. Me concedió el poder sobre sus gentes y sobre su país. Doña Belakane me quita las alegrías de varón. Es muy propio de un hombre avergonzarse de un

amor traicionado. Ella me protegía en exceso, de modo que no podía combatir como un caballero. Pensé entonces que la caballería me libraría de las penas. Aquí he participado en algunos combates. Muchos necios piensan que su piel negra me alejó de allí. ¡Era para mí como el sol! Sus incomparables cualidades me producen ahora dolor. Es una bloca en el escudo de la dignidad. Por ello tengo que lamentarme y también porque vi llevar el blasón de mi hermano con la punta hacia arriba».

«¡Ay! ¡Cómo me afligen estas palabras!». La situación se tornó lastimosa. Al noble español se le llenaron los ojos de lágrimas. «¡Ay! ¡Loca reina! Por tu amor ofrendó su vida Galoes. Todas las mujeres deberían llorarlo de corazón, si quieren que se alabe su comportamiento dondequiera que se piense en ellas. ¡Ay, reina de Navarra! ¡Qué poco te preocupa! Por ti perdí a un pariente. En un duelo singular, en el que llevaba tu divisa de amor[26], encontró la muerte como un caballero. Los príncipes, sus compañeros, muestran la tribulación de sus corazones. Llevan la parte ancha de sus escudos, por la tristeza, vuelta hacia el suelo. Su gran dolor así lo demanda. De esta manera luchan. Están llenos de pena porque mi primo Galoes no puede ya servir por amor».

Cuando Gahmuret oyó que su hermano había muerto, sintió por segunda vez dolor en su corazón. Lamentándose dijo estas palabras: «¡Cómo ha encontrado la punta de mi ancla puerto en el país del dolor!». Entonces se quitó este blasón. Su tristeza lo tenía muy apesadumbrado. El héroe dijo con verdadero amor de hermano: «¡Galoes de Anjou! En el futuro nadie lo dudará: nunca ha nacido nadie más valiente. De tu corazón floreció el verdadero fruto de la generosidad. Me conmueve tu bondad». Después dijo a Kaylet: «¿Cómo está mi desdichada madre Schoette?».

«¡Que Dios se apiade de ella! Cuando se le murieron Gandin y tu hermano Galoes, y no te vio a su lado, la muerte también le partió a ella el corazón».

Entonces habló el intrépido Hardiz: «Mostrad ahora vuestra virilidad, si es que la tenéis, y lamentaos con mesura».

Pero su pena era demasiado grande. Un torrente de lágrimas fluyó de sus ojos. Cuidó de que los caballeros estuviesen cómodos y se retiró a su pequeña tienda, que era de terciopelo. Toda la noche padeció gran pesadumbre. Cuando nació el nuevo día, todos —los

de la ciudad y los de fuera, todos los que aquí luchaban, jóvenes o viejos, apocados o arrojados— llegaron al acuerdo de no luchar. Resplandecía la luz de la mañana, poco antes del mediodía. Los caballeros estaban tan agotados por los combates y los caballos tan reventados por las espuelas que hasta de los más valientes se apoderó la fatiga. La propia reina cabalgó al campo, hasta los nobles héroes, y los llevó consigo a la ciudad. Allí pidió a los de más alto rango que fueran al Llano del León. Cumplieron lo que les había pedido y llegaron donde se cantaba la misa en honor del doliente rey de Zazamanc. Después de la bendición llegó doña Herzeloyde y reivindicó su derecho a Gahmuret, que fue aceptado por todos. Entonces dijo él: «Señora, tengo una mujer, a la que quiero más que a mi vida. Aunque no la tuviera, sabría cómo evitar vuestras pretensiones, si alguien defendiera mi causa».

«Debéis dejar a la mora por mi amor. La Gracia del bautismo es más poderosa. Separaos del paganismo y amadme según nuestra Fe, pues ansio vuestro amor. ¿O es la reina de los franceses la que os aparta de mí? Sus mensajeros dijeron dulces palabras y llevaron el juego hasta el extremo».

«Ella es, en efecto, mi verdadera señora. Hacia Anjou llevé sus regalos y mi educación. Aún hoy me alegro de que me educara mi señora, libre de todas las tachas de la mujer. Ambos éramos entonces casi niños, pero nos alegrábamos de vernos. La reina Ampflise goza de la fama de ser una mujer extraordinaria. La hermosa dama me concedió las mejores rentas de su país, pues entonces era más pobre que ahora. Por ello, acepté gustoso su ayuda. Pero contadme entre los pobres. Debéis apiadaros de mí, pues ha muerto mi noble hermano. Por vuestros buenos modales, no me acoséis. Dirigid vuestro amor a donde haya alegría, pues en mí no hay más que tristeza».

«Permitid que no me carcoma más. Decidme, ¿cómo os queréis defender?».

«Os contestaré lo que deseáis saber. Se anunció un torneo, pero no se ha celebrado. Muchos testigos pueden confirmarlo».

«Los juegos preliminares lo han impedido. Incluso los más intrépidos se volvieron mansos del cansancio, por lo que el torneo no tuvo lugar».

«Sólo he defendido vuestra ciudad con otros que lucharon

bravamente. Ahorradme la defensa. Muchos caballeros fueron mejores. Vuestra pretensión no se tiene en pie. No espero de vos más que vuestro reconocimiento».

Según me cuenta la historia, el caballero y la doncella tomaron ahora un juez, que había de decidir sobre la demanda de la dama. Se acercaba el mediodía. Rápidamente se pronunció la sentencia: «Un caballero que ha venido a los juegos, que se ha atado el yelmo y que ha conseguido la victoria, debe pertenecer a la reina».

La sentencia fue aceptada. Entonces dijo la reina: «Señor, ahora sois mío. Os serviré para alcanzar vuestro favor y os haré tan dichoso que olvidaréis vuestra tristeza».

Pero él siguió triste. El sol de abril había pasado. Nació después una corta y fina hierba, y los campos se pusieron completamente verdes, lo que anima y contenta a los corazones tímidos. Muchos árboles estaban en flor por el suave aire de mayo. Él procedía de las hadas y tenía que amar o ansiar el amor. Su amada se lo quería conceder. Miró a Herzeloyde y su bella boca dijo con noble educación: «Señora, si debo vivir con vos, no me vigiléis. Si me abandonara algún día la tristeza, iría gustoso en busca de aventuras caballerescas. Si no me permitís ir a torneos, conozco la vieja treta con la que escapé de mi mujer, que también había ganado combatiendo. Cuando me impidió luchar, abandoné la gente y el país».

Ella contestó: «Señor, decidid vos lo que deseáis hacer. Os permito plena libertad».

«Quiero partir muchas lanzas y participar cada mes en un torneo. Permitídmelo, señora».

Ella lo prometió, según me han dicho. Él recibió el país y la doncella.

El capellán y los tres pajes de la reina Ampflise estaban donde se promulgó y se confirmó la sentencia, por lo que oyeron y vieron todo. En voz baja dijo el capellán a Gahmuret: «Han dicho a mi señora que conseguisteis la victoria ante Patelamunt y que habéis ceñido allí dos coronas. Ella también tiene un reino y os ofrece su mano y sus bienes».

«Dado que me armó caballero, tengo que obedecer fielmente las leyes de la caballería, a las que me obliga mi oficio de armas. Si hubiera recibido de ella el escudo, todo sería ahora de otra manera.

Me haga infeliz o dichoso, me obliga aquí esta sentencia de la caballería. Volved y decidle que la sirvo y que sigo siendo en cualquier caso su caballero. Aunque fueran mías todas las coronas, seguiría añorándola con todo el dolor de mi corazón».

Les ofreció ricos regalos, pero ellos los rechazaron. Los mensajeros volvieron a su país, sin mancillar en absoluto a su señora. No pidieron permiso para irse, como a menudo sucede cuando se está enojado. Los hijos de los príncipes, los tres pajes, casi estaban ciegos del llanto.

Un amigo dijo en el campo a los que habían llevado el escudo vuelto: «La reina doña Herzeloyde ha conseguido al de Anjou».

«¿Quién de Anjou estaba allí? Nuestro señor, por desgracia, está en otro sitio, está buscando la gloria de caballero entre los sarracenos, lo que es nuestra mayor pena».

«El que aquí ha ganado el premio y derribó a tantos caballeros, y el que daba tales tajos y golpes y llevaba la preciosa ancla sobre el resplandeciente yelmo de una piedra preciosa, es aquel al que os referís. El rey Kaylet me dijo que el de Anjou era Gahmuret. Ha cosechado aquí grandes éxitos».

Entonces corrieron hacia sus caballos. Cuando llegaron donde estaba su señor, sus vestidos estaban húmedos de lágrimas. Ellos lo saludaron, y él a ellos. Había aquí alegría y tristeza. Gahmuret besó a sus fieles caballeros y dijo: «No debéis llorar a mi hermano sin medida. Yo puedo sustituíroslo. Girad los escudos a su posición natural y seguid la senda de la dicha. Llevaré el blasón de mi padre, pues mi ancla ha tocado fondo en su país. El ancla es un símbolo para el héroe: tómelo y llévelo quien lo desee. Tengo que cumplir con los deberes que me impone la vida, pues soy poderoso. Si voy a ser el soberano de estos nobles guerreros, les perjudicaría mi tristeza. Doña Herzeloyde, ayudadme, y pidamos, vos y yo, a los reyes y príncipes que aquí están que sigan entre nosotros hasta que me concedáis lo que el amor ansia».

Ambos se lo pidieron y los nobles caballeros aceptaron al punto. Cada cual se fue a su aposento. La reina dijo a su amado: «Abandonaos a lo que hago». Y lo condujo por caminos privados. Dondequiera que hubiera ido el anfitrión, sus huéspedes fueron servidos espléndidamente. Los séquitos de ambos se habían reunido, mas Gahmuret partió solo, acompañado únicamente de dos

donceles. La reina y sus damas lo llevaron a donde iba a encontrar la dicha y desaparecer su tristeza. Venció su pesadumbre y renovó sus ansias de vivir, como debe suceder junto a la amada. La reina Herzeloyde perdió su doncellez. No preservaron sus labios, sino que se comieron a besos y alejaron la tristeza de su felicidad.

Después mostró sus buenos modales: dejó libres a los que había hecho prisioneros. Y, mirad, Gahmuret reconcilió a Hardiz y a Kaylet. Entonces se celebró tal fiesta que todo el que después ha querido igualarla ha tenido que ser muy poderoso. Gahmuret estaba decidido a no ahorrar sus bienes. Se repartió oro de Arabia a los caballeros sin feudo; mas a los reyes y a los príncipes que estaban allí, Gahmuret les regaló piedras preciosas con sus propias manos. El pequeño pueblo andante de los juglares estaba también muy contento, pues recibió ricos presentes. ¡Pero dejad marchar a todos los huéspedes! El de Anjou los despidió. Sobre su escudo se clavó una pantera de marta cebellina, que era el blasón de su padre. Encima de su cota de mallas se vistió una camisa de la reina, muy fina y de seda, que ella solía llevar sobre su cuerpo desnudo, pues ya era su mujer. Dieciocho de estas camisas se vieron completamente agujereadas, antes de separarse de ella. La dama se las ponía sobre su piel desnuda tan pronto como su amado volvía de los torneos, en los que él perforaba tantos escudos. Se amaban con perfecta fidelidad.

Gahmuret había conseguido gran gloria cuando su hombría y su valor lo llevaron a duros combates más allá del mar. Este viaje me llena de tristeza. Le llegó la noticia verdadera de que su antiguo señor el califa había sido atacado por los babilonios. Uno se llamaba Ipomidón y el otro Pompeyo. Así los llama la historia. Pompeyo era un hombre orgulloso y noble. (No era el que huyó de Roma ante Julio César y cuyo tío, por parte de madre, era el rey Nabucodonosor. En libros mendaces había leído éste que era un dios, lo cual sería hoy motivo de mofa de la gente). Los dos hermanos no regateaban su vida y sus bienes. Eran de alta cuna: procedían de Niño, que reinaba antes de fundarse Bagdad y había fundado él mismo Nínive. Ahora pagaban tributos al califa, y las cargas y la ignominia les apesadumbraban. Hubo muchas victorias y derrotas por ambas partes. Se vio allí luchar a grandes héroes. Gahmuret navegó por el mar y encontró al califa con su ejército.

Fue recibido con gran alegría, aunque lamento ese viaje.

Doña Herzeloyde no sabía lo que allí ocurría, cómo iban las cosas, cómo se alternaban las victorias y las derrotas. Estaba radiante como el sol y profundamente enamorada. Disfrutaba de su riqueza y de su juventud y estaba más dichosa de lo que ella misma podía desear. Volvió su corazón al bien y era querida por todos. El comportamiento de la reina doña Herzeloyde fue muy alabado y su castidad muy ensalzada. Reina de tres países, gobernaba Gales y Anjou y ceñía también la corona de Gales del Norte, con su capital, Kingrivals. Amaba tanto a su esposo que concedería a cualquier mujer un amigo de igual nobleza. No sentía rencor. Pero como él llevaba fuera medio año, esperaba ansiosa su llegada. Vivía sólo de esa esperanza. Mas la espada de su felicidad se quebró en medio de la empuñadura. ¡Ay, dolor! ¡Ay! ¡Ay! Lo bueno lleva en sí la tristeza, y la fidelidad amorosa siempre produce la pena. Así sucede a los humanos: hoy placer y mañana dolor.

La dama tuvo una tarde un sueño muy angustioso. Sintió un miedo horrible. Le pareció como si una estrella brillante la llevara por el aire, donde la alcanzaron con fuerza muchos rayos fulgurantes con truenos. Todos caían sobre ella desde lo alto y chisporroteaban y silbaban en sus largas trenzas. Con terribles crujidos resonaban los truenos y desprendían una lluvia de lágrimas ardientes. Cuando volvió en sí, un grifo le desgarró la mano derecha[27]. Con ello cambió la imagen del sueño. Horriblemente le pareció que era la madre nutricia de un dragón, que después le devoró el vientre, mamó de sus pechos y voló de repente alejándose de ella, sin que lo volviera a ver. El dragón le arrancó el corazón del pecho. También tuvo que ver esta cosa tan terrible. Nunca ha sufrido tanto una mujer en un sueño. Antes era una dama perfecta, pero ¡ay!, ahora todo va a cambiar y la tristeza se apoderará de ella. Su desdicha se alarga y se ensancha y se le acercan las penas del corazón venideras. La dama empezó a hacer lo que antes no acostumbraba: a moverse en el sueño de aquí para allá y a lamentarse a voces. Las muchas damas que allí estaban saltaron hacia ella y la despertaron.

En ese momento llegó a caballo Tampanis, el jefe de los escuderos de su esposo, con muchos donceles. Entonces se acabó la dicha, pues dijeron entre sollozos que su señor había muerto. Causó

esto tal pena a Herzeloyde que cayó sin sentido. Los caballeros preguntaron: «¿Cómo pudo morir mi señor en su armadura, tan bien armado como estaba?».

Aunque el sufrimiento se había apoderado del escudero, dijo a los héroes: «Mi señor pereció muy joven. Como hacía mucho calor, se quitó su capuchón de mallas. La maldita añagaza de los paganos nos ha robado al héroe cabal. Un caballero había echado sangre de macho cabrío en una larga redoma, que rompió sobre el diamante, y éste quedó más blando que una esponja. Que el que aún hoy se representa como un cordero con la cruz entre los pies se apiade de lo que allí sucedió. Cuando las tropas de los caballeros se atacaron, ¡cómo se luchó! Los caballeros del califa se defendieron con denuedo. En el campo de batalla delante de Bagdad se agujerearon muchos escudos cuando ambos bandos arremetieron uno contra otro. Los ejércitos de caballeros se molieron a golpes, las banderas se confundieron y muchos bravos héroes encontraron la muerte. Mi señor realizó tales hazañas que palideció la gloria de las anteriores. Entonces llegó cabalgando Ipomidón. Con la muerte se vengó de mi señor, que lo había vencido, como lo vieron muchos miles de caballeros, ante Alejandría. Mi señor, que carecía de doblez, se volvió hacia el rey. Este duelo le causó la muerte. La punta de la lanza de Ipomidón penetró en su yelmo y le atravesó la cabeza. Dentro de ésta se encontró un trozo del asta. Sin embargo, el héroe permaneció en la silla y, herido de muerte, cabalgó desde el campo de batalla a un amplio llano. Su capellán se inclinó sobre él. Se confesó con breves palabras y envió aquí esta camisa y el trozo de lanza que nos lo arrebató. Murió sin pecados. Encomendó a la reina sus donceles y sus escuderos.

»Después lo llevaron a Bagdad, donde el califa no escatimó en gastos. El féretro en el que descansa el héroe cabal estaba decorado de oro y con gran riqueza de piedras preciosas. Su joven cadáver fue embalsamado. Muchos estaban apesadumbrados. La piedra que está sobre su tumba es un magnífico rubí, de modo que se le puede ver a través de él. Complacieron nuestro ruego y, como protección y auxilio del alma, pusieron sobre la tumba una cruz, como símbolo de la Pasión, con la que Cristo nos libró de la muerte. Era una magnífica esmeralda, que también costeó el califa. Hicimos todo esto sin los paganos, cuya religión no sabe nada de la cruz, en la

que Cristo, con su muerte, nos liberó. En verdad, los paganos rezan a Gahmuret como su poderoso dios, pero no por la cruz o por la fe en el bautismo, que en el Juicio Final nos liberará de todas las ataduras. Su viril fidelidad y su contrita confesión le proporcionarán una resplandeciente aureola en el cielo. Carecía de maldad.

»En su yelmo, en el diamante, se grabó un epitafio. Después fijaron el yelmo a la cruz sobre la tumba. Así decía literalmente el epitafio: "A través de este yelmo una lanza atravesó al noble y valiente héroe. Se llamaba Gahmuret. Fue poderoso rey de tres países. Cada uno le entregó una corona y le rindieron vasallaje grandes príncipes. Nació en Anjou y perdió la vida ante Bagdad por el califa. Su gloria fue tanta que nadie llegó a su altura donde se demuestran las virtudes caballerescas. No ha nacido caballero que en valentía le iguale. Aconsejaba y ayudaba siempre esforzadamente a sus amigos. Sufría duras penas de amor por las mujeres. Estaba bautizado y vivía cristianamente. Su muerte dolió también, en verdad, a los sarracenos. En los años en que fue consciente, buscó valerosamente la gloria y murió como un famoso caballero. Venció a la villanía. Desead la salvación al que aquí yace"».

Realmente había sucedido como el escudero lo había contado. A muchos galeses se les vio llorar, y tenían razón para lamentarse. La dama estaba encinta y el niño se movía en su seno cuando ella yacía tumbada e inerme. Desde hacía dieciocho semanas el niño daba señales de vida, mientras que su madre, la reina Herzeloyde, luchaba con la muerte. Los otros no estaban en sus cabales, pues no ayudaban a la reina, que llevaba en su seno a aquel que llegaría a ser la flor de todos los caballeros, si no moría ahora. Cuando ella luchaba con la muerte, llegó junto a la dama un viejo experimentado para lamentarse con ella. Le mantuvo los dientes separados, de modo que se le pudo introducir agua en la boca. Entonces volvió en sí y dijo: «¡Ay! ¿Dónde está mi amado?». La dama lo lloraba muy lastimeramente. «La gloria de Gahmuret era la gran dicha de mi corazón. Su valentía me lo arrebató. Aunque soy más joven que él, soy su madre y su esposa, pues lo llevo dentro de mí y también su germen de vida, que nuestro amor depositó en mí. Si Dios es fiel, me permitirá que fructifique. Con mi orgulloso y noble esposo ya he perdido bastante. ¡Qué daño me ha causado la

muerte! Nunca recibió Gahmuret amor de una mujer sin hacerla partícipe de sus alegrías y sin compartir sus penas. Su fidelidad masculina así se lo aconsejaba. Desconocía la maldad».

Oíd ahora lo que hizo la reina. Con sus brazos y con sus manos se abrazó el vientre con el niño, y dijo: «¡Que Dios me envíe el noble fruto de Gahmuret! Lo pido de corazón. ¡Que Dios me libre de este necio peligro! Sería la segunda muerte de Gahmuret si me golpeara a mí misma mientras llevo en mi seno lo que concebí del que siempre me mostró su fidelidad de hombre».

A la reina le daba igual si alguien miraba: arrancó la camisa de su pecho. Entonces cogió sus suaves y blancos pechos y los apretó contra su roja boca. Lo hizo como una verdadera mujer. Después, la inteligente dama dijo: «Eres receptáculo para el alimento de un niño, quien se lo ha preparado para sí desde que lo sentí vivir en mi cuerpo». Ella vio cumplidos sus deseos, pues este alimento, la leche de sus pechos, era como una bóveda de su corazón. Apretando sus pechos hizo fluir la leche, diciendo: «Vienes del fiel amor. Si no estuviera bautizada, tú serías la señal de mi bautismo. Me rociaré contigo y con las lágrimas de mis ojos, sola y ante los demás, pues así quiero llorar a Gahmuret».

Después la reina mandó traer la camisa ensangrentada que el noble y valiente Gahmuret llevaba puesta cuando perdió bravamente la vida en el ejército del califa. También ordenó traer el trozo de lanza que había causado la muerte a Gahmuret. Ipomidón de Nínive, el intrépido y noble babilonio, se había vengado de él haciéndole jirones la camisa con los golpes. Ella quería ponérsela, como había hecho cuando su esposo volvía de los torneos, pero se la quitaron de las manos. Los más distinguidos del país enterraron en la catedral el trozo de lanza y la camisa ensangrentada, como si se enterrara al caballero muerto. La tristeza se enseñoreó del reino de Gahmuret.

Catorce días después la reina dio a luz un niño, tan grande que casi le costó la vida. Aquí se hace la primera tirada de dados de esta historia y comienza propiamente, pues ahora ha nacido su protagonista. Habéis oído algo de la dicha y la desdicha de su padre. Ahora sabéis de dónde procede la figura principal de esta obra y sabréis cómo se le protegía. Se le ocultó todo lo de la caballería hasta la mayoría de edad y la plenitud de juicio.

Cuando la reina despertó y cogió junto a sí a su niñito, ella y otras damas empezaron a mirar su miembrecillo entre las piernas. Tenían que acariciar allí al niño, pues era como un hombre. Después andaría con las espadas como un herrero y sacaría mucho fuego de los cascos, pues su corazón era intrépido. A la reina le gustaba besarlo una y otra vez. Muy efusivamente le decía: *«Bon fils, cher fils, beau fils»*[28]. La reina cogía sin parar sus manchas de rojo desteñido —me refiero a los pezones de los pechos— y se los metía en la boquita. La que le había llevado en el vientre era su nodriza: lo alimentó de sus pechos, huyendo de los errores de otras mujeres. Le parecía que volvía a tener a Gahmuret en sus brazos. No se evadió frívolamente de sus deberes, sino que los asumió con humildad. Herzeloyde dijo con tino: «La reina del cielo dio el pecho a Jesús, quien después, hecho hombre, sufrió por nosotros una cruel muerte en la cruz y nos demostró su fiel amor. Quien despierta su cólera perderá muy probablemente su alma, por muy puro que sea o haya sido. Sé que esto es verdad». La soberana del país quedó húmeda del rocío de lágrimas que brotaba de las penas de su corazón, y la lluvia de sus ojos caía sobre el chiquillo. Mostraba verdadero amor de madre. Su boca sabía sollozar y reír. Se alegraba del nacimiento de su hijo, pero su felicidad se ahogaba en el vado de la tristeza.

Si alguien habla mejor de las mujeres, vive Dios que no me importa. Oigo gustoso lo que a ellas contenta. Sólo a una no estoy dispuesto a prestar fielmente mi servicio amoroso. Mi encono hacia ella se renueva constantemente desde que me fue infiel. Yo soy Wolfram, de Eschenbach, y sé también componer canciones. Soy como una tenaza que sujeta mi cólera hacia esa mujer. Me ha hecho algo tan malo que sólo me queda odiarla. Por ello otras me odian a mí. ¡Ay! ¿Por qué lo hacen? Aunque me duele su odio, tienen que hacerlo por ser mujeres. Me pasé de la raya y me perjudiqué a mí mismo. No me volverá a suceder. Pero no deben atacar demasiado deprisa mis murallas, pues se encontrarán con mi contraataque. No he olvidado apreciar bien su forma de ser y de comportarse. Quiero ser abanderado de la buena fama de la mujer que se rige por la castidad. Me duele lo que a ella le apena. Mucho cojea la fama de quien, por su sola dama, menosprecia a todas las demás[29]. A todas las que quieran ver y oír mi derecho estamental, no las engañaré.

Propio de mi ser es el oficio de las armas. La que no aprecia mi valor de caballero y me ama por mi arte poética, me parece que tiene pocas entendederas. Si aspiro al amor de una noble dama, que mida su favor por el modo en que consigo el premio con el escudo y la lanza. Apuesta por una tirada muy alta en los dados quien busca el amor en las armas.

Si las damas no lo tuvieran por adulación, seguiría contándoos esta historia. Pero quien desee que continúe, no tenga esta narración por un libro culto. No sé leer ni escribir[30]. Muchos hacen nacer la poesía en la erudición[31]. Esta historia navega sin el timón de los libros. Antes de que esta historia se tuviera por un libro así, preferiría estar desnudo y sin toalla en el baño, y sólo tener el haz de ramas al alcance de la mano[32].

—*Gurnemanz*—

Me entristece que tantas se llamen *mujeres*. Todas tienen la misma voz aguda, muchas son rápidamente infieles y pocas están libres de doblez. Se dividen, pues, en dos grupos, y me avergüenzo de que se las llame por el mismo nombre. Feminidad, a tu ley pertenece y ha pertenecido siempre la fidelidad. Muchos dicen que la pobreza no es buena para nada. Pero quien la padece por su fidelidad amorosa, se salva del fuego del infierno.

Una mujer la padeció por su amor de madre y por ello encontró su recompensa en el cielo con un regalo eterno. Pienso que hay muy pocos que en su juventud hayan dejado la riqueza terrenal por la gloria celestial. Yo no conozco a nadie. Aquí el hombre y la mujer son para mí iguales: ninguno lo hace. La poderosa doña Herzeloyde tenía tres reinos y los dejó. Cargaba con el peso de su falta de alegría. Carecía de perfidia. Ni se veía ni se oía en ella. El sol era para la dama niebla, pues rehuía las alegrías del mundo. Le daban lo mismo la noche y el día, pues su corazón sólo sufría.

La apenada dama se retiró de su país a un bosque, a un lugar solitario llamado Soltane, no a los prados con sus flores. Su corazón estaba tan afligido que no prestaba atención a las coronas de flores, fueran rojas o amarillas. Allí llevó para protegerlo del mundo al hijo del noble Gahmuret. Los que estaban con ella tenían que cultivar la tierra y roturar el bosque. Ella sabía cuidar amorosamente a su hijo. Antes de que éste llegara al uso de razón, convocó la dama ante sí a sus gentes y les prohibió bajo pena de muerte, a los hombres y a las mujeres, que hablaran de caballeros. «Si el amado de mi corazón oyera cómo es la vida de un caballero, sentiría gran pesadumbre. Sed discretos y no le digáis nada de la caballería». Esto no tendría

buen final.

El chico fue educado en Soltane, apartado del mundo. Se le privó del modo de vida de la corte real, excepto en una cosa: con sus propias manos se hizo un arco y unas pequeñas flechas, con los que abatía a los muchos pájaros que encontraba. Pero siempre que acertaba a un pájaro que antes había cantado muy fuerte, lloraba y se mesaba el cabello, y se vengaba con su pelo. El joven era bello y extraordinario. Todas las mañanas se lavaba en el río del prado. No conocía la tristeza, a no ser por el canto de los pájaros, cuya dulzura penetraba en su corazón y le agrandaba su pequeño pecho. Bañado en lágrimas corría hacia la reina, quien le preguntaba: «¿Quién te ha hecho algo? ¡Ya estuviste allí, en el prado!». Y él no sabía contestar, como sucede a menudo a los niños.

La reina trató de desentrañar durante mucho tiempo este enigma, hasta que un día lo vio mirar fijamente a lo alto de los árboles y oír el canto de los pájaros. Observó que el pecho de su hijo se hinchaba al escuchar sus trinos. Se debía a la naturaleza que había heredado y a la añoranza. Sin saber por qué, doña Herzeloyde empezó a sentir odio por las aves y quiso enmudecer su canto. Mandó a sus labradores y a sus criados que se apresuraran a capturarlas y estrangularlas. Pero los pájaros fueron más rápidos y no todos murieron. Algunos quedaron con vida y siguieron cantando felices.

El joven preguntó a la reina: «¿Qué tienen contra los pajarillos?». Quería que los dejaran en paz enseguida. Su madre lo besó en la boca y dijo: «¿Por qué quebranto el mandamiento de Dios Todopoderoso? ¿Deben perder los pájaros por mi causa su alegría?». Pero el joven preguntó rápidamente a su madre: «¡Ay, madre! ¿Qué es esto, Dios?»[33]. «Hijo, te lo voy a decir en serio. Es más luminoso que el día y se convirtió en la viva imagen del hombre. Fíjate en esto, hijo: rézale cuando estés en apuros, pues su fiel amor siempre ofreció ayuda a los hombres. Hay otro que se llama el señor de los infiernos. Es negro y muy traicionero. Aparta de él tus pensamientos, así como de la duda». Así le explicó su madre la diferencia entre la luz y las tinieblas. Después él salió corriendo.

Aprendió a lanzar el venablo, con el que mató muchos ciervos, lo cual alegró a su madre y a su séquito. Donde había nieve y donde

la había habido causaba gran daño a los ciervos con sus dardos. Y oíd algo insólito: cuando cazaba uno tan pesado que apenas lo podría cargar un mulo, lo llevaba a casa a sus espaldas sin descuartizar.

Un día fue a cazar a una extensa ladera. Había partido una rama para hacer el reclamo con la hoja, cuando en un camino que discurría cercano oyó ruido de cascos. Preparó su venablo y dijo: «¿Qué he oído? Si quisiera venir con su colérica saña el demonio, seguro que lo vencería. Mi madre dice cosas terribles de él, pero pienso que ella ha perdido el valor». Y así estaba, ansioso de combatir.

Y, mirad, allí llegaron al galope tres hermosos caballeros, armados de la cabeza a los pies. El joven creyó realmente que cada uno de ellos era un Dios, y no permaneció mucho tiempo en pie, sino que se echó de rodillas en el camino, gritando: «¡Ayúdame, Dios! ¡Tú puedes ayudar!».

El primer caballero se enfureció cuando el chico se arrodilló en el camino: «Este necio galés entorpecerá nuestra rápida cabalgada».

La fama que llevamos los bávaros tengo que aplicársela también a los galeses: son más necios que los bávaros, pero en el combate salen victoriosos. Quien crece en estos dos países es un verdadero portento.

Después llegó a pleno galope, a rienda suelta, un caballero espléndidamente adornado, que evidentemente tenía mucha prisa. Ansioso de lucha, cabalgaba en pos de dos caballeros, que le llevaban gran ventaja. Le habían raptado una dama en su propio país, lo que al héroe le pareció una gran afrenta. Le atormentaba el sufrimiento de la doncella, que cabalgaba desesperada ante ellos. Los tres caballeros eran su séquito. Él montaba un hermoso caballo castellano y su escudo estaba muy desgastado. Se llamaba Karnachkarnanz y era el conde de Ulterlec. Entonces dijo: «¿Quién nos cierra el camino?», y se lanzó sobre el joven. A éste le pareció que era un Dios, pues no había visto nunca tal luminosidad. La guerrera caía hasta el rocío de la hierba. Los estribos sonaban con cascabeles en ambas piernas y tenían la longitud adecuada. También su brazo derecho sonaba por los cascabeles cuando lo movía, y tintineaba con los tajos de su espada. Alcanzó la gloria por el camino más rápido. Así iba el poderoso príncipe, bellamente

engalanado.

Karnachkarnanz preguntó al dechado de la belleza masculina: «Joven noble, ¿habéis visto pasar a dos caballeros? Han quebrantado el código de la caballería. Pretenden violar a una dama, que llevan raptada. Han perdido el honor». Dijera lo que dijera, el joven creía que era Dios, como le había dicho la reina doña Herzeloyde cuando se lo describió como luminosidad. Entonces gritó muy en serio: «¡Ayúdame, Dios auxiliador!». El hijo del rey Gahmuret rezaba de rodillas.

El príncipe contestó: «No soy Dios, pero cumplo gustoso sus mandamientos. Si miras bien, verás aquí a cuatro caballeros».

El joven le preguntó: «Dijiste caballero. ¿Qué es eso? Si no tienes la fuerza de Dios, dime: ¿quién hace caballero?». «El rey Arturo. Doncel, si vais a su castillo, os otorgará el título de caballero y nunca os avergonzaréis de ello. Tenéis el aspecto de proceder de caballeros».

Los héroes lo miraron con atención: en él se manifestaba el arte de Dios. Me sujeto a la historia, que no me miente: desde los tiempos de Adán no hubo un hombre más hermoso. Las mujeres lo alabarían después por doquier.

El chico volvió a hablar y todos rieron: «¡Ay, noble caballero! ¿Qué eres? ¡Tienes tantos anillitos atados a tu cuerpo, allí arriba y aquí abajo!». La mano del joven tocó todo lo que encontró de hierro en el príncipe y también miró la cota de mallas, pensando: «Las doncellas de mi madre llevan los anillos en cordeles, no están entrelazados así». El joven dijo, tal como lo pensaba, al príncipe: «¿Para qué se necesita esto tan fuerte que te cubre? No lo puedo arrancar».

Entonces el príncipe le enseñó su espada: «Mira, con golpes me defiendo del que quiere luchar conmigo. Y contra los suyos llevo puesto esto. Tengo que ir armado así contra las flechas y las lanzas».

El joven exclamó rápidamente: «Si los ciervos tuvieran una piel así, mi venablo no los heriría. Ya he matado muchos con él».

Los caballeros se impacientaron porque él se entretenía demasiado con tan ignorante muchacho, mas el príncipe dijo: «Dios te proteja. ¡Ay! ¡Ojalá fuese tan hermoso como tú! Serías la obra perfecta de Dios si pudieras vivir con pleno entendimiento. ¡Que Dios te proteja de todo mal!».

Después cabalgó con los suyos y llegaron muy pronto a un campo en medio del bosque. Allí encontró el noble caballero a los aradores de doña Herzeloyde. Nunca habían sufrido tanto. Los vio labrando la tierra. Primero sembraban, después rastrillaban y movían las varas sobre los robustos bueyes. El príncipe les dio los buenos días y les preguntó si habían visto a una doncella en apuros. No quisieron dejar de contestar a su pregunta. «Dos caballeros y una chica pasaron a caballo esta mañana. La dama iba muy abatida. Los que la llevaban picaban mucho las espuelas». Se trataba de Meljakanz. Karnachkarnanz lo alcanzó y por las armas le arrebató la dama, que estaba muy apesadumbrada. Ella se llamaba Imane de la Beafontane.

Cuando los héroes se alejaron, los labradores cogieron miedo. Decían entre sí: «¿Cómo nos ha podido pasar esto? Si nuestro doncel ha visto qué mellados estaban los yelmos de estos caballeros, hemos tenido poco cuidado. Con razón tendremos que oír la cólera de la reina, porque el chico vino aquí con nosotros esta mañana, cuando ella aún dormía».

Al joven le era ahora indiferente quién mataba los ciervos grandes y pequeños. Volvió corriendo junto a su madre y se lo contó todo. Entonces ella cayó al suelo desvanecida. Sus palabras la asustaron tanto, que ahí estaba ante él, sin sentido. Cuando la reina volvió en sí, después del desvanecimiento, preguntó: «Hijo, ¿quién te ha hablado de la caballería? ¿Cómo has sabido de ella?».

«Madre, he visto a cuatro hombres más resplandecientes que Dios. Ellos me hablaron de la caballería. Arturo, con su fuerza real, me conducirá al honor del caballero y al servicio de las armas».

Ella volvió a quejarse amargamente. La dama no sabía bien qué ardid emplear para apartarle de ese deseo. El joven, noble e inexperto, pidió insistentemente a su madre un caballo, de modo que el corazón de ésta se llenó de tristeza. Ella pensaba: «No se lo voy a negar, pero tiene que ser un rocín muy malo». Y la reina siguió meditando: «A la gente le gusta mofarse. Mi hijo llevara sobre su bello cuerpo vestidos de bufón. Cuando le tiren de los pelos y le den palos, seguro que volverá a mí». ¡Ay! ¡Cómo sufría!

La dama tomó tela de saco y le hizo una camisa y unos pantalones, ambos en una pieza, que le cubría hasta la mitad de la blanca pierna. Así se vestían los bufones. Arriba iba la capucha. De

piel de becerro sin curtir le hizo dos botas de campesino, a la medida de sus pies. Y no dejó de proferir grandes lamentos. La reina tenía algo en mente, por lo que le pidió que se quedara esa noche. «No debes irte. Antes quiero darte unos buenos consejos. Cuando no cabalgues por caminos, debes evitar los vados oscuros; pero puedes pasar por los que sean poco profundos y claros. Debes acostumbrarte a saludar a toda la gente. Si te quiere enseñar buenos modales un viejo experimentado, obedécele, pues bien puede, y no te enfades con él. Hijo, te daré otro consejo. Si puedes conseguir de una noble dama su anillo y su saludo, tómalos, pues te quitarán las penas. Debes apresurarte a besarla y a *abrazarla*, fuerte. Si es casta y hermosa, conseguirás felicidad y contento. También debes saber, hijo mío, que el orgulloso y valiente Lähelin conquistó a tus príncipes dos países, Gales y Gales del Norte, que deberían rendirte vasallaje. Uno de tus príncipes, Turkentals, murió a sus manos, y mató también o hizo prisioneros a tus siervos».

«Se lo haré pagar, madre, si Dios lo quiere. Mi venablo hará correr su sangre».

Por la mañana, al amanecer, el joven se decidió rápidamente. Quería ir enseguida hasta el rey Arturo. Herzeloyde lo besó y fue detrás de él. Entonces sucedió una gran desgracia para todos. Cuando ya no alcanzaba a ver a su hijo, que se alejaba cabalgando (¿quién ganaba con ello?), cayó la noble dama al suelo, con el corazón tan roto que murió. Su muerte por amor de madre la salvó de las penas del infierno. ¡Feliz ella, que fue una buena madre! Fue una raíz de la bondad y un tronco de la humildad. Así subió al cielo, lo que le había de reportar gran recompensa. ¡Lástima que no tengamos ahora su estirpe hasta el undécimo grado! Muchas son miradas con ojos envidiosos. Pero las mujeres fieles deberían desear buena fortuna a este joven, que se alejaba de su madre.

El bello joven se dirigió al bosque de Briziljan. Llegó cabalgando a un arroyo, que hubiera podido atravesar un gallo. Aunque sus aguas estaban oscuras sólo por las flores y la hierba que allí había, el joven no lo vadeó. Cabalgó todo el día a lo largo del arroyo, pues así le pareció bien a su inteligencia. Pasó la noche como pudo, hasta que despuntó el claro día. El joven partió de allí y llegó a un vado hermoso y claro. En la otra orilla el prado estaba adornado con una tienda de gran riqueza, de terciopelo de tres colores. Era alta y

amplia y cubrían sus costuras espléndidos ribetes. Estaba colgada allí al lado una cubierta de cuero, que se podía echar por encima cuando llovía. En la tienda encontró a la mujer del duque Orilo de Lalande. La noble duquesa estaba tumbada con su arrebatadora belleza. Era el ideal de la amada de un caballero. Se llamaba Jeschute. La dama estaba dormida. Tenía el blasón del amor y la aflicción del corazón del caballero enamorado: unos labios rojos relucientes. Mientras la dama dormía, los labios se le habían entreabierto. Irradiaban el fuego del amor. Así estaba allí tumbada como la más maravillosa de las aventuras. Tenía los resplandecientes dedos de los pies de marfil blanco como la nieve, bien alineados y pequeños. Me temo que nadie me enseñará a besar tales labios: nunca he tenido la ocasión. Su manta, de marta cebellina, le llegaba sólo hasta sus caderas, pues la había apartado por el calor cuando su marido la dejó sola. La dama era verdaderamente muy hermosa. No se ahorró arte en ella, pues el propio Dios había conformado su cuerpo. También tenía esta adorable mujer largos brazos y blancas manos. El joven vio en una de ellas un anillo, que le atrajo hacia la cama, donde se puso a pelear con la duquesa, pues pensaba en su madre y en su consejo sobre el anillo de la mujer. El hermoso joven saltó de la alfombra a la cama. Cuando estaba en los brazos de ella, la bella y casta dama se incorporó del susto y se despertó. Pudorosa y nada contenta, la noble y bien educada dama dijo: «¿Quién me ha deshonrado? Joven noble, es demasiado. Dejadme en paz».

Aunque la dama se puso a dar grandes gritos, él no se preocupó de lo que decía, sino que acercó por la fuerza la boca de ella a la suya. Después la atrajo hacia sí enseguida y le robó también el anillo. Cuando vio en su camisa un broche, se lo arrancó asimismo violentamente. La mujer se defendió como lo hacen las mujeres, pero él era como todo un ejército para ella. Y, sin embargo, siguieron luchando denodadamente. Después el joven se quejó de que tenía hambre. La bellísima dama exclamó: «¡No me comáis a mí! Si supierais lo que es bueno para vos, comeríais otra cosa. Allí hay pan y vino, y también dos perdices que me trajo una doncella, quien no pensó precisamente en vos».

Él no se preocupó de dónde estaba sentada la criada. Comió a dos carrillos y bebió después grandes tragos. A la dama se le hizo

interminable el tiempo que él estuvo en la tienda. Pensaba que era un joven noble que había perdido la razón. Empezó a sudar de vergüenza y dijo: «Doncel, dejad aquí mi anillo y mi broche y marchaos. Si viene mi esposo, sufriréis su cólera, y deberíais evitarla».

Entonces dijo el joven de noble origen: «¿Por qué he de temer la cólera de vuestro esposo? Pero si menoscaba vuestra honra, me iré». Después fue a su cama y le dio otro beso. La duquesa se opuso. Acto seguido se marchó antes de que ella le diese el saludo de despedida, aunque dijo: «Dios te proteja. Mi madre me aconsejó decirlo».

El joven estaba muy contento con su botín. Cuando había cabalgado un trecho, quizá una milla, volvió el caballero del que ahora hablaré. Por las huellas en el rocío supo que su mujer había recibido visita. También algunas cuerdas de la tienda estaban sueltas. Un joven había pisado la hierba. El noble y famoso príncipe encontró a su mujer muy triste. Entonces dijo el orgulloso Orilo: «¡Ay, señora! ¿Os he servido para que pase esto? Mi gran fama como caballero ha terminado en la deshonra. Tenéis otro amante».

La dama lo negó con los ojos llenos de lágrimas, diciendo que era inocente, pero él no la creyó. Entonces dijo llena de miedo: «Vino un loco cabalgando. Aunque he conocido a mucha gente, nunca he visto a nadie tan hermoso. En contra de mi voluntad me quitó mi broche y mi anillo».

«¡Ajá! Os gusta mucho. Os habéis acostado con él».

Pero ella replicó: «¡Dios no lo quiera! Tenía muy cerca su venablo y sus botas campesinas. Deberíais avergonzaros de vuestras palabras. No sería propio de una dama noble entregarse a semejante tipo de amor».

El príncipe contestó enseguida: «Señora, no os he hecho nada, a no ser que os siga avergonzando haber dejado el título real y haberos quedado por mí en duquesa. He pagado caro el trueque. Pero mi arrojo es tan conocido que incluso Erec, vuestro hermano y mi cuñado, el hijo del rey Lac, os tiene que odiar por esto. Todos los versados en la caballería me reconocen una gloria que sólo fue menoscabada cuando Erec me hizo caer ante Prurin en un duelo singular. Después se lo hice pagar ante Karnant. En perfecto duelo lo derribé detrás del caballo. ¡Palabra de honor! Vuestra costosa divisa en la punta de mi lanza atravesó su escudo. No sospechaba

entonces que amabais a otro, Jeschute, señora mía. Debéis creerme que maté al orgulloso Galoes, hijo del rey Gandin, en un duelo. También estabais a mi lado cuando Pliopliheri cabalgó hacia mí y quería justar conmigo. Lo lancé del caballo, de modo que no le apretó nunca más la silla[34]. He conseguido muchas veces la victoria y he derribado a muchos caballeros. Pero ahora de nada me sirve, pues he sufrido una gran deshonra. Todos los caballeros de la Tabla Redonda me odian desde que, luchando por el gavilán[35] en Kanedic y en presencia de nobles doncellas, derribé a ocho de ellos. Para vos conseguí la gloria y para mí la victoria. Lo visteis vos y también el rey Arturo, que tiene en su casa a mi hermana, la encantadora Cunneware, quien no podrá reír hasta que vea al hombre que merece la mayor gloria. ¡Si lo encontrara! Lucharíamos enseguida, como esta misma mañana, cuando combatí con un príncipe que me había desafiado a un duelo singular. Fui su desgracia, pues lo ataqué con mi lanza y cayó muerto. No quiero deciros, dominado por la cólera, que muchos han golpeado a sus mujeres por faltas más leves. Si os dejé a deber algún servicio caballeresco o algún honor, debéis olvidarlo en el futuro. No me calentaré más en vuestros blancos brazos, en los que pasé tantos días dichosos por vuestro amor. Haré palidecer vuestros rojos labios y haré enrojecer vuestros ojos. Deshonraré vuestra dicha y enseñaré a vuestro corazón a sollozar».

Entonces la noble dama miró al príncipe y dijo llena de tristeza: «Comportaos también ante mí como un caballero. Sois fiel y experimentado y me tenéis en vuestro poder, de modo que me podéis atormentar mucho. Pero antes debéis dejar que me justifique. Permitídmelo, en nombre de todas las mujeres. Después me podréis castigar. Si otro me matara, sin menoscabo de vuestro buen nombre, enseguida estaría dispuesta a morir. Sería un momento feliz, puesto que me odiáis».

Pero el príncipe replicó: «Señora, me resultáis demasiado arrogante. Os bajaré los humos. Beberéis y comeréis sola. Tampoco dormiremos juntos. No recibiréis ningún vestido más, fuera de aquel con el que os encontré sentada. Los arreos de vuestro caballo serán sólo una cuerda de esparto, vuestro caballo tendrá que pasar hambre y vuestra bien decorada silla tendrá un aspecto lamentable». Rápidamente desgarró e hizo añicos la gualdrapa de

terciopelo del caballo y, cuando lo hubo hecho, destrozó la silla sobre la que ella cabalgaba. A pesar de su castidad y de sus virtudes femeninas, tuvo que sufrir su odio. Él volvió a remendar la silla con cuerdas de esparto. Su cólera la había sorprendido. Después le dijo el duque: «Señora, ahora debemos cabalgar. Si encuentro al que disfrutó aquí de vuestro amor, me pondré contento. Lo desafiaría aunque su aliento desprendiera fuego como un dragón salvaje». Bañada en lágrimas y lamentándose lastimeramente se marchó de allí la dama, muy atribulada. No la apesadumbraba lo que a ella le ocurría, sino la infelicidad de su marido, cuya tristeza la afligía. La pena del caballero era el gran dolor de la dama, que hubiera preferido estar muerta. ¡Sentid compasión por ella y lamentaos, pues desde ahora vivirá con gran tristeza! Aunque todas las mujeres se enfadasen conmigo, sentiría compasión por el dolor de Jeschute.

Cabalgaron tras las huellas del joven, que también iba deprisa. Pero éste, nada receloso, no sabía que lo perseguían. Cuando veía que alguien se aproximaba, el buen joven lo saludaba y añadía: «Así me lo aconsejó mi madre».

Nuestro ingenuo muchacho bajaba la ladera de una colina cuando oyó una voz de mujer delante del borde de una peña. La mujer gritaba desesperada, como si hubiera perdido toda su felicidad. El joven cabalgó rápidamente hacia ella. Oíd ahora lo que hizo la dama: doña Sigune se arrancó de tristeza sus largas trenzas castañas. El joven miró con atención y vio allí muerto al príncipe Schionatulander en el regazo de la doncella, que había perdido toda alegría.

«Esté triste o contento, mi madre me pidió que saludara a todo el mundo. Dios os guarde», dijo el joven. «He hecho un lastimoso hallazgo en vuestro seno. ¿Quién os entregó a este caballero herido?». El joven siguió hablando despreocupado: «¿Quién lo ha alcanzado? ¿Fue con un venablo? Me parece, señora, que está muerto. ¿No me queréis decir quién os ha matado al caballero? Si lo alcanzo con mi caballo, lucharé gustoso con él».

Entonces el valiente joven echó mano a su carcaj, donde tenía venablos bien afilados. También llevaba las dos prendas de recuerdo que había arrebatado a Jeschute cuando cometió allí aquella necedad. Si hubiera aprendido los buenos modales de su noble padre, habría atacado a la duquesa junto al monte, cuando

estaba sola[36]. Por él padeció ella muchas penalidades: su esposo no la tocó en más de un año. La trató muy injustamente.

Ahora oíd lo que os voy a contar de Sigune, que lloraba con razón su desdicha. Dijo al joven: «Tienes nobles sentimientos. Bendita sea tu belleza juvenil y tu rostro adorable. Serás muy feliz. A este caballero no lo atravesó un venablo. Murió en una justa. Eres leal de nacimiento al sentir compasión por él». Antes de dejar marchar al joven, le preguntó su nombre y le dijo que evidenciaba el arte del Sumo Hacedor.

«Bon fils, cher fils, beau fils. Así me han llamado los que me conocían en casa».

Cuando pronunció esas palabras, ella supo su nombre. Oídlo ahora correctamente para que sepáis con exactitud quién es el protagonista de esta historia, que precisamente estaba con la doncella. Ésta dijo enseguida con sus labios rojos: «Realmente te llamas *Par-zi-val*, lo cual significa *por en medio*[37]. Al ser tu madre tan fiel, su gran amor trazó el surco por su corazón, pues tu padre la dejó triste. No te digo nada para que te vanaglories. Tu madre es mi tía. Te digo ciertamente toda la verdad: quién eres. Tu padre era un Anjou y tu madre era galesa. Has nacido en Kanvoleis. Todo lo que sé es verdad. Eres también rey de Gales del Norte y deberías llevar la corona en su capital, Kingrivals. Este príncipe que yace aquí murió por ti, porque defendió tu reino. Nunca quebrantó su fidelidad. Joven, hermoso y gentil hombre, dos hermanos te han causado mucho daño. Dos reinos te arrebató Lähelin. Orilo mató a este caballero y a tu tío en una justa, con lo que me dejó a mí desolada. Este caballero de tu país, en el que me educó tu madre, me servía con fidelidad y amor. Querido y valiente primo, oye ahora lo que pasó aquí. Un collar de perro le causó la muerte[38]. Murió estando al servicio de nosotros dos, y sólo me queda dolor y añoranza por su amor. Yo no estaba en mis cabales al no concederle mi amor. Ésta fue la levadura de mi desdicha, que echó a perder mi felicidad. Lo amo aunque esté muerto».

Entonces dijo él: «Prima, siento tu aflicción y la afrenta que me han causado. Si me puedo vengar, lo haré gustoso». Tenía prisa por combatir, pero ella le indicó un camino equivocado, pues tenía miedo de que perdiera la vida, con lo que ella sufriría una pérdida aún mayor. Tomó entonces un camino que llevaba a los britanos[39]

y que era ancho y estaba empedrado. A todos los que se le cruzaban, a pie o a caballo, caballeros o comerciantes, los saludaba enseguida y les decía que era el consejo de su madre. Ésta no se lo había aconsejado con mala intención. Cuando empezó a anochecer, sintió un gran cansancio. Entonces vio el pazguato una casa espaciosa. Vivía allí un hombre avaricioso, de los que suele haber entre la gente de baja condición. Era pescador y carecía de toda bondad. El hambre obligó al muchacho a ir hacia la casa y a quejarse de ella ante el hombre, que dijo: «No os daré medio pan aunque me lo pidáis treinta años. Pierde el tiempo el que espera mi generosidad. Sólo me ocupo de mí y de mis hijitos, y de nadie más. Pero si tuvieseis peniques o cosas valiosas, os daría enseguida albergue».

Entonces el joven le ofreció rápidamente el broche de doña Jeschute. Cuando lo vio el aldeano, abrió su boca sonriente y dijo: «Si quieres quedarte, querido joven, te honraremos todos los que vivimos aquí».

«Si esta noche me das la cena y mañana me indicas el camino hacia el rey Arturo, al que mucho respeto, podrás quedarte con el oro».

«Lo haré», dijo el aldeano. «Nunca he visto a nadie tan hermoso. Te llevaré ante la Tabla Redonda del rey, para que te puedas maravillar».

El joven pasó allí la noche, pero muy temprano ya estaba en otro sitio, pues apenas pudo esperar el día. Él pescador también se preparó y fue delante de él, mientras el muchacho le seguía a caballo. Los dos tenían prisa.

Hartmann von Aue, mi señor: a doña Genoveva, vuestra dama, y a vuestro señor el rey Arturo se añade un huésped mío en la casa[40]. Rogad que no se burlen de él, pues no es una vihuela ni una cítara. Los cortesanos deben jugar a otro juego y pensar en su buena educación. Si no, pasaré por el molino a vuestra dama Enite y a su madre Karsnafite[41], y su fama quedará hecha añicos. Si se me obliga a utilizar el escarnio, con escarnio defenderé a mi amigo.

Entonces el pescador y el joven se acercaron a la capital y vieron ante sí Nantes. En ese momento dijo el hombre: «Hijo, Dios te proteja. Mira, allí debes entrar».

El joven, sin muchas luces, exclamó: «Me tienes que seguir

guiando».

«Dios me libre de ello. La sociedad cortesana es de tal manera que, si se les acercara un aldeano, lo tomarían como un gran delito».

El joven siguió cabalgando solo por un prado, que no era muy grande y estaba cubierto por flores de brillantes colores. No lo había educado ningún Curneval[42], y no conocía las normas de comportamiento cortesanas, como sucede a los que no tienen experiencia del mundo. Los arreos de su montura eran de esparto, y su pequeño caballo era muy malo y tropezaba y caía. Tampoco su silla estaba guarnecida de cuero. No se veía allí nada de terciopelo ni de piel de armiño. Él no necesitaba una capa de cordel[43], pues, en vez de guerrera y sobretodo, llevaba su venablo. Su padre, cuyo comportamiento cortesano era celebrado y que nunca había sudado de miedo, iba mejor vestido cuando estaba sentado sobre su alfombra ante Kanvoleis. Entonces un caballero vino a su encuentro y él lo saludó según su costumbre: «Dios os guarde. Así me aconsejó decir mi madre».

«Joven noble, Dios os recompense a vos y a ella», dijo un primo del rey Arturo, al que había educado Utepandragun. El héroe reivindicaba su herencia: Britania. Era Ither de Gaheviez y le llamaban el Caballero Rojo. Su armadura era tan roja que los ojos se ponían rojos de mirarla. Su caballo era rojo y rápido, y rojo era también el adorno de su yelmo. La gualdrapa de su montura era de terciopelo rojo, y más rojo que el fuego era su escudo. Su guerrera era completamente roja y de corte amplio y elegante. Roja era el asta de la lanza, roja la punta. Completamente roja, según el deseo del héroe, era su espada, que se había enrojecido y cuyos filos, sin embargo, se habían templado. El rey de Cucumberland llevaba en su mano una copa de oro rojo, bellamente grabada, que había cogido de la Tabla Redonda. Blanca era su piel, rojo su cabello. Dijo directamente al joven: «Honrada sea tu belleza. Te trajo al mundo una mujer noble. ¡Viva la madre que te engendró! No he visto a nadie más hermoso. Eres como el rayo del verdadero amor, su derrota y su victoria. La victoria es la felicidad con las mujeres; la derrota, la dolorosa añoranza de ellas. Querido amigo, si quieres entrar allí, di, por favor, al rey Arturo y a los suyos que no he huido, sino que esperaré aquí gustoso a quien se apreste para un

duelo singular. No se deben maravillar de lo que ha sucedido. Cabalgué ante la Tabla Redonda y reivindiqué el derecho a mi país. Tomé torpemente esta copa y vertí el vino sobre el regazo de doña Genoveva. Reivindiqué *visiblemente* mi derecho[44]. Podría haber dado la vuelta a una antorcha de paja ardiendo, pero me habría ensuciado, y por eso lo hice así». Y el valiente héroe continuó: «No cogí la copa para robarla. Como rey, no necesitaba hacerlo. Amigo, di a la reina que vertí el vino sin querer, mientras los nobles estaban allí sentados y no me lo impidieron. ¿Por qué dejan ellos, reyes o príncipes, morir de sed a su señor? ¿Por qué no vienen aquí a buscar la copa de oro? Si no lo hacen, perderán su buena fama».

El joven contestó: «Haré lo que me has dicho». Después se alejó de él y entró en Nantes. Le siguieron unos jóvenes pajes hasta la corte, hasta delante del palacio, donde había gran movimiento. Enseguida se produjo una aglomeración en torno a él. Iwanet, un paje sin maldad, corrió hacia él y le ofreció compañía. El joven le dijo: «Dios te guarde. Así me pidió mi madre que dijera cuando salí de su casa. Aquí veo a muchos reyes Arturo: ¿quién me hace caballero?». Iwanet se puso a reír y dijo: «Al de verdad no lo ves aquí, pero lo verás pronto». Lo llevó dentro del palacio, donde estaba la noble corte. Parzival se hizo oír a pesar del tumulto de voces: «Dios os guarde a todos, en primer lugar al rey y a su esposa. Mi madre me insistió en que debía saludar a ambos por separado, y también me pidió que saludara a los que por su gran fama están sentados en torno a esta Tabla Redonda. Por desgracia, no sé quién es aquí el anfitrión. A él le hace saber un caballero, que he visto completamente de rojo, que lo espera fuera de la ciudad. Creo que quiere combatir. También siente haber derramado el vino sobre la reina. ¡Uy! ¡Si el rey me entregara la armadura de ese caballero, sería muy feliz, pues es magnífica!».

Todos se arremolinaron alrededor del ingenuo muchacho y lo empujaron de aquí para allá, pues querían saber cómo era. Nunca había nacido un joven más hermoso. Dios estaba muy inspirado cuando creó a Parzival, quien no sentía temor ni por lo más temible. Llevaron al joven, que Dios había concebido como una obra maestra, ante el rey Arturo. Nadie podía guardarle rencor. También lo contempló la reina, antes de marchar del palacio, donde Ither le había derramado el vino. El rey Arturo miró al inexperto

muchacho y le dijo: «Joven noble, Dios os premie vuestro saludo, que quiero servir con todo lo que soy y tengo. Tengo deseos de hacerlo».

«Si Dios quisiera, así sería. Me parece como si hubiera pasado un año desde que no consigo ser caballero. La espera me hace más mal que bien. No me hagáis esperar más tiempo y rendidme los honores de caballero».

«Lo haré gustoso», dijo el rey, «si soy digno de ello. Eres tan hermoso que muy rico será el obsequio que te ofreceré. Sentiría disgusto si no lo hiciera. Debes esperar hasta mañana, en que te armaré con las mejores armas».

El joven noble permaneció en la silla bamboleándose como una avutarda y dijo: «No quiero pedir aquí nada. Si no puedo tomar la armadura del caballero con el que me crucé, no deseo otros obsequios del rey. También mi madre me los puede regalar, pues también es reina».

El rey Arturo replicó al muchacho: «La armadura la lleva un hombre tal que no me atrevo a dártela. Ya tengo que sufrir bastante por él, sin ninguna culpa por mi parte, desde que no me honra con su amistad. Es Ither de Gaheviez quien introdujo la tristeza en mi felicidad».

«No serías un rey generoso si este regalo os pareciese demasiado valioso. ¡Dádselo!», dijo Keye. «Y dejad que vaya hasta él al campo. Si alguien nos ha de traer la copa, aquí está el látigo y allí el trompo[45]. El joven le hará dar vueltas, lo cual será ensalzado por las damas. Tendrá que pelear muchas veces y arriesgar su suerte. No me preocupa la vida de ninguno. Hay que sacrificar a los perros si se quiere conseguir la cabeza del jabalí».

«No le quiero negar nada, pero temo que muera, y lo tengo que armar caballero», dijo el rey Arturo muy leal. Sin embargo, el joven recibió el regalo, lo que produciría una gran desdicha. Con prisas se separó del rey, y jóvenes y viejos se arremolinaron detrás de él. Iwanet le llevó de la mano a una galería no demasiado alta, donde miró a su alrededor. Como la galería estaba bastante baja, pudo oír y ver desde ella lo que poco después sucedió, que le iba a entristecer. La propia reina se puso en su ventana, acompañada de caballeros y de damas. Todos miraban hacia él. También estaba allí sentada doña Cunneware, la orgullosa y noble dama, que había

jurado no reír en modo alguno hasta que no viera al hombre que había conseguido la mayor gloria o que la conseguiría. Antes desearía la muerte. No había reído en absoluto hasta que el joven cabalgó ante ella. Entonces su adorable boca empezó a reír, aunque esto fue malo para su espalda. El senescal[46] Keye agarró a doña Cunneware de Lalande por su cabello rizado, enrolló sus largas y rubias trenzas en su puño y la sujetó férreamente, como el gozne de una puerta. Su espalda no era la vara del juez para prestar juramento[47], pero el senescal la tocó con su propia vara. Cuando paró, los palos le habían atravesado el vestido y la piel. Entonces dijo Keye, con pocas luces: «Habéis dado un ignominioso final a vuestra excelente fama. Yo soy la red y la capturaré de nuevo volviendo a moleros a palos, para que lo sintáis en todos los miembros. A la corte y al palacio del rey Arturo han venido cabalgando muchos nobles señores y no habéis reído, y reís ahora por un joven que no sabe nada de los modales de un caballero».

Cuando se está furioso, suceden malas cosas. El derecho a castigar a la doncella no se lo hubiera reconocido ni el emperador. Los amigos de la dama lo lamentaron mucho. Aunque ella hubiera llevado un escudo como un caballero, la injusticia hubiera ido demasiado lejos, pues ella era princesa por su estirpe.

Si sus hermanos Orilo y Lähelin lo hubieran visto, habría habido menos palos.

El callado Antanor era considerado un necio por su silencio. Su habla y la sonrisa de la dama tenían un mismo motivo: no quería decir palabra hasta que riera la que había sido golpeada. Cuando ella rió, dijo a Keye: «Dios sabe, señor senescal, que el muchacho por el que golpeasteis a Cunneware de Lalande os quitará la alegría con sus propias manos, aunque esté lejos de su país».

«Dado que vuestras primeras palabras son para amenazarme, creo que no os traerán ninguna dicha». Entonces le curtió la piel a palos. Keye se lió a dar puñetazos en las orejas, sin parar, a este juicioso necio. El joven Parzival tuvo que presenciar el dolor de Antanor y de la dama, y se sintió afligido. Muchas veces echó mano al venablo, pero delante de la reina había tal tumulto que no lo lanzó. Iwanet se despidió del hijo del rey Gahmuret, quien se fue solo hacia Ither, al campo. Allí le dijo que no había nadie en la corte que quisiera luchar con él. «El rey me hizo un regalo. Le dije

todo lo que me encargaste: que derramaste el vino sin mala intención y que lamentabas tu torpeza. Ninguno de ellos tiene ganas de pelear. Dame tu caballo y tu armadura. Me los regalaron en el palacio para armarme caballero. No te saludaré si no me los das de buen grado».

El rey de Cucumberland replicó: «Si el rey Arturo te ha regalado mi armadura, también te ha regalado mi vida, si me la puedes quitar. Así regala a sus amigos. ¿Fue antes tu señor? Demasiado rápido merece el premio tu servicio».

«Quiero merecerme lo que me pertenece. Él satisfizo mis deseos. Dame la copa y olvida tu derecho al país. No quiero seguir siendo un escudero. Quiero ser caballero». Y echó mano a las riendas del caballo de Ither. «Tú bien puedes ser Lähelin, del que se quejaba mi madre».

El caballero volvió la lanza y golpeó al joven con tanta fuerza que él y su caballo cayeron sobre las flores. El héroe estaba furioso y lo golpeó ahora con el asta de la lanza, de modo que brotó sangre de su piel. Parzival, el valiente joven, se levantó lleno de cólera en el prado y echó mano a su venablo. Clavó el venablo donde la visera del yelmo tiene agujeros, encima de la babera, y le atravesó desde el ojo hasta la nuca, con lo que cayó muerto el enemigo de la maldad. La muerte de Ither de Gaheviez hizo que las damas suspiraran y se arañaran de dolor y que se les llenaran los ojos de lágrimas. La que había recibido su amor vio destruida su felicidad y aniquilada su alegría, y quedó abandonada a la tristeza.

El simple Parzival le dio muchas veces la vuelta de un lado a otro, pues no podía desvestirlo. Era algo insólito. Con sus blancas y hermosas manos no podía desatar ni romper las correas del yelmo ni las de las rodilleras, aunque el inexperto joven lo intentaba una y otra vez. El caballo y el rocín dieron tales relinchos que los oyó Iwanet, paje y pariente de doña Genoveva, en un saliente de la muralla, delante de la ciudad. Cuando oyó relinchar así al caballo y no vio a nadie encima, el bello escudero corrió hacia allí, pues tenía afecto a Parzival. Encontró a Ither muerto y a Parzival en necios apuros. Rápidamente saltó hacia ellos y felicitó a Parzival por la victoria que había conseguido sobre el rey de Cucumberland.

«¡Dios te lo premie! Pero dime ahora: ¿qué debo hacer? Sé muy poco de esto. ¿Cómo le quito la armadura y me la pongo yo?».

«Te puedo enseñar muy bien cómo hacerlo», dijo el orgulloso Iwanet al hijo del rey Gahmuret. En la pradera frente a Nantes quitó la armadura al muerto y se la puso al vivo, quien todavía no tenía ninguna experiencia del mundo[48].

Iwanet dijo: «Las botas de campesino no deben estar debajo del hierro. Ahora te tienes que vestir como un caballero».

Estas palabras entristecieron a Parzival. El noble joven dijo: «Todo lo que me ha dado mi madre me lo sigo poniendo, me perjudique o me beneficie».

Esto admiró mucho a Iwanet, que tenía nobles modales, pero le obedeció sin perder la paciencia y le puso la greva y la cuja sobre sus botas. Le sujetó después dos espuelas, pero no con cordeles de cuero, sino con broches de oro. Antes de ponerle el peto, le ató las rodilleras. Sin dilación, el impaciente Parzival quedó armado en un momento desde la cabeza hasta los pies. Entonces quiso recuperar el famoso joven su carcaj, a lo que Iwanet, el noble escudero, contestó: «No te doy el venablo, pues está prohibido en la caballería». Le ciñó al cinto una afilada espada y le enseñó a sacarla. También le prohibió huir. Entonces trajo el espigado caballo castellano del muerto, y Parzival, cuya agilidad es aún celebrada, saltó armado a la silla, sin utilizar el estribo. Iwanet no se cansaba de enseñarle cómo debía actuar diestramente y aguardar, protegido por el escudo, para vencer a sus enemigos. Cuando le entregó la lanza, no la quiso y preguntó: «¿Para qué sirve esto?». «Si alguien quiere justar contigo, debes romperla enseguida, atravesando su escudo. Si lo consigues muchas veces, te alabarán delante de las mujeres».

Según nos dice la historia, no había entre Colonia y Maastricht ningún pintor que pudiera ofrecer una imagen mejor que la de la propia realidad del joven sobre el caballo. Al punto dijo a Iwanet: «Querido amigo y compañero, he conseguido aquí lo que había pedido. Debes ir a la ciudad y decir al rey Arturo que le rindo vasallaje, y quejarte también de la afrenta que he sufrido. Devuélvele su copa de oro. Un caballero me ha ofendido al golpear a la doncella porque me concedió su sonrisa. Sus lastimeras palabras me han apesadumbrado. No sólo han conmovido mi corazón, sino que la inmerecida pena de esa dama me ha llegado a lo más hondo. Hazlo como prueba de tu amistad y sufre como yo

esa ignominia. Me voy. Dios te guarde, pues bien puede protegernos a los dos».

A Ither de Gaheviez lo dejó allí en triste estado. Aun en la muerte era muy hermoso. Su vida había estado llena de bendiciones. Si hubiera muerto conforme a las normas de la caballería, en una justa y por una lanza que le hubiera atravesado el escudo, ¿quién se quejaría de una muerte ignominiosa? Pero murió por un venablo. Iwanet cogió flores de brillantes colores y casi lo cubrió con ellas. Después clavó el asta del venablo junto a él. El puro y orgulloso escudero atravesó un palo con la punta del venablo y consiguió hacer una cruz, como símbolo de la Pasión. No dejó de volver a la ciudad y de comunicar la noticia, que llenó a muchas mujeres de desesperación e hizo llorar a muchos caballeros, que evidenciaban con sus lamentos su fidelidad. Reinaba allí una profunda tristeza.

El muerto fue llevado con todos los honores a la ciudad. La reina salió de ella y pidió que trajeran el relicario. Ante el rey de Cucumberland, muerto a manos de Parzival, la reina doña Genoveva se lamentó vehementemente: «¡Ay! ¡Dios mío! ¡Ay! Esta desdicha aniquilará el prestigio de Arturo, pues yace aquí muerto, ante Nantes, el que debía tener la mayor gloria en la Tabla Redonda. Cuando reclamaba su parte de la herencia, encontró la muerte. Era de nuestro séquito en la corte y nadie oyó nunca que cometiera ninguna injusticia. Era manso ante la salvaje falsía, que había apartado de sí. Tengo que enterrar demasiado pronto a esta joya de la gloria. Su corazón, lleno de sabiduría cortesana, era un dechado de nobleza y le aconsejaba lo mejor cuando había que luchar con valentía y viril fidelidad por el amor de las damas. Nuevas simientes de tristeza se han sembrado ahora en las mujeres. De tu herida sale soplando el lamento. Tu cabello era suficientemente rojo: no necesitabas enrojecer las hermosas flores con tu sangre. Tu muerte hace enmudecer la risa de las mujeres».

El famoso Ither fue enterrado como un rey. Su muerte levantó sollozos entre las mujeres. Su armadura le costó la vida, pues, por quererla, el inexperto Parzival lo mató. Cuando después ganó en inteligencia, se arrepintió de haberlo hecho.

El caballo de Ither sufría de buen grado las mayores fatigas, en invierno y en verano. Pisara piedras o troncos, no sudaba al

cabalgar. Y cuando cabalgaba sobre él dos días, no tenía que ajustarle la cincha ni un agujero. El simple Parzival cabalgó completamente armado en un solo día un trecho que un caballero experto no habría cabalgado en dos. Iba siempre al galope, nunca al trote, y no sabía moderar su paso con las riendas. Al atardecer vio las agujas y el tejado de una torre. El pazguato creía firmemente que allí crecían más y más torres. Había muchas en el castillo. Creía que las había sembrado el rey Arturo y consideró que era santo y que podía hacer grandes milagros. El necio joven se dijo: «Los campesinos de mi madre no saben labrar la tierra. La cosecha que tienen en el bosque no crece tanto, aunque allí llueve en abundancia».

Gurnemanz de Graharz se llamaba el señor del castillo al que dirigió su caballo. Delante había un tilo de amplia copa, sobre una verde pradera, que no era demasiado ancha ni demasiado larga, sino que tenía la medida adecuada. El caballo y el camino le llevaron hasta donde estaba sentado el señor del castillo y también del país. Estaba muy cansado y el escudo se le balanceaba hacia atrás y hacia delante, lo que iba en contra de todas las reglas que entonces proporcionaban buena fama. El príncipe Gurnemanz estaba sentado solo y la copa del tilo daba su sombra al maestro de la verdadera educación cortesana. Gurnemanz, que rehuía toda maldad, recibió a su huésped como debía. Como no había con el príncipe caballeros ni soldados, Parzival respondió a su saludo despreocupado e ingenuo: «Mi madre me ha pedido que aprenda de quien tenga el pelo gris. Os ofrezco mis servicios, pues mi madre así lo quiere».

«Si habéis venido aquí para aprender, debéis ofrecerme vuestros servicios por mis enseñanzas, si es que deseáis que os enseñe». A esto el famoso príncipe lanzó al aire un gavilán ya mudado, que había estado posado en su mano, y el ave voló hasta el castillo e hizo sonar una campanilla de oro. Era un ave mensajera. Al punto llegaron muchos hermosos pajes. El príncipe les mandó llevar a su huésped al castillo y tratarlo debidamente. El joven dijo: «Mi madre tiene toda la razón: se puede confiar en los viejos».

Los escuderos lo introdujeron enseguida en el castillo, donde encontró muchos nobles caballeros. Le pidieron que desmontara en una piedra al efecto, pero, evidenciando su ingenuidad, dijo: «Un

rey me hizo caballero, así que, me pase lo que me pase, no me bajaré de este caballo. Mi madre me aconsejó saludaros».

Ellos le dieron las gracias a él y a ella. Cuando se saludaron, ingeniaron muchos ruegos hasta que consiguieron desmontarlo del caballo, que estaba tan cansado como su jinete, y meterlo en una habitación. Todos le insistieron: «Dejaos quitar la armadura, pues viene bien para descansar vuestros huesos». Rápidamente le quitaron la armadura. Pero cuando los que le ayudaban vieron las botas de campesino y el vestido de bufón, se asustaron. Perplejos se lo comunicaron al anfitrión, que quedó sin habla de vergüenza. Un caballero dijo con elegancia: «En verdad, mis ojos no han visto nunca un fruto tan perfecto del amor. En él resplandece la felicidad y es de un origen puro y muy alto. Es el rayo del amor. Pero me indignará siempre ver a la alegría del mundo vestido de esa manera. ¡Bendita sea la madre que trajo al mundo a este joven de tan perfecta belleza! Está ricamente armado y la armadura le quedaba como a un buen caballero, hasta que se la quitaron al bello muchacho. A primera vista vi en él una contusión sanguinolenta, producto de una magulladura».

El señor del castillo dijo enseguida a este caballero: «Ha sido por cumplir la orden de una mujer».

«No, señor. Con semejantes modales nunca pudo encontrar una mujer que aceptara su servicio caballeresco, aunque es muy hermoso».

El señor del castillo continuó: «Veamos ahora a este joven tan estrafalariamente vestido».

Se acercaron a Parzival, que estaba herido por la lanza, que no se había partido. Gurnemanz se ocupó de él y lo hizo tan bien que no lo hubiera podido hacer mejor un fiel y amante padre por sus mismos hijos. El señor del castillo lavó y vendó sus heridas con sus propias manos. Después se sirvió la cena, lo cual pareció bien al joven huésped, pues tenía mucha hambre. Había salido por la mañana sin desayunar de casa del pescador. La herida y la pesada armadura que había conseguido frente a Nantes, así como el largo viaje desde el palacio del rey Arturo el britano, en el que no le dieron de comer, le hicieron sentir cansancio y hambre. El anfitrión lo invitó a cenar con él, y el huésped comió con mucho apetito. Se lanzó con tal ansia a la comida que desapareció casi toda. El señor

del castillo asistía a ello complacido. El fiel Gurnemanz le pedía con insistencia que comiera hasta saciarse para olvidar su cansancio.

Por fin, se levantó la mesa. «Creo que estáis cansado», dijo el señor del castillo. «¿Os habéis levantado temprano?». «Sí, vive Dios. Mi madre aún dormía, pues no puede despertarse tan pronto».

El anfitrión rió y lo condujo a la cama. Allí le pidió que se desvistiera. El joven se resistió, pero tenía que hacerlo. Sobre su desnudo cuerpo se puso una manta de armiño. Nunca una madre había alumbrado a un hijo de mayor nobleza. El gran cansancio y el sueño hicieron que no se diera ni la vuelta. Así pudo esperar fácilmente el día. El famoso príncipe ordenó que le prepararan un baño hacia el mediodía en un extremo de la alfombra, delante de la cama. Así tenía que ser por la mañana. Echaron rosas en el agua. Aunque no hablaron en voz alta, el huésped se despertó. El joven, noble y hermoso Parzival se metió enseguida en la tina.

No sé quién se lo pidió, pero entraron con gran respeto unas doncellas muy bien vestidas y muy hermosas. Lavaron y masajearon con sus blancas y suaves manos sus magulladuras. El nada malicioso joven no se sintió rechazado, sino feliz y contento. A las jóvenes damas, castas y atrevidas, que se ocupaban de él no les parecía en modo alguno necio. Hablaran de lo que hablaran, él sabía guardar silencio. El atardecer le parecía lejano, pues ellas resplandecían como un nuevo día. Ambas luminosidades competían, pero la belleza de Parzival hacía sombra a las dos luces. Era un joven ciertamente muy hermoso. Le ofrecieron una toalla, pero no la cogió, pues se avergonzaba delante de las damas y no quería darse la vuelta. Las doncellas tuvieron que irse, ya que no se atrevían a seguir allí. Creo que habrían querido ver de buen grado si le había pasado algo allí abajo, pues las mujeres se preocupan mucho de estos asuntos: se lamentan si al amigo le falta algo.

El huésped se fue a la cama. Le habían preparado un vestido completamente blanco, con el cinturón de los calzones de seda entretejida de oro. Encima le pusieron al valiente caballero unos pantalones de color rojo escarlata. ¡Uy! ¡Qué piernas tan hermosas! La belleza del joven resplandecía. De escarlata oscura eran la falda y la capa, ambas elegantes y largas, forradas generosamente de armiño blanco y orladas de ancha marta cebellina negra y gris. Todo esto llevaba puesto el hermoso caballero. Le proporcionaron

también un magnífico cinturón y le adornaron con un valioso broche. Sus labios eran tan rojos que ardían.

Entonces llegó el muy fiel señor del castillo, seguido de un pelotón de orgullosos caballeros, para saludar a su huésped. Después de los saludos, todos los caballeros decían que no habían visto a nadie tan hermoso. Sinceramente alababan a la mujer que había alumbrado a semejante hijo. No sólo por educación, sino porque era verdad, decían: «Dondequiera que busque servir a una dama, será escuchado. Con su tan digna presencia, tiene seguros el cordial saludo y el amor». Todos dijeron eso de él, también los que lo vieron después.

El anfitrión lo tomó de la mano y salió con él. El famoso príncipe le preguntó cómo había descansado por la noche en su castillo.

«Señor, no habría sobrevivido si mi madre no me hubiera aconsejado venir aquí el día que me separé de ella».

«Dios os premie a vos y a ella. Señor, sois muy generoso conmigo».

Entonces el inexperto héroe fue a donde se cantaba la misa, en honor de Dios y del señor del castillo. Éste le enseñó lo que aún hoy multiplicaría las bendiciones: a celebrar el Santo Sacrificio, a persignarse y a apartar al demonio del hombre. Después subieron al palacio, donde ya estaba puesta la mesa. El huésped tomó asiento al lado de su anfitrión y comió con buen apetito. El señor del castillo le dijo muy cortésmente: «Señor, no toméis a mal si os pregunto de dónde venís».

El joven le contó en detalle cómo se había separado de su madre, la historia del anillo y del broche y cómo había conseguido la armadura. El anfitrión conocía al Caballero Rojo, por lo que suspiró y lloró su muerte, y llamó también a su huésped el Caballero Rojo.

Cuando quitaron la mesa, se amansó el salvaje ánimo de Parzival. El señor del castillo le dijo: «Habláis como un niño pequeño. ¿Cuándo dejaréis de hablar de vuestra madre y hablaréis de otras cosas? Seguid mi consejo y no os equivocaréis. Permitidme que empiece. No perdáis nunca el sentido de la vergüenza. Quien no se avergüenza, ¿para qué sirve? Vive como en la muda, cuando se le cae el plumaje: pierde la dignidad y acaba en el infierno. Tenéis la

apariencia y la belleza para poder ser un soberano. Pero si sois noble y subís alto, no olvidéis apiadaros de los muchos que sufren privaciones: luchad contra su pobreza con generosidad y con bondad. Sed siempre humilde. El noble que padece penurias tiene que luchar con la vergüenza, lo que es un duro trabajo: estad dispuesto a ayudarle. Lo pasa peor que los que piden pan delante de las ventanas. Si lo liberáis de sus tribulaciones, recibiréis la Gracia de Dios. Seáis pobre o rico, debéis obrar con mesura. El señor que derrocha su fortuna no se comporta como un verdadero señor, pero tampoco aporta ninguna honra acumular tesoros. Conceded su importancia a la justa medida. Me he dado cuenta de que necesitáis consejo. ¡Dejad de ser tan tosco! No debéis preguntar mucho. Debéis pensar vuestras respuestas, que deben adecuarse a lo que se os pregunta y a lo que se desea oíros. Podéis oír, ver, gustar y oler, pues ello os hará inteligente. Combinad la compasión con el valor, pues así seguiréis mi consejo. A todo el que os ofrezca su rendición, aceptádsela y dejadle con vida, a no ser que os haya causado tanto daño que vuestro corazón haya quedado muy afligido. Debéis llevar a menudo la armadura. Tan pronto como os la hayáis quitado, lavaos la cara y las manos; cuando tengáis herrumbre, es el momento. Así tendréis un aspecto excelente, que bien aprecian los ojos de las mujeres. Sed virilmente valiente y de ánimo alegre, pues es bueno para alcanzar buena fama, y amad a las mujeres, pues enaltece a los jóvenes. No las traicionéis nunca. Así se evidenciará vuestra hombría. Si deseáis mentirles, podéis engañar a muchas. Pero el engaño en el amor noble arruina pronto el buen nombre. El furtivo se lamenta de las ramas secas en el bosque, pues se rompen y crujen, y despiertan al guarda. En los parajes sin caminos y en los cercados se producen muchas luchas, y así sucede en el amor. Éste tiene un fino olfato para la falsedad y la traición: cuando ya no tenéis su favor, quedáis sin honra y sufriendo en la vergüenza. Guardad este consejo en vuestro corazón. Quiero deciros algo más sobre las mujeres. El hombre y la mujer forman una inseparable unidad, como el sol que hoy ha brillado y eso que llamamos *día*. No se puede separar lo uno de lo otro: florecen a partir de la misma semilla. Tenedlo bien presente».

El huésped se inclinó ante el anfitrión, agradecido por el consejo. No citó expresamente a su madre, aunque sí en su corazón,

como aún hoy sucede al hombre fiel. El señor del castillo habló con palabras que le honraban: «Ahora tenéis que aprender muchas cosas sobre las normas de la caballería. ¡Cómo llegasteis hasta mí a caballo! He visto muchas paredes en las que los escudos estaban mejor colgados que en vuestro cuello. Todavía no es demasiado tarde. Vayamos al campo y allí aprenderéis el arte de las armas. Traedle su caballo y a mí el mío, y a cada caballero el suyo. También los escuderos deben ir allí. Que cada uno coja una gruesa lanza, tan nueva como lo parezca». Tan pronto como el príncipe llegó al campo, realizaron ejercicios de destreza con las monturas. Enseñó a su huésped cómo se lleva el caballo del galope al ataque, picando fuerte las espuelas y moviendo rápidamente los muslos, y también a bajar bien la lanza y a colocar ante sí el escudo contra las lanzadas del adversario. «Así debéis hacerlo», dijo el señor del castillo. Corregía así sus errores, mejor que con los golpes con los que se zurra la badana a los niños traviesos. En esto mandó venir a los valientes caballeros, para que lucharan contra Parzival. Condujo a éste frente a uno de ellos en el lugar del combate. En su primer duelo el joven metió la lanza por un escudo y todos se admiraron, pues hizo desaparecer detrás del caballo a un caballero fornido y no precisamente débil. Un segundo duelo estaba ya preparado. Parzival había cogido una nueva y robusta lanza. Su juventud tenía arrojo y fuerza. El hermoso joven imberbe se mostró como digno heredero de Gahmuret en su innata valentía. Lanzó su caballo en plena carrera al ataque y acertó en medio de los cuatro clavos del escudo[49]. El caballero no resistió en la silla, sino que cayó todo lo largo que era. Tenía que haber allí muchas astillas de los trozos de su lanza. Así tiró a cinco del caballo. El anfitrión lo llevó de nuevo al castillo. Había ganado el premio en la justa y también después confirmaría su pericia en el combate. Los que vieron su forma de cabalgar, incluso los más expertos, decían de él que tenía destreza y valor. Uno pensaba: «Ahora mi señor quedará libre de pesadumbre. Su vida se rejuvenecerá. Debe darle por esposa a su hija, nuestra señora. Si es inteligente, terminará su desdicha. Ha venido a su casa la reparación de sus tres hijos muertos. No lo ha abandonado la suerte».

Cuando el príncipe llegó por la noche a casa, los manteles ya estaban puestos. Según he leído, pidió a su hija que se sentara a la

mesa. Cuando vio venir a la chica, oíd lo que dijo Gurnemanz a la bella Liaze: «Permite que te bese este caballero y hónrale, pues la fortuna le es propicia. A vos os pediría que no robéis a la chica su anillo, si lo tuviera. En realidad, no lo tiene, ni broche. ¿Quién le iba a hacer tan rico regalo como a aquella mujer en el bosque? Esa tenía a uno que le regaló lo que después pasó a vuestro poder. A Liaze no se lo podéis coger».

El huésped se avergonzó, pero la besó en la boca, que era roja como el fuego. Liaze era encantadora y además muy casta.

La mesa era baja y larga. El señor del castillo se sentó sin apreturas a la cabecera y mandó a su huésped que tomara asiento entre él y su hija. Las delicadas y blancas manos de Liaze cortaron, según se lo ordenó el anfitrión, para el que allí llamaban el Caballero Rojo todo lo que éste deseaba comer. Nadie les podía impedir tratarse con confianza. La chica cumplió con muy buenos modales los deseos de su padre. Ella y el huésped eran un deleite para los ojos. Tras la comida la muchacha se retiró enseguida.

Así cuidaron al héroe durante catorce días. Su corazón estaba afligido, pero sólo porque prefería luchar a calentarse entre los brazos de una mujer. Pensaba que el noble esfuerzo le traería gran dicha en esta vida y en la otra, y no se equivocaba.

Una mañana pidió permiso para irse y abandonó la ciudad de Graharz. El señor del castillo cabalgó con él hasta el campo y su corazón se entristeció de nuevo. Entonces dijo el fidelísimo príncipe: «Vos sois ahora el cuarto hijo que pierdo. Creí que había sido compensado por mis tres lastimosas desgracias. Hasta ahora no eran más que tres. Si alguien descuartizara con sus manos mi corazón y repartiera los trozos, me sentiría muy feliz. Uno sería para vos, que os vais, y los otros tres para mis nobles hijos, que murieron heroicamente. Este es el premio de la vida caballeresca: al final nos aprisionan las ligaduras de la tristeza. Una muerte ha aniquilado mi felicidad: la de mi hermoso hijo llamado Schenteflurs. Cuando Condwiramurs no quiso entregarse ni entregar su país y él la ayudó, perdió su vida a manos de Clámide y de Kingrun. Mi corazón tiene por ello tantas heridas como un seto hueco. Partís demasiado pronto de mi lado y me dejáis desconsolado. ¡Ay! ¡Por qué no puedo morir, ya que despreciáis a Liaze, la bella muchacha, y también mi país! Mi segundo hijo era el

conde de Lascoyt. Me lo mató Ider, hijo de Noyt, por un gavilán[50]. Por ello he perdido la alegría. Mi tercer hijo se llamaba Gurzgri. Lo acompañaba la bella Mahaute, que le había dado por esposa su orgulloso hermano Echkunacht. En el camino hacia la capital Brandigan[51], llegó a Schoydelacurt[52], donde su muerte fue inevitable: lo mató allí Mabonagrin. Por esto perdió Mahaute su esplendorosa belleza y murió mi esposa, su madre. El gran dolor por esa pérdida le causó la muerte».

El huésped compartió su dolor cuando se lo contaba con tanto detalle. Sin embargo, dijo: «Señor, no tengo experiencia. Pero si consigo algún día la gloria del caballero y puedo así solicitar el amor, me debéis conceder a Liaze, vuestra hija, la bella muchacha. Os habéis quejado mucho. Si os puedo librar de vuestro dolor, lo haré». El joven se despidió del fiel príncipe y de su numeroso séquito. El triple dolor del príncipe se amplió a un triste cuarto: por cuarta vez sufría una pérdida.

—*Condwiramurs*—

Parzival partió de allí. En su comportamiento y en su apariencia era un perfecto caballero. Pero ¡ay!, le agitaba una triste intranquilidad. Lo amplio le resultaba demasiado estrecho y lo más ancho excesivamente angosto. Todo lo verde le parecía pálido y su roja armadura blanca. Su corazón se lo imponía a sus ojos. Desde que había dejado de ser simple, no había dejado de pensar, según la herencia de Gahmuret, en la bella Liaze, la joven virtuosa, que lo había honrado con su amistad, aunque no le había concedido su amor. Por sus penas de amor, se dejaba llevar por su caballo, fuera al trote o al galope. En su camino por el bosque no había cruceros, ni marcas de ramas en las bifurcaciones, ni huellas de los carros: cabalgaba por parajes solitarios, sin llantén[53]. No conocía los valles ni las montañas. Muchos citan el proverbio «quien cabalga sin rumbo, encuentra el hacha»[54]. Si los grandes troncos en el suelo son testigos de un hacha, había muchísimos por allí. Pero Parzival no cabalgaba sin rumbo, sino siempre derecho. En el mismo día llegó desde Graharz al reino de Brobarz, atravesando inhóspitas y elevadas montañas. El día ya anochecía cuando llegó a un rápido río, que rugía al saltar de roca en roca. Cabalgó siguiendo su curso y encontró la ciudad de Pelrapeire. El rey Tampenteire se la había dejado en herencia a su hija. Muchos de los súbditos de ésta se encontraban en graves aprietos. El agua fluía como la flecha bien emplumada y bien tallada disparada por la ballesta con la fuerza de su cuerda tensada. Por encima del río, que desembocaba allí mismo en el mar, había un puente, sobre cuyas tablas se habían trenzado varas de mimbre. Pelrapeire estaba dispuesta para la defensa. Mirad: como los niños se mueven en los columpios cuando se lo

permiten, así se movía el puente, aunque sin cuerdas. Y no por la alegría de la juventud.

En la otra orilla estaban, con los yelmos bien atados, sesenta o más caballeros. Todos gritaron «atrás, atrás» y blandieron sus espadas, aunque casi no se tenían en pie. Creyeron que era Clámide, al que habían visto muchas veces antes, pues se acercaba al puente cabalgando como un rey sobre la ancha pradera. Cuando gritaron a grandes voces al joven, aunque picó espuelas a su caballo, éste temió entrar en el puente. Parzival, a quien era ajena toda cobardía, desmontó y condujo a su caballo por este puente tambaleante. El ánimo de un cobarde sería demasiado débil para andar por tal camino. El caballero iba muy atento, pues temía que cayera al río el caballo. En el otro lado se hizo el silencio. Los caballeros volvieron a entrar en la ciudad con sus yelmos, escudos y espadas y cerraron las puertas, pues temían un gran ejército.

Parzival pasó a la otra orilla y llegó cabalgando a un campo de batalla, en el que muchos habían encontrado la muerte luchando por la gloria caballeresca, delante de la puerta del palacio, que era alto y magníficamente decorado. Encontró una aldaba en forma de anillo en la puerta, que golpeó fuerte con la mano. Nadie oyó su llamada, excepto una hermosa doncella. La joven vio desde una ventana al héroe, que esperaba imperturbable. La bella muchacha dijo con buenos modales: «Si habéis venido como enemigo, no os necesitamos. Sin vos ya nos ha acosado bastante por tierra y por mar un ejército enfurecido y deseoso de lucha». Parzival contestó: «Señora, aquí tenéis a un hombre que os quiere servir, si puede. Vuestro saludo será mi recompensa. Estoy a vuestro servicio».

La muchacha obró con inteligencia: se fue ante la rema y dejó pasar al caballero, con lo que terminarían sus grandes penalidades. Cuando entró en la ciudad, había a ambos lados de la calle una gran multitud. Preparados para la defensa, habían venido lanzadores de piedras y soldados de a pie, formando una larga fila, y muchos indignos tiradores de arco[55]. Vio también allí mismo a muchos valientes siervos, los mejores del país, con largas y fuertes lanzas, afiladas y aún enteras. Según he leído, también había muchos comerciantes con hachas y con venablos, tal como les habían ordenado los maestros de sus gremios. Todos estaban en los huesos. El mariscal de su reina sólo a duras penas podía conducirlo a través

de ellos al patio del castillo, que estaba bien preparado para la defensa. Había más torres sobre las habitaciones, más torres de madera, más torres de vigilancia y más bastiones de los que había visto nunca. De todas partes llegaron, a caballo y a pie, caballeros, que le dieron la bienvenida. También este grupo ofrecía un aspecto lastimoso. Todos estaban pálidos como la ceniza o amarillos como el barro. Mi señor, el duque de Wertheim[56], no habría luchado allí de buen grado, pues de aquella soldada no habría podido vivir. La falta de víveres les hacía padecer las penalidades del hambre. No tenían queso, carne ni pan. No se escarbaban los dientes ni dejaban la grasa en el vaso al beber el vino[57]. Sus barrigas estaban hundidas, sus caderas se levantaban huesudas y la piel de las costillas estaba apergaminada, como cuero de Hungría, pues el hambre les había comido las carnes. Tenían que padecerlo por la falta de víveres. No les goteaba nada de grasa en los ardientes carbones.

Les había forzado a ello el orgulloso rey de Brandigan. Pagaban la rechazada solicitud amorosa de Clámide. Ya no salía hidromiel de la cuba o del cántaro. Ya no crepitaban los buñuelos como en las sartenes de Trüdingen[58]. Esta música había desaparecido. Si quisiera reprochárselo, tendría pocas luces, pues donde desmonto y se me llama señor, en mi propia casa, nunca se alegran los ratones cuando roban su alimento: nadie tiene que escondérmelo, pues no tengo nada. Demasiadas veces me sucede a mí, Wolfram de Eschenbach, que tengo que soportar esta comodidad.

Pero ya me habéis oído quejar bastante. Vuelvo a mi relato de las penalidades que sufría Pelrapeire. La gente pagaba impuestos por su alegría. Los fieles héroes vivían penosamente, como consecuencia de su gran valor. Ahora debéis apiadaos de sus penalidades. Si no los salva el Altísimo, su vida pende de un hilo. Oíd ahora más cosas sobre estos pobres hombres y apiadaros de ellos. Recibieron con vergüenza a su valiente huésped extranjero. Lo consideraban demasiado noble como para que quisiera alojarse en su casa en aquella situación. Él no sabía nada de sus grandes penurias. Pusieron una alfombra sobre la hierba junto a un tilo, rodeado de un muro y con las ramas extendidas para dar sombra. Los sirvientes le quitaron la armadura. Tenía un color muy distinto al de ellos cuando se lavó en una fuente la herrumbre de su

armadura. Habría hecho palidecer el luminoso resplandor del sol. Por ello les parecía un huésped distinguido. Le ofrecieron un abrigo que se parecía a la capa que había llevado antes. La marta cebellina olía a salvaje y reciente. Le preguntaron: «¿Queréis ver a la reina, nuestra señora?». El valiente héroe contestó que lo haría gustoso. Fueron al palacio, al que llevaba una larga y empinada escalera. El hermoso rostro y la belleza de sus ojos, y todo el luminoso esplendor de la reina, llegaron a Parzival antes de que ella le diera la bienvenida. Kyot de Cataluña y Manphilyot, ambos duques, condujeron allí a la reina del país, su sobrina. Por el amor de Dios habían abandonado sus espadas. Los príncipes, de cabellos grises y de bello rostro, acompañaron, según el ceremonial, a la soberana hasta la mitad de la escalera. Allí besó ella al noble héroe, y ambas bocas eran rojas. La reina ofreció a Parzival su mano y lo condujo arriba, donde tomaron asiento. Las damas y los caballeros que allí estaban de pie o sentados tenían débiles las fuerzas. La reina y su séquito no conocían la alegría. Condwiramurs no tenía rival en su hermosura. Su esplendor hacía palidecer con mucho a Jeschute, Enite, Cunneware de Lalande y las mejores de la belleza femenina, incluidas las dos Isoldas[59]. Condwiramurs habría conseguido el premio. Tenía verdaderamente el *beau corps* ideal, lo que quiere decir el «bello cuerpo». Algo grande habían hecho las mujeres que trajeron al mundo a estos dos que estaban sentados juntos. Ni los hombres ni las mujeres podían hacer otra cosa que mirarlos a ambos. Parzival encontró allí buenos amigos.

Os digo lo que pensaba el huésped: «Liaze está allí, Liaze está aquí. Dios quiere mitigar mi dolor. Ahora veo aquí a Liaze, la hija del noble Gurnemanz». Pero la belleza de Liaze no era nada comparada con la de la muchacha que estaba aquí sentada. Dios la había hecho perfecta. La soberana del país era como una rosa húmeda por el rocío, que brota blanca y roja con todo su lozano esplendor.

Esto le causó gran pesadumbre. Pero desde que el noble Gurnemanz le había liberado de su simplicidad y le había desaconsejado hacer demasiadas preguntas, si no eran juiciosas, tenía una perfecta educación masculina y ninguna palabra salió de su boca ante la poderosa reina, aunque estaba sentado muy cerca de ella. Muchos que tienen más experiencia con las mujeres tampoco

encuentran las palabras para hablar.

La reina pensó enseguida: «Creo que no le gusto porque estoy muy flaca. No, quizá calla por otra razón. Él es el huésped y yo la anfitriona. Yo debería empezar a hablar. Desde que nos hemos sentado aquí, me mira con amabilidad. Ha mostrado conmigo su buena educación. He hablado poco. No hay que seguir guardando silencio». Entonces dijo a su huésped: «Señor, la anfitriona debe hablar. Recibí un beso con vuestro saludo, y también nos ofrecisteis vuestros servicios, según me dijo una doncella. Huéspedes semejantes no hemos tenido nunca, aunque mi corazón lo ansiaba. Señor, quisiera preguntaros de dónde venís».

«Señora, hoy me separé de un hombre al que dejé lamentándose y cuya fidelidad no tiene grietas. Este príncipe se llama Gurnemanz de Graharz. De allí he llegado hoy».

La noble doncella siguió hablando: «Si me lo hubiera dicho otro, no le habría creído que lo hubiera hecho en un solo día, pues mis más rápidos mensajeros no andan ese camino en dos días. La hermana de vuestro anfitrión era mi madre. Su hija está también marcada por la tristeza. Liaze y yo hemos pasado muchos días amargos, con los ojos húmedos de lágrimas. Si tenéis afecto a Gurnemanz, contentaos hoy con aquello con lo que tenemos que pasar aquí desde hace tiempo las mujeres y los hombres. Así también lo honraréis a él. Os quiero contar nuestras desgracias: tenemos que soportar privaciones muy severas».

Entonces dijo su tío Kyot: «Señora, os enviaré doce panes, tres espaldillas, tres jamones y, además, ocho quesos y dos pequeños barriles de vino. Mi hermano también aportará algo, pues hace falta».

A esto dijo Manphilyot: «Señora, yo os enviaré otro tanto».

Esto contentó mucho a la doncella, quien no dejó de expresarles su gran gratitud. Ellos se despidieron y cabalgaron a su casa de caza en las proximidades. Los viejos vivían sin armas en una pradera situada en un desfiladero, sin ser molestados por el ejército enemigo. Su mensajero volvió al trote, por lo que se pudo alimentar a las débiles gentes. Era la única comida que tenían los de la ciudad. Muchos murieron de hambre antes de llegarles el pan. La reina lo mandó repartir, junto con el queso, la carne y el vino, entre las desfallecidas gentes. Parzival, su huésped, lo había aconsejado.

A ellos dos apenas les quedó una rebanada, que repartieron sin pelearse. Las provisiones se consumieron y con ello se libraron de la muerte muchos a los que el hambre había dejado vivir. Quiero pensar que se mandó preparar una cama mullida al huésped. Si los de la ciudad hubieran sido halcones, no hubieran llenado el buche. Aún hoy tienen poco en la mesa. Todos, menos el joven Parzival, llevaban las señales del hambre.

El caballero se despidió para ir a dormir. ¿Que si sus antorchas eran manojos de paja? No, eran excelentes antorchas. El hermoso joven se dirigió a una rica cama, regiamente engalanada, no al estilo de la pobreza. Delante se había puesto una alfombra. No hizo estar allí más a los caballeros, sino que les pidió que se retiraran. Los pajes lo descalzaron y pronto se durmió. Hasta que enseguida despertaron al noble héroe grandes lamentos y ríos de lágrimas de luminosos ojos y del corazón. Sucedió como os voy a contar. No transgredió los límites de la mujer. La doncella de la que os voy a contar algunas cosas era constante en su castidad. Las miserias de la guerra y la muerte de muchos queridos súbditos habían partido tanto su corazón que sus ojos no podían conciliar el sueño. A la reina no le preocupaba aquel amor que hace que la doncella tenga que ser llamada después *señora*, sino que buscaba ayuda y consejo de amigo. Llevaba un atuendo *guerrero*: un camisón blanco de seda. ¿Qué mujer que se dirige así a un hombre está más preparada para la lucha? También se había puesto encima una capa larga de terciopelo. Andaba porque movía sus pasos la aflicción. A sus damas, pajes de cámara y demás sirvientes los dejó dormir. Sin hacer ningún ruido se deslizó sigilosamente en la habitación. Se había dispuesto que Parzival durmiera solo. Las antorchas iluminaban su cama como la luz del día. Condwiramurs se dirigió a ella y se arrodilló en la alfombra ante el caballero.

Ambos, él y la reina, no pensaban en absoluto en el amor que ansía el yacer juntos. Lo que sucedió fue que la doncella, por su pudor, mató antes de nacer esas alegrías. ¿Si él la atrajo a su lecho? No, de eso no entendía nada. Cuando lo hizo fue sin pensar en el arte del amor, como en una especie de tregua, sin que se encontraran los miembros que causan la reconciliación. No pensaban en ello.

La tristeza de la doncella era tan grande que brotaban muchas

lágrimas de sus ojos y caían sobre el joven Parzival. Éste oyó sus fuertes sollozos y la miró mientras despertaba. Sintió pena y alegría. El joven se incorporó y dijo a la reina: «Señora, ¿os burláis de mí? Debéis arrodillaros así sólo ante Dios. Sentaos conmigo (éste era su ruego y su ferviente deseo) o echaos aquí, donde he estado tumbado, y dejadme buscar para mí otro lugar».

Ella contestó: «Si os honráis a vos mismo y os domináis para no luchar conmigo, me tumbaré a vuestro lado».

Él le ofreció la paz y ella se metió enseguida en la cama. Era tan tarde que no cantaban ya los gallos. Las perchas de los gallineros estaban vacías, pues el hambre había matado los gallos. La atribulada dama le preguntó con buenos modales si quería oír su desgracia: «Temo que si os la cuento os dolerá y os quitará el sueño. El rey Clámide y su senescal Kingrun han devastado mis castillos y el país, hasta Pelrapeire. Mi padre, Tampenteire, me dejó, pobre huérfana, en terrible peligro. Tenía un grande y poderoso ejército de parientes, príncipes y vasallos, ricos y pobres, pero la mitad o más murieron en la defensa. ¿Qué me podría alegrar? He llegado al punto de preferir matarme a entregar mi doncellez y mi persona, y ser la mujer de Clámide, pues me mató a Schenteflurs, cuyo corazón había conseguido gran gloria caballeresca. El hermano de Liaze era una flor de la belleza masculina y estaba libre de toda maldad».

Cuando citó a Liaze, se despertó en Parzival, que servía gustoso, una gran añoranza. Su entusiasmo cayó en la tristeza, pues amaba a Liaze. Preguntó a la reina: «Señora, ¿puede ayudaros alguien?».

«Sí, señor, si pudiera librarme de Kingrun, el senescal. En buenas justas me ha derribado a muchos caballeros. Mañana vuelve aquí, pues piensa que su señor acabará entre mis brazos. Habéis visto mi palacio: en ningún sitio es tan alto como para que no me tire al foso antes de que Clámide consiga por la fuerza mi doncellez. Así terminaré con su jactancia».

Entonces dijo Parzival: «Señora, sea Kingrun francés, britano o de cualquier otra nación, os protegeré con todas mis fuerzas».

La noche había terminado y llegaba el día. La dama se levantó y se inclinó, sin dejar de expresarle su gran gratitud. Después se volvió a deslizar sigilosa y nadie estaba despierto para notar que se iba, fuera del hermoso Parzival. Éste no volvió a dormirse. El sol subió rápidamente y su resplandor atravesó las nubes. Entonces oyó

muchas campanas. La gente, a quien Clámide había quitado la alegría, acudía a las iglesias y a la catedral.

El joven se levantó. El capellán de la reina cantó una misa en honor de Dios y de su soberana. Su huésped no le quitó el ojo hasta que se dio la bendición. Después pidió su armadura, que le pusieron cuidadosamente. Mostró entonces la fuerza del caballero, luchando como un verdadero hombre. En esto llegó el ejército de Clámide con muchos estandartes. Kingrun venía rápido, muy por delante de los otros, en su caballo de Iserterre, según he leído. Delante de la puerta estaba ya el hijo de Gahmuret. Los de la ciudad rezaban por él. Era su primer duelo con la espada. Tomó tanta distancia para el ataque que del golpe los dos caballos quedaron sin cinchas. Éstas reventaron y los caballos cayeron sobre las grupas. Los que los habían montado no olvidaron las espadas. Las encontraron en sus vainas. Kingrun fue herido en el brazo y en el pecho. Este duelo le hizo perder la gloria que había conquistado hasta el último día de su arrogante orgullo. Se decía de él que era tan fuerte que había derribado a la vez a seis caballeros que lo atacaban. Ahora, sin embargo, Parzival, con su poderosa mano, le había pagado con su misma moneda, de modo que Kingrun, el senescal, creía que le lanzaba piedras una catapulta. Le hizo caer otro tipo de lucha. Una espada hizo retumbar su yelmo. Parzival lo derribó y puso una rodilla en su pecho. Entonces prometió lo que nunca había prometido antes a nadie: rendirse. Pero quien había luchado contra él no lo aceptó, sino que le ordenó que diera su palabra de honor a Gurnemanz.

«No, señor. Prefiero que me mates. Yo di muerte a su hijo Schenteflurs. Le quité la vida. Dios te ha honrado mucho. Si se dice de ti que has sido lo bastante fuerte para vencerme, habrás conseguido gran gloria».

El joven Parzival contestó: «Te ofrezco otra opción. Da tu palabra a la reina, a la que tu señor ha hecho sufrir tanto con su cólera».

«Entonces estaría perdido. Me harían picadillo tan fino con sus espadas como las partículas de sol, pues he causado gran pesar a muchos hombres valientes en la ciudad».

«Entonces lleva tu palabra de caballero desde este campo a Britania, a una doncella que por mí sufrió lo que no debía sufrir, si

se supiera obrar como se debe. Y dile que, me pase lo que me pase, nunca me verá contento hasta que la vengue atravesando un escudo. Dile al rey Arturo y a su esposa, a los dos, que les rindo homenaje, y también a su séquito, y que no regresaré allí antes de lavar la afrenta que sufro junto con la que me ofreció su sonrisa, por lo que padeció gran tribulación. Dile que soy su servidor y que la sirvo gustoso».

La propuesta fue aceptada y se vio cómo los dos héroes se separaban. Parzival volvió a donde habían cogido su caballo. Quien ayudó a los de la ciudad en la lucha, los liberaría después. El ejército de los sitiadores quedó prisionero de la duda porque Kingrun había sido derrotado en el duelo. Parzival fue conducido ante la reina, quien lo abrazó y lo apretó fuerte contra sí, diciendo: «No seré mujer de nadie en la tierra, fuera del que tengo abrazado». Después le ayudó a quitarse la armadura, sin regatear esfuerzos. Tras las grandes fatigas del caballero, sólo había una frugal comida. Los de la ciudad le rindieron homenaje y le pidieron que fuera su señor. Entonces dijo también la reina que debería ser su esposo, puesto que había conquistado tanta gloria con Kingrun.

En ese momento se vieron dos velas oscuras desde el adarve de la muralla. Un gran viento las empujó con fuerza hacia el puerto. Los barcos traían una carga que puso alegres a los de la ciudad: no traían otra cosa que víveres. Dios lo dispuso así en su sabiduría. Las gentes hambrientas bajaron presurosas de las almenas y corrieron a las naves para saquearlas. Los hombres enjutos, secos y ligeros de carnes podrían volar como las hojas. No tenían nada en la barriga. El mariscal de la reina protegió los barcos amenazando con la horca a quien tocara algo. Después condujo a los mercaderes a la ciudad, ante su señor. Parzival ordenó pagar el doble por las mercancías. A los mercaderes les pareció exagerado, pero así se pagaron. La grasa goteó para los de la ciudad en los carbones. Ahora me hubiera gustado ser allí soldado: nadie bebía cerveza, pues tenían mucho vino y comida[60].

Os diré lo que hizo el noble Parzival. Con su propia mano partió la comida en pequeños trozos e invitó a los nobles caballeros que encontró allí. No quería sobrecargar sus vacíos estómagos, por lo que les servía con mesura. Esto les vino muy bien. Por la noche les dejó comer otra vez. No tenía malicia ni excesivo orgullo.

Les preguntaron si dormirían juntos, y él y la reina dijeron *sí*[61]. Estuvo con ella en la cama tan castamente que muchas mujeres hoy no se contentarían con ello. Hoy sólo piensan en hacer melindres y en ir contra la buena educación. Ante los extraños se muestran castas, pero piensan y hacen otra cosa, y atormentan con su amor al amado. El hombre fiel y constante que conserva la mesura sabe ser muy delicado con su amada. Piensa, y probablemente es verdad: «He servido a esta mujer mis buenos años, esperando su recompensa. Me ha ofrecido la plenitud y por ello estoy tumbado a su lado. Antes me hubiera bastado con poder tocar su vestido con mi mano desnuda. Si ansiara ahora el amor carnal actuaría la infidelidad en lugar de mí. ¿Puedo pedirle eso y deshonrarnos a los dos? Antes de dormir sólo se debería hablar con las damas de forma delicada».

Así estaba tumbado el galés, al que se llamaba el Caballero Rojo: estaba muy poco fogoso. Dejó a la reina su doncellez. Pero ella pensó que era ya su mujer. Por amor a él, a la mañana siguiente se ató el pelo[62]. Después esta esposa aún doncella entregó a Parzival su país con todos sus castillos, pues era el amado de su corazón.

Vivieron así, felices por el amor, dos días y tres noches. Él pensaba a menudo en abrazar, pues su madre se lo había aconsejado. También Gurnemanz le había explicado que el hombre y la mujer forman una perfecta unidad. Entrelazaron los brazos y las piernas. Si os lo puedo decir, él encontró muy cerca el dulce lugar, y ambos practicaron el viejo y nuevo uso. Se sintieron dichosos.

Oíd ahora también cómo Clámide, que se acercaba con un poderoso ejército, recibió noticias que lo intranquilizaron. Un escudero, cuyo caballo tenía los flancos atravesados por las espuelas, le dijo: «En el campo de batalla delante de Pelrapeire ha habido un noble y duro duelo caballeresco. Un caballero ha vencido al senescal. Kingrun, el jefe de nuestro ejército, cabalga hacia el britano Arturo. Según les ordenó antes de partir, los soldados están aún inactivos delante de la ciudad. Vos y vuestros dos ejércitos encontraréis Pelrapeire bien defendida. Allí dentro hay un noble caballero que no ansia otra cosa que luchar. Vuestros soldados dicen que la reina ha hecho venir de la Tabla Redonda a Ither de Cucumberland, pues su blasón se vio en el duelo y fue ondeado

victoriosamente».

El rey contestó al escudero: «Condwiramurs me tendrá a mí, y yo la conseguiré a ella y su país. Kingrun, mi senescal, me aseguró que entregarían la ciudad por hambre y que la reina me ofrecería su preciado amor».

El escudero no recibió otra recompensa que la cólera del rey, que siguió avanzando con su ejército. Entonces llegó a su encuentro un caballero, que tampoco ahorraba fatigas a su caballo, y le dijo lo mismo. La alegría y el valor caballeresco de Clámide se ensombrecieron, pues le parecía una gran pérdida. Un príncipe del séquito del rey dijo: «Nadie vio luchar a Kingrun por todos nosotros. Luchó sólo en su propio nombre. Suponed que le hubiesen matado. ¿Deben perder por ello el ánimo los dos ejércitos, el de aquí y el de delante de la ciudad?». Pidió a su señor que no se resignara. «Tenemos que intentarlo con más brío. Si quieren defenderse, los atacaremos con todas las fuerzas y les quitaremos su alegría. Alentad a vuestros vasallos y parientes y asaltad la ciudad con los dos ejércitos. Podemos cabalgar hacia ellos por la ladera de la montaña y atacar las puertas a pie. Les haremos perder las ganas de reír».

Aconsejó esto Galogandres, el duque de Cippones, quien puso en aprietos a los de la ciudad, aunque encontró la muerte ante las murallas. Lo mismo le sucedió al conde de Narant, a un príncipe de Uckerland y a muchos nobles guerreros, a los que sacaron muertos de allí. Oíd ahora cómo los sitiados prepararon sus defensas. Tomaron largos troncos y metieron dentro gruesos palos puntiagudos, y después los izaron con cables y poleas, causando gran tribulación a los asaltantes[63]. Todo esto se había probado antes de que Clámide intentara con su ataque resarcirse de la derrota de Kingrun. Con los víveres también había llegado fuego griego[64]. Las máquinas de los atacantes ardieron. Las torres de asalto y las catapultas, que se habían acercado sobre ruedas a las murallas, y los erizos y los gatos quedaron aniquilados por el fuego[65].

Entretanto el senescal Kingrun había llegado a Britania y había encontrado al rey Arturo en el bosque de Briziljan, en el palacio de caza que se llamaba Karminal. Contó por qué Parzival lo había enviado allí como prisionero y dio su palabra de honor a doña

Cunneware de Lalande. La doncella estaba contenta de que el que llamaban el Caballero Rojo participara de su dolor. La noticia se extendió por todas partes. El noble vencido se presentó también ante el rey y le contó, como a su séquito, lo que se le había encomendado. Keye se asustó y se puso rojo. Después preguntó: «¿Eres Kingrun? ¡Ay! ¡A cuántos britanos has derrotado! Senescal de Clámide, si tu vencedor nunca sentirá amistad hacia mí, tienes que disfrutar de tu cargo. La cocina está a nuestras órdenes, de las mías aquí y de las tuyas en Brandigan. Ayúdame con tu nobleza y con gruesos buñuelos a conseguir el favor de Cunneware». No le ofrecía a ella otra reparación.

Pero dejemos esto y oigamos lo que sucedió cuando interrumpimos el relato. Clámide había llegado ante Pelrapeire y lanzó un gran ataque. Los de la ciudad lucharon con los asediadores. Los héroes se defendieron y consiguieron la victoria. Parzival, su soberano, luchaba muy por delante de los suyos. Las puertas estaban abiertas. Luchaba con los dos brazos, y su espada hacía resonar los duros yelmos. Todos los caballeros que derribó pasaron muchos apuros. Los de la ciudad se vengaron dando tajos a los caídos por las aberturas de la cota de mallas, hasta que Parzival se lo prohibió. Cuando oyeron que estaba furioso, cogieron a veinte caballeros vivos antes de abandonar el combate.

Parzival vio perfectamente que Clámide evitaba con sus seguidores el combate ante las puertas y luchaba en la otra parte de la ciudad. El arrojado joven cabalgó por un terreno sin caminos, rodeó el ejército y se acercó por detrás a las banderas del rey. Mirad: llegó el momento de que se pagara —¡y a qué precio!— la soldada de Clámide. Los de la ciudad supieron luchar con tal denuedo que los escudos se les destrozaron en las manos. También el escudo de Parzival quedó hecho trizas de los golpes y de los tajos. Los asediadores que lo vieron, aunque no sacaban ningún beneficio de ello, proclamaban que era el vencedor. Galogandres, que llevaba la bandera y alentaba a su ejército, cayó muerto al lado del rey. El propio Clámide estaba en apuros. A él y a los suyos las cosas les iban mal. Ordenó entonces suspender el ataque, y los arrojados ciudadanos consiguieron la victoria y la gloria.

Parzival, el noble héroe, mandó cuidar bien a los prisioneros durante tres días. El ejército asediador estaba muy preocupado. El

joven soberano, orgulloso y feliz, aceptó la rendición de los prisioneros y les dijo: «Nobles señores, cuando os lo ordene, volved aquí». Se quedó con sus armaduras y ellos regresaron a su ejército delante de la ciudad. Aunque estaban rojos por el vino, los asediadores les decían: «Pobres, habéis pasado hambre».

Pero los caballeros que habían sido hecho prisioneros contestaron: «No os apiadéis de nosotros. Allí dentro hay tantos víveres que, aunque estuvierais aquí otro año, os alimentarían a vosotros y a ellos. La reina tiene al hombre más hermoso que ha sido nunca armado caballero. Debe de ser de alta alcurnia. Es un dechado de las virtudes caballerescas».

Cuando oyó esto Clámide, le dolieron sus fatigas. Envió mensajeros a la ciudad y les ordenó preguntar quién había yacido con la reina. «Si está dispuesto para un duelo singular, porque la reina le ha dado plenos poderes, que la defienda a ella y al país luchando, y así cesarán las hostilidades por parte de los dos ejércitos».

Parzival se puso contento al oír que se le desafiaba a un duelo singular. El valiente joven dijo: «Doy mi palabra de honor de que nadie del ejército de la ciudad luchará por mí en caso de estar en apuros». Se acordó una tregua entre los atrincherados y el ejército de fuera. Entonces se armaron los maestros del combate. El rey de Brandigan montó en un caballo castellano bien blindado, que se llamaba Guverjorz. Se lo había enviado su sobrino Grigorz, el rey de Ipotente, con ricos regalos, desde el norte, a través del mar de Ucker. Lo trajo el conde de Narant con mil guerreros con armaduras, pero sin escudos. Sus soldadas se habían apalabrado para dos años, si la historia dice la verdad. Grigorz le había enviado quinientos valientes y experimentados caballeros, cada uno con el yelmo bien atado en la cabeza. Así había asediado el ejército de Clámide la ciudad de Pelrapeire por tierra y por mar, haciendo sufrir grandes penalidades a sus habitantes.

Parzival llegó cabalgando al lugar del combate, donde Dios le iba a revelar si le quería dejar ser el hijo del rey Tampenteire[66]. Lleno de orgullo llegó al galope, antes de picar espuelas al caballo para la carrera. Su montura estaba bien armada para las penalidades del combate. Encima del peto de mallas llevaba una gualdrapa roja de terciopelo. Él mismo lucía un escudo rojo y una

capa roja. Clámide abrió el duelo. Quería justar y derribar a su adversario con una lanza corta y sin desbastar. Tomó una larga carrera para atacar y Guverjorz saltó hacia delante. Los dos jóvenes imberbes justaron a la perfección, sin faltar a las reglas. Nunca habían luchado con mayor fiereza los hombres y los animales. Los dos caballos jadeaban por el cansancio. Los caballeros habían luchado de tal modo que los caballos no podían más y se desplomaron a la vez bajo ellos. Los dos deseaban sacar fuego del yelmo. No había descanso, sino mucho que hacer. Los escudos se hicieron añicos como si jugando se lanzaran plumas al aire. Pero el hijo de Gahmuret no estaba en absoluto cansado, mientras que Clámide creía que los de la ciudad habían roto la tregua. Pidió a su contrincante que salvara su propia honra y prohibiera los numerosos lanzamientos. Recibió grandes golpes como si fueran muchas piedras de la catapulta. Así le contestó el soberano del país: «Creo que no te lanzan muchas piedras, pues de ellas te protege mi palabra de honor. Si aceptaras mi mano en son de paz, las catapultas no te partirían el pecho, la cabeza y las piernas».

De Clámide se apoderó el cansancio, que le llegó demasiado pronto. La lucha decidía quién vencía aquí o perdía allí. Pero, al fin, el rey Clámide fue derrotado con un fuerte golpe de la espada, que lo derribó. Por el estrangulamiento de Parzival le brotaba sangre de los oídos y de la nariz, que enrojeció el verde prado. El héroe le quitó rápidamente de la cabeza el yelmo y el capuchón de mallas. El vencido esperaba el golpe mortal. El vencedor dijo: «Mi esposa quedará libre de ti. Aprende qué es la muerte».

«¡No, por favor, noble y valiente héroe! Me has vencido, por lo que tu honra ha aumentado treinta veces. ¿Cómo puedes acrecentar aún tu gloria? Condwiramurs puede decir que yo soy el desdichado y que tu sino ha vencido. Tu país está liberado. Al igual que un barco vacío se eleva en el agua, así mi poder ha perdido peso. Mi dicha de caballero se ha debilitado. ¿Por qué me quieres matar? Dejaré en herencia mi deshonra a todos mis sucesores. Tú tienes la gloría y la victoria. No tienes necesidad de hacerme nada más. Llevo en vida la muerte, puesto que estoy separado de la que encerró en su poder mi corazón y mis sentidos, y nunca atendió a mis súplicas. Desdichado de mí, tengo que dejártela a ella y su país».

Entonces el que había conseguido la victoria se acordó del consejo de Gurnemanz, de que la valentía debería estar dispuesta a la conmiseración, y lo siguió. Dirigiéndose a Clámide, dijo: «No te puedo librar de que lleves tu juramento de rendición al padre de Liaze».

«¡No, por favor, señor! He causado gran dolor a su corazón al matar a su hijo. No puedes hacerme eso. Por Condwiramurs luchó conmigo también Schenteflurs y habría muerto a sus manos si no me hubiera ayudado mi senescal. Gurnemanz de Graharz lo envió a Brobarz con un excelente y poderoso ejército. Allí realizaron muchas hazañas caballerescas novecientos caballeros bien experimentados y cabalgando todos en caballos bien armados, y mil quinientos guerreros, que vi también armados para la lucha, aunque sin escudos. Su ejército era muy fuerte para mí, pero sólo una pequeña parte regresó. Desde entonces perdí aún más héroes. Ahora carezco de alegría y de honra. ¿Qué más pides de mí?».

«Voy a suavizar tu temor. Vete a Britania, donde ha ido antes Kingrun, en busca de Arturo, el britano. Dile que estoy a su servicio. Pídele que me ayude en mi queja por la ignominia que padecí allí. Me sonrió la doncella y por mi causa se la golpeó, lo que nunca me había afectado tanto. Dile a ella que lo siento. Júrale tu rendición y haz lo que te ordene. Si no lo haces, te mataré aquí mismo».

«Si sólo tengo esta elección, no la discuto». El rey Clámide siguió hablando: «Elijo el viaje desde aquí». Lo prometió y partió. Su orgullo le había aconsejado mal antes. Parzival, el héroe, se dirigió a su cansado caballo. Saltó sobre él sin poner su pie en el estribo y las astillas del destrozado escudo volaron alrededor.

Los de la ciudad estaban dichosos, mientras que el ejército de fuera estaba atribulado. Condujeron al rey Clámide, a quien dolían las carnes y los huesos, a donde estaban los suyos, y el caballero ordenó llevar a los muertos con los ataúdes a su último reposo. Los extranjeros abandonaron el país. El noble Clámide se fue a Löver, el país del rey Arturo.

Todos los caballeros de la Tabla Redonda se habían reunido en Dianasdrun, en la corte del britano Arturo. Si no estoy equivocado, en la llanura de Dianasdrun había más estacas de tiendas que troncos en el Spessart. Con gran séquito y con muchas damas estaba allí el rey Arturo para celebrar la fiesta de Pentecostés. Se podían

ver muchos estandartes y escudos, con los más variados blasones, y muchos círculos de hermosas tiendas. Hoy estas cosas son inimaginables. ¿Quién podría hacer la ropa de viaje para aquellas mujeres? También pensaba entonces una dama que perdería la fama si no la acompañaba su amado. Había allí muchos jóvenes inexpertos, por lo que no llevaría en modo alguno de buen grado a mi mujer a tal multitud, pues temo que los desconocidos pudieran molestarla. Alguno podría decirle que ardía de amor por ella y que le cegaba la alegría, y que, si le hacía caso, la serviría siempre. Me habría ido antes corriendo de allí.

He hablado de mí. Oíd ahora en qué se distinguía principalmente la tienda del rey Arturo. Muy alegres comían ante ella los de su séquito, muchos nobles señores sin doblez y muchas orgullosas doncellas, que sólo pensaban en las lanzadas y que arrojaban a sus admiradores al enemigo como flechas. Si a ellos les iba mal en la lucha, quizá los recompensaban con amabilidad.

El joven Clámide entró a caballo en ese círculo de tiendas. La esposa del rey Arturo y las otras damas vieron su caballo con el peto y al caballero armado, con su yelmo y su escudo destrozados. Así llegó a la corte. Habéis oído antes que había sido forzado a ello. Desmontó y se abrió paso con dificultad hasta donde estaba sentada doña Cunneware de Lalande. Entonces dijo: «Señora, ¿sois vos la dama a la que debo servir lealmente? En parte, lo hago forzado. El Caballero Rojo os comunica que está a vuestro servicio. Toma como propia la deshonra que os han infligido. Creo que fuisteis golpeada por su causa. También me pide que se lo denuncie al rey Arturo. Señora, os ofrezco mi juramento de rendición. Así me lo ordenó el que luchó conmigo. Si lo deseáis, lo prestaré. Ya estaba a punto de morir».

Doña Cunneware de Lalande tomó su mano, enfundada en el guantelete de hierro. Doña Genoveva estaba sentada allí mismo, pues no comía con el rey, sino con ella. También Keye estaba sentado a la mesa y oyó la noticia, que no le venía nada bien, y de ello se alegraba doña Cunneware. Dijo Keye: «Señora, este caballero ha sido forzado a haceros lo que os ha hecho. Temo que le han mentido. Yo sólo seguí las costumbres de la corte y os quise corregir. A cambio, estáis furiosa conmigo. Os quiero aconsejar que mandéis que quiten la armadura a este prisionero, pues ya ha

tenido que estar aquí bastante tiempo de pie».

Entonces la hermosa doncella pidió que le quitaran el yelmo y el capuchón de mallas. Cuando le desataron el yelmo y le levantaron el capuchón, reconocieron enseguida a Clámide. También Kingrun lo reconoció y no le quitaba ojo; se retorció entonces tanto las manos que crujieron como leña seca. El senescal de Clámide apartó inmediatamente a un lado la mesa y preguntó a su señor por lo sucedido. Clámide, huérfano de toda alegría, contestó: «He nacido para la desdicha. He perdido un ejército tan espléndido como nunca lo ha perdido nadie a quien la madre haya ofrecido su pecho. Pero más que la pérdida de mi ejército me duele haber tenido que renunciar al amor. Esta renuncia es un peso tan grande sobre mí que la alegría y la dicha me son ajenas. Condwiramurs ha plateado mis sienes. Fuera cual fuera la venganza que se tomó el Creador con Pilatos de Poncia[67] y con el desdichado Judas, que participó con un beso en la ignominiosa traición a Jesús, aceptaría todos los tormentos si la soberana de Brobarz sintiera inclinación por mí y fuera mi mujer, y pudiera abrazarla, me pasara lo que me pasase después. Pero, por desgracia, niega su amor al rey de Iserterre. Mi país y el pueblo de Brandigan tendrán que lamentarlo siempre. También mi primo Mabonagrin sufrió allí mucho tiempo. Ahora he venido, rey Arturo, cabalgando a tu corte, porque un caballero me venció. Sabes bien que en mi país te han ocurrido muchas cosas malas. Olvídalas, noble señor. Mientras sea aquí prisionero, líbrame de tu cólera. Doña Cunneware, que recibió mi palabra de honor cuando llegué prisionero ante ella, me debe proteger de toda represalia». El fiel Arturo le perdonó al instante su culpa.

Entonces supieron las mujeres y los hombres que el rey de Brandigan había llegado al círculo de tiendas y se produjo un gran arremolinamiento, pues la noticia se había extendido enseguida. El apesadumbrado Clámide pidió cortésmente unirse a los otros caballeros: «Si soy digno de ello, señora, presentadme a Gawan. Sé bien que él también lo desea. Si cumple vuestros deseos, os honrará a vos y al Caballero Rojo».

Arturo pidió a su sobrino que hiciera compañía al rey, lo que habría sucedido de todos modos. Entonces fue bien recibido por el noble séquito el que había sido vencido, pero que estaba libre de maldad. Kingrun dijo a Clámide: «¡Ay! ¡Ojalá ningún britano te

hubiera visto vencido aquí en la corte! Eras más poderoso que el rey Arturo, tenías más vasallos y rentas, y además le ganas en juventud. ¿Va a conseguir gloria este Arturo porque Keye golpeara furioso a una noble princesa, que con su corazón eligió sonriendo a aquel que, en verdad, alcanzó la mayor honra? Los britanos creen que el árbol de su gloria ha crecido muy alto. No hicieron nada cuando fue traído muerto Ither, el rey de Cucumberland, o cuando vos, mi señor, declarasteis vencedor al que había luchado con él. Ese mismo, Parzival, me venció a mí en noble lid. Se vieron allí saltar chispas de los yelmos y girar las espadas como torbellinos». Todos, pobres y ricos, coincidieron en que Keye había obrado mal.

Pero dejemos estos acontecimientos y volvamos al hilo de nuestra historia. El devastado país en el que Parzival ceñía corona volvió a ser edificado. Se veían allí la felicidad y grandes fiestas. Su suegro Tampenteire le había dejado en herencia en Pelrapeire piedras preciosas y oro rojo. Los repartió entre las gentes, que le quisieron por su generosidad. Muchos estandartes y escudos nuevos adornaban su país, y él y los suyos celebraron numerosos torneos. El joven e intrépido héroe mostró a menudo su valor en la frontera de su reino, y sus hazañas en contra de los extranjeros alcanzaron la mayor gloria.

Oíd ahora sobre la reina. ¿Cómo le podía ir mejor? La hermosa y noble joven veía cumplidos todos sus deseos en la tierra. Su amor era firme y pleno y carecía de subterfugios. De su marido sabía que la amaba como ella a él. Cada uno había encontrado al otro. Debo contar que se tienen que separar y que la separación les causará grandes tristezas a los dos. También me apena la noble mujer. Parzival libró de grandes sufrimientos a su gente, a su país y a ella misma, quien le ofreció a cambio su amor. Una mañana dijo él con noble educación, y muchos caballeros lo oyeron y lo vieron: «Si me lo permitís, señora, me despido para ir a ver cómo le va a mi madre. No sé en absoluto si está bien o mal. Quiero estar con ella poco tiempo e ir después en busca de aventuras. Si os presto mis servicios, me lo recompensaréis después con vuestro amor».

Así pidió permiso para partir. Ella, según dice la historia, lo quería y no deseaba negarle nada. Parzival dejó a todos los suyos allí y se fue completamente solo.

—*Anfortas*—

Quien quiera oír adónde llegó Parzival en sus ansias de aventuras, se enterará con todo detalle de grandes maravillas. ¡Dejad cabalgar al hijo de Gahmuret! Por doquiera que haya gentes de buenos sentimientos, deben desearle suerte, pues va a sufrir grandes penalidades, aunque algún día también gozará de la felicidad y la honra. Una cosa le afligía en especial: haberse separado de aquella mujer, que era más hermosa y más perfecta que todas las mujeres de las que se había leído u oído nunca. La añoranza de la reina empezaba a debilitarle los sentidos, y los hubiera perdido por completo de no haber sido un hombre esforzado. Su caballo llevaba las riendas, sin ninguna mano que lo guiara, por troncos y pantanos. La historia nos cuenta que aquel día cabalgó tanto que un pájaro habría tenido dificultades para volar esa distancia. Si la historia no me miente, su cabalgada fue mucho mayor que la del día en que mató a Ither y cuando después llegó desde Graharz al reino de Brobarz.

¿Queréis oír dónde terminó su camino? Por la noche llegó a un lago, en el que unos pescadores habían fondeado su barca. El lago les pertenecía. Cuando lo vieron cabalgar, estaban tan cerca de la orilla que le oyeron claramente todo lo que decía. Parzival vio en la barca a uno que llevaba tales vestidos que, aunque fuera el rey del mundo, no podía llevarlos mejores. Su forrado sombrero estaba adornado con plumas de pavo real. A este pescador le pidió, en nombre de Dios y de su buena educación, que le informara dónde podía albergarse. Así le contestó aquél, lleno de tristeza: «Señor, no sé que se haya edificado en treinta millas: sólo agua o tierra. Pero hay un castillo aquí cerca. Os lo aconsejo.

¿A qué otro sitio podríais ir a estas horas? Detrás de aquella peña, id a la derecha. Cuando lleguéis al foso, creo que tendréis que deteneros. Pedid que bajen el puente y os dejen pasar».

Parzival siguió el consejo del pescador y, tras despedirse, partió de allí. El pescador le gritó: «Si llegáis bien allí, yo mismo cuidaré de vos esta noche. No olvidéis dar las gracias. Tened cuidado, pues hay muchos caminos que conducen a otros sitios y podéis extraviaros fácilmente en esa ladera. No os lo deseo».

Parzival partió de allí y se dirigió tranquilo, al trote, por el buen camino hasta el foso. El puente estaba levantado. El castillo tenía excelentes defensas. Parecía como si estuviera cincelado. Sólo volando o dejándose llevar por el viento podrían asaltarlo. Se levantaban en él muchas torres y varios palacios con extraordinarias fortificaciones. Aunque todos los ejércitos lo atacaran durante treinta años, no tendrían que dar ni un pan por su salvación.

Un escudero le preguntó amablemente qué deseaba y de dónde venía, a lo que contestó: «El pescador me ha enviado aquí. Me he inclinado ante él en señal de agradecimiento, pues confiaba en encontrar albergue. Me dijo que pidiera que bajaran el puente y me indicó que entrara en el castillo».

«Señor, sed bienvenido. Puesto que el pescador lo recomendó, podréis albergaros cómodamente aquí y como huésped de honor, en gracia al que os ha enviado», dijo el escudero y bajó el puente.

El valiente Parzival entró a caballo en el castillo, a un amplio patio de armas. La verde hierba estaba muy corta. No había sido pisada en juegos caballerescos, ni se había justado allí, ni habían cabalgado sobre ella los portadores de estandartes. Como en el prado de Abenberg[68]. Hacía mucho tiempo que no había allí esas diversiones. La tristeza reinaba en los corazones, aunque no se lo hicieron notar. Lo recibieron caballeros jóvenes y viejos, y muchos bellos pajes saltaron para coger las riendas, queriendo ser cada uno el más rápido. Le sujetaron el estribo, así que tuvo que desmontar. Los caballeros le pidieron que entrara y le procuraron todas las comodidades. Muy rápidamente, aunque con buenos modales, le quitaron la armadura. Cuando vieron al joven imberbe y tan hermoso, dijeron que estaba tocado de todas las gracias.

El joven pidió agua y se lavó enseguida de la cara y de las manos la herrumbre de la armadura. Los viejos y los jóvenes

pensaban que con él amanecía otro día. Así estaba sentado el adorable joven sin tacha. Le trajeron una capa de seda de Arabí, que el hermoso caballero se puso sobre los hombros, dejándola abierta por delante, lo que le reportó alabanzas. El bello chambelán dijo: «La trajo la reina Repanse de Schoye, mi señora[69]. Ella os la presta, pues aún no se os han hecho vuestros trajes. Se lo pedí sin cargo de conciencia, pues, si no me equivoco, sois un noble señor».

«Dios os premie, señor, vuestras palabras. Si me habéis valorado bien, me puedo considerar feliz: se lo debo a Dios Todopoderoso».

Le sirvieron unas bebidas y se preocuparon por su bienestar. Los tristes caballeros se pusieron contentos con él. Le hicieron todos los honores. Las viandas eran mejores que las que había encontrado en Pelrapeire cuando la liberó de sus penalidades. Pero se lamentó de que le hubieran quitado la armadura, pues no entendió una broma. Un bufón de la corte ordenó con malos modos al valiente huésped que se presentara al anfitrión, como si éste estuviera enfadado con él. El joven Parzival casi le hizo perder la vida. Cuando no encontró en su costado su bien decorada espada, cerró su mano con tal fuerza en un puño que la sangre le saltó bajo las uñas y humedeció su manga.

«No, señor», dijeron los caballeros, «el bufón puede bromear, por muy tristes que estemos todos. Mostradle vuestros buenos modales. Debéis entenderlo como que el pescador ha llegado. Id allí, pues sois un huésped bien venido, pero aplacad antes vuestra cólera».

Subieron al palacio, donde había colgadas sobre los reunidos cien coronas con muchas antorchas encima, y pequeñas velas en las paredes. Cien camas vio allí, dispuestas cuidadosamente por los sirvientes, y cien edredones encima[70]. En cada una se sentaban cuatro. Había buena distancia entre ellas y delante de cada una había una alfombra redonda. El hijo del rey Frimutel bien podía permitírselo. No se había olvidado una cosa, que había costado mucho: tres hogares cuadrados de paredes de mármol, con fuegos propiamente dichos encima. La leña era de áloe. Tan grandes fuegos no ha visto nunca nadie aquí en Wildenberg[71]. Eran obras muy costosas.

El señor del castillo se sentó en una cama junto al fuego central. Él y la alegría estaban en tablas: no vivía, sino que moría. El bellísimo Parzival entró en el palacio y fue bien recibido por el que

lo había enviado allí. No le dejó estar mucho tiempo de pie, sino que le pidió que se acercara y que se sentara: «Venid a mi lado, pues si os sentara allí lejos, sería como si os tomara demasiado por forastero», dijo el atribulado anfitrión. Por su enfermedad tenía grandes fuegos y ropa de abrigo. Amplios y largos, y de piel de marta cebellina, tenían que ser su falda y el abrigo que llevaba encima. Incluso la más pequeña piel, negra y gris, era muy hermosa, y lo mismo sucedía con el gorro en su cabeza, por fuera y por dentro de marta muy cara. Rodeaba el gorro por arriba un ribete de Arabia, con un resplandeciente rubí en el centro, a modo de pequeño botón.

Allí estaban sentados muchos magníficos caballeros y se presentó ante sus ojos la mayor tristeza[72]. Un escudero entró corriendo por la puerta. Llevaba una lanza, de cuyos filos fluía sangre, que corría por el mango hasta la mano, para ser recogida en la manga. Al verla se produjo un gran duelo. En el espacioso palacio lloraron y gritaron. Las gentes de treinta países no hubieran podido hacer con sus ojos otro tanto. El escudero llevó la lanza por toda la sala, a lo largo de las cuatro paredes, y de nuevo hasta la puerta, de la que salió corriendo. Se callaron entonces los lamentos y el dolor que había despertado la lanza que llevaba en su mano el escudero.

Espero no aburriros y sigo contando con qué buenos modales se servía. En el frente del palacio se abrió una puerta de acero. Por ella entraron dos nobles muchachas. Oíd cómo iban adornadas. Podrían haber concedido el premio de su amor a todo el que se hubiera distinguido por su servicio caballeresco. Las doncellas eran realmente hermosas. Como tocado llevaban dos coronas de flores sobre el pelo. Cada una portaba un candelabro de oro. Sus cabellos eran rizados, largos y rubios. No debemos olvidar aquí el vestido que llevaban las doncellas cuando aparecieron: el traje de la condesa de Tenabroc era de color escarlata oscuro, y lo mismo el de su acompañante. Unos cinturones sobre sus caderas ceñían sus estrechos talles y las adornaban.

Tras ellas venían una duquesa y su acompañante. Ambas traían caballetes de marfil[73]. Sus labios eran rojos como el fuego. Las cuatro se inclinaron y las dos últimas colocaron rápidamente los caballetes delante del señor del castillo. Una forma perfecta de servir. Se pusieron formando un grupo: todas eran muy hermosas e

iban vestidas igual.

Pero, mirad, no se hicieron esperar otras ocho damas. Cuatro traían grandes velas, y las otras cuatro portaban fervorosas una piedra preciosa de incalculable valor: de día la atravesaba la luz del sol. Su nombre era conocido: era un granate-jacinto largo y ancho, aunque liviano. El que lo había medido para una mesa lo había tallado muy fino. Encima comía el señor del castillo, lo que da una idea de su riqueza.

Las ocho desfilaron ante él en perfecto orden e inclinaron su cabeza en señal de saludo. Colocaron entonces las cuatro la piedra sobre los caballetes, que ya estaban preparados. Con nobles modales volvieron a donde estaban las cuatro primeras. Las ocho damas llevaban vestidos más verdes que la hierba, de terciopelo de Azagouc, de corte largo y ancho, pero muy ceñidos por unos preciados cinturones estrechos y largos. Cada una de estas ocho hermosas doncellas portaba en sus cabellos una pequeña corona de flores.

También las hijas de los condes Iwan de Nonel y Jernis de Ril habían recorrido muchas millas hasta allí para prestar sus servicios. Se vio venir a las dos princesas en magníficas galas. Traían sobre dos servilletas dos extraordinarios cuchillos muy afilados. Eran de reluciente plata endurecida y habían sido trabajados con tanta destreza y afilados con tanto esmero que hubieran cortado bien el acero. Delante de los cuchillos de plata iban otras cuatro nobles damas, doncellas sin tacha, que también habían sido llamadas allí para servir y que portaban antorchas para esa plata. Así se acercaron las seis. Oíd ahora lo que hicieron. Se inclinaron y dos de ellas llevaron a la magnífica mesa los cuchillos de plata y los depositaron allí. Después volvieron con bien medidos pasos a donde estaban las doce primeras. Si he contado bien, estaban allí dieciocho damas. Mirad, ahora se ve venir a otras seis con magníficos vestidos, la mitad de brocado y la otra mitad de seda de Nínive. Éstas y las seis anteriores llevaban vestidos de dos colores, que habían costado muy caros. Tras ellas venía la reina.

Su rostro era tan resplandeciente que a todos les parecía que había amanecido. La reina llevaba sedas de Arabí. Sobre un verde ajmardí portaba la perfección del Paraíso, a la vez su raíz y su brote. Era una cosa que se llamaba «el Grial», la mayor gloria del

mundo. La que portaba el Grial tenía por nombre Repanse de Schoye. El Grial tenía esta condición: la que lo cuidaba tenía que conservar su pureza y estar libre de maldad. Ante el Grial traían lámparas, que no eran precisamente baratas: seis bellos recipientes de cristal, altos y resplandecientes, en los que ardía bien el bálsamo. Cuando entraron por la puerta, a la debida distancia se inclinaron con buenos modales la reina y las doncellas que llevaban las lámparas de bálsamo. La reina inmaculada depositó el Grial ante el señor del castillo. La historia dice que Parzival miraba fijamente a la dama y pensaba que él llevaba puesta su capa. Las siete se fueron con nobles ademanes junto a las otras dieciocho. Dejaron entonces a la más noble en el medio. Según me han dicho, había doce a cada lado. La doncella, con la corona, resplandecía allí en toda su belleza.

A todos los caballeros que estaban sentados en la gran sala del palacio se les habían asignado chambelanes con pesadas palanganas de oro: cada chambelán se ocupaba de cuatro caballeros, ayudado por un hermoso doncel, que llevaba una blanca toalla[74]. Se veía allí verdadera riqueza. Había cien mesas, que metieron por la puerta. Delante de cada cuatro nobles caballeros colocaron una y la cubrieron cuidadosamente con un mantel de color blanco. El señor del castillo, cuya alegría estaba apagada, cogió agua y también Parzival se lavó las manos. Arrodillándose rápidamente ante ellos, el hijo de un conde les ofreció después una toalla de seda de bellos colores. Para cada mesa se dispusieron cuatro pajes, que no debían olvidar servir a los que allí estaban sentados. Dos se arrodillaban y cortaban, y los otros dos traían la bebida y la comida, sirviendo así a los caballeros. Oíd algo más sobre aquella riqueza. Cuatro carrozas trajeron muchas espléndidas vajillas de oro para todos los caballeros que allí estaban sentados. Pusieron los coches junto a las cuatro paredes. Cuatro caballeros colocaron con sus propias manos las piezas en las mesas. Detrás de cada uno iba un escribano, que con toda diligencia las contaba después de que las hubieran usado y las recogía. Oíd ahora otra cosa: a cien pajes se les ordenó que cogieran en blancas servilletas, de forma perfecta, pan del Grial; fueron todos juntos y se distribuyeron después por las mesas[75]. Me han dicho (y yo lo repito, y vosotros debéis jurarlo, de modo que mintáis conmigo si no digo la verdad) que ante el Grial estaba

dispuesto todo lo que se deseaba: comida caliente, comida fría, comida moderna y también la tradicional, carne de corral y de caza. Muchos dirán que esto no se ha visto nunca. Pero critican sin razón, pues el Grial era el fruto de la felicidad, el cuerno de la abundancia de todos los placeres del mundo, y se acercaba mucho a lo que se dice del reino de los cielos. En pequeñas vasijas de oro se recogía lo que convenía a cada alimento: salsas, pimientas, zumos de frutas. El moderado y el tragón recibieron lo que deseaban y fueron servidos con esmero. Licor de moras, vino, arrope rojo… Se pidiera lo que se pidiera de beber y se pusiera donde se pusiera la copa, se podía ver dentro de ella el poder del Grial. La noble sociedad era huésped del Grial.

Parzival vio perfectamente la opulencia y el gran portento, pero por su buena educación no hizo ninguna pregunta. Pensó: «Gurnemanz me aconsejó con muy buena voluntad y sin ningún género de dudas que no debía hacer muchas preguntas. ¿Y si me ocurre aquí lo mismo que allí? Sin preguntar me enteraré de lo que sucede a estos caballeros».

Mientras pensaba esto, se acercó un escudero, que llevaba una espada. La vaina costaba mil marcos, el puño era un rubí y la hoja podía realizar grandes hazañas. El señor del castillo se la entregó a su huésped, diciendo: «Señor, la llevé a menudo en la lucha, hasta que Dios me produjo una grave herida. Que os sirva de recompensa por si no os he cuidado bien. Podéis llevarla siempre con vos. Cuando conozcáis sus propiedades, os protegerá en el combate».

¡Ay de él, por no preguntar entonces! Todavía hoy estoy triste por él, pues cuando la recibió en sus manos, se le estaba indicando que preguntara. También me produce pena su amable anfitrión, porque tiene un triste destino y la pregunta hubiera podido curarle.

Ya se había servido bastante. Los que servían recogieron las vajillas, cargaron las cuatro carrozas y volvieron a sacar las mesas. También las damas hicieron su trabajo y salieron primero las que habían llegado al final. Volvieron a acompañar a la más noble hasta el Grial. La reina y todas las doncellas se inclinaron con buenos modales ante el señor del castillo y ante Parzival, y sacaron por la puerta lo que solemnemente habían traído antes. Parzival las siguió con la mirada. En una habitación vio sobre un lecho, antes de cerrarse la puerta, al anciano más hermoso que había visto nunca.

Puedo decir sin exagerar que tenía el cabello más gris que la niebla. ¿Quién era? Podéis preguntarlo después. Además os diré el nombre del anfitrión, del castillo y del país. Pero después, cuando sea el momento, con todo detalle y voluntariamente, aunque sin anticipar nada. Mi narración es como la cuerda, no como el arco. La cuerda es una comparación. El arco os puede parecer rápido, pero es más rápido lo que lanza la cuerda. Si esto es cierto, la cuerda significa contar las cosas por derecho, y esto le gusta a la gente. Quien narra con circunloquios se burla de vosotros. Sabéis que cuando el arco está tenso, la cuerda está recta, a no ser que se ponga en ángulo para lanzar la flecha. Si se lanza el relato a quien por fuerza tiene que molestar por sus rodeos, no queda nada, sigue el camino más amplio y cómodo: entra por una oreja y sale por la otra. Mi esfuerzo sería inútil si mis palabras quisieran molestar a mis oyentes. Lo recitara o lo cantara, lo entendería mejor un macho cabrío o un tronco podrido.

Pero os quiero contar algo más sobre aquellas tristes gentes. Donde había llegado Parzival no había ninguna fiesta, ni torneos ni bailes. Permanecían en constante duelo y no pensaban en diversiones. Incluso a la gente más pobre le viene bien un poco de alegría. Allí todos los rincones estaban llenos de tristeza y lo mismo se veía en la corte.

El señor del castillo dijo a su huésped: «Creo que os han preparado vuestra cama. Si estáis cansado, os aconsejo que vayáis y os echéis a dormir».

Ahora debería prorrumpir yo en lamentos por su separación, pues será una gran desgracia para los dos. El noble Parzival se levantó de su asiento y pisó la alfombra. El señor del castillo le dio las buenas noches. Los caballeros se levantaron y una parte de ellos se abrió paso hacia el joven y lo llevó enseguida a una habitación. Ésta era tan suntuosa y tenía una cama tan magnífica que mi pobreza aún me apesadumbra más. ¡Semejante opulencia florece en la tierra! La cama no tenía precisamente nada de pobre. La colcha de seda resplandecía como si llameara en un fuego. Parzival, cuando vio que allí sólo había esa cama, pidió a los caballeros que volvieran a sus aposentos. Ellos se despidieron y se fueron.

Otros entraron a su servicio. Muchas velas competían con su belleza. ¿Podía lucir más el día? Delante de su cama había otra con

un edredón encima, sobre el que se sentó. Muchos donceles bravos y diligentes saltaron hacia él y lo descalzaron. Sus piernas eran blancas. Otros muchos hermosos pajes de alta cuna le quitaron la ropa. Después entraron por la puerta cuatro bellísimas doncellas, que debían comprobar cómo se trataba al héroe y si su cama era mullida. Según me dice la historia, delante de cada una un paje llevaba una vela encendida. El valiente Parzival saltó debajo de la colcha, pero ellas dijeron: «Quedaos despierto por nosotras aún un poco». Había fingido sus prisas. Su hermosa piel luminosa alegró los ojos de las doncellas antes de que las saludara. También las cautivaban sus labios tan rojos y, por su juventud, aún sin medio bigote. Oíd lo que llevaba cada una de estas cuatro doncellas: tres llevaban en sus blancas manos licor de moras, vino y vino con especias; la cuarta joven portaba sobre una blanca servilleta frutas paradisíacas. Ésta se arrodilló ante el joven, quien le pidió que se sentara. Ella le dijo: «No me confundáis, pues no seréis servido como mi señor desea que lo seáis». Él charló amablemente con ellas y bebió y comió un poco. Después ellas se despidieron y se fueron, y Parzival se acostó. Los donceles, cuando vieron que dormía, pusieron los candelabros sobre la alfombra y se marcharon rápidamente de allí.

Parzival no estaba solo, sino que le acompañó hasta el amanecer una gran pesadilla. Los sufrimientos futuros enviaron emisarios al hermoso joven cuando dormía, de modo que tuvo un sueño parecido al de su madre, cuando sentía añoranza por Gahmuret. Su sueño estaba entretejido con tajos de espada en los festones y con muchas hermosas justas en el centro. En el sueño le pusieron varias veces en apuros galopes al ataque. Le parecía preferible morir despierto treinta veces, pues la pesadilla no le había dejado descansar. Estos malos sueños por fuerza lo despertaron. El sudor le corría por todo el cuerpo. Por la ventana entraba la luz del día. Entonces exclamó: «¿Dónde andan los pajes, que no están delante de mí? ¿Quién me dará mis vestidos?». El héroe los esperó, hasta que se volvió a dormir. Ninguno habló ni gritó: todos estaban escondidos. A media mañana el valiente joven despertó de nuevo y se incorporó enseguida. El noble héroe vio sobre la alfombra su armadura y dos espadas. Una se la había regalado el señor del castillo y la otra era la de Ither de Gaheviez. Entonces dijo para sus

adentros: «¡Oh! ¿Qué significa esto? Es evidente que debo armarme. Durmiendo pasé muchas penalidades, y despierto me esperan hoy también grandes fatigas. Si el señor de este castillo está en dificultades, haré de buen grado lo que me ordene, y cumpliré fielmente los deseos de la dama que generosamente me dejó esta capa nueva. ¡Ojalá estuviera dispuesta a aceptar mis servicios! Lo haría sólo por ella, no por su amor, pues mi esposa, la reina, es igual de hermosa. O más, es cierto».

Entonces hizo lo que había que hacer: se armó de la cabeza a los pies, con lo que estaba presto para la lucha, y se ciñó las dos espadas. El noble héroe salió de la habitación. Su caballo estaba atado a la escalera. Apoyados en ella estaban su escudo y su lanza, lo que le llenó de alegría. Parzival, el héroe, antes de coger su caballo, recorrió muchas salas y llamó a la gente, pero no oyó ni vio a nadie. Esto le preocupó mucho y le enfureció. Corrió a donde había desmontado la noche anterior, cuando llegó. Allí estaban el suelo y el verde escarbados por muchas pezuñas y el rocío completamente pisoteado. Gritando regresó corriendo el joven hasta su caballo. Lanzando denuestos montó en él. La puerta del castillo estaba completamente abierta y por ella pasaban muchas huellas de caballos. No siguió manteniendo tirantes las riendas, sino que se dirigió al trote hacia el puente. Un escudero, que estaba escondido, tiró de la cuerda y el puente se elevó, con lo que su borde casi derribó al caballo. Parzival se volvió. Le hubiera gustado preguntar. «¡Id al infierno!», gritó el escudero. «Sois un necio. ¡Si hubierais abierto el pico y hubierais preguntado al señor del castillo! ¡Habéis echado a perder vuestra gloria!».

Parzival pidió a gritos una explicación, pero no recibió respuesta. Por mucho que gritó al escudero, éste hizo como si fuera andando dormido y cerró la puerta del castillo. Se marchó demasiado pronto en estos difíciles momentos para el héroe, que pagaba ahora los intereses de su felicidad, que lo había abandonado. Cuando llegó al Grial, empezó el juego de dados de su desgracia, y sólo los miró con sus ojos, sin tocarlos con la mano. Si se había apoderado de él ahora la desdicha, antes le era ajena: apenas había sufrido hasta entonces.

Parzival siguió las huellas que había visto allí, pensando: «Creo que los que cabalgan delante de mí lucharán hoy valientemente por

la causa de mi anfitrión. Si lo desean, con mi ayuda no perderán su lucha. No me echaré atrás. Les ayudaré a salir de sus apuros y así mereceré el pan y esta maravillosa espada que me regaló su noble señor. La llevo sin merecerla y quizá piensan que soy un cobarde».

Parzival, la antítesis de la maldad, siguió esas huellas de cascos. Siento que se marchara de allí. Ahora comienza realmente su aventura.

Las huellas empezaron a escasear, pues los que cabalgaban delante se habían separado. El ancho rastro se estrechó, hasta desaparecer por completo. Él lo sintió. El joven vivió ahora algo que iba a entristecer su corazón. El valiente héroe oyó los lamentos de una dama. Todavía estaba todo húmedo por el rocío. Ante él estaba sentada en un tilo una muchacha, a quien el amor había traído sufrimiento. Tenía entre sus brazos a un caballero muerto, embalsamado. Quien la viera sentada allí y no sintiera compasión carecería de todo amor. Dirigió su caballo hacia ella. Aunque no la reconoció, era su prima. Todo el amor terrenal es como un airecillo comparado con el que se veía en ella. Parzival la saludó y le dijo: «Señora, siento mucho vuestro dolor. Si necesitáis mis servicios, me verán serviros».

Ella le dio las gracias con gran tribulación y le preguntó de dónde venía. Después añadió: «Es absurdo que alguien venga por estos parajes solitarios. Al forastero que no los conoce le puede ocurrir aquí una desgracia. He oído y he visto que ha perdido aquí su vida mucha gente. Encontraron la muerte luchando. Volved si queréis salvaros. Pero decidme antes: ¿dónde habéis estado esta noche?».

«A una milla o poco más hay un castillo. No he visto ninguno más suntuoso y mejor equipado. Hace poco que salí de allí».

Ella contestó: «No debéis mentir a quien confía en vos. En vuestro escudo se ve que sois forastero. Venís de un mundo habitado y el bosque os podría matar. En un círculo de treinta millas no se han cortado árboles o piedras para ningún edificio, excepto para ese castillo. Es el más perfecto del mundo. Quien lo busca intencionadamente, por desgracia nunca lo encuentra. Muchos lo intentan. Sólo sin buscarlo se puede encontrar. Señor, no creo que lo conozcáis. Se llama Munsalwäsche y el nombre del reino del señor del castillo es Salwäsche. El viejo Titurel[76] se lo

dejó en herencia a su hijo, el rey Frimutel. Este noble héroe consiguió gran gloría. Murió en una justa, a la que lo había llevado su amor. Dejó cuatro nobles hijos: tres, ricos, pero atribulados; el cuarto, pobre, pero por Dios, para expiar una culpa. Este último se llama Trevrizent. Su hermano Anfortas lleva su vida en una silla. No puede cabalgar, ni andar, ni estar tumbado, ni estar de pie. Es el señor de Munsalwäsche. No le perdona la desgracia. Señor, si hubierais ido realmente allí, a esa sociedad apesadumbrada, habríais liberado a su señor de la gran aflicción que padece desde hace mucho».

El galés contestó a la muchacha: «Grandes maravillas vi allí y muchas damas hermosas».

Por la voz lo conoció al fin y le dijo: «Tú eres Parzival. Dime: ¿viste el Grial y al atribulado señor del castillo? Hazme oír tus noticias. Si ha terminado su tormento, tu cabalgada ha sido venturosa. Serás elevado muy por encima de todas las criaturas a las que rodea el aire. Te servirán los animales domésticos y los salvajes y tendrás toda la riqueza que puedas desear».

Parzival, el héroe, preguntó: «¿En qué me habéis reconocido?».

Ella contestó: «Soy la muchacha que te lloró sus penas y que te llamó por tu nombre. No debes avergonzarte de nuestro parentesco, pues tu madre es mi tía. Es una flor de la castidad femenina, muy pura aun sin rocío. Dios te premie tu compasión por mi amigo, que murió en una justa. Lo tengo aquí. Imaginaos la desgracia que Dios le ha causado, al no poder seguir con vida. Era un dechado de valentía. Su muerte me produjo gran sufrimiento y desde entonces renuevo día a día mi duelo».

«¡Ay! ¿Dónde ha ido a parar el rojo de tus labios? ¿Eres Sigune, la que me dijo quién era yo realmente? Te has cortado por completo tu largo y rizado cabello castaño. En el bosque de Briziljan te vi entonces muy bella, aunque estabas muy triste. Has perdido el color y las fuerzas. Si tuviera que llevar la compañía que tú llevas, sería demasiado para mí. Tenemos que enterrar a este muerto».

Las lágrimas de Sigune humedecieron su vestido. No hubiera aceptado nunca lo que doña Lunete aconsejó a su señora, a quien dijo: «Perdonad la vida al hombre que ha matado a vuestro marido, pues podéis tener ahí un sustituto»[77]. Sigune no deseaba sustitutos, al contrario que muchas mujeres veleidosas, sobre las

que aquí prefiero callar. Oíd algo más sobre la fidelidad de Sigune. Dijo a Parzival: «Sólo una cosa podría alegrarme: que se librara de su enfermedad mortal a ese hombre desdichado. Si partiste de allí habiéndole ayudado, eres digno de gloria. Llevas ceñida su espada. Si conoces su conjuro, podrás luchar sin temor. Su filo es muy recto. Lo forjó Trebuchet, de noble estirpe. Junto a Karnant hay una fuente, por la cual el rey se llama Lac[78]. La espada resiste entera un golpe, pero al segundo se hace añicos. Si la vuelves a llevar a la fuente, el fluir del agua la recompone de nuevo. Tienes que estar donde brota, debajo de una peña, antes de que la alumbre el día. La fuente se llama Lac. Si no se han perdido los trozos y se los junta, y se mojan en la fuente, las ensambladuras y los filos se recomponen e incluso se endurecen, y los damasquinados no pierden su belleza. La espada necesita además las palabras del conjuro. Me temo que las has dejado allí. Pero si aprendiste a pronunciarlas, siempre crecerá y florecerá en ti la felicidad. Querido primo, créeme, serán tuyas todas las maravillas que encontraste allí. Siempre llevarás con la más alta dignidad la corona de la dicha, alcanzarás la plena perfección en la tierra y nadie será tan rico como para poder vivir con tanta magnificencia, si hiciste la pregunta clave».

Él contestó: «No pregunté».

«¡Ay! Lamento haberos visto aquí», dijo la apesadumbrada muchacha, «pues no habéis preguntado. Aunque visteis tan grandes portentos, no preguntasteis, ni siquiera en presencia del Grial. Y visteis allí a muchas damas sin maldad, como la noble Garschiloye y Repanse de Schoye, y los cuchillos de plata y la lanza ensangrentada. ¡Ay! ¿Qué buscáis a mi lado? ¡Hombre sin honra y maldito! Tenéis los dientes del lobo rabioso. De vuestro amor creció en vuestros primeros años la hiel. Deberíais haberos apiadado de vuestro anfitrión, a quien Dios ha marcado con semejante desgracia, y haberle preguntado por su tormento. Vivís, pero vuestra felicidad ha muerto».

Entonces dijo Parzival: «Querida prima, no os mostréis tan dura conmigo. Si he hecho algo, lo repararé».

«No tenéis nada que reparar», dijo la muchacha, «pues sé bien que en Munsalwäsche habéis perdido la honra y la gloria de caballero. A partir de ahora no oiréis de mí ninguna respuesta». Y así tuvo que marchar Parzival de allí.

El valiente héroe se sentía muy pesaroso de haber sido indolente para preguntar cuando estaba sentado al lado del atribulado señor del castillo. Por los reproches y por el caluroso día empezó a nadar en sudor. Para coger aire, se desató el yelmo y lo llevó en la mano. También se desató la parte inferior del capuchón de mallas. A pesar de la herrumbre de la armadura, deslumbraba. Entonces dio con una nueva huella. Delante de él iban un caballo bien herrado y otro sin herraduras. Parzival vio que este último llevaba a una dama y lo siguió, pues él iba en la misma dirección. El rocín de la dama estaba escuálido: se le podrían haber contado las costillas a través de la piel. Era blanco como el armiño y su cabestro de esparto. Las crines le caían hasta las pezuñas. Tenía los ojos hundidos y las cuencas grandes. Estaba además sin fuerzas y harto de andar. El hambre le hacía despertarse a menudo. Estaba seco como la yesca. Era un milagro que siguiera andando. La dama que lo montaba no sabía nada de cuidar caballos. Llevaba encima una estrecha silla. Las campanillas y los arzones estaban destrozados. Era muy rico en miseria. La cincha de la triste dama era una cuerda, lo que no convenía a su alta cuna. También las ramas y algunas espinas habían agujereado su camisa. Estaba hecha jirones y debajo resplandecía su piel, más blanca que un cisne. No llevaba más que andrajos abotonados. Donde habían protegido la piel, la vio blanca, y la otra parte estaba quemada por el sol. A pesar de todo, sus labios eran rojos. Era un rojo tan vivo que se hubiera podido coger allí fuego. Por cualquier parte que se la hubiera atacado, estaba descubierta[79]. Si alguien la hubiera llamado villana, le habría hecho una injusticia, pues no llevaba casi nada encima[80]. Pero creedme, por favor: era odiada sin merecerlo. Nunca había olvidado la bondad femenina. Os he hablado mucho de pobreza. ¿Por qué? Porque aquí es una riqueza. Preferiría a una mujer semejante desnuda que a muchas otras bien vestidas.

Cuando Parzival la saludó, ella lo miró y lo reconoció, pues era el más hermoso de todos los países. Ella le dijo: «Ya os he visto antes y he sufrido por ello. Pero que Dios os conceda siempre más felicidad y honra de la que habéis merecido por lo que me habéis hecho. Mi atuendo es más pobre que el que visteis la última vez. Si no os hubierais acercado entonces a mí, mi honra no sería discutida».

Parzival contestó: «Señora, fijaos mejor en hacia quién dirigís vuestra cólera. Desde que conseguí el escudo y llevo la vida de caballero no os he ofendido a vos ni a ninguna otra dama, pues me hubiera deshonrado yo mismo. Pero me duele vuestra tribulación».

La dama cabalgaba sollozando, hasta rociar sus pechos. Sobresalían blancos, altos y redondos como si estuvieran torneados. Pero ningún tornero hubiera podido tornearlos tan bien. La dama iba montada llena de encanto y él se compadeció. Ella se cubría con las manos y con los brazos ante Parzival, el héroe, quien le dijo: «Señora, os digo en serio que toméis, por amor de Dios y para prestaros un servicio, mi capa y os la pongáis».

«Señor, aunque no hubiera duda y dependiera de ello toda mi felicidad, no me atrevería a tocarla. Si queréis que nos libremos de la muerte, marchaos lejos de mí. Yo no lloraría mi muerte, pero temo que os pongáis en peligro».

«Señora, ¿quién nos iba a quitar la vida? Dios nos la ha concedido. Aunque todo un ejército lo pretendiera, yo estaría dispuesto a defenderos y a defenderme».

Ella contestó: «Es un noble héroe el que lo intenta, pero está tan ganoso de lucha que seis como vos lo tendrían difícil. Me resulta doloroso que cabalguéis a mi lado. Fui en un tiempo su esposa. Ahora, en mi triste estado, no podría ser siquiera su criada. Está muy furioso conmigo».

Entonces preguntó enseguida a la dama: «¿Quién está aquí con vuestro marido? Si siguiera vuestro consejo y huyera, os parecería una ignominia. Si aprendo algún día a huir, moriré de buen grado».

La duquesa, desnuda, contestó: «No tiene aquí a nadie más que a mí. Un pequeño consuelo para esperar conseguir la victoria».

La camisa de la dama no tenía enteros más que los botones y la gorguera. Pero en su pobreza llevaba la corona de gloria de la castidad femenina. Era un dechado de bondad y carecía de doblez.

Parzival se ató por delante el capuchón de mallas, pues quería luchar. También se ató los cordones del yelmo y se lo acomodó para poder ver bien. Su caballo olisqueó el de la dama y relinchó. El caballero que iba delante de Parzival y de la dama desnuda lo oyó y quiso ver quién cabalgaba junto a su esposa. Furioso, dio la vuelta a su caballo y lo sacó del camino. Esperando combatir, detuvo el duque Orilo su caballo, presto para una justa, con viril

determinación. La lanza era de Gaheviez y estaba pintada exactamente con los mismos colores que llevaba su blasón. Su yelmo se lo había hecho Trebuchet. Al héroe le habían forjado el escudo en Toledo, en el país de Kaylet: la orla y la bloca eran muy duras. En Alejandría, en tierras paganas, se había tejido la excelente seda de la capa y de la guerrera que llevaba el orgulloso príncipe. El peto de su caballo se había confeccionado en Tenabroc con duros anillos. Su orgullo se veía en que sobre el peto blindado llevaba una gualdrapa de seda, que se decía que era de muy alto precio. Magníficos y no demasiado pesados eran el capuchón de mallas, las canilleras y la cota de mallas. El valiente caballero llevaba además rodilleras, hechas en Bealzenan, en la capital de Anjou. La dama desnuda, que tan triste cabalgaba detrás de él, iba vestida de muy diferente manera, pero no le quedaba otro remedio. El peto de la armadura del duque había sido forjado en Soissons. Su caballo procedía de Brumbane, junto a Munsalwäsche, donde lo había conseguido en una justa su hermano, el rey Lähelin.

También Parzival estaba presto para el combate. Lanzó su caballo al galope contra Orilo de Lalande. En el escudo de éste vio un dragón, que parecía vivo. Llevaba otro dragón rampante fijado sobre su yelmo, y también muchos pequeños dragones de oro, adornados con muchas piedras preciosas y con los ojos de rubíes, en la capa y en la gualdrapa. Los dos valientes héroes tomaron una larga distancia para el ataque. Ninguno de ellos retó al otro, pues no les unía ningún deber de fidelidad. Duras y blancas astillas saltaron por los aires. Habría dado gritos de alegría si hubiera presenciado semejante justa, tal como me la cuenta la historia. Galoparon a la carrera y no evitaron el golpe. Doña Jeschute decía para sus adentros que nunca había visto un duelo más hermoso. Estaba allí parada y se retorcía las manos. La desdichada no deseaba ningún daño a ninguno de los dos. Los caballos estaban bañados en sudor. Los dos caballeros ansiaban la gloria de la victoria. Lejos irradiaban su resplandor los rayos que salían de las espadas, las chispas que saltaban de los yelmos y el brillo que producían las armas al ser blandidas con denuedo. Se enfrentaban los dos mejores guerreros, dos héroes valientes y renombrados, por la victoria o por la derrota. Aunque los caballos que montaban galopaban de buen grado, los caballeros no olvidaban las espuelas,

ni las damasquinadas espadas. El premio lo merecía aquí Parzival, que se defendía así de un hombre y cien dragones. El dragón que estaba sobre el casco de Orilo fue herido y las heridas se multiplicaron, por lo que muchas piedras preciosas, transparentes y resplandecientes como la luz del día, cayeron al suelo. Esto pasaba a caballo, no a pie. En este baile de las espadas el valiente héroe consiguió para doña Jeschute el favor de su marido. Los dos caballeros se golpearon con tal fuerza que los anillos, aunque eran de hierro, saltaron por los aires desde las rodillas. Si me lo permitís, era un verdadero combate.

Os voy a decir por qué uno de ellos estaba furioso. Su esposa, de noble estirpe, había sido maltratada. Como él era en justicia su protector, ella podía esperar su tutela. Él pensaba que ella había cambiado sus sentimientos respecto a él y que había deshonrado su pureza y su buen nombre con otro amante. Este oprobio lo tomó como propio. La castigó con tal dureza que ninguna mujer padeció semejantes penalidades, excepto la muerte, y ello sin ninguna culpa. Podía retirarle su favor cuando quisiera y nadie debía inmiscuirse cuando el caballero tenía la autoridad sobre ella. Parzival, el valiente héroe, consiguió con la espada para doña Jeschute el favor de Orilo. Esto lo he oído pedir siempre con palabras más amables, pero aquí no hubo adulación. Creo que los dos tenían razón. ¡Que el que ha creado todo, lo torcido y lo recto, impida, si lo puede dirimir, que alguno de los dos muera, pues ya se han causado bastante daño!

Era una pelea muy dura. Cada uno defendía denodadamente su gloria frente al otro. El duque Orilo de Lalande luchaba según todas las normas de la caballería. Creo que nadie ha peleado tantas veces. Tenía destreza y fuerza, y por ello había vencido a menudo en muchos lugares, sucediera lo que sucediera aquí. Confiando en ello, agarró de repente al joven y fuerte Parzival, pero éste lo cogió y lo levantó de la silla. Lo cogió firmemente entre sus brazos como si fuera una gavilla de avena, saltó con él del caballo y lo sujetó sobre un tronco. Orilo, que no había estado nunca en tales apuros, se veía ya derrotado. «Ahora pagarás lo que ha sufrido esta dama por tu cólera. Si no le devuelves tu favor, estás perdido».

«No tan de prisa», dijo el duque Orilo. «Aún no estoy vencido».

Parzival, el noble héroe, lo apretó tan fuerte que saltó una lluvia

de sangre por la visera. Con ello obligó enseguida al príncipe a aceptar la rendición. Hizo como quien no desea morir. Al punto preguntó a Parzival: «¡Ay, valiente y fuerte caballero!, ¿por qué he merecido morir a tus pies?». Parzival contestó: «Te dejaré vivir de muy buen grado si concedes tu favor a esta dama».

«No lo haré. Su culpa es demasiado grande. Tenía muy buen nombre, pero lo ha echado a perder y me ha sumido en la tristeza. Si me concedes la vida, haré cualquier otra cosa que desees. Un día me la concedió Dios; ahora la tienes en tus manos y se la debo a tu magnanimidad».

El inteligente príncipe continuó: «Compraré cara mi vida. Mi hermano, que es muy poderoso, ciñe con plenos poderes la corona de dos países. Cógete la que quieras y no me mates[81]. Él me quiere y me rescatará por el precio que acordemos. También quiero aceptar mi ducado de tus manos como feudo. La gloria de tu victoria ha aumentado conmigo. Héroe valiente, pídeme otras condiciones que aumenten tu honra, pero no me pidas que me reconcilie con esta mujer. Me pase lo que me pase, no me puedo reconciliar con la duquesa deshonrada».

El caballeroso Parzival contestó: «Vasallos, países y bienes no os ayudarán si no me prometes que irás a Britania, sin esperar más, en busca de una doncella a la que por mí molió a golpes un hombre. Si no ruega ella por él, le haré sentir mi venganza. Debes dar tu palabra de honor a esa doncella de noble linaje y decirle que estás a su servicio, o morirás aquí mismo. Transmite al rey Arturo y a su esposa mis deseos de servirles. A cambio pueden resarcir a la doncella de los golpes. Además quiero ver cómo te reconcilias sinceramente con tu esposa. Si te opones a ello, tendrás que cabalgar de aquí muerto, en unas parihuelas. Piénsalo, obra en consecuencia y júramelo».

Entonces el duque Orilo dijo al rey Parzival: «Como nadie me puede ayudar, lo acepto, pues quiero vivir».

Por el miedo que tenía a su marido, la hermosa doña Jeschute no se había atrevido a separarlos, aunque lamentaba los apuros de su enemigo. Al prometer que se reconciliaba con doña Jeschute, Parzival lo dejó levantarse. El príncipe vencido dijo: «Señora, puesto que por vos sufrí esta derrota, venid aquí, que quiero besaros. Por vos he perdido mucha gloria, pero ¿de qué sirve lamentarlo? El

asunto está zanjado».

La dama de la piel desnuda saltó rauda del rocín a la hierba. Aunque la sangre de la nariz había enrojecido su boca, lo besó, tal como él había deseado.

Sin esperar más, los dos caballeros y la dama cabalgaron hacia una ermita en una peña escarpada. Parzival encontró allí un relicario, sobre el que estaba apoyada una lanza bien decorada. El ermitaño se llamaba Trevrizent. Parzival actuó lealmente. Cogió el relicario e hizo el siguiente juramento, poniendo la mano sobre él: «Juro por mi honor de caballero. Si lo tengo o no, debe decidirlo el que me vea con el escudo, que atestigua que pertenezco a la caballería. Esta, como nos cuenta el servicio de armas, ha conquistado a menudo gran gloria. Su nombre tiene aún hoy gran esplendor. Si no lo cumplo, que viva siempre en oprobio ante el mundo y que se desvanezca toda mi gloria. Como prenda de la verdad de mis palabras, pongo mi salvación ante las manos del Altísimo, en las manos de Dios. Que sufra siempre escarnio y deshonra, en esta vida y en la otra, de su Omnipotencia, si esta dama cometió alguna falta cuando le arranqué el broche. También me llevé de allí un anillo de oro. Era un necio, no un verdadero hombre aún. Mi inteligencia era todavía pequeña. Tuvo que llorar mucho y que sudar abundantemente por el sufrimiento. ¡Es, en verdad, inocente en todos los sentidos! Empeño en ello mi felicidad y mi honra. Permitidme aseguraros que es inocente. Mirad, devolvedle este anillo. Gracias a mi necedad, he perdido su broche».

El héroe cabal cogió el anillo. Después se limpió la sangre de la boca y besó a la amada de su corazón. También cubrió su piel desnuda. Orilo, el famoso príncipe, introdujo el anillo en el dedo de ella y le puso su blanca capa, de rica seda, agujereada por el héroe. Nunca he visto que una mujer llevara una guerrera tan destrozada en el combate. Sus gritos tampoco habían convocado nunca un torneo, ni había partido en él ninguna lanza. Un valiente escudero y Lämbekin hubieran organizado mejor la justa[82]. Así se liberó la dama de su sufrimiento.

Entonces habló así Orilo a Parzival: «Héroe, tu voluntario juramento me proporciona gran alegría y disminuye mi pesar. La derrota sufrida me ha devuelto la felicidad. Ahora puedo resarcir a esta noble mujer, a la que había retirado mi favor. Al dejar sola a la

bella dama, ¿cómo podía defenderse? Pero cuando habló de tu belleza, creí que era un amorío. Dios te premie por estar ella libre de doblez. Obré mal con ella entonces, cuando cabalgaba por el Bosque Joven, en la selva de Briziljan».

Parzival cogió esa lanza, de Troyes, y la llevó consigo. La había olvidado allí el fogoso Taurian, hermano de Dodine[83]. Decid ahora cómo y dónde pasaron la noche los héroes. Los yelmos y los escudos estaban dañados. Se veían en ellos las huellas del combate. Parzival se despidió de la dama y del esposo. El sabio príncipe le invitó a su hogar, pero, por mucho que le suplicó, no le sirvió de nada. Los héroes se separaron.

La historia me sigue contando que cuando el famoso príncipe volvió a su lujosa tienda y a una parte de sus mesnadas, todos se alegraron, pues se veía su reconciliación con la feliz duquesa.

Sin esperar más, quitaron la armadura a Orilo, quien se lavó la sangre y la herrumbre. Después llevó a la bella duquesa al lugar de la reconciliación y mandó que les prepararan dos baños. Allí estaba tumbada doña Jeschute llorando junto a su amado esposo, pero no de tristeza, sino de amor, como sucede aún hoy a las buenas mujeres. También sabe mucha gente que «ojos que lloran, boca que ríe». Quiero decir algo más sobre esto. De la alegría y la pena nace el amor. Quien pone muchas historias de amor en la balanza, por muchas veces que las pese, no encuentra sino esa conclusión. Entre Orilo y Jeschute se produjo, creo yo, una perfecta reconciliación. Se fueron a bañar, pero por separado. Doce hermosas doncellas se podían ver al lado de la dama. La atendían desde que tuvo que padecer, sin culpa, la furia de su querido esposo. Aunque había cabalgado desnuda por el día, por la noche se cubrió con la colcha. Con alegría bañaron a la señora.

¿Queréis oír ahora cómo supo Orilo la noticia de que el rey Arturo había partido? Un caballero le dijo: «Vi levantadas en una pradera mil magníficas tiendas o más. Arturo, el poderoso y noble rey, señor de los britanos, está acampado no lejos de aquí, con un ejército de bellas damas. Está sólo a una milla, pero por parajes solitarios. También hay gran alboroto de caballeros. Están acampados aguas abajo del Plimizöl, en las dos orillas».

El duque Orilo saltó entonces rápidamente de la tina. Jeschute hizo lo mismo que él. La delicada, dulce y bella dama salió de la

tina y se metió en la cama, donde terminó su tristeza. Su cuerpo merecía mejores galas que las que había llevado durante tanto tiempo. La princesa y el experimentado príncipe se abrazaron estrechamente y alcanzaron el más alto premio de su amor. Después las doncellas vistieron a su señora. Al caballero le trajeron su armadura. El atuendo de Jeschute era digno de alabanza. Con buen apetito comieron, sentados en la cama, unos pájaros que habían cazado con una trampa. Doña Jeschute recibió muchos besos de Orilo.

A la señora le trajeron un hermoso caballo, fuerte y de buen paso, bien ensillado y embridado. La ayudaron a montar y partió de allí con su valiente esposo. Al caballo del duque le pusieron rápidamente el peto, como si cabalgara a un duelo singular.

La espada con la que había luchado aquel día colgaba del arzón de la silla. Armado de la cabeza a los pies se dirigió Orilo a su caballo y montó de un salto ante los ojos de la duquesa. Él y Jeschute partieron de allí enseguida. Mandó que todos los suyos regresaran a Lalande, menos el caballero que debía guiarlos ante el rey Arturo, y ordenó a sus gentes que lo esperaran.

Cuando llegaron tan cerca de Arturo que avistaron sus magníficas tiendas, a una milla aguas abajo, el príncipe hizo regresar al caballero que lo había guiado. La hermosa doña Jeschute era todo su séquito. El leal y no demasiado orgulloso Arturo había ido después de cenar a una pradera. En torno a él estaba sentada su noble corte. Orilo, libre de maldad, llegó cabalgando a este círculo. Su yelmo y su escudo estaban tan destrozados que no se veían los blasones. Parzival le había propinado los golpes.

El valiente caballero desmontó de su caballo y doña Jeschute tomó las riendas. Muchos pajes vinieron corriendo y se arremolinaron alrededor de él y de ella, diciendo: «Tenernos que atender los caballos». Orilo, el noble héroe, puso sobre la hierba los restos de su escudo y preguntó enseguida por la dama que había ido a buscar allí. Le indicaron dónde estaba sentada doña Cunneware de Lalande, cuyos buenos modales eran muy celebrados. Completamente armado se aproximó al rey y a la reina, que le dieron la bienvenida. Les dio las gracias y ofreció su palabra de honor a su bella hermana, que lo reconoció por los dragones sobre la capa, aunque no del todo. Ella le dijo: «Eres mi hermano, Orilo o

Lähelin. No acepto la rendición de ninguno de los dos, pues los dos habéis estado dispuestos siempre a servirme como os he pedido. Arruinaría la fidelidad y traicionaría mi educación si me pusiera de parte de vuestros enemigos».

El príncipe se arrodilló ante la doncella y dijo: «*Tienes razón*. Soy tu hermano Orilo. El Caballero Rojo me doblegó, por lo que tengo que darte mi palabra de honor. Así pude salir con vida. Acéptala y así se cumplirá lo que le he prometido».

Ella aceptó la palabra del que llevaba el dragón, dándole su blanca mano, y lo dejó libre. Entonces se levantó Orilo y dijo: «Por fidelidad familiar tengo que plantear una demanda. ¡Ay! ¿Quién te golpeó? Esos golpes siempre me han dolido. Es hora de que los vengue. Demostraré a todo el que lo quiera ver que he sufrido mucho por ellos. Conmigo presenta su demanda el caballero más valiente que ha dado a luz una madre: se hace llamar el Caballero Rojo. Noble rey, distinguida reina, él os comunica a ambos, y a mi hermana, que está a vuestro servicio. Os pide que recompenséis sus servicios resarciendo a esta doncella de los golpes. Me habría ido mejor con este arrojado héroe si él hubiera sabido lo cerca que ella está de mí y cómo me aflige el corazón su sufrimiento».

Keye volvió a atraer las iras de todos los caballeros y las damas que estaban acampados junto al Plimizöl. Se arremolinaron allí Gawan, Jofreit, hijo de Idöl, el prisionero rey Clámide, cuyas penalidades habéis oído antes, y otros muchos nobles caballeros que podría nombrar perfectamente, si no me llevara demasiado tiempo. Ella aceptó cortésmente sus servicios. Después acercaron a doña Jeschute montada sobre su caballo, tal como estaba, y el rey Arturo y su esposa la reina no olvidaron darle la bienvenida. Las damas se dieron muchos besos. Arturo dijo a Jeschute: «Tengo en gran aprecio a vuestro padre, a Lac, el rey de Karnant, y por ello lamenté vuestra aflicción desde que me contaron lo que os sucedió. Además sois tan hermosa que vuestro esposo no debería haberlo hecho. Vuestra arrebatadora hermosura consiguió el premio en Kanedic. Por vuestra famosa belleza recibisteis el gavilán y os lo llevasteis de allí en vuestras manos. Aunque Orilo me ha hecho sufrir, no desearía que vos sufrierais. Nunca lo querría. Me alegro de que tengáis su favor y de que, después de vuestras grandes penalidades, vayáis vestida como conviene a una noble dama».

Ella contestó: «Señor, que Dios os lo premie. Con ello aumentáis vuestra gloria».

Doña Cunneware de Lalande se llevó de allí enseguida a Jeschute y a su marido. Junto al campamento del rey estaba en la pradera, sobre una fuente, su magnífica tienda. Encima un dragón cogía en sus garras el pináculo, en forma de manzana. Cuatro cuerdas bien tensadas se unían en el dragón, como si estuviera vivo y volara, y llevara por los aires la tienda. Por ello la reconoció Orilo, pues su escudo de armas era también así. Allí le quitaron la armadura, y su bella hermana le honró y le atendió con hospitalidad. Por doquier la corte del rey hablaba de la valentía del Caballero Rojo, que estaba unida con la gloria. Bien alto lo pregonaban.

Keye pidió a Kingrun que sirviera a la mesa a Orilo en su lugar. Sabía hacerlo bien, pues lo había hecho muchas veces en Brandigan, en la mesa de Clámide. Keye no quiso prestar este servicio porque su mala estrella le había aconsejado moler a palos con su vara a la hermana del príncipe. Educadamente se quitó de en medio. La muchacha de alta cuna tampoco lo había perdonado. Sin embargo, hizo traer muchos manjares, que Kingrun sirvió a Orilo. Cunneware, muy digna de alabanza, cortó las viandas a su hermano con sus blancas y delicadas manos. Doña Jeschute de Karnant comió con buenos modales femeninos. El rey Arturo no olvidó ir a donde estaban sentados los dos, que comían como enamorados, y les dijo: «Si fueseis mal servidos, sería contra mis deseos. Nunca os ha servido nadie con mejor voluntad y más desprendidamente. Cunneware, señora mía, debéis cuidar bien a vuestro hermano. Buenas noches y que Dios os bendiga».

El rey Arturo se fue a dormir. A Orilo se le preparó una buena cama y Jeschute se ocupó amorosamente de él hasta el día siguiente.

—*Arturo*—

¿Queréis oír ahora cómo partió el rey Arturo de su castillo de Karidol y también de su reino, según le habían aconsejado los suyos? Cabalgó con los nobles de su país y de otras tierras, según dice la historia, durante ocho días para buscar al que se hacía llamar el Caballero Rojo, quien lo había honrado mucho al librarle de sus grandes preocupaciones cuando lanzó el venablo y dio muerte al rey Ither, y al enviarle a su corte, a Britania, a Clámide y a Kingrun, uno detrás del otro. Quería invitarle como nuevo miembro de la Tabla Redonda, y por ello cabalgaba buscándolo. Había tomado una inteligente medida: todos los que prestaban servicios como caballeros, pobres y ricos, le prometieron solemnemente que allí donde vieran combates de caballería no participarían en ellos, conforme a su promesa, sin pedirle antes permiso para luchar. Les dijo: «Tenemos que cabalgar por muchos países, que tienen muchos caballeros que nos pueden hacer frente. Veremos lanzas levantadas, prestas para el combate. No quiero que os lancéis en tropel como una jauría salvaje que ha soltado de la correa el cazador. Yo calmaré el tumulto. Si no se puede evitar la lucha, confiad en mi valor».

Ya conocéis esa promesa. ¿Queréis oír ahora dónde está el galés Parzival? Por la noche había caído sobre él abundante nieve, aunque no era tiempo de nevar, según he oído. Todo lo que se ha contado del rey Arturo, el caballero de mayo, ha sucedido en Pentecostés o en el tiempo florido de mayo. Siempre se le hace respirar un dulce aire. En nuestra historia hay aquí una gran confusión, pues se mezcla mayo con la nieve.

Los halconeros de Karidol cabalgaron por la noche a Plimizöl

para cazar, pero tuvieron mala suerte, pues perdieron su mejor halcón. Se alejó pronto de ellos y permaneció toda la noche en el bosque. Por haberse llenado demasiado el buche, se alejó del reclamo. Pasó la noche junto a Parzival, pues ambos desconocían el bosque y los dos tenían mucho frío. Cuando Parzival vio alborear, el camino había desaparecido bajo la nieve. Cabalgó por tierras inhóspitas y sin caminos, saltando sobre troncos y piedras. A medida que avanzaba, clareaba el día y se aclaraba también el bosque. En una pradera había un árbol caído, al que se dirigió despacio. El halcón del rey Arturo fue con él hasta donde había mil gansos, que graznaron ruidosamente. El halcón cayó volando sobre ellos con violenta embestida y golpeó a uno, que a duras penas escapó y se ocultó en el ramaje del tronco caído. El ganso sintió dolor por no poder volver a volar alto, y de su herida cayeron sobre la nieve tres gotas rojas de sangre, que apenaron a Parzival. Se debía a su fidelidad amorosa. Cuando vio las gotas de sangre sobre la blanquísima nieve, pensó: «¿Quién aplicó su arte a este hermoso color? Condwiramurs, en verdad este color se puede comparar a ti. Dios quiere acrecentar mi felicidad, pues he encontrado aquí algo que se te asemeja. Bendita sea la mano de Dios y todas sus criaturas. Condwiramurs, aquí está tu imagen. Al igual que la nieve ofreció el blanco a la sangre, así sucede, Condwiramurs, con tu bello cuerpo: no puedo apartarme de él». Los ojos del héroe reprodujeron lo que tenía delante: dos gotas en las mejillas y la tercera en la barbilla de la amada. Sentía por ella verdadero amor, sin engaños. Se sumió en sus pensamientos hasta olvidarse de lo que tenía a su alrededor. El poderoso amor lo tenía cautivado. Esta nostalgia se debía a su mujer. Los colores se parecían mucho a la reina de Pelrapeire, que le había robado el sentido. Se mantenía en el caballo como si estuviera dormido.

Pero ¿quién corría hacia él? Era un escudero de Cunneware, quien lo había enviado a Lalande como mensajero. El doncel vio enseguida un yelmo con muchas abolladuras y un escudo completamente agujereado, por servir a su señora. Allí estaba un héroe adornado con sus armas y con la lanza levantada, como si quisiera luchar. El escudero se dio rápidamente la vuelta. Si hubiera sabido a tiempo que era el caballero de su señora, no habría gritado así. Azuzó a la gente contra él como si fuera un proscrito. Quería

causar daño a Parzival, mas perdió sus buenos modales. Pero dejadlo. Su señora era también un poco así. Éste era el grito de guerra del escudero: «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Malditos! ¿Cuentan Gawan y los otros caballeros, y Arturo el britano, entre las fuerzas que han conseguido honra y gloria?». Y siguió gritando: «La Tabla Redonda ha sido escarnecida. Han invadido el campamento».

Se produjo entonces entre los caballeros un gran tumulto y preguntaron por doquier si se combatía fuera. Oyeron que había allí un hombre solo, presto para la lucha. A muchos les dolía la promesa que habían hecho al rey Arturo. Corriendo y dando grandes saltos salió Segramors, ansioso por combatir. Dondequiera que creía encontrar pelea, había que atarlo o deseaba participar. En ningún sitio es tan ancho el Rin como para que, si viera luchar en la otra orilla, el valiente héroe no se metiera dentro del combate, sin ver si el baño era caliente o frío. Rápidamente llegó el joven a las tiendas de Arturo. El noble rey dormía profundamente, pero Segramors corrió por las cuerdas y entró por la puerta de la magnífica tienda. Apartó la manta de marta cebellina de los dos que allí estaban echados y dormían plácidamente, de modo que tuvieron que despertarse y reírse de su insolencia. Entonces dijo a su tía: «Genoveva, noble reina, es conocido que somos parientes y en muchos países se sabe que puedo contar con tu favor. Ayúdame, señora, y di a Arturo, tu marido, que me tiene que permitir ser el primero en el duelo, pues hay una aventura cerca».

El rey Arturo dijo a Segramors: «Tengo tu palabra de honor de que actuarás según mis deseos y no harás tonterías. Si participas en un duelo, pedirán después muchos otros hombres que les deje cabalgar y luchar por la victoria y la gloria. Con ello se debilitará mi ejército. Nos acercamos al ejército de Anfortas, que sale de Munsalwäsche y quiere defender la entrada al bosque. Como no sabemos dónde está el castillo, quizá pasemos dificultades».

Genoveva suplicó a Arturo con tanta insistencia que Segramors quedó contento. Cuando consiguió el permiso para la aventura, se puso tan feliz que casi se murió de alegría. Le hubiera disgustado mucho tener que ceder a otro su gloria futura por este combate. Armaron al orgulloso joven imberbe y a su caballo. El rey Segramors[84] partió y atravesó al galope el Bosque Joven, saltando su caballo por encima de altos matorrales. Muchas campanillas de

oro sonaban en la gualdrapa y en el joven. Aunque lo hubieran enviado a los zarzales como a un halcón tras un faisán, lo habrían encontrado pronto por las campanillas, que sonaban bien fuerte. Así cabalgó el fogoso héroe hacia el que estaba en manos del amor. Pero no dio golpes ni tajos antes de anunciarle el duelo.

Parzival seguía parado en el mismo lugar, ausente, por causa de las gotas de sangre y por el todopoderoso amor, que también a mí me quita a menudo el sentido y me excita sobremanera el corazón. ¡Ay! Una mujer me hace sufrir así. Si me quiere doblegar y no desea atender mis súplicas, me apartaré de ella y huiré de su consuelo. Oíd ahora algo más sobre los dos, cómo se encontraron y se separaron.

Segramors dijo: «Señor, parece como si os alegrarais de que aquí esté acampado un rey con los suyos. Si no os importa un bledo, tendréis que cambiar o perderé mi vida. Habéis venido demasiado cerca buscando pelea. Pero, por mi cortesía, os ofrezco que os entreguéis a mí, pues, de lo contrario, os haré pagarlo y vuestra caída removerá la nieve. Mejor es que os entreguéis antes con honor».

A pesar de la amenaza, Parzival permaneció en silencio: doña Amor lo tenía apesadumbrado. Entonces el valiente Segramors dio la vuelta a su caballo y empezó el duelo. También se volvió el caballo castellano que montaba el hermoso y ensimismado Parzival, de modo que dejó de ver la sangre. Apartó su mirada de allí y, con ello, aumentó su gloria. Cuando dejó de ver las gotas, doña Razón le hizo volver en sí. El rey Segramors ya se acercaba. Parzival bajó la lanza de Troyes, fuerte, elástica y artísticamente pintada, que había encontrado delante de la ermita. Una lanzada atravesó su escudo, pero contestó con otra tan certera que el noble héroe Segramors voló de la silla, quedando la lanza entera y aprendió lo que significa caer. Parzival volvió sin hacer preguntas a donde estaban las gotas de sangre. Cuando sus ojos las encontraron, doña Amor lo ató en sus ligaduras. No dijo una sola palabra y quedó en trance.

El caballo castellano de Segramors se volvió hacia el pesebre. Su jinete tuvo que levantarse para ir a descansar. ¿Quería estar de pie? Normalmente se tumba uno para descansar, como bien sabéis. Pero ¿qué descanso encontraba en la nieve? A mí no me gustaría estar tumbado en ella. Quien sufre daños recibe burlas, y Dios ayuda a

quien tiene todas las bendiciones.

El ejército estaba acampado tan cerca que vieron cómo Parzival volvía a quedar inmóvil. Tenía que confesar la victoria del amor, que también había vencido a Salomón. Un poco después regresó Segramors con los suyos. Fue igual de amable con todos, le recibieran con rencor o con afecto. Les pagó con insultos. Así exclamó: «Habéis oído a menudo que el combate caballeresco es un juego de dados y que en un duelo uno tiene que caer. Incluso un gran barco se hunde. No me discutáis nunca que se me hubiera entregado si hubiese reconocido mi escudo. Ya he luchado bastante con él. El de ahí fuera está deseoso de combatir. Ese caballero también merece alabanzas».

Keye, el valiente caballero, informó enseguida al rey de que Segramors había sido derribado del caballo de una lanzada y que fuera esperaba un fornido muchacho que seguía ansiando combatir. «Señor», le dijo, «me dolería siempre si partiera de aquí sin castigo. Si me tenéis en algo, dejadme preguntarle qué pretende al esperar allí con la lanza levantada, delante de vuestra esposa. Si no se lo prohibís, no permaneceré más a vuestro servicio, pues eso deshonra a la Tabla Redonda. Se pavonea a costa de nuestra gloría. Dadme permiso para combatir. Aunque estuviéramos todos ciegos o sordos, deberíais impedírselo. ¡Ya es hora!».

El rey Arturo permitió a Keye luchar. Armaron al senescal, que quería gastar un bosque de lanzas en su duelo con ese extranjero. Éste llevaba sobre sus espaldas el gran peso del amor, debido a la nieve y la sangre. Sería pecado hacerle algo más. Tampoco conseguiría ninguna gloria el amor que izara sobre él la bandera de su poder.

Doña Amor, ¿por qué contentáis al triste con breve dicha? Enseguida lo hacéis luchar con la muerte. ¿Cómo es que permitís, doña Amor, la ignominiosa derrota de la consciencia del hombre y de la alegría de vivir? Habéis vencido demasiado pronto a lo villano y a lo noble, y a todo lo que lucha contra vos. Ciertamente tenemos que reconocer vuestra supremacía. Doña Amor, tenéis un mérito, y fuera de él ninguno: doña Felicidad Amorosa os hace compañía, pues de otro modo vuestro poder estaría horadado. Doña Amor, engañáis con viejas y nuevas artes. Robáis a muchas mujeres su fama aconsejándoles amoríos en la familia. Por vuestro poder

muchos señores han cometido injusticias con sus vasallos, y los amigos con sus compañeros, y los vasallos con sus señores. Vuestros métodos son infernales. Doña Amor, deberíais avergonzaros de entregar el cuerpo al deseo y de atormentar el alma. Doña Amor, puesto que tenéis poder para hacer envejecer la juventud, cuyos años son muy breves, todo lo que hacéis es traicionero.

Estas palabras son propias de quien nunca consiguió consuelo de vos. Si me hubierais ayudado más, os alabaría. Me habéis hecho sufrir y perder en el juego del amor. Por ello no puedo confiar en vos. Mis penas os han dejado indiferente. Pero sois para mí de un linaje demasiado alto como para que mi inerme cólera pudiera acusaros con éxito. Donde apretáis, laceráis. Cargáis sobre el corazón un gran peso. Heinrich von Veldeke adecuó con arte su árbol del amor a vuestro modelo[85]. ¡Si nos hubiera mostrado mejor cómo se os puede retener! Nos ha indicado cómo se os puede conseguir. Muchos necios te encuentran, pero te pierden después por su necedad. Lo que he vivido y aún vivo os acusa, doña Amor. Sois cerrojo de la inteligencia. No protege contra vos escudo ni espada, caballo rápido ni alto castillo con torres, pues quebráis toda defensa. En la tierra y en el mar, ¿qué escapa a vuestro ataque, nade o vuele? Doña Amor, también mostrasteis vuestro poder cuando Parzival, el valiente héroe, por vos perdió el sentido, llevado por su fidelidad amorosa. La noble, encantadora y pura mujer, la reina de Pelrapeire, os envió a él como su mensajera. También quitasteis la vida a su hermano Kardeiz, hijo de Tampenteire[86]. Si hay que pagaros este precio, qué suerte que no os deba nada. Me tendrías que prometer algo más grato. He hablado por todos nosotros. Oíd ahora lo que pasó allí.

Lleno de fuerza y armado como un caballero, salió Keye ansiando luchar. Creo que el hijo de Gahmuret le concederá el combate. Dondequiera que haya damas conquistadoras, deséenle suerte, pues una mujer fue culpable de que el amor le robara los sentidos. Keye dijo al galés antes de comenzar el duelo: «Señor, habéis ofendido al rey. Si me seguís, y os lo aconsejo, pues es lo mejor para vos, poneos vos mismo la correa de un perro braco y dejad que os lleve ante él. No podéis huir de mí, os llevaré allí como vencido y no os recibirán amistosamente».

La fuerza del amor obligó al galés a guardar silencio. Keye

levantó su lanza y le golpeó la cabeza con tal fuerza que el yelmo retumbó. Entonces le dijo: «¡Despierta! Dormirás aquí sin sábanas. Si mi mano no me falla, te tumbaré en la nieve. La acémila que lleva el saco del molino se arrepentiría de su indolencia si se la moliera así a palos».

Doña Amor, prestad atención. Creo que se os ultraja. Sólo un aldeano diría que se ofende a mi señor. Si pudiera hablar, protestaría. Doña Amor, permite que el noble galés se vengue. Creo que este forastero se defendería si le dejaran vuestra crueldad y vuestra pesada y amarga carga.

Keye, al golpearle con fuerza, le hizo girar su caballo, hasta que el galés dejó de ver su agridulce infortunio, la imagen que se parecía a su esposa, la reina de Pelrapeire: me refiero a la nieve en contraste con la sangre. Como antes, llegó entonces doña Razón, que le devolvió el sentido. Keye lanzó su caballo al galope buscando el combate. Cuando iban a la carrera, bajaron las lanzas. Keye atravesó con la suya el escudo del galés y abrió un agujero que, a sus ojos, era como una ventana. Pero este golpe recibió su respuesta. A Keye, el senescal del rey Arturo, el golpe de su rival le hizo caer sobre el tronco al que había huido el ganso, de modo que el caballo y el jinete sufrieron gran daño: el hombre quedó herido y el caballo muerto. Entre el arzón y una piedra, Keye se rompió al caer el brazo derecho y la pierna izquierda. Por el golpe quedaron destrozadas la cincha, la silla y las campanillas. Así se resarció Parzival de dos castigos: el que recibió la muchacha del senescal y la lanzada que él mismo había recibido. Al noble Parzival le llevó de nuevo su fidelidad amorosa a las tres gotas de sangre en la nieve, que le volvieron a poner en trance. Su pensamiento en el Grial y las manchas que se asemejaban a la reina le apesadumbraban sobremanera, aunque predominaba el peso, como de plomo, del amor. El amor y la tristeza del amor destrozan incluso los más perspicaces sentidos. ¿Es la felicidad? Las dos cosas son, más bien, un tormento.

Los valientes deberían lamentar la desgracia de Keye. Su valentía le había llevado a participar arrojadamente en muchos combates. Se dice en muchos grandes países que Keye, el senescal del rey Arturo, era un bribón. Mi narración lo libera de ese reproche: era un hombre digno. Aunque pocos estarían de acuerdo,

os digo que Keye era un hombre fiel y valiente. Os diré algo más de él. La corte del rey Arturo era una meta, adonde llegaban muchos forasteros, nobles e innobles, con magníficos modales. No tenía en nada a los que engañaban, pero honraba y ofrecía sus servicios a todos los que mostraban cortesía y noble origen. Afirmo de él que era un observador muy crítico. Para proteger a su señor, mostraba una hosca voluntad. Separaba a los nobles de los embusteros y falsos. Era como un nublado para las prácticas de éstos. Era más afilado que el aguijón de una abeja. Mirad, dieron la vuelta a la buena fama de Keye. Era de valiente fidelidad y por ello recibió su odio. Príncipe Hermann de Turingia[87], conozco a muchos de tu séquito que mejor habría que llamar secuaces. Necesitarías también a un Keye, pues tu verdadera generosidad reunió en torno a ti una variada sociedad: junto a un ignominioso mendigar hay nobles solicitudes. Así puede cantar Walther: «Buenos días a vosotros, malos y buenos»[88]. Donde se canta aún esta canción se honra a los falsos. No se la habría enseñado Keye o Heinrich de Rispach[89].

Seguid oyendo las maravillas que sucedieron en la pradera del Plimizöl. Cogieron enseguida a Keye y lo llevaron a la tienda del rey Arturo. Sus deudos, muchas damas y muchos hombres, se lamentaron. También llegó Gawan, mi señor, y se inclinó sobre Keye, diciendo: «¡Ay! ¡Maldito el día en que se celebró este duelo, por el que he perdido un amigo!». Lo compadecía mucho. Pero el colérico Keye contestó: «Señor, ¿os compadecéis de mí? Así se lamentan las viejas. Sois el hijo de la hermana de mi señor. Me gustaría serviros como desearais. Mientras Dios me concedió miembros sanos, no he dejado de luchar siempre por vos. Todavía lo haría si fuera necesario. No sigáis lamentándoos, dejadme sufrir a mí. Vuestro tío, nuestro noble rey, no tendrá nunca más un Keye. Sois de una cuna demasiado alta para vengarme. Si hubierais perdido sólo un dedo allí, habría arriesgado mi cabeza. Creedme. Pero no concedáis importancia a mis denuestos. El que está aún ahí fuera sabe golpear duro y no quiere huir, ni al galope ni al trote. Tampoco hay aquí ningún cabello de mujer, aunque fuera muy rubio y fino, que no sea tan fuerte ligadura como para apartaros del combate. Quien muestra semejante humildad honra también a su madre. Por parte de padre debería tener valor. Don Gawan, volved a vuestra madre. Entonces el resplandor de vuestra espada os hará

palidecer y la dureza viril del combate os ablandará».

El muy celebrado caballero fue atacado así con palabras en su costado descubierto, pero no replicó, pues al hombre bien educado el pudor cierra la boca, algo que no conoce el desvergonzado.

Gawan dijo a Keye: «Quien miró mi color siempre que luché con lanza o con espada nunca me vio, creo yo, pálido por golpes o por tajos. Te encolerizas conmigo sin razón. Siempre te he ofrecido mi ayuda». Don Gawan salió de la tienda y mandó traer enseguida su caballo. El héroe de noble linaje montó sobre él sin espada y sin espuelas y se dirigió hacia el galés, que de nuevo había perdido el entendimiento por causa del amor. Tres duelos habían atravesado su escudo, al que habían apuntado los héroes, y Orilo lo había cortado con su espada. Gawan cabalgó hacia él, sin galopar ni atacar. Quería ver pacíficamente quién había causado el combate. Saludó a Parzival, que no le contestó. Tenía que ser así: doña Amor evidenciaba su poder en el hijo de Herzeloyde. La herencia de sus padres le privó de los sentidos, el dolor del amor, herencia de la estirpe del padre y de la madre. El galés no se dio cuenta de lo que Gawan, mi señor, le manifestaba con sus palabras. Entonces dijo el hijo del rey Lot: «Señor, buscáis la lucha, pues no contestáis a mi saludo. No tengo miedo en absoluto de preguntaros de otra manera. Habéis deshonrado al propio rey y a sus seguidores y parientes, y nos habéis llenado de oprobio. Sin embargo, haré que el rey perdone vuestra culpa. Si queréis seguir mi consejo, acompañadme ante él».

El hijo del rey Gahmuret hizo oídos sordos a las amenazas y a las súplicas. La mayor gloria de la Tabla Redonda conocía bien estas penas. Las había sentido dolorosamente en su propio ser: había atravesado su mano con un cuchillo, porque la fuerza del amor y la compañía de una noble dama le habían obligado a ello[90]. Lo libró de la muerte la reina cuando el valiente Lähelin lo venció por completo en un magnífico duelo singular. La tierna, dulce y hermosa dama, la reina Inguse de Bachtarliez, que lo amaba, ofreció su cabeza como prenda. Gawan, mi señor, pensó entonces: «¿No habrá doblegado el amor a este hombre como me doblegó a mí y, al amar, el amor ha vencido a todos sus pensamientos?». Observó la mirada del galés, adonde se dirigían sus ojos. Sobre las manchas de sangre arrojó una capa de seda de Siria forrada de amarillo cendal.

Cuando la capa cubrió las manchas y Parzival ya no las vio, la reina de Pelrapeire le devolvió los sentidos, aunque su corazón seguía estando con ella. Oíd, por favor, sus palabras: «¡Ay, señora y esposa!», exclamó, «¿quién te ha arrebatado de mí? ¿Conseguí luchando como un caballero tu noble amor, la corona y el país? ¿Soy yo el que te liberó de Clámide? Oí muchos lamentos y llantos de los valientes que debían ayudarte. La niebla que hay ante mis ojos te ha llevado de mi lado en pleno día, y no sé cómo». Y siguió diciendo: «¡Ay! ¿Dónde está mi lanza, que había traído aquí?».

Don Gawan contestó: «Señor, se rompió en la justa».

«¿Contra quién?», preguntó el noble héroe. «Vos no lleváis aquí escudo ni espada. ¿Cómo os he podido vencer? Pero tengo que soportar vuestra burla. Quizá pronto dejéis de hacerlo. Seguí en la silla en muchos duelos. Si no queréis combatir, el mundo es grande y encontraré gloria y fatigas, felicidad y tribulaciones».

Gawan, mi señor, contestó: «Lo que os he dicho aquí es la pura verdad y lo he hecho con ánimo amistoso. No había en ello nada turbio. No ansío nada de lo que podáis arrepentiros. Está acampado aquí un rey con muchos caballeros y muchas hermosas damas: os ofrezco mi compañía, si me permitís cabalgar con vos. Así os libraré de peleas». «Gracias, señor. Habláis de tal modo que os quiero servir de muy buen grado. Dado que me ofrecéis vuestra compañía, ¿quién es vuestro señor? ¿Y vos mismo?».

«Llamo mi señor a un hombre al que debo mucho. Os diré una parte. Siempre se ha comportado conmigo como debe hacerlo un caballero. El rey Lot estaba casado con su hermana, que fue la que me trajo al mundo. Con lo que Dios me ha concedido estoy a su servicio. Se llama el rey Arturo. Mi nombre tampoco es desconocido y no se calla en ningún sitio. La gente que me conoce me llama Gawan. Yo y mi nombre estamos a vuestro servicio. No me pongáis en vergüenza diciéndome que no».

Entonces preguntó Parzival: «¿Eres Gawan? Tengo escaso mérito en que seas tan amable conmigo. He oído decir de ti que tratas a todo el mundo con amabilidad. Acepto tus servicios, si tú aceptas los míos. Pero ¿de quién son todas esas tiendas que están desplegadas allí? Si acampa en ellas el rey Arturo, tengo que lamentar no poder verlo, ni a la reina, por motivos de honor. Antes tengo que vengar una paliza que me tiene entristecido. Sucedió así:

una noble muchacha me ofreció su sonrisa; por mí, el senescal la molió a palos hasta hacer pedazos su vara».

«Eso está duramente vengado», contestó Gawan. «Tiene rotos el brazo derecho y la pierna izquierda. Ven aquí y mira el caballo y la piedra. Aquí están en la nieve las astillas de tu lanza, por la que preguntaste antes».

Cuando Parzival vio las pruebas, siguió preguntando: «Te dejo decidir, Gawan. Si es el mismo que cometió conmigo aquella ignominia, cabalgaré contigo a donde quieras».

«No quiero mentirte», dijo Gawan. «Has vencido en duelo singular a Segramors, un gran guerrero. Era famoso por sus hazañas. Lo hiciste antes de derribar a Keye. Con los dos has conseguido la gloria».

Juntos se fueron de allí a caballo el galés y Gawan. Mucha gente, a caballo y a pie, dio en el campamento su noble bienvenida a Gawan y al Caballero Rojo, pues sus buenos modales así se lo exigían. Gawan se dirigió a su gran tienda, justo al lado de la de doña Cunneware de Lalande. Estaba ésta muy feliz y recibió llena de alegría a su caballero, que había vengado lo que le había sucedido antes con Keye. Tomó de la mano a su hermano y a doña Jeschute de Karnant. Así fueron hacia Parzival. Éste se había quitado ya la armadura y, bajo la herrumbre, su rostro resplandecía como si hubieran volado allí rosas cubiertas de rocío. Cuando vio a la dama, se puso de pie de un salto. Oíd lo que le dijo Cunneware: «Sed bienvenido, primero ante Dios y después ante mí. Habéis mostrado gran valentía. No había sonreído en absoluto hasta que mi corazón os conoció. Keye embargó mi felicidad al darme tantos palos. Lo habéis vengado con creces. Os besaría si fuera digna de ello».

«Lo he deseado enseguida», dijo Parzival, «pues estoy feliz de vuestro recibimiento, pero no me he atrevido».

Ella lo besó y le pidió que se sentara. Envió a una doncella a que le trajera ricos vestidos. Estaban ya hechos, de seda de Nínive. Debía llevarlos el rey Clámide, su prisionero. La muchacha los trajo y se quejó de que la capa no tenía cordón. Entonces Cunneware se soltó un cordoncillo que llevaba sobre la blanca piel del costado y se lo metió en el ojal. Después Parzival pidió permiso y se lavó la herrumbre de la armadura. El joven tenía los labios rojos y la piel

blanca. Cuando vistieron al valiente héroe, apareció magnífico y extraordinariamente hermoso. Quien lo veía decía sinceramente que era la flor de todos los hombres, y merecía esta alabanza. Sus vestidos le sentaban espléndidamente. Ella le cerró su escote con una verde esmeralda. Cunneware le entregó además un caro y bonito cinturón, con muchos animales hechos de piedras preciosas sobre el ribete y con un rubí como hebilla. ¿Qué aspecto tenía el joven imberbe cuando le pusieron el cinturón? La historia dice que excelente. La gente estaba encantada con él. Quien lo veía, hombre o mujer, admiraba su belleza.

Después de oír misa, se vio venir allí al rey Arturo con los caballeros de la Tabla Redonda, ninguno de los cuales había cometido ninguna villanía. Todos habían oído ya que el Caballero Rojo había ido a la tienda de Gawan. Arturo el britano se dirigió también hacia allí. Antanor, que había sido molido a palos[91], iba corriendo constantemente delante del rey, hasta que vio al galés, al que preguntó: «¿Sois vos el que nos ha vengado a mí y a Cunneware de Lalande? Se os alaba mucho y Keye ha perdido todo su prestigio. Sus amenazas han caído en saco roto. Ya no temo en absoluto sus palos, pues tiene demasiado débil su brazo derecho».

El joven Parzival parecía un ángel sin alas que había florecido en la tierra. El rey Arturo y sus nobles caballeros lo saludaron muy amistosamente. Todos los que lo vieron aquí lo miraban con mucha simpatía. Sus corazones estaban de acuerdo y decían sí, y en contra de su alabanza nadie decía no, tan adorable era su aspecto. Arturo dijo al galés: «Me habéis proporcionado alegría y dolor, pero me habéis honrado y me habéis enviado más prisioneros que ningún otro antes. No habría merecido siquiera el que consiguierais que la duquesa Jeschute recuperara el favor de su marido. Si yo os hubiera hablado antes, habría quedado satisfecha, sin necesidad de venganza, la culpa de Keye». El rey Arturo transmitió el ruego por el que había cabalgado por muchos países hasta este lugar. Todos le pidieron que prometiera a cada uno de los caballeros de la Tabla Redonda que sólo con ellos prestaría sus servicios. Este ruego le llenó de alegría, pues tenía motivos para estar contento, y se declaró conforme.

Ahora oíd, deliberad y pronunciad vuestro dictamen sobre si la Tabla Redonda cumplió sus normas aquel día. El rey Arturo tenía la

costumbre de que ningún caballero podía comer ante él si durante el día doña Aventura no había hecho acto de presencia en su corte. Ahora estaba ella allí. Aunque habían dejado la mesa redonda en Nantes, la reprodujeron en una pradera llena de flores. Allí no estorbaban los arbustos ni las tiendas. Lo ordenó el rey Arturo en honor del Caballero Rojo, con lo que su gloría recibió su recompensa. Hacía de mesa redonda una tela de seda de Acratón[92], traída del lejano país pagano y cortada en redondo, pues sus normas obligaban a no conceder un puesto de honor: todos los lugares eran igualmente honrosos. El rey Arturo deseaba además que los nobles caballeros y damas aparecieran en este círculo. Todas las personas distinguidas, fueran doncellas, mujeres u hombres, comían en una sola mesa en su corte.

Llegó entonces doña Genoveva con muchas hermosas damas y con muchas nobles princesas llenas de encanto. El círculo era tan grande que numerosas damas estaban sentadas con sus amantes sin que se produjeran apreturas ni riñas. El majestuoso rey Arturo llevaba de la mano al galés. Doña Cunneware de Lalande, que había sido liberada de la tribulación, caminaba al otro lado. Arturo miró al galés. Oíd lo que le dijo: «Quiero que mi esposa bese vuestro hermoso rostro. En realidad, no necesitáis pedir besos, pues venís de Pelrapeire y allí está la mujer más digna de recibirlos. Pero os quiero pedir que, si algún día paso por vuestra corte, me devolváis este beso».

«Atenderé lo que me pidáis», dijo el galés, «allí y en cualquier otro sitio».

La reina se acercó a él y lo saludó con un beso. «Os perdono lealmente», dijo, «la tristeza que me habéis hecho padecer al quitar la vida al rey Ither». Al reconciliarse, se le humedecieron los ojos, pues la muerte de Ither había causado dolor a todas las mujeres. Se colocó al rey Clámide a la orilla del Plimizöl, y a su lado estaba sentado Jofreit, hijo de Idol. El galés tuvo que sentarse entre Clámide y Gawan. Según me cuenta la historia, no había nadie en este círculo que hubiera mamado de los pechos de una madre y le superara en buena fama. Parzival se distinguía por su fortaleza y por su hermosura juvenil. Quien lo miraba bien tenía que conceder que muchos espejos de damas eran sombríos comparados con sus labios. Os hablaré de su piel en la barbilla y en las mejillas: su

hermosura era como unas tenazas, que mantienen firme el fiel amor y arrancan la duda. Me refiero a mujeres casquivanas, que olvidan su relación amorosa. Su esplendorosa belleza mantenía firme la fidelidad de las mujeres, y la inconstancia de éstas desaparecía ante él. Las mujeres lo miraban con fiel amor: de los ojos pasaba a su corazón. Los hombres y las mujeres lo querían, pero sólo pudo disfrutar de esta admiración hasta que sucedió algo muy triste.

Ya llegaba la doncella de la que quiero hablar. Era una muchacha de fidelidad muy celebrada, aunque también era muy colérica. Sus palabras iban a doler a muchos. Oíd ahora cómo cabalgaba la doncella. Montaba un mulo alto como un caballo castellano, bayo, de ollares rasgados y con marca de fuego húngara[93]. Sus arreos y avíos de montar estaban artísticamente trabajados y eran caros y de rica decoración. Su mulo iba bien equipado. Ella no tenía aspecto de dama de la alta sociedad. ¡Ay! ¿Por qué venía aquí? El caso es que llegó y que tenía que ser así. Trajo tribulación a la corte del rey Arturo. La doncella era tan culta que hablaba todas las lenguas: latín, árabe y francés. También estaba versada en dialéctica y en geometría y dominaba la ciencia de la astronomía[94]. Se llamaba Cundry, y la Hechicera era su apodo. Su boca era como una cascada, que no dejaba de hablar. Destrozaba la mayor felicidad.

La muy cultivada muchacha no era lo que se dice una belleza. Este nublado de la desdicha llevaba una capa de lana, de Gante, más azul que el lapislázuli, cortada como una capa con capucha, a la moda de Francia. Debajo llevaba un vestido de fina seda. De Londres era su sombrero de plumas de pavo real, forrado de brocado. El sombrero era nuevo y también el cordón, pero lo llevaba en la espalda. Su mensaje era como un puente que dejaba pasar la desgracia por encima de la felicidad. Quitaba toda la alegría de vivir. Una trenza colgaba sobre el sombrero, hasta el mulo. Era así de larga, además de negra, dura, fea y *suave* como las cerdas de la espalda de un marrano. Tenía la nariz como un perro. De su boca salían dos dientes de jabalí de un palmo de largo. Las dos cejas, cada una de ellas trenzada, alcanzaban hasta la cinta del pelo. Si peco contra los buenos modales al describir así a la dama, es en honor a la verdad. Ninguna otra se quejará de mí. Cundry tenía orejas de oso y su rostro era velludo: no era como desea un

amante. Llevaba en la mano un látigo, cuyas cuerdas eran de seda y cuyo mango era un rubí. Este adorable encanto tenía las manos como de piel de mono, y sus uñas, según me dice la historia, no eran precisamente hermosas, sino como garras de león. Nadie luchaba por su amor.

Así llegó al campamento esta fuente de la tristeza, esta tumba de la alegría, y se dirigió al anfitrión. El rey Arturo comía con doña Cunneware de Lalande, y la reina de Janfuse[95] con doña Genoveva. El rey Arturo estaba allí sentado, lleno de esplendor. Cundry se detuvo delante del britano y le habló en francés. ¿Debo decíroslo en alemán? Su embajada me disgusta: «Hijo del rey Utepandragun, lo que hiciste te ha deshonrado a ti mismo y a muchos britanos. Los mejores de todos los países estarían sentados aquí con todos los honores si no hubiera una infamia que destruye su gloria. La Tabla Redonda está aniquilada. La falsía ha entrado en ella. Rey Arturo, te ensalzaban más que a los otros reyes, pero tu gloria, antes ascendente, ahora se derrumba; tu prestigio cojea, en vez de volar; tu dignidad declina y tu gloria se ha evidenciado falsa. El poder y la gloria de la Tabla Redonda han sido destrozados por la incorporación de Parzival, que lleva también en ella las insignias de caballero. Lo llamáis el Caballero Rojo por el que yació muerto ante Nantes. La vida de ambos no se podía comparar. Nunca se leyó en un libro semejante perfección caballeresca». Desde el rey cabalgó al galés y le dijo: «Sois culpable de que falte a los buenos modales y niegue mi saludo al rey Arturo y a su séquito. Maldita sea vuestra hermosura y vuestra viril fortaleza. Aunque pudiera reconciliar y concertar la paz, no seríais digno de ninguna de las dos cosas. Os parezco repulsiva, pero vos sois más abominable que yo. Don Parzival, contestadme y decidme por qué no liberasteis de su tribulación al triste pescador cuando estaba sentado sin alegría y sin consuelo. Él os mostró el peso de su desgracia. ¡Huésped infiel! Deberíais haberos apiadado de sus penalidades. Que vuestra boca se vacíe —me refiero a que perdáis la lengua—, como vacío está vuestro corazón. En el cielo Dios os ha condenado al infierno y así sucederá también en la tierra cuando los nobles os hayan visto bien. ¡Destructor de la Salvación! ¡Aniquilador de la felicidad! ¡Despreciáis la verdadera gloria! Teméis la honra de los valientes y tenéis la honra tan enferma que no hay médico que pueda

curárosla. Os juro por vuestra cabeza, si alguien me toma el juramento, que nunca hubo mayor maldad en un hombre tan hermoso. ¡Mosca de cebo[96]! ¡Diente de víbora! El señor del castillo os regaló una espada, de la que nunca fuisteis digno. Pecasteis con vuestro silencio. Sois un juguete del guardián del infierno. Don Parzival, estáis deshonrado. Visteis también llevar delante de vos el Grial, los cuchillos de plata y la lanza ensangrentada. Quitáis la alegría y otorgáis la tristeza. ¡Si hubierais preguntado en Munsalwäsche! Después de preguntar habríais obtenido más riquezas que Tabronit[97], en tierras paganas, la ciudad más rica del mundo. Feirefiz de Anjou consiguió con duros combates caballerescos a la reina de aquel país. No había perdido la valentía que tenía vuestro padre. Vuestro hermano es un milagro: el hijo de la reina de Zazamanc es blanco y negro. Pienso ahora en Gahmuret, cuyo corazón escardaba siempre la maldad. Un Anjou era vuestro padre y os ha dejado una herencia bien distinta a lo que vos habéis logrado. Habéis perdido vuestra gloria. Si vuestra madre hubiese cometido alguna mala acción y no fueseis hijo de Gahmuret, lo comprendería. Pero la fidelidad de vuestra madre le produjo gran tribulación. Creed en su buena fama y que vuestro padre supo lo que era la fidelidad del hombre, y que tenía gran fama. Sabía estar alegre. Tenía en su pecho un gran corazón y su bilis era muy pequeña. Era una nasa o una represa cuando con destreza y valor conseguía su gloria. Ahora ha empeorado vuestro prestigio. ¡Ay! ¡Ojalá no hubiera oído nunca que el hijo de Herzeloyde ha descarriado así su honra!».

Cundry era un rehén de sus cuitas. Sollozando, se retorcía las manos y muchas lágrimas caían sobre las otras lágrimas, dejando ver su gran tristeza. Su fiel amor obligaba a la muchacha a llorar el dolor de su corazón. Después se volvió al anfitrión y le siguió diciendo: «¿No hay aquí ningún noble caballero cuyo valor ansie la gloria y además el alto amor[98]? Conozco a cuatro reinas y cuatrocientas doncellas que son un placer para la vista. Se encuentran en Schastel Marveile[99]. Todas las aventuras no son nada comparadas con las que se tienen que superar allí. El premio es el alto amor. Aunque el viaje es penoso, esta noche estaré allí».

La muchacha partió del círculo, triste y sin despedirse. Sollozando, volvió muchas veces la vista. Oíd ahora lo que dijo al

final: «¡Ay, Munsalwäsche, cima del sufrimiento! ¡Nadie te ayudará!».

La *bella* y orgullosa hechicera Cundry dejó muy triste al galés. ¿De qué le servían su valiente corazón, su buena educación y su virilidad? Pero además disponía de pudor, que regía todas sus acciones. Carecía de verdadera maldad. El pudor proporciona la gloria como recompensa y es la corona del alma. El pudor es más que un hábito: es una virtud. Cunneware empezó la primera a llorar porque la hechicera Cundry, esa insólita criatura, había reprendido de semejante manera a Parzival, el valiente héroe. La tristeza de sus corazones humedeció los ojos de muchas nobles damas, a las que se vio allí llorar.

Cundry, que había sido la causa de su tristeza, partió del campamento. Un caballero se acercó cabalgando muy ufano. Toda su armadura era tan magnífica, desde los pies hasta el morrión del yelmo, que todos decían que era muy cara. Los adornos de su atuendo guerrero mostraban gran riqueza. Su caballo y él mismo iban armados según los usos de la caballería. Entonces encontró doncellas, hombres y mujeres sumidos en la tristeza, junto al círculo. Se acercó a caballo. Oíd cómo. Estaba ufano, pero lleno de tristeza. Debo citar los dos estados de ánimo opuestos, pues de su valentía nacía su orgullo y la desdicha producía la tristeza de su corazón. Se acercó al círculo. Enseguida muchos escuderos salieron corriendo a recibir al noble caballero. Su escudo y él mismo eran desconocidos. No se desató el yelmo. El desdichado sujetaba con sus manos la espada, que aún estaba en la vaina. Entonces preguntó por estos dos: «¿Dónde está el rey Arturo? ¿Y Gawan?». Los pajes al punto se lo indicaron. Caminó por el amplio círculo. Su guerrera era preciosa, de hermosa y resplandeciente seda. Se paró ante el señor de la Tabla Redonda y dijo: «Dios proteja al rey Arturo y también a las damas y a los vasallos. A todos los que veo aquí, les saludo y les ofrezco mis servicios. Sólo excluyo a uno, a quien nunca serviré. Quiero vivir con su odio. Por grande que sea su hostilidad, le pago con la misma moneda. Tengo que deciros de quién se trata. ¡Ay! ¡Miserable de mí! ¡Me ha destrozado el corazón! Por su culpa es muy grande mi desdicha. Se trata de don Gawan, que ha realizado muchas gloriosas hazañas y conseguido gran fama. La deshonra se había apoderado de él cuando su ansia de gloria le llevó a matar a

mi señor en un amistoso encuentro. El beso, que dio también en su día Judas, debió de llevarle a esa idea. A muchos miles de corazones apesadumbra que se asesinara a mi señor tan traicioneramente. Si lo niega don Gawan, que responda luchando de hoy en cuarenta días, ante el rey de Ascalun, en la capital Schanpfanzun[100]. Le emplazo a un duelo singular. Que venga ante mí preparado para luchar. Si no teme actuar allí como un caballero, le advierto de su obligación por el honor de su yelmo y por las normas de la caballería. El verdadero pudor y la noble fidelidad proporcionan la gloria, que es antigua y nueva a la vez. Don Gawan no causaría escándalo si quisiera seguir sentándose con los miembros de la mesa redonda, que está allí retirada. Mas sus leyes quedarían quebrantadas si se sentara a ella un traidor. Pero no he venido aquí sólo para hacer reproches. Creedme lo que habéis oído: no quiero reproches, sino lucha, que no debe significar más que la muerte o una vida con honra, si la suerte la concede».

El rey calló, pues estaba apesadumbrado, pero luego contestó así a sus palabras: «Señor, se trata del hijo de mi hermana. Si Gawan estuviera muerto, yo lucharía en su lugar antes de que sus despojos llevaran la mancha de la traición. Con suerte, Gawan demostrará luchando que es un hombre leal y sin maldad. Si algún otro os ha afligido, no divulguéis sin motivo el delito de Gawan, pues, si es inocente y os reconciliáis con él, habréis dicho de él en este breve espacio de tiempo lo que, si la gente es inteligente, menguará vuestra honra».

Entonces saltó el orgulloso Beacurs, hermano de Gawan, y dijo al punto: «Señor, representaré a Gawan allí donde deba luchar. Me indignan las falsas acusaciones contra él. Si no lo dejáis en paz, tendréis que véroslas conmigo, pues respondo por él. Lucharé en su lugar. No se puede menoscabar con meras palabras el prestigio que indudablemente tiene Gawan». Se volvió entonces a donde estaba sentado su hermano y, arrodillándose, le suplicó así… Oíd cómo: «Piensa, hermano, que siempre me has ayudado a conseguir mi gran prestigio. Déjame asumir este duelo y librarte de este penoso deber. Si venzo en el combate, tuya será la gloria».

Le siguió suplicando que le dejara luchar por la gloria de su hermano, pero Gawan contestó: «Soy suficientemente juicioso, hermano, como para no satisfacer tu fraternal deseo. No sé por qué

tengo que luchar y tampoco me place hacerlo en estas circunstancias. Te lo concedería de buen grado si no fuera porque pondría en peligro mi honra».

Beacurs siguió suplicando con insistencia. El forastero, que continuaba en el mismo sitio, dijo: «Me ofrece un duelo un hombre del que no he oído hablar nunca y al que no tengo nada que demandar. Ciertamente, tanto mejor si el fiador es fuerte, valiente, hermoso, digno de confianza y poderoso, y ello en alto grado. Pero no siento ningún odio hacia él. Aquel por el que presento esta demanda era mi señor y mi pariente. Nuestros padres eran hermanos y no se dejaban en la estacada. Soy de igual alcurnia que cualquier otro que ciña corona, y le pido cuentas y me vengo de él. Soy un príncipe de Ascalun, landgrave de Schanpfanzun, y me llamo Kingrimursel. Si a don Gawan le importa su honra, sólo puede probar su inocencia luchando conmigo. En todo el país no correrá ningún peligro, excepto por mi causa. Le prometo que tendrá vía libre hasta el lugar del combate. Dios proteja a los que dejo aquí, menos a uno: él sabe bien por qué».

Así partió de la pradera junto al Plimizöl el famoso caballero. Cuando dejó caer su nombre, ¡ay!, lo reconocieron enseguida. Este inteligente príncipe tenía por doquier la mejor fama. Se decía que don Gawan debía tomarse en serio el duelo con este príncipe, verdaderamente valeroso, que se alejaba de allí. La gran tristeza de todos había impedido que se le rindieran los debidos honores. Como bien habéis oído, había novedades que hicieron regresar al forastero sin recibir el saludo de despedida del anfitrión. Por Cundry se supieron también el nombre de Parzival y su linaje, que le había engendrado una reina y cómo la había conseguido el de Anjou. Muchos decían: «Sé muy bien que la sirvió ante Kanvoleis atacando con la lanza en muchos excelentes combates y que su invencible valor conquistó a la muchacha, que le trajo la felicidad. También la distinguida Ampflise había educado a Gahmuret y por ello el héroe era cortés. Todos los britanos deben alegrarse de que haya venido el héroe, pues en él, como en Gahmuret, se evidencian la verdadera gloria y la dignidad, como una yunta de bueyes».

Al ejército del rey Arturo le habían llegado aquel día la alegría y la tristeza. Los héroes tuvieron que vivir una vida de contrastes. Por todas partes se levantaron los nobles caballeros y se dirigieron

enseguida a donde estaban el galés y Gawan, uno al lado del otro, y los consolaban lo mejor que podían. Clámide, de noble estirpe, pensaba que había perdido más que cualquier otro hombre y que su dolor era demasiado grande. Dijo a Parzival: «Tengo que deciros en serio que, aunque estuvierais junto al Grial, toda la riqueza que se ha podido leer alguna vez en los libros —Tribalibot[101] en tierras paganas, las montañas del Cáucaso y la santidad del Grial— no compensaría el inmenso dolor que recibí ante Pelrapeire. ¡Ay! ¡Pobre y desdichado de mí! Me habéis privado de la felicidad. Aquí está doña Cunneware de Lalande. La noble princesa asegura que está tan rendida a vos que no la puede servir ningún otro, aunque ella tiene mucho dinero para recompensar. Sin embargo, quizá ya se aburre de que haya estado aquí tanto tiempo como su prisionero. Si debo recuperar la alegría, ayudadme para que su amor me resarza en parte de lo que perdí por vos, cuando la felicidad se me escapó entre las manos. Ya la tenía, pero llegasteis vos. Ayudadme ahora a conquistar a esta muchacha».

«Lo haré», contestó el galés, «si nos escucha con cortesía. Os compensaré de buen grado, puesto que es mía la que, según decís, por mí os ha hecho sufrir. Me refiero a la hermosa Condwiramurs».

La pagana de Janfuse, el rey Arturo y su esposa, y Cunneware de Lalande y doña Jeschute de Karnant fueron allí para consolarlo. ¿Qué queréis que hicieran además? A Clámide le entregaron a Cunneware como esposa, pues la amaba. Delante de la de Janfuse, él le entregó su propia persona y una corona para su cabeza. La pagana dijo al galés: «Cundry nos mencionó a un hombre que creo que es vuestro hermano. Su poder se extiende por muchas tierras. Ciñe corona sobre dos poderosos reinos, por tierra y por mar, y le obedecen con temor. Azagouc y Zazamanc son poderosos. Nadie se equipara con su riqueza, excepto el califa, según se dice, y Tribalibot. Se le reza como a un dios. Su piel es, por lo demás, muy extraña; no es como la de los otros hombres, sino blanca y negra a la vez. He venido aquí a través de uno de sus países. Él hubiera querido evitar mi viaje. Lo intentó, pero no pudo. Soy la hija de la tía de su madre. Es un rey noble. Os contaré de él más maravillas. Nadie ha quedado en la silla después de sus justas. Es famoso porque gasta mucho. No hay hombre que haya mamado de los pechos de una madre y sea tan generoso. No conoce la maldad.

Feirefiz de Anjou está dispuesto a sufrir luchando por las mujeres. Aunque todo aquí me es extraño, vine para ver mundo y conocer aventuras. En vos están las más altas prendas, con las que se honra toda la cristiandad y se aparta de la ignominia. Vuestras nobles acciones os ayudan. Con razón se os alaba vuestra belleza y valentía, junto con vuestra fortaleza y juventud».

La rica e inteligente pagana tenía tan buena educación que hablaba bien francés. El galés, en respuesta, le dijo: «Dios os premie, señora, por haberme consolado aquí tan amablemente. No me he liberado de la tribulación y quiero explicároslo. No puedo mostrar el dolor que siento porque cometen injusticia conmigo muchos que no comprenden mi tristeza y se burlan de mí. No quiero mostrar alegría antes de ver el Grial, tarde poco o mucho tiempo. Mi pensamiento me lleva a esa meta y no me apartaré de ella mientras viva. Si por seguir la educación caballeresca he de oír la mofa del mundo, esas enseñanzas eran incompletas. El noble Gurnemanz me aconsejó que no hiciera preguntas indiscretas y que luchara siempre contra la grosería. Veo aquí a muchos nobles caballeros. Pensad en vuestra buena educación y aconsejadme lo que debo hacer para recuperar vuestro favor. Se me ha juzgado aquí severamente, con duras palabras. Si por ello he perdido el favor de alguno, no se lo reprocharé. Pero si consigo alguna vez la gloria, tratadme en justa correspondencia. Debo separarme deprisa de vosotros, pues me acogisteis en vuestra sociedad cuando aún tenía gran prestigio. Estáis libres de vuestra amistosa fidelidad hasta que enmiende lo que ha agostado mi verde dicha. En adelante la desgracia será mi compañera y mi corazón humedecerá mis ojos, pues dejé en Munsalwäsche lo que me privó de la verdadera felicidad. ¡Ay! ¡Cuántas muchachas hermosas! El Grial supera las más grandes maravillas nunca contadas. El señor del castillo sufre lastimeramente. ¡Ay, desvalido Anfortas! ¿De qué te sirvió que yo estuviera contigo?».

No pueden demorarse por más tiempo. Tienen que separarse. El galés dijo al britano Arturo y a los caballeros y a las damas que, con su permiso, deseaba partir. A nadie le gustaba que se separara de ellos tan triste. Creo que todos lo sentían. El rey Arturo le prometió, dándole la mano, que si su país pasaba algún día por penalidades, como había sucedido con Clámide, lo tomaría como asunto propio.

También lamentaba que Lähelin le hubiera arrebatado dos poderosos reinos. Le ofrecieron muchas muestras de fidelidad, pero la tristeza obligó a partir al héroe. Doña Cunneware, la hermosa doncella, tomó al valiente Parzival de la mano y lo sacó de allí. Don Gawan, el valiente, lo besó y dijo después al valeroso héroe: «Sé bien, amigo, que tu viaje estará lleno de combates. Dios te conceda suerte y me ayude también a mí a servirte como deseo. ¡Que Dios me lo conceda!».

El galés dijo: «¡Ay! ¿Qué es *Dios*? Si fuera Todopoderoso y pudiera mostrar su poder, nos habría librado de esta deshonra. Le he servido con devoción desde que sé de su Gracia, pero ahora dejo de hacerlo. Si Él me odia, lo aceptaré. Amigo, cuando vayas a combatir, que luche una mujer por ti, que sepas que es casta y que tiene las virtudes femeninas, y que dirija tu mano. Su amor te protegerá. No sé cuándo te volveré a ver. ¡Que se cumpla lo que te deseo!».

La despedida les entregó la tristeza como su severa compañía. Doña Cunneware de Lalande lo condujo a su magnífica tienda. Mandó traer allí su armadura, y sus blancas y bellas manos armaron al hijo de Gahmuret. Entonces explicó: «Debo hacerlo en justicia, pues por vos me quiere desposar el rey de Brandigan. El menoscabo de vuestra fama me hace sollozar de dolor. Mientras sufráis, vuestra preocupación me robará la alegría».

Pusieron la gualdrapa a su caballo y ello aumentó su aflicción. El hermoso héroe llevaba ya puesta también su resplandeciente y magnífica armadura de hierro. Su capa y su guerrera estaban adornadas con piedras preciosas. Sólo no se había atado el yelmo. Entonces besó a Cunneware, la bella muchacha. Así me lo contó ella. Después se produjo una triste despedida entre los dos, que se querían bien. A continuación el hijo de Gahmuret partió de allí. Las aventuras que hemos contado no puede valorarlas nadie antes de oír lo que hará ahora, adónde llegará y adónde irá. El que evite las luchas caballerescas, no piense en él, si se lo permite su orgullo. Condwiramurs, ahora alguien pensará a menudo en tu bello cuerpo. ¡Cuántas aventuras te dedicará! Para conquistar el Grial, el hijo de Herzeloyde tendrá que realizar desde ahora muchas hazañas. Él era el heredero del Grial.

Muchos seguidores del rey Arturo se dirigieron al Schastel

Marveile, un destino lleno de fatigas, para ver el portento en el que estaban prisioneras cuatrocientas doncellas y cuatro reinas. No les envidio lo que allí conseguirán, máxime cuando yo mismo no recibo recompensa de las damas. El griego Clias[102] dijo entonces: «Yo estuve allí, pero sin éxito». Delante de todos añadió: «Su guardia de corps[103] me asestó una lanzada y me derribó del caballo. Me avergüenzo de ello. Sin embargo, me nombró cuatro damas que ciñen allí corona. Dos son viejas y dos son jóvenes. Una se llama Itonje, la segunda Cundrie, la tercera Arnive y la cuarta Sangive». Todos las querían ver allí, pero su expedición no llegó a su destino y todos sufrieron grandes daños. Lo siento por ellos, aunque no en exceso, pues quien pasa penalidades por una mujer encuentra la dicha, pero en ocasiones también la desdicha, que, a fin de cuentas, pesa mucho más. ¡Así es la recompensa del amor!

Don Gawan se aprestó también para ir a luchar con el rey de Ascalun. Esto entristeció a muchos britanos y a muchas mujeres y muchachas, que se quejaban de que cabalgara a ese duelo. La Tabla Redonda quedó ahora huérfana de esplendor. Gawan prestó la mayor atención a lo que necesitaba para conseguir la victoria. En caballos de carga unos mercaderes habían traído viejos y fuertes escudos (no le importaba su aspecto), pero que no estaban en venta, y le dieron tres de ellos. Después adquirió el esforzado héroe siete caballos experimentados en la lucha. También tomó doce afiladas puntas de lanza de Angram[104], metidas en robustas astas de bambú procedentes de Oraste Gentesin[105], un pantano en tierras paganas. Gawan se despidió y partió de allí con su indomable valentía. El generoso rey Arturo le había hecho magníficos regalos: resplandecientes piedras preciosas, oro rojo y numerosas esterlinas[106] de plata. Su destino amenazaba peligro.

La joven Ekuba (me refiero a la rica pagana)[107] se volvió al puerto y la gente abandonó el Plimizöl en muchas direcciones. El rey Arturo regresó a Karidöl. Antes se habían despedido de él Cunneware y Clámide. Orilo, el famoso príncipe, y doña Jeschute de Karnant se despidieron también de él, pero permanecieron tres días junto a Clámide en la pradera, pues celebraban los esponsales (la verdadera boda tendría lugar después en su reino, con grandes faustos). Como era muy generoso, muchos caballeros y gente pobre quedaron en su séquito, así como los juglares. Honrosamente les

repartió allí sus bienes y no rechazó a nadie con ningún pretexto. A petición de Clámide, doña Jeschute se dirigió con su amado, con Orilo, a Brandigan. Se honró así a doña Cunneware, la rema, y se coronó allí a la hermana de Orilo.

Sé que cualquier mujer juiciosa y fiel que lea esta historia me concederá honradamente que sé hablar mejor de las mujeres que cuando canté a aquélla. La reina Belakane estaba libre de tacha y de doblez cuando la asedió un rey muerto[108]. Después doña Herzeloyde sufrió por un sueño gran dolor en su corazón. ¡Cómo se lamentó doña Genoveva en el último día de Ither! También sufrí mucho cuando la casta doña Jeschute de Karnant, la hija del rey, tuvo que cabalgar tan ignominiosamente. ¡Y cómo fue cogida por el pelo y golpeada doña Cunneware! Pero las dos últimas fueron bien resarcidas: su deshonra se convirtió en victoria y gloria.

Siga aquí esta historia el que sepa contar aventuras y componer versos bien rimados, uniéndolos y separándolos. Yo la seguiría de buen grado si me lo pidiera una boca que mueven unos pies distintos de los que bailan en mis estribos[109].

—*Obilot*—

El que nunca hizo nada ignominioso, el noble y famoso Gawan, ocupará un cierto tiempo el centro de esta historia. Presenta ésta de buen grado a otros protagonistas junto al señor principal, Parzival, o incluso delante de él. Quien con sus palabras ensalza continuamente a su favorito hasta lo más alto no celebra suficientemente a los demás. El que alaba mucho y conforme a la verdad debería recibir el aplauso del público. Mas lo que cuenta o contó no recibe su reconocimiento. Pero ¿quién acogerá las palabras del poeta si incluso los expertos se apartan de ellas? Sería preferible, creo yo, que las historias mendaces quedasen sin techo en la nieve. Si les doliera la boca, que divulga como verdades tales falsedades, Dios les habría premiado como desean las buenas gentes que son fieles a la verdad, algo que ciertamente acarrea fatigas. Poco juicio tiene quien protege a esos poetas cuyas obras tienen semejantes tachas. Quien sepa escandalizarse, evítelas, y convierta este principio en su protector.

El valiente Gawan nunca obraba irreflexivamente, de modo que la verdadera cobardía nunca menoscababa su gloria. Su corazón era un castillo en la lucha, como se podía apreciar en las duras peleas y en el tumulto del combate. Amigos y enemigos decían de él que su grito de guerra ansiaba la gloria que Kingrimursel le habría arrebatado de buen grado luchando. El valeroso Gawan se había separado del rey Arturo, no sé hace cuántos días. El valiente y esforzado héroe cabalgaba por el buen camino con su séquito. Cuando salió de un bosque y atravesaba un valle, vio en una colina algo que le atemorizó, pero que redobló su valor. El héroe vio con toda claridad cómo desfilaban guerreros tras muchos estandartes y

con gran pompa. Entonces pensó: «El camino de la huida hacia el bosque es para mí demasiado largo». Mandó que le apretaran la silla del caballo, que, sin pedírselo, le había regalado Orilo. Se llamaba Gringuljete, «orejas rojas». Procedía de Munsalwäsche y lo había conseguido como botín Lähelin, junto al lago Brumbane, de un caballero que sufrió gran quebranto en la justa, pues cayó muerto de la silla. Trevrizent lo contará después.

Gawan pensó: «Quien es cobarde y huye antes de que le persigan se alegra demasiado pronto de su gloria. Me suceda lo que me suceda, me acercaré a ellos, pues muchos ya me han visto. Ya me las arreglaré». Desmontó del caballo, como si fuera a hacer un descanso. Infinitos escuadrones desfilaban allí en formación. Vio hermosos vestidos y muchos bellos escudos con blasones que no conocía en absoluto, así como los estandartes. «Para este ejército soy un forastero», dijo el noble Gawan para sus adentros, «pues yo tampoco les conozco a ellos. Si quieren luchar, me aprestaré para la lucha. Sólo me alejaré de ellos después de haber justado con mis propias manos». También ensillaron a Gringuljete, que ya había sido llevado a duras justas, en muchas peligrosas pistas, para combatir. Lo mismo le esperaba aquí. Gawan vio muchos yelmos, espléndidamente adornados y de elevado precio. Para el combate llevaban muchas lanzas blancas y nuevas; las pintadas, con los gallardetes de sus señores, se las habían entregado aparte a los donceles. Gawan, el hijo del rey Lot, vio una terrible aglomeración. Los machos llevaban las armaduras, y muchos carros iban cargados hasta arriba. Había prisa por llegar al establo. Detrás venía el séquito, en enorme revoltijo. Tenía que ser así. También había muchas mujeres, algunas de las cuales llevaban una docena de cinturones en pago por su amor venal. No eran reinas. A estas rameras se las llama *prostitutas de soldados*. Seguían muchos vagabundos, jóvenes y viejos, cansados de caminar. Más de uno estaría mejor colgado, en vez de aumentar el ejército y de deshonrar a la gente honorable.

Gawan esperó a que pasara el ejército, a caballo y a pie. Su treta consistía en que los que veían en pie al héroe creían que pertenecía a ese mismo ejército. Ni en Oriente ni en Occidente habían desfilado nunca unos caballeros tan orgullosos. Eran muy fuertes y valientes. A corta distancia les seguía las huellas con muchas prisas

un escudero muy bien educado. Un caballo sin jinete iba a su lado. Llevaba un escudo nuevo. Con ambas espuelas aguijó sin miramientos su caballo, pues quería llegar presuroso al combate. Su vestido era de buena hechura. Gawan cabalgó hasta el escudero y, tras saludarlo, le preguntó de quién eran las mesnadas. El escudero le replicó: «Os burláis de mí. Señor, ¿he merecido esta vergüenza quizá por haber sido grosero con vos? Para mi buen nombre sería mejor si me hubieseis castigado de otro modo. Por Dios, aplacad vuestra cólera. Los de vuestra condición os conocéis los unos a los otros mejor que yo. ¿Por qué entonces me preguntáis? Tenéis que saberlo mil y una veces mejor que yo».

Gawan le dio muchas veces su palabra de que no conocía a nadie del ejército que había pasado delante de él. Y añadió: «Ciertamente es una vergüenza. He viajado mucho, pero tengo que confesar sinceramente que hasta hoy no había visto en ningún sitio, dondequiera que recabaran mis servicios, a ninguno de ellos».

El escudero contestó a Gawan: «Señor, he obrado mal. He debido decíroslo antes. Me he comportado como un necio. Juzgad mi culpa con indulgencia. Os contestaré de buen grado, pero antes perdonadme mi descortesía».

«Joven noble, vuestra tristeza demuestra vuestra buena educación. Pero decidme ahora quiénes son».

«Señor, el que cabalga delante de vos y a quien nadie detiene es el rey Poydiconjunz, y le acompaña el duque Astor de Lanverunz. Con ellos va un despiadado sujeto, al que nunca ofreció su amor ninguna mujer. Lleva la corona de todos los malos modales y se llama Meljakanz. Fueran mujeres o doncellas, el amor que ha conseguido lo ha robado con violencia. Deberían matarlo por ello. Es el hijo de Poydiconjunz y quiere participar también aquí en los combates. Lucha a menudo con fuerza y sin miedo. Pero ¿de qué sirve su valor? La madre cerda también defiende a su lechoncillo, que corre a su lado. Nunca he oído alabar a hombres que fueran valientes pero groseros. Muchos me dan en esto la razón. Señor, oíd aún algo sorprendente. Permitidme que os lo cuente aparte. El rey Meljanz de Liz se acerca hacia vos con un gran ejército. También le mueven los malos modales. Se muestra arrogante y colérico sin razón, por un amor no compartido». El bien educado escudero continuó: «Señor, os cuento lo que yo mismo vi. El padre del rey

Meljanz mandó venir ante sí, a su lecho de muerte, a los príncipes de su país. Su vida había estado llena de valor, una prenda que no se rescató, pues él al final murió. En esa triste hora encomendó al hermoso Meljanz a todos los que allí estaban. Habló aparte a un príncipe, que era su principal vasallo y estaba libre de toda maldad, y le pidió que educara a su hijo. Le dijo: "Demuestra en él tu fidelidad. Enséñale a honrar a los forasteros y a los mejores amigos, y enséñale a repartir sus bienes cuando alguien en apuros lo desee". Así le encomendó allí al muchacho. El príncipe Lippaut cumplió todo lo que le había pedido en el lecho de muerte su señor, el rey Schaut. No olvidó nada, sino que lo cumplió todo exactamente. El príncipe regresó a casa con el muchacho. Tenía allí dos hijas, que amaba y sigue amando aún, con razón. A una hija no le faltaba nada para ser una buena amante, excepto la edad adecuada. Se llamaba Obie, y su hermana Obilot. A Obie debemos esta desdicha. Un día sucedió que el joven rey le pidió amor por sus servicios. Ella maldijo sus deseos y le preguntó que cómo se atrevía y si había perdido la razón. Y añadió: "Aunque tuvierais edad suficiente para conseguir la victoria en honrosos combates, pasando cinco años de vuestra vida bajo el escudo y con el yelmo atado arrostrando graves peligros, y aunque volvieseis después y estuvierais a mi disposición y os concediera lo que ansiáis de mí, os lo habría concedido demasiado pronto. Os tengo aprecio, ¿quién lo niega?, como Galoes a Annore, que por él eligió la muerte, después de que él hubiera perdido la vida en una justa"».

«No os veo, señora, —dijo él—, tan de buen grado enamorada de mí, ya que me dirigís de este modo vuestra cólera. En el servicio amoroso se precisa la inclinación de la dama, si se quiere valorar bien el amor. Señora, vais demasiado lejos al despreciar mi deseo. Os habéis excedido. Pensaba que mi solicitud hablaba en mi favor, pues vuestro padre es mi vasallo y ha recibido de mis manos, como feudo, muchos castillos y todo su país».

»Aquel al que habéis enfeudado, —exclamó ella—, debe serviros. Mis metas son más altas. No quiero recibir feudos de nadie: mi libertad es de tal naturaleza que soy igual a cualquiera que haya ceñido corona en la tierra».

Él contestó: «¡Os han enseñado a ser tan desmedidamente orgullosa! Os lo infundió vuestro padre, que debe pagar por esta

ofensa. Me pondré la armadura y habrá aquí tajos y golpes. En combates o en torneos, quedarán partidas aquí muchas lanzas».

Enfurecido se alejó de la muchacha, y los suyos lamentaron mucho su cólera. También la lamentó Obie. Lippaut, que era inocente, pidió ante esta injusticia que se aclarasen en un juicio los hechos y ofreció todo tipo de reparaciones. Tuviera o no razón, quería que se hiciese justicia ante sus iguales, en la corte donde estaban los príncipes, pues, sin ninguna culpa, recaían sobre él sospechas. Con insistencia pidió a su señor gracia y favor. Pero la cólera de éste los había disipado.

Lippaut no quería precipitarse cogiendo prisionero a su señor, que era su huésped, pues los hombres leales no actúan así. El rey, con escaso juicio, marchó de allí sin despedirse. Sus escuderos y los hijos de los príncipes que estaban con él se lamentaron y sollozaron. Ante ellos no tiene nada que temer Lippaut, pues los educó fielmente y les procuró nobles modales. Mi señor es la excepción, aunque el príncipe le mostró su fidelidad. Es francés y burgrave de Beauvais. Se llama Lisavander. Los unos y los otros tuvieron que romper con el príncipe cuando prestaron servicios de armas. Muchos hijos de príncipes y otros jóvenes son hechos hoy caballeros en su corte. El ejército que ha pasado lo manda un hombre que sabe mucho de duros combates: el rey Poydiconjunz de Gors, quien conduce muchos caballos bien armados. Meljanz es su sobrino. Ambos son muy arrogantes, el joven y el viejo. «¡Al infierno con ellos! La cólera ha crecido tanto que los dos reyes quieren asediar Bearosche[110]. Allí se lucha por el favor de las mujeres. Allí se rompen muchas lanzas, al golpear y al clavar. Bearosche está tan bien fortificada que, aunque tuviéramos veinte ejércitos, cada uno mayor que el que tenemos, tendríamos que dejarla sin devastar. Cabalgo en secreto delante del segundo ejército. Cogí a escondidas este escudo a pesar de los otros pajes, por si atraviesan el suyo a mi señor en un ataque del combate».

El escudero miró a su espalda. Su señor le seguía los pasos de cerca. Tres caballos y doce blancas lanzas se acercaron rápidamente con él. Creo que se apreciaba claramente su ferviente deseo: quería volar y ganar la primera justa. Así me lo dice la historia. El escudero dijo a Gawan: «Señor, permitidme que me despida». Después se volvió hacia su señor. ¿Qué queréis que haga ahora

Gawan? ¿Debería ver desde cerca de qué se trata el asunto? La duda le hacía sufrir. Pensaba: «Si miro el combate y no participo en él, se apagará toda mi gloria. Pero si participo en la lucha y me detengo en exceso, perderé indudablemente toda mi buena fama en el mundo. ¡No lo haré en modo alguno! Primero tengo que celebrar mi duelo», Se debatía dolorosamente ante la alternativa. Para su viaje al duelo, era demasiado arriesgado quedarse; pero tampoco quería continuar sin más su camino. Entonces se dijo: «¡Que Dios me conserve la fuerza y el valor!». Y Gawan cabalgó hacia Bearosche.

El castillo y la ciudad estaban frente a él. Nadie podía tener mejor vivienda. Ante él se levantaba en todo su esplendor la corona de todos los castillos, bien adornado con torres. Delante de la ciudad, en la pradera, había un campamento para el ejército. Don Gawan observó muchas magníficas tiendas, formando círculos, y mucha orgullosa magnificencia por doquier. Pronto vio muchos sorprendentes gallardetes y tropas extranjeras de variada índole. La duda cepillaba su corazón y se introducían en él grandes cuitas. Gawan cabalgó por el campamento. El ejército era tan enorme que las tiendas se apretaban unas junto a otras. Vio cómo acampaban y lo que hacían los unos y los otros. Si alguien le decía «bienvenido», le contestaba «muchas gracias». En un extremo del campamento había un gran pelotón de guerreros de a pie, de Semblidac, y a su lado, formando un grupo independiente, arqueros a caballo, de Kaheti[111]. Los forasteros a menudo no son bien recibidos. Mientras cabalgaba el hijo del rey Lot, nadie le pidió que se quedara. Gawan se volvió entonces a la ciudad. Pensaba: «Si soy como un pobre escudero, que sólo ha de observar, estaría más seguro frente a posibles daños en la ciudad que aquí en el campamento. No quiero ningún botín, sino mantener lo que tengo, si la suerte me acompaña».

Gawan cabalgó hacia una puerta de la muralla, pero las medidas de los de la ciudad y sus dispendios le dificultaron las cosas. Todas las puertas estaban tapiadas y todas las torres defendidas. Cada almena estaba defendida por un tirador con una ballesta, dispuesto para disparar. Se preparaban para la lucha. Gawan cabalgó monte arriba. Aunque no conocía la región, subió hasta el castillo, en el que sus ojos contemplaron a muchas nobles damas. La señora del castillo había subido al palacio a mirar con sus dos hermosas hijas,

que irradiaban belleza. Enseguida oyó Gawan lo que decían: «¿Quién puede venir aquí?». Entonces dijo la vieja duquesa: «¿Qué es este cortejo?». Su hija mayor contestó enseguida: «Madre, es un comerciante». «Pero le traen escudos». «Eso sucede con muchos comerciantes». La hija menor dijo entonces: «Le reprochas algo que no es cierto. Hermana, deberías avergonzarte. Nunca ha sido comerciante. Es tan adorable que quiero tomarlo como caballero. Si me sirve y espera la recompensa, se la concederé, pues me gusta».

Los escuderos de Gawan descubrieron un tilo y un olivo, que estaban junto al muro, y el hallazgo les alegró. ¿Qué queréis que hagan ahora? Cuando desmontó el hijo del rey Lot, encontró allí la mejor sombra. Su chambelán trajo inmediatamente un cojín y un colchón, sobre los que se sentó el orgulloso y noble caballero. Sobre él había un ejército, un mar de mujeres. Descargaron de los caballos de carga sus vestidos y su armadura. Algo aparte, bajo otros árboles, acamparon los escuderos que habían venido con él. Entonces dijo la vieja duquesa: «Hija, ¿qué comerciante puede llevar este estilo de vida? No deberías ofenderle así».

La joven Obilot dijo: «Sus malos modales han sido mayores. Se mostró muy altiva con el rey Meljanz de Liz cuando solicitó su amor. Maldito sea su comportamiento».

Obie contestó enfurecida: «Su comportamiento me es indiferente. El que está sentado ahí es un mercader. Hará aquí un buen negocio. Sus arcas de viaje están bien protegidas. Tu *caballero*, necia hermana mía, las vigila con sus propios ojos».

Cada una de estas palabras llegó a los oídos de Gawan. Pero dejemos estas cosas como están y oíd lo que sucede en la ciudad. Un río navegable discurría delante de ella y pasaba por debajo de un gran puente de piedra. Un mariscal se acercó rápidamente a caballo, no a la orilla en la que estaban los enemigos, sino al otro lado, en el que no acampaba ningún ejército. Montó el campamento delante de ese puente, en la pradera. Su señor llegó en el momento oportuno con otros caballeros, que también debían ir allí. Os diré, si no lo habéis oído, quién cabalgó hasta este lugar para ayudar a su señor y para luchar fielmente a su lado. De Brevigariez vino su hermano, el duque Marangliez, y además dos valientes caballeros: el noble rey Schirniel, que ceñía corona en Lirivoyn, y su hermano, soberano de Avendroyn.

Cuando los de la ciudad vieron que se les acercaba ayuda, les pareció un error lo que antes todos habían decidido. El príncipe Lippaut exclamó: «¡Ay! ¡Qué desgracia para Bearosche que sus puertas estén tapiadas! Si tengo que prestar servicio de armas contra mi señor, se ha terminado mi buena fama. Su favor me ayudaría y me placería más que su gran hostilidad. ¿Qué ocurriría si una lanzada suya atravesara mi escudo o si mi espada hiciese añicos el escudo de mi noble señor? Si alabara esto una mujer inteligente, sería demasiado ligera. Supongamos que tuviera a mi señor en mi torre: lo dejaría libre y me iría yo mismo a su mazmorra. Me quiera como me quiera castigar, estoy enteramente a sus órdenes. Pero tengo que dar gracias a Dios porque no me ha cogido prisionero. Como sigue encolerizado, me tiene forzosamente que sitiar». «Dadme un buen consejo», dijo a los de la ciudad, «para esta difícil situación».

Entonces dijeron muchos hombres juiciosos: «Si se os hubiese creído vuestra inocencia, no se habría llegado a este extremo». Y le aconsejaron insistentemente que abriera las puertas y saliera con sus mejores guerreros a luchar. Decían: «Podemos luchar de ese modo, sin tener que protegernos desde las almenas de los dos ejércitos de Meljanz. La mayor parte de los que han venido con el rey son muy jóvenes. Quizá podamos coger rehenes, lo cual siempre acaba con las grandes hostilidades. Cuando el rey luche, quizá cambie su ánimo y modere su cólera, con lo que nos libraremos de estas penalidades. Luchar en campo abierto sería mejor para nosotros que ser hechos prisioneros en la ciudad. También tendríamos posibilidades de éxito si luchásemos en sus tiendas, y si no estuviera allí Poydiconjunz, que dirige a los mejores caballeros de su ejército. Allí está nuestro mayor peligro, los prisioneros britanos, a cuya cabeza está el duque Astor: se le ve siempre delante, presto a combatir. También está allí Meljakanz, el hijo de Poydiconjunz. Si lo hubiera educado Gurnemanz, su fama sería mucho mejor. Pero también es un valiente guerrero. Frente a ellos nos ha llegado una gran ayuda». Habéis oído lo que le aconsejaron los de la ciudad.

El príncipe siguió su consejo. Quitó los muros de las puertas. Los de la ciudad, llenos de valor, salieron al campo. Lucharon por todas partes, pues el ejército de fuera se lanzó también valientemente

hacia la ciudad. La víspera del torneo discurrió magníficamente[112]. Por las dos partes se enfrentaron incontables pelotones y los escuderos dieron realmente múltiples gritos, en escocés y en francés. Las hazañas de los caballeros no conocían tregua. Los héroes ponían a prueba sus brazos. Eran en su mayoría jóvenes los que cabalgaban delante del ejército sitiador y realizaron valientes hazañas, pero los de la ciudad los cogieron como rehenes. Nadie que hubiera recibido una prenda de amor de una dama llevaba mejores vestidos. Oí contar de Meljanz que el adorno de su yelmo era espléndido. Se mostraba orgulloso y montaba un hermoso caballo, que había conseguido como botín Meljakanz, cuando lanzó a Keye tan alto de la silla que se le vio colgado de una rama. Meljanz de Liz cabalgaba con pleno derecho sobre el caballo conseguido allí por Meljakanz. Sus hazañas eran inigualables. Sus combates se reflejaban en los ojos de Obie, en lo alto del palacio, adonde había ido a contemplar la lucha. «Mira, hermana», exclamó Obie, «en verdad mi caballero y el tuyo se comportan de modo muy distinto. El tuyo piensa que perderemos el monte y el castillo. Tenemos que buscar otra ayuda».

La hermana menor tuvo que soportar sus burlas, pero dijo: «Recuperará el terreno perdido. Le animaré en su valor y se librará entonces de tu mofa. Me tiene que servir y yo le haré feliz. Puesto que dices que es comerciante, tiene que negociar mi recompensa».

Gawan escuchó atentamente la discusión de las dos, pero lo sobrellevó lo mejor que pudo. Un corazón puro muestra mesura, y sólo la muerte lo libera de ella.

El gran ejército, que mandaba Poydiconjunz, se mantenía completamente tranquilo. Sólo un noble joven luchaba allí, con su séquito: el duque de Lanverunz. Entonces llegó el viejo y experimentado Poydiconjunz y los mandó salir a todos de allí. Con ello finalizó la víspera del torneo, en la que se peleó bravamente en honor de las damas. Entonces dijo Poydiconjunz al duque de Lanverunz: «¿No queréis esperarme? ¿Creéis que está bien luchar sólo por alardear? Aquí están el noble Laheduman y mi hijo Meljakanz. Si se lanzan al ataque —y yo mismo—, veréis lo que es luchar, si entendéis de ello. No me moveré del sitio hasta que nos hayamos saciado de pelear, a no ser que se entreguen los hombres y las mujeres de la ciudad y salgan de ella».

El duque Astor replicó: «Señor, vuestro sobrino el rey y su ejército de Liz estaban delante. ¿Debería tu ejército haberse dedicado entretanto a dormir? ¿Nos habéis enseñado esto? Entonces dormiré cuando deba luchar: en los combates puedo dormir muy bien. Pero creedme: si no hubiera venido aquí, los de la ciudad habrían conseguido botín y gloria. Os he protegido de la deshonra. Por Dios, aplacad ahora vuestra cólera, pues vuestras mesnadas han ganado más que perdido. Incluso doña Obie lo atestiguará».

Poydiconjunz estaba muy furioso con su sobrino Meljanz. Pero el escudo del noble joven estaba agujereado por muchas lanzadas, lo que redundaba en beneficio de su gloria.

Mas oíd ahora lo que os contaré de Obie. Estaba muy enfadada con Gawan, que no tenía ninguna culpa, y quería humillarlo. Envió un escudero a donde estaba sentado el caballero y le dijo: «Pregúntale si están en venta los caballos y si en sus arcas de viaje hay hermosos vestidos. Nosotras las damas los compramos enseguida».

El escudero fue hacia él y recibió un furioso recibimiento. Los ojos de Gawan echaron chispas y sobrecogieron de miedo al escudero, que quedó tan intimidado que no preguntó ni dijo lo que su señora le había encargado. Gawan no se calló, sino que le increpó: «Largaos, bribón. Si os acercáis un paso más, os daré más palos en los morros de los que podréis contar». El sirviente salió corriendo de allí. Oíd lo que Obie hizo entonces. Encargó a un joven noble que hablara con el burgrave de la ciudad, que se llamaba Scherules, y añadió: «Debes pedirle que lo haga porque yo así lo deseo, y que intervenga decididamente. A la sombra de los olivos, junto al foso, hay siete caballos. Debe cogerlos, junto con otras muchas magníficas mercancías. Un comerciante nos quiere estafar aquí. Pídele que lo impida. Confío en que lo requise sin nada a cambio. Nadie le reprochará ese derecho».

El escudero bajó a la ciudad y transmitió las quejas de su señora. «Tengo que evitar la estafa», dijo Scherules. «Iré allí». Subió entonces a caballo hasta donde estaba sentado Gawan, a quien nunca le había abandonado el valor, y vio que era un hermoso caballero, fuerte, de bello rostro y ancho pecho. Scherules lo examinó con detenimiento: sus brazos, sus manos y todo su cuerpo. Después dijo: «Señor, sois forastero. Hemos sido poco inteligentes,

pues no tenéis albergue. Ha sido culpa nuestra. Seré ahora vuestro mariscal: pongo a vuestra disposición todo lo que tengo, mi gente y mis bienes. Nunca llegó a un anfitrión un huésped tan bienvenido».

«Gracias, señor», contestó Gawan. «Todavía no lo he merecido, pero lo acepto de buen grado».

El muy alabado Scherules dijo con toda lealtad: «Dado que ha recaído en mí esta responsabilidad, os protegeré de todo daño. Si el ejército de fuera os quiere robar, os ayudaré a defenderos». Sonriendo dijo a los escuderos que vio allí: «Volved a cargar la armadura, que tenemos que bajar al valle».

Gawan cabalgó con su anfitrión. Pero Obie no cejó en su empeño y envió una juglaresa a su padre, que la conocía bien, y le comunicó que un falsificador de monedas se dirigía a la ciudad. «Lo que tiene es magnífico y muy costoso. Ruego a mi padre, como verdadero caballero, que, puesto que tiene muchos mercenarios, pague con los caballos, la plata y los vestidos su próxima soldada. Llega perfectamente para siete».

La juglaresa transmitió al príncipe todo lo que había dicho su hija. Quien ha hecho la guerra sabe cuán necesario es conseguir un gran botín. A Lippaut, el fiel caballero, le agobiaban mucho los mercenarios, por lo que pensó enseguida: «¡Tengo que apoderarme de estos bienes, por las buenas o por las malas!». Se fue, por tanto, detrás de él, pero Scherules le salió al paso y le preguntó adónde iba tan deprisa. «Cabalgo en pos de un estafador. Me han dicho que es un falsificador de monedas».

Don Gawan era inocente. Se debía a sus caballos y a lo que llevaba. Scherules rió y dijo: «Señor, os han engañado. El que os lo ha dicho ha mentido, sea niña, hombre o mujer. Mi huésped es inocente. Debéis tener otra opinión de él. Si queréis saber la verdad, nunca ha tenido troqueles ni bolso de mercader. Ved su aspecto y oíd sus palabras. Está allí, en mi casa. Si sabéis ver cómo se comporta un caballero, tendréis que reconocer que lo es. Nunca ha pretendido engañar. El que le haga algo —aunque fuera mi padre, mi hijo, mi hermano o cualquier otro pariente, o todos los que estén furiosos contra él— tendrá que pelear conmigo. Mientras pueda, señor, lo protegeré contra falsas acusaciones. Abandonaría la caballería y me pondría tela de saco[113], y huiría de las raíces de mi nobleza a donde nadie me conociese, antes que permitir que

cometierais con él semejante injusticia. Sería más justo acoger amistosamente a todos los que han venido al saber de vuestras penalidades, en vez de robarles. No deberíais hacerlo».

El príncipe contestó: «Déjame ver. No puede pasar nada malo». Cabalgó hasta que vio a Gawan. Los dos ojos y el corazón de Lippaut le aseguraron que el forastero era muy hermoso y, por su comportamiento, muy valiente.

A quien el verdadero amor ha llevado alguna vez a amar de corazón le muestra cómo el corazón es una prenda del verdadero amor y está sometido a él. Nadie puede contar enteramente las maravillas que puede realizar el amor. En el hombre y en la mujer el amor de corazón debilita muy a menudo la *razón*. Obie y Meljanz se amaban tanto y su fidelidad era tan fuerte que su cólera os entristecerá. Al separarse furioso de ella, quedó apesadumbrada: el recato de la joven se convirtió rápidamente en cólera. Sin culpa lo padeció Gawan, al igual que otros. Con frecuencia olvidaba sus modales femeninos y su recato se entretejía con la cólera. Tenía clavada una espina en cada ojo cuando veía a un noble caballero. Su corazón le decía que Meljanz era el primero y el único. Pensaba: «Si me hace sufrir, lo soportaré de buen grado por él. Amo ante todo en el mundo al joven, noble y hermoso caballero. Me obliga a ello mi corazón». Aún hoy del amor se pasa a menudo a la ira. No se lo reprochéis a Obie.

Pero oíd ahora lo que dijo su padre cuando vio al noble Gawan y le dio la bienvenida al país. Empezó diciendo: «Señor, vuestra llegada es para nosotros una bendición. He andado mucho por el mundo, pero nunca mis ojos se han alegrado tanto de ver a un caballero. En este infortunio nos consolará y nos ayudará mucho vuestra venida». Y le pidió que luchara como caballero: «Si os falta algo en la armadura, dejaos aprovisionar. Si queréis, señor, luchad con nuestras tropas».

Entonces contestó el noble Gawan: «Lo haría gustoso. Tengo armadura y soy fuerte, pero no puedo luchar hasta un determinado momento. Venzáis o sucumbáis, lo compartiría de buen grado con vos, mas tengo que mantenerme aparte, señor, hasta que se celebre mi duelo, en el que está en juego mi buen nombre. Se trata del respeto de todos los nobles. Si no defiendo mi prestigio luchando, dejaré la vida en el empeño. Por ello estoy en camino».

La respuesta dolió en el corazón a Lippaut, quien dijo: «Señor, por vuestra nobleza y vuestra buena educación oíd mis protestas de inocencia. Tengo dos hijas, que, como propias, me son muy queridas. Viviré con la felicidad que Dios me ha dado con ellas. ¡Qué suerte que me hayan proporcionado también gran tribulación! Una de ellas la comparte enteramente conmigo. Pero la tristeza es desigual: mi señor le causa a ella dolor con su amor, y a mí con su odio. Si lo entiendo bien, mi señor me quiere atacar porque no tengo ningún hijo. Pero prefiero las hijas. ¿Qué importa si ello me acarrea desgracias? Lo tomo como una bendición. Quien con su hija elige un esposo, aunque a ella le esté prohibida la espada, contará con una ayuda igual de valiosa, pues ella, con su castidad, le proporcionará un yerno lleno de valor. Confío plenamente en ello».

«Dios os lo otorgue», dijo Gawan. El príncipe Lippaut le rogó con insistencia, pero el hijo de Lot exclamó: «Señor, por Dios, no sigáis insistiendo. Por vuestra buena educación, no me hagáis romper mi palabra. Os concederé, no obstante, una cosa: hoy por la noche os comunicaré mi decisión».

Lippaut le dio las gracias y se fue enseguida. En la corte encontró a su hija y a la hijita del burgrave. Las dos jugaban a los dedos[114]. Preguntó a Obilot: «¿De dónde vienes, hija?».

«Padre, vengo del castillo. Estoy segura de que me lo concederá. Quiero pedir al caballero forastero que me sirva a cambio de una recompensa, como es usual».

«Hija, desgraciadamente no ha dicho aún ni sí ni no. Ayúdame a que acepte mi ruego».

La chiquilla se fue corriendo hacia el forastero. Cuando entró en la habitación, Gawan se puso en pie de un salto. Después la saludó y se sentó al lado de la hermosa niña. Le dio las gracias por haberle defendido cuando había sido tratado mal, y añadió: «Si alguna vez un caballero llegara a sentir la aflicción del amor por una jovencita así, eso me pasaría a mí por vos».

La dulce y hermosa joven contestó con toda sinceridad: «Dios sabe bien, señor, que sois el primer caballero con el que hablo así. Si mi educación y mi pudor se mantienen, me llenará de alegría el hacerlo, pues mi preceptora me enseñó que la palabra es la envoltura del espíritu. Señor, me dirijo con mi ruego a vos y a mí misma. Me mueve a ello mi aflicción. Si me lo permitís, os lo

contaré. Aunque por ello me tengáis en menor estima, me mantendré en la senda de la mesura, pues rogándoos me ruego a mí misma. Sois en realidad yo misma. Sólo los nombres se separan. Ahora debéis llevar mi nombre. Seréis entonces una muchacha y un hombre. He rogado por vos y por mí. Si no lo cumplís, señor, si dejáis que me aparte de vos avergonzada, vuestro buen nombre deberá justificarse ante vuestra buena educación, pues como doncella busco refugio en vuestro favor. Si lo deseáis, señor, os amaré con todo mi corazón. Si sois valiente, estoy segura de que me serviréis. Soy digna de ello. Puesto que mi padre busca ayuda entre amigos y parientes, no dejéis de servirnos a nosotros dos, a cambio de mi recompensa».

Gawan contestó: «La música que sale de vuestra boca me quiere hacer faltar a mi palabra. Deberíais odiar la deshonra. He empeñado mi palabra y, si no la cumplo, soy hombre muerto. Pero supongamos que dirijo mi servicio y mis sentidos a conseguir vuestro amor. Antes de que pudierais concedérmelo, tendrían que pasar cinco años. Sólo entonces tendréis la edad suficiente para amar»[115]. Entonces pensó cómo Parzival confiaba más en las mujeres que en Dios, y esta recomendación fue un mensajero de la muchacha en el corazón de Gawan. Prometió a la chiquilla que llevaría las armas por ella y añadió: «Vuestra mano debe llevar mi espada. Si alguien quiere luchar contra mí, debéis cabalgar al combate y luchar allí en mi lugar. Se me verá en el combate, pero seréis vos la que luchéis por mí».

Ella contestó: «No me importa en absoluto. Soy vuestra protección y vuestro escudo, vuestro corazón y vuestra ayuda, puesto que me habéis liberado de la duda. Soy vuestra acompañante y vuestra compañera en la desdicha. Contra la tormenta del infortunio soy un techo y un dulce cobijo. Que mi amor os traiga paz y que la suerte os proteja del peligro, para que no perdáis el valor y os defendáis hasta el final. Soy señor y señora del castillo y quiero estar a vuestro lado en la lucha. Si tenéis siempre confianza, no os abandonarán la suerte y el valor».

Entonces dijo el noble Gawan: «Señora, puesto que estoy a vuestro servicio, quiero que me deis las dos cosas: vuestro amor y vuestra ayuda».

Mientras tanto, las pequeñas manos de ella estaban entre las

manos del caballero.

La chica contestó: «Señor, ahora dejadme ir. Tengo que hacer mis obligaciones. Pero ¿cómo ibais a iros sin mi recompensa? Os quiero demasiado para ello. Me voy a esforzar para prepararos mi divisa de amor. Cuando la llevéis, nadie os superará nunca en gloria».

Obilot y su compañera de juegos se fueron, no sin hacer múltiples reverencias a Gawan, el huésped del burgrave, quien se inclinó y dijo: «Cuando seáis mayores, aunque el bosque no tuviera más que lanzas, en vez de otra leña, sería poco para las dos. Si siendo tan jóvenes ya cautiváis así, conservando ese encanto hasta que seáis mayores, vuestro amor hará que los caballeros destrocen escudos con sus lanzas».

Las dos niñas se fueron de allí felices y contentas. La hijita del burgrave habló así: «Decidme, señora mía, ¿qué queréis darle? Como no tenemos nada más que muñecas, le daría las mías si fuesen más bonitas que las vuestras. No me enfadaría. Por eso no íbamos a discutir».

El príncipe Lippaut llegó cabalgando a medio camino del monte. Vio a Obilot y a Claudita, que subían delante de él, y les pidió a las dos que se detuvieran. Entonces le dijo la joven Obilot: «Padre, nunca había necesitado tanto tu ayuda. Dame tu consejo. El caballero me ha dicho que sí».

«Hija, lo que desees, si está de mi mano, te lo concederé. Es una bendición que hayas nacido. Tu nacimiento fue un día venturoso».

«Padre, te lo diré y te confiaré la causa de mi aflicción. Por favor, ayúdame».

Él pidió que la subieran a su caballo, pero ella replicó: «¿Y cómo sube allí arriba mi compañera?». Allí estaban muchos caballeros suyos y pugnaban por cogerla. Todos deseaban hacerlo, pero sólo la cogió uno. Claudita era también muy hermosa.

Mientras cabalgaban, habló a Obilot su padre: «Cuéntame ahora tus preocupaciones».

«He prometido al caballero forastero una divisa de amor. Creo que he perdido la cabeza. Si no tengo nada para darle, ¿de qué me sirve vivir? Me ha prometido servirme. Me pondré roja de vergüenza si no tengo nada para darle. Nunca una chica ha amado tanto a un hombre».

Entonces dijo él: «Hija, confía en mí. Te lo conseguiré. Puesto que ansias su servicio, te daré lo que le debes, aunque tu madre te deje en la estacada. Dios me conceda que todo esto me resulte provechoso. ¡Ah! ¡Qué esperanzas tengo puestas en ese orgulloso y noble caballero! No le había dirigido aún ni una palabra y ya le vi esta noche en un sueño».

Lippaut fue con su hija Obilot ante la duquesa y le dijo: «Señora, ayudadnos a los dos. Mi corazón gritó de alegría cuando Dios me regaló a esta muchacha y me libró de todas mis preocupaciones».

La vieja duquesa contestó: «¿Qué deseáis tener de mis cosas?».

«Señora, si podéis concedérnoslo, Obilot quiere un atuendo mejor. Piensa que es digna de ello. Dado que un noble caballero ansia su amor y la quiere servir, desea también una divisa amorosa».

Entonces contestó la madre de la muchacha: «¡Qué hermoso y magnífico caballero! Creo que os referís al huésped forastero. Resplandece de belleza como la luz de mayo».

La experimentada mujer mandó traer terciopelo de Ethnise[116]. Trajeron además ricas telas de seda sin cortar, de Tabronit, del país de Tribalibot. En el Cáucaso el oro es rojo y con él y con seda de la mejor calidad confeccionan los indios con gran arte numerosos tejidos. Lippaut mandó enseguida hacer a su hija los vestidos. Le dio todo de buen grado, lo mejor y lo de menos valor. Cortaron el brocado, que estaba rígido por el oro, a medida de la muchacha, y un brazo le tuvo que quedar desnudo, pues le quitaron la manga, que había que llevar a Gawan. Éste fue el presente de Obilot: seda de Nouriente[117], traída de lejanas tierras paganas. Habían puesto la manga en su brazo derecho, sin coserla al vestido. No utilizaron hilo. Claudita la llevó al hermoso Gawan, quien se olvidó completamente de sus cuitas. Tenía tres escudos y en uno clavó enseguida la manga. Toda su tristeza desapareció. No dejó de darle insistentemente las gracias y de bendecir el camino que había andado la muchacha, que tan cariñosamente le había dado la bienvenida y que con tanta amabilidad le había llenado de felicidad.

El día declinó y llegó la noche. Ambos bandos contaban con un gran ejército, con muchos magníficos y aguerridos caballeros. Si los del ejército sitiador no hubieran sido tan numerosos, los sitiados

habrían podido vencer muchos combates. Bajo una clara luna examinaron las defensas exteriores. Carecían de miedo y de cobardía. Antes de amanecer dispusieron doce fortificaciones con fosos frente a los enemigos[118]. Cada fortificación tenía tres aberturas, protegidas con una suerte de barbacanas, para que salieran los caballos. El mariscal de Kardefablet de Jamor cogió cuatro puertas, en las que estaban por la mañana sus tropas, prestas para el combate. El poderoso duque luchó allí como un caballero. Era hermano de la señora del castillo. Tenía más valor que otros muchos caballeros que estaban a las órdenes de Lippaut y por ello sufrió muchas penalidades en el combate. Su ejército se replegó aquella noche. Kardefablet se había ido lejos, sin evitar nunca la dureza de la lucha. Defendía cuatro puertas.

El ejército que estaba al otro lado del puente también se replegó a Bearosche, a la ciudad, antes de amanecer, cuando el príncipe Lippaut se lo ordenó. Pero los de Jamor ya se habían retirado antes por ese puente. Al despuntar el día, todas las puertas estaban ocupadas y prestas para defenderse. Scherules eligió una, que él y Gawan, mi señor, no querían dejar desprotegida. Se oía quejarse a los forasteros (creo que eran los mejores) de que habían tenido lugar combates que no habían visto y de que la víspera del torneo había terminado sin que hubieran podido luchar. Pero la queja no tenía fundamento, pues se ofrecían innumerables combates para todos los que los deseaban y los buscaban fuera, en el campo. En las calles se veían muchas huellas de caballos. También se veían por todas partes muchos gallardetes que se replegaban a la luz de la luna, y muchos magníficos yelmos y muchas lanzas bien pintadas que llevaban al combate. Un tafetán de Ratisbona habría parecido de poco valor ante las murallas de Bearosche: se veían allí muchas guerreras que habían costado mucho más.

Con la noche sucedió como siempre. Cuando terminó, llegó el nuevo día. Se le reconoció, no por el canto de la alondra, sino por el fuerte ruido de las armas, pues ya se luchaba. Se oía el chasquido de las lanzas como si fuera una tormenta. Los jóvenes caballeros de Liz luchaban contra los de Lirivoyn y los del rey de Avendroyn. Muchos magníficos combates resonaron como cuando se echan a las avivadas brasas castañas enteras. ¡Dios! ¡Cómo cabalgaron por el llano los forasteros y cómo se defendieron los de la ciudad! Un cura

celebró una misa por Gawan y el señor del castillo, por la salvación del alma y por su eterna felicidad. La cantó en honor de Dios y de ellos dos. Se les acercaba la gloria, pues así estaba escrito. Cabalgaron entonces a sus fortificaciones, cuyas defensas estaban ya protegidas por muchos nobles y magníficos caballeros. Eran los hombres de Scherules, que se comportaban allí con gran arrojo.

¿Qué más debo contar ahora? Sólo que el orgulloso Poydiconjunz cabalgó con tantas tropas que, si cada rama de la Selva Negra fuera el asta de una lanza, aquel bosque de lanzas no sería menor para quien quisiera ver las tropas. Cabalgaba con seis banderas y pronto le presentaron batalla. Las trompetas tocaban con brío, como el trueno, que siempre produce gran pavor. Muchos tambores mezclaban su estruendo con el de las trompetas. Se pisaban los rastrojos, pero nada podía hacer yo contra ello. Todavía hoy sufren las viñas de Erfurt los mismos daños, las huellas de las pezuñas de los caballos[119]. Entonces llegó el duque Astor luchando con los de Jamor. Tuvieron lugar duros combates y muchos nobles fueron derribados al suelo detrás de sus caballos. Se luchaba denodadamente y se daban muchos gritos en lenguas extranjeras. Muchos caballos corrían sin jinetes, que iban a pie y sabían lo que es una caída.

Entonces Gawan, mi señor, vio que se enzarzaban en el llano los amigos y los enemigos y corrió allí a combatir. Era difícil seguirle con la vista. Aunque Scherules y los suyos no preservaron sus caballos, Gawan los puso en apuros. ¡Cuántos caballeros derribó y cuántas poderosas lanzas rompió el mensajero de la noble Tabla Redonda! Si no hubiera recibido de Dios su fortaleza, habría conseguido allí la mayor victoria. Sonaron muchas espadas. Atacó a los dos ejércitos, el de Liz y el de Gors, que eran sólo uno para él. De los dos ejércitos trajo rápidamente de la brida muchos caballos hacia la bandera de su anfitrión Lippaut. Preguntó si alguien los quería, y hubo muchos allí que dijeron que sí. Todos se enriquecieron con la compañía de Gawan.

Entonces llegó al galope un caballero, que tampoco ahorraba lanzas. El burgrave de Beauvais y el cortés Gawan se enfrentaron, de modo que el joven Lisavander cayó de la lanzada sobre las flores, detrás del caballo. Lo siento por el escudero, que el día anterior había cabalgado con tanta elegancia y después había contado a

Gawan cómo había surgido la guerra. Saltó del caballo donde estaba su señor. Gawan lo reconoció y le devolvió el caballo que le había cogido como botín. Según me dijeron, el escudero le dio las gracias. Pero, mirad, también el propio Kardefablet está en el campo. Meljakanz lo había derribado de una fuerte y certera lanzada, pero los suyos lo pusieron en pie. Muchos gritaban: «¡Jamor!», mientras daban fuertes tajos con las espadas. El espacio se hacía más estrecho donde los ataques se sucedían. En muchos oídos retumbaban los yelmos. Gawan condujo a sus guerreros y combatió con todas sus fuerzas. Con las tropas de Lippaut liberó muy rápidamente al noble Jamor. Muchos caballeros fueron derribados al suelo. Si queréis, creedme. No tengo más testigos que la historia. El conde de Muntane se dirigió contra Gawan. Fue un duelo tan violento que el muy fuerte Laheduman cayó a la hierba, detrás del caballo. El orgulloso, noble y famoso héroe se rindió y dio su palabra de honor a Gawan. El duque Astor luchaba muy cerca de las defensas. Tuvieron lugar muchos combates. Una y otra vez gritaban: «¡Nantes!», el grito de guerra del rey Arturo. Gran fortaleza, sin signo alguno de debilidad, mostraron los muchos britanos exiliados y los mercenarios de Destrigleis, el país de Erec. Realizaron grandes hazañas. Dirigía las tropas el duque de Lanverunz. Poydiconjunz podía haber dejado libres a los britanos, pues habían luchado con gran valor. Se los habían hecho prisioneros al rey Arturo en una carga en un desfiladero. Aquí o dondequiera que lucharan gritaban: «¡Nantes!». Era su grito y su costumbre tradicional. Bastantes de ellos tenían la barba enteramente gris. Cada britano tenía también como divisa un dragón, bien en el yelmo o bien pintado en el escudo, por el blasón de Ilinot, el noble hijo de Arturo. ¿Qué podía hacer allí Gawan? Sollozó cuando vio los blasones, pues tenía el corazón lleno de tristeza. La muerte de su primo había atribulado a Gawan. Reconoció bien los blasones, y los ojos se le llenaron de lágrimas. No molestó a los britanos en la pradera, pues no quería luchar contra ellos. Aún hoy la amistad suele actuar así. Cabalgó hacia el ejército de Meljanz. Allí se defendían los de la ciudad y su defensa era muy digna de encomio. Pero ante la superioridad de fuerzas del enemigo, no podían mantener las posiciones y se habían retirado hacia el foso.

Un caballero vestido completamente de rojo atacó varias veces a los de la ciudad. Como nadie lo conocía, le llamaban *El Sin Nombre*. Os lo cuento como lo he oído: había encontrado tres días antes a Meljanz y había decidido ayudarle. Por ello pasaban apuros los de la ciudad. Meljanz le había proporcionado doce escuderos de Semblidac, que lo ayudaron en los duelos singulares y en los combates en grupo. Hacía añicos todas las lanzas que le pasaban. Cuando hizo prisioneros al rey Schirniel y a su hermano, retumbaban con fuerza sus ataques. Sin embargo, realizó otras muchas hazañas. Obligó también a rendirse al duque de Marangliez. Estos caballeros constituían el núcleo de su ejército, pero los suyos seguían luchando. El propio rey Meljanz se metió a combatir. Todos, sus amigos y sus enemigos, tuvieron que reconocer que nunca un hombre tan joven había realizado mayores hazañas que las que había realizado él allí. Cuando las tropas se encontraron, partió en dos muchos duros escudos y detuvo e hizo añicos robustas lanzas. Su joven corazón era tan valeroso que ansiaba la lucha. Nadie podía concedérsela con plenas garantías, lo que le molestaba, hasta que Gawan lo desafió a un duelo singular. Gawan cogió de sus escuderos una de las lanzas de Angram, que había conseguido junto al Plimizöl. El grito de Meljanz era «¡Barbigöl!», la noble capital de Liz. Gawan dio en el blanco con su lanza. La robusta asta de bambú, de Oraste Gentesin, atravesó el escudo y se partió en el brazo. Fue un magnífico duelo. Gawan lo lanzó por el aire de una lanzada, pero se rompió el arzón trasero de su silla, de modo que los héroes quedaron en pie detrás de sus caballos. Siguieron luchando con sus magníficas espadas. Allí podían haber trillado mucho dos campesinos. Cada uno tenía la gavilla del otro, que era hecha añicos con el trillo[120]. Meljanz llevaba clavada la lanza que el héroe le había atravesado en el brazo. La sangre y el sudor lo enardecieron. Don Gawan lo empujó a las defensas de los de Brevigariez y lo obligó a rendirse. Él se mostró dispuesto. Si el joven no hubiera estado herido, no se habría sometido tan pronto y habría que haber esperado más.

El príncipe Lippaut, el señor del país, mostró gran valentía. Contra él luchaba el rey de Gors. Los jinetes y los caballos tuvieron que soportar las flechas, cuando los arqueros de Kaheti y los guerreros de Semblidac demostraron su arte. Los arqueros a caballo

cambiaban a menudo de posición, por lo que los de la ciudad tenían que pensar cómo apartar a los enemigos de las fortificaciones. Tenían guerreros de a pie y protegían sus defensas tan bien como hoy se podrían proteger. Los nobles caballeros que allí perdieron la vida pagaron cara la cólera de Obie, pues su inexperta arrogancia puso en apuros a muchos. ¿Qué expiaba el príncipe Lippaut? Su señor, el viejo rey Schaut, se lo habría ahorrado.

Las tropas empezaron a fatigarse, pero Meljakanz seguía luchando con denuedo. ¿Estaba entero su escudo? No quedaba de él ni un palmo. El duque de Kardefablet lo había repelido. En la pradera llena de flores el duelo se detuvo por completo. Entonces llegó Gawan, mi señor, y puso en apuros a Meljakanz. Ni siquiera Lancelot había dado tantos golpes cuando pasó por el puente de la espada y después luchó contra él[121]. Le enfureció que doña Genoveva estuviera prisionera y la liberó luchando.

El hijo de Lot atacó. ¿Qué otra cosa podía hacer Meljakanz que picar espuelas a su caballo? Muchos veían este duelo. ¿Quién cayó detrás del caballo? Meljakanz, al que el de Noruega derribó sobre la pradera. Muchos caballeros y damas contemplaban la justa y alababan a Gawan. Las damas podían ver bien desde el palacio. Meljakanz fue derribado por el caballo de Gawan, y su capa, llena de sangre, fue pisoteada por muchos caballos, que nunca volverían a comer hierba. Los caballos murieron como por la peste y fueron pasto de los buitres. El duque Astor libró a Meljakanz de los de Jamor, que casi lo habían hecho prisionero. Con ello finalizó el torneo.

¿Quién consiguió allí la gloria y la recompensa de las damas? No los citaré aquí, pues, si tuviera que nombrarlos a todos, tendría mucho trabajo. En el ejército de la ciudad se distinguió el caballero de la joven Obilot, y en el de los sitiadores el Caballero Rojo. Por delante de todos los demás, los dos obtuvieron la mayor gloria. Cuando el Caballero Rojo vio que no le daban las gracias por sus servicios, porque su señor había sido llevado prisionero a la ciudad, cabalgó hasta sus escuderos y dijo a sus prisioneros: «Vos, señores, os habéis entregado a mí. Me ha sucedido aquí una desgracia. Ha sido hecho prisionero el rey de Liz. Poned todo vuestro empeño en que sea liberado. Le ayudaré en la medida de mis fuerzas». Así habló al rey de Avendroyn, a Schirniel de Lirivoyn y al duque de

Marangliez. Sólo les dejó regresar a la ciudad después de que le prestaran un inteligente juramento: les pidió que liberaran a Meljanz o que le consiguiesen el Grial. Pero no sabían decirle en modo alguno dónde estaba el Grial, sólo que cuidaba de él un rey que se llamaba Anfortas. Cuando le explicaron esto, el Caballero Rojo volvió a hablar: «Si no me cumplís este deseo, cabalgad hasta Pelrapeire, jurad a la reina vuestra rendición y decidle que el que luchó contra Kingrun y contra Clámide siente ahora nostalgia por el Grial y por su amor. En los dos pienso constantemente. Decidle que os he enviado yo. Héroes, que Dios os proteja».

Tras despedirse, se fueron a la ciudad. Entonces dijo a sus escuderos: «Hemos conseguido un buen botín. Cogeos los caballos de los que nos hemos apoderado. Dejadme sólo uno, pues bien veis que el mío está muy herido».

Los valientes escuderos contestaron: «Muchas gracias, señor, porque nos habéis ayudado mucho. De ahora en adelante seremos ricos».

Para su cabalgada eligió un caballo: Ingliart, «Orejas Cortas». Se había escapado de Gawan cuando capturó a Meljanz. El Caballero Rojo lo cogió, y gracias a él atravesó después muchos escudos. Tras despedirse, partió de allí dejando quince caballos indemnes o más. Los escuderos tenían motivos para darle las gracias. Con insistencia le rogaron que se quedara, pero su destino estaba más lejos. El magnífico caballero tomó un camino nada cómodo: no buscaba nada más que luchar. Creo que nunca ningún hombre peleó tanto.

El ejército sitiador cabalgó hacia su campamento, pues necesitaba descansar. En la ciudad el príncipe Lippaut supo que Meljanz había sido capturado y preguntó cómo había sucedido. Se puso muy contento y encontró un gran consuelo para el futuro. Gawan soltó con cuidado la manga del escudo, pues buscaba una gloria aún mayor, y se la entregó a Claudita. En los bordes y en el centro estaba llena de golpes y de agujeros. Mandó que se la llevara a Obilot. Ésta se alegró mucho. Su brazo era blanco y estaba desnudo, y enseguida cosió encima la manga. «¿Quién me ha hecho esto?», decía siempre que encontraba a su hermana, quien recibía furiosa esta burla.

Los caballeros tenían necesidad de descanso, pues estaban exhaustos. Scherules se llevó a casa a Gawan y al duque

Laheduman, así como a otros caballeros que encontró allí, que Gawan había hecho prisioneros aquel día con sus propias manos en el campo, cuando tuvieron lugar tantos violentos combates. El poderoso burgrave sentó caballerosamente a todos a su mesa. Él y sus fatigados guerreros permanecieron en pie ante el rey hasta que Meljanz terminó de comer. Se afanaba por atenderle bien. Eso le pareció a Gawan excesivo, y juiciosamente, pues su buena educación le llevaba a ello, dijo: «Si el rey lo permite, señor de la casa, debéis sentaros a la mesa». Pero el anfitrión declinó la invitación y añadió: «Mi señor es vasallo del rey y le habría servido si el rey hubiera tenido a bien aceptar este servicio. Mi señor, por sus buenos modales, se mantiene alejado, pues no tiene su favor. Si Dios restablece la amistad, todos haremos lo que desee».

Entonces dijo el joven Meljanz: «Mientras viví aquí, me tratasteis siempre con plena consideración y nunca me abandonó vuestro consejo. Si entonces lo hubiera seguido mejor, se me vería hoy feliz. Ayudadme, duque Scherules, pues confío en vos, ante mi señor, que me tiene aquí prisionero, y ante Lippaut, mi segundo padre. Los dos escucharán vuestro consejo. Confío en su noble actitud. No habría perdido su favor si lo hubiera querido su hija, pero me trató como a un necio. No se portó como una dama».

Entonces dijo el noble Gawan: «Sellaremos aquí una paz que nadie romperá, excepto la muerte».

Llegaron entonces los que el Caballero Rojo había hecho prisioneros fuera de la ciudad, se acercaron al rey y le preguntaron cómo había sucedido. Cuando Gawan oyó cómo era la armadura del que había luchado contra ellos y al que se habían rendido, y lo que les había dicho del Grial, pensó que se trataba de Parzival y dio gracias al cielo porque Dios los hubiera mantenido a distancia, a pesar de sus deseos de luchar. Por su noble modestia ninguno de los dos dijo su nombre y nadie los reconoció, aunque eran muy conocidos en otras partes.

Scherules dijo a Meljanz: «Señor, os ruego que veáis a mi señor Lippaut. Aceptad de buen grado lo que os dicen amigos de ambos bandos: no sigáis furioso con él». Esto pareció bien a todos. Los defensores de la ciudad subieron a la sala del rey, pues se lo había pedido el mariscal del príncipe Lippaut. Entonces don Gawan cogió al conde Laheduman y a los otros prisioneros suyos que habían

llegado después y les pidió que dieran su palabra de honor, que había obtenido de ellos aquel día, a su anfitrión Scherules. Ninguno dudó en subir al palacio de Bearosche, como *habían* prometido. La señora del castillo entregó a Meljanz ricos vestidos y un pañuelo de seda, en el que puso en cabestrillo su brazo herido, que le había atravesado Gawan.

Gawan comunicó a su dama Obilot, a través de Scherules, que deseaba verla, para asegurarle que estaba a su servicio y para pedirle permiso para partir. «Y decidle que le entrego aquí al rey. Debe pensar cómo lo mantiene prisionero, de modo que se alabe su comportamiento».

Cuando Meljanz oyó estas palabras, dijo: «Obilot es la corona de todas las virtudes femeninas. Esto me tranquiliza: si tengo que rendirme a ella, viviré aquí bajo su protección».

«Sabed que no fue otro, sino ella misma, quien os hizo prisionero», le dijo el noble Gawan. «Mi gloria le pertenece sólo a ella».

Cuando Scherules llegó cabalgando a la corte, no se habían regateado allí medios. Las doncellas, los hombres y las mujeres estaban vestidos con tales galas que aquel día no se vieron ropas sencillas o pobres. Con Meljanz cabalgaron a la corte todos los que fuera de la ciudad habían comprometido su palabra de honor. Allí arriba estaban sentados los cuatro: Lippaut, su mujer y sus hijas. Los que llegaron subieron al palacio. El señor del castillo corrió al encuentro de su señor Meljanz. En el palacio había un gran tumulto cuando recibió a los amigos y a los enemigos. Meljanz iba al lado de Gawan. «Si no tenéis nada en contra, vuestra vieja amiga os recibirá con un beso. Me refiero a mi mujer, la duquesa».

Meljanz contestó enseguida al señor del castillo: «Gustoso deseo recibir el beso y el saludo de dos damas que veo aquí, pero no quiero reconciliarme con la tercera».

Obie y su madre lloraron, pero Obilot estaba muy dichosa. El rey Meljanz fue recibido con besos, así como otros dos reyes imberbes, y lo mismo sucedió al duque Marangliez. También Gawan fue recibido con un beso. Cogió a su dama y apretó a la hermosa niña como a una muñeca contra su pecho, movido por una cariñosa amistad. Entonces dijo a Meljanz: «Me habéis dado vuestra palabra de honor. Os dejo libre. Dádsela ahora a ella. La que tiene en sus

manos mi felicidad está en mis brazos. Debéis ser su prisionero».

Meljanz se acercó y la muchacha se abrazó a Gawan. Sin embargo, dio su palabra a Obilot y muchos nobles caballeros lo vieron. «Noble rey, habéis obrado mal al rendiros a mi caballero, que, al parecer, es un comerciante. Mi hermana me incordia con esto». Así habló la joven Obilot y pidió después a Meljanz que le diera a Obie la palabra que antes le había prometido a ella en su mano. «Por vuestro honor de caballero, tomadla por esposa. Ella siempre os tendrá gustosa como señor y como esposo. Os impongo esto a los dos».

Por su joven boca habló Dios y ambos cumplieron sus deseos. Doña Amor con su poder y la fidelidad de su corazón hicieron que se renovara el amor de los dos. La mano de Obie salió de la capa y cogió el brazo de Meljanz: llorando, besó con sus rojos labios donde le había herido la lanza. Regó su brazo con las muchas lágrimas que fluían de sus claros ojos.

¿Quién la hacía tan valiente ante toda la gente? Era el amor, viejo y joven. Lippaut vio cumplido su deseo. Nunca había sido tan feliz. Puesto que Dios lo había honrado tanto, llamó a su hija entonces *señora*[122].

¿Cómo fue la boda? Preguntádselo a los que recibieron allí regalos. Tampoco sé exactamente adónde se fueron todos, si al placentero hogar o a luchar. Me dijeron que Gawan pidió permiso para partir en el palacio, a donde había ido con ese fin. Obilot lloró mucho y dijo: «Llevadme con vos». Pero Gawan no podía satisfacer este deseo de la hermosa muchacha. Su madre apenas la pudo separar de él. Entonces el caballero se despidió de todos. Lippaut, cuyo corazón sentía gran inclinación por él, le dijo una y otra vez que estaba a su entera disposición. Scherules, su orgulloso anfitrión, no dejó de acompañar con todos los suyos al valiente héroe. El camino de Gawan iba en dirección a un bosque. Le proporcionó cazadores y provisiones para un largo viaje. El noble Scherules se despidió y Gawan se encaminó hacia su triste destino.

—*Antikonie*—

Aunque habían venido muchos caballeros a Bearosche, Gawan habría conseguido él solo la mayor gloria de los dos bandos si no hubiera aparecido delante de la ciudad un caballero desconocido, con armadura roja, cuya gloria alababan aún más. Gawan había conseguido mucha honra y felicidad, pero se acercaba la hora de su duelo. El bosque era muy extenso, aunque tenía que cruzarlo si no quería evitar el combate que sin motivo alguno le habían impuesto. Además había perdido a su caballo Ingliart, «Orejas Cortas». Ni siquiera en Tabronit cabalgaban nunca los moros sobre mejores caballos. El bosque se fue aclarando. Aquí árboles, allí un calvero, a menudo tan pequeño que apenas habría sitio para una tienda. Por fin, miró al horizonte y vio tierras cultivadas. El país se llamaba Ascalun. A todos los que se cruzaron con él les preguntó por Schanpfanzun. Después de pasar por muchas altas montañas y por numerosos pantanos, divisó una ciudad. ¡Dios! ¡Cómo resplandecía en toda su nobleza! El forastero se dirigió hacia ella.

Oíd ahora las aventuras de Gawan y ayudadme a llorar su gran aflicción. Los sabios y los necios deben acompañarme y lamentar conmigo su sino. ¡Ay! Debería guardar silencio. ¡No! Dejadle seguir cayendo. Aquel al que le sonreía la fortuna se acerca ahora a la desgracia. Esta ciudad era tan hermosa que ni a Eneas le pareció tan espléndida Cartago, donde Dido selló su amor con la muerte[123]. ¿Cuántos palacios tenía? ¿Cuántas torres? Hubieran sido suficientes para Acratón, que, según dicen los paganos, es la mayor ciudad del mundo, después de Babilonia. Era por todas partes igual de alta y lindaba con el mar, de modo que no tenía que temer ningún ataque ni gran hostilidad. Delante se extendía una pradera de una milla de

ancho, sobre la que cabalgó don Gawan. Le salieron al encuentro quinientos caballeros o más en hermosos y elegantes trajes. Uno de ellos era especialmente distinguido. Según me dice la historia, sus halcones cazaban allí grullas o cualquier otra cosa que volara ante ellos. En un caballo de combate procedente de España cabalgaba el rey Vergulacht. Su esplendor era como el día en la noche. Mazadan había creado su linaje ante el monte de Feimurgan. Procedía, por tanto, de un hada. Quien contemplaba su belleza creía ver mayo en su magnífico esplendor de flores. Cuando el rey resplandeció frente a él, Gawan pensó que era el segundo Parzival[124] y que se parecía a Gahmuret cuando, como ya contamos, entró a caballo en Kanvoleis.

Una garza real se escapó en su huida a una laguna pantanosa, perseguida por los halcones. El rey eligió un vado equivocado para ayudar a los halcones y acabó mojado. Por ello perdió también su caballo y todos sus vestidos, que cogieron sus halconeros, pero libró a los halcones de su difícil situación. ¿Tenían los halconeros derecho a hacerlo? Sí, tenían derecho a coger sus vestidos, y ese derecho se tenía que respetar. Por el caballo que había perdido le prestaron otro, y también le pusieron nuevos vestidos, pasando los que llevaba antes a poder de los halconeros. Entonces llegó cabalgando Gawan. ¡Ah! Lo recibieron mejor que cuando recibieron a Erec en KarIdöl, cuando después de su combate se acercó al rey Arturo y doña Enite era la compañera de su felicidad, después de que el enano Maliclisier le hubiera desgarrado la piel con un látigo, ante los ojos de Genoveva, por lo que tuvo lugar en Tulmein, a campo abierto, el combate por el gavilán, en el que el famoso Ider, el hijo de Noyt, le prometió su rendición para no morir[125]. Pero dejemos esto y oíd lo que os cuento: creo que nunca os han dado un recibimiento y una bienvenida tan corteses. Pero ¡ay!, el hijo del noble Lot va a pagarlo muy caro. Si queréis, interrumpo mi relato y no os cuento más. Me vuelvo atrás porque las cosas se ponen tristes. Pero no: oíd, por favor, cómo un corazón puro quedó mancillado por la maldad de otros. Si me sigo esforzando por contaros las cosas como realmente sucedieron, os lamentaréis conmigo.

El rey Vergulacht dijo: «Señor, me parece que debéis cabalgar a la ciudad. Si me lo permitís, me separaré de vos. Pero si queréis que os acompañe, dejaré de cazar».

El noble Gawan contestó: «Señor, haced como gustéis. Está bien lo que hagáis. No tengo nada en contra. Estoy de acuerdo con todo».

Entonces dijo el rey de Ascalun: «Señor, veis bien Schanpfanzun. Allí vive mi hermana, una doncella que posee en grado sumo todo lo que se ha dicho de la belleza. Si os resulta grato, ella se ocupará de entreteneros hasta que llegue yo. Os parecerá que llego demasiado pronto. Cuando hayáis visto a mi hermana, esperaréis de buen grado por mí y no os enfadaréis si tardo en regresar».

«Estoy gustoso en vuestra compañía, al igual que en la de ella. Pero nunca me han recibido tan bien damas tan distinguidas», dijo el orgulloso Gawan.

El rey envió a un caballero a la ciudad y pidió a la doncella que entretuviera al huésped para que el aburrimiento se convirtiera en solaz. Gawan fue a donde le indicó el rey. Si queréis, me callo ante la gran tribulación que se avecina. No, seguiré contando la historia. El camino y el caballo llevaron a Gawan a una puerta, en una esquina del palacio. Quien haya construido alguna vez podrá describir mejor que yo la solidez de este edificio. Había allí un castillo, el mejor de todos los que se han construido en el mundo. Era de dimensiones gigantescas. Pero dejemos de alabar el castillo, pues tengo mucho que contaros de la hermana del rey, de la doncella. Ya he dicho bastante de edificios; la describiré como se merece. Su belleza le sentaba magníficamente y, además, su alma pura le había ayudado a conseguir un gran prestigio. En sus modales y en su forma de ser se asemejaba a aquella margravina de Haidstein, que a menudo resplandecía desde el Haidstein sobre todo el país[126]. ¡Feliz quien lo pudo vivir en íntimo trato con ella! Creedme que encontró allí más contento que en cualquier otro lugar. Sólo puedo decir esto de damas que he visto con mis propios ojos. Cuando ensalzo a una dama, tiene que tener buenos modales. ¡Vosotros, fieles y bienintencionados, oíd esta aventura! No me preocupo de los que no son dignos de confianza. Con sus defectos y su maldad han perdido todos su salvación. Sus almas tienen que sufrir tormentos.

Gawan cabalgó hasta el patio, delante del palacio, para acudir a la cita a la que le había enviado el rey, quien se deshonraría después ante él. El caballero que lo había traído hasta allí lo

condujo a donde estaba sentada la reina Antikonie. Si la honra de la mujer proporciona la riqueza, ella había comprado mucha y se había apartado de toda maldad. Su castidad había sido muy ensalzada. ¡Ay! ¡Qué lástima que el ingenioso Von Veldeke muriera tan pronto! Podía haberla alabado mejor.

Cuando Gawan vio a la muchacha, el mensajero se acercó a ella y le comunicó todo lo que le había encargado el rey. Después la reina dijo a Gawan: «Señor, acercaos. Sois maestro de mi educación. Ordenadme y enseñadme. Si queréis entretenimiento, os concederé lo que deseéis. Puesto que mi hermano os ha encomendado tan fervientemente a mí, os besaré, si debo besaros. Ordenadme vos mismo si debo hacerlo o no».

Ella estaba delante de él con excelente educación. Gawan le dijo: «Señora, vuestra boca está tan hecha para besar que deseo recibir vuestro beso de bienvenida». Sus labios eran ardientes, gruesos y rojos, y Gawan apretó contra ellos los suyos. El beso traspasó las lindes de la mera hospitalidad. Después el huésped de alta cuna se sentó junto a la joven de nobles modales. Ambos no dejaron de hablar de amor cortés con confianza. Sabían repetirse bien: él rogaba y ella negaba. Él empezó a lamentarse vehementemente y le pidió que le hiciera caso. Os diré cómo le contestó la muchacha: «Señor, si tenéis buena educación, ya basta con esto. Por el ruego de mi hermano os he tratado tan cariñosamente como nunca trató Ampflise a mi tío Gahmuret. Aun sin yacer con vos, mi amor, si se pudiera pesar, pesaría un poco más que el suyo. No sé siquiera quién sois, señor, pero tras este breve espacio de tiempo ya queréis tener mi amor».

Entonces contestó el noble Gawan: «Si pienso en mi genealogía, os diré, señora, que soy el hijo del hermano de mi tía. Si queréis hacerme un favor, no os preocupéis por mi origen. Comparado con el vuestro, ambos son del mismo rango y se acomodan perfectamente»[127]. Una muchacha les sirvió de beber y se retiró enseguida. Las otras damas que aún estaban sentadas allí tampoco olvidaron irse a sus quehaceres. También se fue el caballero que lo había traído. Cuando todos se hubieron ido, Gawan pensó que a menudo un águila muy hambrienta captura a un gran avestruz. Entonces metió la mano por debajo de la capa de la reina y llegó, creo, hasta sus caderas, lo que redobló sus deseos. El amor desató

tal placer en la doncella y en el caballero que habrían llegado a algo, si no hubiera sido porque les sorprendieron unos ojos malintencionados. Los dos estaban bien dispuestos, pero, mirad, se acerca su desdicha[128]. Un caballero resplandeciente, pues tenía el pelo blanco, entró por la puerta y, cuando reconoció a Gawan, gritó: «¡A las armas!». Con todas sus fuerzas dijo a voces: «¡Ay! ¡Maldito! ¡Habéis asesinado a mi señor y no tenéis bastante con ello, sino que violáis también aquí a su hija!».

«A las armas» es un grito que se obedece siempre. Lo mismo sucedió aquí. Gawan dijo a la doncella: «Dadme algo para defendernos. Ninguno de los dos estamos bien armados». Y añadió: «¡Si tuviera aquí mi espada!».

Entonces contestó la noble doncella: «Debemos irnos para defendernos y huir a lo alto de aquella torre de allí, que está cerca de mi habitación. Quizá salgamos bien librados».

Aquí un caballero y allí un comerciante. La doncella oía ya cómo subía la gente de la ciudad. Subió con Gawan a la torre. Su amigo tuvo que pasar muchos apuros, pues, aunque ella les gritó una y otra vez que retrocedieran, los gritos y el ruido eran tan grandes que nadie la oyó. Ansiosos de pelear, se apretaron en la puerta de la torre, pero Gawan se puso delante y les impidió entrar. Cogió del muro el cerrojo que cerraba la puerta, y así retrocedieron juntos los furiosos vecinos. La reina corrió de un lado para otro buscando en la torre algo para defenderse de esos traidores. Entonces la muchacha encontró sólo unas figuras de ajedrez, de piedra, y un gran tablero de marquetería, que llevó a Gawan para luchar[129]. El tablero estaba colgado de una cadena de hierro y de ella lo cogió Gawan. Sobre este escudo a cuadros se jugó mucho al ajedrez: le hicieron muchos agujeros. Oíd también lo que hacía la dama. Fuera el rey o la torre, los lanzaba contra los enemigos: las piezas eran grandes y pesadas. Se dice de ella que hacía caer involuntariamente de rodillas a todos los que alcanzaba con sus disparos. La poderosa reina luchaba como un caballero y se defendía con todas sus fuerzas junto a Gawan. Las propias tenderas de Dollnstein no luchaban mejor en carnaval[130]. Ciertamente lo hacen sólo por seguir los usos de los bufones, esforzándose sólo por divertirse. Una mujer con

herrumbre de la armadura, vista según las costumbres cortesanas, ha olvidado lo que le es propio, a no ser que actúe así por amor. Antikonie sufrió en Schanpfanzun una gran tribulación, pues doblegaron su orgullo. Lloró amargamente al luchar, pero demostró que la verdadera inclinación amorosa es constante. ¿Qué hacía mientras tanto Gawan? Cuando se detenía la lucha, contemplaba arrobado a la muchacha, su boca, sus ojos, su nariz. Era más esbelta que una liebre en el asador[131]. Creo que nunca habéis visto a una liebre tan grácil como era ella entre las caderas y los pechos. Su cuerpo podía excitar los placeres del amor. Nunca habéis visto una hormiga que tenga un talle más estrecho que el que ceñía su cinturón. Esto proporcionaba a su compañero de armas, a Gawan, un renovado valor viril. Resistía con él ante el peligro. Sólo la muerte podía liberarlos: no había ninguna otra esperanza. Cuando Gawan contemplaba a la muchacha, poco le importaba el odio de los enemigos. Muchos lo pagaron con su vida.

Entonces llegó el rey Vergulacht y vio cómo esa muchedumbre de guerreros luchaba contra Gawan. Sólo si os quisiera engañar embellecería lo que hizo: se deshonró a sí mismo delante de su noble huésped, que se defendía con total denuedo. El señor del castillo cometió una gran falta. Siento tristeza por Gandin, el rey de Anjou, porque una noble dama, su hija, dio a luz al hijo que, con una banda de traidores, pidió insistentemente a sus gentes que lucharan. Gawan tuvo que esperar hasta que el rey se puso la armadura y se metió personalmente en la pelea. Gawan tuvo que retroceder, pero no en detrimento de su honra. Lo empujaron hacia dentro de la puerta de la torre. Mas, mirad, ahí viene el mismo caballero que lo había desafiado a un duelo delante del rey Arturo. El landgrave Kingrimursel se mesaba los cabellos haciéndose sangre y se retorcía las manos, porque Gawan estaba en peligro. Le había dado su palabra de que tendría su protección y de que un solo hombre lo podría acosar, en un duelo singular. Echó a los viejos y a los jóvenes de la torre, que el rey había ordenado derribar. Kingrimursel gritó hacia arriba, hacia donde vio a Gawan: «Héroe, déjame subir hasta ti. Quiero ser tu compañero de lucha y compartir contigo estas dificultades. Te salvaré la vida o el rey tendrá que matarme».

Gawan le ofreció su protección y el landgrave subió corriendo

hasta él. Los asaltantes dudaron, pues también era su burgrave. Tanto los jóvenes como los de pelo cano aflojaron la lucha. Gawan salió afuera corriendo y lo mismo hizo Kingrimursel. Los dos se comportaron con valentía. Pero el rey alentó a los suyos: «¿Cuánto tiempo nos fastidiarán estos dos hombres? Mi primo quiere salvar a ese caballero, que tanto me ha perjudicado. Si tuviera suficiente valor, debería vengarme».

Muchos eligieron lealmente a uno, que dijo al rey: «Señor, si permitís que os lo digamos, muchos de los que están aquí no matarán al margrave. Dios os conceda obrar de modo que se piense mejor de vos. Si matáis a vuestro huésped, perderéis vuestro prestigio en el mundo y cargaréis sobre vuestras espaldas el peso de la deshonra. El otro es vuestro pariente. Lucháis contra su protegido. Debéis cejar en vuestro empeño. Si no, os maldecirán. Concedednos una tregua, válida para hoy y también para esta noche. Decidáis lo que decidáis, está en vuestras manos el recibir la honra o la ignominia. Mi señora Antikonie, libre de maldad, está allí bañada en lágrimas, junto a él. Si esto no os llega al corazón, pensad que tenéis una misma madre. Señor, si sois inteligente, daos cuenta de que vos mismo lo enviasteis a la muchacha. Aunque no le hubiera dado nadie su protección, deberíais protegerlo por ella».

El rey ofreció una tregua hasta que pensara bien cómo podía vengar a su padre. Don Gawan era inocente. Lo había hecho otro. El orgulloso Ecunat había mostrado el camino a la lanza, que lo atravesó cuando éste llevaba hacia Barbigöl a Jofreit, hijo de Idöl, y a Gawan, a los que había hecho prisioneros. Por él se produjo esta tragedia. Cuando se acordó la tregua, la gente dejó enseguida de luchar y cada uno se fue a su casa. Antikonie, la reina, abrazó fuerte a su primo y le dio muchos besos en la boca por haber salvado a Gawan y haberse opuesto él mismo a semejante felonía. Ella le dijo: «Eres realmente el hijo de mi tío: no puedes cometer por nadie una injusticia».

Si queréis oír, os contaré por qué he dicho antes que un corazón puro quedó mancillado. ¡Maldito sea el ataque que llevó a cabo Vergulacht en Schanpfanzun! No había sido por la herencia del padre ni de la madre. El magnífico joven sintió una gran vergüenza cuando su hermana, la reina, se lo reprochó. Se le oyó suplicar perdón. Entonces dijo la noble doncella: «Señor Vergulacht, si

llevara espada y Dios me hubiera hecho hombre, y si prestara servicio de armas, se os habrían pasado las ganas de luchar. Como doncella, estaba indefensa. Tenía sólo un escudo, con la honra como emblema. Os describiré este blasón, si os dignáis conocerlo. Con la honestidad y la pureza se une la constancia. Puse este escudo delante de mi caballero, que vos me habíais enviado. No tenía ninguna otra protección. Aunque hayáis recobrado el juicio, habéis obrado mal conmigo, si hay que conceder su derecho a la dignidad de la mujer. He oído decir a menudo que cuando un hombre busca refugio en una mujer, el valeroso perseguidor tiene que dejar la lucha, si quiere comportarse como un hombre. Don Vergulacht, la huida de vuestro huésped, que temía por su vida, hacia mí deshonra vuestro buen nombre».

Entonces dijo Kingrimursel: «Señor, había confiado en vos cuando en la pradera del Plimizöl prometí proteger a don Gawan en nuestro país. También comprometí vuestra palabra. Si su valor le traía aquí, yo respondería por vos de que sólo un hombre lucharía contra él. Señor, me siento muy herido. Mis compañeros son testigos de que esta ofensa se ha producido demasiado pronto. Si no sabéis tratar bien a los príncipes, debilitaremos nosotros también la corona. Si tenéis buena educación, tenéis que conceder que somos parientes. Aunque por mi parte hubiera la mancha de una concubina en el parentesco que nos une, habríais obrado precipitadamente conmigo, pues soy un caballero y nunca antes se me ha encontrado ninguna tacha, y mi gloria me permitirá morir sin ella. Confío en Dios y pongo mi salvación en sus manos. Si se llega a saber que el sobrino del rey Arturo ha llegado bajo mi protección a Schanpfanzun, y si los franceses o los britanos, los provenzales o los borgoñones, los gallegos o los punturteses oyen las penalidades de Gawan, perderé mi buen nombre. El penoso combate que ha tenido que sufrir no me proporciona ninguna honra, sino ignominia. Esto arruinaría toda mi felicidad y dejaría empeñado mi prestigio».

Tras estas palabras, se levantó un vasallo del rey, que se llamaba Liddamus. El propio Kyot lo llama así. Kyot se llamaba también El Encantador y su arte le llevaba a cantar y a narrar de un modo que aún hoy hace feliz a muchos. Kyot, que es un provenzal, encontró escrita en árabe esta historia de Parzival. Todo lo que él contó en

francés, lo narraré yo en alemán, si no me abandona mi inteligencia[132].

Entonces dijo el príncipe Liddamus: «¿Qué hace en el castillo de mi señor el que asesinó a su padre y le ha traído tal ignominia? Si mi señor es noble y famoso, vénguese personalmente de él. Que una muerte vengue la otra. Creo que ese sufrimiento sería lo justo».

Veis ahora en qué situación se encuentra Gawan. Empieza a estar en gran peligro. Pero Kingrimursel contestó: «Quien amenaza tan rápido debe también apresurarse a luchar. Tanto en el tumulto del combate como a campo abierto es fácil venceros. Don Liddamus, confío en proteger bien de vos a este hombre. Os podría hacer lo que quisiera, y no os podríais vengar. Se os ha llenado la boca al hablar. Se os puede creer que nunca vio nadie que lucharais en primera línea, pues os costaba luchar y erais el primero en huir. Todavía sabíais bien ir más lejos: cuando había que atacar, huíais como una mujer. Todo rey que confiara en vuestro consejo tendría la corona torcida. Yo mismo habría atacado a Gawan, el valeroso héroe. Si mi señor lo hubiera permitido, estaba decidido a que se celebrara el duelo. Por su pecado tiene mi odio. Habría esperado de él algo mejor. Don Gawan, prometedme en serio que de hoy en un año, si mi señor os deja vivir, rendiréis cuentas conmigo en un duelo singular. Os desafié junto al Plimizöl. Ahora el duelo tendrá lugar en Barbigöl, ante el rey Meljanz. Hasta el día de este juicio, en que lucharé con vos en el círculo del combate, tendré que arrostrar muchos peligros, pero vuestra valerosa mano me enseñará lo que es la verdadera preocupación».

El valiente Gawan accedió a su ruego y se lo prometió debidamente. Entonces el duque Liddamus se dispuso a tomar de nuevo la palabra y empezó a hablar con artísticas frases, que oyeron todos. Cuando llegó su momento de hablar, dijo: «Cada vez que voy a un combate, juzgad vos, señor landgrave, cómo me veis, si participo en la lucha o si huyo cuando la suerte me es adversa, si soy un medroso cobarde o si consigo allí la gloria. No recibo de vos ninguna soldada, pero estoy contento conmigo mismo». Y siguió hablando el poderoso Liddamus: «Si queréis ser don Turnus, dejadme ser don Dranzes[133], y censuradme si encontráis motivo para ello. Pero no os envanezcáis demasiado, pues, aunque sois el más noble y distinguido de todos los príncipes, yo también soy

soberano y señor de muchas tierras. Tengo en Galicia, muy diseminados, numerosos castillos, hasta Pontevedra. Aunque vos y todos los britanos me quisieran hacer allí algún daño, no huiría de vos ni un pollo. Ha llegado de Britania aquel al que habéis desafiado. Vengad al señor y pariente, pero no me gritéis a mí. Si alguien mató a vuestro tío, del que yo era vasallo, vengaos de él. Yo no le hice nada. Creo que nadie me acusa de ello. Yo mismo puedo prescindir de vuestro tío. Su hijo debe llevar la corona después de él. Como soberano ya lo considero suficientemente alto. Su madre fue la reina Flurdamurs, su padre Kingrisin y su abuelo el rey Gandin. Os quiero decir además que Gahmuret y Galoes eran tíos suyos. Si no le molesto, desearía recibir de sus manos con todos los honores y con las banderas mi país como feudo[134]. Quien quiera luchar, que luche. Soy indolente en lo que hace a la lucha, pero me gusta oír de ella. Quien luchando consigue la gloria, reciba también la recompensa de las damas. No deseo poner mi vida innecesariamente en gran peligro por nadie. ¿Por qué habría de ser un Wolfhart[135]? En la lucha tengo un foso en el camino y mis ansias de combate están mitigadas como en el halcón con caperuza. Aunque nunca sintierais inclinación por mí, preferiría hacer como Rumolt, que aconsejó al rey Gunther, cuando partió de Worms hacia los hunos, que tostara grandes rebanadas de pan y las revolviera en el caldero»[136].

El valiente landgrave contestó: «Habláis como muchos saben que habláis desde hace muchos años. Me aconsejáis que haga algo que yo quería hacer desde hace tiempo. Vuestro consejo me vale tanto como si un cocinero aconsejara a los valientes nibelungos cuando marcharon con valentía a donde recibirían su merecido por lo que había sucedido a Sigfrido. Si don Gawan no me mata, le enseñaré lo que es la venganza».

«Estoy de acuerdo», contestó Liddamus. «Aunque me trajeran y me entregaran todo lo que posee su tío, el rey Arturo, y también los de la India, lo dejaría todo antes de luchar. Conservad la gloria que habéis conquistado. No soy Segramors, al que había que atar para que no lachara. Aun así el rey me tiene en alta estima. Sibeche nunca desenvainó la espada y siempre estuvo con los que huían, pero muchos tuvieron que lisonjearlo. Y recibió de Ermanarico grandes regalos y poderosos feudos, sin haber golpeado nunca un

yelmo con su espada. Por vos, don Kingrimursel, nunca arriesgaré mi piel. Ésta es mi firme decisión»[137].

Entonces dijo el rey Vergulacht: «Dejad de discutir. Me molesta de vosotros dos que tengáis la lengua tan suelta. Estoy demasiado cerca de vosotros para que me gritéis así. No es adecuado para mí ni para vos».

Esto sucedió en el palacio, a donde había llegado también su hermana. Junto a ella estaban don Gawan y muchos otros nobles caballeros. El rey dijo a su hermana: «Llévate a tu compañero y al landgrave a tus aposentos. Que me sigan los que quieran para mí lo mejor y que me aconsejen lo que debo hacer».

Ella contestó: «Pon en la balanza también tu fidelidad».

El rey se fue a deliberar. La reina salió acompañada de su primo, de su huésped y del peso de la preocupación. Con toda cortesía tomó a Gawan de la mano y lo llevó a donde ella deseaba estar. Le dijo: «Si no os hubieseis salvado, todo el mundo habría sufrido una gran pérdida». De la mano de la reina caminaba el noble hijo de Lot, y lo hacía de muy buen grado.

Enseguida fueron la reina y los dos caballeros a los aposentos de la dama. Los chambelanes cuidaron de que no entrara nadie más, fuera de muchas hermosas doncellas, que quedaron dentro. La reina atendió a Gawan con toda cortesía, pues lo amaba en lo más hondo de su corazón. El landgrave estaba presente, pero no les molestaba. Según me dijeron, la noble muchacha estaba muy preocupada por Gawan. Los dos caballeros estuvieron con la reina hasta que el día dejó de luchar y se abrió paso la noche. Era hora de cenar. Unas doncellas de grácil cintura trajeron licor de moras, vino y vino con especias, además de magníficas viandas: faisanes, perdices, excelentes pescados y pan blanco. Gawan y Kingrimursel se habían librado de un gran peligro. Como la reina se lo pedía, comieron tanto como debían, mientras que otros comieron tanto como quisieron. Aunque a ambos les resultaba penoso, Antikonie partió personalmente la comida. A ningún escanciador se le rompieron los cordones de las medias al arrodillarse[138]: eran chicas, de una edad que aún hoy se considera la mejor. No me habría maravillado, y no habría dicho que no, si hubieran cambiado las plumas como el halcón su plumaje[139].

Oíd ahora lo que aconsejaron al soberano del país cuando

terminó la asamblea. Había invitado a hombres experimentados, que habían venido a la deliberación. Muchos dieron su parecer, según su leal saber y entender, y se sopesaron los pros y los contras. Entonces el rey pidió que prestaran también atención a sus palabras y dijo: «Cuando cabalgaba en busca de aventuras hacia el bosque de Lächtamris, participé en un duelo singular. Un caballero, al que mi gloria le parecía aquellos días demasiado alta, no vaciló un instante en golpearme y hacerme volar por detrás del caballo. Me obligó a darle mi palabra de que le conseguiría el Grial. Aunque tenga que morir por ello, tengo que cumplir la promesa que obtuvo de mí con las armas. Por tanto, aconsejadme. Lo necesito. Mi mejor escudo frente a la muerte es haberle prometido en su mano lo que os he dado a conocer con mis palabras. Él se distingue por su virilidad y su arrojo. El héroe me ordenó además que, si en el plazo de un año no consigo el Grial, sin malas artes tengo que dirigirme a la dama que ciñe corona en Pelrapeire. Su padre se llama Tampenteire. Tan pronto como la vean mis ojos, tengo que jurarle sumisión. El caballero le comunica que, si piensa en él, aumentará su felicidad y que en su día la liberó de Clámide».

Cuando oyeron estas palabras, volvió a hablar Liddamus: «Con el permiso de estos señores, hablaré yo ahora. Les pido su opinión. Don Gawan debe cumplir lo que os obligó a prometer allí aquel caballero. Aletea en vuestra trampa. Pedidle que os jure ante todos nosotros que os conseguirá el Grial. Dejadle partir amistosamente de aquí y luchar por el Grial. Tendríamos que lamentar la deshonra si muriera en vuestra casa. Perdonadle ahora su culpa, pues vuestra hermana siente inclinación hacia él. Ha estado aquí en gran peligro y ahora se dirige a la muerte. En todas las tierras que rodea el mar no ha habido nunca un castillo tan bien protegido como Munsalwäsche. A él conduce un escabroso camino de luchas. Dejadle descansar esta noche y comunicadle mañana este acuerdo». Los demás consejeros estuvieron conformes, y así conservó Gawan su vida.

Según me dijeron, cuidaron allí magníficamente al valeroso héroe aquella noche y descansó con la mayor comodidad. Cuando se acercaba el mediodía y ya se había cantado misa, en el palacio había un gran tumulto de gentes del pueblo y de nobles. El rey hizo como le habían aconsejado y mandó traer a Gawan. Quería

obligarle sólo a lo que habéis oído. Ved ahora cómo lo conduce adentro la hermosa Antikonie. Su primo entró con ella, y también muchos vasallos del rey. La reina llevó de la mano a Gawan ante el rey. Estaba tocada con una corona de flores, que su boca hacía palidecer. Ninguna flor de la corona era tan roja. Sus cariñosos besos llevarían a cualquiera a destruir un bosque en innumerables combates. Tenemos que celebrar y enaltecer a la pura y hermosa Antikonie, que estaba libre de toda maldad. Vivía tan honestamente que nunca se pudo menoscabar su honra con calumnias. Todos los que conocían su buen nombre le deseaban que su buena fama se mantuviera libre de cualquier maledicencia y clara y penetrante en la distancia como la mirada del halcón. Un noble afán la empujaba a mantenerse fiel como el aroma de un bálsamo. La hermosa y bendita dama dijo muy educadamente: «Hermano, aquí traigo al héroe que me ordenaste atender personalmente. Trátalo bien, por mí. No debe caerte antipático. Piensa en la fidelidad de hermano y cumple sin reservas mis deseos. Es más propia de ti la fidelidad de hombre que sufrir el odio del mundo y el mío, si supiera odiar. Enséñame a dominar el odio contra ti».

Entonces contestó el noble y hermoso soberano: «Lo haré, hermana, si puedo. Dame tú misma tu consejo. Crees que mi falta ha menoscabado mi dignidad y me ha arrebatado mi buen nombre. ¿Cómo puedo seguir siendo tu hermano? Aunque todas las coronas estuvieran a mi servicio, las rechazaría si me lo pidieseis. Tu odio sería mi mayor desgracia. La felicidad y la honra me son indiferentes si no lo aceptáis. Don Gawan, os quiero pedir una cosa. Habéis cabalgado hasta aquí buscando la gloria. Puesto que ésta os sonríe, ayudadme para que mi hermana me perdone mi culpa. Antes de perderla, os perdono lo que me habéis hecho sufrir si me prometéis que actuaréis lealmente y presto para mí en la conquista del Grial».

Así se produjo la reconciliación. En ese momento Gawan fue enviado a luchar por el Grial. También Kingrimursel perdonó al rey, que se había alejado de él cuando rompió su promesa de proteger a Gawan. Esto sucedió delante de todos los príncipes, donde estaban colgadas las espadas de los escuderos de Gawan. Al iniciarse la lucha, se las habían quitado, por lo que ninguno resultó herido. Un poderoso caballero de la ciudad los había protegido ante los otros y

los había cogido y llevado a prisión. A todos —franceses, britanos o de cualquier otro país, fuertes escuderos o jóvenes pajes— los llevaron libres ante el valeroso Gawan. Cuando lo vieron los pajes, lo abrazaron efusivamente. Llorando se colgaron de él, y lloraban porque lo querían mucho. Estaban con él el conde Laiz, hijo de Tinas, de Cornualles, y a su lado un noble paje, el duque Gandiluz, hijo de Gurzgri, que perdió la vida en Schoydelakurt, donde a muchas damas les ocurrieron grandes desgracias. Liaze era tía de este joven. Su boca, sus ojos y su nariz eran adorables: todo el mundo le tenía afecto. Además vinieron otros seis pajes. Estos ocho donceles eran todos de nobles y distinguidos linajes. Estaban emparentados con él y le tenían fidelidad familiar. Le servían por una soldada: como recompensa les daba un gran prestigio. Además, los trataba magníficamente.

Gawan dijo a los pajes: «Recibid mi saludo, queridos parientes. Creo que si me hubieran matado aquí, me habríais llorado». Así se hubiera podido esperar realmente. Estaban aún muy apesadumbrados. Después añadió: «He estado muy preocupado por vosotros. ¿Dónde estabais cuando luchaban conmigo?». Ellos contestaron, sin mentir: «Cuando estabais sentado con la reina, se nos escapó una cría de gavilán y corrimos detrás de ella». Los que estaban allí, de pie o sentados, no dejaron de mirarlo y comprobaron que don Gawan era un hombre valiente y con una magnífica educación cortesana. Pidió permiso para partir y el rey y la asamblea se lo concedieron, a excepción del landgrave. La rema cogió a los dos y a los donceles de Gawan y los llevó a una sala, donde las doncellas los atendieron con la mayor delicadeza. Muchas hermosas jóvenes los contemplaban con buenos modales.

Cuando Gawan desayunó —os lo cuento como lo he leído en Kyot—, se produjeron muchos lamentos, pues muy grande era también el afecto. El caballero dijo a la reina: «Señora, si no pierdo los sentidos y si Dios me conserva la vida, tengo que dedicar mi expedición guerrera y mi corazón de caballero a vuestras virtudes de mujer. Mi servicio a vos no tendrá fin. Vuestro feliz sino os ha hecho vencer toda la maldad. Vuestra gloria es mayor que cualquier otra. La fortuna os tiene que conceder la felicidad. Señora, quiero despedirme. Dadme permiso y dejadme marchar. ¡Que vuestra noble actitud proteja vuestro buen nombre!».

Su marcha le produjo un profundo dolor. Con ella lloraron muchas hermosas doncellas. La reina dijo sinceramente: «Si hubiera podido hacer más por vos, mi dicha habría sido mayor que mis preocupaciones. No hemos podido conseguir mejores condiciones de paz. Creedme. Si sufrís alguna desgracia o si vuestras aventuras caballerescas os llevan a alguna situación penosa, sabed, don Gawan, que mi corazón está con vos, en la victoria o en la derrota».

La noble reina besó en los labios a Gawan, quien estaba triste por tener que partir tan rápidamente de su lado. Creo que a los dos les costaba trabajo separarse. Sus escuderos se habían preocupado de traer los caballos al patio, delante del palacio, a la sombra del tilo. Según he oído, también había llegado el séquito del landgrave, quien cabalgó con él hasta fuera de la ciudad. Gawan le pidió educadamente que se esforzara por llevar su impedimenta a Bearosche. «Allí vive Scherules. Deben pedirle que les acompañen a Dianasdrun. Allí viven muchos britanos, que los conducirán hasta mi señor o hasta la reina Genoveva». Kingrimursel se lo prometió y el valiente héroe se despidió. Armaron a su caballo Gringuljete y también a don Gawan, que besó a sus parientes los pajes y también a los nobles escuderos y les prometió ir en busca del Grial. Cabalgó solo hacia los mayores peligros.

—*Trevrizent*—

«¡Abrid!».

¿A quién? ¿Quién sois?

«Quiero ir a tu lado, entrar en tu corazón».

Es demasiado estrecho para vos.

«¿Y qué? Aunque entrara con dificultades, no lamentarías mi penetración: quiero contarte maravillas».

¡Ah! ¿Sois vos, doña Aventura? ¿Cómo le va a nuestro querido héroe? Me refiero al noble Parzival, al que Cundry había enviado en busca del Grial con duras palabras. Muchas mujeres lloraron allí que su partida fuera inevitable. Se alejó de Arturo, el britano. ¿Cómo le va ahora? ¡Empezad a contarlo! ¿Sigue desdichado o ha conquistado la más alta gloria? ¿Es toda su gloria larga y ancha o es corta y estrecha? Contadnos cuántas hazañas ha realizado con sus propias manos. ¿Ha vuelto a ver Munsalwäsche y al bondadoso Anfortas, cuyo corazón estaba tan atribulado? Por vuestra bondad, consoladnos diciéndonos si ya está libre de su dolor. Dejadnos oír si Parzival, vuestro señor y también el mío, está ya a su lado. Explicadme cómo le va al hijo de la hermosa Herzeloyde. ¿Qué le ha ocurrido al hijo de Gahmuret desde que se separó del rey Arturo? ¿Ha conseguido la felicidad o la desgracia en el combate? ¿Ha ido lejos en busca de aventuras o ha permanecido demasiado tiempo tumbado[140]? Decidme cómo vive y qué hace.

Pues bien, la historia nos cuenta que atravesó a caballo muchos países y en barco numerosos mares. Derribó de la silla a todos los que se midieron con él, excepto a los compatriotas o parientes. Su balanza pesaba con precisión: hacía subir su gloria y bajar la de sus adversarios. En los numerosos y duros combates no se dejó derrotar,

y estaba tan ansioso de lucha que quien quería menoscabar su gloria lo hacía lleno de temor. Su espada, que le había regalado Anfortas cuando estaba junto al Grial, se rompió cuando lo atacaron, pero la fuente que se llama Lac, junto a Karnant, la volvió a dejar entera. La espada le ayudó a conseguir la gloria. Quien no lo crea, suya es la culpa.

La historia nos cuenta también que Parzival, el valeroso héroe, llegó cabalgando a un bosque. No sé a qué hora. Allí sus ojos descubrieron una ermita recientemente construida. Un alegre arroyo corría a través de ella, pues había sido construida encima de él[141]. El joven e intrépido héroe iba en busca de aventuras. Dios le quería ayudar. Encontró a una ermitaña que había ofrendado su doncellez y su felicidad al amor de Dios. Lo que hace sufrir a las mujeres florecía fresco en su corazón, alimentado por una antigua fidelidad. Encontró allí a Schionatulander y a Sigune. El héroe muerto estaba enterrado allí y ella llevaba una vida de sufrimiento, inclinada sobre su sarcófago. La duquesa Sigune nunca oía misa: su vida era un constante hincarse de hinojos. Sus gruesos, ardientes y rojos labios habían palidecido, pues había renunciado a la dicha terrenal. Ninguna muchacha sufría tanto. Tenía que estar sola para sufrir. Como con él había muerto el amor, que el príncipe nunca había vivido, ella lo amaba sólo como muerto. Si se hubiera convertido en su mujer, doña Lunete no se habría atrevido a aconsejarle lo que con tanta precipitación recomendó a su propia señora[142]. Todavía hoy se puede ver a menudo a doña Lunete cabalgar a dar algún consejo demasiado pronto. Si una mujer, por fidelidad y por decoro, no entrega su amor a otro hombre mientras vive su marido, éste ha encontrado en ella, si no me equivoco, un ideal de mujer. Nada la adorna más que ese rechazo. Si tengo que demostrarlo, lo demostraré. Si su marido muere, puede obrar como bien le parezca. Si, no obstante, permanece fiel a él, lleva una corona más luminosa que la que llevaría para ser feliz en el baile. Pero ¿cómo puedo comparar la felicidad con la tristeza que la fidelidad impuso a Sigune? ¡Prefiero dejarlo!

Parzival cabalgó por unas tierras sin caminos, saltando por encima de troncos, hasta la ventana. Se acercó a ella demasiado y sufrió por ello. Quería preguntar en qué bosque se encontraba o adónde le llevaba su camino. Deseaba una respuesta. «¿Hay alguien

dentro?».

Ella respondió: «Sí».

Cuando oyó la voz de la dama, muy rápidamente volvió su caballo a la hierba sin pisar. Pero le pareció demasiado tarde: el no haber desmontado antes lo llenó de dolorosa vergüenza. Ató presto el caballo a una rama de un tronco caído y colgó también de ella su agujereado escudo. Cuando el cortés y valiente caballero dejó educadamente allí también su espada, se fue a la ventana que había en la pared, pues quería preguntar. La ermita estaba vacía de alegría y no había en ella ninguna diversión. No encontró allí nada más que un gran sufrimiento. Él le pidió que se acercara a la ventana y la pálida doncella, que estaba arrodillada, se puso en pie con buenos modales. Sin embargo, no sabía en absoluto quién era el caballero. Bajo un hábito gris, sobre la piel desnuda, llevaba un cilicio. Su especial amor era su gran tribulación, que había inclinado su orgullo y había hecho suspirar mucho a su corazón. Con buenas maneras se acercó a la ventana y lo recibió con cariñosas palabras. Llevaba un salterio en la mano. Parzival, el héroe, vio en ella un pequeño anillo, que no se había quitado a pesar de las penalidades. Lo seguía llevando por amor. La pequeña piedra era un granate, que lanzaba rayos por la ventana como si fuera una verdadera centella. También su tocado expresaba tristeza. «Ahí fuera, junto a la pared», dijo ella, «hay un banco. Por favor, tomad asiento, si os place y tenéis tiempo. Dios os premie por haberme saludado, pues Él premia la amistad».

El héroe siguió su consejo y se sentó delante de la ventana. También le pidió a ella que se sentara dentro. Ella contestó: «Nunca me he sentado aquí al lado de ningún hombre».

Entonces el héroe le preguntó qué hacía allí y quién cuidaba de ella. «¿Cómo estáis en estos parajes solitarios, tan lejos de cualquier camino? No puedo comprender, señora, de qué vivís, pues no hay ninguna casa en los alrededores».

Ella contestó: «La comida me viene regularmente del Grial. La hechicera Cundry me trae los alimentos todos los sábados por la noche, para que tenga para toda la semana. Se lo ha impuesto a sí misma». Y siguió diciendo: «¡Si no tuviera otras preocupaciones! No tengo que preocuparme de la comida, pues tengo todo lo que necesito».

Entonces le pareció a Parzival que mentía y que lo engañaría de buen grado en otras cosas. Burlonamente le dijo a través de la ventana: «¿Por quién lleváis el anillo? Siempre he oído decir que las ermitañas y los ermitaños debían evitar el amor».

Ella contestó: «Si vuestras palabras fueran convincentes, me convertiríais en una farsante. Si estoy aprendiendo ahora a engañar, decídmelo, si lo notáis. Pero, como Dios desea, estoy libre de doblez. Sólo conozco lo contrario». Y continuó: «Este anillo de prometida lo llevo por un hombre muy querido, al que nunca amé como se suele amar entre los hombres, aunque mi corazón de doncella me aconsejaba amarlo». Y añadió: «Lo tengo aquí dentro, en la ermita. Desde que lo mató la lanza de Orilo, llevo puesto su anillo. En todos mis años de tribulación le concederé en verdad mi amor. Le otorgué el verdadero amor porque luchó por él como un caballero, con el escudo y la lanza, hasta que murió estando a mi servicio. Ciertamente sigo siendo doncella, pero ante Dios es mi marido. Si las ideas obran los hechos, nada se esconde en mí que pudiera disolver este matrimonio. Su muerte causó profundo dolor a mi vida. Este anillo, símbolo del verdadero matrimonio, me debe acompañar ante Dios. Es un cerrojo de mi fidelidad, desde el que las lágrimas de mi corazón fluyeron hasta los ojos. Aquí dentro estamos dos: Schionatulander es el primero y yo la segunda».

En ese momento se dio cuenta Parzival de que era Sigune. La tristeza de ella lo apesadumbró. Antes de seguir hablando, el héroe se quitó el capuchón de mallas de la cabeza y la doncella vio bajo la herrumbre de la armadura su resplandeciente hermosura. Entonces reconoció al valiente héroe y dijo: «Sois vos, don Parzival. Decidme, ¿cómo os va con el Grial? ¿Habéis conocido su esencia? ¿Qué os ha aportado vuestro viaje?».

Él contestó a la distinguida doncella: «Perdí mi felicidad. El Grial me proporciona muchas preocupaciones. Dejé un país, en el que ceñía corona, y además a mi adorabilísima esposa. Nunca ha nacido de una madre semejante belleza en el mundo. Siento nostalgia de su pureza y de su noble educación. Estoy muy apesadumbrado por su amor y, más aún, por aquella elevada meta: cómo poder ver Munsalwäsche y el Grial. Hasta ahora no lo he conseguido. Prima Sigune, eres injusta al tratarme con hostilidad, aunque sabes cuánto he sufrido».

La muchacha replicó: «Primo, no te quiero censurar más. Perdiste la felicidad cuando no tuviste ganas de plantear la pregunta, que te hubiera llenado de honra, y cuando el bondadoso Anfortas fue *tu* anfitrión y tuvo tu suerte en sus manos. Entonces la pregunta te habría proporcionado la perfecta felicidad. Pero ahora tu dicha se ha esfumado y todo tu orgulloso valor se ha quedado cojo. Tu corazón ha convertido en animal doméstico la preocupación. Si hubieras preguntado, habría permanecido para ti salvaje y ajena».

«He merecido mi desgracia», contestó él. «Querida prima, ayúdame. Piensa que somos parientes. Dime también cómo estás. Lloraría tu dolor si mi aflicción no fuera mucho mayor que la que nunca ha soportado un hombre. Mi sufrimiento es penoso en extremo».

Ella dijo: «¡Que el que conoce todas las preocupaciones te ayude para que la huella de una pezuña te lleve hasta Munsalwäsche!, puesto que me dices que allí está tu felicidad. La hechicera Cundry acaba de salir a caballo de aquí. Siento no haberle preguntado si quería regresar a Munsalwäsche o si se dirigía a otro lugar. Siempre que viene, su mulo queda allí, donde el arroyo sale de la roca. No tendrá probablemente tanta prisa como para que no la puedas alcanzar enseguida».

El héroe no esperó mucho. Se despidió de ella y siguió la huella, aún fresca, del mulo de Cundry. La huella que había buscado desaparecía, sin embargo, en aquellos parajes sin caminos. De nuevo perdía el Grial y toda su alegría. Si hubiera llegado a Munsalwäsche, creo que esta vez habría preguntado mejor que cuando oísteis antes.

¡Dejémosle cabalgar! ¿Adónde se dirige? Hacia él venía cabalgando un hombre. No llevaba yelmo en la cabeza. Su guerrera era muy preciada y la armadura resplandecía por debajo. Estaba armado hasta los dientes. Cabalgó rápidamente hacia Parzival y le dijo: «Lamento que crucéis así el bosque de mi señor. Tendréis que pagarlo de un modo que os dolerá incluso recordarlo. Munsalwäsche no está acostumbrado a que nadie cabalgue tan cerca sin luchar despiadadamente o sin pagar aquella pena que delante del bosque se llama *la muerte*». Llevaba un yelmo en la mano, cuyas correas eran cordones de seda, y una afilada punta de

lanza inserta en un asta completamente nueva. El caballero se ató furioso el yelmo en la cabeza. Le ajustaba perfectamente. No le salieron de balde en esta ocasión sus amenazas y sus ansias de pelea. Sin embargo, se preparó para la justa.

Parzival, que había gastado también muchas lanzas de tan alto precio, pensó: «Estaría perdido si cabalgara sobre el sembrado de este hombre. ¿Qué me ayudaría entonces contra su furia? Cabalgaré por aquí, entre los helechos. Si me obedecen las manos y los brazos le daré tal prenda por mi viaje que ya no podrá poner la mano sobre mí».

Los dos caballeros hicieron lo mismo: lanzaron los caballos al galope, picaron espuelas y, a rienda suelta, atacaron a la carrera. Ninguno de ellos falló con la lanza. El ancho pecho de Parzival había sido adversario en muchos duelos. Dirigió su lanza con arte y con ganas de lucha exactamente al nudo de los cordones del casco y lo alcanzó, por tanto, en el lugar hasta el que se levanta el escudo en los duelos caballerescos. El templario[143] de Munsalwäsche cayó del caballo a un profundo barranco, tan lejos que no durmió nada por no encontrar la cama. Parzival siguió en la dirección de su golpe, pero su caballo iba demasiado rápido y se precipitó por el barranco hasta quedar destrozado. Parzival se agarró con las dos manos a la rama de un cedro. No os riáis de él, aunque se colgara sin verdugo. Por fin, pudo poner los pies en una roca. Su caballo yacía muerto allí abajo, en el inaccesible barranco, mientras que el caballero subía rápidamente, para salir del apuro, por la pendiente del lado opuesto. Si hubiera querido repartir el botín que había conseguido de Parzival, le tendría que haber ayudado el Grial. Parzival volvió a subir. Las riendas colgaban hasta el suelo. El caballo las había pisado. Se había quedado parado como si se lo hubiesen ordenado. El otro caballero lo había olvidado. Cuando Parzival montó sobre él, no había perdido más que su lanza. La ganancia compensaba la pérdida. Creo que ni el fornido Lähelin, ni el orgulloso Kingrism, ni el rey Gramoflanz, ni el conde Lascoyt, hijo de Gurnemanz, justaron nunca tan bien como cuando Parzival consiguió este caballo como botín. Entonces cabalgó sin saber adónde y los caballeros de Munsalwäsche evitaron luchar contra él. El Grial seguía siéndole ajeno y ello le entristecía.

A quien desee oír le contaré cómo le fueron después las cosas.

No sé las semanas que Parzival estuvo cabalgando, como antes, en busca de aventuras. Una mañana había una fina capa de nieve, pero suficientemente espesa para que aún hoy la gente se helara de frío. Sucedía esto en un gran bosque. Se encontró con un caballero viejo, cuya barba era gris, pero su piel clara y hermosa. Su mujer también tenía buen aspecto. Los dos llevaban sobre la piel desnuda hábitos grises y toscos de peregrinos, de penitentes. Sus hijas, dos doncellas que daba gusto mirar, llevaban las mismas ropas. Su puro corazón les aconsejaba a todos ir con los pies descalzos. Parzival saludó al caballero cano, que se acercaba. Su consejo le traería después buena suerte. Parecía que era un señor. Junto a él corrían unos perrillos falderos. Humildemente y sin excesivo orgullo les seguían educadamente caballeros y escuderos en la peregrinación. Muchos de ellos eran muy jóvenes y aún imberbes.

Parzival, el noble héroe, se había preocupado tanto de su buena presencia que en sus ricas armas era un modelo de caballero. La armadura en la que cabalgaba era bien distinta del hábito que llevaba el hombre cano. Enseguida sacó del camino al caballo con las riendas y preguntó curioso a las buenas gentes por su viaje. Con amables palabras se lo dieron a conocer, pero el caballero cano se lamentó de que ni siquiera aquellos días sagrados le hubieran movido a ir sin armas, o incluso con los pies descalzos, y a celebrar aquel día santo. Parzival le respondió: «Señor, no sé siquiera cuándo ha comenzado el año, en qué semana estamos o en qué día vivimos. No lo sé en absoluto. Serví a uno que se llama Dios antes de que su amor vertiera sobre mí su burla y su desprecio. Creía firmemente en el que decían que me ayudaba, pero no me ayudó».

Entonces dijo el caballero cano: «¿Os referís a Dios, el hijo de la Virgen? Si creyerais que Él, hecho hombre, sufrió por nosotros, como celebramos en este día, no llevaríais la armadura. Hoy es Viernes Santo. Todo el mundo debe alegrarse y, a la vez, estar completamente angustiado. ¿Dónde se manifestó un amor más alto que el que demostró Dios por nosotros, al que se colgó en la cruz por nosotros? Señor, si sois un verdadero cristiano, deberíais lamentar este trueque. Él dio su preciada vida, muriendo para reparar nuestra culpa, pues el hombre estaba perdido y, por su pecado, destinado al infierno. Si no sois un pagano, señor, pensad en este día festivo. Cabalgad siguiendo nuestra huella. No

demasiado lejos de aquí vive un hombre santo. Él os dará consejo y os pondrá penitencia por vuestros pecados. Si le mostráis verdadero arrepentimiento, os perdonará vuestros pecados».

Sus hijas dijeron: «¿Por qué eres tan severo con él? Con el mal tiempo que tenemos, ¿cómo le aconsejas eso? ¿Por qué no le envías a donde pueda calentarse? Sus brazos cubiertos de acero muestran verdadera fortaleza de caballero, pero pensamos que están ateridos de frío. Aunque fuera tres veces más fuerte, sentiría frío. Tienes aquí cerca las tiendas y el depósito de esclavinas. Aunque viniera el propio rey Arturo, lo podrías recibir con buenas viandas. Obra como debe hacerlo un anfitrión y lleva a este caballero allí contigo».

El caballero cano volvió a hablar: «Señor, mis hijas tienen razón. Todos los años, antes de empezar la Pasión de nuestro Señor, que siempre premia nuestro servicio, vengo a este bosque inhóspito, haga frío o calor. Compartiré de buen grado con vos las provisiones que he traído para esta peregrinación».

Las doncellas le pidieron insistentemente, con buenas intenciones, que se quedara y le aseguraron que ello no menoscabaría su honra. Las dos lo decían de corazón. Aunque el frío no calienta, Parzival vio en ellas los labios rojos, gruesos y ardientes, pero no estaban entreabiertos de amor, en correspondencia con el día festivo. Si tuviera que castigarlas por una pequeña falta, lo haría de buen grado. Como penitencia les daría un beso, si estuvieran de acuerdo con ella. Las mujeres son siempre mujeres. Incluso vencen rápidamente a los hombres fuertes. Lo han conseguido muchas veces.

Parzival oyó por todas partes las cariñosas palabras del padre, de la madre y de las hijas, pero pensaba: «¿Me daré la vuelta? No iré muy a gusto con ellos. Estas muchachas son tan hermosas que estaría mal ir a caballo a su lado. Los hombres y las mujeres van a pie. Es mejor que me separe de ellos, pues siento odio por aquel al que aman de todo corazón y que creen que ayuda. Él me ha negado su ayuda y no me ha protegido de las preocupaciones». Parzival les dijo enseguida: «Señor y señora, dejadme que me despida. ¡Que el destino os dé suerte y felicidad! Vos, hermosas doncellas, queríais otorgarme la verdadera hospitalidad. ¡Que vuestra hidalguía os lo premie! Permitidme que me despida». Se inclinó y los otros también se inclinaron. No dejaron de lamentarse.

El hijo de Herzeloyde partió de allí. Su educación caballeresca le había enseñado la humildad de corazón y la compasión. La joven Herzeloyde le había dejado en herencia el fiel amor. Así creció en él la tristeza. Por primera vez pensó en el que creó el mundo, en el que lo había creado a él mismo. ¡Qué poderoso era! Dijo para sus adentros: «¿Y si Dios me ayudara a vencer mi tristeza? Si ha sentido alguna vez simpatía por los caballeros, si ha recompensado su servicio caballeresco o si han sido dignos de su ayuda el escudo, la espada y la dura lucha entre hombres, que su auxilio me libre de mis preocupaciones. Si hoy es el día en que ayuda, que me ayude, si puede ayudar». Se dio la vuelta y miró atrás. Ellos estaban aún allí, tristes porque se había apartado de su lado. Lo sentían muy sinceramente. Las doncellas lo siguieron con los ojos. También el corazón de él se decía que las miraba de buen grado, pues resplandecían de belleza.

Parzival se dijo: «Si el poder de Dios es tan grande que puede dirigir a los caballos y a los demás animales, y también a los seres humanos, lo ensalzaré. Si su sabiduría me puede ayudar, que dirija este caballo castellano lo mejor posible en mi camino. Con ello demostrará su bondad. ¡Corre hacia donde Dios te indique!». Entonces puso las riendas delante de las orejas de su caballo y picó fuerte las espuelas. El caballo fue hacia la Fuente Salvaje, donde Parzival había prestado juramento a Orilo. Allí vivía el pío Trevrizent, que ayunaba muchos lunes, al igual que el resto de la semana. Había renunciado al vino de moras, al de uvas y al pan. Su frugalidad le obligaba a más: no comía ninguna vianda que tuviera sangre, ni pescado ni carne. Así discurría su vida de santidad. Dios le había movido a tomar la decisión de prepararse para entrar en la cohorte celestial. Sufría grandes penalidades ayunando y con sus renuncias luchaba contra el diablo. De él aprenderá ahora Parzival los misterios del Grial. Quien antes me preguntó por ellos y me criticó porque no se los conté se ha puesto en ridículo. Kyot me pidió que callara, pues la historia le ordenaba que no dijera nada hasta que la propia narración indicara que era necesario hablar de ello. Kyot, el famoso maestro, encontró archivado en Toledo el texto originario de esta historia, escrito en árabe. Antes tuvo que aprender los signos mágicos, sin estudiar el arte de la magia negra. Le ayudó su fe cristiana, pues, si no, esta historia seria aún

desconocida. Ningún saber pagano nos puede revelar la esencia del Grial ni cómo se descubrió su secreto. Un pagano, llamado Flegetanis[144], alcanzó gran fama por su saber. Este físico procedía de Salomón y era de la estirpe israelita, muy noble desde tiempos muy antiguos, hasta que el bautismo nos libró del fuego del infierno[145]. Él escribió la historia del Grial. Por parte de padre, era pagano: Flegetanis rezaba a un becerro como si fuera su dios. ¿Cómo puede el demonio confundir tan ignominiosamente a gente tan inteligente, y Dios Todopoderoso, que conoce todos los misterios, no los ha liberado de esas creencias? El pagano Flegetanis supo exponernos la ida y el regreso de las estrellas[146] y las dimensiones de sus órbitas, hasta que vuelven a sus puntos de origen. La esencia de los humanos está condicionada por la órbita de las estrellas. Como pagano, Flegetanis vio con sus propios ojos en las estrellas místenos ocultos y habló de ellos con gran timidez. Nos dijo que había una cosa que se llamaba el Grial. Este nombre lo leyó claramente en las estrellas. «Lo dejó sobre la tierra una cohorte de ángeles, que volaron después más alto que las estrellas, si es que su inocencia les permitió volver al cielo. Desde entonces lo tienen que guardar cristianos con la misma pureza. Quien es llamado al Grial tiene la mayor dignidad humana».

Esto escribió Flegetanis sobre el Grial. Kyot, el sabio maestro, empezó a buscar noticias en libros latinos sobre dónde había existido un pueblo destinado a guardar el Grial y a vivir en la pureza. Leyó crónicas de diversos países, de Britania, de Francia, de Irlanda y de otros lugares, y encontró la referencia en Anjou. Leyó allí sobre Mazadan cosas que están fuera de toda duda. Se había escrito con precisión sobre su linaje y también cómo Titurel y su hijo Frimutel legaron el Grial a Anfortas, el hermano de aquella Herzeloyde de la que Gahmuret tuvo el hijo del que trata esta historia.

Parzival cabalgó sobre la fresca huella que había dejado el caballero cano al ir hacia él y, a pesar de la nieve, reconoció el lugar donde antes había resplandecientes flores. Era la peña escarpada donde su mano viril había reconquistado para doña Jeschute el favor de su marido y donde había conseguido que Orilo depusiera su cólera. La huella no lo dejó allí: Fuente Salvaje se llamaba el lugar adonde le condujo el camino. Encontró al eremita,

que le dio la bienvenida.

El anfitrión le dijo: «¡Ay, señor! ¿Qué os ha pasado en este día sagrado? ¿Os ha obligado un terrible combate a poneros esa armadura? ¿O no habéis luchado? Entonces os sentaría mejor otro atuendo, a no ser que os dejéis llevar por la soberbia. Señor, dignaos desmontar. Creo que no os será desagradable. Calentaos al fuego. ¿Os ha enviado el ansia de aventuras para conseguir una recompensa amorosa? Pero si buscáis el verdadero amor, amad como conviene a este día, conforme al amor de Dios, y prestad después vuestro servicio por el favor de una mujer. Por favor, desmontad, si os lo puedo pedir».

Parzival, el héroe, desmontó enseguida y quedó en pie ante él educadamente. Le informó de la gente que lo había enviado allí y de cómo habían alabado sus consejos. Y añadió: «¡Aconsejadme! Soy un pecador».

Cuando terminó de hablar, contestó el piadoso varón: «Os daré gustoso mi consejo, pero decidme antes quién os ha enviado aquí».

«Señor, me encontré en el bosque con un hombre cano, que me saludó muy amistosamente, al igual que sus acompañantes. Ese hombre sin tacha me envió aquí, a vos. Seguí su huella hasta que os encontré».

El anfitrión dijo: «Fue Kahenis, un noble muy distinguido. Es un príncipe de Punturtoys. El poderoso rey de Kareis[147] está casado con su hermana. No han nacido nunca hijas tan puras como las suyas, con las que os habéis encontrado. El príncipe es de sangre real. Todos los años peregrina hasta mí».

Parzival dijo a su anfitrión: «Cuando os vi en pie delante de mí, ¿tuvisteis miedo de mí? Y cuando cabalgué hacia vos, ¿os molestó que hubiera venido?».

Trevrizent contestó: «Señor, creedme, los osos y los ciervos me han asustado más a menudo que los hombres. Puedo deciros sinceramente que no temo a los hombres. Tengo suficiente experiencia con ellos. Si no lo tomáis como jactancia, os diré que nunca he huido. En esto soy como una doncella. Mi corazón jamás ha sido tan débil como para que no me defendiera, cuando aún me podía defender. Fui un caballero, como vos lo sois, que también luchaba por el alto amor cortés. Más de una vez enturbiaban pensamientos pecaminosos la pureza de mi ánimo. Proporcionaba

esplendor a mi vida para que me escuchara una mujer. Ahora lo he olvidado. Dadme las riendas. Vuestro caballo debe estar y descansar allí, debajo de aquella peña escarpada. Dentro de un momento iremos los dos a coger hierbas y helechos. Otro pienso no tengo, pero lo alimentaremos bien».

Parzival se resistía a que Trevrizent cogiera las riendas. «Vuestra educación no os permite luchar contra el anfitrión. Vuestra cortesía debe estar reñida con los malos modos», le dijo el piadoso varón. Entonces dejó las riendas a su anfitrión, quien llevó el caballo debajo de la peña, donde nunca brillaba el sol. Era un establo natural. Desde lo alto caía un arroyo.

Parzival estaba en la nieve. A un hombre débil le dolería llevar una armadura y que el frío le golpeara de ese modo. El anfitrión lo condujo a una gruta, a la que nunca entraba el viento. Allí había unos carbones, que aún ardían, y el huésped se sintió reconfortado. El ermitaño encendió una vela y el héroe se quitó la armadura. Heno y helechos cubrían el suelo. Cuando sus miembros se calentaron, su piel resplandeció. Podía estar cansado del bosque, pues no había cabalgado por ningún camino y había pasado la noche sin techo, hasta la alborada, como en muchas otras ocasiones. Ahora había encontrado a este buen anfitrión. El ermitaño le prestó un vestido que había allí y después lo llevó consigo a otra gruta, en la que estaban los libros que el pío varón leía. En correspondencia con el día, había allí una piedra de altar desnuda. Encima estaba un relicario, que Parzival reconoció al instante. Sobre él había puesto su mano para jurar cuando cambió la tristeza de Jeschute en alegría y multiplicó su felicidad. Parzival dijo a su anfitrión: «Señor, conozco este relicario, pues juré sobre él cuando pasé por aquí. A su lado encontré una lanza pintada y la cogí. Con ella conseguí la victoria, como me dijeron después. Una vez estaba tan ensimismado pensando en mi mujer que perdí la consciencia de lo que sucedía a mi alrededor. Participé en dos magníficos duelos luchando en trance. Entonces tenía prestigio, pero ahora estoy más afligido que cualquier hombre que hayáis visto antes. Por vuestra noble educación, decidme cuánto tiempo ha pasado desde que cogí la lanza».

El piadoso varón contestó: «La olvidó aquí mi amigo Taurian y después se lamentó ante mí de ello. Han pasado cuatro años y

medio, y tres días, desde que la cogisteis[148]. Oíd y os lo calcularé». Y le leyó del salterio los años e incluso las semanas que habían transcurrido.

«Ahora veo claro cuánto tiempo anduve sin rumbo y sin alegría», dijo Parzival. «La felicidad es para mí un sueño. Llevo sobre mis espaldas la carga de la tristeza. Señor, os diré más: en todas las iglesias o catedrales en que se honra a Dios no me ha visto nunca nadie en ese tiempo. No quería nada más que luchar y odio a Dios, pues es el responsable de mis preocupaciones y las ha multiplicado tanto que mi felicidad está enterrada en vida. Si Dios Todopoderoso me ayudase, ¡qué bien anclada estaría mi dicha! Ahora se hunde en el fondo de la tristeza. Mi viril corazón está herido. No pudo permanecer indemne cuando la tribulación puso su corona de espinas sobre mi alto prestigio, que conseguí ejerciendo la caballería contra caballeros experimentados en la lucha. Se lo reprocho a aquel que puede conceder siempre su ayuda. Aunque podría ayudarme enseguida, no me ha ayudado, por mucho que se encomie su ayuda».

El ermitaño suspiró, lo miró y dijo: «Señor, si tenéis juicio, debéis confiar en Dios. Os ayudará cuando deba hacerlo. ¡Que nos ayude a los dos! Señor, contadme con detalle —pero sentaos antes —, decidme serenamente cómo surgió vuestra cólera. Por vuestra noble educación, mostrad un poco de paciencia y oíd cómo os demuestro que es inocente, antes de que os quejéis de Él ante mí. Siempre está dispuesto a ayudar. Aunque yo sólo era un lego, sabía leer las Sagradas Escrituras, y también escribir: el hombre debe perseverar siempre y esperar la ayuda de aquel que nunca ha dejado de ayudar al alma cuando amenaza hundirse en el infierno. Sedle fiel sin vacilaciones, pues Dios es la propia fidelidad. Nunca le gustaron las malas artes. Tenemos que darle las gracias, pues ha hecho mucho por nosotros: a pesar de su noble y distinguido linaje, se hizo hombre por nosotros. Se llama *Dios* y es la Verdad. Siempre odió el engaño. Debéis pensarlo. No puede ser infiel a nadie. Grabadlo bien en vuestro pensamiento: guardaos de dudar de Él. No le podéis extorsionar con vuestra cólera. Quien os vea con vuestro odio contra Él, creerá que habéis perdido el juicio. Pensad lo que consiguió Lucifer con sus compañeros de lucha. Carecían de hiel[149]. ¡Oh, Dios! ¿Dónde cogieron el odio que los llevó a esa

interminable rebelión, que recibió su triste merecido en el infierno? Astiroth y Belcimón, Belet y Radamanto[150], y otros que conozco, toda la refulgente cohorte celestial, se tornaron por su odio negros como el infierno. Cuando Lucifer bajó al infierno con sus secuaces, Dios creó de barro al noble Adán. De la costilla de Adán creó a Eva, que fue la causante de nuestra desgracia, pues no obedeció a su Creador y, con ello, destruyó nuestra felicidad. Los dos engendraron hijos. Uno era tan insaciable que por codicia y ansias de gloria robó la virginidad a su abuela[151]. Muchos desearían ahora una explicación para comprender el sentido de estas palabras. Sucedió realmente así, por el pecado».

Parzival le dijo: «Señor, no creo que sucediera. ¿De quién había nacido el hombre por el que su abuela perdió su virginidad, como me decís? ¡Mejor habría sido que os lo hubierais callado!».

Pero el anfitrión le contestó: «Os quitaré vuestras dudas. Si no digo toda la verdad, quejaos de mis mentiras. La tierra era la madre de Adán, que vivía de los frutos de la tierra. Hasta entonces la tierra era virgen. Aún no os he dicho quién la desfloró. Adán era el padre de Caín, quien mató a Abel por un pequeño beneficio. Cuando cayó la sangre sobre la pura tierra, su virginidad desapareció. Se la quitó el hijo de Adán. Así nació el odio del ser humano, y dura hasta hoy. En el mundo nada hay tan puro como una doncella inmaculada. Pensad qué puras son las doncellas. Dios mismo fue el hijo de la Virgen. De vírgenes nacieron dos hombres. El propio Dios se encarnó a imagen y semejanza del hijo de la primera virgen. Fue la confirmación de su noble esencia. Con la estirpe de Adán nacieron las penas y la bienaventuranza: la bienaventuranza porque el que está por encima de todos los ángeles reconoce su parentesco con nosotros; las penas, porque ese parentesco es el carro de los pecados, que tenemos que arrastrar. ¡Que se apiade Dios Todopoderoso, a quien acompaña siempre la Misericordia, pues su fiel humanidad lucha fielmente contra la infidelidad! Si no queréis perder la salvación, no debéis guardarle rencor. Haced penitencia por vuestros pecados. Tened cuidado con vuestras palabras y con vuestras obras, pues quien se venga de su desgracia diciendo cosas desvergonzadas recibirá esta recompensa que os digo: su propia boca lo condenará. Considerad los escritos antiguos como si fueran nuevos si os enseñan la fidelidad. Platón, el orador, habló en su

tiempo de ello, así como la profetisa Sibila, sin equivocarse[152]. Hace muchos años dijeron que seríamos liberados de nuestra más grande culpa. Y así la mano del Altísimo nos sacó del infierno por el amor de Dios, y sólo dejó dentro a los impuros. Esta buena nueva nos anuncia al que sólo es Amor. Es una luz resplandeciente y su amor es inconmovible. Es feliz en su amor aquel a quien se lo revela. Dos cosas bien diferentes se ofrecen al mundo: el amor de Dios y su odio. Pensad cuál de las dos os ayudará mejor. Quien es culpable y no se arrepiente rehuye el fiel amor de Dios, pero quien hace penitencia por sus pecados y sus culpas merece su Gracia, que la concede el que penetra en los pensamientos. El pensamiento se defiende contra la luz del sol; el pensamiento se protege sin cerrojo de todas las criaturas; el pensamiento es oscuro e informe. La Divinidad, por el contrario, es la pura luminosidad, penetra con su luz la pared de las tinieblas. Salta en secreto al corazón, sin que se la vea ni se la oiga, y sale de él del mismo modo. Ningún pensamiento es tan rápido: antes de que salga del corazón a la piel, Dios lo examina. Dios acepta sólo los pensamientos puros. Como Dios penetra tan bien en los pensamientos, ¿por qué no evitamos las malas obras? Si las obras nos hacen perder su Gracia, y Él se avergüenza de nosotros, ¿de qué sirve toda la educación humana? ¿Adónde huirá la pobre alma? Si ofendéis a Dios, que está dispuesto al amor y a la cólera, estáis perdido. Convertios, para que pueda recompensar vuestra bondad».

Entonces Parzival le dijo: «Señor, estoy feliz de que me hayáis hablado de quien nada deja sin su merecido, las malas acciones y las buenas. He pasado mi juventud lleno de preocupaciones, hasta este día. Sufría a pesar de mi fidelidad amorosa».

El ermitaño le respondió: «Si no deseáis callarlo, oiré de buen grado qué preocupaciones y pecados tenéis. Si me dejáis examinarlos, quizá pueda daros un consejo en el que vos mismo no hayáis caído».

De nuevo habló Parzival: «Mi mayor pesadumbre se debe al Grial. Después, a mi mujer: nadie más hermoso mamó de los pechos de una madre. Me siento arrastrado irresistiblemente hacia los dos».

El anfitrión dijo: «Señor, decís bien. Sufrís con razón la nostalgia, pues os atormenta con preocupaciones vuestra propia esposa. Si vivís en un santo matrimonio y deberíais sufrir las penas

del infierno, los tormentos terminarán rápidamente y, con la ayuda de Dios, quedaréis libre enseguida de las ataduras. Decís que deseáis ardientemente ir al Grial. ¡Oh, necio! Sólo puedo lamentarlo. Nadie puede conquistar el Grial si el cielo no lo conoce bien y no lo designa para él. Esto tengo que deciros del Grial. Lo conozco, pues lo he visto con mis propios ojos».

Parzival preguntó: «¿Estuvisteis allí?».

El ermitaño contestó: «Sí, señor».

Parzival le ocultó completamente que también él había estado allí y le siguió preguntando sobre todo lo que sabía del Grial.

El anfitrión dijo: «Sé bien que viven muchos valientes caballeros en Munsalwäsche, junto al Grial. Cabalgan una y otra vez en busca de aventuras. Consigan la derrota o la victoria, estos templarios expían así sus pecados. Habita allí una tropa bien experimentada en la lucha. Os diré de qué viven: se alimentan de una piedra, cuya esencia es totalmente pura. Si no la conocéis, os diré su nombre: *lapis exillis*[153]. La fuerza mágica de la piedra hace arder al Fénix, que queda reducido a cenizas, aunque las cenizas le hacen renacer. Así cambia el Fénix su plumaje y resplandece después en sus mejores galas, siendo tan bello como antes. Por muy enfermo que esté alguien, si ve un día la piedra, no puede morir en la semana siguiente y mantiene toda su belleza. Quien en la flor de la vida, fuera doncella o varón, contemplara la piedra durante doscientos años, conservaría el mismo aspecto: sólo el cabello se le tornaría gris. La piedra proporciona a los seres humanos tal fuerza vital que su carne y sus huesos rejuvenecen al instante. Esta piedra se llama también el Grial. Hoy baja sobre él un mensaje, sobre el que descansan sus poderes sobrenaturales. Hoy es Viernes Santo y se verá cómo desciende del cielo una paloma y deposita sobre la piedra una pequeña y blanca hostia. La paloma, que resplandece en su blancura, retorna después al cielo. Como os digo, todos los Viernes Santos la deposita sobre la piedra, con lo que le proporciona todo lo que en la tierra posee un buen aroma, comidas y bebidas, todo lo que crece en la tierra, con una abundancia paradisíaca. La piedra obsequia asimismo con la carne de todos los animales que vuelan, corren o nadan. El poder maravilloso del Grial asegura la existencia de la comunidad de caballeros. Oíd cómo se sabe quiénes son llamados al Grial. En el borde de la piedra, una

inscripción con letras celestiales indica el nombre y el origen, sea muchacha o muchacho, del que está destinado a hacer este viaje de salvación. No hace falta quitar la inscripción, pues, tan pronto como se ha leído, desaparece por sí misma de la vista. Como niños llegaron los que ahora son adultos. ¡Felices las madres cuyos hijos fueron llamados a este servicio! Pobres y ricos se alegran por igual cuando les piden que envíen a sus hijos a la comunidad. Los requieren de muchos países. Permanecen allí protegidos siempre contra la ignominia del pecado y reciben su magnífica recompensa en el cielo. Cuando se les apaga aquí la vida, se les concede en el cielo la plena satisfacción. Los que no tomaron partido por ninguno de los dos bandos cuando lucharon Lucifer y la Trinidad, todos los ángeles neutrales, llenos de nobleza y de dignidad, tuvieron que venir a la tierra, a esa misma piedra. No sé si Dios los perdonó o los siguió condenando. Si su Justicia se lo permitió, los acogió a su lado[154]. Desde entonces protegen esta piedra los que Dios ha designado para ello y a los que les envió su ángel. Señor, eso es lo que es el Grial».

Entonces habló de nuevo Parzival: «Si puede la caballería conquistar con el escudo y con la lanza la gloria terrenal y también el paraíso del alma, siempre he ansiado ser caballero. He luchado siempre donde he encontrado lucha. Así se ha acercado mi poderosa mano a la gloria. Si Dios entiende de combates, me tiene que designar. Sin duda me valorarán allí. No rehusaré ninguna lucha».

Pero su piadoso anfitrión le dijo: «Allí tendríais que protegeros con humildad contra la soberbia. Vuestra juventud os lleva demasiado fácilmente a perder el dominio sobre vos. La soberbia hace siempre caer y hundirse». Así habló el ermitaño y sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar en lo que iba a contar. Continuó diciendo: «Señor, había allí un rey que se llamaba —y se llama aún — Anfortas. Deberíais apiadaros siempre —como yo, pobre pecador — de su desgarradora tragedia, que la soberbia le dejó como recompensa. Su juventud y su riqueza trajeron la desgracia a su gente porque ansiaba el amor fuera de la castidad. Este comportamiento no es acorde con el Grial, pues el caballero y el siervo deben protegerse allí de las pasiones. La humildad vence siempre a la soberbia. Allí vive una noble comunidad, que con sus poderosas armas y con su valor ha vencido a los hombres de todas

las naciones, de modo que sólo contemplan el Grial los que son designados para su comunidad de Munsalwäsche. Sólo uno llegó allí sin ser designado. Era un necio y cargó a sus espaldas un gran pecado, pues no le preguntó por el sufrimiento que veía en él. No debo hacer reproches a nadie, pero él debe expiar su pecado por no preguntar por la enfermedad del señor del castillo, pues nunca ha vivido nadie tan cargado de tribulación como Anfortas. Antes de éste llegó cabalgando el rey Lähelin al lago Brumbane, donde le esperaba para luchar el noble héroe Libbeals —del linaje de Prienlascors—, quien encontró la muerte en el duelo. Lähelin se llevó consigo el caballo del héroe, y este robo al difunto fue conocido. Señor, ¿sois Lähelin? En mi establo hay un caballo que se parece a los que pertenecen a las huestes del Grial. En la silla lleva una tórtola. ¡El caballo procede de Munsalwäsche! Este blasón se lo concedió Anfortas cuando era dueño y señor de la felicidad. Sus escudos son así desde antiguo. Titurel lo legó a su hijo, el rey Frimutel, y este valiente héroe perdió su vida en un duelo bajo este emblema. Había amado a su mujer como nadie había amado a la suya antes. Quiero decir que con verdadera fidelidad amorosa. Deberíais seguir su ejemplo y amar de corazón a vuestra esposa. Tomad a este hombre como ejemplo. A fin de cuentas, os parecéis mucho. Él también fue señor del Grial. ¡Ay, señor! ¿De dónde venís? Decidme, por favor, cuál es vuestro linaje».

Los dos se miraron profundamente a los ojos. Parzival dijo al ermitaño: «He sido engendrado por un hombre que perdió la vida en un duelo, porque tenía espíritu de caballero. Señor, por vuestra bondad, acogedle en vuestras oraciones. Mi padre se llamaba Gahmuret y era por su origen un Anjou. Señor, no soy Lähelin. Si robé un día a un muerto, es porque no estaba en mi sano juicio. Sin embargo, lo hice, y debo confesar mi pecado. Mi mano pecadora mató a Ither de Cucumberland. Lo dejé muerto sobre la hierba y le robé todo lo que se podía robar».

«¡Ay, mundo! ¿Cómo puedes hacer algo así?», dijo el anfitrión, desolado por esas palabras. «Proporcionas a la gente profundo dolor y más penosas tribulaciones que alegrías. ¡Ésta es tu recompensa! ¡Éste es el final de tu canción!». Y siguió diciendo: «Querido sobrino, ¿qué te podría aconsejar? Has asesinado a tu propia carne y sangre. Si quieres llevar tu culpa ante Dios, y Dios celebra un

juicio justo, tienes que pagarlo con tu vida, pues los dos erais de la misma sangre. ¿Qué quieres darle como reparación por un Ither de Gaheviez? Dios había personificado en él el fruto de la verdadera perfección, que proporciona al mundo su pureza. Le ofendía la injusticia y era un dechado de fidelidad. Las tachas terrenales huían de él y la dignidad vivía en su corazón. Deberían odiarte las nobles damas, pues él era adorable. Las servía con tanta perfección que hacía brillar sus ojos cuando lo veían tan hermoso. ¡Que Dios te perdone por haber causado semejante desgracia! Mi hermana —Herzeloyde, tu madre— murió de tristeza por tu causa».

«¡Oh, no! Honrado señor, ¿qué decís?», exclamó Parzival. «Aunque fuera el rey del Grial, no me serviría de consuelo, después de lo que habéis dicho. Si soy vuestro sobrino, obrad como un buen pariente y decidme sin rodeos si ambas cosas son verdad». [155]

Entonces contestó el piadoso varón: «No soy capaz de mentir. Tu madre murió nada más irte tú, víctima de su amor. Tú eras el animal que mamaba de sus pechos y el dragón que voló de ella. Lo vivió en un sueño antes de traerte al mundo. Tengo otras dos hermanas. Mi hermana Joisiane murió al dar a luz una niña. El duque Kyot de Cataluña era su marido, y desde entonces no quiso tener alegría. Sigune, su hijita, fue encomendada a tu madre. La muerte de Joisiane me penetró en lo más profundo del corazón. Su corazón de mujer era magnífico, un arca en el diluvio de la impudicia. Mi otra hermana es doncella y vive en compañía de la castidad. Repanse de Schoye cuida del Grial, que pesa tanto que los pecadores no lo pueden mover del sitio. Nuestro hermano Anfortas ha sido hasta hoy el señor del Grial. Desgraciadamente vive desdichado y sólo tiene la esperanza de que su sufrimiento le lleve al final a la vida eterna. Por un maravilloso acontecimiento llegó a este extremo de pesadumbre. Te lo contaré, sobrino. Si conoces el fiel amor, apiádate de su tristeza. Cuando Frimutel, mi padre, perdió la vida, se eligió a su hijo mayor rey y protector del Grial y de la comunidad del Grial. Mi hermano Anfortas era digno de la corona y del poder. Entonces éramos aún pequeños. Pero cuando mi hermano llegó a aquellos años en que nace la primera barba, el amor luchó con la juventud, que suele someterse al séquito de éste hasta la deshonra. Si un señor del Grial ansia un amor distinto del que la inscripción le concede, recibirá desgracias y penosas

tribulaciones. Mi señor y hermano eligió una amiga, que le pareció la mejor de todas las prendas. No importa quién era. Se puso a su servicio y mostró toda su valentía. Con su esforzada mano perforó muchos escudos». El hermoso y noble caballero conquistó en sus aventuras la mayor gloria en todos los países en que hay caballeros. «¡Amor!» era su grito de guerra, un grito que no era la mejor prueba de su humildad. Un día cabalgó el rey solo en busca de aventuras, lo que sintieron los suyos. Su ansia de amor lo obligó a buscar la victoria y la recompensa amorosa. Tu buen tío fue herido en un duelo por una lanza envenenada, que le atravesó los testículos, y nunca más sanó. Era un pagano el que luchaba y justaba contra él. Había nacido en Ethnise, donde el Tigris fluye del Paraíso. Este pagano estaba seguro de que su valor conquistaría el Grial. En la lanza estaba grabado su nombre. Por el poder maravilloso del Grial, buscaba en países lejanos hazañas caballerescas. Viajó por tierra y por mar. Su lucha destrozó nuestra felicidad. Hay que ensalzar el duelo de tu tío. Llevó en su cuerpo la punta de la lanza. Cuando el joven y noble caballero volvió a casa, junto a los suyos, se vio toda la desgracia. Había matado al pagano, lo que no debemos lamentar demasiado. Cuando el rey llegó a nuestro lado, totalmente pálido y sin fuerzas, un médico analizó la herida y encontró la punta de hierro de la lanza. Un trozo del asta de bambú estaba también dentro de la herida. El médico extrajo los dos. Yo me arrodillé para rezar y prometí a Dios nuestro Señor que no volvería a luchar como caballero, para que Dios, por su propia Gloria, ayudara a mi hermano a salir de esta desgracia. También abjuré de la carne, del vino y del pan, y de todo lo que tiene sangre. Nunca lo desearía. El que yo renunciara a la espada, querido sobrino, fue el segundo motivo de lamentación para la sociedad del Grial, como te digo. Ellos se preguntaban: «¿Quién será ahora el protector del misterio del Grial?». Muchos hermosos ojos lloraban. Inmediatamente llevaron al rey ante el Grial para que Dios lo ayudara. Cuando el rey vio el Grial, se produjo su segunda desgracia, pues ahora no podía morir. Tampoco debía, pues, como yo me había consagrado a una vida tan llena de pobreza, estaba muy debilitado el poder de nuestra noble estirpe. La herida del rey estaba envenenada. Todo lo que leyeron en libros de medicina fue en vano. Brevemente te diré que no sirvieron de nada todos los remedios contra la mordedura de

Áspid, Ecidemón, Echontius, Lisis, Jecis, Meatris y otros peligrosos reptiles[156], que son muy venenosos, y todo lo que experimentados médicos averiguaron con el arte de la farmacología en las raíces de las plantas medicinales. El propio Dios no nos lo concedió. Cogimos agua del Guijón, esperando ayuda, del Pisón, del Eufrates y del Tigris, los cuatro ríos que fluyen del Paraíso[157], y llegamos tan cerca que no se había esfumado su delicioso aroma. ¿Había dentro quizá alguna raíz que nos librara de nuestras preocupaciones? Estas fatigas fueron baldías y nuestro profundo dolor se reavivó. Pero lo intentamos de otras muchas maneras. Conseguimos la rama que Sibila indicó a Eneas contra los tormentos del infierno y contra los vapores del Flegetón y de otros ríos que discurren también por allí[158]. Nos tomamos mucho tiempo hasta que encontramos la rama, por si la terrible punta de la lanza, que había matado nuestras alegrías, había sido envenenada o templada en el fuego del infierno. No había sido así. Existe un pájaro, llamado pelícano, que, cuando ha incubado polluelos, los quiere tan exageradamente que su fiel amor le lleva a picotearse en su propio pecho y a poner su sangre en la boca de sus crías, con lo que muere inmediatamente[159]. Nos procuramos sangre de este pájaro, por si su amor podía sernos beneficioso, y la frotamos sobre la herida lo mejor que supimos, pero tampoco nos sirvió de nada. Hay otro animal, que se llama Unicornio. Ama tanto la pureza de una doncella que duerme en su regazo. Conseguimos el corazón de este animal y se lo pusimos sobre la herida al rey. Cogimos el carbúnculo, que crece en el hueso de su frente, bajo la base de su cuerno, y frotamos con él la herida y después lo introdujimos completamente en ella. La herida era venenosa, y nos dolió como al rey. Nos procuramos después una hierba que se llama dragontea[160]. Oímos decir de esta hierba que, donde se mata a un dragón, crece de su sangre. Esta planta tiene las mismas propiedades que el aire. Teníamos la esperanza de que el caminar de ese dragón pudiera ayudar contra el regreso de las estrellas y contra el día de cambio de luna, que multiplican el dolor de las heridas, pero, a pesar de su origen noble y distinguido, no nos proporcionó ninguna ayuda. Por último caímos de rodillas ante el Grial y vimos de repente escrito sobre él que llegaría allí un caballero y que, tan pronto como hiciese su pregunta, terminaría el

sufrimiento del rey, pero que nadie, ni rey, ni muchacha ni hombre, le podía llamar directamente la atención sobre la importancia de la pregunta, pues entonces el sufrimiento permanecería como antes y el dolor sería aún mayor. La inscripción decía: «¿Lo habéis entendido? Vuestra indicación podría perjudicar. Si no pregunta la primera noche, se pierde el poder de la pregunta. Si se plantea la pregunta en el momento adecuado, recibe este reino y el Altísimo pone fin al sufrimiento. Con esto Anfortas quedará sano, pero no seguirá siendo rey».

Así pues, leímos en el Grial que los tormentos de Anfortas terminarían cuando le hicieran la pregunta. Frotamos la herida con lo que le podía procurar alivio del dolor, con magnífico ungüento de nardo[161], con teriaca y con el humo del áloe, pero le siguió doliendo. Entonces me retiré aquí, donde mis años transcurren sin alegría. Un caballero llegó cabalgando al castillo y mejor sería que no lo hubiera hecho. Ya te he contado de él antes. No consiguió ninguna gloria, pues, aunque vio cómo sufría, no preguntó a su anfitrión: «Señor, ¿de qué sufrís?». Por su necedad no preguntó, con lo que desperdició su felicidad.

Los dos estaban apesadumbrados en su corazón. Se acercaba ya el mediodía. El ermitaño dijo: «Vamos a buscar comida. Tu caballo aún no ha recibido nada y tampoco tengo comida para nosotros mismos, a no ser que Dios nos la quiera proporcionar. En mi cocina no arde el fuego. Lo tendrás que soportar hoy y mientras estés conmigo. Si nos lo permitiera la nieve, te enseñaría el arte de las plantas. ¡Quiera Dios que se derrita pronto! Cojamos brotes de hiedra. Creo que tu caballo comió a menudo mejor en Munsalwäsche que aquí. Pero tú y tu caballo no habéis estado nunca en mi casa: os cuidaría mejor si tuviera todo a mi disposición».

Salieron en busca de hierbas. Parzival se ocupó del pienso, mientras que el ermitaño excavaba buscando raíces, que serían todo su banquete. Trevrizent no olvidaba las reglas monásticas: no comía ninguna raíz antes de la hora nona[162]. Las colgaba ordenadamente en las ramas de un arbusto y seguía buscando. Muchos días no encontraba después el arbusto y volvía a casa sin comer, en nombre de Dios. Los dos compañeros no regatearon esfuerzos y fueron a donde manaba la fuente. Allí lavaron las raíces y las hierbas.

Ninguno de los dos reía. Los dos se lavaron las manos. Parzival llevó a su caballo un haz de hojas de hiedra y después regresaron a su montón de paja, delante de la lumbre. No había necesidad de buscar allí más comida, pues no se hervía ni se asaba: la cocina estaba totalmente vacía. Pero Parzival era suficientemente juicioso y sentía tan gran simpatía por su anfitrión que le parecía que todo sabía mejor que en casa de Gurnemanz o que en Munsalwäsche, cuando fue agasajado por el Grial, en presencia de muchas hermosísimas damas. Su anfitrión le dijo amable y sabiamente: «Sobrino, no menosprecies estos alimentos. No encontrarías tan deprisa a nadie que te quisiera proporcionar de tan buen grado un magnífico banquete».

Parzival contestó: «Señor, que Dios me niegue su favor si alguna vez me ha sabido mejor lo que he recibido del señor de la casa».

Si después de esta comida no se lavaron las manos, no le hizo daño a los ojos: no comieron pescado con los dedos[163]. Por mi parte diré que, si me tuvieran por un halcón y me llevaran a cazar, después de tan frugales bocaditos saldría ansioso del puño y demostraría lo que es realmente volar. Pero ¿por qué me burlo de esta noble gente? Ahí se evidencian mis viejas malas maneras. Habéis oído por qué no poseían riquezas, por qué vivían sin alegría, siempre con frío y nunca calientes. Sufrían en lo más hondo de su corazón porque les unía la verdadera y perfecta fidelidad. De las manos del Altísimo recibieron su recompensa por el sufrimiento, pues Dios estaba contento con su servicio.

Parzival y el piadoso varón se levantaron y se fueron al establo, hacia el caballo. Con tristeza le dijo a éste el ermitaño: «Por la silla que llevas encima, con el blasón de Anfortas, siento que pases hambre».

Cuando dieron de comer al caballo, empezaron a lamentarse de nuevo. Parzival dijo a su anfitrión: «Señor y tío mío, debería lamentar mi desgracia, si no me lo impidiera el pudor y me atreviera a decíroslo. Por vuestra noble educación, sed indulgente conmigo, pues lleno de confianza busco refugio en vos. He obrado tan mal que, si me hacéis expiarlo plenamente, no me quedará ninguna esperanza y nunca me libraré de la tristeza. ¡Lamentad mi inexperiencia y ayudadme con vuestro consejo! El que subió cabalgando a Munsalwäsche, vio toda la desgracia y no hizo

ninguna pregunta, fui yo. ¡Desdichado de mí! Señor, así de mal obré allí».

Entonces exclamó el ermitaño: «Sobrino, ¿qué dices? Ahora debemos empezar a lamentarnos de todo corazón y terminar con cualquier alegría, pues todas tus artes consistieron en rechazar la felicidad. Los cinco sentidos que Dios te concedió no te aconsejaron bien. ¿Cómo no te hicieron sentir entonces compasión por la herida de Anfortas? Pero, con todo, no te quiero negar mi consejo: no debes estar demasiado desesperado. Debes lamentarlo en la justa medida y después dejar los lamentos. Los hombres son seres extraños. A menudo se es sabio en la juventud y tan necio en la vejez como para enturbiar la claridad. Se ensucia así lo blanco, la verde virtud se agosta donde deberían prender sus raíces para que brotara la dignidad. Si pudiera hacerte reverdecer y conseguir que tu corazón tuviera la osadía de conquistar la gloria y no dudaras de Dios, alcanzarías un éxito de tan alto rango que se podría hablar de una reparación. El propio Dios no te abandonaría. Con la ayuda de Dios, te ayudaré. Pero ahora dime: ¿viste la lanza en el castillo de Munsalwäsche? Cuando el planeta Saturno volvía a alcanzar su punto de partida, lo notábamos en su herida y en la nieve veraniega. Nunca el frío le producía tanto dolor a tu querido tío. La lanza tenía que penetrar en su herida, para que el dolor aliviara el dolor. Por ello la lanza estaba roja de sangre. Cuando determinados planetas que se mueven sobre otras estrellas en órbitas irregulares comienzan su curso, la sociedad del Grial eleva su lamento. También el cambio de luna perjudica mucho a la herida. En estas épocas que he dicho el rey no puede encontrar reposo. Las grandes heladas le causan tanto dolor que su carne se enfría más que la nieve. Pero como se sabe que en la punta de esa lanza hay veneno ardiente, se la pone sobre la herida hasta que saca el frío de su cuerpo. En torno a la lanza se formaba un cristal como el hielo, que nadie podía apartar en modo alguno de ella, hasta que Trebuchet, el sabio, forjó dos cuchillos de plata, que lo cortaron. Le desveló este secreto un conjuro que había en la espada del rey. Muchos dicen de buen grado que el asbesto no arde. Pero si caían briznas de ese cristal sobre él, se encendían llamas y se quemaba el asbesto. Este veneno produce portentos.

El rey no puede cabalgar ni andar, ni estar tumbado ni estar de

pie. Se apoya, sin sentarse, y solloza con toda razón. En el cambio de luna siente gran dolor. A un lago que se llama Brumbane lo llevan por sus aires aromáticos, pues el agujero de su herida hiede. Lo llama su *día de pesca*, pero en el castillo necesita mucho más de lo que puede pescar afligido por los mayores tormentos. Por eso se rumoreó que era pescador. Tuvo que soportar el rumor, pero el atribulado rey no puede ofrecer en venta ni salmones ni lampreas».

Parzival dijo al instante: «Encontré al rey en el lago, con las anclas echadas. Me parece que para pescar o para otra diversión.

Ese día había andado yo muchas millas. Había dejado Pelrapeire poco antes del mediodía. Por la tarde me preocupé pensando dónde podía encontrar albergue, hasta que mi tío me ayudó».

«Cabalgaste por un peligroso camino», dijo el ermitaño. «Está muy bien protegido por centinelas, cada uno de los cuales tiene un grupo de hombres. Nadie ha conseguido con ardides culminar el viaje. Quien cabalga hacia ellos pone en peligro su vida. No cogen a nadie prisionero, sino que luchan a vida o muerte. Así expían sus pecados».

«Llegué entonces cabalgando, sin luchar, a la sede del rey», dijo Parzival. «Por la noche vi su palacio lleno de tristeza. ¿Se sentían bien así? Cuando entró por la puerta un escudero, todo el palacio se llenó de lamentos. Llevó en sus manos un asta a lo largo de las cuatro paredes, y en ella estaba metida la punta de la lanza, roja de sangre. Entonces la gente rompió en los mayores lamentos».

El anfitrión dijo: «Sobrino, nunca antes o después sintió el rey tanto dolor, pues entonces el planeta Saturno mostraba su regreso a casa con gran frío. No nos sirvió de nada poner sobre la herida la lanza, como solíamos hacer, por lo que se la clavaron en ella. Cuando Saturno se mueve en su órbita más alta, la herida lo siente antes de que llegue el frío. La nieve no tuvo tanta prisa, sino que cayó durante la noche siguiente, aunque el verano ya mostraba su poderoso esplendor. Cuando se luchaba así contra la frialdad del rey, se lamentaban profundamente sus gentes». El piadoso Trevrizent siguió hablando: «Recibieron la soldada de la desesperación. La lanza les quitaba la alegría y sentían la lanza en su corazón. La fidelidad de su gran sufrimiento revitalizaba en ellos la doctrina del cristianismo».

Parzival dijo al ermitaño: «Vi allí veinticinco muchachas, que

estaban delante del rey y mostraban gran decoro».

Trevrizent contestó: «Del Grial deben cuidar doncellas, pues Dios lo ha dispuesto así. Ellas le sirven. El servicio del Grial es muy distinguido. Sólo lo pueden desempeñar caballeros que vivan en castidad. Cuando las estrellas suben en su órbita, se apodera del pueblo del Grial, de los jóvenes y de los viejos, una gran desolación. Desde hace demasiado tiempo se mantiene la cólera de Dios sobre ellos. ¿Cómo podían ser felices? Sobrino, te voy a contar algo que me puedes creer de buen grado. A menudo están como ante un juego de azar: pierden y ganan. Reciben niños pequeños de alto linaje y gran belleza, y si un país se queda sin soberano y por la Providencia de Dios el pueblo desea otro señor, se le concede uno de la sociedad del Grial. Deben servirle debidamente, pues tiene la bendición de Dios. Dios envía allí en secreto a los hombres y públicamente a las muchachas. Puedes estar seguro de que el rey Castis deseaba a Herzeloyde como esposa y ella fue desposada magníficamente con él. Le dieron a tu madre por esposa, pero no llegó a compartir su amor, pues antes la muerte lo llevó a la tumba. Con anterioridad había legado a tu madre Gales y Norgals, con Kanvoleis y Kingrivals. El rey no iba a vivir mucho tiempo. Volvía de su viaje cuando el rey se tumbó para morir. Ella ceñía la corona de los dos países cuando consiguió a Gahmuret.

Así pues, desde el Grial se envía a los hombres en secreto y a las muchachas públicamente, para que se multipliquen y, mediante el servicio de sus hijos, acrecienten las huestes del Grial. Dios les muestra el buen camino. Quien se ha decidido por el servicio al Grial debe renunciar al amor de las mujeres. Sólo al rey le asiste el derecho de tener una mujer, que ha de ser pura, así como a los que Dios ha enviado como soberanos a los países que se han quedado sin rey. Yo transgredí este mandamiento y amé a una mujer por su recompensa amorosa. Me llevó a ello mi resplandeciente juventud y las excelencias de la dama. Cabalgué sirviéndola y participé en muchos duros combates. La libre vida de aventuras me atraía tanto que permanecía lejos de los torneos. Su amor llevaba la felicidad a mi corazón. Luché mucho por ella. La fuerza de su amor me empujó a ejercer libremente la caballería en países lejanos, y así conseguí su favor. Al luchar, no distinguía en absoluto al pagano y al cristiano. Su recompensa me parecía magnífica. Por la noble dama estuve en

las tres partes de la tierra: en Europa, en Asia y en la lejana África. Queriendo realizar gloriosas justas, cabalgué al Gaurión[164]. Celebré muchos duelos también al pie del monte de Feimurgan. Asimismo justé magníficamente muchas veces al pie del monte Agremontin[165]. Sí se lucha sobre una de sus faldas, salen del volcán hombres envueltos en fuego, pero por la otra falda no arden los guerreros.

Cuando buscando aventuras pasé por el monte Rohitsch[166], salieron del castillo cabalgando unas nobles huestes eslovenas para contraatacar. Navegué desde Sevilla, rodeé Italia y me dirigí a Aquileya, pasando por Cilli y Friul. ¡Ay! ¡Cuánto lamento haber visto a tu padre! Cuando entré en Sevilla, lo vi. El noble caballero de Anjou acampó antes que yo. Su expedición hacia Bagdad siempre me causará dolor, pues allí murió en un duelo. Ya me lo contaste antes. La tristeza nunca abandonará mi corazón. Mi hermano Anfortas es muy rico y a menudo me envió en secreto a empresas caballerescas. Cuando partí de Munsalwäsche cogí su sello y lo llevé a Karcobra[167], donde el Plimizöl desemboca en el mar, en el obispado de Barbigöl. Presenté el sello y el burgrave me proporcionó antes de separarme de él escuderos y armas para mis justas aventurescas y para otras empresas de caballero. Se portó con gran generosidad. Tuve que ir allí completamente solo, y al regreso dejé en su castillo todo mi séquito y cabalgué hasta Munsalwäsche.

Oye ahora esto, querido sobrino. Cuando tu noble padre me vio entonces en Sevilla, dijo enseguida que yo era el hermano de Herzeloyde, su mujer, aunque no me había visto nunca antes. Ciertamente, había que decir entonces de mí que era un dechado de belleza y que aún no tenía barba. Fue a verme a mi albergue y le negué lo que decía. Incluso se lo juré varias veces informalmente. Pero me acosó tanto que se lo confesé en secreto, lo que le produjo gran contento. Él me hizo un magnífico regalo y yo le di lo que quiso. El relicario que viste antes, que es más verde que el trébol, lo hice cincelar de la piedra preciosa que me regaló el noble caballero. Como escudero me confió a su sobrino Ither, el rey de Cucumberland, a quien su corazón protegía de toda maldad. No pudimos diferir más la partida y tuvimos que separarnos. Él se fue a donde estaba el califa, y yo me encaminé hacia el Rohitsch. Desde Cilli cabalgué hasta el Rohitsch. Tres lunes luché mucho allí y me

pareció que había peleado magníficamente. Inmediatamente después entré a caballo en la gran ciudad de Gandin, de donde procede el nombre de tu abuelo Gandin[168]. Ither era allí bien conocido. La ciudad está situada donde desemboca el Grajena en el Drave, un río que tiene oro en sus aguas. Allí encontró a su amor, a tu tía. Era la soberana del país.

Fue Gandin de Anjou quien la nombró allí reina. Se llama Lammire, y el país Estiria. Quien desea ejercer la caballería tiene que atravesar muchos países.

Lo siento por mi escudero rojo. Por él Lammire me recibió con todos los honores. Ither era tu pariente de sangre. Has separado lo que os unía. Dios aún no lo ha olvidado y te puede pedir cuentas por ello. Si quieres vivir siendo grato a Dios, tienes que expiar tu culpa. Te digo con gran dolor que has cometido dos grandes pecados: has matado a Ither y debes llorar también a tu madre. Sucedió esto último por su fiel amor: cuando te separaste de ella, murió inmediatamente. Sigue mi consejo y haz penitencia por tus pecados. Prepárate para la muerte, para que tus fatigas aquí en la tierra proporcionen a tu alma la salvación en el cielo».

El ermitaño le siguió preguntando amablemente: «Sobrino, aún no he oído cómo has conseguido tu caballo».

«Señor, lo conseguí luchando, después de separarme de Sigune, con la que había hablado delante de una ermita. Después hice saltar a un caballero por los aires y cogí el caballo. El caballero venía de Munsalwäsche».

Trevrizent le preguntó: «¿Ha salido vivo el propietario legal del caballo?».

«Señor, lo vi alejarse de mí, pero el caballo se quedó a mi lado».

«Si robas así a las gentes del Grial y crees que vas a conseguir su favor, las cosas no concuerdan».

«Señor, lo conseguí luchando. Quien me quiera condenar por ello tendrá que examinar primero las circunstancias. Antes perdí mi caballo». Y Parzival siguió diciendo: «¿Quién era la doncella que llevaba el Grial? Me prestaron su capa».

El ermitaño contestó: «Sobrino, ¿era suya? Es tu tía y no te la prestó para que te andes vanagloriando, sino porque creía que tú serías el rey del Grial, y su propio rey y el mío. Tu tío te regaló también una espada, y te convertiste en culpable porque tu florida

boca desgraciadamente no planteó la pregunta. Pero dejemos estos pecados junto a los otros. Ahora debemos ir a descansar».

No les trajeron camas y edredones, sino que fueron y se tumbaron sobre un montón de paja. Semejante lecho no se correspondía con su alto linaje. Quince días vivió así Parzival allí, cuidado por el ermitaño como os he dicho. Hierbas y raíces eran su mejor comida. Parzival soportaba las privaciones porque había buenas nuevas: Trevrizent le absolvió de sus pecados[169] y le aconsejó como un caballero.

Un día le preguntó Parzival: «¿Quién era el hombre que estaba tumbado delante del Grial? Tenía el rostro joven, pero el cabello totalmente gris».

El anfitrión contestó: «Era Titurel, el abuelo de tu madre. Fue el primero a quien se encomendó la bandera y la custodia del Grial. Hay una enfermedad que se llama podagra. Él la padece. Esta parálisis es incurable. Sin embargo, no ha perdido el buen color, pues ve muy a menudo el Grial y, por ello, no puede morir. Lo mantienen con vida, postrado en una cama, para que les dé consejos. En su juventud cabalgó a menudo por vados y por praderas buscando justas.

Si quieres llevar una vida llena de gloria y de dignidad, no muestres nunca odio a las mujeres. Es sabido que las mujeres y los clérigos están desarmados y que la bendición de Dios protege a los clérigos. Siente amor siempre por éstos y sírvelos con fidelidad, para que encuentres un buen final. Debes dirigirte a ellos amablemente. Por muchas cosas que veas en el mundo, nada se asemeja a un sacerdote. Predica la Pasión y nos salva de la condenación. Su mano consagrada toca la Hostia, a Cristo, que nos liberó de nuestra culpa. Si un sacerdote ejerce su ministerio en perfecta castidad, ¿cómo puede vivir más santamente?».

Éste era el día de la separación de ambos. Trevrizent se decidió a decir: «¡Confíame tus pecados! Yo soy fiador ante Dios de tu penitencia. ¡Haz lo que te he dicho y mantente firme!».

Entonces se separaron. Si queréis, imaginaos cómo lo hicieron.

—*Orgeluse*—

Siguen ahora historias maravillosas, que pueden quitar la alegría, pero también levantar el entusiasmo. Ambas cosas pretenden. El plazo de un año había transcurrido, pero se arregló el duelo que el landgrave había exigido junto al Plimizöl y que después se había trasladado de Schanpfanzun a Barbigöl. El rey Kingrisin quedó sin vengar. Su hijo Vergulacht apareció para luchar con Gawan, pero los caballeros se dieron cuenta de que eran parientes y los lazos de sangre impidieron el combate. Además el conde Echkunacht llevaba sobre sus espaldas la culpa por aquel crimen, que se había reprochado a Gawan, por lo que Kingrimursel se reconcilió con el valiente héroe. Vergulacht y Gawan partieron de allí cada uno por su lado, pero a la vez, en busca del Grial. En el camino tuvieron que vencer con sus propias manos muchos combates, pues quien quería alcanzar el Grial tenía que acercarse a esa gloriosa meta con la espada. Éste es el camino más rápido para conquistar la gloría.

¿Qué le ocurrió a Gawan, quien nunca había cometido una mala acción, cuando partió de Schanpfanzun? ¿Luchó en el camino? ¡Que lo cuenten quienes lo vieron! Pero ahora se acerca a un combate. Una mañana llegó don Gawan cabalgando a una pradera y vio brillar un escudo, que una lanza había perforado, y un caballo, que llevaba arreos de mujer y cuya brida y silla eran muy preciadas. Estaba firmemente atado a una rama, junto al escudo. Entonces pensó: «¿Quién será esta mujer tan guerrera, que lleva escudo? Si quiere luchar conmigo, ¿cómo me defenderé de ella? A pie acabaré con ella. Si quiere prolongar la pelea, puede derribarme. Reciba odio o amor, el combate debe ser a pie. Aunque fuera doña Camila, quien con sus hazañas conquistó la gloria ante Laurentum, si

estuviera sana y salva como cuando cabalgaba allí, intentaría vencerla, si deseara luchar conmigo»[170].

El escudo estaba hecho añicos. Gawan cabalgó hacia él y lo miró atentamente. Una lanza había abierto en él una amplia ventana. Con este estilo pinta la lucha. ¿Quién se gastaría su dinero en pintores de escudos si sus colores fueran también así? Detrás del grueso tronco de un tilo estaba sentada sobre el verde trébol una dama, completamente atribulada. Sufría tanto dolor que había olvidado por completo su alegría. Gawan cabalgó hacia ella, que tenía a un caballero en su regazo, por lo que estaba tan triste. Gawan la saludó y la dama le dio las gracias y se inclinó. Él vio que ella estaba ronca de tanto gritar lamentándose. Gawan desmontó. Allí yacía atravesado el hombre y la sangre le penetraba en su interior. Entonces preguntó a la mujer del héroe si el caballero vivía o si luchaba contra la muerte. Ella contestó: «Señor, aún vive, pero creo que no vivirá mucho. Dios os ha enviado aquí para ayudarme. ¡Sed amable conmigo y ayudadme! Habéis vivido más penalidades que yo. ¡Concededme vuestro auxilio! ¡Que vea vuestra ayuda!».

«Lo haré, señora», dijo él. «Podría librar a este caballero de la muerte, y aun curarlo completamente, si tuviera una cánula. Entonces lo podríais ver y oír sano mucho tiempo. Su herida no es mortal: la sangre le oprime el corazón».

Cogió una rama de tilo y le quitó la corteza, formando una cánula. Tenía experiencia en curar heridas. Después introdujo la cánula en la herida de la lanza y pidió a la mujer que chupara hasta que le fluyera la sangre. El héroe volvió en sí y pudo hablar perfectamente. Cuando vio a Gawan sobre él, le dio efusivamente las gracias y le aseguró que había conseguido gran honra por haberle devuelto las fuerzas. Después le preguntó si había venido a Logroys en busca de luchas caballerescas. «Yo también vine aquí desde lejos, desde Punturtoys, buscando aventuras. Pero siempre me lamentaré en lo más profundo de mi corazón de haber cabalgado tan cerca de la ciudad. Vos también debéis manteneros lejos de ella, si sois sensato. No creía que pudiera suceder. Lischoys Gwelljus me hirió gravemente y me derribó detrás del caballo de una magnífica lanzada, que atravesó mi escudo y mi cuerpo. Entonces me ayudó esta buena mujer. Me puso sobre su caballo y me trajo aquí». Pidió a Gawan insistentemente que se quedara, pero Gawan dijo que

quería ver dónde le había sucedido la desgracia. «Si Logroys está tan cerca y alcanzo antes al caballero, tendrá que rendirme cuentas. Le preguntaré a quién quería vengar en ti».

«¡No lo hagas!», dijo el herido. «Te digo la verdad. No es un juego de niños, sino que en ello te puede ir la vida».

Gawan vendó la herida con el pañuelo de la mujer, pronunció un conjuro y pidió a Dios que cuidara del hombre y de la mujer. Encontró su huella llena de sangre, como si se hubiera disparado sobre un ciervo. Esto le hizo no equivocarse de camino. Poco después vio la famosa Logroys, ensalzada por mucha gente. La construcción de la ciudad era digna de encomio. Estaba sobre un monte, al que subía un camino en espiral. Si un necio la veía de lejos, le parecía que giraba. Todavía hoy se dice de ella que un asalto no le podría causar ningún daño, que no lo teme en ningún sitio en que pueda producirse. En torno al monte había un bosquecillo con nobles árboles: higueras, granados, olivos, vides y otros árboles crecían allí exuberantes. Gawan cabalgó por el camino hacia arriba. Un poco más abajo del camino vio entonces la dicha y la desgracia de su corazón. Junto a una fuente, que brotaba de la roca, vio a una dama tan hermosa que tuvo que mirarla complacido. Era una preciosa flor del encanto femenino. Excepto Condwiramurs, no había nacido dama tan bella. La mujer era verdaderamente hermosa, de gentil figura y de nobles modales. Se llamaba Orgeluse de Logroys. La historia nos dice también que era un cebo del amor, un deleite para los ojos y una cuerda de ballesta que tensaba el corazón.

Gawan la saludó y añadió: «Si puedo desmontar con vuestro amable permiso, señora, y si queréis tenerme gustosa a vuestro lado, la gran pesadumbre dejará su sitio a la dicha y nunca un caballero será tan feliz. Os juro por mi vida que nunca ninguna mujer me ha gustado tanto».

«Está bien. También lo sé yo», dijo al verlo. Su deliciosa boca siguió diciendo: «No me alabéis demasiado, pues podéis caer fácilmente en la deshonra. No me gusta que todo el mundo manifieste su juicio sobre mí. Mi prestigio sería pequeño si todos me alabaran, el sabio y el necio, el recto y el torcido. ¿Cómo podría superar a las otras en noble dignidad? He de mantener mi prestigio sólo con la alabanza de los sabios. Señor, no sé quién sois. Ya es

hora de que os vayáis de mi lado. Pero antes os quiero decir mi opinión. Me importáis mucho, pero estáis lejos de mi corazón, no dentro. ¿Deseáis mi amor? ¿Cómo os habéis enamorado de mí? Muchos me dirigen su mirada y lo harían más suavemente con una catapulta. Sería mejor que no miraran a quienes les parten el corazón. Dirigios a otra con vuestras desmayadas ansias. Si queréis servir por amor y si el afán de aventuras os ha llevado a realizar hazañas caballerescas por amor, no os lo recompensaré. Os tengo que decir la verdad: conmigo sólo podéis conseguir el escarnio».

Él dijo: «Señora, tenéis razón. Mis ojos han puesto en peligro mi corazón. Han visto algo en vos, y sólo me queda concederos que soy vuestro prisionero. Mostradme un corazón de mujer. Aunque os disguste, me habéis encadenado. Me liberéis o me mantengáis atado, estoy conforme. Si os tuviera donde quisiera, se cumpliría mi más ansiado deseo».

Ella contestó: «Entonces llevadme con vos. Pero si queréis obtener beneficio de mí con vuestro amor, lo lamentaréis después con escarnio. Me gustaría saber si sois el hombre que se atrevería a sufrir por mí las penalidades de la lucha. Pero si necesitáis prestigio, dejadlo. Si os puedo dar un consejo y vos lo queréis seguir, buscad el amor en otro sitio. Si deseáis mi amor, perderéis vuestro amor y vuestra felicidad. Si me lleváis de aquí con vos, sufriréis muchas penalidades».

Entonces dijo Gawan, mi señor: «¿Quién puede conseguir el amor sin prestar el servicio amoroso? Debo deciros que quien así lo conquista recibe el premio del pecado. Mas el que se apresura a alcanzar el noble amor tiene que servir antes y después».

Ella le dijo: «Si queréis servirme, tendréis que vivir luchando y, sin embargo, al final conseguiréis el escarnio. No necesito ningún cobarde a mi servicio. Id por aquel sendero de allí, que no es un camino, atravesad aquel alto puente y entrad en aquel huerto con árboles. Ocupaos allí de mi caballo. Oiréis y veréis allí a muchas gentes, que bailan y cantan canciones, y tocan el tambor y la flauta. Aunque se ocupen de vos amablemente, abrios camino hasta mi caballo y desatadlo. Él os seguirá».

Gawan saltó del caballo. Dio muchas vueltas a la cabeza pensando cómo debía dejarlo para que lo esperara. Junto a la fuente no había nada donde pudiera atarlo. Pensó si sería de buena

educación pedirle que lo tomara entretanto de las riendas.

«Veo de qué tenéis reparos», dijo ella. «Dejadme el caballo aquí. Os lo cuidaré hasta que regreséis. Pero mi ayuda os servirá de poco».

Entonces don Gawan cogió las riendas del caballo y dijo: «¡Tomadlas, señora!».

«Veo que sois muy inexperto», dijo ella. «No debo cogerlas por donde ha tocado vuestra mano».

«Señora, no las cogí por delante», replicó el caballero, ansioso de amor.

«Bueno, entonces las cogeré», dijo ella. «Ahora debéis apresuraros y traerme enseguida mi caballo. Estoy dispuesta a acompañaros».

Esto le pareció a Gawan un feliz éxito. Rápidamente se separó de ella, atravesó el puente y entró por la puerta del huerto. Allí vio muchas hermosas damas y muchos jóvenes caballeros, que bailaban y cantaban. Cuando Gawan, mi señor, apareció con su espléndida armadura, todos se pusieron tristes, pues los que estaban en el jardín sentían simpatía por él. Todos, estuvieran tumbados, de pie o sentados en las tiendas, se lamentaban del peligro que corría. Muchos hombres y mujeres no dejaban de decir, profundamente apenados: «Nuestra mendaz señora quiere hacer pasar a este hombre grandes penalidades. ¡Lástima que quiera seguirla a un final tan triste!».

Muchos nobles caballeros salieron a su encuentro, lo abrazaron y le dieron la bienvenida. Después se acercó a un olivo, donde estaba el caballo. La brida y la silla costaban muchos marcos. A su lado estaba un caballero con una gran barba, gris y bellamente trenzada[171], apoyado en una muleta. Cuando Gawan se dirigió al caballo, rompió a llorar, aunque lo saludó amablemente y le dijo: «Si queréis seguir mi consejo, dejad aquí este caballo, aunque nadie os impide cogerlo. Lo más juicioso que podéis hacer es dejar aquí el caballo. ¡Maldita sea mi señora por haber quitado así la vida a muchos nobles caballeros!».

Gawan contestó que no cejaría en su propósito. «Siento lo que ocurrirá después», dijo el noble caballero cano. Cuando Gawan soltó las riendas, continuó: «No sigáis aquí más tiempo. Dejad que el caballo os siga. ¡Que la mano de quien saló el agua del mar os

ayude en el peligro! Procurad que la belleza de mi señora no os traiga el escarnio. Es como una tormenta de verano sobre la que brilla el sol: dulce y totalmente amarga».

«¡Que se haga la voluntad de Dios!», dijo Gawan, y se despidió del caballero cano. Lo mismo hizo de unos y otros. Todos se lamentaban. El caballo siguió detrás de él por un estrecho camino, salió por la puerta y atravesó el puente. Gawan encontró allí a la dueña de su corazón. Era la soberana del país. El corazón del caballero buscaba refugio en la dama, pero ella iba a introducir en él una gran pesadumbre.

La joven se había soltado con sus propias manos las cintas de su barbilla y se las había atado sobre la cabeza[172]. Dispuesta a la lucha está una mujer que uno se encuentra así. Quizá tenía ganas de divertirse. ¿Cómo iba además vestida? Aunque me decidiera a describir su atuendo, el esplendor de su belleza me lo impediría.

Cuando Gawan se dirigió a la dama, ella lo recibió diciendo con su encantadora boca: «¡Sed bienvenido, ganso! Si queréis entrar a mi servicio, nunca ha habido nadie más necio. ¡Sería mejor que lo dejarais!».

Él contestó: «Si os ponéis tan pronto furiosa, después seguirá vuestro favor. Puesto que tanto me insultáis, después os honraréis resarciéndome de ello. Mi mano estará a vuestro servicio hasta que tengáis deseos de recompensarme. Si queréis, os subo a vuestro caballo».

«No quiero», dijo ella. «Vuestra mano no ha realizado aún ninguna hazaña, así es que dirigidla hacia algo menos valioso».

Con esto le dio la espalda y saltó desde las flores al caballo. Después le pidió que cabalgara delante. «Sería una pena que perdiera a tan magnífico compañero», exclamó la dama. «¡Que Dios os haga caer!».

Quien quiera seguir mi consejo, no hable mal de ella. Nadie debe juzgarla precipitadamente, antes de saber lo que condena y antes de tener conocimiento de lo que sucede en su corazón. Yo también podría vengarme de la hermosa dama, por todas las injusticias que, llevada por su cólera, cometió y seguirá cometiendo con Gawan. Pero no me vengaré de ella.

La poderosa Orgeluse se comportó muy poco amistosamente. Llegó cabalgando tan furiosa hacia Gawan que yo me habría hecho

pocas ilusiones de que me fuera a hacer caso. Los dos cabalgaron desde allí hasta un prado resplandeciente de flores. Gawan vio allí una planta, cuya raíz curaba heridas. Entonces el noble caballero saltó al suelo, la cogió y volvió a montar. La dama no se olvidó de decirle: «Si mi compañero es médico y caballero, puede ganarse bien la vida si aprende a vender cajitas de ungüentos».

Gawan contestó: «Pasé cabalgando por delante de un caballero herido, que descansa bajo un tilo. Si lo vuelvo a encontrar, esta raíz lo curará perfectamente y recuperará las fuerzas».

Ella dijo: «Me gustaría verlo. Quizá pueda aprender esa ciencia».

Entonces vino detrás de ellos rápidamente un escudero, que tenía mucha prisa en transmitir su mensaje. Gawan quiso esperarle, pero le pareció monstruoso. El orgulloso escudero se llamaba Malcreatiure. Cundry, la hechicera, era su maravillosa hermana. Era exactamente igual que ella, pero en hombre. Tenía los dos colmillos como un jabalí salvaje, no como un ser humano. Su pelo no era tan largo como cuando a Cundry le caía hasta el mulo: era corto y acerado como las púas de un erizo. Junto al río Ganges, en el país de Tribalibot, nacen semejantes personas, y tiene su razón. Nuestro padre Adán, que había recibido esta ciencia de Dios, dio nombre a todas las cosas, tanto a los animales salvajes como a los domésticos. Conocía la esencia de cada uno y, además, la órbita de las estrellas y los poderes de los siete planetas. Conocía asimismo la virtud curativa de todas las plantas y las propiedades de cada una. Cuando sus hijas tuvieron suficientes años para tener descendencia, las advirtió contra la sinrazón. Si una hija quedaba encinta, le inculcaba y le aconsejaba repetidamente que evitara muchas hierbas que deforman a los hijos y deshonran al género humano. «Transforman lo que Dios creó cuando estaba manos a la obra sobre mí», dijo Adán. «Mis queridas hijas, no estéis ciegas ante la salvación».

Las mujeres obraron como mujeres. Algunas fueron débiles e hicieron lo que ansiaba su corazón. Así nacieron las malformaciones de los seres humanos. Adán lo sintió, pero continuó firme en su propósito[173]. La reina Secundila, cuya mano y cuyo país había conquistado Feirefiz con sus hazañas caballerescas, tenía ciertamente en su reino desde antiguo mucha gente deforme, con rasgos extraños y horribles. Le contaron entonces cosas del Grial:

que no había nada más rico en la tierra y que cuidaba de él un rey llamado Anfortas. Esto le pareció muy extraño, pues muchos ríos en su país llevaban piedras preciosas en vez de guijarros. También tenía grandes montañas de oro. Por tanto, se preguntaba la noble reina: «¿Cómo me informaré de ese hombre al que está sometido el Grial?». Envió allí joyas y dos portentos humanos: Cundry y su bello hermano. Le envió además otras cosas que nadie podía pagar y tampoco se pusieron en venta. El amable Anfortas, que era muy generoso, envió a este cortés escudero a Orgeluse de Logroys. Las ansias femeninas habían hecho que se distinguiera de los seres humanos.

El descendiente de las hierbas y de las raíces dio grandes gritos a Gawan, que le había esperado en el camino. Malcreatiure llegó cabalgando sobre un rocín famélico, que cojeaba de las cuatro patas y que a menudo se derrumbaba en el suelo. La noble doña Jeschute montaba un caballo mejor el día que Parzival forzó con las armas a Orilo para que le devolviera su amor, que había perdido sin ninguna culpa. El escudero Malcreatiure miró a Gawan y exclamó furioso: «Señor, si fueseis un caballero, no lo habríais hecho. Me tomáis por necio y os lleváis de aquí a mi señora. Os daré tal lección que os alabarán si salís bien parado de ella. Pero si sólo sois un guerrero de a pie, os zurraré la badana con una vara hasta que paguéis por vuestra villanía».

Gawan contestó: «Como caballero que soy, nunca tuve que sufrir semejante castigo. Hay que tundir las costillas a la chusma caminante, que no se sabe defender con valentía. Nunca he padecido nada así. Si queréis ofenderme, a mí y a mi señora, disfrutaréis de algo que os sonará a cólera. Por muy monstruoso que sea vuestro aspecto, no me asustan vuestras amenazas». Entonces Gawan lo cogió por los pelos y lo bajó del caballo. El inteligente y noble escudero le lanzó una terrible mirada. Su pelo de erizo se vengó: hizo tantos arañazos en la mano de Gawan que se puso completamente roja de sangre. La dama rió y dijo: «Me gusta mucho ver cómo los dos os enfurecéis». Se fueron de allí y el caballo del escudero los siguió.

Pronto llegaron a donde estaba el caballero herido. Gawan le ató cuidadosamente la planta medicinal en la herida y el herido preguntó: «¿Cómo te ha ido desde que te separaste de mí? Has

traído a una dama que no piensa nada más que en tu desgracia. Por su culpa sufro tanto. En Avestroit Mavoie[174] me empujó a un peligroso duelo, por la vida y por los bienes. Si quieres salvar tu vida, deja cabalgar a esta embaucadora mujer y apártate de ella. Tú mismo puedes ver en mí de qué es capaz. Cuando esté curado por completo, necesitaré reposo. ¡Ayúdame, fiel amigo!».

Gawan, mi señor, contestó: «¡Dispón de toda mi ayuda!».

«Aquí cerca hay un hospital», dijo el caballero herido. «Si llego pronto allí, podré descansar mucho tiempo. Aquí está aún el robusto caballo de mi amiga. ¡Ayudadla a subir y ponedme detrás de ella!». Entonces el forastero de noble linaje desató de la rama el caballo de la dama, para acercarlo a ella. El herido exclamó: «¡Apartaos de mí! ¿Queréis que me pise?». Dando un rodeo, Gawan lo condujo hacia ella. La dama se fue tras él lentamente siguiendo una señal del hombre. Cuando Gawan la ayudó a subir al caballo, el caballero herido saltó sobre el caballo castellano del héroe. Creo que fue una felonía. Él y su dama se fueron de allí. Consiguieron el caballo de forma ignominiosa.

Gawan montó en cólera, mientras que su dama rió más de lo que le gustó el escarnio. Como le habían cogido el caballo, su deliciosa boca le dijo: «Primero os tuve por un caballero, poco después os convertisteis en un médico sanador de heridas y ahora sois un escudero de a pie. Si hay que vivir de los propios saberes, tenéis un buen futuro. ¿Deseáis aún mi amor?».

«Sí, señora», dijo don Gawan. «Si pudiera conseguir vuestro amor, sería el más feliz del mundo. Aunque en lugar de vos me ofreciera el mundo toda la riqueza, de los que ciñen corona y de los que carecen de ella, y de los que consiguen gloria y felicidad, mi corazón me aconsejaría dejarlo todo por vos. Sólo quiero tener vuestro amor. Si no lo puedo conquistar, moriré pronto de una amarga muerte. Destrozáis lo que os pertenece. Aunque como noble he nacido libre, me debéis considerar vuestro. Me parece que es vuestro derecho. Llamadme caballero o siervo, escudero o aldeano. Al mofaros de mí y al menospreciar mi servicio, os hacéis culpable. Si mi servicio fuese recompensado, vuestra burla os causaría pesar. Aunque no me molestara, menoscaba vuestro prestigio».

Entonces regresó cabalgando el herido y dijo: «¿Eres Gawan? Te he pagado lo que me hiciste. Tras dura pelea me hiciste prisionero y

me llevaste al castillo de tu tío Arturo y tuve que comer allí cuatro semanas con los perros».

Gawan exclamó: «¡Eres Urians! Si me quieres hacer daño, no lo merezco. Te conseguí el favor del rey. Tu falta de juicio te aconsejó muy mal. Te expulsaron de la caballería y te retiraron los derechos de caballero por violar a una dama y haber roto la tranquilidad del país. Si no te hubiera defendido yo, el rey Arturo te habría castigado gustoso colgándote de una soga».

«Sea como fuere, ahora estás aquí. Sin duda conoces el viejo proverbio: quien salva la vida a un hombre se convierte en su enemigo. Obro como un hombre juicioso. Lloriquear es más propio de un niño que de un hombre con toda la barba. Este caballo será sólo para mí». Entonces picó fuerte espuelas y se alejó de él.

Gawan, que lo sintió profundamente, dijo a su dama: «Sucedió así. El rey Arturo estaba entonces en la ciudad de Dianasdrun con muchos britanos. A su país fue enviada una dama para transmitir un mensaje. Este monstruo había ido también allí en busca de aventuras. Ambos eran huéspedes. El poco sentido del caballero le llevó a luchar con la dama y a forzarla, sin quererlo ella. Sus gritos llegaron hasta la corte y el rey exclamó: "¡Caballeros! ¡A las armas!". Había sucedido delante de un bosque, y hacia allí nos dirigimos todos rápidamente. Yo iba muy por delante de los otros, seguí la huella del autor de la fechoría, lo hice prisionero y lo llevé ante el rey Arturo. La doncella cabalgó con nosotros. Estaba muy triste porque el caballero, que nunca la había servido, le había robado su casta doncellez. Como ella no se podía defender, no consiguió él ninguna gloria. La doncella encontró furioso a mi señor, el leal rey Arturo, quien dijo: «Todo el mundo debe lamentar este ignominioso crimen».

«¡Maldito sea el día a cuya luz ocurrió esta desgracia! ¡Y además en este país, en el que tengo que hacer valer el derecho y donde hoy soy juez!». A la dama le dijo: «Si sois inteligente, buscaos un abogado y presentad vuestra demanda».

La dama no lo dudó un instante e hizo como le aconsejó el rey. Se habían reunido allí muchos caballeros. Urians, príncipe de Punturtoys, fue llevado ante el rey de los bótanos. Le iba en ello su honra y su vida. La acusadora se adelantó, para que los ricos y los pobres la oyeran. Presentó su acusación y pidió ayuda al rey, en

nombre de todas las mujeres y de la honra de la virginidad, para que se castigara la ignominia que había sufrido. Le pidió además por las leyes de la Tabla Redonda y por los derechos que la asistían como mensajera, pues como tal la habían enviado a él, que, como legítimo juez, condenara con su sentencia lo que tanto la apesadumbraba. Pidió asimismo a los caballeros de la Tabla Redonda que participaran todos en el juicio, pues se le había robado lo que no se puede recuperar: su pura y casta virginidad. Les suplicó que defendieran todos juntos su causa y que pidieran al rey participar en las deliberaciones.

El culpable, al que ahora sólo deseo la deshonra, tomó un defensor, que hizo por él lo que pudo. La defensa, sin embargo, no le sirvió de nada. Se le condenó a perder la vida y la honra. Se le debía poner una soga en el cuello, ahorcándolo así, sin derramar sangre. Forzado por la necesidad, me llamó y me dijo que se había rendido a mí para salvar la vida. Temí entonces que si él perdía la vida yo perdería mi honra. Pedí a la acusadora, que había visto con sus propios ojos cómo me vengaba valerosamente, que aplacara su cólera, por su bondad de mujer, y que comprendiera que lo que le había sucedido se debía sólo a su belleza y a que el caballero ansiaba su amor. «Si alguna vez un caballero sufrió gran pesadumbre en su corazón por el amor de una dama y ella le ayudó haciéndole caso, honrad esta ayuda y aplacad vuestra cólera».

»Pedí después al rey y a sus vasallos que pensaran en los servicios que yo le había prestado y que me los recompensara protegiéndome de todo escarnio y concediendo la vida al caballero. Supliqué a su esposa la reina que me ayudara en nombre del amor entre parientes, pues el rey me había educado desde niño y había sentido gran amor por ella, y me ayudó. Habló a solas a la doncella y así salvó él su vida, gracias a la reina. Pero tuvo que sufrir un duro castigo. Para limpiarse de culpa y expiar su delito tuvo que comer cuatro semanas de una artesa con los perros, fueran sabuesos o perros de busca. Así quedó la dama vengada. Y, por ello, señora, se venga en mí».[175]

Orgeluse dijo: «No le saldrá bien su venganza. Nunca conseguiréis mi amor, pero antes de que salga de mi país recibirá su merecido. Entonces podrá hablar con razón de escarnio. Dado que el rey no vengó allí lo que le sucedió a la dama y se ha puesto la

decisión en mis manos, soy ahora vuestro protector y el de ella, aunque no os conozco a ninguno de los dos. Tendrá que luchar por causa de la dama, no por vos. Los delitos hay que vengarlos con golpes y con tajos».

Gawan fue hacia el rocín y lo cogió de un pequeño salto. El escudero volvió a aparecer y la soberana le dijo en árabe lo que tenía que informar arriba en el castillo. Después de que Malcreatiure se hubiese alejado a pie, se acercaban para Gawan peligrosas aventuras.

Gawan, mi señor, contempló el rocín del doncel. Estaba demasiado débil para luchar. El escudero se lo había cogido a un campesino en la falda del castillo. A Gawan no le quedó otra solución que aceptarlo como caballo de guerra, en lugar del suyo.

Ella le preguntó, creo que con mala idea: «Decid, ¿queréis seguir?».

Don Gawan le contestó: «Partiré de aquí y cumpliré vuestro deseo».

Ella le dijo: «¡Podéis esperar!».

«Sin embargo, os sirvo», respondió él.

«Entonces me parecéis un necio. Si no cejáis en vuestro empeño, pasaréis de la alegría a la tristeza. Pasaréis de una desgracia a otra», aseguró ella.

Entonces dijo Gawan, que ansiaba su amor: «Estoy a vuestro servicio, reciba alegría o tristeza. Os amo y estaré siempre a vuestra disposición, a caballo o a pie».

De pie junto a su dama, contempló su caballo. No estaba armado en absoluto para una dura justa y los aciones eran de esparto. El noble y famoso forastero llevaba antes mejor silla. No se atrevió a montar, pues temía romper los arreos. Pero el rocín tenía el lomo hundido: si hubiera montado de un salto, se le habría partido, y tenía que evitarlo. Aunque hubiera sido demasiado para él en otras circunstancias, lo conducía de la brida y llevaba también el escudo y la lanza. La dama se rió mucho de su penosa situación. Le hacía la vida imposible. Cuando él cargó el escudo sobre el rocín, dijo ella: «¿Lleváis mercancías para vender en mi país? ¿Quién me proporcionó como compañía a un médico y a un comerciante? Cuidad de que no os cobren tributos en el camino. Alguno de mis aduaneros os quitará la alegría».

Sus burlas de sal gruesa le parecían a él muy gratas. Le daba igual lo que le dijera. Siempre que la miraba, le desaparecía la tristeza. Era para él como un día de mayo, como la más bella flor, dulce para los ojos y amarga para el corazón. Ella era dicha y desdicha. La alegría enfermiza triunfaba. En todo ese tiempo estaba completamente libre y perfectamente atado.

Muchos de mis maestros dicen que Amor y Cupido, y su madre Venus, proporcionan el amor a los hombres con la flecha y con la antorcha. Pero este amor es sospechoso. El corazón que conoce el verdadero amor nunca se libra de él. Trae la felicidad y a veces la tristeza. El verdadero amor es la verdadera fidelidad. Cupido, tus flechas, como las lanzas de Amor, nunca me han alcanzado. Si vosotros dos, y Venus con su ardiente antorcha, sois señores del amor, yo no conozco semejante aflicción. Si he de creer en el verdadero amor, éste debe basarse en la fidelidad. Si mi inteligencia pudiera ayudar a alguien contra el amor, siento tanta simpatía por don Gawan que le ayudaría sin soldada. No es ninguna deshonra para él estar prisionero de las ligaduras del amor. Aunque el amor, que demuele inexpugnables bastiones, le espolea, este aguerrido caballero está tan bien armado, como los más nobles, que ninguna mujer lo doblegará.

¡Acercaos, ímpetu amoroso! Asaltáis de tal forma la felicidad que la dejáis agujereada y abrís el camino a la tristeza. La huella de la tristeza se ensancha: si su camino no llevara al animoso corazón, me parecería bien para la felicidad. Creo que el amor es demasiado viejo para cometer locuras. ¿O quiere disculpar con su juventud el dolor que causa a los corazones? La locura es más propia de la juventud y no debe poner en peligro la virtud de la vejez. Muchos males ha causado. ¿Se debe a su juventud o a su vejez? Si quiere quebrar con las irreflexivas ideas de la juventud las costumbres de la vejez, pierde pronto prestigio. Hay que instruirlo mejor. Ensalzo sólo el amor puro, y todo hombre o mujer inteligente está totalmente de acuerdo conmigo. El amor más alto se da cuando el amor encuentra su amor, en toda su pureza, y cuando ninguno de los dos se opone a que el amor ate su corazón con amor constante. ¡Cuánto me gustaría ahorrárselo! Pero Gawan, mi señor, no se puede librar de un amor que nublará su felicidad. Mas ¿de qué vale que me meta en esto? Diga lo que diga sobre ello, un hombre noble

no debe defenderse del amor, pues vive de él.

Gawan sufrió por el amor muchas fatigas. Su dama cabalgaba y él iba a pie. Orgeluse y el valiente héroe llegaron a un gran bosque. Él tuvo que acostumbrarse a andar. Llevó el rocín a un tronco, se colgó al cuello su escudo, que llevaba cuando cumplía su oficio de caballero y que había atado sobre el caballo, y montó sobre él. El rocín apenas lo pudo sacar del bosque a unas tierras cultivadas. Entonces divisó un castillo. Su corazón y sus ojos le decían que no habían conocido ni visto nunca un castillo semejante. Era por todas partes caballeresco. En el castillo había muchas torres y muchos palacios. En las ventanas vio muchas damas. Había cuatrocientas o más, cuatro entre ellas de distinguida nobleza.

Un camino desgastado por el paso llevaba a un río, que discurría por allí y era navegable, rápido y ancho. Hacia allí cabalgaron él y la dama. En el embarcadero había una pradera, en la que se habían celebrado muchas justas. Sobre el agua se levantaba el castillo.

Gawan, el valiente héroe, vio que cabalgaba tras él un caballero, que no concedía descanso al escudo ni a la lanza. La poderosa Orgeluse le dijo altiva: «Debéis concederme que no rompo mi promesa. Os he dicho muchas veces que conseguiréis aquí gran deshonra. Defendeos si os sabéis defender. Ninguna otra cosa os podrá salvar. El que viene por allí os derribará de tal forma que, si revientan vuestros calzones, os avergonzaréis ante las damas que están sentadas allá arriba y os miran. ¿Verán vuestra deshonra?».

El barquero cruzó el río atendiendo a la llamada de Orgeluse, quien subió a bordo, lo que puso muy triste a Gawan. La poderosa y noble dama le gritó furiosa: «No subiréis a la barca conmigo. Os tenéis que quedar fuera como prenda».

Muy triste le contestó él: «Señora, ¿por qué os alejáis tan rápidamente de mí? ¿No puedo volver a veros?».

Ella dijo: «Quizá consigáis la victoria. Entonces me podéis volver a ver. Pero creo que tardará mucho». Así se despidió la dama de él.

Entonces llegó Lischoys Gwelljus. Si os dijera que volaba, os engañaría, aunque corría mucho. Galopaba tan rápidamente por el grande y verde prado que su caballo merecía alabanza. Don Gawan pensó: «¿Cómo debo esperar a este hombre? ¿Qué será lo mejor? ¿A pie o sobre este pequeño rocín? Si me ataca con todo su brío, sin poder evitar el choque, me derribará. Su caballo no podrá hacer

otra cosa que caer sobre mi rocín. Si me presenta batalla cuando estemos ambos de pie, se la concederé, si lo desea, aunque no obtenga la recompensa de la dama que me ha llevado a este duelo».

La lucha era inevitable. El caballero que venía estaba dispuesto a pelear, y también el que lo esperaba. Gawan se preparó para la justa. Apoyó la lanza delante, sobre el fieltro de la silla. Se le acababa de ocurrir. Así se desarrolló la justa. De los golpes se partieron las dos lanzas y los dos héroes acabaron en el suelo. El caballero mejor montado tropezó y quedó con don Gawan sobre las flores. ¿Qué hicieron entonces? Se pusieron en pie de un salto con las espadas. Los dos ansiaban pelear. No preservaron sus escudos, sino que los hicieron añicos, hasta el punto de que apenas quedó algo de ellos delante de sus manos. El escudo es siempre lo que más debe durar en el combate. Se veían allí el fulgor de las espadas y el fuego de los yelmos. Podéis considerarlo un milagro si Dios dejó que alguno consiguiera la victoria, pues antes tuvo que pelear muy duro. Los dos resistían bravamente en el amplio prado. Incluso dos herreros, aunque fueran muy fuertes, estarían cansados de tantos y tan grandes golpes. Luchaban por conseguir la victoria. Sin embargo, ¿quién los alabaría por luchar tan insensatamente y sin ningún motivo, sólo por la gloria? No tenían ninguna disputa que dirimir ni ningún motivo para arriesgar sus vidas. Ninguno entendía la verdadera razón de la pelea.

Gawan sabía luchar y doblegar al contrario con sus ardides. Si esquivaba la espada de alguno y lo cogía entre los brazos, lo dominaba como quería. Como tenía que defenderse, se defendió decididamente. El noble y valeroso caballero agarró al joven valiente, que también era fuerte, y lo derribó enseguida debajo de él. Entonces le dijo: «Héroe, si quieres seguir con vida, prométeme que te rindes».

Lischoys, aunque estaba debajo, no estaba dispuesto a hacerlo, pues nunca se había rendido. Le parecía muy sorprendente que alguien le hubiese superado alguna vez y que exigiera de él lo que él mismo nunca había concedido a nadie. Muy a menudo había obligado a los otros a rendirse. Hubiera pasado aquí lo que hubiese pasado, no quería dar la palabra que tantas veces había recibido. Prefería morir a rendirse. Decía que, le ocurriera lo que le ocurriese, nunca se rendiría bajo presión. Prefería pagar con la muerte.

El caballero que estaba debajo dijo: «¿Eres el vencedor? Yo lo fui mientras Dios quiso y pude mantener la gloria. Ahora tu noble mano ha terminado con mi buen nombre. Si sabe alguien que he sido vencido, aunque mi gloria estaba en lo más alto, prefiero morir antes de que esta noticia haga perder a mis amigos toda su alegría».

Gawan le volvió a pedir que se rindiera, pero su rival no tenía otro deseo que perder la vida y morir rápidamente. Entonces pensó Gawan, mi señor: «¿Por qué había de matar a este hombre? Si quisiera cumplir mis órdenes, le dejaría marchar sano y salvo». Se lo propuso de nuevo, pero no aceptó. Así dejó levantarse al héroe, sin rendirse, y ambos se sentaron sobre las flores. Gawan no olvidaba su enojo por la debilidad de su rocín. Al inteligente caballero le vino la idea de picar espuelas al caballo del otro y probar su condición. La montura estaba bien armada para la lucha. Sobre el peto de mallas llevaba una gualdrapa de seda y terciopelo. Lo había conseguido luchando. ¿Por qué no había de cabalgar sobre él si le pertenecía como vencedor? Montó en él y salió dando grandes saltos. Estaba completamente feliz. Entonces preguntó: «¿Eres Gringuljete, que me arrebató Urians con un falaz ruego, como él bien sabe, lo que destruyó su gloria? ¿Quién te ha armado así después? Si eres tú, Dios, que a menudo libera de la tristeza, felizmente me lo ha devuelto». Desmontó y encontró una señal: en la grupa llevaba grabada a fuego una tórtola, el blasón del Grial. En un duelo Lähelin había matado al señor de Prienlascors, que lo montaba. Después lo recibió Orilo, que se lo entregó a Gawan en la pradera del Plimizöl. El triste y bondadoso corazón de Gawan se volvió a llenar de alegría. Sólo le entristecía el fiel amor que sentía por su dama, que le había tratado tan ignominiosamente. Sus pensamientos lo llevaban en pos de ella.

De repente el orgulloso Lischoys saltó a donde estaba su espada, que Gawan, el noble héroe, le había quitado de las manos al luchar. Muchas damas vieron su segunda pelea. Los escudos estaban tan destrozados que ambos dejaron el suyo y se apresuraron a combatir. Los dos se enfrentaron con viril valentía. Sobre ellos estaban sentadas muchas damas en las ventanas del palacio y miraban el combate que tenía lugar ante ellas. De nuevo se volvió a encender la cólera. Ambos eran de tan noble linaje que su gloria difícilmente soportaba que el otro lo venciera. Los yelmos y las espadas

sufrieron gran quebranto, pues eran sus escudos frente a la muerte. Creo que todos los que vieron luchar a los héroes comprendieron que ambos lo tenía difícil.

Lischoys Gwelljus, el hermoso joven, luchaba así: su noble corazón le exigía valentía y hazañas heroicas; daba muchos y rápidos golpes, y saltaba lejos de Gawan para volver a atacarle duramente. Gawan se mantenía fiel a su idea y pensaba: «Si te cojo, me las pagarás». Se vieron allí saltar chispas y subir muchas veces las espadas, blandidas por vigorosos puños. Se empujaron a un lado, adelante y atrás. Era un duelo sin motivo. Podían prescindir de él. Entonces Gawan, mi señor, lo agarró y lo derribó violentamente debajo de sí. ¡Puedo pasar muy bien sin un abrazo tan amistoso! ¡No podría soportarlo!

Gawan le pidió que se rindiera, pero Lischoys, que estaba debajo, se mostraba tan poco dispuesto a ello como en el primer combate. Le dijo: «Pierdes el tiempo sin necesidad. Te ofrezco mi vida, en vez de mi rendición. Tu noble mano debe acabar con la gloria que he conquistado. Dios me ha maldecido, pues no tiene en ningún aprecio mi honra. Para conseguir el amor de Orgeluse, la duquesa de alta cuna, muchos nobles tuvieron que dejar su gloria en mis manos. Si me matas, puedes aumentar tu propia gloria».

Entonces pensó el hijo del rey Lot: «No, no lo haré. Si matara sin motivo a este valiente y esforzado héroe, perdería mi gloria. Su amor por ella lo ha llevado a luchar contra mí, pero a mí también me tiene doblegado y me causa mucha tristeza. ¿Y si le dejo con vida por ella? Si la consigo, él no lo podrá impedir, si la suerte me sonríe. Si ella hubiera visto nuestro combate, creo que tendría que concederme que sé servir por amor». Entonces dijo Gawan, mi señor: «Por la duquesa te perdonaré la vida».

Los dos estaban muy cansados. Gawan le dejó levantarse y ambos se sentaron lejos el uno del otro. En ese momento llegó el barquero y saltó a la orilla. Traía en su mano una hembra de gavilán gris, que ya había mudado el plumaje. Su feudo le daba derecho, cuando se justaba en la pradera, a coger el caballo del perdedor, pero tenía que inclinarse ante el vencedor y divulgar su gloria. Éste era el tributo por el campo de flores, era su mejor renta, menos cuando su gavilán cazaba una alondra. De ello vivía, y le parecía suficiente renta. Era de origen noble y tenía muy buenos

modales. Se dirigió a Gawan y le pidió cortésmente el tributo de la pradera. Gawan, el valiente caballero, dijo: «Señor, nunca he sido comerciante. Podéis eximirme del impuesto».

El barquero contestó: «Señor, muchas damas han visto que habéis conseguido aquí la victoria. Debéis reconocerme mi derecho. Concededme, señor, lo que me pertenece. En buena lid habéis conseguido para mí este caballo y la gloria sin tacha. Habéis derribado al hombre que poseyó con justicia el mayor prestigio hasta este día. Vuestra victoria, un golpe del destino de Dios contra él, le ha arrebatado la felicidad. Os podéis considerar muy dichoso».

Gawan contestó: «Él me derribó, y sólo después le pagué con la misma moneda. Si cobráis impuestos por las justas, el otro debe pagarlos. Señor, ahí hay un rocín. Mi adversario lo consiguió peleando. Cogedlo, si lo deseáis. Pero este otro caballo es mío y sobre él partiré de aquí. Tenéis que renunciar a él. Habláis de derecho. Si cogéis el caballo no os parecerá justo que me vaya de aquí a pie. Me dolería demasiado que este caballo fuese vuestro, pues era indiscutiblemente mío hasta hoy por la mañana temprano. Si queréis comodidad, montad sobre un caballo de madera. El borgoñón Orilo me regaló este caballo, y Urians, el príncipe de Punturtoys, me lo robó por un tiempo. Antes conseguiréis un potro de una mula. Pero os puedo hacer otra oferta: puesto que os parece tan valioso, coged, en lugar del caballo que deseáis, al hombre que lo montaba contra mí. Nada me importa si le parece bien o mal».

El barquero se alegró y dijo riendo: «Nunca he visto un regalo tan magnífico, aunque no sé bien si puedo aceptarlo. Pero, señor, si me lo garantizáis, habréis pagado con creces lo que os he pedido. En verdad, su fama es tan esclarecida que no aceptaría en su lugar quinientos caballos fuertes y rápidos, pues no me parecería adecuado. Si queréis hacerme realmente rico, comportaos como un caballero: si podéis, llevadlo a mi barca, y así actuaréis con toda nobleza».

Entonces habló el hijo del rey Lot: «Os llevaré al prisionero a la barca y después a casa».

«Allí seréis bien recibido», dijo el barquero, y se inclinó muchas veces en señal de su gran agradecimiento. Después añadió: «Querido señor, quedaos en mi casa esta noche a descansar. Ningún barquero como yo se sentiría más honrado. Si tuviera como huésped

a un caballero tan noble, la gente me consideraría dichoso».

Don Gawan contestó: «Os iba a pedir lo que me proponéis. Las fatigas me han agotado y necesitaría descansar. La que me ha impuesto estas penalidades sabe muy bien amargar lo dulce, nublar la alegría del corazón y acrecentar la tristeza. No recompensa con justicia. ¡Ay! Eres mi hallazgo y mi perdición. Me hundes el pecho, que antes ansiaba elevarse, cuando Dios me concedía la felicidad. Entonces había un corazón debajo. Creo que ha desaparecido. ¿Dónde encontraré consuelo? ¿Tengo que sufrir por el amor, sin ninguna ayuda, semejante tristeza? Si ella, que así sabe herirme, ama como una mujer, debe multiplicar mi felicidad».

Cuando el barquero oyó que le atormentaban las preocupaciones y que le atribulaba el amor, dijo: «Señor, en la pradera, en el bosque y en todo lo que está sometido a Clinschor rige este principio: “hoy triste, mañana alegre”. Ni la cobardía ni el valor pueden cambiarlo. Quizá no lo sabéis: este país es un portento. De día y de noche. La suerte sonríe a los valientes. El sol está ya muy bajo. Señor, subid a la barca». Así se lo pidió el barquero.

Gawan llevó a Lischoys a la barca. El héroe se rindió sin protestar y no ofreció resistencia. El barquero le siguió con el caballo. Así pasaron a la otra orilla. El barquero pidió a Gawan: «Sentios como en vuestra casa». Su casa era tan magnífica que no hubiera podido construírsela mejor el rey Arturo, que residía a menudo en Nantes. Allí condujo dentro a Lischoys. El anfitrión y su séquito se encargaron de él. Al mismo tiempo dijo el señor de la casa a su hija: «Ocúpate de que se encuentre bien mi señor, que está aquí. Id juntos los dos y sírvele amablemente. Nos ha ayudado mucho». A su hijo le encomendó Gringuljete. La muchacha, bien educada, hizo lo que se le había pedido. Gawan subió con esta chica a una habitación. Todo el pavimento estaba completamente cubierto de frescos juncos y de hermosas flores. Entonces la bella muchacha le ayudó a quitarse la armadura. «Dios os lo premie», dijo Gawan. «Ya lo necesitaba. Si vuestro padre no os lo hubiera pedido, diría que hacéis demasiado por mí».

Ella contestó: «Os sirvo, señor, para conseguir vuestra amistad, no por otros motivos».

El hijo del señor de la casa, un escudero, trajo muchas mullidas camas y las puso junto a la pared de enfrente de la puerta. Delante

extendió una alfombra. Allí debía sentarse Gawan. El escudero colocó sobre la cama con gran sabiduría una manta de tafetán rojo. También se preparó un lecho al anfitrión. Acto seguido trajo otro escudero los manteles y el pan. El anfitrión se lo había ordenado a ambos. Entró después la señora de la casa. Cuando vio a Gawan, lo recibió amistosamente. Le dijo: «Nos habéis hecho ricos. Señor, nuestra suerte ha renacido».

Cuando vino el señor de la casa, trajeron agua. Después de lavarse, Gawan formuló un ruego. Pidió al anfitrión compañía: «Dejad comer conmigo a esa muchacha».

«Señor, hasta ahora nunca ha comido con señores ni se ha sentado cerca de ellos, pues podría subírsele a la cabeza. Pero os estamos muy agradecidos. Hija, cumple su deseo. Estoy de acuerdo con todo».

La hermosa chica se puso roja de vergüenza, pero hizo lo que le había pedido su padre. Al lado de Gawan se sentó, por tanto, doña Bene. El señor de la casa había criado además a dos fuertes hijos. La hembra de gavilán había cazado al vuelo aquella tarde tres alondras. Mandó traer las tres a Gawan, acompañadas de una salsa. La doncella partió con buenos modales apetitosos trozos para Gawan y los colocó con sus bellas manos sobre una gran rebanada de pan blanco. Después dijo: «Debéis pasar, señor, uno de estos tres pájaros fritos a mi madre, pues no tiene ninguno».

Gawan contestó a la bella muchacha que cumpliría de buen grado su deseo, en este caso o en cualquier otro, y pasó una alondra a la señora de la casa. Ésta se inclinó educadamente muchas veces ante Gawan, y también el anfitrión le dio las gracias.

Después uno de los hijos del señor de la casa trajo una ensalada, aliñada con vinagre, de verdolaga y lechuga. A la larga este alimento no da muchas fuerzas. No proporciona precisamente buen color. El color de las mejillas dice la verdad sobre lo que se ha llevado a la boca. Pero el color que se pinta sobre la piel nunca ha sido muy alabado. Creo que cuando mejor resplandece una mujer es cuando es totalmente fiel en su corazón.

Si Gawan hubiera podido comer buenos deseos, se habría hartado. Ninguna madre concedió nunca más a su hijo que el anfitrión a su huésped. Cuando sacaron la mesa y se fue la señora de la casa, subieron ricas ropas de cama y prepararon el lecho a

Gawan. Entre ellas figuraba una almohada de plumas con funda de terciopelo verde. No era de la mejor calidad, sino un terciopelo imitado. Para que Gawan se encontrara cómodo, cubría la cama un edredón de seda, sin hilos de oro, traída de lejanas tierras paganas y pespunteada sobre otra seda más suave. Encima pusieron dos sábanas de hilo, blancas como la nieve. Además otra almohada y un abrigo de la joven, nuevo y de puro armiño. El señor de la casa se despidió antes de ir a dormir. Según me dijeron, Gawan se quedó allí solo, acompañado únicamente de la muchacha. Si hubiera querido algo de ella, creo que se lo habría concedido. Pero tenía que dormir, si podía. ¡Dios le proteja cuando llegue el nuevo día!

—*Arnive*—

El agotamiento le cerró los ojos y durmió hasta por la mañana temprano. Entonces despertó el héroe. En una pared de la habitación había muchas ventanas con cristal[176]. Una ventana estaba abierta y daba al huerto. Se sentó en la ventana para mirar, para tomar el aire y para oír el canto de los pájaros. Apenas se hubo sentado, divisó el castillo que había visto por la tarde, cuando le sucedió la aventura. Había muchas damas en lo alto del palacio y muchas de ellas eran muy hermosas. Le pareció muy sorprendente que las damas no estuvieran cansadas de estar despiertas y que no durmieran. Aún no había alboreado. Pensó: «En su honor me volveré a dormir», y regresó a la cama. Su manta era el abrigo de la muchacha, que le cubría. ¿Le despertarían? No, no le agradaría al señor de la casa.

La chica quería estar con él. Estaba echada a los pies de su madre. Entonces despertó y se fue hasta su huésped, que dormía de nuevo profundamente. La muchacha quería servirle. La hermosa doncella se sentó delante de la cama, sobre la alfombra. En mi casa nunca veo que me sucedan, de noche o de día, semejantes aventuras.

Cuando Gawan después de un tiempo despertó, la miró y le dijo riendo: «Dios os guarde, señorita, porque por mí habéis interrumpido vuestro sueño y, con ello, me hacéis una ofrenda que no merezco en absoluto».

Entonces dijo la hermosa muchacha: «No puedo pretender que me sirváis. Sólo deseo vuestra amistad. Señor, disponed de mí. Todo lo que ordenéis lo cumpliré. Todos los que viven con mi padre —mi madre y sus hijos— os considerarán su señor, pues habéis sido muy

generoso con nosotros».

Gawan le preguntó: «¿Habéis venido hace mucho? Si os hubiera oído llegar antes, me hubiera gustado preguntaros algo, si no os molesta y me lo queréis decir. En estos dos días he visto muchas damas allí arriba. Decidme, por vuestra bondad, quiénes son».

Entonces se asustó la joven doncella y dijo: «Señor, no preguntéis. No os puedo decir nada de ellas. Tengo que callar lo que sé. No me lo toméis a mal y preguntadme otra cosa. Es mi consejo: seguidlo, por favor».

Gawan, sin embargo, volvió a preguntarle. Una y otra vez le hacía preguntas sobre las damas que había visto sentadas en el palacio. La chica tenía tan buena intención que lloraba sentidamente, sin ocultar su gran tristeza. Aunque era muy temprano, entró su padre. No se habría enfurecido si la hermosa muchacha hubiera sido forzada y si hubieran luchado allí. La chica daba esa impresión, pues estaba sentada, aunque con buenos modales, cerca de la cama. Su padre, que no estaba enfadado por ello, le dijo: «Hija, no llores. Lo que sucede en broma, aunque pone furioso, se olvida poco después».

Gawan dijo: «Aquí no ha sucedido nada que no os podamos decir. Le pregunté a esta joven una cosa y ella vio en la pregunta mi desgracia y me pidió que lo dejara. Si no tenéis nada en contra, sed tan amable y decidme, por favor, quiénes son las damas que están allí arriba. Nunca encontré otro lugar en el que se pudieran ver tantas mujeres hermosas con tan espléndidos tocados».

El señor de la casa se retorció las manos y exclamó: «Por Dios, no preguntéis. Señor, allí reinan las más grandes penalidades».

«Entonces tengo que lamentar su dolor», dijo Gawan. «Debéis decirme por qué os molesta mi pregunta».

«Señor, porque sois muy arrojado. Si no podéis dejar de preguntar, después quizá vendréis con más deseos y ello apesadumbrará vuestro corazón y nos quitará la alegría a mí y a todos mis hijos, que han nacido para serviros».

Gawan dijo: «Debéis decírmelo. Aunque queráis callarlo y ocultármelo, ya descubriré lo que sucede allí».

El anfitrión respondió lealmente: «Señor, me duele que insistáis tanto con vuestras preguntas. Os prestaré un escudo. Preparaos para luchar. Estáis en Terre Marveile[177]. Aquí está también la Lit

Marveile[178]. Señor, nunca ha intentado nadie desentrañar las penalidades del Schastel Marveile. Vuestra vida desea la muerte. Aunque tengáis experiencia en aventuras, todo lo que habéis luchado ha sido sólo un juego de niños. Os acercáis a la cima del sufrimiento».

Gawan dijo: «Sentiría apartarme cómodamente y sin luchar de esas damas, en vez de descubrir lo que allí sucede. Ya he oído hablar antes de ellas. Ahora estoy tan cerca que no me contentaré sin intentarlo por ellas».

El anfitrión lo sintió sinceramente. Dijo a su huésped: «Todas las penalidades no son nada comparadas con las de esta aventura. Es verdaderamente muy peligrosa y terrible. Señor, no sé mentir».

El famoso Gawan no se dejó amedrentar, sino que dijo: «Dadme vuestro consejo para la lucha. Si me lo permitís, con la bendición de Dios realizaré aquí hazañas propias de un caballero. Vuestro consejo y apoyo serán siempre bienvenidos. Señor, no estaría bien que me fuese así de aquí. Mis amigos y mis enemigos me tendrían por un cobarde».

El señor de la casa se lamentó entonces. Nunca había sentido tanto dolor. Dijo a su huésped: «Si con la ayuda de Dios evitáis la muerte, seréis soberano de este país. Muchas damas están aquí prisioneras, dominadas por un poderoso hechizo, que ningún famoso caballero ha conseguido romper nunca. Muchos soldados y nobles caballeros lo han intentado. Si las liberáis vos, os cubriréis de gloria y seréis honrado por Dios. Feliz reinaréis sobre muchas hermosas damas de numerosos países. ¿Pero quién os iba a denostar por partir de aquí sin luchar, cuando Lischoys Gwelljus os ha dejado aquí su gloria? El magnífico joven realizó muchas hazañas caballerescas. Con justicia puedo llamarle así. Es un caballero lleno de valor. Exceptuando a Ither de Gaheviez, nunca Dios ha concedido tantas virtudes al corazón de un hombre. Ayer pasé con mi barco[179] al que mató a Ither frente a Nantes. Me dio cinco caballos, que habían montado duques y reyes. ¡Dios le conceda larga vida y felicidad! Todo lo que consiguió de ellos como botín se ha comunicado a Pelrapeire. Les hizo rendirse. Su escudo lleva las marcas de muchos duelos. Llegó aquí cabalgando, en busca del Grial».

Gawan preguntó: «¿Adónde ha ido? Decidme, señor: puesto que

ha estado aquí, tan cerca, ¿oyó algo de esta aventura?».

«Señor, no oyó nada. Me he cuidado mucho de decírselo. No habría obrado bien. Si no se os hubiera ocurrido a vos mismo preguntarme, no habríais sabido nunca de mí lo que aquí sucede: un terrible y monstruoso sortilegio. Si persistís en vuestro propósito y perdéis aquí la vida, nunca habremos sufrido tanto yo y mis hijos. Pero si conseguís la victoria y gobernáis este país, terminará mi pobreza. Confío en que me distinguiréis entonces con ricos regalos. Si no morís, vuestra victoria os proporcionará una perfecta felicidad. ¡Pero armaos para la fatigosa lucha!».

Gawan, que no estaba aún armado, exclamó: «¡Traedme mi armadura!». El señor de la casa atendió su ruego. Hermosas muchachas lo armaron de la cabeza a los pies. El anfitrión fue a buscar el caballo. En la pared estaba colgado un escudo, que era grueso y tan duro que salvaría la vida de Gawan. Le trajeron el escudo y el caballo. El anfitrión reflexionó, volvió delante de él y dijo: «Señor, os diré qué tenéis que hacer para apartar el peligro de vuestra vida. Debéis llevar mi escudo, que no está agujereado ni destrozado, pues no lucho nunca. ¿Cómo podía sufrir daños? Cuando lleguéis allí arriba, una cosa será buena para el caballo. Delante de la puerta del castillo hay un mercader. Dejadle allí el caballo. Compradle algo. Si le dejáis el caballo en prenda, os lo cuidará tanto mejor. Si regresáis sano y salvo, os devolverá el caballo de buen grado».

Entonces preguntó Gawan, mi señor: «¿No puedo entrar a caballo?».

«No, señor. Todo el esplendor de las damas quedará oculto ante vos. Se acerca la hora del peligro. Encontraréis el palacio totalmente vacío. No habrá allí ningún ser vivo, grande ni pequeño. Dios os proteja cuando entréis en la habitación en la que está la Lit Marveile. La corona y toda la riqueza del miramamolín[180] de Marruecos no pesarían tanto en la balanza como la cama y su armazón. En la cama sufriréis lo que Dios os haya destinado. Quiera Dios que acabe felizmente. Señor, por vuestra nobleza, no dejéis nunca este escudo y vuestra espada. Cuando penséis que habéis pasado las mayores penalidades, empezará verdaderamente la lucha».

Al montar Gawan en su caballo, la muchacha perdió toda su

alegría. Todos los que allí estaban rompieron a llorar, sin ocultar sus lágrimas. Gawan dijo al señor de la casa: «Si Dios así lo quiere, os recompensaré por la fiel amistad con que me habéis hospedado». Después se despidió de la chica, que tenía motivo para lamentarse, y marchó a caballo, mientras ellos lloraban.

Si queréis oír ahora qué le sucedió allí a Gawan, os lo contaré gustoso, tal como lo he oído. Cuando llegó ante la puerta del castillo, encontró al mercader. Su tienda no estaba precisamente vacía. Tenía tanto en venta que sería yo feliz si tuviera semejantes bienes. Gawan desmontó ante él. Nunca había visto una oferta tan magnífica como la que vio allí. La tienda era de terciopelo, cuadrada, alta y amplia. ¿Qué se vendía en ella? Si se pagara con dinero, el mismísimo califa de Bagdad no podría pagar todo lo que había allí dentro. Tampoco el patriarca de Ranculat. Aunque el emperador hubiera añadido a la riqueza de aquellos dos la de Bizancio, cuando tenía grandes tesoros, no lo habría podido pagar. Las mercancías eran realmente preciosas.

Gawan saludó al mercader. Cuando vio las maravillas que vendía, Gawan, conforme a su situación, le pidió que le enseñara cinturones y broches. El mercader le dijo: «En verdad, he estado aquí muchos años y nunca se ha atrevido un hombre a mirar lo que hay en mi tienda. Sólo lo han hecho las damas nobles. Si tenéis un corazón valiente, todo os pertenece. Ha sido traído de países lejanos. Si habéis tomado la gloriosa decisión de venir aquí para arriesgar vuestra suerte y si tenéis éxito, podemos estar de acuerdo en el negocio. Todo lo que vendo estará a vuestra disposición. Seguid y confiad en Dios. ¿Os ha enviado aquí Plippalinot, el barquero? Muchas damas celebrarán vuestra llegada a este país si las liberáis. Si queréis ir en busca de aventuras, dejad descansar el caballo aquí conmigo».

Entonces dijo Gawan, mi señor: «Me gustaría dejároslo, si no es pedir demasiado. Me acobarda vuestra riqueza. Desde que lo monto, nunca ha tenido un criado tan rico».

El mercader le dijo amablemente: «Si salís con vida, yo mismo y todos mis bienes, como ya os he dicho, somos vuestros. ¿Quién tendría más derecho?».

Gawan, llevado por su valeroso ánimo, entró a pie en el castillo, con valentía y sin miedo. Como ya os he dicho antes, el castillo era

muy grande y estaba bien fortificado con construcciones por todos los sitios. Aunque lo asaltaran durante treinta años, no le harían ni un rasguño. En medio había una pradera. Sólo el campo del Lech es más largo[181]. Había muchas torres por encima de las almenas. La historia nos cuenta que, cuando Gawan vio el palacio, su tejado se parecía por todos los lados al plumaje de un pavo real. Era brillante y tan hermoso que ni la lluvia ni la nieve podían enturbiar su resplandor. Por dentro el palacio estaba magníficamente decorado y adornado. Las columnas de las ventanas estaban bellamente estriadas y las bóvedas se elevaban muy altas. Había allí dentro numerosos lechos, muy separados entre sí. Edredones de distintos tipos y ricamente decorados los cubrían. Allí habían estado sentadas las damas. Habían salido a su debido tiempo, por lo que no pudieron recibirlo. Su felicidad y el día de su salvación estaban en manos de Gawan. ¡Nada les hubiera sido más grato que haberlo podido ver! Ninguna de ellas podía, aunque él las quería servir. Pero no tenían culpa alguna. Entonces don Gawan fue de un lado a otro, para ver el palacio. En una de las cuatro paredes (no sé en cuál) había una puerta abierta de par en par. Allí dentro conseguiría la gloria o moriría por ella. Entró en la habitación. El pavimento brillaba, era puro y liso como el cristal. Allí estaba la Lit Marveile, la cama de las maravillas. Bajo ella giraban cuatro ruedas, hechas de rubíes redondos y resplandecientes e insertadas en las patas. Era más rápida que el viento. Debo encomiar el suelo: era de jaspe, de crisólito y de sardónice, tal como deseaba Clinschor, que lo había ideado así y que, con grandes conocimientos en magia, había traído de muchos países todo lo que aquí necesitaba. El pavimento estaba tan liso que Gawan apenas podía mover los pies. Iba en busca de su buena suerte. Tan pronto como se acercaba, la cama se movía del lugar en que estaba. A Gawan le molestaba llevar el pesado escudo que su anfitrión le había recomendado con insistencia. Pensó: «¿Cómo llegaré hasta ti si te apartas así de mí? Te lo demostraré saltando sobre ti». La cama estaba delante de él. Entonces dio un gran salto exactamente sobre el centro. Pero nadie puede imaginarse con qué velocidad se movía la cama de aquí para allá. No perdonó a ninguna de las cuatro paredes, sino que chocó con tanta violencia contra ellas que resonó todo el castillo. Así cabalgaba Gawan a menudo al combate. Aunque hubieran

retumbado el trueno y todas las trompetas, desde la primera a la última, y aunque hubieran tocado éstas a porfía, no habrían producido mayor estrépito. Gawan, aunque estaba en la cama, no podía dormir. ¿Qué hizo el héroe? Cuando el estruendo le resultó excesivo, puso sobre sí el escudo. Se quedó tumbado y dejó todo en manos de Aquel que puede prestar auxilio y que no se cansa de amparar a todo el que, estando en grandes apuros, se dirige a Él en busca de ayuda. Tan pronto como el hombre inteligente y sensato tiene dificultades, se dirige al Altísimo, pues sólo Él puede ayudar con creces, y de hecho ayuda caritativamente, como le sucedió a Gawan. Pidió a Dios, a cuya generosa Gracia debía toda su gloria, que lo protegiera. Entonces cesó el estruendo, de modo que la preciosa cama quedó en el centro del pavimento, a igual distancia de las cuatro paredes. Pero se cernía sobre él un peligro mayor. Quinientas catapultas, construidas con gran destreza, estaban prestas para lanzar su munición. Apuntaban todas a la cama en la que estaba tumbado. Su escudo era, no obstante, tan resistente que casi no sintió nada. Eran piedras de río, redondas y duras. El escudo, con todo, fue agujereado en algunos lugares.

Las piedras habían sido lanzadas y nunca antes había padecido que tan terribles disparos volaran sobre él. Pero acto seguido se tensaron para el disparo quinientas o más ballestas. Todas apuntaban también exactamente a la cama en la que se encontraba. Quien haya padecido alguna vez semejante suplicio sabrá lo que son las flechas. Tardaron muy poco en ser lanzadas todas. Quien quiera descansar, no vaya a semejante cama, pues no le proporcionará ningún reposo. El descanso que Gawan encontró en esta cama tornaría grises los cabellos al más joven. A pesar de todo, su corazón y su mano no tenían ningún miedo. No se había visto libre por completo de las flechas y las piedras, sino que le habían hecho contusiones y cortes a través de los anillos de su armadura. Cuando pensaba que sus penalidades ya habían terminado, tuvo que ganarse su gloria luchando. En ese mismo momento se abrió una puerta frente a él y entró un hombre tosco, fornido y horrible. Llevaba un jubón, una boina y unos anchos pantalones de piel de foca y sostenía en su mano una clava más gruesa que un cántaro. Se acercó a Gawan, que no lo deseaba. Le molestaba que dirigiera sus pasos hacia él. El caballero pensó: «Éste no tiene armadura. No se

podrá defender frente a mí». Después se incorporó y se sentó como si no le doliera nada. El gañán dio un paso atrás, como si quisiera huir, y exclamó furioso: «No me dais ningún miedo. Ahora os tocará en suerte algo que os costará la vida. Vivís aún por las fuerzas del demonio. Aunque os ha protegido hasta ahora, ha llegado inexorablemente la hora de vuestra muerte. Os lo haré ver tan pronto como marche de aquí». El villano se retiró. Gawan quitó del escudo con la espada las astas de las flechas; todas estas flechas habían traspasado el escudo y habían tintineado en los anillos de la armadura. Entonces oyó un retumbar sordo, como si veinte tambores tocaran para el baile. En su firme y valeroso ánimo, que nada tenía de cobardía, pensaba: «¿Qué me sucederá? Tengo que confesar que he pasado por una difícil prueba. ¿Aumentarán los peligros? Me aprestaré para la lucha». Miró hacia la puerta por la que había salido y un fornido león, tan alto como un caballo, saltó adentro. Gawan, al que nunca le había gustado huir, cogió el escudo por las correas e hizo lo que debía para defenderse: saltó al pavimento. Este grande y vigoroso león estaba terriblemente salvaje de hambre, pero le sirvió de poco. Atacó furioso al caballero, pero Gawan estaba presto para defenderse. El león casi le quitó el escudo, pues en su primera acometida se lo atravesó con todas las garras. Nunca un animal había atravesado antes algo tan duro. Gawan se defendió y cortó una pata al león. Ahora saltaba el león sólo sobre tres patas, pues la cuarta zarpa quedó clavada en el escudo. La sangre salió con tal fuerza que Gawan apenas podía mantenerse en pie. Empezó a moverse hacia aquí y hacia allá, mientras el león saltaba hacia él una y otra vez, bufaba por las narices y rugía enseñando los dientes. Si estaba adiestrado para comerse a la buena gente, no me gustaría sentarme junto a él. Gawan, que luchaba por salvar la vida, también lo sentía. Había herido al león de tal manera que toda la habitación estaba regada de sangre. Con saña saltó el león sobre él para derribarlo. Gawan le clavó la espada en el pecho hasta la empuñadura. Con ello desapareció la furia del animal, pues cayó muerto. Cuando Gawan salió vencedor de este gran peligro, pensó: «¿Qué es lo mejor que puedo hacer ahora? No me gustaría sentarme sobre esta sangre. Si conservo bien mis cinco sentidos, debo cuidarme de sentarme o de tumbarme en esta cama, pues anda por todas partes». Pero su

cabeza estaba tan aturdida por los lanzamientos de las piedras y sus heridas empezaron a sangrar tanto que le abandonó completamente su valiente fortaleza y se mareó y cayó al suelo. Su cabeza yacía sobre el león y su cuerpo sobre el escudo. Las pruebas le habían robado las fuerzas y el sentido y le habían causado gran daño. Quedó inconsciente. La almohada bajo su mejilla no se parecía a aquella que la encantadora e inteligente Gymele de Monte Ribbele puso a Kahenis, con lo que perdió su gloria por dormir demasiado[182]. Por el contrario, la gloria se acercaba rápidamente a Gawan, pues habéis oído bien por qué había perdido el sentido y yacía inconsciente, y cómo había empezado todo.

Desde su escondite descubrieron que el pavimento de la habitación estaba regado de sangre. Los dos, el león y Gawan, parecían muertos. Una hermosa doncella miró dentro temerosa desde una alta ventana y su bello rostro palideció. La joven se desmadejó tanto que la anciana y experimentada Arnive se lamentó de ello. Todavía hoy la alabo por salvar al caballero y librarle de la muerte. También ella fue allí a mirar. Lo que la dama había visto desde allí arriba a través de la ventana era de tal naturaleza que no podía decir si era el día de la felicidad futura o de la eterna tribulación. Temía que el caballero estuviera muerto, pues yacía sobre el león, como si no tuviera ninguna otra cama. Este pensamiento la llenaba de dolor. Entonces dijo: «Me dolería en el corazón si tu leal valentía te hubiera costado tu noble vida. Si has encontrado aquí la muerte por nosotras, gentes dignas de compasión, porque te sentiste obligado a ello, lloraré siempre por tu virtud, seas viejo o joven». Al ver al héroe así tumbado, dijo a las otras damas: «Vosotras, cristianas, pedid a Dios su bendición».

Después envió allí a dos doncellas y les pidió que tuvieran buen cuidado de andar sigilosamente hasta que abandonaran la habitación y que le comunicaran si estaba con vida o si había fallecido. Eso le encargó a las dos. ¿Si alguna de las hermosas y puras doncellas lloró? Sí, las dos mucho, al ver el penoso estado en que se encontraba: la sangre de sus heridas se derramaba sobre el escudo. Miraron si vivía. Una le desató el yelmo con sus bellas manos y se lo quitó, así como la gola. Tenía un poco de espumilla en sus rojos labios. La joven empezó a observar si respiraba o si esa señal era sólo engañosa. Se mantenía la duda. Sobre su capa llevaba

dos dragones de marta cebellina. El britano Ilinot había llevado gloriosamente este blasón y le había traído gran fama ya en sus años mozos, hasta su muerte. La chica cogió con sus dedos un pelo de marta y lo sostuvo delante de la nariz de Gawan para ver si la respiración lo movía. ¡Y descubrió el aliento! En ese mismo instante mandó a la otra muchacha que saliera corriendo y que trajera agua de beber. Su hermosa compañera la trajo enseguida. La chica metió con gran destreza su delicado dedo entre los dientes del caballero y vertió cuidadosamente un poco de agua, y después más, aunque no demasiada, hasta que él abrió los ojos. Gawan saludó a las dos hermosas muchachas y les dio las gracias. «¡Siento mucho que me hayáis encontrado así tumbado, tan indecorosamente! Seríais muy bondadosas si os lo callarais. Vuestra noble educación os lo exige».

Ellas contestaron: «Habéis estado tumbado, y lo seguís estando, como quien ha conseguido la mayor gloria. Habéis conquistado aquí tal gloria que por ella os sentiréis dichoso en la vejez. Hoy es el día de vuestra victoria. Pero consoladnos a nosotras, pobres desdichadas, y decidnos si vuestras heridas son de tan poca importancia que podamos alegrarnos con vos».

Él dijo: «Si deseáis verme con vida, debéis ayudarme». Y pidió a las damas: «Haced que examine mis heridas alguien que entienda de medicina. Pero si tengo que seguir luchando, atadme el yelmo y marchaos. Sabré defenderme».

Ellas respondieron: «Estáis liberado de esta lucha. Señor, dejadnos permanecer a vuestro lado. Puesto que aún vivís, una de nosotras recibirá de las cuatro reinas la recompensa por la buena nueva. Hay que prepararos un lecho y buenas medicinas y hay que trataros cuidadosamente con un ungüento que alivie y cure eficazmente vuestras magulladuras y vuestras heridas».

Una de las muchachas salió corriendo tan rápido que no podría decirse precisamente que cojeara. Llevó a la corte la noticia de que el caballero estaba con vida. «Y tan vivo que, si Dios así lo quiere, nos hará muy felices. Pero necesita ayuda urgentemente».

Entonces exclamaron todas: «Gracias a Dios». La anciana y experimentada reina mandó preparar un lecho y extender delante una alfombra, junto a un buen fuego. La reina trajo ungüentos muy caros, sabiamente elaborados, para las heridas y para las magulladuras. Al mismo tiempo ordenó a cuatro damas que fueran

hasta él y le quitaran cuidadosamente la armadura, y que tuvieran buen cuidado de que no pasara vergüenza. «Tomad una colcha de seda y quitadle detrás de ella la armadura. Dejadle andar, si puede. En caso contrario, traedlo aquí: yo le esperaré junto a la cama en la que el héroe debe echarse. Si el combate no lo ha dejado mortalmente herido, lo sanaré enseguida. Si alguna de sus heridas fuera mortal, eso significaría también nuestra propia muerte. Tendríamos que llevar la muerte a nuestras espaldas aun estando con vida».

Todo se hizo así. Quitaron la armadura a don Gawan y se lo llevaron de allí. Las que sabían ayudar le ayudaron. Tenía cincuenta heridas o más. Las flechas, sin embargo, no habían penetrado mucho por la cota de mallas, pues el escudo la había protegido. La anciana reina cogió díctamo, vino caliente y tafetán azul, limpió con ello la sangre de las heridas y las vendó tan sabiamente que el joven héroe sanó. Bajo las abolladuras del yelmo tenía hinchazones en la cabeza, y en ello se evidenciaban los lanzamientos de las piedras, pero ella las hizo desaparecer con el poder curativo de su ungüento y con su propia maestría. La reina dijo: «Voy a mitigar rápidamente vuestros dolores. La hechicera Cundry tiene a bien visitarme a menudo y me proporciona excelentes medicinas. Cuando Anfortas padeció sus terribles dolores y hubo que socorrerle, el ungüento le ayudó, y no murió. Lo trajeron de Munsalwäsche».

Al oír Gawan nombrar Munsalwäsche, se sintió feliz. Le pareció que estaba ya cerca. Entonces Gawan, que estaba libre de toda maldad, dijo a la reina: «Señora, me habéis hecho recobrar el sentido, que había perdido totalmente. También remiten mis dolores. Os debo, como vuestro humilde servidor, el haber recuperado las fuerzas y la consciencia».

Ella replicó: «Señor, todas nosotras buscamos vuestro favor y nos apresuramos a merecerlo. Ahora oídme y no habléis mucho. Os daré una planta medicinal para que durmáis. Os hará bien. Antes de la noche no podéis comer ni beber nada. Así recuperaréis las fuerzas. Después os traeré de comer, para que podáis resistir hasta por la mañana temprano».

Entonces le puso la planta medicinal en la boca y se durmió enseguida. Lo tapó con todo cuidado. Gawan, rico en gloria y pobre

en deshonra, estaba en una cama mullida y caliente y durmió todo el día. Sin embargo, al dormir sintió algunas veces escalofríos, y tosió y estornudó, pero era el efecto del ungüento. Mientras tanto entraban y salían grupos de hermosas y distinguidas damas. La anciana Arnive, con su autoridad, ordenó que nadie hablase alto mientras durmiera el héroe. Mandó también cerrar el palacio. Todos los caballeros, soldados y habitantes de la ciudad sólo supieron la noticia al día siguiente. Las damas lo sintieron mucho. Así durmió el héroe hasta la noche. Entonces ella le quitó la planta medicinal de la boca y despertó. Tenía sed. La experimentada reina mandó traerle de beber y excelentes manjares. El caballero se incorporó y se sentó, y comió con buen apetito. Muchas damas estaban de pie delante de él. Nunca había sido servido con tanta distinción y tan magníficamente. Entonces Gawan, mi señor, miró a una y a otra y sintió nostalgia de la bella Orgeluse. En toda su vida ninguna mujer le había llegado tan cerca del corazón, cuando fue amado o cuando se le negó el amor. El valiente héroe dijo a su cuidadora, la anciana reina: «Señora, va en contra de mi educación que estas damas estén de pie delante de mí. Podríais considerarme demasiado inmodesto. Pedidles que se sienten o, incluso, que coman conmigo».

«Aquí no se sienta ninguna, excepto yo. Señor, se avergonzarían si no os sirvieran como es debido. Sois nuestra mayor felicidad. Pero, señor, cumplirán inteligentemente lo que les pedís». Mas las nobles damas de alto linaje, por propia voluntad, no accedieron a su ruego, sino que le pidieron gentilmente poder seguir de pie, en vez de sentarse, hasta que terminara de cenar. Cuando terminó, se fueron, y Gawan se echó a dormir.

—*Cidegast*—

Creo que quien perturbara ahora su descanso, cuando tanto necesita descansar, obraría muy mal. Según el testimonio de la historia, se había esforzado mucho y había acrecentado y extendido su gloria con gran sufrimiento. Lo que el noble Lancelot padeció en el puente de la espada y después en el combate con Meljakanz no era nada comparado con esta dura prueba, como tampoco lo era lo que se dice de Garel, el orgulloso y poderoso rey, quien con tanta valentía de caballero expulsó al león del palacio de Nantes y quien cogió el puñal de la columna de mármol, lo que le traería después gran tribulación[183]. Si un mulo llevara todas las flechas que Gawan, valiente como le enseñaba su viril corazón, dejó que alcanzaran silbando su cuerpo, la carga sería excesiva. No había sido tan fatigosa la aventura en el Desfiladero Peligroso, ni cuando Erec arrebató luchando Schoydelacurt a Mabonagrin, ni cuando el orgulloso Iwein tuvo que echar necesariamente el agua sobre la piedra de los portentos[184]. Si juntamos todas estas penalidades, pesarían más las de Gawan, si alguien quisiera sopesar tan grandes fatigas.

¿A qué penalidades me refiero? Si no os parece demasiado pronto, os las contaré en detalle. Orgeluse entró allí en el corazón de Gawan, quien era débil en cobardía y fuerte en el verdadero arrojo. ¿Cómo pudo suceder que se escondiera en un lugar tan pequeño una dama de tan excelsa figura? Entró por un pequeño sendero en el corazón de Gawan, y ante la aflicción del amor desaparecieron todos sus dolores. La gran mujer vivía en una pequeña sala. Nunca se le iba de la mente. La fidelidad amorosa lo mantenía despierto. Nadie debe reírse de que un campeón tan

distinguido pudiera ser derrotado por una mujer. ¡Ay! ¿Cómo puede ser? Doña Amor dirige su cólera a quien ha conquistado la gloria. Con todo, ella lo encontró valiente y dispuesto a defenderse. Debería evitar la violencia contra él, pues está enfermo y herido. El caballero debería beneficiarse de que ella lo venciera, a pesar de defenderse, cuando estaba perfectamente sano. Doña Amor, si deseáis conseguir la gloria, tenéis que dejar que os diga que esta lucha no os reportará ninguna honra. Gawan ha vivido siempre buscando vuestro favor, como su padre Lot. La familia de su madre también estuvo siempre a vuestras órdenes, desde los tiempos de Mazadan, a quien Terdelaschoye llevó a Feimurgan y a quien le espoleó tanto vuestro poder que, según he oído decir muchas veces, nunca os abandonó ninguno de sus sucesores. Ither de Gaheviez llevó vuestro blasón. Cuando se hablaba de él delante de mujeres y cuando sólo se mencionaba su nombre, ellas no se avergonzaban de estar bajo vuestro poder. Imaginaos qué ocurriría con la que le viera en persona: sabría lo que es el verdadero amor. Con él perdisteis a un fiel servidor.

Empujad ahora también a Gawan a la muerte, como a su primo Ilinot, a quien vuestro poder obligó a luchar en su mejor juventud por Florie, su noble amada de Kanedic. Cuando era niño huyó del reino de su padre y esta reina lo educó. En Britania se sentía extranjero. Florie cargó sobre él el peso del amor, lo que le llevó a abandonar también este remo. Al servicio de la reina, como habéis oído, encontró la muerte. A menudo la estirpe de Gawan llegó a sufrir tormentos en el corazón por amor. Os citaré a otros parientes que padecieron por amor. ¿Por qué cautivó la nieve ensangrentada al fiel Parzival? Se debió a la reina, su esposa. A Galoes y a Gahmuret los derribasteis y los llevasteis a la muerte. La noble y joven Itonje, la hermosa hermana de Gawan, amaba con fidelidad y constancia al rey Gramoflanz. Doña Amor, también Surdamur cayó por vuestro poder en brazos de Alejandro[185]. A ninguno de los parientes de Gawan quisisteis liberar de vuestro servicio, doña Amor. Y ahora queréis conseguir la gloria con él. Deberíais medir vuestras fuerzas con los que las tienen y dejar vivir a Gawan con su enfermedad y con sus heridas. ¡Doblegad a los sanos! A muchos que han cantado al amor, éste no los ha dominado de tal forma. Tendría que callarme. Los amantes deberían lamentar lo que le sucedió al de

Noruega. Cuando salió victorioso de la aventura, le atacó una poderosa granizada de amor, sin que pudiera defenderse. Exclamó: «¡Ay! ¿Por qué fui a dar con estas camas, en las que no se puede descansar? Una me dejó herido y la otra ha multiplicado mis pensamientos en el amor. La duquesa Orgeluse me debe conceder su favor si es que he de ser feliz».

Lleno de impaciencia se movía a un lado y a otro, con lo que se soltaron algunas vendas de sus heridas. Mientras estaba tumbado, era presa de gran excitación. Pero, mirad, ya viene el día, que tan impacientemente había esperado. Antes había tenido que sufrir a menudo muchos duros combates con la espada, pero este *descanso* era mucho menos llevadero.

Si algún amante dice que su tormento es igual, estando sano debe ser herido así también con flechas, pues le harán tanto daño como antes las penas de amor. Gawan padecía el amor y el otro dolor.

El día empezaba a despuntar y la luz de las grandes velas no era tan clara. El héroe se levantó. Su ropa interior de lino estaba sucia de las heridas y de la herrumbre de la armadura. Le habían llevado una camisa y un calzón de bujara[186]. Se cambió gustoso. Habían dejado también allí una túnica de marta y un jubón de la misma piel, ambos forrados con seda traída de Arras. Había allí asimismo un par de botas, no demasiado ajustadas. Después de ponerse la nueva ropa, Gawan, mi señor, salió por la puerta de la habitación. Así se fue paseando hasta que encontró el magnífico palacio. Sus ojos nunca habían visto nada que se le pareciera en su esplendor. En un lado del palacio una galería abovedada, no demasiado amplia y con escaleras, conducía hasta el tejado girando sobre sí misma. Arriba había una bella columna, que no era de madera podrida, sino resplandeciente y tan firme y grande que podría haber sostenido bien el sarcófago de doña Camila[187]. El inteligente Clinschor había traído esta obra maestra, que se elevaba hasta una gran altura, del país de Feirefiz. Era redonda como una tienda de campaña. El maestro Geómetras no hubiera podido construir este edificio, pues no conocía estas técnicas. Había sido levantado con artes realmente mágicas. Según nos hace saber la historia, las magníficas ventanas, todas de iguales dimensiones, estaban adornadas de diamantes y amatistas, de topacios y de granates, de

rubíes y de crisólitos, de sardónices y de esmeraldas. Todo el techo era del mismo estilo que se podía ver en las columnas de las ventanas. Pero ninguna columna se podía comparar con la que se elevaba en medio, entre ellas. La historia nos dice que tenía propiedades maravillosas.

Para verla, don Gawan subió a la atalaya, que estaba adornada con muchas piedras preciosas. Entonces descubrió tal portento que no se cansaba de mirar. Le parecía que podía ver todos los países en la gran columna y que giraban, y que las montañas chocaban entre sí. En la columna vio gente que cabalgaba y que iba a pie; unos andaban, otros estaban parados. Se sentó en una ventana, pues quería examinar mejor el portento. Entonces llegó la anciana Arnive con su hija Sangive y sus dos nietas. Las cuatro se acercaron a él. Gawan se puso en pie de un salto cuando las vio.

La reina Arnive le dijo: «Señor, debéis dormir todavía. Estáis aún demasiado herido como para no descansar. Quizá os esperan otras fatigas».

Gawan contestó: «Señora y soberana, vuestra ayuda me ha proporcionado tantas fuerzas y claridad en mi mente, que os serviré mientras viva».

La reina siguió hablando: «Si os he entendido bien y me habéis dicho que soy vuestra *soberana*, besad entonces a estas tres damas. No tenéis que temer por vuestra honra, pues son de sangre real».

El caballero atendió complacido este ruego y besó a las hermosas damas, a Sangive y a Itonje, y a la encantadora Cundrie. Gawan se sentó con las cuatro mujeres y miró a las bellas muchachas, una vez a una y otra vez a la otra. Pero sólo vivía una mujer en su corazón. Junto a Orgeluse, el resplandor de estas jóvenes era sólo como un día de niebla. La duquesa de Logroys le parecía tan hermosa que se había apoderado de su corazón. Las tres damas más jóvenes lo besaron. Eran tan bellas que fácilmente habrían roto cualquier corazón, aunque no hubiera sufrido antes las penas del amor. Gawan preguntó a la sabia reina por la columna que había visto y le pidió que le desvelara su misterio. Ella contestó: «Señor, desde que vi la gran piedra preciosa, brilla de día y de noche en la región, seis millas a la redonda. En la columna puede verse todo lo que sucede en ese círculo, por mar y por tierra. Lo refleja perfectamente. Sea ave o venado, forastero o propietario

del bosque, conocido o desconocido, todo puede verse en la columna. Su luz alcanza las seis millas. Es tan dura y tan perfecta que nada pueden hacerle, con destreza o con fuerza, ni el martillo ni el herrero. Se la robaron en Tabronit a la reina Secundila. Creo que muy en contra de su voluntad».

En ese momento Gawan vio en la columna a un caballero y una dama. Los pudo reconocer en ella a los dos. La dama le pareció preciosa. El hombre y el caballo estaban perfectamente armados, y el yelmo llevaba un penacho. Llegaron a toda prisa por el vado hasta la pradera. Habían cabalgado en su busca. Venían atravesando las tierras pantanosas, por el mismo camino que había seguido el orgulloso Lischoys, a quien Gawan había vencido. La dama conducía al caballero por la brida de su caballo. Lo que él deseaba era luchar. Gawan se dio la vuelta. Sus penas de amor se multiplicaron. Pensó que la columna lo había engañado, pero había visto la realidad: Orgeluse de Logroys y un caballero cortés venían hacia el embarcadero del prado. Como el eléboro penetra rápida y poderosamente en la nariz, así entró en él la duquesa, a través de sus ojos y por su encogido corazón. ¡Ay! Don Gawan es un hombre indefenso frente al amor. Cuando vio venir al caballero, dijo a su benefactora: «Señora, allí viene un caballero hacia nosotros con la lanza levantada, buscando pelea. ¡Encontrará lo que busca! Desea un duelo caballeresco y lo tendrá. Pero, decidme, ¿quién es la dama?».

Ella contestó: «Es la bella duquesa de Logroys. ¿En quién ha puesto las miras? Ha venido con el guardia de corps[188], del que hemos oído muchas veces que su corazón no conoce el miedo. Ha conseguido tanta gloria con las lanzas que llegaría para honrar a tres reinos. Debéis evitar combatir con tan aguerrido caballero. Es demasiado pronto para que luchéis. Estáis demasiado herido para pelear. Aunque estuvierais completamente sano, no deberíais luchar con él».

Entonces dijo Gawan, mi señor: «Habéis dicho que debo ser aquí señor. Si alguien busca tan cerca un duelo caballeresco, en el que está en juego mi honra, debo tener mi armadura, señora».

Las cuatro damas se pusieron a llorar amargamente. Exclamaron: «Si queréis conservar vuestra felicidad y vuestra gloria, no luchéis en modo alguno con él. Si yacierais muerto a sus pies,

aumentarían nuestras penalidades. Aunque salieseis bien parado, las heridas que tenéis os quitarían la vida en la armadura. Esto significaría también para nosotras la muerte».

Gawan se debatía con su penoso dilema. Oíd qué le afligía. Se sentía herido por la llegada del guardia de corps. También le atormentaban sus heridas, y más aún el amor, así como la tristeza de las cuatro damas, pues veía en ellas verdadero afecto. Les pidió que no lloraran y que le trajesen una armadura, un caballo y una espada. Las bellas y nobles damas condujeron a Gawan abajo. El caballero les rogó que bajaran delante de él hasta donde estaban las otras gentiles y hermosas damas. Gawan fue armado rápidamente para su partida hacia el combate, mientras lloraban muchos hermosos ojos. Lo armaron tan en secreto que nadie lo supo, a excepción del chambelán, que ordenó que le almohazaran su caballo. Gawan se fue sigilosamente a donde estaba Gringuljete, pero estaba tan herido que apenas podía llevar el escudo, aunque estaba completamente agujereado.

Don Gawan subió al caballo y cabalgó desde el castillo hasta su leal anfitrión, que no le negaba ningún deseo. Le dio una lanza, fuerte y sin pulir. Había reunido muchas así en la pradera. Después Gawan, mi señor, le pidió que lo pasara enseguida al otro lado. En un barco lo llevó a la otra orilla, donde encontró al guardia de corps, noble y orgulloso. Era un hombre sin tacha, que no había sufrido ninguna ignominiosa derrota. Tenía gran fama, pues todo el que justaba con él caía pronto detrás del caballo, de su lanzada. Había vencido a todos los que habían cabalgado contra él buscando la gloria. El noble héroe también había declarado que conseguiría gran gloria con las lanzas, sin la espada, o que perdería su buen nombre. Si alguien lo derribara, obteniendo así la victoria en el duelo, no se defendería con la espada, sino que se rendiría. Gawan supo esto por el cobrador de los tributos tras las justas. Plippalinot cobraba así su tributo: cuando se celebraba un duelo y uno caía y el otro quedaba montado, cogía, sin que los contendientes objetaran nada, lo que el primero había perdido y el segundo ganado —me refiero al caballo—, y se lo llevaba. No le importaba cuánto tiempo habían luchado, quién había conseguido la victoria y quién había quedado escarnecido. Dejaba decidir a las damas, que veían a menudo los duelos. Entonces pidió con insistencia a Gawan que

permaneciera en la silla. Condujo su caballo del barco a la orilla y le ofreció un escudo y la lanza. Ya venía galopando el guardia de corps, quien sabía colocar certeramente su lanza, ni demasiado alta ni demasiado baja. Gawan cabalgó enseguida a su encuentro. Gringuljete de Munsalwäsche obedeció a lo que Gawan le pedía mediante las riendas y cabalgó por la pradera.

¡Adelante! ¡Dejadles luchar! Aquí llega el hijo del rey Lot, valiente y sin miedo en el corazón. ¿Dónde tienen el nudo las correas del yelmo? El guardia de corps le dio exactamente allí. Gawan, por su parte, lo alcanzó en la visera. Pronto se evidenció quién iba a ser derribado. La corta y poderosa lanza de Gawan arrancó el yelmo a su adversario. El yelmo siguió cabalgando, mientras que el caballero quedó en el suelo. Era una flor de la gloria caballeresca antes de quedar tendido en la hierba, tras caer por la lanzada. Todo el esplendor del ornato de sus armas se medía con las flores en el rocío. Gawan lo derribó con el caballo hasta que se rindió. El barquero exigió el caballo. Era su derecho. ¿Quién lo niega?

La bella Orgeluse le dijo malévolamente: «¡Os alegráis mucho! ¿Tenéis motivo? ¿Porque la garra de aquel fornido león os acompaña en vuestro escudo? ¿Porque creéis que habéis obtenido la gloria al haber visto esas damas lo que habéis conseguido con vuestra lanzada? Os concedemos el placer de que os sintáis dichoso porque la Lit Marveile se haya vengado tan poco. Tenéis destrozado el escudo como si hubieseis luchado realmente. Quizá estáis demasiado herido para las fatigas de un nuevo combate. Además de hacer el ganso, os costaría caro. Para jactaros os gusta tener el escudo agujereado como un colador, perforado por las muchas flechas. Pero, ahora, en vez de quejaros, deberíais huir. Haced que os curen el dedo. Volved allí arriba con aquellas damas. ¿Cómo os ibais a atrever a participar en un combate que yo dispusiera, si es que realmente vuestro corazón me quisiera servir por amor?».

Gawan contestó a la duquesa: «Señora, ya me han ayudado a curar mis heridas. Si os dignaseis ayudarme vos también y aceptar mis servicios, no habría peligro tan grande como para que no os sirviera».

Entonces dijo ella: «Os dejo que cabalguéis conmigo y que conquistéis aún más gloria».

El orgulloso y noble Gawan estaba completamente dichoso. Envió al guardia de corps con su anfitrión Plippalinot al castillo y mandó decir que todas las hermosas damas lo trataran dignamente. La lanza de Gawan había quedado entera, aunque los dos caballos habían sido espoleados con toda la furia, y la recogió de la esplendorosa pradera. Muchas damas lloraban porque él partía de allí. La reina Arnive exclamó: «Nuestro salvador encontró en ella un deleite para sus ojos y una espina para el corazón. ¡Ay! Ahora sigue a Orgeluse hacia el Desfiladero Peligroso. Esto es malo para sus heridas». Cuatrocientas damas se lamentaron de que se fuera de allí buscando la gloria.

La esplendorosa belleza de Orgeluse le había hecho olvidar por completo el dolor de sus heridas. Ella le dijo: «Me tendríais que traer una corona de una rama de un árbol. Si lo hacéis, alabaré vuestra acción y podréis solicitar mi amor».

Entonces contestó el caballero: «Señora, dondequiera que esté la rama que me puede proporcionar la más alta gloria y la gran felicidad de poderos confesar mis penas de amor, la cortaré, si la muerte no me lo impide».

Las hermosas flores que allí había no eran nada comparadas con la belleza de Orgeluse. Gawan pensaba de tal forma en ella que no sentía en absoluto el dolor de sus heridas. Ella cabalgó con su acompañante una milla desde el castillo, por un camino ancho y recto, hasta un hermoso bosque. Como era el bosque de Clinschor, había allí tamariscos y brasiles. Gawan, el valiente héroe, preguntó: «Señora, ¿dónde debo coger la corona que volverá a sanar mi destrozada alegría?». Debería haber tirado al suelo a la duquesa, como les ha ocurrido después muchas veces a numerosas bellas damas.

Ella contestó: «Os enseñaré dónde podéis conseguir la gloria».

Cabalgaron a campo abierto hasta tan cerca de un desfiladero que pudieron ver el árbol de las coronas. Entonces dijo Orgeluse: «Señor, de este árbol cuida un hombre que me ha robado la felicidad. Si me traéis una rama de él, nunca un caballero habrá prestado antes tan gran servicio por amor». Y siguió hablando la duquesa: «Yo me detendré aquí. Si queréis seguir, Dios os proteja. Pero no deis largas al asunto. Tenéis que saltar valientemente con vuestro caballo sobre el Desfiladero Peligroso». Orgeluse se detuvo

en la pradera y don Gawan siguió cabalgando. El caballero oyó el estruendo de una rápida cascada, que había abierto un ancho valle, profundo e imposible de atravesar. El valiente Gawan picó espuelas a su caballo. El héroe de noble linaje lanzó su caballo, pero éste sólo llegó con sus patas delanteras a la otra orilla. El salto tenía que acabar en una caída. Incluso la duquesa lloró. La corriente era rápida y poderosa. A Gawan le ayudó su fortaleza, pero le pesaba mucho su armadura. Una rama de un árbol había crecido hasta dentro de la corriente. El fuerte caballero se agarró a ella, pues deseaba seguir viviendo. El héroe atrapó su lanza, que flotaba junto a él, y subió a la orilla. Gringuljete nadaba por encima del agua y hundiéndose en ella, y él se dispuso a ayudarlo. La corriente había llevado al caballo tan lejos que no podía correr detrás de él, pues llevaba puesta la armadura y tenía además muchas heridas. Un remolino empujó al animal hacia la orilla y el caballero se acercó con la lanza. La lluvia y un torrente habían erosionado la orilla en una escarpada pendiente y habían ampliado el lecho del río. Esto salvó a Gringuljete. Con la lanza lo acercó tanto a la orilla que pudo coger las riendas. Así pudo subir don Gawan el caballo a la pradera. La montura se sacudió cuando se sintió a salvo. El caballero cogió el escudo, que no se había perdido, y tensó la cincha al caballo. Si alguien no se lamenta de sus penalidades, dejaré de hablar. ¡Ya tenía bastante con las penas que le causaba el amor! La bella Orgeluse lo azuzaba para que fuera a coger la corona. Hacía falta valor para semejante empresa. Este árbol estaba tan bien protegido que, aunque hubieran sido dos Gawan, ambos habrían tenido que ofrendar sus vidas por la corona. El guardián del árbol era el rey Gramoflanz. Pero Gawan cogió la corona. El río se llamaba Sabins. Gawan pagó un caro tributo cuando con su caballo chapoteó en el agua. Por mucho que resplandeciera de belleza Orgeluse, no aceptaría yo su amor. Sé muy bien lo que me conviene.

Cuando Gawan cortó la rama y se puso la corona sobre el yelmo, llegó hacia él un hermoso caballero. Tenía la mejor edad: no era demasiado joven ni demasiado viejo. Tenía un ánimo tan arrogante que nunca luchaba contra uno solo, le hiciera lo que le hiciese, sino contra dos o más. Su corazón era tan orgulloso, que, le hiciera lo que le hiciese un solo hombre, lo dejaba marchar sin pelear. El hijo del rey Irot dio a Gawan los buenos días. Era el rey Gramoflanz,

quien dijo: «Señor, no he renunciado todavía a esa corona. No os habría saludado si hubieseis sido dos los que me hubierais robado de ese modo una rama de mi árbol. ¡Tendríais que haber luchado! Pero ahora sería indigno de mí».

Gawan tampoco sentía deseos de luchar con él, pues el rey cabalgaba desarmado. El famoso héroe llevaba en su hermosa mano sólo un gavilán, que había mudado el plumaje. Se lo había enviado Itonje, la encantadora hermana de Gawan. Se tocaba con un sombrero de plumas de pavo real, de Winchester[189]. El rey llevaba también una capa de terciopelo, verde como la hierba, que por ambos lados le colgaba hasta el suelo. La guarnición era de blanco armiño. El caballo que montaba el rey no era demasiado grande, aunque sí muy fuerte, y era un ejemplar muy hermoso. Lo habían traído de Dinamarca, por tierra o por mar. El rey cabalgaba totalmente desarmado: no llevaba siquiera espada.

«Vuestro escudo indica que habéis luchado», dijo el rey Gramoflanz. «Está tan destrozado que seguramente os las habéis visto con Lit Marveile. Habéis sufrido la aventura que me estaba destinada. Pero el inteligente Clinschor quería vivir en paz conmigo, y además estoy en guerra con aquella que con su belleza consiguió la victoria en el concurso del amor[190]. Todavía está viva su cólera contra mí, pues maté a Cidegast, su noble marido, y a tres más. Entonces me llevé a Orgeluse y le ofrecí la corona y todo mi reino. Pero a pesar de los servicios que le ofrecí, su corazón me siguió guardando rencor. Un año estuve suplicándole, pero no pude conseguir su amor. Lo lamento ante vos de todo corazón. Sé bien que os ha ofrecido su amor, pues deseáis matarme. Si hubieseis venido acompañado de otro, me habríais podido quitar la vida o habríais muerto los dos. Habríais recibido vuestro merecido. Mi corazón suspira por otro amor, y aquí podéis ayudarme, pues ahora os habéis convertido en el soberano de Terre Marveile. Con vuestra lucha habéis conquistado la gloria. Si me queréis mostrar vuestra amistad, ayudadme a conseguir a la muchacha por la que mi corazón está tan afligido. Es la hija del rey Lot. Nunca me ha cautivado tanto ninguna mujer de este mundo. Llevo aquí en la mano la señal de su amistad. Comunicad a esa hermosa joven que soy su rendido servidor. Confío mucho también en que ella me tenga afecto, pues por ella he pasado muchas fatigas. Si conseguí la

gloria y si todo me fue bien o mal, desde que la poderosa Orgeluse, con palabras que venían de su corazón, me aseguró que no me amaba, ello se lo debo a la noble Itonje. Desgraciadamente, nunca la he visto. Si queréis prestarme vuestra ayuda, llevad este pequeño anillo a mi bella y encantadora dama. Quedáis liberado de luchar: si fueseis dos o más, las cosas serían de otro modo. ¿Qué gloria conseguiría si os matara o si os hiciera rendiros? Siempre he evitado semejante combate».

Entonces dijo Gawan, mi señor: «Soy un hombre que sabe defenderse. Si no queréis conseguir la gloria matándome con vuestra propia mano, no me proporciona ninguna honra haber roto esta rama. Si os matara estando vos desarmado, ¿quién me alabaría por ello? Seré vuestro mensajero. Dadme el anillo y le comunicaré que deseáis servirla y le contaré vuestras penas de amor».

El rey le dio las gracias efusivamente. Gawan siguió hablando: «Ya que rehusáis luchar, decidme al menos, señor, quién sois».

«No debéis tomarlo a mal», contestó el rey. «Os diré mi nombre. Mi padre se llamaba Irot. Yo soy el rey Gramoflanz. Mi noble corazón era suficientemente orgulloso como para no luchar nunca con un solo hombre, me hiciera lo que me hiciese, excepto con uno, que se llama Gawan. He oído tantas hazañas de este caballero que por mi tristeza me gustaría medirme con él. Su padre destruyó la amistad, pues mató a mi padre mientras se saludaban. Es un motivo suficiente para acusarlo. Ahora Lot ha muerto, pero Gawan ha conquistado tanta gloria, por encima de todos, que nadie de la Tabla Redonda se le puede igualar en prestigio. Llegará el día en que pueda luchar con él».

Entonces habló el hijo del noble Lot: «¿Queréis prestar un servicio a vuestra amiga, si es que lo es, al decir tales falsedades de su padre y al querer matar a su hermano? Si ella no os lo reprochara, sería una mala muchacha. Si fuera realmente su hija y su hermana, protegería a los dos, y vos dejaríais vuestro odio. Si él hubiera cometido una traición, ¿cómo hubiera podido ser vuestro suegro? ¿No os castigáis vos mismo por haberlo calumniado después de muerto? Su hijo no tiene miedo y no retrocederá. Si su bella hermana no le sirve aquí de ayuda, se ofrecerá él mismo como prenda. Señor, mi nombre es Gawan. Vengad en mí lo que os haya hecho mi padre. Él está muerto. Pondré mi honrosa vida como

fianza en un duelo, ya que él ha sido calumniado de semejante manera».

Entonces exclamó el rey: «Si sois vos aquel al que odio sin posibilidad de reconciliación, vuestra nobleza me produce alegría y tristeza. Me alegra, sobre todo, poder luchar con vos. Para vos es también muy honroso que os haya prometido luchar sólo con vos. Para nuestra gloria sería provechoso que pidiéramos a nobles damas que asistieran al duelo. Yo traeré mil quinientas. Vos también tenéis un buen grupo de bellas damas en Schastel Marveile. Llevad entre vuestros espectadores a vuestro tío Arturo, que procede de aquel país que lleva el nombre de Löver. ¿Conocéis la ciudad de Bems de la Corka?[191] Allí están todas sus mesnadas. De hoy en ocho días puede venir con toda la pompa. Dentro de dieciséis días llegaré a la pradera de Joflanze buscando satisfacción a mi vieja demanda: por la cuenta de esta corona».

El rey le pidió que le acompañara a Rosche Sabins, su ciudad. «No encontraréis otro puente».

Pero Gawan, mi señor, dijo: «Me vuelvo por el mismo camino. En lo demás haré lo que deseáis».

Se dieron la palabra de honor de que irían a Joflanze con caballeros y con damas para disputar el duelo, como era denominado el juicio, estando ellos dos solos en el lugar del combate.

Así se separó don Gawan del noble caballero. Salió al galope de allí, lleno de alegría porque la corona decoraba su yelmo. Sin tirar de las riendas, picó espuelas a su caballo hacia el desfiladero. Gringuljete dio a tiempo un salto tan grande que Gawan evitó esta vez despeñarse.

La duquesa cabalgó hacia él, que había saltado del caballo a la hierba y le apretaba la cincha. La poderosa reina, cuando estuvo a su lado, desmontó rápidamente. Se echó a sus pies y dijo: «Señor, a pesar de mi nobleza, no era digna de que pasarais por mí semejantes fatigas. En verdad, vuestras penalidades afligen tanto mi corazón que sólo una mujer que ama y es fiel siente así por su amado».

Gawan contestó: «Señora, si lo pensáis así, sin segundas intenciones, os acercáis a la honra. Pero sé bien que, si los caballeros tienen sus derechos, los habéis violado. El oficio de las

armas tiene tanto prestigio que quien realiza hazañas caballerescas está libre de escarnio. Señora, si puedo decirlo, quien ha visto mis hazañas debe reconocer que soy un caballero. Pero aunque me habéis visto, no lo habéis reconocido. Mas dejémoslo. Tomad la corona. Por muy bella que seáis, no debéis deshonrar así a ningún caballero nunca más. Si me queréis escarnecer, preferiría renunciar al amor».

La hermosa y poderosa Orgeluse dijo llorando amargamente: «Señor, si os cuento todos los tormentos que he de soportar en mi corazón, comprenderéis cuán grande es mi dolor. Si he tratado caprichosamente a alguien, que me lo perdone por su noble educación. Nunca perderé más alegría que la que perdí con el noble Cidegast. Mi bello y amado amigo ansiaba llevar una vida digna y gozaba de tan esclarecida fama que nadie en su vida dudaba de que ningún caballero le superara en gloria. Era una fuente viva de la juventud. Su juventud era tan floreciente que lo protegía de toda maldad. De las tinieblas había subido a la luz. Acrecentó tanto su gloria que nadie a quien hubiera ablandado la maldad la podía igualar. Su gloria creció tan alta que todos quedaron por debajo, como el rápido Saturno gira sobre todos los planetas. Fiel como el unicornio era, en verdad, mi marido: sencillamente perfecto. Las doncellas deberían llorar a este animal, pues por buscar la pureza fue asesinado. Yo era su corazón, él era mi cuerpo. Y lo perdí, desdichada de mí. Lo mató el rey Gramoflanz, al que habéis cogido esta corona. Señor, si os herí con mis palabras, fue porque quería averiguar si erais digno de que os ofreciera mi amor. Sé bien, señor, que os herí con mis palabras. Quería sólo probar vuestro amor. Dignaos aplacar vuestra cólera y concederme todo vuestro perdón. Sois un hombre valiente. Os comparo con el oro, que se acrisola en la lumbre. Así se ha acrisolado ahora también vuestro ánimo. Os he enviado contra aquél porque me había hecho mucho daño. Así pensaba y sigo pensando».

Entonces dijo Gawan, mi señor: «Señora, si la muerte no me lo impide, haré sufrir tanto al rey que perderá su arrogancia. He dado mi palabra de que en breve plazo cabalgaré a luchar con él. Allí deberemos demostrar nuestro arrojo. Señora, os he perdonado. Por vuestra noble educación, no desdeñéis mi modesto consejo. Señora, por vuestra honra y dignidad de mujer, os propongo que me

concedáis vuestro favor. No hay nadie aquí aparte de nosotros dos».

Ella contestó: «En un brazo de hierro nunca he encontrado calor. Pero no quiero discutir que en otra ocasión podréis conseguir de mí la recompensa por vuestros servicios. Lamentaré vuestras fatigas hasta que estéis sano y curado de todas vuestras heridas. Y ahora me iré con vos a Schastel Marveile».

«¡Me hacéis completamente feliz!», dijo el caballero, que estaba ansioso de amor. Entonces la ayudó a subir a su caballo y la apretó contra sí. La dama no lo había considerado digno de ello cuando la vio al lado de la fuente y ella le habló de forma tan extravagante. Gawan cabalgaba feliz y contento, pero ella no dejaba de llorar, hasta que él se lamentó con ella. El caballero le pidió que le dijera por qué lloraba y que, por Dios, dejara de hacerlo. Orgeluse contestó: «Señor, tengo que lamentarme por el que me mató al noble Cidegast. La tristeza se apoderó de mi corazón, en el que residía la felicidad cuando amaba a Cidegast. No estoy aún totalmente perdida. He intentado por todos los medios causar daño al rey Gramoflanz. Le he implicado en muchos violentos combates, tratando de hacerle perder la vida. ¿Me podéis ofrecer vuestra ayuda para vengarme y resarcirme de la pena que desgarra mi corazón? Para matar a Gramoflanz, acepté los servicios que me ofreció un rey, que era el ideal de la perfección. Se llama Anfortas. Por amor me regaló aquellas mercaderías de Tabronit que están junto a la puerta de vuestro castillo y que cuestan tanto dinero. Sin embargo, cuando el rey estaba a mi servicio, le sucedió una desgracia que destruyó totalmente mi felicidad.

»Cuando le quería conceder mi amor, sufrí nuevas penalidades. Estando a mi servicio, fue herido, y la herida de Anfortas me proporcionó igual dolor o más que el que había sufrido por Cidegast. Ahora decidme: ¿cómo puedo estar en mi sano juicio, desdichada de mí y símbolo del fiel amor, padeciendo semejante tormento? A veces se me nubla la mente al ver tumbado y desvalido al hombre que elegí después de Cidegast, para que me hiciera feliz y para vengarme. Señor, oíd cómo Clinschor consiguió las mercaderías de la puerta de vuestro castillo.

»Cuando el hermoso Anfortas, que me había enviado esos regalos, perdió el amor y la felicidad, temí el oprobio, pues Clinschor domina el arte de la nigromancia y somete con sus

poderes mágicos a las mujeres y a los hombres. No deja sin dolor a nadie noble. Yo quería paz y entregué a Clinschor mis preciadas mercancías. A quien saliera victorioso y conquistara la gloria en la aventura del castillo, debía pedirle su amor. Si no lo aceptaba, volverían a ser mías al instante las mercancías. Todos los que allí estaban lo juraron. Ahora nos pertenecerán a los dos. Así pensaba hacer caer en la trampa a Gramoflanz, pero todavía no lo he conseguido. Si hubiera emprendido la aventura del castillo, habría muerto. Clinschor es cortés e inteligente. Para su propia gloria, permitió a mis famosas mesnadas participar en combates caballerescos en su país, con muchos tajos de espadas y golpes de lanzas. Dos huestes especiales, una para la noche y otra para el día, están en camino todos los días y semanas del año persiguiendo al orgulloso Gramoflanz. Ya ha luchado con ellos muchas veces. ¿Qué es realmente lo que le protege? He intentado por todos los medios acabar con él. A quienes eran demasiado ricos para mi soldada, pero sentían inclinación por mí, les permití servirme para conquistar mi amor, aunque no les prometí ninguna recompensa amorosa. Nadie me vio que no deseara servirme, excepto uno que llevaba la armadura roja. Cuando llegó cabalgando a Logroys, puso a los míos en apuros. Para mi desgracia, los dispersó y los dejó diseminados por el campo. Cinco de mis caballeros lo siguieron entre Logroys y el embarcadero, y los derrotó a todos en la pradera y entregó sus caballos al barquero. Cuando venció a los míos, cabalgué yo misma hacia el héroe y le ofrecí mi reino y mi mano. Pero dijo que su mujer era más hermosa y que la quería más. Sus palabras me dolieron. Le pregunté quién era. “La reina de Pelrapeire es la esplendorosa dama. Yo mismo me llamo Parzival y no deseo vuestro amor. Lo que me preocupa es el Grial”, dijo el héroe disgustado. Entonces el preclaro caballero partió de allí. Hacedme saber si obré mal cuando ofrecí mi amor al noble caballero, al estar tan afligida, y si ello mengua vuestra estima de mi amor».

Gawan contestó a la duquesa: «Señora, tengo en tanto aprecio a aquel cuyo amor habéis deseado que, si os hubiera concedido su amor, vuestro prestigio no habría disminuido».

El cortés Gawan y la duquesa de Logroys se miraron profundamente a los ojos. Habían cabalgado tan cerca del castillo

en que había tenido lugar la aventura que los veían desde él. Entonces dijo Gawan: «Señora, si os lo puedo pedir, sed comprensiva y no reveléis el nombre con el que me llamó aquel caballero que me robó a Gringuljete. Haced lo que os pido. A todo el que os pregunte, decidle: “No conozco a mi acompañante. Nunca me lo han presentado”».

Ella contestó: «Puesto que no queréis que diga vuestro nombre, me lo callaré gustosa».

El caballero y la hermosa dama siguieron cabalgando hacia el castillo. Los caballeros habían oído allí entretanto que había llegado un caballero y que había salido victorioso de la aventura, había vencido al león y había derribado después al guardia de corps en un formidable duelo. Gawan cabalgó por la pradera hacia el embarcadero. Desde las almenas lo vieron y salieron corriendo del castillo con gran estrépito. Todos llevaban soberbios estandartes y venían al galope sobre fogosos caballos. Cuando los vio desde lejos, creyó que venían en son de lucha, por lo que preguntó a la duquesa: «¿Viene esa gente a luchar con nosotros?».

Ella contestó: «Es el ejército de Chnschor, que os ha esperado con impaciencia. Vienen felices y contentos, y os quieren dar la bienvenida. No debéis menospreciarlo, pues lo hacen llevados por su alegría».

También Plippalinot había llegado en un barco con su bella y adorable hija. La muchacha se fue corriendo hacia él por la pradera y lo saludó alborozada. Cuando Gawan le devolvió el saludo, ella le besó el estribo y el pie, y saludó también a la duquesa. Cogió las riendas al caballero y le pidió que desmontara. Gawan y la duquesa pasaron a la proa del barco, donde había una alfombra y un edredón. Allí se sentó la duquesa junto a Gawan, a ruego del caballero. Según oí decir, la hija del barquero no olvidó ayudarle a quitarse la armadura. Había traído allí su abrigo, que le había echado encima por la noche cuando se albergó en su casa. Lo necesitaba con urgencia. Don Gawan se puso su guerrera y el abrigo de la chica, mientras ella se llevaba de allí su armadura.

Sólo ahora, cuando estaban sentados juntos, la hermosa duquesa pudo contemplar el rostro del caballero. La bella muchacha trajo en una servilleta blanca como la nieve dos alondras asadas, cazadas por una hembra de gavilán, una copa de cristal llena de vino y dos

panecillos blancos. Gawan y la duquesa podían coger ellos mismos el agua si querían lavarse las manos, cosa que hicieron en el río. Al caballero le llenaba de felicidad poder comer con Orgeluse, pues estaba dispuesto a vivir por ella las alegrías y las penas. Cuando ella le ofrecía su copa, que habían tocado sus labios, se sentía de nuevo feliz por poder beber tras ella. Su tristeza desaparecía y su alegría crecía rápidamente. La bella boca y la blanca piel de la dama le hacían olvidar sus penas, hasta el punto de que no se quejaba de sus heridas. Las damas podían ver desde el castillo esta comida. Muchos nobles caballeros llegaron al embarcadero de la otra orilla y mostraron su destreza en los juegos caballerescos. Aquí en la orilla don Gawan dio las gracias al barquero y a su hija por el amable agasajo, y la duquesa hizo lo mismo. La inteligente duquesa preguntó: «¿Qué ha ocurrido con el caballero que luchó ayer aquí cuando yo partí? Si alguien lo venció peleando, ¿quedó con vida o está muerto?».

Entonces dijo Plippalinot: «Señora, lo he visto hoy con vida. Me lo entregaron, en vez de su caballo. Si queréis rescatarlo, me debéis entregar el arpa Golondrina, que era de la reina Secundila y que os envió Anfortas. Cuando tenga el arpa, liberaré al duque de Gowerzin».

«Quien está sentado aquí», dijo ella, «puede entregar o conservar según su voluntad el arpa y las otras mercaderías. Dejadle decidir. Si realmente me ha querido alguna vez, me rescatará a Lischoys, el duque de Gowerzin, y también a mi segundo príncipe, Florand de Itolac, que era mi guardia de corps y velaba de noche mi sueño. No puedo ser feliz mientras él esté triste».

Gawan dijo a la dama: «Antes de que caiga la noche los veréis a los dos libres».

Entonces decidieron pasar a la otra orilla, donde Gawan subió a la duquesa, famosa por su belleza, a su caballo. Muchos nobles y distinguidos caballeros los recibieron, a él y a la duquesa, y todos se dirigieron al castillo. Cabalgaban con alegría y no ocultaban su destreza, rindiendo así tributo a los juegos de la caballería. ¿Qué más puedo contar? Sólo que el noble Gawan y la hermosa duquesa fueron recibidos por las damas en el Schastel Marveile de tal modo que ambos se sintieron felices. Podéis ensalzar al caballero porque le sonrió así el destino. Después Arnive lo llevó a una habitación y,

experta como era, le curó las heridas.

Gawan dijo a Arnive: «Necesito un mensajero, señora».

Enviaron a una doncella, que trajo a un escudero, valeroso, inteligente y bien educado. Era un dechado de las virtudes del escudero y juró a Gawan que, fuera bueno o malo el mensaje, no se lo desvelaría a nadie, ni aquí ni en ningún otro lugar, excepto al destinatario[192].

A continuación el caballero pidió que le trajeran tinta y pergamino. Gawan, el hijo del rey Lot, escribió con su propia mano y con destreza. Comunicó al rey Arturo y a su esposa, residentes en Löver, que los servía con inquebrantable lealtad y que, si alguna vez había conquistado la gloria, su dignidad se desmoronaría si no le ayudaban en estos difíciles momentos. Debían demostrar su fiel amistad y conducir a Joflanze a toda la casa real y a las damas, a donde iría él mismo para luchar por su honra. Además les transmitió que se había acordado que el duelo debía celebrarse en un noble marco. Don Gawan añadió que todo el séquito del rey, hombres y mujeres, debían mostrar su fidelidad y aconsejar a Arturo que viniera, lo que sólo podía acrecentar su prestigio. A todos los nobles les dijo que estaba a su servicio y les informó del difícil combate que había de acometer.

La carta no llevaba su sello, pero su letra era harto conocida y revelaba su personalidad a los destinatarios. «Ahora no te detengas», dijo Gawan al escudero. «El rey y la reina están en Bems de la Corka. Debes hablar a la reina por la mañana temprano y hacer lo que te aconseje. Guarda para ti que soy el señor de este país y no digas en modo alguno que perteneces a mis mesnadas».

El escudero partió rápidamente. Arnive se deslizó a escondidas detrás de él y le preguntó adonde se dirigía y qué debía transmitir. Pero él dijo: «Señora, si ha de valer mi juramento, no os puedo decir nada. Dios os proteja. Ahora debo irme». Y salió cabalgando en busca de las nobles huestes del rey Arturo.

—*Clinschor*—

Arnive se enfureció porque el escudero no le había dicho nada sobre el destino de su viaje. Pidió a quien vigilaba su puerta: «Cuando regrese el escudero, sea de noche o de día, haz que me espere hasta que le hable. Eres inteligente y lo conseguirás».

Estaba muy enfadada con el escudero. Para obtener más información, se fue hasta la duquesa, pero ésta obró juiciosamente y no salió de sus labios el nombre de Gawan. Cumplió el ruego del caballero y mantuvo en secreto su nombre y su origen. Entonces lanzaron sus festivos sones las trompetas y otros instrumentos en lo alto del palacio. En la gran sala se habían colgado tapices de las paredes y se habían puesto en el suelo alfombras bellamente tejidas. Un anfitrión pobre se habría sentido atemorizado ante semejante dispendio. Alrededor de toda la sala se instalaron muchos asientos con cojines de plumas, cubiertos por preciados edredones.

Después de todas las fatigas, Gawan durmió hasta el mediodía. Sus heridas le habían sido vendadas con tanta destreza que si su amada se hubiera tumbado a su lado y la hubiese amado, le habría resultado muy placentero. Durmió mucho mejor que la noche en que la duquesa le hizo sufrir de amor. Pero también esta vez volvió a disputar en sueños un combate amoroso con la duquesa. Según oí decir, uno de sus chambelanes trajo vestidos de resplandeciente seda y con costosos y pesados bordados de oro. Entonces dijo Gawan, mi señor: «Necesitamos más trajes como éstos y tienen que ser igual de caros: para el duque de Gowerzin y para el hermoso Florand, que ha conseguido la gloria en muchos países. Preocupaos de que estén listos».

Mediante un escudero ordenó a su huésped Plippalinot que

enviara allí a Lischoys. Su hermosa hija lo subió hasta el castillo. Doña Bene lo trajo de la mano para complacer a Gawan y porque le debía algo: el día en que Gawan partió a caballo y la dejó llorando amargamente, para conseguir la gloria con su valentía, hizo a su padre una promesa. También llegó el guardia de corps. Se oyó decir que Gawan recibió muy cordialmente a ambos. Los dos se sentaron a su lado hasta que les trajeron sus vestidos. Eran realmente magníficos. No podían ser mejores. Se los trajeron a los tres.

Vivía una vez un maestro, llamado Sarant, que dio nombre al pueblo de los seres[193]. Procedía de Triand[194]. En el reino de Secundila hay una ciudad llamada Thasme. Es mayor que Nínive y también que la muy extendida Acratón. Sarant, que ansiaba la gloria, ingenió una tela de seda, en la que se evidenciaba la mayor destreza: se llama sarantasmo[195]. ¿Si es precioso? No necesitáis preguntarlo, pues cuesta lo suyo.

Los dos caballeros y Gawan se pusieron estos vestidos y subieron al palacio, donde les esperaban a un lado muchos caballeros y al otro las bellas damas. Quien tenía ojos para ver veía que la duquesa de Logroys era la más hermosa. El anfitrión y los huéspedes fueron hacia aquella deslumbrante belleza que se llamaba Orgeluse. Los dos príncipes cortesanos, el guardia de corps Florand y el hermoso Lischoys, quedaron libres sin condiciones, en honor de la duquesa de Logroys. Orgeluse dio las gracias a Gawan por ello. Estaba ahora libre de maldad y sabía bien en su corazón en qué consiste la gloria de la mujer. Mientras hablaban, Gawan vio a cuatro reinas, que estaban en pie junto a la duquesa. Con cortesanos modales rogó a los dos caballeros que se adelantaran y pidió a las tres damas más jóvenes que los besaran. También doña Bene había subido allí con Gawan y fue muy bien recibida.

El señor del castillo no quería seguir en pie, por lo que pidió a los dos que se sentaran con las damas, donde quisieran, un ruego que no les costó atender.

«¿Quién es Itonje?», preguntó Gawan en voz baja a Bene. «Debe dejarme que me siente a su lado». Ya que lo deseaba, le mostró a la bella muchacha.

«Es la de los labios rojos, el pelo negro y los ojos resplandecientes. Si queréis hablarle a solas, hacedlo debidamente», dijo la bien educada doña Bene. Sabía que Itonje sufría penas de

amor y que el noble rey Gramoflanz servía a su corazón con perfecto y fiel amor caballeresco.

Os contaré lo que me dijeron. Gawan se sentó junto a la muchacha y empezó a hablar cortésmente, algo que sabía hacer muy bien. Pero también Itonje, a pesar de sus pocos años, mostraba magníficos modales. Él empezó preguntándole si ya sabía cultivar el amor, y ella le respondió juiciosa: «Señor, ¿a quién iba a amar? Desde el primer día de mi vida no he hablado una palabra con un caballero, como hoy me habéis oído»[196].

«Sin embargo, podéis haber oído la noticia de la gran gloria que valientemente conquistó un joven, luchando caballerescamente contra otro caballero que sabe cumplir sus servicios amorosos con la fuerza de su corazón», dijo Gawan, mi señor.

La hermosa doncella contestó: «No he oído nada de servicios amorosos. Sólo que a la duquesa de Logroys la sirvieron muchos nobles caballeros, por amor y por la soldada. Muchos han celebrado aquí sus duelos y nosotras hemos mirado. Pero nadie se ha acercado tanto a nosotras como vos os habéis acercado. Habéis conquistado la más alta gloria».

Gawan preguntó a la bella chica: «¿A quién hacen la guerra las huestes de la duquesa, con sus muchos y distinguidos caballeros? ¿Quién se ganó la hostilidad de Orgeluse?».

Ella contestó: «Fue el rey Gramoflanz, que lleva la corona de todas las dignidades, como lo evidencia su gran fama. Señor, no sé nada más de él».

Gawan, mi señor, le dijo: «Entonces debéis oír algo más de ese caballero, pues se acerca a la gloria y aspira a ella con todas sus fuerzas. He oído de sus propia boca que su corazón le ha llevado a querer serviros, si os dignáis a ello. Busca ayuda y consuelo en vuestro amor. Con justicia sufren penas de amor los reyes por las remas. Señora, si vuestro padre se llamaba Lot, sois la que él ama y por la que llora su corazón. Si os llamáis Itonje, sois vos la que afligís su corazón. Si conocéis la fidelidad y el amor, debéis aplacar su dolor. Seré mensajero de los dos. Señora, tomad este pequeño anillo, que os envía el hermoso caballero. Lo hago sin mala intención. Señora, dejadlo todo en mis manos».

Ella se puso completamente roja. El color de sus labios se hizo visible en todo su rostro. Pero pronto volvió a mudar el color. Muy

tímidamente extendió su bella mano y recibió el anillo, que reconoció enseguida. Entonces dijo: «Señor, si puedo decíroslo, veo ahora claramente que venís de aquel por quien suspira mi corazón. Si queréis obrar como lo exige la buena educación, estáis obligado a ser discreto. Ya otra vez el noble rey me envió esta prueba de amor. Este anillo sirve para identificarlo sin lugar a dudas, pues él lo recibió de mis manos. No tengo ninguna culpa de sus penas amorosas. Todo lo que deseaba de mí se lo he concedido en mi pensamiento. Lo vería enseguida si saliera yo de aquí algún día. Besé a Orgeluse, aunque ella lo quiere matar. Fue un beso como el de Judas, del que aún se habla mucho. Cometí traición cuando tuve que besar al guardia de corps Florand y al duque de Gowerzin. Mi reconciliación nunca es perfecta con los que muestran constantemente su odio al rey Gramoflanz. No digáis nada a mi madre y a mi hermana Cundrie». Itonje suplicó entonces a Gawan: «Señor, me pedisteis que recibiera en mi boca el beso de los dos, con los que no me reconcilio. Mi corazón está herido por ello. En vuestras manos está que nosotros dos podamos conseguir algún día la felicidad. En verdad, este rey me ama más que a cualquier otra mujer. Lo recompensaré por ello. Lo amo más que a todos los hombres. ¡Que Dios os ilumine para que podáis ayudarnos y aconsejarnos, y no quede destrozada nuestra felicidad!».

Él contestó: «Señora, decidme cómo. El tiene vuestro corazón allí, y vos tenéis el suyo aquí, y, sin embargo, estáis aún separados. Si os puedo ayudar lealmente de algún modo a ser feliz en vuestra noble vida, lo haré sin regatear esfuerzos».

Ella dijo: «Podéis disponer del noble rey y de mí. ¡Que vuestra ayuda y la bendición de Dios protejan nuestro amor, para que yo, que estoy lejos de la patria, pueda acabar con su aflicción, pues toda su felicidad está en mis manos! Si no me falta el fiel amor, mi corazón sólo ansia siempre concedérselo».

Gawan oyó, pues, de la joven que suspiraba de amor, pero también que odiaba mucho a la duquesa. En su corazón amaba y odiaba. Pero Gawan había cometido un pecado con la ingenua muchacha, que le había contado sus cuitas, pues no le había mencionado que una misma madre los había traído a él y a ella al mundo y que Lot era el padre de ambos. Había ofrecido su ayuda a la chica, y ella se lo agradeció discretamente.

Ahora había llegado el momento de que se subieran al palacio numerosos manteles, blancos como la nieve, y pan. Allí había muchas bellas damas. En la sala, hombres y mujeres estaban separados: los caballeros se encontraban sentados aparte, junto a una pared. Gawan dispuso cómo habían de sentarse todos. El guardia de corps se sentó con él. Lischoys comió con la madre de Gawan, la hermosa Sangive, y la bella duquesa con la reina Arnive. Gawan dispuso que sus dos encantadoras hermanas se sentaran con él, y ellas atendieron sus deseos.

No soy un gran cocinero y mis saberes en este arte no me alcanzan ni para decir la mitad de los manjares que se sirvieron allí con toda suntuosidad. Hermosas muchachas servían al señor del castillo y a las damas, y, al otro lado, junto a la pared, numerosos criados a los caballeros. Había órdenes estrictas de que ningún criado se mezclara con las doncellas, por lo que se les veía traer separados la comida y el vino. Así lo exigía el decoro.

Era para todos un magnífico banquete. Nunca habían asistido a nada semejante desde que el poder de Clinschor, con sus artes mágicas, sometiera a las damas y a los nobles caballeros. Habían vivido encerrados en el mismo castillo y, sin embargo, no se conocían entre sí. Las damas y los señores no habían intercambiado ninguna palabra. Gawan, mi señor, hizo que se vieran por primera vez, lo que les complació sobremanera. También Gawan se sentía feliz y miraba a hurtadillas a la bella duquesa, que le había robado el corazón.

Poco a poco fue declinando el día y perdiendo su fulgor. Entre las nubes aparecieron los conocidos mensajeros de la noche. Muchas estrellas pasaron rápidamente por el cielo encargando albergue para la noche. Tras sus estandartes, llegó presurosa la propia noche. Alrededor de la sala estaban colgadas con gran arte muchas costosas lámparas, a las que pusieron con diligencia numerosas velas. También sobre todas las mesas pusieron muchas velas. En este punto dice la historia que la duquesa estaba tan resplandeciente que, aunque no hubieran traído ninguna vela, no habría anochecido a su alrededor. El esplendor de su belleza era tan luminoso como la luz del día. Eso me contaron de la encantadora Orgeluse. Si queremos hacerle justicia, no habéis visto nunca a un anfitrión más feliz. Allí remaba la felicidad. Los caballeros y las

damas se miraban una y otra vez con alegría y anhelo. Quienes en un principio se mostraban tímidos, pues no se conocían, fueron intimando poco a poco. Les dejaré hacer sin enfadarme.

Si no hay allí ningún glotón, compartiréis mi parecer de que ya comieron bastante. Sacaron de allí entonces todas las mesas, y Gawan, mi señor, preguntó si no había allí ningún buen violero. De hecho, había muchos nobles escuderos que sabían tocar instrumentos de cuerda; pero su arte era imperfecto, pues sólo tocaban para bailes antiguos: no habían oído nada de los nuevos bailes que, en gran número, nos han llegado de Turingia. Dad las gracias al señor de la casa por no haberles estropeado la fiesta. Muchas hermosas damas pasaron bailando delante de él. El baile cobró así todo su esplendor: en el corro los caballeros se mezclaron con el grupo de las damas. Así lucharon contra la tristeza. Se podía también ver en la sala cómo entre cada pareja de damas iba un hermoso caballero. Todos se mostraban completamente felices. Cuando un caballero era inteligente y ofrecía sus servicios por amor, su ruego era atendido. Sin preocupaciones y llenos de alegría pasaban el tiempo hablando con muchas encantadoras damas.

Gawan, Sangive y la reina Arnive permanecieron sentados tranquilamente junto a los que bailaban. La hermosa duquesa fue hacia Gawan y se sentó a su lado. Él cogió en su mano la suya y hablaron de muchas cosas. El caballero estaba feliz de que ella estuviera con él. Se le pasaron las penas y se sintió completamente dichoso, hasta olvidar su tristeza. Si la alegría en el baile era grande, no era menor la de Gawan. Entonces dijo la reina Arnive: «Señor, pensad en vuestra salud. A estas horas ya deberíais estar descansando, por vuestras heridas. ¿Está dispuesta la duquesa a taparos y a dormir a vuestro lado esta noche? Realmente sabe ayudar muy bien y dar excelentes consejos».

Gawan contestó: «Pregúntaselo a ella. Haré lo que digáis las dos».

Entonces dijo la duquesa: «Lo cuidaré personalmente. Enviad a toda esta gente a dormir. Esta noche lo atenderé mejor de lo que nunca lo ha hecho ninguna amiga. Haced que los caballeros se ocupen de Florand de Itolac y del duque de Gowerzin».

Rápidamente terminó el baile. Las esplendorosas doncellas se sentaron aquí y allá, y los caballeros se sentaron con ellas. Quien

solicitaba el noble amor, si recibía una grata respuesta, se vengaba feliz de las cuitas. Entonces oyeron al señor de la casa pedir que le trajeran bebida para la noche. Los que cortejaban lo sintieron, aunque el anfitrión cortejaba como los huéspedes: su corazón sentía los tormentos del amor. Se le hacía demasiado largo el tiempo que seguían sentados. El noble amor también había doblegado su corazón. La bebida para la noche era la señal de que podían irse. Los escuderos llevaban muchos candelabros con velas delante de los caballeros. Gawan, mi señor, les encomendó a sus dos huéspedes, a Lischoys y a Florand, a los que les pareció muy bien. Ambos se fueron a dormir. La duquesa les dio muy atentamente las buenas noches. Después las damas se inclinaron con la noble educación que tan bien conocían y se retiraron a descansar. Sangive e Itonje también se fueron, y lo mismo hizo Cundrie.

Bene y Arnive cuidaron entonces de que se dispusiera todo para que el señor de la casa se sintiera a gusto, y la duquesa no dejó de ayudar. Las tres condujeron a Gawan a una habitación, para descansar. En ella vio dos camas, que estaban separadas. No os diré nada de la suntuosidad con que estaban adornadas, pues se acercan otros hechos más importantes. Arnive dijo a la duquesa: «Ahora debéis procurar que esté a gusto el caballero que habéis traído aquí. Si desea vuestra ayuda, esta ayuda os honrará. Sólo os diré que sus heridas están tan bien vendadas que podría luchar perfectamente. Sin embargo, debéis apiadaros de sus penas de amor: estaría bien que se las mitigaseis. Si lo alegráis, nos beneficiará a todos. No cejéis en vuestro propósito».

La reina Arnive se fue cuando recibió permiso para irse. Bene llevó un candelabro delante de ella. Don Gawan cerró la puerta. No me gustaría callar si los dos se amaron en secreto. Muy fácil me sería contar lo que allí sucedió, si no fuera porque es impropio divulgar asuntos de alcoba. Quien tiene una educación cortesana lo rechaza, pues se perjudica a sí mismo. El decoro ha de ser el cerrojo de los temas amorosos.

El soberano amor y la bella duquesa habían arrebatado a Gawan su felicidad. No habría encontrado nunca ayuda sin su amada. A pesar de los filósofos y de todos los que estando mucho tiempo sentados hicieron grandes descubrimientos (Kancor y Thabit[197], y Trebuchet, el herrero, que grabó la espada de Frimutel, lo que causó

grandes portentos), y a pesar de la ciencia de todos los médicos, aunque hubieran querido ayudarle con mezclas de plantas medicinales, sus penas amorosas lo habrían llevado a una amarga muerte si la mujer no lo hubiera acompañado.

No quiero extenderme aquí demasiado. Gawan encontró el verdadero díctamo, que le ayudó a curarse y a librarse de sus penas[198]. La planta era marrón sobre fondo blanco. Gawan, el hijo del rey Lot, britano por parte de madre, disfrutó ahora de un dulce bálsamo y de una noble ayuda para sus amargos dolores hasta que llegó el nuevo día. Este consuelo, sin embargo, no llegó a oídos de la gente. Pero después procuró contentar a todos los caballeros y a las damas, que dejaron de sufrir.

Oíd ahora cómo actuó el escudero que había enviado al país de Löver, a Bems de la Corka. El rey Arturo estaba allí, como su esposa la reina, muchas mujeres hermosas y una marea de seguidores. Oíd ahora lo que hizo el escudero. Era una mañana temprano cuando transmitió su mensaje. La reina estaba en la capilla y leía de rodillas el salterio. El escudero se arrodilló delante de ella y le entregó su buena nueva. Ella cogió la carta de sus manos, miró lo que allí estaba escrito y reconoció la letra antes de que el escudero, que estaba allí de rodillas, le dijera quién era su señor. La reina, dirigiéndose a la carta, dijo: «¡Bendita sea la mano que te escribió! No he estado nunca libre de preocupaciones desde el día en que vi por última vez al que te escribió». Lloró mucho y, sin embargo, estaba feliz. Después preguntó al escudero: «¿Eres el criado de Gawan?».

«Sí, señora. Os comunica que os sirve con lealtad y sin reservas, pero que si no le queréis escuchar perderá su felicidad. Nunca su honra había estado tan en peligro. Señora, os comunica además que le alegrará y honrará oír que le concedéis vuestra ayuda. Podéis ver en la carta más de lo que yo pudiera decir».

Ella contestó: «Ahora entiendo por qué te ha enviado a mí. Haré lo que me pide e iré con un grupo de bellas damas, que en verdad tienen una fama sin igual.

Excepto la esposa de Parzival y Orgeluse, no conozco en toda la cristiandad damas tan distinguidas. Desde que Gawan se separó del rey Arturo, me han dominado las preocupaciones y las penas. Meljanz de Liz me dijo que lo había visto después en Barbigöl. ¡Ay,

Plimizöl!», exclamó. «¡Lamento haberte visto alguna vez! ¡Cuánto sufrimiento padecí allí! Nunca volví a ver a Cunneware de Lalande, mi encantadora y noble amiga. Muchos quebrantaron con sus palabras las leyes de la Tabla Redonda. Cuatro años y medio, y seis semanas, han pasado desde que el noble Parzival partió del Plimizöl en busca del Grial. También Gawan, el noble caballero, marchó hacia Ascalun. Jeschute y Ekuba se separaron de mí allí. La gran nostalgia por todos estos nobles me han privado constantemente de la felicidad».

La reina se mostró muy afligida. Después dijo al escudero: «Haz lo que te digo. Aléjate de mí, sin que nadie te vea, hasta que avance el día y se reúnan todos —los caballeros, los escuderos y todo su séquito— en la corte. Entonces vete enseguida allí al trote. No hagas que te cuiden tu caballo; dirígete rápidamente a donde están los nobles caballeros. Te preguntarán qué novedades traes. Habla y compórtate como si hubieras acabado de salir del fuego. Apenas podrán esperar a que transmitas tu mensaje. Ábrete camino entre la gente hasta el rey, que sin duda te dará la bienvenida, y entrégale esta carta. En ella verá enseguida lo que tienes que transmitirle y lo que desea tu señor. Atenderá el ruego de buen grado. Todavía tengo que decirte algo más. Habíame públicamente, donde las otras damas y yo podamos oírte y verte. Si quieres lo mejor para tu señor, invítanos como tú bien sabes hacerlo. Pero, dime, ¿dónde está Gawan?». El escudero contestó: «Dejemos este asunto. No diré dónde está mi señor. Su felicidad está en vuestras manos».

El escudero estaba contento de su consejo. Del modo que habéis oído se separó de la reina, y también llegó como debía a su destino. Poco antes del mediodía subió a caballo el escudero a la corte. No se ocultó, sino que lo hizo públicamente. Los cortesanos examinaron sus vestidos de escudero, que eran magníficos. Su caballo tenía los flancos en carne viva de las espuelas. Como le había pedido la reina, saltó rápidamente del caballo. En torno a él se levantó un gran tumulto. Aunque hubiera perdido la capa, la espada, las espuelas y el caballo, no le habría importado. El escudero se dirigió enseguida a donde estaban los nobles caballeros, quienes le preguntaron qué nuevas traía. Dicen que allí había la costumbre de que nadie comiera en la corte antes de pagar a ésta su tributo, es decir, contar una aventura tan notable que fuera una verdadera

aventura caballeresca. Pero el escudero exclamó: «No os diré nada. No tengo tiempo. Perdonadme por vuestra noble educación y decidme, por favor, dónde está el rey. Tengo que hablar primero con él. Tengo muchísima prisa. Podéis oír lo que le transmito. ¡Que Dios os permita sentir la tristeza del prójimo y os conceda su ayuda!».

La embajada corría tanta prisa al escudero que no le preocupaba quién lo empujaba, hasta que lo vio el propio rey, quien le dio la bienvenida. El escudero le entregó la carta. Cuando el rey Arturo la leyó, desencadenó en él un doble sentimiento, de alegría y de tristeza. Después dijo: «¡Bendito sea este hermoso día, en cuya luz he conocido noticias verdaderas sobre mi sobrino! Si puedo prestar valientemente mis servicios, por la familia y por la amistad, y si la lealtad ha sido alguna vez fuerte en mi corazón, cumpliré en la medida de mis fuerzas lo que me ha pedido Gawan». Dirigiéndose al escudero, siguió diciendo: «Ahora dime: ¿está bien Gawan?».

«Sí, señor. Pero su felicidad depende de vos», dijo el inteligente escudero. «Perdería la gloria si le dejaseis en la estacada. ¿Quién podría entonces ser feliz?

Vuestra ayuda le traerá la más alta felicidad. Si lo ayudáis, expulsaréis la tristeza de su corazón por la puerta de su sufrimiento. Ofrece de todo corazón sus servicios a la rema. También desea que toda la Tabla Redonda se acuerde de sus servicios y piense en la lealtad: que no le quite la felicidad y os recomiende viajar». Y todos los nobles se lo pidieron.

El rey Arturo dijo: «Mi querido amigo, lleva esta carta a la reina y haz que la lea y que diga qué es lo que nos alegra y lo que nos entristece. ¿Cómo puede el rey Gramoflanz hacer esto a mi familia, con tanta arrogancia y villanía? Piensa que mi sobrino Gawan es Cidegast, a quien mató, lo que le trajo suficientes problemas. ¡Le causaré aún más problemas y le enseñaré mejores modales!».

El escudero se fue a donde iba a ser bien recibido. Entregó la carta a la reina y, cuando su bella boca leyó en voz alta lo que había escrito en ella (la lamentación de Gawan y su solicitud), muchos ojos se llenaron de lágrimas. El escudero hizo todo lo posible para convencer a las damas y su habilidad no fue baldía.

El poderoso pariente de Gawan, el rey Arturo, trató de ganarse a sus mesnadas para este viaje. También la noble Genoveva se

apresuró a hacer propaganda entre las damas de esta esplendorosa expedición. Sólo Keye dijo de mal humor: «¿No ha nacido nunca —apenas lo puedo creer— un hombre tan noble como el noruego Gawan? ¡Id corriendo detrás de él! ¡Agarradlo! ¡Ahí! Quizá ya está en otro sitio. Si salta como una ardilla, pronto lo habréis perdido».

El escudero dijo a la reina: «Señora, tengo que regresar enseguida ante mi señor. Trabajad por su causa y os honraréis a vos misma».

Ella ordenó a un chambelán: «Provee a este escudero de lo necesario y mira también por su caballo. Si tiene llagas por las espuelas, cómprale el mejor que esté en venta. Y si necesita cualquier otra cosa, como dinero para el hospedaje o vestidos, procúrasela». Y volviéndose al escudero, añadió: «Di a Gawan que estoy enteramente a su disposición. Comunicaré al rey que te has ido. Di también a tu señor que él está a su servicio».

El rey trató de ganarse a la gente para el viaje. Aquel día se cumplieron las normas de la Tabla Redonda. A todos les había alegrado mucho que el noble Gawan, según habían oído, siguiera con vida. Con ello la ordenanza se había cumplido perfectamente. El rey comió en la mesa redonda con todos los caballeros que, por haber conseguido la gloria con las armas, tenían derecho a sentarse a ella. Todos los caballeros de la Tabla Redonda se alegraron de la buena nueva.

Pero dejemos que regrese el escudero que había traído la embajada. Partió en el momento adecuado. El chambelán de la reina le entregó dinero para el albergue, un caballo y otros vestidos. El escudero salió de allí feliz y contento, pues había conseguido del rey Arturo lo que quitaría las preocupaciones a su señor. Regresó a Schastel Marveile, aunque no sé decir en cuántos días. Arnive se puso muy contenta cuando el guardián de la puerta le comunicó que el escudero había regresado a toda prisa, con el caballo exhausto. Ella se deslizó discretamente hacia la puerta por la que había entrado el mensajero y le preguntó adonde había ido y por qué. Pero el escudero dijo: «No puedo contestaros, señora. No me atrevo a decíroslo. Tengo que guardar silencio, pues así lo he jurado. A mi señor tampoco le gustaría que incumpliera con mis palabras mi juramento. Me consideraría un necio. Señora, preguntadle a él mismo».

Ella siguió insistiendo con sus preguntas, pero el escudero le dijo: «Señora, me retenéis innecesariamente. Cumpliré mi juramento».

Entonces el joven se fue a buscar a su señor. El guardia de corps Florand, el duque de Gowerzin y la duquesa de Logroys estaban sentados con muchas damas. El escudero se dirigió a Gawan, mi señor, que se puso en pie, lo llevó aparte y le dio la bienvenida. Después añadió: «Habla, amigo. ¿Traes buenas o malas noticias? ¿Qué mensaje me transmite la corte? ¿Encontraste allí al rey?».

El escudero contestó: «Sí, señor. Encontré al rey y a su esposa, y a muchos otros distinguidos nobles. Os transmiten que están a vuestro servicio y que vendrán. Vuestro mensaje fue tan bien recibido que pobres y ricos se alegraron. Les comuniqué que estabais sano y salvo. Vi allí a mucha gente. También se reunió la Tabla Redonda después de oír vuestro mensaje. Si la gloria caballeresca surtió alguna vez sus efectos por su dignidad, vuestra gloria resplandece a lo largo y a lo ancho por encima de cualquier otra». También le dijo cómo había hablado con la reina y lo que ella lealmente le había aconsejado, y le habló de toda la gente, damas y caballeros, que él mismo vería en Joflanze antes de comenzar el singular combate. Las preocupaciones de Gawan desaparecieron: no reinaba nada más que la alegría en su corazón. Gawan pasó de la tristeza a la felicidad. Volvió a pedir al escudero que guardase silencio. Olvidó todas sus preocupaciones, regresó a su sitio, se sentó y permaneció feliz en el castillo hasta que el rey Arturo vino en su ayuda con su ejército.

Ahora oíd cosas tristes y alegres. Gawan estaba siempre feliz. Una mañana sucedió que se habían reunido en el esplendoroso palacio muchos caballeros y damas. Él y Arnive, que sabía historias insólitas, se sentaron aparte, en una ventana frente al río. Gawan dijo a la reina: «¡Ay, querida señora! No os molestéis si os pregunto por los portentos que me han quedado sin esclarecer. Me habéis proporcionado vuestra ayuda y puedo vivir feliz. Si en mi corazón hubo alguna vez un sentimiento propio de un hombre, la noble duquesa lo encerró en su poder. Ahora he encontrado vuestra ayuda y mi tormento ha quedado mitigado. Estaría muerto de amor y de mis heridas, si vuestra ayuda no me hubiera liberado de esas ataduras. Os debo la vida. Pero contadme ahora, benéfica señora,

qué portentos han sucedido y siguen sucediendo aquí, y por qué el sabio Clinschor ha ideado tan poderosas artes mágicas. Si no hubiera sido por vos, habría perdido la vida».

La inteligente Arnive, que había llegado de la juventud a la vejez con una dignidad que ninguna mujer había alcanzado, le contestó: «Señor, estos portentos no son más que pequeños portentos, comparados con las grandes maravillas que erigió en muchos países. Todo el que nos reprocha haber sucumbido a sus artes se ofende a sí mismo. Señor, os diré cómo es. Ha sido malvado para mucha gente. Su país se llama Tierra de Trabajo[199]. Procedía de un antepasado que también había creado muchas obras maravillosas: Virgilio de Nápoles[200]. Clinschor, su pariente, también las creó. Capua era la capital. Él llegó a las más altas e intachables cimas de la gloria. Los hombres y las mujeres hablaban del duque Clinschor, hasta que le sucedió una desgracia. Sicilia tenía un noble rey, que se llamaba Ibert. Su esposa llevaba por nombre Iblis y era la mujer más encantadora que había mamado de los pechos de una madre. Clinschor entró a su servicio, hasta que ella se lo recompensó con su amor. El rey entonces lo deshonró. Si os cuento su secreto, tenéis que perdonármelo, pues no es muy decoroso que os diga cómo llegó a las artes mágicas. De un solo corte, Clinschor quedó castrado»[201]. Gawan se rió mucho de esto, pero la reina continuó: «En Caltabellota[202], que es un castillo seguro y famoso, se convirtió en la mofa del mundo. El rey lo encontró con su mujer: Clinschor dormía en sus brazos. Durmió allí caliente, pero tuvo que pagar por ello: el rey con sus propias manos lo dejó liso entre las piernas. El señor del castillo creyó que era su derecho. Lo castró tan bien que nunca pudo volver a dar placer a una mujer. Mucha gente padeció penalidades por ello. Por lo demás, la magia no fue inventada en Persia, sino en una ciudad que se llama Pérsida[203]. Clinschor viajó allí y aprendió cómo conseguir con artes mágicas lo que quería. Debido a la ignominia que había sufrido su cuerpo, guardó siempre rencor a los hombres y a las mujeres (me refiero a los distinguidos). Se alegra de todo corazón cuando puede arrebatar la fidelidad. También un rey llamado Irot, de Rosche Sabins, tenía miedo ante el peligro, por lo que le propuso regalarle todo lo que deseara a cambio de obtener la paz. Clinschor recibió de él este monte, famoso por ser inexpugnable, y además ocho millas a la

redonda, y erigió sobre él, como veis, este castillo maravilloso. Aquí hay muchas maravillas de todo tipo. Si se quisiera sitiar el castillo, habría aquí arriba víveres variados para treinta años. Clinschor tiene asimismo el poder sobre todos los malos y buenos espíritus que viven entre el firmamento y la tierra, a no ser que estén bajo la protección de Dios. Señor, como habéis vencido el peligro y habéis salido vivo de él, el regalo que él recibió es ahora vuestro: este castillo y la tierra que lo circunda. Él ya no se ocupa de ello. Había dicho públicamente, y hay que confiar en su palabra, que dejaría en paz a quien superase esta aventura y le cedería el regalo. Todos los nobles cristianos —hombres, mujeres y doncellas— que raptó y trajo aquí son ahora, por tanto, vuestros vasallos. También tuvieron que vivir aquí arriba muchos paganos y paganas. ¡Dejadles regresar a sus países, donde tanto se ha llorado por nosotros! La vida en el destierro dejó frío mi corazón. Que el que conoce el número de las estrellas os mueva para que nos concedáis vuestra ayuda y nos conduzcáis a la felicidad. “La hija de su madre es su madre”. Del agua procede el hielo, y es inevitable que el hielo vuelva a convertirse en agua. Si pienso que nací feliz y que sigo viviendo feliz, entonces un fruto produce el otro fruto. Si tenéis un buen corazón, haced lo que os pido. Hace ya mucho tiempo que perdí la alegría. La vela mueve rápidamente el navío, pero más rápido es el hombre que anda sobre él. Si entendéis este símil, vuestra fama será grande y se extenderá por doquier. Podéis conseguir que proclamemos nuestro júbilo y que llevemos nuestra dicha a muchos países en los que se sufría por nosotros. En un tiempo vivía yo muy feliz. Era una mujer que ceñía corona, y también mi hija la llevaba con toda dignidad ante los príncipes de su reino. Las dos teníamos el más alto rango. Señor, nunca he hecho mal a nadie; he tratado a hombres y mujeres con justicia. Se me vio y se me reconoció como la verdadera señora del país, con la ayuda de Dios, pues nunca fui injusta con nadie. Toda mujer tocada por la suerte, si quiere ser honrada, ha de tratar bien a la gente sencilla, pues quizá se vea en una situación apurada, en la que un joven de un estamento bajo le pueda ensanchar su estrecha alegría. Señor, he esperado aquí mucho tiempo, sin que viniera nadie, ni a caballo ni a pie, que me reconociera y me librara de las preocupaciones».

Entonces dijo don Gawan: «Señora, si sigo con vida, volveréis a

ser feliz».

Aquel mismo día debía llegar, porque era pariente y leal, mi señor el rey Arturo, el britano, el hijo de Arnive, la cual así se lamentaba. Gawan vio venir hacia él por el camino de Logroys muchos estandartes nuevos y numerosos escuadrones que cubrían el campo, con un bosque de lanzas pintadas de colores. La llegada del ejército alegró mucho a Gawan. Quien espera que se reúna un ejército piensa ante el retraso que la ayuda no servirá de nada. El rey Arturo quitó a Gawan todas sus dudas. ¡Dios! ¡Cuán fastuosamente llegaba! Gawan se retiró discretamente, pues sus ojos empezaban a llorar. No servían de cisternas, pues no retenían el agua. Lloraba de alegría por la llegada del rey Arturo, que lo había educado de niño. La lealtad de ambos era sincera e inquebrantable, y nunca la desconfianza se había interpuesto entre ellos. Arnive, que notó que lloraba, dijo: «Señor, deberíais gritar de alegría. La llegada de este ejército nos trae consuelo a todos. Debéis combatir vuestra tristeza. Aquí viene el ejército de la duquesa, que os apoyará enseguida».

Arnive y Gawan vieron cómo llevaban a la pradera muchas tiendas y muchos estandartes. Sólo había allí un escudo con un blasón, que Arnive reconoció. Lo tomó por el de Isaías, el mariscal de Utepandragun[204], aunque lo llevaba otro britano, Maurin, el de los bellos muslos, el mariscal de la reina Genoveva. Arnive no sabía aún que Utepandragun e Isaías habían muerto y que Maurin había asumido el cargo de su padre, como era su derecho. Las grandes mesnadas llegaron por la llana pradera al embarcadero. Junto a un hermoso y rápido arroyo los criados de la reina levantaron el campamento, que gustó mucho a las damas. Pronto se vieron desplegadas muchas bellas tiendas. Para el rey y los caballeros que habían llegado levantaron a una cierta distancia amplios círculos de tiendas. Sin duda habían dejado en su marcha una ancha huella.

Gawan envió a Bene a su anfitrión Plippalinot y le comunicó que debía amarrar todos los barcos y transbordadores, para que el ejército no pudiera pasar a la otra orilla ese día. Doña Bene recibió de manos de Gawan el primer regalo de su magnífico almacén: Golondrina, la preciada arpa, que aún hoy es famosa en Inglaterra. Bene se fue feliz de allí. Entonces Gawan, mi señor, mandó cerrar las puertas del castillo. Los jóvenes y los viejos oyeron lo que

educadamente pedía: «Allí, en la otra orilla, ha acampado un ejército tan grande que no he visto nunca desfilar, ni por tierra ni por mar, un ejército tan poderoso. Si nos quieren atacar con todo su poderío, ayudadme. Yo pelearé contra ellos como un caballero».

Todos se lo prometieron, aunque preguntaron a la poderosa duquesa si no sería su ejército. Ella contestó: «Creedme: no reconozco allí a ningún hombre ni ningún escudo. Quien en un tiempo me causó tanto daño ha cabalgado quizá a mi país y ha luchado ante Logroys. Pero pienso que encontró a mis gentes prestas para la lucha y que combatieron magníficamente en las defensas y en las barbacanas. Si luchó allí como caballero el furioso rey Gramoflanz, es que buscaba reparación por la corona. Sean quienes sean, habrán podido ver allí las lanzas levantadas, prestas para el combate».

No se engañaba. El rey Arturo había sufrido grandes daños antes de llegar a Logroys. Varios britanos fueron derribados en buena lid. Pero el ejército del rey Arturo les pagó con la misma moneda. Las dos partes pasaron apuros.

Se vio llegar a los caballeros, fatigados de la lucha, de los que tantas veces se ha oído decir que defendían gustosos su piel y que eran duros en el combate. En los dos bandos hubo pérdidas. Garel y Gaherjet, y el rey Meljanz de Barbigöl y Jofreit, el hijo de Idöl, fueron llevados prisioneros al castillo antes de que terminara la lucha. De los de Logroys, también capturaron al duque Friam de Vermendoys y al conde Richard de Nevers, quien en cada duelo usaba sólo una lanza, y cuando la dirigía contra uno, lo derribaba de la lanzada. El rey Arturo hizo prisionero personalmente a este noble y famoso héroe. Continuamente se enfrentaron los dos ejércitos, hasta hacer astillas un bosque de lanzas. Innumerables combates dejaron esparcidos los trozos de éstas. Los nobles britanos lucharon también valerosamente contra el ejército de la duquesa. La retaguardia del rey Arturo tuvo que luchar con arrojo, pues fue atacada durante todo el día, hasta que alcanzó el cuerpo central del ejército.

Gawan, mi señor, tendría que haber informado a la duquesa de que un aliado suyo estaba en su país. Entonces no habría tenido lugar esta batalla. Ni ella ni nadie debía saberlo, hasta verlo con los propios ojos. Ahora hizo lo que le pareció que debía hacer: se

preparó para ir al encuentro del britano Arturo, con magníficas tiendas. Nadie salió perjudicado porque Gawan no lo conociera. El generoso Gawan se sintió muy dispuesto a hacerles regalos como si no quisiera seguir viviendo. Los escuderos, los caballeros y las damas recibieron unos presentes tan valiosos que todos decían que había llegado su verdadero salvador. Todos proclamaron su alegría. El noble héroe mandó traer vigorosos caballos de carga y bellos palafrenes de mujer, así como armaduras para todos los caballeros. También estaba dispuesto allí un gran número de siervos bien armados. Por último, don Gawan eligió a cuatro nobles caballeros: el primero para chambelán, el segundo para escanciador, el tercero para senescal y el cuarto para mariscal. Los cuatro atendieron sus deseos y aceptaron.

Ahora dejad descansar al rey Arturo. Gawan no le dio la bienvenida ese día, aunque sintió no hacerlo. Por la mañana temprano el ejército de Arturo se dirigió con gran estrépito hacia Joflanze. Dispuso su retaguardia en orden de combate, pero ésta, al no ser atacada, siguió sus huellas. Entonces Gawan, mi señor, cogió aparte a sus dignatarios y les dijo que no quería esperar más. Ordenó al mariscal cabalgar a la pradera de Joflanze: «Quiero tener un campamento propio. Verás acampado allí el gran ejército. Ha llegado el momento de que os diga quién es su adalid, para que lo conozcáis. Es mi tío, el rey Arturo, en cuya corte y en cuyo castillo me eduqué desde niño. Ahora procurad lealmente que mi expedición sea fastuosa, para que se admire nuestra riqueza y poder, pero no digáis aquí en el castillo que el rey Arturo ha venido por mí».

Ellos cumplieron lo que les había ordenado, y Plippalinot no estuvo precisamente ocioso. En barcos de gran calado, transbordadores, barcos ligeros y botes tuvieron que pasar a la otra orilla en compañía del mariscal las presurosas huestes, a caballo y a pie. Siervos y escuderos seguían muy diseminados la huella del britano, comandados por el mariscal de Gawan. Creedme que llevaban también aquella tienda que Iblis envió a Clinschor como prenda de amor. Por ella se descubrió el secreto de los dos: que se amaban. En la tienda no se habían ahorrado gastos. Ningunas tijeras la habían cortado mejor, excepto la de Isenhart. La plantaron en la pradera, cerca del rey Arturo, pero fuera de su campamento. Según

oí decir, desplegaron otras muchas tiendas en un amplio círculo, formando un magnífico conjunto.

Comunicaron entonces al rey Arturo que había llegado el mariscal de Gawan y que había acampado en la pradera, y que el noble Gawan llegaría ese mismo día. La noticia se extendió por todo el ejército. Entretanto el fiel Gawan había formado a sus huestes y abandonado el castillo. Su expedición era tan esplendorosa que os podría contar maravillas. Muchos caballos de carga transportaban capillas y vestidos de gala; otros muchos iban cargados con famosas armaduras y con bellos escudos, sobre los que se habían atado los yelmos. Junto a los animales de carga se veían muchos hermosos caballos castellanos. Detrás cabalgaban muy juntos los caballeros y las damas. Todo el cortejo se extendía más de una milla. Gawan tampoco había olvidado disponer que se le asignara un distinguido caballero a cada bella dama. Si no hablaron de amor, no estarían muy en sus cabales. El guardia de corps Florand fue asignado a Sangive de Noruega como acompañante. Lischoys cabalgaba al lado de la encantadora Cundrie. Junto a Gawan debía cabalgar su hermana Itonje. Arnive y la duquesa quisieron permanecer juntas.

Habían acampado de tal modo que quien quería llegar a las tiendas de Gawan tenía que atravesar el ejército del rey Arturo. El desfile era realmente digno de ver. Antes de que el ejército de Gawan pasara por el centro del campamento, hizo que se detuviera la primera dama ante la tienda de Arturo, por cortesía y para realzar el cortejo. Su mariscal cuidó de que una segunda dama cabalgara junto a ella, y así hicieron las siguientes, hasta formar un círculo. A cada dama entrada en años la seguía una joven. Al lado de cada una estaba un caballero, que la acompañaba y le ofrecía sus servicios. El amplio anillo de tiendas del rey Arturo se vio completamente rodeado de damas. Sólo entonces fue recibido el dichoso Gawan, creo que muy amistosamente.

Con Gawan desmontaron Arnive, su hija, las hijas de ésta, la duquesa de Logroys, el duque de Gowerzin y el guardia de corps Florand. El rey Arturo salió de su magnífica tienda, se dirigió hacia estos nobles y famosos señores y los saludó afectuosamente. Lo mismo hizo su esposa la reina, quien saludó cariñosamente a Gawan y a los que lo acompañaban. Muchas bellas damas dieron allí muchos besos. Arturo preguntó a su sobrino: «¿Quiénes son los que

te acompañan?».

Gawan contestó: «Me gustaría ver que mi reina los besara. No sería adecuado dejar de hacerlo, pues los dos son de noble linaje».

La reina Genoveva besó enseguida al guardia de corps Florand y al duque de Gowerzin. Después volvieron a la tienda. Muchos pensaron que el extenso campo estaba lleno de damas.

El rey Arturo montó ágilmente en su caballo castellano y dio la vuelta al círculo de todas estas bellas damas y de los caballeros que estaban junto a ellas. A todos los saludó con nobles modales. Gawan deseaba que todos se mantuvieran en su lugar hasta que partiera con ellos de allí. Éste era entonces un uso en la corte.

El rey Arturo desmontó y entró en su tienda. Tomó asiento junto a su sobrino y le asedió a preguntas sobre las cinco damas. Gawan, mi señor, empezando con la primera, dijo al britano: «Si habéis conocido a Utepandragun, ésta es Arnive, su esposa. Sois hijo de ambos. Aquélla es mi madre, la reina de Noruega. Y estas dos son mis hermanas: ¡mirad qué guapas son!». Entonces se volvieron a besar. Todos los que quisieron verlo vieron felicidad y lágrimas de alegría, pues se tenían mucho afecto. Sus labios mostraban que podían reír y llorar, por lo mucho que se querían. El rey Arturo dijo a Gawan: «Sobrino, todavía no me has dicho quién es la quinta bella dama».

El noble Gawan respondió: «Es la duquesa de Logroys, la dueña de mi corazón. Me han dicho que la habéis atacado. Decidme abiertamente qué habéis conseguido con ello. Como viuda que es, deberíais ayudarla».

El rey Arturo dijo: «Tiene prisioneros en Logroys a Gaherjet y también a Garel, quien realizó grandes hazañas caballerescas en muchos combates. Capturaron al intrépido caballero a mi lado. En uno de nuestros ataques llegamos hasta su barbacana. ¡Oh! ¡Cómo luchó allí el noble Meljanz de Liz! Sin embargo, un pelotón con estandarte blanco lo hizo prisionero y lo subió al castillo. El estandarte llevaba una flecha negra de marta cebellina y una mancha roja, de sangre del corazón, símbolo del sufrimiento amoroso de un hombre. Todo el pelotón que luchaba bajo esta bandera gritaba: “Lirivoyn”, y consiguió gran gloria. Desgraciadamente subieron también como prisionero al castillo a mi sobrino Jofreit. La retaguardia la mandaba ayer yo mismo, y

tuve que sufrir esta pérdida».

El rey se lamentó mucho de los daños que había sufrido, pero la duquesa dijo con nobles modales: «Señor, por mi parte no os quiero reprochar nada. Ciertamente no os di la bienvenida, pero vos me causasteis daños que quizá no merecía. Puesto que me habéis atacado, que Dios os ilumine para que me lo reparéis. Aquel en cuya ayuda habéis venido ha luchado también conmigo. Estaba indefensa por donde me atacó con todo su ímpetu. Si quiere seguir luchando conmigo, puede acabar el combate sin la espada».

Entonces Gawan dijo al rey Arturo: «¿Qué pensáis? ¿Deberíamos llenar aún más de caballeros esta pradera? Podríamos hacerlo. Conseguiré que la duquesa deje libres a los vuestros y que sus caballeros vengan aquí con muchas lanzas nuevas».

«Estoy de acuerdo», contestó Arturo. Entonces la duquesa envió un mensaje a los nobles caballeros de Logroys. Creo que nunca en la tierra se reunió un ejército más hermoso. Gawan pidió permiso para cabalgar hacia el campamento, y el rey se lo concedió. Los que habían llegado con él lo acompañaron hasta allí. Su suntuoso campamento mostraba el mejor estilo caballeresco: era magnífico y sin ningún signo de pobreza. A él fueron muchos caballeros, que sentían en su corazón la larga ausencia de Gawan. Keye, que estaba ahora curado del duelo junto al Plimizöl, miró los dispendios de Gawan y dijo: «De Lot, el cuñado de mi señor, no hubiéramos tenido que temer una rivalidad tan grande ni un campamento aparte». Todavía se acordaba de que Gawan no le había vengado cuando se había roto su brazo derecho. «Dios hace milagros con la gente. ¿Quién proporcionó a Gawan este montón de damas?».

Así habló Keye en son de burla, aunque para un amigo era una verdadera afrenta. La honra del amigo contenta al hombre fiel. El infiel grita «a las armas» siempre que ve que algo grato sucede a su amigo. Gawan era querido y honrado. ¿Quiere alguien algo más? ¿Adónde le llevan sus pensamientos? Quienes tienen escaso valor están llenos de envidia y de odio. Por el contrario, el valiente se alegra cuando la gloria del amigo se mantiene en pie y cuando huye de él la ignominia. Gawan no conocía la envidia y era siempre valeroso y fiel. Era justo que la suerte le sonriese.

¿Cómo cuidaba el héroe de Noruega a sus gentes, a los caballeros y a las damas? El rey Arturo y su séquito podían ver

realmente opulencia en este hijo del noble Lot. Después de cenar se pueden ir a dormir. Les permito descansar.

A la mañana siguiente, antes de alborear, llegó el ejército de la duquesa, con los caballeros prestos para luchar. A la luz de la luna se vieron resplandecer los adornos de sus yelmos donde acampaban el rey Arturo y los suyos. Atravesaron este campamento y se dirigieron al de Gawan, con el amplio círculo de tiendas. Quien es capaz de someter con su esforzada mano a semejantes huestes merece la gloria. Gawan ordenó a su mariscal que les mostrara el lugar en que debían acampar. Siguiendo las órdenes del mariscal de la duquesa, las nobles tropas de Logroys plantaron muchas tiendas en círculos. Cuando pudieron acampar, era casi mediodía. Pero ahora se acercan nuevos peligros.

El rey Arturo, cuya fama era inigualable, envió mensajeros a la ciudad de Rosche Sabins, con la siguiente misiva para el rey Gramoflanz: «Puesto que es un hecho incontrovertible que no queréis dejar de luchar contra mi sobrino, mi sobrino se enfrentará a vos. Os ruego que vengáis rápidamente, ya que no queréis evitar el duelo. En otro hombre sería demasiado». Los mensajeros del rey Arturo partieron de allí.

Entonces pidió Gawan, mi señor, a Lischoys y a Florand que le mostraran enseguida a los caballeros que habían venido de muchos países para prestar sus esforzados servicios a la duquesa a cambio de la alta recompensa de su amor. Cabalgó hacia ellos y les dio tan cordialmente la bienvenida que todos decían que el noble Gawan era un caballero valiente y modélico. Después regresó, se dirigió en secreto a su armería y se puso enseguida su armadura para ver si sus heridas se habrían curado lo suficiente como para que no le dolieran las cicatrices. Quería moverse porque muchos hombres y mujeres verían su duelo y en él podían decidir los experimentados caballeros si su valerosa mano conseguía ese día la victoria y la gloria. Pidió a un escudero que le trajera a Gringuljete. Entonces empezó a cabalgar a rienda suelta, pues quería entrenarse para que el jinete y el caballo estuvieran a punto. ¡Nunca había sentido yo tanto su carrera!

Gawan, mi señor, cabalgó desde su ejército hasta muy lejos en la pradera. ¡Que la suerte lo proteja! Junto al río Sabins vio parado a un caballero que podríamos considerar la roca de la fortaleza del

varón. Era un nublado en la lucha caballeresca. La maldad nunca había penetrado en su corazón. En un punto era débil: no tenía en modo alguno ni un palmo ni un dedo de eso que llaman ignominia. Ya habéis oído hablar antes de este noble caballero: hemos llegado al verdadero protagonista de esta historia.

—*Gramoflanz*—

Nunca he temido tanto por la honra del noble Gawan como ahora, cuando va a participar valerosamente en un duelo singular. Debería tener miedo también por su adversario, pero no hay razón para preocuparse, pues en la lucha era como un verdadero ejército. Había traído los adornos de sus armas de lejanas tierras paganas de allende el mar. Más rojas que el rubí eran su guerrera y la gualdrapa de su caballo. El héroe cabalgaba en busca de aventuras. Su escudo estaba totalmente agujereado. Había cortado del árbol que cuidaba Gramoflanz una corona tan resplandeciente que Gawan reconoció la rama. Gawan temió sufrir la ignominia si el rey lo había esperado. Si había cabalgado hasta allí para luchar contra él, tenía que celebrarse el duelo, aunque no lo viera ninguna dama.

De Munsalwäsche procedían los dos caballos, que se acercaban rápidamente al ataque, aguijoneados por las espuelas. Lucharon sobre el verde trébol cubierto de rocío, y no sobre arena polvorienta. Siento que los dos caballeros se pusieran en apuros. Los dos realizaron un magnífico ataque, pues los dos habían nacido para combatir. Quien alcance el premio de la victoria ganará poco y perderá mucho. Si es inteligente, lo lamentará. Dos amigos fieles se enfrentaron, y su amistad no había tenido nunca agujeros ni mellas. Oíd ahora cómo transcurrió el duelo: con brío y, sin embargo, de una forma que no podía contentar a ninguno de los dos. Un noble parentesco y una alta amistad se enfrentaron aquí con la fuerza del odio. Quien consiga la victoria quedará a la postre triste. Los dos colocaron tan bien sus lanzas que, aunque eran parientes y amigos, se derribaron mutuamente, con los caballos y todo lo demás. Después hicieron cuñas en los escudos y sacaron leña de ellos con

las espadas. Desde que comenzaron a combatir se habían mezclado las astillas del escudo y la verde hierba. Desde el temprano comienzo del duelo, tuvieron que esperar mucho hasta dirimir la disputa: no había nadie que pudiera hacerlo, pues estaban solos.

¿Queréis seguir oyendo ahora cómo encontraron los mensajeros del rey Arturo, precisamente entonces, al rey Gramoflanz con su ejército? Sucedió en una pradera junto al mar. Por un lado discurría el Sabins y por el otro el Poynzaclins, y ambos desembocaban en el mar. Por la parte restante la pradera estaba protegida, pues la capital Rosche Sabins constituía la cuarta linde, con sus murallas, sus fosos y sus muchas descollantes torres. El campamento del ejército en la pradera tenía aproximadamente una milla de largo por media milla de ancho. Muchos caballeros completamente desconocidos, guardias de corps y soldados de a pie, con armaduras y con lanzas, salieron al encuentro de los mensajeros del rey Arturo. Seguían detrás a paso ligero muchas grandes formaciones bajo numerosos estandartes. Las trompetas resonaron. El ejército empezó a moverse. Todos querían cabalgar enseguida hacia Joflanze. Las campanillas que adornaban los arreos de los caballos de las damas tintineaban. El círculo de tiendas del rey Gramoflanz estaba rodeado de damas a caballo. Os contaré lo que sé sobre quiénes habían venido, atendiendo a su llamada, para formar el ejército, y habían acampado sobre la hierba. De la fortaleza, rodeada de agua, de Punt[205] le había traído el rey de Brandelidelin, su noble tío, seiscientas bellas damas. Cada una podía ver allí a su amigo, armado para la lucha caballeresca y para conseguir la gloria. Los nobles señores de Punturtoys también participaban en esta expedición. Allí estaba asimismo, podéis creérmelo, el hermoso Bernout de Riviers, cuyo poderoso padre, Narant, le había dejado en herencia el Uckerland. Había traído en barcos, por el mar, tal ejército de bellas damas que sólo se hablaba allí de belleza y no se decía otra cosa de ellas. Doscientas eran doncellas y formaban un grupo aparte, y otras doscientas tenían allí a sus maridos. Si he contado bien, habían llegado con Bernout, el hijo del conde Narant, quinientos nobles y famosos caballeros, que estaban en condiciones de hacer frente a los enemigos.

Así quería vengarse el rey Gramoflanz por la corona. Mucha gente debía ver quién conseguía allí la victoria y la gloria. Los

príncipes de su reino estaban allí con muchos valientes caballeros y también con una verdadera hueste de damas. Se podían ver en la comitiva hombres y mujeres realmente hermosos.

Los emisarios del rey Arturo llegaron. Oíd ahora cómo encontraron al rey. Estaba sentado sobre una gruesa meridiana, de palmado[206], sobre la que había una amplia colcha de seda. Unas hermosas y alegres doncellas pusieron al orgulloso rey sus cujas y canilleras. Muy por encima de él, para dar sombra, había un largo y ancho baldaquino de seda realmente magnífica, tejida en Ecidemonis[207], sostenido por doce astas de lanza. Cuando los mensajeros del rey Arturo llegaron ante este dechado de la arrogancia, le dijeron las siguientes palabras: «Señor, nos ha enviado aquí el rey Arturo, quien, como todo el mundo sabe, ha conquistado gran gloria. También tiene la mayor dignidad, y vos queréis destruirla. ¿Cómo os atrevéis a tratar tan poco amistosamente al hijo de su hermana? Aunque el noble Gawan hubiera cometido una injusticia mayor contra vos, podría contar con la ayuda de los caballeros de la Tabla Redonda, pues todos los que pertenecen a ella le honran con su amistad».

El rey contestó: «Mi valerosa mano celebrará el duelo prometido, en el que Gawan conseguirá la gloria o la deshonra. Sé de buena fuente que han venido el rey Arturo, con sus huestes, y su esposa la reina. Les doy la bienvenida. Si la malvada duquesa lo azuza contra mí, impedidlo, escuderos. En todo caso celebraré el combate. Tengo tantos caballeros que no temo ninguna violencia. Lo que me pueda suceder por una sola mano, lo sufriré gustoso. Si dejara de hacer lo que he decidido, también dejaría de servir por amor a aquella en cuyas manos he puesto toda mi felicidad y mi vida. Dios sabe bien lo que él le debe, pues siempre he rehusado luchar contra un solo hombre. Pero, dado que al noble Gawan le ha producido su vida tan buenas rentas, estoy contento de luchar contra él. La fama de mi valentía menguará, pues nunca he realizado un combate tan sencillo. Es sabido que he luchado (si queréis, preguntadlo) con hombres que tuvieron que concederme que mi gloria es excelsa. Nunca he luchado contra un solo hombre. Si logro hoy la victoria, no deben celebrarlo las damas. Estoy feliz en mi corazón porque me han dicho que ha sido liberada la dama por la que se celebra el combate. El rey Arturo, cuya fama llega tan

lejos, reina sobre muchas tierras extranjeras. Quizá ha venido con él la dama a la que obedeceré hasta la muerte y a la que serviré siempre, en la alegría y en la tristeza. ¿Qué dicha mayor podría ocurrirme que el que se dignara ver cómo la sirvo?».

El rey había puesto su brazo sobre Bene, que veía con buenos ojos el combate. Había visto muchas veces la valentía del rey cuando luchaba, por lo que no sentía ninguna preocupación. Si hubiera sabido que Gawan era el hermano de su señora y que este peligroso propósito afectaba a su verdadero señor, se habría mitigado su alegría. Entregó al rey el anillo que Itonje le había enviado como prenda de amor y que su noble y famoso hermano había traído atravesando el Sabins. Bene, que había venido en una barca por el Poynzaclins, le transmitió este mensaje: «Mi señora y muchas damas han salido de Schastel Marveile». Le recordó que su señora le ofrecía más fidelidad y honra que la que nunca una muchacha había ofrecido a un hombre y le dijo que pensara en su tormento, pues prefería conseguir su amor a obtener cualquier beneficio. Esto puso muy feliz al rey, aunque cometía una injusticia con Gawan. Si mi hermana me costara tanto, preferiría no tenerla.

Le trajeron entonces su magnífica armadura. Nadie a quien el amor obligara a luchar por la recompensa amorosa de una mujer se podía haber vestido mejor para las damas, ni siquiera Gahmuret, Galoes o el rey Calícrates. No habían traído nunca de Ipopoticon, del extenso Acratón, de Kalomidente o de Agatatyrsjente seda más hermosa que la que él llevaba puesta. Entonces besó el pequeño anillo, que la joven reina Itonje le había enviado por amor. Estaba seguro de su fidelidad, por lo que, cuando le abrumaban las preocupaciones, su amor era un escudo contra ellas.

Pusieron al rey su armadura. Un bello grupo de doce doncellas, montadas sobre hermosos caballos, trajeron un magnífico palio de seda, que sostenía cada una con el asta de una lanza. El rey cabalgaba debajo. Lo llevaban para dar sombra al rey, que estaba ansioso por luchar. Dos lozanas doncellas, las más hermosas de todas, cabalgaban junto al rey, que había puesto sus brazos sobre ellas. Los mensajeros del rey Arturo no esperaron más y partieron de allí. Al regresar, llegaron donde Gawan estaba luchando. Los pajes, que nunca se habían asustado tanto, dieron grandes gritos al verlo en apuros, pues le tenían gran afecto. El adversario de Gawan

casi había conseguido la victoria. Su fuerza era tan superior que Gawan, el noble héroe, habría sufrido una derrota si los pajes no lo hubieran reconocido y hubieran gritado asustados su nombre. Quien antes le había desafiado a pelear rehusó entonces hacerlo. Arrojó la espada lejos de sí y dijo llorando: «¡Ay! ¡Desdichado e indigno de mí! Me abandonó mi suerte cuando mi deshonrada mano empezó este combate. No podía haber hecho nada peor. Me considero culpable. Mi mala estrella ha vuelto a mostrar su rostro y a arrebatarme la felicidad. Los antiguos presagios de mi destino se han hecho patentes muchas veces y vuelven a manifestarse ahora. ¡He luchado aquí realmente contra el noble Gawan! Así me he vencido a mí mismo y he conseguido mi desgracia. Al comenzar el combate, perdí la felicidad».

Cuando Gawan vio y oyó los lamentos, dijo a su adversario: «¡Ay, señor! ¿Quién sois? Me decís unas palabras tan afectuosas que si hubieseis hablado así antes, cuando me respondían las fuerzas, no habría perdido la gloria que me habéis arrebatado. Me gustaría saber quién sois, dónde podría encontrar la gloria si la tuviera que buscar algún día. Mientras mi destino lo quiso, resistí bien en los duelos».

«Primo, voy a presentarme. Puedes contar ahora y siempre conmigo. Soy tu primo Parzival».

Gawan exclamó: «¡Ahora lo entiendo! La torcida necedad se ha enderezado. Aquí han mostrado con saña su poder dos corazones puros. Tu mano nos ha vencido a los dos. Laméntalo por ambos. Si tu corazón es leal, te has vencido a ti mismo».

Después de decir esto, Gawan, mi señor, apenas se pudo seguir sosteniendo sobre las piernas, debido a su debilidad. Con la cabeza anonadada por los golpes, se tambaleó y cayó sobre la hierba. Un joven paje del rey Arturo saltó rápidamente y le sostuvo la cabeza. Después el bello joven le desató el yelmo y le dio aire en el rostro con su blanco sombrero de plumas de pavo real.

Los esfuerzos del joven proporcionaron nuevas fuerzas a Gawan. De los dos ejércitos llegaron destacamentos, cada uno al lugar que se le había asignado, a una línea marcada con grandes y resplandecientes troncos. Gramoflanz lo había pagado, pues de él había partido el desafío. Había allí cien árboles, que lanzaban sus bellos y luminosos destellos[208]. Nadie podía pasar al espacio

delimitado por ellos. Según he oído, el círculo tenía un diámetro de cuarenta galopes de caballo[209]. Cincuenta troncos resplandecían en cada mitad del círculo. Entre ellos debía celebrarse el combate. Los ejércitos tenían que permanecer fuera, como si estuvieran separados de los combatientes por unas murallas o por un profundo foso. Gramoflanz y Gawan lo habían acordado y lo habían prometido dándose la mano. De los dos ejércitos habían venido tropas, a tiempo para ver el combate, que no se había convocado, y quién era el vencedor. Querían saber quién luchaba allí en tan dura pelea y quién había sido el adversario. Ninguno de los ejércitos había acompañado a su campeón al lugar del combate, por lo que les parecía a todos muy sorprendente.

Cuando terminó esta lucha sobre la pradera cubierta de flores, llegó el rey Gramoflanz, que quería vengarse del hurto de la corona, y supo que allí se había celebrado un duelo y que nunca se había peleado tan duramente con la espada. Además habían luchado sin ningún motivo. Gramoflanz se separó de sus huestes y se dirigió hacia los caballeros, fatigados por el combate. Muy sentidamente lamentó sus fatigas. Gawan se puso en pie de un salto, aunque sus miembros aún le temblaban. Aquí estaban los dos. Doña Bene había cabalgado también con el rey hasta donde había tenido lugar el combate. Cuando vio a Gawan sin fuerzas, dio un grito de profundo dolor, pues lo había elegido como el culmen de su felicidad, por delante de cualquier otro. Bajó del caballo, lo apretó entre sus brazos y exclamó: «¡Maldita sea la mano que ha hecho esto a vuestro bello cuerpo! ¡Erais, en verdad, un modelo de valentía para todos los hombres!». Después le ayudó a sentarse en la hierba y no reprimió las lágrimas. La bella muchacha le limpió la sangre y el sudor del rostro. El caballero sentía calor dentro de su armadura.

Entonces dijo el rey Gramoflanz: «Gawan, siento tu infortunio. Si fuera yo culpable, sería distinto. Si quieres volver mañana a la pradera para luchar contra mí, te esperaré gustoso. Ahora podría luchar mejor con una mujer que contigo, pues estás sin fuerzas. Hasta que no oiga decir que has recuperado las fuerzas, ¿cómo podría conseguir contigo la gloria? Descansa esta noche, pues lo necesitas si quieres representar al rey Lot».

El muy fuerte Parzival, por el contrario, no estaba nada cansado ni pálido. En el momento en que lo vio el noble rey, ya se había

desatado el yelmo. Con nobles modales le dijo: «Señor, sea cual fuere el motivo por el que mi primo Gawan perdiera vuestro favor, permitidme que lo represente. Estoy listo para luchar. Si queréis dirigir contra él vuestra cólera, os lo impediré con mi espada».

El señor de Rosche Sabins contestó: «Señor, mañana Gawan me entregará el tributo, como pago por la corona. Su prestigio se elevará y agrandará o me enviará al camino de la deshonra. Podéis ser un héroe, pero este duelo no es para vos».

Entonces Bene dijo al rey con su encantadora boca: «¡Perro infiel! Vuestro corazón está en manos de aquel a quien odiáis. ¿A quién os habéis rendido por amor? Vuestro amor depende de la buena voluntad de este caballero. Os convertís a vos mismo en un perdedor, pues habéis conculcado la ley del amor. Si habéis amado alguna vez, ha sido con mala intención».

El rey tomó a Bene aparte y le pidió: «Señora, no te enfades porque celebre este duelo. Quédate con tu señor. Dile a Itonje, su hermana, que soy su fiel servidor y que la quiero servir con todas mis fuerzas».

Cuando Bene oyó que su señor, que debía luchar sobre la hierba, era el hermano de su señora, los remos de la desesperación hicieron entrar en su corazón ingentes cantidades de profunda tristeza, pues era verdaderamente leal. Exclamó: «¡Maldito hombre! ¡Marchaos de aquí! ¡No sabéis lo que es la fidelidad!».

El rey partió de allí con todos los suyos. Los jóvenes nobles del rey Arturo cogieron los dos caballos. También en los caballos se hacían patentes las huellas del combate. Gawan, Parzival y la arrebatadora Bene se fueron a caballo de allí, en dirección a su ejército. Parzival había conseguido tanta gloria con su valor que todos se alegraron de su llegada. Todos los que le veían venir decían que su gloria era muy grande.

Lo mejor que pueda os contaré que los experimentados guerreros de los dos ejércitos hablaban sólo de este hombre y empezaron a alabar sus hazañas caballerescas: «Quien ha conseguido allí la gloria, reconocedlo, ha sido Parzival». Además era tan hermoso que superaba a todos los caballeros, según decían las mujeres y los hombres cuando Gawan lo acompañaba. Éste pensó en él y ordenó que lo vistieran con nuevas ropas. Entonces les trajeron magníficos vestidos de la misma tela. Por todas partes se

extendió la noticia de que había venido Parzival, del que tantas veces se había oído que había conseguido gran gloria. Muchos lo confirmaron.

Gawan le dijo: «Si quieres conocer a cuatro damas de tu familia y a otras damas hermosas, te acompañaré allí gustoso».

El hijo de Gahmuret contestó: «Si hay aquí nobles damas, no debes enfadarlas con mi presencia. Las que oyeron junto al Plimizöl cómo me deshonraban no querrán verme. ¡Que Dios sepa reconocer su honra de mujer! Quiero mostrar siempre mi respeto a estas damas, pero me avergüenzo aún mucho y no me gustaría presentarme ante ellas».

«Tiene que ser así», dijo Gawan, y condujo a Parzival hasta las cuatro reinas, que lo besaron. Para la duquesa fue muy doloroso tener que besar al que había rechazado su solicitud, cuando le había ofrecido su país y su amor, después de que él luchara ante Logroys y ella cabalgara hasta tan lejos siguiéndole los pasos. Entonces ella seguía sufriendo la ignominia.

Convencieron, por fin, al bello Parzival y le quitaron todo el pudor de su corazón. La timidez dejó paso a la alegría.

Gawan, que tenía buenos motivos para ello, ordenó a doña Bene que, si no quería perder su favor, su bella boca no debía desvelar a Itonje «que el rey Gramoflanz me odia mucho por la corona y que mañana lucharemos a la hora fijada para el duelo. No debes decírselo a mi hermana y debes dejar de llorar».

Ella contestó: «Tengo realmente motivos para llorar y para mostrar mi tristeza, pues, pierda quien pierda de los dos, mi señora lo lamentará. En ambos casos morirá. Tengo que llorar por mi señora y por mí. ¿De qué vale que seáis su hermano? ¡Queréis luchar contra su corazón!».

Todo el ejército se había retirado a su campamento. A Gawan y a sus compañeros les habían preparado la comida. Parzival debía corner con la adorable duquesa, pues Gawan no había dejado de encargarle que se ocupara de él. Ella dijo: «¿Me encomendáis a este hombre, que sólo sabe burlarse de las damas? ¿Cómo debo servirle? Si me lo ordenáis, le serviré. Me da igual que lo tome a mofa».

Entonces habló el hijo de Gahmuret: «Señora, sois injusta conmigo. Me considero demasiado inteligente para burlarme de las mujeres».

Había allí muchas y magníficas viandas, que se sirvieron con nobles modales cortesanos. Doncellas, damas y caballeros comieron con buen apetito. Itonje no dejó de mirar a los ojos de Bene, que lloraba en secreto. Entonces ella también se puso triste y dejó de comer con su bella boca. Pensó: «¿Qué hace Bene aquí? La había enviado a aquel que lleva mi corazón allí y que tanto me atormenta aquí. ¿Por qué soy castigada? ¿Ha rechazado el rey mi servicio y mi amor? Sólo el fiel y valiente caballero conseguirá que termine la triste vida que llevo aquí, por la nostalgia que siento por él en mi apenado corazón».

Cuando terminaron de comer, ya había pasado el mediodía. El rey Arturo y su esposa, la reina doña Genoveva, con los caballeros y un grupo de damas, cabalgaron hasta el hermoso joven, que estaba sentado con unas bellas damas. Parzival vio cómo le besaban muchas hermosas damas. El rey Arturo también lo saludó con afecto y le agradeció insistentemente que su gloria fuera tan grande, que superaba con pleno derecho la de todos los hombres.

El galés dijo a Arturo: «Señor, cuando os vi la última vez, mi honra fue vilipendiada. Mi prestigio quedó tan menguado que casi lo perdí por completo. Ahora, señor, he oído de vuestros labios, si habéis sido sincero, que mi gloria no carece de toda justificación. Aunque me resulte difícil, me gustaría creeros si os creyeran también aquellos que dejé allí llenos de vergüenza». Todos los que allí estaban sentados dijeron que había conquistado en muchos países tanta gloria que nadie podía dudar de ella. Todos los caballeros de la duquesa se dirigieron a donde estaba sentado el hermoso Parzival con el rey Arturo. El noble rey los saludó a todos en la tienda del anfitrión. Aunque la tienda de Gawan era muy grande, el rey Arturo, inteligente y educado, se sentó fuera, delante de ella, y los caballeros se sentaron en círculo en torno a él. Se reunieron muchos que no se conocían. ¿Quiénes eran éste y aquél? Me llevaría demasiado lejos si tuviera que citar todos los nombres de los cristianos y los sarracenos. ¿Quién era del ejército de Clinschor? ¿Quiénes eran los que habían salido tantas veces valientemente de Logroys para luchar por Orgeluse? ¿Quiénes eran los que había traído el rey Arturo? Quien quisiera citar sus países y sus castillos de procedencia, lo tendría difícil. Todos estaban de acuerdo en que sólo Parzival se distinguía tanto por su belleza que

las mujeres lo tenían que amar, y en que su gloria no era engañosa.

Entonces se levantó el hijo de Gahmuret y dijo: «Todos los que estáis aquí, sentaos tranquilos y ayudadme a conseguir algo que añoro dolorosamente. Me separó de la Tabla Redonda un misterioso acontecimiento. ¡Que los que un día me acogieron en su comunidad me vuelvan a acoger ahora, en nombre de su amistad!». El rey Arturo atendió de buen grado sus deseos. Después Parzival cogió aparte a unos pocos caballeros y les hizo otro ruego: que Gawan le cediese el combate que había de celebrarse a la mañana siguiente, a la hora señalada. «Esperaré allí gustoso al rey Gramoflanz. De su árbol corté esta mañana temprano una corona, para obligarle a combatir. Vine a su país para luchar, sólo para combatir con él personalmente. Primo, no podía imaginar que estuvieras aquí, y nunca lo he sentido tanto. Creía que el rey no rehusaría luchar conmigo. Querido primo, déjame pelear con él. Si el destino le tiene reservada la deshonra, lo venceré de tal forma que le durará para siempre. Mi derecho quedará restablecido y podré volver a ser tu amigo, querido primo. Piensa en nuestro noble parentesco de sangre y permíteme que luche yo. Entonces mostraré todo mi valor».

Gawan, mi señor, replicó: «Parientes y hermanos tengo muchos en la corte del rey de Britania. Ninguno os permitirá luchar en mi lugar. Confío en mi derecho. Si la fortuna lo quiere, conservaré mi gloria. Dios te premie tus deseos de combatir en mi lugar, pero todavía no ha llegado el momento en que lo necesite».

El rey Arturo, que había oído el ruego, interrumpió la conversación y se sentó con ellos en el círculo de tiendas. El escanciador de Gawan no dejó de ordenar a los donceles que trajeran muchas preciadas copas de oro con piedras preciosas. El escanciador no andaba, por tanto, solo. Después de beber, los reunidos se fueron a sus tiendas. Se aproximaba la noche.

Parzival se mostró muy prudente y examinó su armadura. Mandó reponer las correas que faltaban y adornar bien todo. También ordenó que le trajeran un escudo nuevo, pues el suyo estaba destrozado por los combates. Debían traerle un escudo muy resistente. Cumplieron sus órdenes escuderos que no conocía en absoluto; algunos eran franceses. Un escudero se ocupó de su caballo, que había arrebatado a un templario en un duelo. Nunca fue cuidado mejor después. Entonces se había hecho ya de noche y

era el momento de dormir. Parzival también durmió, con la armadura delante de él.

El rey Gramoflanz estaba furioso porque el día anterior había luchado otro por su corona, y los suyos no se atrevían a aplacarlo, ni eran capaces de hacerlo. Lamentaba mucho haber llegado tarde. ¿Qué hizo entonces el héroe? Como siempre había buscado la gloria, al amanecer ya estaban armados su caballo y él mismo. ¿Si algunas mujeres extraordinariamente ricas le habían regalado adornos para su armadura? No, era por sí misma suficientemente valiosa. Se adornó por una muchacha, a la que servía con todas sus fuerzas. Cabalgó solo y miró a su alrededor. Le disgustó mucho que el noble Gawan no hubiera llegado tan temprano a la pradera.

Mientras tanto, Parzival había abandonado en secreto su tienda. Se había puesto su armadura y había cogido de una cesta una robusta lanza de Angram. El héroe cabalgó desde allí completamente solo hacia los resplandecientes troncos, donde debía celebrarse el combate, y vio allí al rey esperando. Sin intercambiar palabra, perforaron con sus lanzas el escudo de su adversario por el borde. Desde las manos saltaron astillas por el aire. Eran expertos en justas y también en otras formas de lucha. En la extensa pradera pisotearon el rocío, y las afiladas espadas, que cortaban muy bien, golpearon sus yelmos. Los dos luchaban valerosamente. Los caballos pateaban la pradera y hacían saltar el rocío. Lo siento por las rojas flores, pero más por los héroes, que soportaban sin miedo el peligro. ¿Cómo se podía alegrar alguien a quien no hubieran hecho nada, en vez de sentirlo?

Entonces se preparó también don Gawan para su difícil duelo. Era media mañana cuando se difundió la noticia de que el valiente Parzival no estaba en el campamento. ¿Si quería hacer las paces? No daba esa impresión, pues luchaba valerosamente contra alguien que también sabía luchar. Era ya bien entrada la mañana.

Un obispo cantó la misa para Gawan. Asistía a ella una gran multitud. Antes de la misa se podía ver a muchos caballeros y damas a caballo en el anillo de tiendas de Arturo. El propio rey Arturo estaba presente cuando se celebraba la santa misa. Tras la bendición don Gawan se puso la armadura. Ya antes llevaba puestas el orgulloso caballero sus canilleras en sus bellas piernas, por lo que las damas empezaron a llorar. Todo el ejército se dirigió al lugar del

combate, donde oyeron el ruido de las espadas y vieron cómo los vigorosos golpes hacían saltar chispas de los yelmos. El rey Gramoflanz, que había menospreciado siempre vehementemente luchar contra un solo hombre, pensó que ahora lo atacaban seis. Pero era sólo Parzival el que peleaba contra él y el que le daba una lección que aún hoy se celebra: Gramoflanz no siguió insistiendo nunca más en su proclamada honra de desafiar al menos a dos hombres, pues uno era aquí demasiado para él.

Los ejércitos de los dos bandos habían llegado entretanto a la verde y extensa pradera, cada uno a su demarcación, y contemplaban la justa. Los caballos de los dos valientes héroes no habían sido derribados, pero los nobles caballeros disputaban en el suelo un duelo que era a ojos vista duro y enconado. Los héroes dieron la vuelta varias veces a sus espadas, levantándolas hacia lo alto, y cambiaron los filos. De este modo recibía el rey Gramoflanz un amargo tributo por su corona, aunque el pariente de su amiga tampoco recibió caricias. Así pagaba el noble Parzival por la encantadora Itonje. Si el derecho fuera lo que hoy es el derecho, iría en su beneficio. Los que habían ido muchas veces en busca de gloria cosechaban ahora sus frutos: uno luchaba porque su amigo estaba en peligro y al otro le obligaba el amor, del que era súbdito. Entonces llegó también Gawan, mi señor. El orgulloso y valiente galés casi había conseguido ya la victoria. Brandelidelin de Punturtoys, Bernout de Riviers y Affinamus de Clitiers se acercaron cabalgando, con la cabeza descubierta, al combate. También el rey Arturo y Gawan cabalgaron por el otro lado de la pradera hasta los dos fatigados combatientes. Los cinco se pusieron de acuerdo para terminar este combate. También a Gramoflanz le pareció llegado el momento de acabar el duelo y concedió la victoria al hombre que había luchado contra él. Muchos se mostraron de acuerdo. Entonces dijo el hijo del rey Lot: «Majestad, quiero trataros hoy como vos me tratasteis ayer, cuando me pedisteis que descansara. Descansad esta noche, pues lo necesitáis. Sea quien sea el que ha luchado contra vos, os ha dejado evidentemente con pocas fuerzas comparado con mi vigorosa mano. Os vencería yo solo, pero no lucháis con menos de dos. Mañana lo intentaré yo solo. ¡Que Dios muestre de qué parte está la razón!».

El rey, tras dar su palabra de honor de que a la mañana

siguiente volvería a la pradera para luchar, regresó hacia los suyos.

El rey Arturo dijo a Parzival: «Sobrino, Gawan rechazó tu ruego de luchar valientemente por él y te quejaste mucho de ello. Ahora, sin embargo, nos guste o nos disguste, has celebrado el combate contra quien lo deseaba. Te apartaste de nosotros deslizándote como un ladrón. De lo contrario te habríamos impedido, con toda seguridad, disputar este duelo. Gawan no debe enfurecerse porque hayas conseguido la victoria y la gloria».

Gawan contestó: «No me entristece que mi primo haya conquistado la más alta gloria. Por mi parte, si debo luchar, mañana me resulta demasiado pronto. Si el rey me dispensara de combatir, le diría que habría obrado muy juiciosamente».

El ejército regresó al campamento con sus numerosas huestes. Se veían allí hermosas damas y muchos caballeros magníficamente engalanados. Nunca un ejército había mostrado tanto esplendor. Los caballeros de la Tabla Redonda y las mesnadas de la duquesa llevaban guerreras resplandecientes, de seda traída de Cynidunte y de Pelpiunte[210]. También resplandecían las gualdrapas de sus caballos. El hermoso Parzival fue tan alabado en los dos ejércitos que sus amigos podían estar contentos. En el ejército de Gramoflanz decían que nunca había venido ningún caballero al que el sol hubiera iluminado que fuera tan aguerrido.

Por mucha valentía que hubieran mostrado los dos contendientes, sólo uno merecía la gloria. Sin embargo, aunque todos lo alababan, nadie conocía su nombre.

Aconsejaron entonces a Gramoflanz que enviara un mensaje al rey Arturo pidiéndole que cuidara de que ningún otro de sus huestes fuera hacia él para combatir y que le enviara a quien debía ser: a Gawan, el hijo del rey Lot. Con él quería luchar. Como mensajeros fueron enviados dos inteligentes y distinguidos pajes. El rey les dijo: «Mirad a ver a cuál de las hermosas damas le concedéis el más alto rango. Fijaos especialmente en la dama al lado de quien se sienta Bene y observad cuidadosamente su comportamiento. Averiguad en secreto si está triste o feliz. Podréis ver en sus ojos si siente nostalgia por su amigo. No olvidéis dar esta carta y este pequeño anillo a mi amiga Bene. Ella sabe bien a quién debe entregárselos. Si actuáis con mucho tacto, lo haréis bien».

En el otro campamento sucedió que Itonje oyó enseguida que su

hermano y su caballero, el más adorable que una chica había encerrado nunca en su corazón, debían luchar entre sí y que no querían cejar en su empeño. Entonces su dolor quebró su pudor. Si a alguien le parece bien su aflicción, no estoy de acuerdo con él, pues ella no se la ha merecido. La madre y la abuela llevaron aparte a la muchacha, a una pequeña tienda de seda. Arnive le reprochó que llorara y la regañó por faltar al decoro. Entonces no le quedó otro remedio que confesar todo lo que durante tanto tiempo había guardado en secreto. La noble y distinguida muchacha dijo: «¿Matará mi propio hermano a mi amado, que vive en mi corazón? No debería hacerlo».

Arnive dijo a un doncel: «Di a mi hijo que me venga a ver y que venga solo».

El escudero trajo al rey Arturo. Arnive había pensado decirle a quién amaba con tanto dolor de su corazón la bella Itonje, para que impidiera el combate. Entretanto los pajes del rey Gramoflanz habían llegado a Arturo y desmontado en la pradera. Uno de ellos vio a Bene sentada delante de la pequeña tienda, y junto a ella a una doncella que decía al rey Arturo: «¿Considera la duquesa honroso que mi hermano sucumba a sus intrigas y me mate a mi amigo? Él debería considerarlo un crimen abominable. Debe permitirme que le ayude. Si mi hermano está en su sano juicio, sabrá que el amor entre los dos es completamente puro. Si es fiel, sentirá que yo sufra por él una amarga muerte suspirando por el rey. Señor, ésta es la queja que os presento». Y la bella muchacha siguió diciendo al rey Arturo: «Pensadlo si sois mi tío. Por vuestra fidelidad familiar, poned término a esta disputa».

El experimentado Arturo contestó enseguida: «¡Ay, querida sobrina mía! ¡Lástima que, siendo tan joven, conozcas ya el alto amor cortés! Te resultará amargo, como le resultó a tu hermana Surdamur con el emperador de los griegos. Bella y querida joven, podría impedir el combate si supiera que su corazón y el tuyo están unidos. Gramoflanz, el hijo de Irot, es tan valiente que disputará este duelo, a no ser que su amor por ti lo impida. ¿Ha visto alguna vez en alguna reunión de amigos tu belleza y tus adorables labios rojos?».

Ella contestó: «Todavía no ha sucedido. Nos queremos sin habernos visto nunca. Pero él me ha enviado muchos regalos como

prueba de su amor y de su afecto, y recibió de mí pruebas de mi amor sincero, lo que nos quitó a los dos todas las dudas. El rey me es fiel y su corazón no conoce la maldad».

Entonces reconoció doña Bene a los dos escuderos, a los pajes del rey Gramoflanz, que habían sido enviados al rey Arturo. Enseguida dijo: «Aquí no necesitamos testigos. Si lo permitís, haré que se vaya todo el mundo de los alrededores de la tienda. Si mi señora se lamenta por su amado, la noticia irá enseguida de boca en boca».

Doña Bene fue enviada fuera y uno de los pajes le entregó la carta y el pequeño anillo. Los dos habían oído también los grandes lamentos de la señora de Bene y le dijeron que habían venido para hablar al rey Arturo. Le preguntaron si ella podía arreglarlo. Bene contestó: «Apartaos un poco hasta que os llame». Bene, la hermosa muchacha, comunicó en la tienda que estaban allí unos mensajeros de Gramoflanz y que preguntaban dónde estaba el rey Arturo. «No me pareció adecuado que estuvieran presentes en esta conversación. Si les hubiera dejado ver cómo lloraba mi señora, podrían haber pensado que tengo algo contra ella».

Arturo preguntó: «¿Son los pajes que vi venir al trote hacia mi círculo de tiendas? Son dos pajes de noble linaje. ¿Cómo iban a molestar en esta deliberación, siendo tan juiciosos y de buen corazón? Por lo menos uno es tan inteligente que se habrá dado cuenta perfectamente del amor de mi sobrina por su señor».

Bene contestó: «No lo sé. Señor, con vuestro permiso: el rey le ha enviado a ella este pequeño anillo y esta carta. Me los entregó uno de los pajes cuando salí delante de la tienda. Señora, por favor, cogedla».

Itonje besó una y otra vez la carta y la apretó contra su pecho. Después dijo: «Señor, ved aquí vos mismo si el rey me pide su amor».

El rey Arturo cogió la carta y comprendió que estaba escrita por alguien que conocía el amor. Hablaba por su propia boca el fiel Gramoflanz. Arturo vio en la carta que, si no se equivocaba, nunca había encontrado en su vida un amor tan sincero. En ella se hablaba como es debido del amor:

«Saludo a quien debo saludar y cuyo saludo debe conseguir mi servicio amoroso. Joven señora, me refiero a ti, pues eres la fuente

de mi consuelo. Nuestros amores se unen, y ésta es la raíz de mi felicidad. Tu consuelo significa para mí mucho más que cualquier otro consuelo. Eres el cerrojo de la puerta de mi fiel amor y quitas la tristeza a mi corazón. Tu amor me presta su ayuda y por ello no se ve nunca en mí ninguna mala acción. Sé que tu bondad es constante y sin fisuras. Así como el Polo Antártico[211] está situado enfrente de la Estrella Polar, sin que se mueva de su sitio ninguno de los dos, también nuestro amor debe ser fiel y nunca ha de poder separarse. Noble doncella, piensa en mí y en las penas que te he transmitido y préstame tu ayuda. Si algún día alguien, porque me odie, te quiere separar de mí, piensa que el amor nos lo recompensará magníficamente. Cuida tu honra de mujer y permíteme ser tu siervo. Te serviré lo mejor que sepa».

El rey Arturo dijo: «Sobrina, tienes razón. El rey te corteja sinceramente. Esta carta es para mí una prueba: no he encontrado nunca nada tan maravilloso en el asunto del amor. Deberías terminar con sus penas amorosas, como él con las tuyas. Dejadlo los dos en mis manos. Impediré este duelo. Mientras tanto, debes dejar de llorar. Tú estabas prisionera. Dime, ¿cómo surgió entre vosotros el amor? Deberías satisfacerle la recompensa amorosa, pues por ella te sirve».

Itonje, la sobrina de Arturo, contestó: «La que nos reunió está aquí al lado. Los dos lo hemos mantenido en secreto. Si lo permitís, ella dispondrá lo necesario para que vea a aquel a quien pertenece mi corazón».

El rey Arturo dijo: «Muéstramela. Si puedo, haré que se cumpla vuestro deseo y que encontréis los dos la felicidad». Itonje contestó: «Es Bene. También están aquí los dos escuderos del rey. Si os importa mi vida, procurad averiguar si el rey, de quien depende mi felicidad, me quiere ver».

Arturo, el experimentado y cortés caballero, salió enseguida hacia los dos pajes y, cuando los vio, los saludó. Entonces le dijo uno de ellos: «Señor, el rey Gramoflanz os pide que juréis por vuestro honor lo que también han jurado él y Gawan. Señor, os ruega además que ningún otro luche contra él. Vuestro ejército es tan grande que no sería justo que tuviera que vencer a todos. Debéis dejar ir a Gawan, pues con él se ha acordado el duelo».

El rey contestó a los pajes: «Quiero apartar de nosotros esta

sospecha. Mi sobrino nunca ha sufrido tanto por no haber luchado él mismo. Quien peleó con vuestro señor mereció bien la victoria: es el hijo de Gahmuret. Todos los que han venido de todas las partes en los tres ejércitos nunca han conocido a un héroe tan valiente en el combate. Sus hazañas se equiparan a su gloria. Es mi pariente Parzival. Ya lo veréis en todo su esplendor. Obligado por el juramento de Gawan, haré lo que me pide el rey».

El rey Arturo, Bene y los dos escuderos cabalgaron por el campamento. El rey les mostró a muchas damas esplendorosas. También pudieron contemplar numerosos penachos de plumas sobre los yelmos. Todavía hoy no le sentaría mal a un hombre poderoso presentarse con semejante afabilidad. No desmontaron de sus caballos. Arturo mostró a los pajes los nobles de todo el ejército y vieron muchos hermosos caballeros, doncellas y mujeres: para los dos era como un sueño. El ejército estaba dividido en tres secciones, separadas por dos espacios intermedios. El rey Arturo se alejó del ejército por la pradera. Entonces dijo: «Bene, hermosa muchacha, has oído bien lo que me ha dicho entre lágrimas Itonje, mi sobrina. No puede reprimir su llanto. Los amigos que me acompañan pueden estar seguros de que Gramoflanz casi ha hecho palidecer la belleza de Itonje. Ayudadme, vosotros dos, y también tú, amiga Bene, para que el rey venga a mi lado, aunque mañana celebre el duelo. Yo llevaré a mi sobrino Gawan a su encuentro en la pradera. Si el rey viene hoy a mi campamento, mañana podrá luchar mejor, pues aquí el amor le ofrecerá un escudo, que dará que hacer a su adversario. El amor proporcionará alas a su orgullo, que causará la derrota de sus enemigos. Debe traer cortesanos, pues quiero mediar entre él y la duquesa. Queridos amigos, hacedlo con tacto y así aumentará vuestra honra. Pero debo deciros algo más que oprime mi corazón: ¿qué he hecho yo, desdichado de mí, al rey Gramoflanz para que muestre amor y odio a mi linaje, sin importarle un bledo? Todo rey, como igual a mí, debería tratarme con respeto. Si quiere recompensar con odio al hermano de su amada, debería pensar que, si su corazón le hace pensar así, se apartará de su amor».

Uno de los pajes dijo al rey: «Señor, mi soberano, si quiere obrar como es de justicia, evitará lo que os causa desasosiego. Pero conocéis bien la vieja enemistad. Sería mejor que mi señor se quedase donde está, en vez de cabalgar hasta vos. La duquesa

persiste en su odio. Le ha retirado su favor y se ha quejado de él ante muchos caballeros».

«Debe venir con poca gente», dijo el rey Arturo. «Entretanto habré hecho las paces con la noble duquesa en este asunto de su rencor. Le ofreceré una magnífica compañía y protección. Beacurs, el hijo de mi hermana, lo recibirá en la mitad del camino. Así cabalgará bajo mi protección. No debe tomarlo como un menosprecio, pues le acompañarán nobles caballeros».

El rey Arturo se quedó solo en la pradera, pues Bene y los dos pajes se despidieron y cabalgaron a Rosche Sabins, que atravesaron para llegar al campamento del ejército, que estaba al otro lado. Cuando Bene y los pajes hablaron con Gramoflanz, éste fue su día más feliz. Su corazón le decía que la fortuna había pensado para él el mensaje que le habían traído. Manifestó que iría gustoso. Después eligió su séquito. Tres príncipes de su reino salieron con él del campamento, como hizo también su tío, el rey Brandelidelin. Bernout de Riviers y Affinamus de Clitiers eligieron cada uno a un acompañante adecuado para la marcha. En total eran doce. También designaron para el cortejo a innumerables donceles y a muchos fornidos guerreros de a pie. ¿Cómo iban vestidos los caballeros? Llevaban ropas de seda, cuyos pesados bordados de oro resplandecían luminosamente. Con el rey cabalgaban sus halconeros, para cazar. El rey Arturo no dejó de enviar al hermoso Beacurs a la mitad del camino, para que acompañara al rey. Por la extensa campiña cabalgó el rey, por los vados que veía en los pantanos o arroyos, en busca de caza, y más aún buscando el amor. Beacurs lo recibió donde se había acordado y el encuentro les produjo gran alegría. Con Beacurs habían llegado más de cincuenta hermosos pajes, cuya belleza revelaba su noble linaje. Eran jóvenes duques y condes, y también cabalgaban con ellos varios hijos de reyes. Los pajes de los dos bandos se saludaron muy afectuosamente y sin envidia. Beacurs mostraba toda su hermosura. El rey se apresuró a preguntar por él, y Bene le dijo quién era el hermoso caballero: «Es Beacurs, el hijo de Lot». Entonces pensó Gramoflanz: «Corazón mío, encuentra ahora a la que se parece al que cabalga aquí tan apuesto. Ciertamente es su hermana la que me envió el gavilán y el sombrero de Winchester. Si me concede ahora su favor, daré por ella todas las riquezas del mundo, aunque éste fuera el

doble de grande. No puede defraudarme, pues vengo para conseguir su amor. Siempre me ha animado tanto que confío plenamente en que me hará más feliz que antes». La blanca mano del bello hermano de Itonje cogió la suya.

Entretanto el rey Arturo había conseguido en el campamento que la duquesa aceptase una tregua. Se había resarcido de la pérdida de Cidegast, al que antes tanto había llorado. Su cólera casi se había apagado. Los abrazos de Gawan la habían hecho despertar a una nueva vida, y por ello su rencor se había apaciguado. Arturo, el britano, reunió aparte, en una tienda, a cien nobles y hermosas damas, doncellas y mujeres, todas ellas encantadoras. A Itonje, que también estaba sentada allí, no le podía suceder nada más agradable que ver al rey Gramoflanz. No dejaba de estar feliz, aunque se veía en sus ojos que el amor la hacía sufrir. También estaban sentados allí muchos hermosos caballeros, pero el noble Parzival superaba a todos en belleza. Gramoflanz cabalgó hacia la tienda. El intrépido rey llevaba un vestido de seda, bordado en oro y tejido en Gampfassasche[212], que resplandecía desde lejos.

Los visitantes desmontaron enseguida. Los numerosos pajes del rey Gramoflanz saltaron de sus caballos delante de él y se arremolinaron en la magnífica tienda. Los chambelanes se peleaban por abrirle un amplio camino hasta la reina de Britania. Su tío Brandelidelin entró en la tienda y se dirigió al rey. Genoveva lo recibió con un beso. El rey fue recibido también de la misma forma. Se vio también cómo la rema besaba a Bernout y a Affinamus. Entonces dijo Arturo a Gramoflanz: «Antes de tomar asiento, mirad si amáis a alguna de estas damas y besadla. Aquí os está permitido a los dos».

Una carta, que había leído en el campo, le indicaba quién era su amiga. Quiero decir que había visto al hermano de la que le había declarado en secreto su noble amor, por encima de cualquier otra cosa del mundo. Gramoflanz reconoció a la que le concedía su amor. Su alegría era inmensa. Como el rey Arturo les había permitido que se saludaran afectuosamente con un beso, besó a Itonje en los labios.

El rey Brandelidelin se sentó junto a la reina Genoveva. También el rey Gramoflanz tomó asiento al lado de Itonje, que había bañado de lágrimas su bello rostro. Él era el causante de ello. Si no quería

castigar la inocencia, tenía que hablar a la muchacha y ofrecerle sus servicios amorosos. Ella no pudo evitar darle las gracias por haber venido. Pero sus palabras no fueron oídas por nadie, pues se hablaban dulcemente con los ojos. Si aprendo su lenguaje, sabré lo que se decían, si se decían *sí* o *no*.

«Ya habéis dicho bastantes gentilezas a mi esposa», exclamó el rey Arturo a Brandelidelin, y condujo al intrépido héroe un breve trecho por la pradera, hasta una tienda más pequeña. Siguiendo los deseos de Arturo, Gramoflanz y sus acompañantes siguieron sentados tranquilamente. La resplandeciente belleza de las damas hizo que los caballeros no lo lamentaran. Se divertían tanto juntos como disfrutaría hoy también el que después de la desgracia buscara la felicidad. Trajeron entonces ante la reina las bebidas. Después de beber suficientemente, los caballeros y las damas cobraron mejor color. También se ofrecieron bebidas al rey Arturo y a Brandelidelin. El escanciador regresó enseguida. Arturo empezó a hablar así: «Majestad, supongamos que el rey, el hijo de vuestra hermana, hubiera matado a mi sobrino y quisiera después conceder su amor a mi sobrina, a aquella muchacha que le llora sus penas allí, donde aún siguen sentados. Si ella fuera juiciosa, nunca le correspondería con su amor, sino que le pagaría con tal hostilidad que al rey se le quitarían las ganas de querer algo de ella. Cuando el odio impide el amor, arrebata al corazón fiel la felicidad».

El rey de Punturtoys contestó a Arturo, el britano: «Los dos que se muestran hostiles son los hijos de nuestras hermanas. Debemos impedir este duelo. El resultado sólo puede ser que se quieran con sus corazones y con su inteligencia. Vuestra sobrina Itonje debe pedir a mi sobrino, quien desea conseguir su amor, que renuncie a luchar. Así se impedirán el duelo y las ansias de pelear. Ayudad después a mi sobrino para que obtenga el favor de la duquesa».

El rey Arturo asintió: «Lo haré. Mi sobrino Gawan tiene tanto poder sobre ella que, como dama noble y bien educada, nos transferirá a él y a mí su derecho de venganza. Terminad así la lucha también por vuestra parte».

«Lo haré», dijo Brandelidelin, y ambos regresaron a la gran tienda.

Una vez dentro, el rey de Punturtoys se sentó al lado de la noble Genoveva. A su otro lado tomó asiento Parzival: era tan hermoso

que nunca se había visto a nadie más bello. El rey Arturo se dirigió hacia su sobrino Gawan, al que ya le habían comunicado que había venido el rey Gramoflanz. Poco después oyó que Arturo desmontaba delante de la tienda y salió corriendo hacia él. Los dos juntos consiguieron que la duquesa aceptara la paz, pero sólo con esta condición: si Gawan, su amigo, renunciaba a luchar por ella, ella también concedería la paz; la reconciliación tendría lugar si el rey dejaba de acusar a su suegro Lot. El experimentado y cortés Arturo transmitió el mensaje. El rey Gramoflanz tuvo que renunciar al tributo por su corona. Toda la enemistad que tenía a Lot de Noruega se derritió como la nieve en el sol y quedó clara como el agua, sin ningún rencor. El motivo era la bella Itonje. Sucedió mientras estaba sentado a su lado: atendió todos sus ruegos. Entonces llegó Gawan con un séquito de apuestos caballeros. No podría deciros en absoluto su nombre y su lugar de origen. Olvidaron la tristeza por el amor.

Se vio allí venir con Gawan a la altiva Orgeluse y a sus nobles mercenarios, y también a una parte de las huestes de Clinschor (no estaban completas). De la tienda del rey Arturo quitaron las paredes y sólo dejaron el techo. Arturo había rogado a la bondadosa Arnive, a Sangive y a Cundrie que participaran en el acto de la reconciliación. Quien considere que esto son cosas nimias, puede considerar importante lo que desee. Jofreit, el compañero de Gawan, llevó de la mano a la hermosa duquesa hasta el interior de la tienda. Como ella era inteligente y educada, dejó a las tres reinas pasar delante. Brandelidelin las besó. También Orgeluse lo saludó con un beso. Gramoflanz se dirigió hacia ella esperando conseguir su favor y la reconciliación. Su bella y roja boca besó al rey como símbolo de la paz. Estaba a punto de llorar. Pensaba en la muerte de Cidegast. Como mujer, sentía el dolor de la tristeza por él. Si queréis, llamadlo fidelidad.

Gawan y Gramoflanz sellaron también su reconciliación con un beso. El rey Arturo concedió a Gramoflanz la mano de Itonje, como su legítima esposa. Gramoflanz la había servido mucho tiempo antes de lograrlo. Cuando sucedió todo esto, Bene se sintió feliz. Lischoys, el duque de Gowerzin, recibió a Cundrie por esposa. Había sufrido mucho por su amor. Su vida había sido desdichada hasta que sintió su amor. Al guardia de corps Florand el rey Arturo

le dio por esposa a Sangive, que había sido la esposa del rey Lot. El príncipe la recibió de buen grado, pues era un regalo digno de ser amado. El rey Arturo se mostró generoso concediendo manos de damas. Sus regalos no le parecían excesivos, pues había deliberado y pensado mucho las uniones. Cuando terminó todo esto, la duquesa declaró que Gawan había merecido su amor con su celebrada gloria y que, con pleno derecho, ahora era dueño de ella y de su país. Estas palabras dolieron a los caballeros que habían roto muchas lanzas para conseguir su amor.

Gawan y sus acompañantes, Arnive y la duquesa, muchas encantadoras damas, y también el noble Parzival, Sangive y Cundrie se despidieron y se fueron. Itonje, sin embargo, se quedó con el rey Arturo. ¡Que nadie diga que se ha celebrado nunca en algún lugar una fiesta más soberbia! Genoveva tomó bajo su protección a Itonje y a su amigo, el noble rey, que había conseguido tanta gloria con sus hazañas caballerescas, llevado por el amor de Itonje. Muchos, sin embargo, regresaron a sus tiendas, pues su noble amor sólo les había causado tribulación. Podemos olvidar tranquilamente lo que cenaron aquella noche. Quien, sin embargo, estaba unido por el alto amor deseaba que el día se convirtiera en noche.

Movido por la arrogancia, el rey Gramoflanz ordenó a sus gentes de Rosche Sabins que levantaran rápidamente el campamento junto al mar, que llegaran con su ejército antes del amanecer y que su mariscal eligiera un lugar adecuado para que acamparan sus huestes. «Para mí preparadlo todo suntuosamente, y para cada príncipe disponed un anillo de tiendas». Quería mostrar toda su riqueza. Aunque ya era de noche, los mensajeros partieron. En el campamento se veían muchos hombres tristes por causa de las mujeres. Quien sirve inútilmente a una dama, sin recibir la recompensa, enseguida se entristece, a no ser que le ayude alguna mujer.

Parzival volvió a pensar en su bella esposa, en su pureza y encanto. ¿Si se dirigía a alguna otra ofreciéndole sus servicios a cambio de su amor y quería así ser infiel? Semejante amor no le interesaba nada. Su gran fidelidad protegía tanto su valiente corazón y todo su ser que ciertamente ninguna otra mujer fue dueña de su amor, aparte de la reina Condwiramurs, la bella flor en todo su esplendor. Pensaba: «¿Cómo me ha tratado el amor desde

que lo conozco? He nacido de un linaje hecho para el amor. ¿Por qué lo he perdido? Aunque debo luchar para conseguir el Grial, me atrae irresistiblemente el casto abrazo de mi esposa, de la que me separé hace demasiado tiempo. Si mis ojos tienen que ver la felicidad de los demás y mi corazón sentir la tristeza, algo no concuerda. Nadie puede estar feliz en esta situación. Que la fortuna me indique lo que es mejor para mí». Al ver la armadura a su lado, siguió pensando: «Como me falta lo que a otros hace dichosos (me refiero al amor, que con ayuda de la felicidad alegra a muchos corazones tristes) y como no participo de esa dicha, no me preocupa lo que pueda ocurrirme. Dios no quiere que sea feliz. Ella me fuerza a sentir nostalgia por su amor. Si en nuestro amor fuera posible la separación, y la duda nos apartara del buen camino, encontraría seguramente otro amor. Pero su amor me ha quitado la idea de cualquier otro amor y de cualquier otro consuelo que me pudiera traer la felicidad. No me he liberado de la tristeza. ¡Que la fortuna conceda la felicidad a los que desean la verdadera dicha! ¡Que Dios les conceda a todos ellos la felicidad! Yo quiero apartarme de ella».

Entonces cogió su armadura y se la puso rápidamente. Lo había hecho solo muchas veces. Quería ir en busca de nuevas fatigas. Una vez armado, Parzival, que huía de la felicidad, ensilló con sus propias manos el caballo. Encontró allí preparados el escudo y la lanza. Por la mañana se lamentó mucho su partida. Cuando marchó del campamento, empezaba a amanecer.

—*Feirefiz*—

Mucha gente está molesta porque no sabe cómo termina esta historia. Muchos no han sabido adivinarlo. Ahora no quiero retrasarlo más. Os contaré como es debido, pues sólo yo lo sé, el final de esta narración: cómo se curó el encantador y hermoso Anfortas. La historia nos cuenta cómo la reina de Pelrapeire conservó su pureza de mujer hasta alcanzar su recompensa. Entonces consiguió su mayor felicidad. Parzival cuidará de ello. Si mi arte no me abandona, os hablaré primero de sus fatigas. Todas sus luchas anteriores eran un juego de niños. Si pudiera cambiar el curso de esta narración, le ahorraría de buen grado esos riesgos. Siento dudas ante ello. Encomiendo su destino a su corazón, que unió felizmente la valentía y la pureza. Puesto que su corazón nunca mostró cobardía, que le proporcione la firmeza necesaria para proteger su vida. Lo desafía un verdadero campeón en la lucha, que busca intrépidamente combatir. Era un pagano, que nunca había oído nada del bautismo.

Parzival cabalgó rápidamente hacia un gran bosque, en tierras inhóspitas, y se encontró a un forastero, rico y poderoso. Sería un milagro que yo, un pobre hombre, os pudiera describir todo el esplendor que llevaba el pagano sólo sobre su armadura. Si quisiera describir sus ricas galas, contaría más de lo necesario, y aún podría contar mucho más. Todos los tributos que había recibido el rey Arturo en Britania y en Inglaterra no valían tanto como las muy caras y puras piedras preciosas que adornaban la guerrera del héroe. Con rubíes y calcedonias no se podría pagar. La guerrera ciertamente resplandecía. Había sido tejida en el monte Agremuntin por salamandras en los rescoldos del fuego.

Adornaban la tela magníficas piedras preciosas, oscuras y claras, que aquí no puedo describir. Este caballero se afanaba por conseguir el amor y la gloria. Eran sobre todo mujeres las que le habían regalado los preciados adornos de su armadura. El amor había introducido el entusiasmo en su valiente corazón, como sucede aún hoy a los amantes. Como signo de su gloria llevaba sobre el yelmo un armiño[213]. Este pequeño animal mata enseguida a todas las serpientes venenosas, tan pronto como lo huelen. Una seda como la de la gualdrapa que llevaba su caballo no la hay en Thopedissimonte ni en Assigarzionte, en Thasme ni en Arabí[214]. El hermoso y no bautizado caballero luchaba por la recompensa de las damas, y por ello se adornaba tan esplendorosamente. Su orgulloso corazón le llevaba a pelear por un noble amor. El joven, experimentado en la lucha, había anclado en el mar, en un puerto natural, al lado del bosque. Tenía veinticinco ejércitos, como convenía a su poderío, y ninguno de ellos entendía la lengua de los demás. Los mismos países, habitados por moros y otros sarracenos de apariencia muy diversa, pagaban tributos a este noble caballero. En sus huestes, que unían a guerreros de numerosos países, había pelotones muy extraños. El caballero se separó de su ejército y se adentró solo en el bosque para moverse un poco, aunque en realidad buscaba aventuras. Como los dos reyes se han tomado la libertad de luchar solos para conquistar la gloria, los dejo cabalgar. Parzival no iba solo: formaban una unidad él mismo y su gran valor, que le hacía luchar con tanta valentía que las mujeres, si no están locas y no dicen tonterías, deberían alabarlo. Aquí se encontrarán en singular duelo dos caballeros que son tan mansos como los corderos y tan fieros como los leones. ¡Ay! Siendo la tierra tan grande, ¿por qué tuvieron que encontrarse y luchar allí sin ningún motivo? Estaría preocupado por mi protagonista si no pensara en la ayuda que le proporcionará el poder del Grial. También lo protegerá el amor. Servía al Grial y al amor infatigablemente y sin vacilaciones.

Mi arte no me alcanza para contar debidamente cómo se desarrolló este duelo. Cuando se vieron, sus ojos brillaron. Sus corazones estaban alegres, pero se acercaba la tristeza. Cada uno de los intachables caballeros llevaba en su pecho el corazón del otro: eran extraños y, sin embargo, estaban muy próximos. Nada me

permite distinguir a este pagano del caballero cristiano. Están totalmente decididos a luchar, y esto apesadumbrará a todas las mujeres nobles de corazón, pues los dos ponen en peligro sus vidas por sus amadas. ¡Que la suerte decida, pero sin llegar a la muerte!

El cachorro de león nace muerto, pero su padre le ruge y entonces vive[215]. Esos dos caballeros habían nacido de la estirpe del ruido de las armas y de la gloria de numerosos combates. Ambos sabían también justar y no ahorraban precisamente lanzas. Cabalgaron a rienda suelta y la cogieron más corta, procurando atacar bien y no fallar. No olvidaron sentarse bien en la silla y picar fuerte espuelas a los caballos. Así se disputó el duelo. Con las dos poderosas lanzas, que no se rompieron, se hicieron trizas las golas y los trozos saltaron por el aire. El pagano se puso muy furioso porque su adversario había quedado sobre la silla. Ninguno de los que se habían enfrentado con él lo había conseguido nunca. ¿Si llevaban las espadas cuando se enfrentaron? Por supuesto: estaban bien afiladas y dispuestas para el combate. Pronto mostraron allí su destreza y su valentía. El armiño, aquel animal, recibió muchas heridas, y el yelmo tuvo que lamentarlo. Los caballos se fatigaron y se cubrieron de sudor, pero los jinetes les hacían dar más y más giros. Por fin, los dos saltaron de sus monturas. ¡Ahora sí que sonaban las espadas!

El pagano acosó al cristiano. Su grito de guerra era «¡Thasme!»[216], y cuando gritaba «¡Tabronit!»[217], daba un paso adelante. Pero el cristiano se mostraba también muy valiente en los numerosos ataques de uno y otro. El combate llegó a un punto en el que no me puedo callar. Tengo que lamentar su duelo de todo corazón, pues eran dos hombres de la misma carne y de la misma sangre los que se atacaban tan despiadadamente. Los dos eran hijos del mismo hombre, que era una roca de la más pura fidelidad. El pagano tenía el amor en muy alta estima, y ello fortalecía su corazón en la lucha. Deseaba la gloria, en nombre de la reina Secundila, que le había entregado el reino de Tribalibot. Ella era su escudo en los peligros. El pagano había conseguido ser superior. ¿Qué puedo hacer ahora con el cristiano? Si no piensa en el amor, no podrá evitar morir a manos del pagano en este combate. ¡Impídelo tú, poderoso Grial, y tú, hermosa Condwiramurs! Aquí está vuestro servidor en el peligro mayor que nunca ha sufrido. El

pagano levantó la espada y dio tantos golpes y con tal saña que Parzival cayó de rodillas. Se podría decir «así luchaban», si quisiéramos decir que eran dos, aunque ambos no eran nada más que uno. Mi hermano y yo somos uno, como el marido y la mujer.

El pagano puso al cristiano en graves apuros. Su escudo era de una madera llamada *asbesto*, que no se pudre ni arde[218]. Estad seguros de que la que se lo regaló lo amaba profundamente. Muchas piedras preciosas con sus distintos colores —turquesas, crisoprasas, esmeraldas y rubíes— estaban engastadas en oro en las arandelas alrededor de la bloca para proporcionarle aún mayor magnificencia. Sobre la propia bloca destacaba una piedra preciosa. Os diré su nombre. Los paganos la llaman ántrax[219], y aquí se llama carbúnculo. La reina Secundila, cuyo favor buscaba apasionadamente para toda la vida, le había otorgado como blasón y como símbolo del amor el armiño, un animal muy puro. Deseaba que llevara siempre este emblema.

Allí luchaba la pura lealtad: el amor leal contra el amor leal. Por amor habían sometido ambos sus vidas al juicio del combate. Sus manos actuaban como *fianza*. El cristiano tenía fe en Dios desde que se había separado de Trevrizent, quien tan sentidamente le había aconsejado que pidiera ayuda a Aquel que podía concederla en las necesidades.

El pagano tenía una fuerza descomunal. Cada vez que gritaba «¡Tabronit!» (así se llamaba el país, delante de las montañas del Cáucaso, en el que vivía Secundila), cobraba nuevos bríos y se lanzaba contra su adversario, que nunca había participado en un combate tan extraordinariamente difícil y que nunca había sufrido ninguna derrota, sino que se las había infligido a los demás. Movían los brazos según todas las reglas de este arte. Las espadas cortaban el aire y sacaban chispas de los yelmos. ¡Dios ayude al hijo de Gahmuret! Este deseo sirve para los dos, para el bautizado y para el pagano. Ya he dicho antes que formaban una unidad indisoluble. Así pensarían ellos si se conocieran mejor. Entonces no apostarían tanto, pues luchan nada menos que por la felicidad, la suerte y la honra. Quien consiga aquí la victoria habrá perdido, si ama fielmente, la dicha del mundo y habrá elegido para siempre la tristeza de su corazón.

¿Por qué dudas, Parzival, y no piensas en la pura y hermosa

mujer (me refiero a tu esposa)? ¿Quieres seguir vivo? El pagano tenía dos acompañantes, que le proporcionaban la mayor fuerza: por un lado, amaba de corazón y con fidelidad; por otro lado, tenía las piedras preciosas, que con sus eficaces propiedades le despertaban su valor y le multiplicaban sus fuerzas. Me llena de preocupación que el cristiano esté tan cansado de combatir, de los ataques y de los vigorosos golpes. Si ya no te sirven de ayuda ni Condwiramurs ni el Grial, valiente Parzival, debería espolearte la idea de que los hermosos y encantadores muchachos Kardeiz y Lohengrin, que ya vivían en el vientre de tu esposa cuando la abrazaste por última vez, no queden huérfanos tan temprano. Creo que los niños habidos de un amor puro son la mayor fortuna del hombre.

Las fuerzas del cristiano aumentaron. Pensó —y no demasiado pronto— en su esposa, la reina, en su noble amor, que había conseguido luchando con la espada contra Clámide ante Pelrapeire, donde saltaban chispas de los yelmos. «¡Tabronit!» y «¡Thasme!» fueron contrarrestados por los gritos de su adversario, pues Parzival empezó a gritar «¡Pelrapeire!». En el momento oportuno Condwiramurs lo tomó bajo su protección con la fuerza del amor, aunque estaba a cuatro reinos de distancia. Por lo que sé, saltaron entonces astillas del escudo del pagano, que valían varios cientos de marcos. Al golpear el yelmo del pagano, se rompió la dura espada de Gaheviez, y el valiente y poderoso forastero se tambaleó y cayó de rodillas. Dios no permitió que fuera útil en sus manos el robo que había cometido con un cadáver, la espada que había arrebatado a Ither cuando Parzival se comportaba como un necio. El pagano, que nunca había caído por el golpe de una espada, se puso en pie de un salto. El combate todavía no se había decidido. ¡Que Dios proclame la sentencia y los libre de la muerte!

El pagano, que era magnánimo, dijo cortésmente en francés, que dominaba, aunque con acento árabe: «Veo con claridad, valiente caballero, que tendrías que seguir luchando sin espada. Pero ¿qué gloria conseguiría yo entonces? Deja de combatir y dime, valiente héroe, quién eres. Ciertamente habrías conseguido mi gloria, que tengo desde hace tiempo, si no se hubiera roto tu espada. Suspenderemos el combate hasta que nos hayamos repuesto».

Entonces se sentaron en la hierba. Los dos tenían valor y noble

educación. Además tenían la misma edad: no eran demasiado viejos ni demasiado jóvenes para luchar. El pagano dijo al cristiano: «Créeme, héroe, que no he visto nunca en mi vida a un hombre que haya merecido más la gloria que se puede lograr en un combate. Por favor, héroe, dime tu nombre y tu linaje. Entonces habrá merecido la pena mi andadura».

El hijo de Herzeloyde replicó: «Si debo hacerlo por miedo y bajo presión, nadie puede esperarlo de mí».

El pagano de Thasme contestó: «Me presentaré yo primero, asumiendo el riesgo del reproche. Soy Feirefiz de Anjou, tan poderoso que muchos países me pagan tributos».

Al oír eso, Parzival preguntó al pagano: «¿Cómo es que sois un Anjou? Yo he heredado Anjou, con sus castillos, tierras y ciudades. Señor, os ruego que elijáis otro nombre. Si tuviera que perder mi país y Bealzenan, la noble capital, cometeríais conmigo una injusticia. Si uno de los dos es un Anjou, ése soy yo, por mi linaje. Sin embargo, me han dicho, ciertamente, que en tierras paganas vive un valiente héroe, que con sus hazañas caballerescas ha conseguido amor y gloria y los mantiene, y que llaman mi hermano. Es muy famoso en aquellas tierras». Y Parzival continuó: «Señor, si pudiera ver los rasgos de vuestro rostro, os diría enseguida si se corresponden con lo que me han contado. Confiad en mí y descubrid vuestra cabeza. No volveré a emprender el combate hasta que os hayáis puesto el yelmo otra vez».

El caballero pagano contestó: «No temo en absoluto tu ataque. Aunque no llevara la armadura, te vencería con mi espada, ya que la tuya se ha partido. Por diestro que seas en el arte de la espada, no podrá protegerte de la muerte, a no ser que yo te la perdone. Antes de que empezaras a luchar, haría silbar mi espada y te la clavaría por la armadura y por la piel». Entonces el fuerte y valiente pagano se mostró como un hombre valeroso. El valiente y esforzado héroe exclamó: «Esta espada no será de ninguno de los dos», y la lanzó lejos de sí, al bosque. Después añadió: «Si hemos de seguir luchando, ninguno debe tener ventajas». El poderoso Feirefiz continuó: «Héroe, por tu noble educación, dime: ya que tienes un hermano, ¿cómo es? Dime cómo es su rostro, según te lo describieron».

El hijo de Herzeloyde contestó: «Como un pergamino escrito,

con manchas negras y blancas. Así me lo describió Ekuba».

El pagano exclamó: «¡Soy yo!». Los dos no esperaron más. Rápidamente se quitaron a la vez el yelmo y el capuchón de mallas. Parzival hizo entonces el más hermoso y más querido hallazgo que había hecho nunca. Reconoció enseguida al pagano, pues tenía manchas como una urraca. Feirefiz y Parzival terminaron sus hostilidades con un beso. La amistad era más propia de ambos que el odio de sus corazones. La fidelidad y el amor pusieron un final a su combate. El pagano dijo entonces lleno de felicidad: «¡Qué suerte tengo al ver al hijo del noble Gahmuret! Todos mis dioses se sienten muy honrados por ello. Mi diosa Juno puede sentirse muy dichosa por esta gloria. Júpiter, mi poderoso dios, me ha concedido esta felicidad. Dioses y diosas, siempre amaré vuestro poder. Bendito sea el fulgor del planeta bajo cuyo signo partí en busca de aventuras y que me llevó hacia ti, terrible y querido caballero, que casi me has hecho arrepentirme de mi viaje. Alabados sean el aire y el rocío que cayó hoy sobre mí. ¡Eres la noble llave del amor! ¡Cuán felices se sienten las mujeres que pueden verte!».

«Habláis magníficamente. Si pudiera, hablaría mejor y con la más ferviente amistad. Pero, por desgracia, no soy tan diestro como para aumentar vuestra noble gloria con mis palabras. Dios conoce mi buena voluntad. Lo que el corazón y los ojos pueden hacer en mi caso, lo hacen. Vuestra gloria habla primero, y ellos la siguen como un eco. Ningún caballero me ha puesto nunca en tan grandes apuros como vos. De ello estoy completamente seguro», dijo el de Kanvoleis.

Entonces contestó el poderoso Feirefiz: «En ti ha realizado Júpiter, noble héroe, una obra maestra. Pero no me tratéis más de vos, pues los dos tuvimos el mismo padre». Con amor de hermano le pidió que dejara el vos y que lo tuteara. A Parzival no le gustó oír esto. Dijo: «Hermano, vuestro poder es tan grande como el del califa. Además sois mayor que yo. Mi juventud y mi pobreza me impiden la libertad de tutearos, si quiero respetar las normas de buena educación».

El caballero de Tribalibot honró a su dios Júpiter con las más encendidas palabras. También alabó sobremanera a su diosa Juno por haber dispuesto el tiempo de tal manera que él y todo su ejército hubieran tenido que desembarcar del mar a tierra firme en

el lugar en que ambos se encontraron. Los dos volvieron a sentarse y no dejaron de rendirse honores. El pagano siguió diciendo: «Te cederé dos ricos reinos (y en lo sucesivo te pagarán tributos), que recibió mi padre, que es también el tuyo, cuando murió el rey Isenhart: Zazamanc y Azagouc. Su valentía era sin igual, aunque me abandonó y me dejó huérfano. En esto todavía no he perdonado a mi padre. Su esposa, que me dio a luz, murió de amor por él cuando la abandonó. Sin embargo, me gustaría verlo. Me han contado que nunca ha habido mejor caballero. He emprendido este costoso viaje sólo por seguir sus pasos».

Parzival le dijo: «Yo tampoco lo he visto nunca. Se cuentan de él grandes hazañas. En muchos lugares he oído que sabía luchar magníficamente y que extendió su fama y aumentó su prestigio. Era un hombre sin tacha. Estaba siempre al servicio de las damas. Cuando conocían el fiel amor, se lo recompensaban sin malas artes. Cumplía lo que aún hoy honra a la cristiandad: la inquebrantable fidelidad. Rechazó toda mala acción, para lo que le ayudó la constancia de su corazón. Se dignaron decirme esto los que conocían al hombre que tanto os gustaría ver. Creo que le honraríais si aún viviera, pues buscaba afanosamente la gloria. Pero cuando este ideal de todas las mujeres cumplía su servicio, el rey Ipomidón luchó contra él. El combate tuvo lugar delante de Bagdad. Por amar, la muerte puso su noble vida en las andas de los difuntos. Perdimos en buena lid al que nos engendró a los dos».

«¡Qué irremediable pérdida!», exclamó el pagano. «¿Ha muerto mi padre? Entonces tengo que hablar de pérdida de la felicidad después de haberla encontrado. En este momento he perdido la felicidad y la he encontrado. No se puede dudar que mi padre, tú y yo formábamos una unidad, aunque apareciera dividida en tres. Todo hombre juicioso y que quiera encontrar la verdad reconocerá que los lazos de sangre entre el padre y los hijos son más estrechos que los de cualquier otro parentesco. Has luchado aquí contra ti mismo. Yo cabalgué para combatir contra mí mismo, y me habría matado de buen grado, pero tú no perdiste el valor y me defendiste de mí mismo. Júpiter, advierte este portento: tu poder nos ayudó, librándonos de la muerte».

Apartándose de Parzival, rió y lloró en secreto. Los ojos del pagano empezaron a manar agua como en honor del bautismo. El

bautismo nos enseña el amor fiel. Y así la nueva alianza lleva el nombre de Cristo, pues en Cristo se reveló el amor. El pagano habló. Os diré lo que dijo: «No deberíamos seguir sentados aquí más tiempo. Cabalga conmigo. No es lejos. Desembarcaré de las naves y haré acampar en tierra, para que lo veas, al ejército más poderoso al que nunca Juno hinchó las velas. Te digo la verdad, no exagero: te presentaré a muchos nobles caballeros que están a mi servicio. Cabalga conmigo hasta allí».

Parzival le contestó: «¿Tenéis tanto poder sobre vuestras gentes que os esperan hoy y mientras faltéis?».

«Por supuesto», dijo el pagano. «Aunque estuviera lejos de ellos medio año, me esperarían todos. Nunca han osado alejarse de allí. Los barcos están magníficamente provistos de víveres en el puerto. Los caballos y los hombres no necesitan bajar a tierra, salvo a la fuente y a la pradera, para tomar el aire».

Parzival dijo a su hermano: «Mejor sería que vierais a mujeres maravillosas y a muchos corteses caballeros de vuestra noble estirpe. El rey Arturo, el britano, está acampado aquí cerca con sus nobles caballeros y un gran séquito, que dejé hoy mismo. Veremos allí mujeres muy hermosas».

Cuando el pagano oyó hablar de mujeres, que eran para él como su propia vida, exclamó: «¡Llévame allí contigo! Además debes contestarme a una pregunta. ¿Veremos parientes si vamos al campamento del rey Arturo? He oído decir de él que posee gran prestigio y que lleva una vida muy digna».

Parzival insistió: «Veremos allí a las damas más hermosas. No perderemos el tiempo yendo. Encontraremos a gente de nuestro linaje, con los que compartimos nuestro origen. Entre ellos hay varios que ciñen corona».

Los dos se levantaron. Parzival cogió la espada de su hermano y se la volvió a meter al valiente héroe en la vaina. Con ello terminaron su feroz hostilidad y partieron de allí a caballo como dos amigos.

Antes de llegar al campamento del rey Arturo, se hablaba ya de ellos. Aquel día se había lamentado en todo el ejército que Parzival, el noble caballero, se hubiera marchado tan sigilosamente de allí. Después de deliberar, el rey Arturo decidió que esperaría a Parzival una semana, sin moverse del sitio. El ejército de Gramoflanz había

llegado también y se le habían dispuesto amplios círculos de hermosas tiendas. Así se estableció el campamento para los orgullosos y nobles caballeros. A las cuatro esposas no se les podía ofrecer nada más hermoso y placentero. En aquel momento llegó cabalgando un mensajero de Schastel Marveile, quien comunicó que en la columna mágica que había en la atalaya se había visto un duelo, y que todos los combates que se han realizado con espadas «no son nada comparados con este duelo». Informó de este hecho ante Gawan, que estaba sentado junto al rey Arturo. Muchos caballeros discutían quién podía haber celebrado este combate. El rey Arturo dijo enseguida: «Conozco a uno de los combatientes: es mi sobrino de Kanvoleis, que nos dejó esta mañana temprano». En ese momento se acercaron los dos a caballo.

Como homenaje a la lucha, los yelmos y los escudos habían sido atacados violentamente con las espadas y llevaban sus marcas. Ambos eran muy diestros en el arte de la espada, un arte que se necesita para luchar. Cabalgaron a lo largo de las tiendas del rey Arturo. Al cabalgar, el pagano levantaba gran expectación por la esplendorosa riqueza de su atuendo guerrero. La pradera estaba llena de tiendas. Se dirigieron entonces hacia la tienda más alta en el campamento de Gawan. ¿Si se les condujo adentro y fueron bien recibidos? Creo que así sucedió. Gawan llegó rápidamente detrás de ellos, pues había visto cuando estaba con el rey Arturo que cabalgaban hacia su tienda. Los recibió allí muy amistosamente.

Como los dos llevaban puestas aún sus armaduras, Gawan, siempre muy cortés, hizo que se las quitaran enseguida. El armiño había quedado deteriorado por el combate. También la capa que llevaba el pagano había sufrido daños por los tajos. Era de seda de Saranthasme y estaba adornada con muchas piedras preciosas de gran valor. Debajo apareció una guerrera blanca como la nieve, con bordados de colores, adornada por todas partes con magníficas piedras preciosas, dispuestas a pares. La habían tejido salamandras en el fuego. La reina Secundila le había regalado estos adornos, le había entregado ciegamente su amor, su país y todo su ser, y él cumplía de buen grado, en las alegrías y en las penas, lo que ella le pedía. Como su gloria había conquistado su amor, deseaba en su corazón que poseyera todas sus riquezas. Gawan pidió que tuvieran cuidado de que quedaran a su lado, sin que se los llevaran, los

adornos de su atuendo guerrero (la capa, el yelmo y el escudo). Sólo la guerrera ya sería demasiado cara para una mujer de un estamento bajo, tan magníficas eran las piedras preciosas que la adornaban por todas partes. El alto amor sabe adornar bien cuando la riqueza se une a la buena voluntad y al buen gusto. El orgulloso y rico Feirefiz había servido con gran empeño por el favor de las mujeres, y una no dejó de recompensárselo.

Al quitarle la armadura, vieron al hombre a manchas blancas y negras. Quienes gustan hablar de portentos pudieron ver allí realmente uno: Feirefiz tenía unas curiosas manchas. Gawan pidió a Parzival: «Primo, preséntame a tu acompañante. No he visto nunca a nadie con un aspecto semejante».

Parzival contestó a su anfitrión: «Si yo soy tu pariente, también lo es él. Gahmuret lo garantiza. Es el rey de Zazamanc. Mi padre consiguió allí luchando a Belakane, quien llevó en su seno a este caballero».

Gawan besó una y otra vez al pagano. El poderoso Feirefiz era en toda su piel blanco y negro, excepto en sus labios, que eran medio rojos. Del almacén de Gawan trajeron vestidos de terciopelo, que evidentemente eran muy caros. Entonces llegaron unas mujeres maravillosas. La duquesa dejó a Cundrie y a Sangive que dieran primero el beso de bienvenida. Feirefiz se puso muy contento al ver a unas damas tan hermosas. Creo que le agradaba mucho su presencia.

Gawan dijo a Parzival: «Primo, tu yelmo y tu escudo me indican que te han vuelto a causar molestias. Tú y tu hermano lo habéis pasado mal luchando. ¿Quién os ha producido esos daños?».

«Nunca ha habido un combate tan duro», dijo Parzival. «Mi hermano me obligó a defenderme y pasé graves apuros. Defenderse es el mejor remedio contra la muerte. Mi dura espada se rompió al golpear sobre este forastero, que me era tan allegado. Entonces no demostró ningún miedo, pues lanzó su espada lejos de él. Él pensaba que, de otro modo, obraría mal conmigo, hasta que aclaramos que éramos parientes. Ahora tengo su amistad, que le recompenso de buen grado con mis servicios».

Gawan dijo: «Me hablaron de un duelo encarnizado. En Schastel Marveile, en la columna de mi atalaya, se ve lo que sucede a seis millas a la redonda. Mi tío, el rey Arturo, creía que el que luchaba

allí en aquel momento eras tú, primo de Kingrivals. Ahora has traído la confirmación. Ya antes se te vio luchar. Créeme lo que te digo: hubiéramos esperado por ti aquí ocho días, y con grandes fiestas. Siento que hayáis luchado los dos. Reponeos del combate en mi campamento. Después de haber luchado entre vos, os conocéis tanto mejor. ¡Que del odio nazca la amistad!».

Como su pariente de Thasme, Feirefiz de Anjou, y su hermano no habían almorzado, Gawan dispuso la cena por la tarde. Se pusieron grandes y gruesos colchones formando un cuadrado. Encima se extendieron gruesos edredones de pesada seda. Todo se cubrió con colchas de seda de elevado precio. También se expuso allí el tesoro de Clinschor. Según oí decir, se instalaron entonces por los cuatro lados, a modo de respaldos, cuatro amplias y suntuosas telas de seda[220]. Debajo pusieron para las espaldas mullidos almohadones de plumas, cubiertos de edredones, que estaban unidos a las telas de seda. El cuadrado era tan grande que habrían cabido en él seis tiendas, sin que se hubieran confundido las cuerdas. Pero daría pruebas de poca inteligencia si continuara con esta descripción.

Entonces Gawan, mi señor, envió un mensaje a donde el rey Arturo tenía su corte, comunicándole quién había llegado: el poderoso pagano a quien había alabado junto al Plimizöl la también pagana Ekuba. Jofreit, hijo de Ido, llevó al rey Arturo la embajada, que le produjo gran alegría. Jofreit le pidió que cenara temprano y que se dirigiera con su espléndido cortejo de caballeros y de damas al campamento de Gawan, para recibir con la cortesía y los honores debidos al hijo del orgulloso Gahmuret.

«Llevaré conmigo a todos los nobles que están aquí», aseguró el britano.

Jofreit dijo: «¡Es tan cortés! A todos os gustará conocerlo. Su aspecto es ciertamente singular. Evidencia una gran riqueza. No se puede pagar con dinero su atuendo guerrero. Nadie podría hacerlo. Si alguien ofreciera a cambio Löver, Britania, Inglaterra y todas las tierras entre París y Wissant[221], sería demasiado poco».

Después de indicar al rey Arturo cómo debía comportarse al saludar a su pariente pagano, Jofreit regresó a su campamento. En el anillo de tiendas de Gawan se determinó según el protocolo de la corte cómo se debía sentar cada uno. El séquito de la duquesa y los

compañeros de ella se sentaron a la derecha de Gawan. Al otro lado cenaron con buen apetito los caballeros de Clinschor. Enfrente de Gawan se asignaron a las damas sus lugares. Las del castillo de Clinschor eran de extraordinaria belleza. Feirefiz y Parzival se sentaron entre dos damas. ¡Se podían ver allí mujeres maravillosas! El guardia de corps Florand y la noble y famosa Sangive, y el duque de Gowerzin y su mujer Cundrie se sentaron unos frente a otros. Creo que Gawan y Jofreit no olvidaron su antigua amistad y cenaron juntos. La duquesa, con ojos resplandecientes, cenó con la reina Arnive. Las dos se habían hecho muy amigas y se servían en la mesa. Junto a Gawan se sentó su abuela; Orgeluse, un poco más allá.

Nadie se comportó en este círculo de un modo que deshonrara la corte. Con nobles modales se trajo la cena a los caballeros y a las damas. El poderoso Feirefiz dijo a Parzival, su hermano: «Júpiter ha pensado este viaje para mi felicidad, pues su ayuda me ha traído aquí, donde puedo ver a mis nobles parientes. Con pleno derecho puedo alabar a mi padre, que he perdido. ¡Nació realmente de un linaje lleno de gloria!».

El galés dijo: «Veréis también junto al rey Arturo, el adalid, a muchos valientes caballeros, que también tendréis que alabar. Tan pronto como termine la cena, no *tardarán en venir* los nobles caballeros, que se distinguen por su fama. Sólo tres caballeros de la Tabla Redonda estamos sentados aquí: el anfitrión, Jofreit y yo, que también conquisté la gloria y accedí a los deseos de pertenecer a ella».

Quitaron los manteles de delante de las damas y de los caballeros. Con ello se terminó la cena. Gawan, el anfitrión, se levantó. Pidió insistentemente a su abuela y a la duquesa que, junto a Sangive y a la bella Cundrie, fueran a donde estaba sentado el pagano de manchas blancas y negras y le hicieran compañía. Feirefiz de Anjou, al ver venir a las damas hacia él, se levantó. Lo mismo hizo su hermano Parzival. La maravillosa duquesa cogió de la mano a Feirefiz y pidió a las damas y a los caballeros que volvieran a tomar asiento. Entonces cabalgaron hacia allí el rey Arturo y los suyos con buen acompañamiento de música. Se oían trompetas, tambores, flautas y gaitas. El hijo de Arnive se dirigió hacia allí con gran estrépito. El alegre cortejo le pareció al pagano

muy distinguido. El rey Arturo se acercó con su esposa y con muchos hermosos caballeros y damas al anillo de tiendas de Gawan. El pagano pudo ver que había muchos jóvenes, en la flor de la edad, de extraordinaria belleza. Estaba allí el rey Gramoflanz, que seguía siendo huésped de Arturo. A su lado cabalgaba Itonje, su amiga, que era hermosa y carecía de maldad.

Los caballeros de la Tabla Redonda y las hermosas damas que los acompañaban desmontaron. Genoveva hizo que Itonje besara primero al pagano, su sobrino, y después se acercó ella misma a Feirefiz y le dio la bienvenida con un beso. Arturo y Gramoflanz saludaron al pagano con leal amistad. Los dos le honraron ofreciéndole sus servicios, y también otros parientes le manifestaron su amistad. Feirefiz de Anjou, como comprendió enseguida, estaba con buenos amigos. Las mujeres, los hombres y muchas hermosas doncellas tomaron asiento. Más de un caballero, por poco que se lo propusiera y supiera solicitar el amor, podía oír dulces palabras pronunciadas por dulces labios. Muchas bellas damas que estaban allí sentadas permitían complacidas estos requerimientos. Nunca se ha visto que una buena mujer se enfurezca porque un hombre noble le pida ayuda, pues puede consentir o rehusar. Si se admite que la felicidad merece réditos, el verdadero amor debe pagar estos intereses. Siempre he visto a los nobles de corazón vivir así. Aquí el servicio y allí la recompensa. Es una canción muy consoladora cuando se oye hablar a la amiga y ésta deja abierta al amigo la puerta de la esperanza.

El rey Arturo se sentó con Feirefiz. Ninguno dejó pregunta alguna sin contestar, sino que las respondieron todas amablemente y con claridad. Arturo dijo: «Doy gracias a Dios porque nos ha honrado permitiéndonos verte aquí. Nunca ha venido nadie de tierras paganas a estos países cristianos a quien le preste más gustoso mis servicios, desees de mí lo que desees».

Feirefiz contestó al rey Arturo: «Toda mi desdicha desapareció cuando la diosa Juno orientó el viento de mis velas en dirección a este país de Occidente. Te comportas igual que un hombre cuya noble fama se ha extendido por doquier. Si te llamas Arturo, tu nombre es conocido en tierras lejanas».

El rey Arturo dijo: «El que me ha alabado ante ti y ante otros se ha honrado a sí mismo. Su noble educación le llevó a alabarme más

de lo que merezco. Lo hizo por cortesía. Me llamo Arturo y me gustaría saber cómo has llegado a este país. Si te ha invitado tu amiga, debe de ser muy hermosa para que hayas hecho tan gran viaje en busca de aventuras. Si ella no te ha negado la recompensa, el servicio a las damas quedará ensalzado. Pero si quedaste sin recompensa, todos los que ofrecen a las damas sus servicios les mostrarán su hostilidad».

«Las cosas han sucedido de modo muy distinto», dijo el pagano. «Oíd ahora cómo he llegado hasta aquí. Mando un ejército tan poderoso que los defensores de Troya y los que la asedian tuvieron que dejar libres los caminos. Si vivieran aún los de los dos bandos y quisieran luchar contra mí, no podrían conseguir la victoria. Serían derrotados por mí y por los míos. En muchas difíciles pruebas he conseguido con mis hazañas caballerescas que la reina Secundila me conceda su favor. Sus deseos son para mí órdenes. Es la buena estrella de mi vida. Ella me enseñó a ser generoso y a reunir a mi alrededor a magníficos caballeros, con lo cual la honraría. Y así sucedió: muchos famosos caballeros, armados con sus escudos, pertenecen a mi séquito, y ella me recompensó con su amor. Llevo en el escudo, por orden suya, un armiño. Cuando después he estado en apuros, he pensado enseguida en ella y su amor ha venido en mi ayuda. Me ha ayudado más que mi dios Júpiter».

El rey Arturo dijo: «El viajar tan lejos por el mundo al servicio de una dama es herencia de tu padre, Gahmuret, mi primo. Te contaré un servicio caballeresco como nunca se ha prestado otro igual en la tierra a ninguna mujer, a ninguna encantadora belleza. Me refiero a la duquesa, que está sentada aquí. Por su amor se ha gastado mucha madera del bosque. Su amor ha dejado sin alegría a muchos magníficos caballeros y ha doblegado su orgullo». Y contó también varias cosas de su guerra con Orgeluse, de las huestes de Clinschor, que estaban sentadas por todas partes, y de los dos duelos que su hermano Parzival había celebrado en la ancha pradera del Plimizöl. «Todo lo que le ha ocurrido después, pues no ha dejado de arrostrar peligros, te lo puede contar él mismo. Se propone alcanzar una alta meta: se esfuerza por conseguir el Grial. Me gustaría que los dos me dijeseis los señores y los países que habéis conocido en vuestros combates».

El pagano contestó: «Citaré a los que capitanean a mis

caballeros[222]: el rey Papiris de Trogodjente, el conde Behantins de Kalomidente, el duque Farjelastis de África, el rey Liddamus de Agripa, el rey Tridanz de Tinodonte, el rey Amaspartins de Agremontin, el rey Milon de Nomadjentesin, el conde Gabarins de Assigarzionte, el rey Translapins de Rivigitas, el conde Filones de Hiberborticon, el rey Killikrates de Centriun, el conde Lysander de Ipopotiticon, el duque Tiride de Elixodion, el rey Thoaris de Oraste Gentesin, el duque Alamis de Satarchionte, el rey Amincas de Sotofeititon, el duque de Duscontemedon, el rey Zoroastro de Arabí, el conde Posidonio de Thiler, el duque Sennes de Narioclin, el conde Edison de Lanzesardin, el conde Fristines de Janfuse, el duque Meiones de Atrofagente, el duque Archeinor de Nouriente, el conde Astor de Panfatis, los reyes de Azagouc y de Zazamanc, el rey Jetakranc de Gampfassasche, el conde Jurans de Blemunzin y el duque Affinamus de Amantasin. Una cosa me avergonzó mucho: se contaba en mi país que no había mejor caballero que hubiera montado en un caballo que Gahmuret de Anjou. Era mi deseo, y propio de mi carácter, ir por el mundo hasta encontrarlo. Así aprendí a luchar. Partí de mis dos países y navegué por el mar con un gran ejército. Tenía deseos de realizar hazañas caballerescas. Sometí todos los poderosos y bien defendidos países a los que me dirigí, hasta las tierras más lejanas. Allí me concedieron su amor dos poderosas reinas: Olimpia y Claudita. Secundila es la tercera. He hecho mucho por las mujeres. Hoy he sabido que mi padre Gahmuret ha muerto. Ahora debe contar también mi hermano sus peligrosas luchas».

Entonces dijo el noble Parzival: «Desde que me alejé del Grial, he realizado muchas hazañas caballerescas, en espacios reducidos y a campo abierto, y he hecho inclinarse la gloria de muchos que antes no lo habían vivido nunca. Os citaré los siguientes[223]: el rey Schirniel de Lirivoyn y su hermano Mirabel de Avendroyn; el rey Serabil de Rozokarz, el rey Piblesun de Lorneparz, el rey Senilgorz de Sirnegunz, Strangedorf de Villegarunz, el conde Rogedal de Mirnetalle, Laudunal de Pleyedunze, el rey Onipriz de Itolac, el rey Zyrolan de Semblidac, el duque Jerneganz de Jeroplis, el conde Plineschanz de Zambron, el conde Longefiez de Tuteleunz, el duque Marangliez de Privegarz, el duque Strennolas de Pictacon, el conde Parfoyas de Lampregun, el rey Vergulacht de Ascalun, el conde

Bogudacht de Pranzile, Postefar de Laudundrechte, el duque Leidebron de Redunzechte, Colleval de Leterbe, el provenzal Jovedast de Arles y el conde Karfodyas de Tripparun. Esto sucedió en torneos, mientras cabalgaba en busca del Grial. Si tuviera que citaros todos mis combates, no terminaría nunca. Por fuerza los tengo que omitir. Creo que he citado a todos los que conozco».

El pagano estaba muy contento de que su hermano hubiera conseguido tanta gloria y tan distinguida fama. Le dio efusivamente las gracias, pues ello redundaba también en beneficio de su propia honra. Entretanto Gawan ordenó traer al círculo los adornos del atuendo guerrero del pagano, que todos consideraron magníficos. Los caballeros y las damas empezaron a contemplar la guerrera, el escudo y la capa. El yelmo no era ni demasiado estrecho ni demasiado amplio. Todos alabaron las caras piedras preciosas, que estaban engastadas en oro. Nadie debe preguntarme por las propiedades de las piedras livianas y de las pesadas. Os lo podría explicar mejor Hércules o Heracles, el griego Alejandro o el sabio Pitágoras, que era astrónomo y tan culto que desde los tiempos de Adán nadie se le pudo igualar (sabía decir muchas cosas de piedras preciosas)[224].

Las damas se susurraban que perdería su gloria si fuera infiel a la mujer que le había regalado semejantes adornos. Sin embargo, muchas sentían inclinación por él y habrían aceptado de buen grado sus servicios. Creo que se debía a su singular aspecto. Gramoflanz, Arturo, Parzival y el anfitrión Gawan se retiraron y encomendaron al poderoso pagano el cuidado de las damas. El rey Arturo hizo preparar una gran fiesta, que debía empezar a la mañana siguiente en la pradera, para celebrar la llegada de su pariente Feirefiz. «Poned todo vuestro cuidado y toda vuestra inteligencia para que reciba su puesto en nuestra Tabla Redonda». Prometieron hacerlo, si él no tenía nada en contra. Entonces el poderoso Feirefiz juró entrar en su sociedad. Cuando se sirvió la última bebida, todos se fueron a sus tiendas.

A la mañana siguiente se celebró la fiesta, para contento de todos. Si puedo decirlo así, resplandeció un día que irradiaba amor y hermosura. El rey Arturo, hijo de Utepandragun, mandó tallar un tablero para una mesa redonda de drianthasmé[225] extraordinariamente costosa. Habéis oído antes cómo habían hecho

una mesa redonda en la pradera del Plimizöl. Exactamente igual que ésta cortaron el mantel, redondo y magnífico. Sobre la verde hierba cubierta de rocío se dispuso en torno a la mesa un círculo de asientos, a una distancia de una carrera de ella. La mesa estaba situada en el centro, sin ser utilizada, sólo como símbolo. Un hombre indigno tendría que avergonzarse de sentarse allí con los nobles: sería culpable si comiera allí. Ya en la hermosa noche de luna se había dispuesto el círculo en torno a la mesa con gran suntuosidad. A un rey pobre le habrían dolido los espléndidos adornos que mostraba el círculo a media mañana. Gramoflanz y Gawan asumieron los costos, aunque el rey Arturo, que estaba en el país como huésped, no dejó de contribuir.

No ha habido nunca noche tras la cual el curso del sol no haya traído un nuevo día. Lo mismo sucedió entonces: el sol brilló dulce, claro y hermoso. Muchos caballeros peinaron su cabello y pusieron sobre sus cabezas coronas de flores. Si Kyot ha dicho la verdad, muchas mujeres que no solían maquillarse se pintaron de rojo los labios. Los caballeros y las damas llevaban trajes según la moda de muchos países. Los tocados de las mujeres eran altos o bajos según las costumbres de sus países. Se habían reunido gentes de todas partes, por lo que los usos eran muy distintos. Si una dama no tenía amigo, no podía sentarse en modo alguno en la Tabla Redonda. Pero si había aceptado los servicios de un caballero y había prometido su recompensa amorosa, cabalgaba ahora al círculo de la Tabla Redonda. Las otras tenían que renunciar a ello y quedarse en sus tiendas.

Cuando el rey Arturo oyó misa, se vio acercarse a Gramoflanz, al duque de Gowerzin y a su amigo Florand. Los tres querían ingresar en la Tabla Redonda, lo que Arturo les concedió enseguida. Si alguien pregunta quién era el más rico de todos los que habían venido del extranjero y se sentaban en la Tabla Redonda, la única respuesta correcta es Feirefiz de Anjou. ¡Pero dejemos este asunto!

Con gran pompa se dirigieron al círculo en torno a la mesa. Muchas damas fueron empujadas, y habrían caído de sus caballos si las sillas no hubieran estado bien sujetas. Por todas partes se vieron venir hermosos estandartes. Fuera del círculo alrededor de la mesa redonda se había dispuesto un amplio espacio para los torneos. Por cortesía nadie podía entrar a caballo en el círculo. El campo era

suficientemente grande para que hicieran galopar a sus caballos, enfrentarse en pelotones y mostrar su destreza en el arte ecuestre. Las mujeres miraban complacidas.

Después los nobles caballeros se dirigieron a sus lugares para almorzar. Los chambelanes, senescales y escanciadores tenían que poner buen cuidado en que se sirviera según el ceremonial de la corte. Creo que todos comieron cumplidamente. Algunas damas muy famosas estaban sentadas con sus amigos. Muchas habían sido servidas con grandes hazañas, pues las ansias amorosas de los caballeros les habían llevado a ello. Feirefiz y Parzival miraron a las damas: realmente tenían donde elegir. En ningún campo ni en ningún prado se habían visto nunca una piel más blanca y unos labios más rojos que en aquel círculo. El pagano estaba feliz.

¡Bendito sea el día de su llegada! ¡Alabado sea el alegre mensaje que se oyó de su boca! Se acercaba una doncella con caros y bien cortados vestidos a la moda francesa. Su abrigo era de magnífico terciopelo y más negro que un caballo negro[226]. Oro árabe resplandecía sobre él, con muchas tórtolas bellamente bordadas, representando el blasón del Grial. Todos la miraron atentamente con mucha curiosidad. ¡Pero dejémosla acercarse! Llevaba un tocado alto y blanco, y su rostro estaba cubierto por tantos y tan espesos velos que no se podía ver.

Suavemente y andando al paso llegó cabalgando por la pradera. Los arreos, la silla y el caballo eran indudablemente magníficos. Le permitieron enseguida cabalgar dentro del círculo. La dama, que era inteligente y nada necia, cabalgó en torno al anillo. Le indicaron dónde estaba sentado el rey Arturo y lo saludó inmediatamente. Hablando en francés, pidió que se le perdonara una culpa y que se oyera su embajada. Suplicó al rey y a la reina su ayuda y apoyo. Después se volvió hacia Parzival, que estaba sentado junto a Arturo. Saltó entonces rápidamente del caballo a la hierba. Con la noble educación que le era propia, se arrodilló a los pies de Parzival. Entre sollozos le pidió que le mostrase su benevolencia, que olvidara su cólera contra ella y que la perdonara, aunque fuera sin darle un beso. Arturo y Feirefiz apoyaron fervientemente su solicitud. Aunque Parzival estaba muy enfadado con ella, atendió el ruego de sus amigos y la perdonó sinceramente y sin reservas. La noble —aunque no hermosa— dama se puso en pie de un salto, se

inclinó ante él y dio las gracias a todos por haberla ayudado a recobrar su favor a pesar de su gran falta. Con sus propias manos se quitó las cintas de la cabeza, la cofia y el velo, y lo arrojó todo al círculo. Enseguida reconocieron entonces a la hechicera Cundry, también por el blasón del Grial que llevaba y que todos miraban con atención. Tenía el mismo aspecto que habían visto muchos hombres y mujeres junto al Plimizöl. Ya habéis oído cómo era su rostro. Sus ojos seguían siendo amarillos como el topacio. Sus dientes eran largos. Sus labios parecían una violeta azul. Le interesaba sólo su apariencia y por ello llevaba innecesariamente el caro sombrero en la pradera del Plimizöl: el sol no hubiera podido hacerle nada, pues no podía broncear con sus rayos su peluda piel. Con nobles modales estaba ahora en pie y transmitió una embajada que todos consideraron importante.

Empezó a hablar así: «¡Viva el hijo de Gahmuret! Me refiero al hijo de Herzeloyde. Tengo que dar la bienvenida también a Feirefiz, el de las manchas blancas y negras, en nombre de Secundila, mi señora, y también por el gran prestigio que ha conseguido luchando gloriosamente desde su juventud». Y siguió diciendo a Parzival: «¡Alégrate y sé razonable! ¡Bendita sea tu buena estrella, dechado de la felicidad humana! En la inscripción que apareció sobre la piedra se leyó que tú debes ser el rey del Grial. Tu esposa Condwiramurs y tu hijo Lohengrin han sido designados también contigo. Cuando abandonaste el reino de Brobarz, estaba encinta, con dos hijos. Kardeiz tiene allí muchas posesiones. Aunque tu dicha fuera sólo que tú, que siempre dices la verdad, hablaras amablemente con el noble y bello Anfortas, ¿quién conseguiría semejante felicidad? Tu pregunta curará al rey Anfortas, lo liberará de sus terribles penalidades».

Entonces citó los siete planetas en árabe. El poderoso y noble Feirefiz, que estaba sentado con su color blanco y negro delante de ella, los conocía muy bien. Cundry dijo: «¡Presta atención, Parzival! Zuhal, el más alto de los planetas, y el rápido Al muschtari, Al mirrih y el luminoso Schams te muestran la felicidad. El quinto se llama Al zuhari y el sexto Al katib. El más próximo a nosotros es Al qamar[227]. Lo que digo no es un sueño. Son las riendas del firmamento y refrenan su velocidad caminando en sus órbitas en sentido contrario. Tu desdicha ha desaparecido. Todo lo que

abarcan esas órbitas y lo que ilumina su resplandor ha sido acotado para ti. Puedes conseguirlo y mantenerlo todo. Tu tristeza desaparecerá. Sólo la desmesura podría privarte de pertenecer a la sociedad del Grial, pues el Grial y su poder excluyen cualquier mal comportamiento en la comunidad. Hiciste crecer en ti las preocupaciones, pero ahora te llega la alegría y te librará de ellas. Has conquistado la paz de tu alma y has esperado la felicidad en la tribulación».

Parzival estaba feliz por su mensaje. Lágrimas de alegría fluyeron de sus ojos, desde la fuente de su corazón. Entonces dijo: «Señora, si Dios me concede todo lo que habéis dicho, y si además de mí, pobre pecador, han de participar mis hijos y mi esposa en mi felicidad, Dios se ha mostrado ciertamente generoso conmigo. Al resarcirme así de mis sufrimientos, mostráis vuestra lealtad conmigo. Sin embargo, si no hubiera obrado mal, no habríais tenido que enfadarme. Entonces mi salvación estaba aún lejos. Ahora me dais tanto de ella que mi sufrimiento ha terminado. Vuestro traje da testimonio de la verdad. Cuando estaba en Munsalwäsche con el doliente Anfortas, vi colgados muchos escudos con los emblemas de vuestro vestido. Lleváis en él muchas tórtolas. Señora, decid ahora cuándo y cómo partiré hacia mi felicidad. No me hagáis esperar demasiado tiempo».

Entonces respondió ella: «Mi querido señor, sólo un hombre debe acompañarte. Elígelo. Yo te guiaré. Date prisa, pues tienes que ayudar».

En el campamento se oía por todas partes: «La hechicera Cundry ha venido». También se oía lo que había dicho en su mensaje. Orgeluse lloraba de alegría porque la pregunta de Parzival había de poner fin a los tormentos de Anfortas. El rey Arturo, que ansiaba siempre la gloria, dijo con nobles modales a Cundry: «Señora, cabalgad a vuestra tienda y descansad. Decid vos misma lo que debemos hacer por vos».

Ella contestó: «¿Está Arnive aquí? Dondequiera que me albergue, allí pasaré el tiempo hasta que parta de aquí mi señor. Dado que ya no está prisionera, permitidme que la pueda ver, a ella y a las otras damas que Clinschor atormentó tantos años con la prisión».

Dos caballeros la subieron a su caballo y la noble doncella cabalgó hacia Arnive.

Entretanto se había hecho la hora de comer. Parzival se sentó con su hermano y le pidió que le acompañara. Feirefiz se decidió enseguida a cabalgar con él hacia Munsalwäsche. Cuando terminó la comida, todos se levantaron en el círculo. Feirefiz tenía grandes proyectos. Pidió al rey Gramoflanz que, si aún persistía el amor entre él y su prima, se lo demostrara haciéndole un favor: «Vos y mi pariente Gawan debéis ayudarme para que los reyes y los príncipes, los barones y los caballeros pobres no marchen de aquí hasta que vean mis tesoros. Si partiera yo sin hacer regalos, me llenaría de ignominia. También todos los juglares esperarán regalos. Arturo, te quiero rogar que procures que los más altos caballeros no los desprecien. Convéncelos de que no comprometen su honra, pues nunca han encontrado a nadie tan rico. Y proporcionadme mensajeros para que vayan a mis barcos en la bahía y traigan los presentes».

Entonces prometieron al pagano que no levantarían el campamento en cuatro días. Según oí decir, estaba feliz. El rey Arturo le proporcionó inteligentes mensajeros para que los enviara al puerto. Feirefiz, el hijo de Gahmuret, cogió tinta y pergamino.

Su mensaje llevaba el sello que lo identificaba. Creo que nunca una carta ha conseguido tanto.

Los mensajeros partieron rápidamente de allí. Parzival tomó la palabra y contó a todos en francés lo que le había dicho Trevrizent, que ya habéis oído antes: nadie puede conseguir nunca luchando el Grial; sólo quien es designado por Dios puede alcanzarlo. La noticia de que el Grial no se podía conseguir luchando se extendió por todos los países. Muchos dejaron de esforzarse por alcanzarlo, por lo que aún hoy permanece oculto.

Parzival y Feirefiz dejaron a las damas sumidas en la tristeza. No olvidaron cabalgar a los cuatro cuerpos del ejército para despedirse de todos. Los dos marcharon felices, magníficamente armados para la lucha. Al tercer día trajeron a Joflanze los regalos del ejército del pagano. Nadie se había imaginado nunca que fueran tan extraordinarios. Lo que recibieron los reyes sirvió de ayuda para siempre a sus reinos. Todos recibieron regalos según su rango, y las damas, ricos presentes de Triande y de Nouriente. No sé cómo partió el ejército. Cundry y los dos caballeros salieron a caballo de allí.

—*Lohengrin*—

Anfortas y los suyos seguían sufriendo grandes tormentos. El leal amor de la comunidad del Grial la obligaba a dejarle con sus penalidades. A menudo Anfortas pedía que lo dejaran morir, algo que habría sucedido si no le hubieran mostrado tantas veces el Grial y su poder. Dijo a sus caballeros: «Sé muy bien que, si fuerais leales, os apiadaríais de mi sufrimiento. ¿Cuánto tiempo tendré que soportarlo? Si queréis justicia para vosotros mismos, deberíais hacer penitencia ante Dios por lo que me hacéis. Desde que llevé mis primeras armas he estado gustoso a vuestro servicio. Aunque hubiera cometido algo ignominioso sin que lo vierais, ya lo he pagado con creces. Si sois leales conmigo, liberadme. Hacedlo por las leyes del casco y del escudo. Habéis visto muchas veces, si es que le concedéis alguna importancia, que he realizado valientemente con ellos muchas hazañas caballerescas. He ido por montes y valles y he disputado muchos combates. Era muy bueno con la espada y puse siempre en apuros a mis enemigos. ¡Qué poco me lo agradecisteis! Yo, desdichado de mí, os acusaré a todos vosotros el día del Juicio. Os acercáis al precipicio del infierno si no me dejáis morir. Mis tormentos deberían despertar vuestra compasión. Habéis visto y oído cómo me ha sobrevenido esta desgracia. ¿De qué os sirvo ahora como soberano? ¿Queréis realmente perder por mí vuestra alma? ¿Cómo queréis comportaros conmigo?».

Lo habrían liberado de su sufrimiento de no haber sido por la esperanza que, como oísteis, mencionó Trevrizent, cuando vio escrito el mensaje en el Grial. Esperaban de nuevo al hombre que había perdido toda su felicidad y confiaban en que los salvara

haciendo la pregunta. El rey mantenía a menudo cerrados los ojos, a veces hasta cuatro días, pero entonces lo llevaban, le gustara o no, ante el Grial, y la enfermedad le obligaba a abrir de nuevo los ojos. En contra de su voluntad tenía, por tanto, que vivir, en vez de morir. Así actuaron con él hasta el día en que Parzival y Feirefiz, el de las manchas blancas y negras, llegaron felices a Munsalwäsche. Había llegado el momento en que Marte y Júpiter habían alcanzado en sus órbitas, llenos de cólera, el mismo punto del que habían partido. Anfortas estaba sumido en la mayor desesperación. Su herida le dolía tan terriblemente y le atormentaba tanto que las doncellas y los caballeros oían con frecuencia sus gritos y veían en sus ojos sus miradas suplicantes. Su herida era *incurable*: nadie le podía ayudar. La desgracia se había apoderado de los suyos. Sin embargo, la historia nos cuenta que se acercaba la verdadera ayuda del rey.

Siempre que los espantosos dolores le hacían sufrir terriblemente, se aromatizaba el aire para eliminar el hedor de la herida. Delante de él, sobre la alfombra, había especias, trementina, almizcle y distintas substancias aromáticas. También había allí, para purificar el aire, teriaca y ámbar gris de elevado precio. El olor era agradable. Cuando se pisaba la alfombra, se trituraban bajo los pies cardamomos, clavo y nuez moscada para purificar el aire. Al pisar las especias, se iba el mal olor. El fuego se alimentaba, como ya os he dicho, con madera de áloe. Las patas de la cama estaban revestidas de piel de víbora. Para que pudiera descansar, se habían echado sobre el edredón especias de muy diverso tipo, en polvo, contra el veneno. El cojín en que se apoyaba estaba pespunteado, no cosido. Era de seda de Nouriente, y el colchón de palmacio. La cama estaba adornada sólo con piedras preciosas y se mantenía unida con cuerdas de salamandra, que servían también para transportarla[228]. Se sentía muy poco feliz, aunque su cama fuera fastuosa. Nadie puede decir que ha visto una mejor. Era muy cara y muy bella. A ello contribuían las propiedades de las piedras preciosas, que os citaré con exactitud[229]: carbúnculos, piedras de la luna, balas, gagatromeos, ónices, calcedonias, corales, asbestos, perlas, piedras de ojos, ceraunios, hefaistitas, jerarquitas, heliotropos, panteras, androdagmas, crisopracios, sagdas, hematitas, dionisias, ágatas, celidonios, sardónices, calcofones, cornalinas,

jaspes, etitas, iris, azabaches, lincurios, abestos, cegolitos, piedras de leche, jacintos, orites, enidros, absistos, almandinas, crisolectos, hiennias, esmeraldas, magnetitas, zafiros y piritas. Además se veían por todas partes turquesas, obsidianas, crisólitos, rubíes, balaxes, sardinos, diamantes, crisoprasas, malaquitas, diadocos, peanitas, medos, berilos y topacios. Algunas de estas piedras preciosas ayudaban a recuperar las fuerzas; las propiedades de otras proporcionaban la felicidad o poseían virtudes curativas. Quien las usaba con los conocimientos necesarios encontraba en ellas muchos poderes.

Así mantenían con vida a Anfortas, al que amaban. Aunque había hecho sufrir mucho a sus gentes, se oyó que la fortuna iba por fin a sonreírle. Parzival, que había olvidado totalmente sus cuitas, había llegado acompañado de su hermano y de la doncella desde Joflanze a Terre de Salwäsche. No me han dicho qué distancia había entre ambas. Podrían haber contado muchos combates, pero la protección de Cundry les ahorró las fatigas. Al cabalgar hacia un centinela, les salieron rápidamente al encuentro muchos templarios bien armados y con magníficos caballos. Sin embargo, se mostraron muy corteses cuando vieron, por la dama que los guiaba, que se acercaba su felicidad. Cuando el jefe del pelotón vio relucir en el vestido de Cundry las numerosas tórtolas, exclamó: «¡Nuestras preocupaciones han terminado! Bajo el blasón del Grial llega el hombre que tanto habíamos esperado desde que el lazo de la desgracia rodeó nuestro cuello. ¡Deteneos! ¡Una gran dicha se nos acerca!».

Feirefiz de Anjou incitó entonces a su hermano a luchar y se lanzó él mismo contra los soldados, pero Cundry le sujetó las riendas, por lo que el combate no tuvo lugar. La muy peluda doncella dijo a su señor, a Parzival: «Reconoceréis enseguida los escudos y los estandartes. Todos son de las huestes del Grial, que están completamente a vuestro servicio».

Entonces dijo el noble pagano: «En este caso, no lucharemos».

Parzival pidió a Cundry que cabalgara por el sendero a su encuentro. Ella lo hizo y les comunicó qué felicidad había llegado para ellos. En ese momento todos los templarios que estaban allí saltaron de sus caballos a la hierba, y muchos se quitaron los yelmos. Recibieron a Parzival en pie. Su saludo les pareció a todos

una bendición. También dieron la bienvenida al blanco y negro Feirefiz. Sollozando y, sin embargo, felices subieron a caballo hasta Munsalwäsche.

Encontraron allí a una gran multitud, a muchos distinguidos caballeros, ya entrados en años, a nobles pajes y a muchos soldados. Las apesadumbradas gentes estaban muy contentas por su llegada. En la escalera principal del palacio dieron efusivamente la bienvenida a Feirefiz de Anjou y a Parzival. Después entraron en la gran sala. Según era allí costumbre, había en el suelo cien grandes alfombras redondas y sobre cada una un colchón para sentarse, cubierto con un edredón de terciopelo. Lo más juicioso para los dos era sentarse allí hasta que les quitaran la armadura. Un chambelán se acercó y les trajo ricos vestidos de la misma tela. Todos los caballeros tomaron asiento. Trajeron después muchas copas de oro, no de cristal, de gran valor. Feirefiz y Parzival bebieron y se dirigieron seguidamente hasta el doliente Anfortas.

Habéis oído anteriormente que ya no se sentaba, sino que estaba recostado, y que su cama estaba magníficamente adornada. Anfortas recibió a los dos con gran alegría y, sin embargo, profundamente atribulado. Les dijo: «Lleno de dolores he esperado a ver si con vuestra ayuda podía volver a ser feliz. Cuando marchasteis de aquí, me dejasteis en tal estado que, si vuestro corazón es leal, se os debería ver afligido. Si os han alabado y reconocido alguna vez vuestra gloria, ordenad a los caballeros y a las doncellas que me dejen morir, para que terminen así mis tormentos. Si sois Parzival, impedid que vea el Grial siete noches y ocho días. Entonces terminará mi sufrimiento. No me atrevo a ser más claro. ¡Qué felicidad para vos que os digan que me podéis ayudar! Vuestro acompañante nos es desconocido. No quiero que esté delante de mí. ¿Por qué no le hacéis ir a su albergue?».

Entre lágrimas contestó Parzival: «Decidme dónde está el Grial. Si vence en mí el amor de Dios, esta comunidad lo sabrá».

Se arrodilló tres veces en dirección al Grial, en honor de la Trinidad, y suplicó que el hombre doliente quedara libre del tormento. Entonces se levantó y preguntó: «Tío, ¿qué te atormenta?».

Dios, que a ruego de san Silvestre despertó de la muerte a un toro y le hizo irse vivo y que mandó levantarse a Lázaro, ayudó a

Anfortas a sanar y a curarse por completo. En su piel apareció el esplendor que los franceses llaman *flori*[230]. La belleza de Parzival no era nada comparada con la suya. Tampoco alcanzaban la belleza que liberó a Anfortas de la muerte Absalón, el hijo de David, Vergulacht de Ascalun, todos los que eran bellos por la herencia de su linaje, y el propio Gahmuret, cuando se le vio entrando con todo su esplendor en Kanvoleis. ¡Dios es aún hoy Todopoderoso!

Como la inscripción en el Grial lo había designado soberano, no había otra opción: Parzival fue reconocido enseguida como rey y señor. Creo que nunca se podría encontrar en ningún lugar a dos hombres más poderosos y más ricos que Parzival y Feirefiz, si es que entiendo algo de poder y de riqueza. Todos se esforzaron por atender lo mejor posible al señor del castillo y a su huésped.

No sé cuántas millas cabalgó feliz Condwiramurs hasta Munsalwäsche. Un mensajero le confirmó la noticia, que ya había oído antes. En la embajada se le decía que su desgracia había terminado. El duque Kyot y muchos otros nobles la habían conducido a Terre de Salwäsche, dentro del bosque en el que Segramors había sido derribado en el duelo y en el que las gotas de sangre en la nieve habían configurado un rostro muy parecido al de ella. Allí debía encontrarla Parzival, quien emprendió el viaje feliz y contento. Un templario le dijo: «Muchos distinguidos caballeros han traído a la reina con los debidos honores».

Parzival decidió tomar una parte de las huestes del Grial y cabalgar hasta la ermita de Trevrizent, quien se alegró de la noticia sobre el estado de Anfortas, de que no hubiera muerto de la lanzada y de que hubiera sanado con la pregunta. Después dijo: «Dios tiene muchos misterios. ¿Quién se sentó con Él para aconsejarle? ¿Quién conoce los límites de su poder? Incluso todos los ángeles no pueden precisar su final. Dios es Hombre y la Palabra del Padre, Dios es Padre e Hijo, y su Espíritu Santo puede prestar un gran auxilio».

Trevrizent siguió diciendo a Parzival[231]: «Nunca se ha producido un milagro mayor, pues habéis conseguido de Dios que su infinita Trinidad haya satisfecho vuestros deseos. Para apartaros del Grial, os engañé al describiros su esencia. Dejadme expiar este pecado. Mi querido sobrino y señor, ahora debo obedeceros. Os he contado que los ángeles expulsados habían vivido en el castillo del Grial, por castigo de Dios, mientras esperaban su Gracia. Pero Dios

es inflexible y continúa la lucha contra aquellos que yo había dicho que podían conseguir su favor. Quien desee recibir su recompensa debe declararles la guerra. Están perdidos eternamente, pues ellos mismos eligieron su caída. Me dolían vuestras fatigas. Era imposible que alguien pudiera conquistar alguna vez el Grial luchando. Gustoso os lo habría desaconsejado. Pero todo os ha sucedido de un modo bien distinto. Habéis incrementado extraordinariamente vuestros bienes. Ahora orientad vuestros sentidos hacia la humildad».

Parzival dijo a su tío: «Quiero ver a la que no he visto en cinco años. Cuando vivíamos juntos, la quería, como la sigo queriendo ahora. Pero necesito tu ayuda mientras la muerte no nos separe. Tú me ayudaste cuando estaba en grandes dificultades. Quiero cabalgar al encuentro de mi mujer. Según me han dicho, ya ha llegado a aquel lugar junto al Plimizöl». Cuando se despidió, el virtuoso hombre le encomendó a Dios. Como sus acompañantes conocían bien el bosque, Parzival cabalgó toda la noche. Cuando alboreó, hizo un feliz hallazgo: vio muchas tiendas desplegadas. Según oí decir, se habían clavado en el suelo muchos estandartes del reino de Brobarz y detrás se habían atado los escudos. Allí estaban acampados los príncipes del país. Parzival preguntó dónde se albergaba la reina, si era en un círculo de tiendas aparte. Lo condujeron a su campamento. Ella tenía su propio anillo de tiendas, magníficamente adornado.

El duque Kyot de Cataluña se había levantado muy temprano, y todos cabalgaron hacia él. La luz del día era aún gris, pero reconoció enseguida en el pelotón los blasones del Grial: llevaban tórtolas como emblemas. El anciano caballero suspiró pensando en su casta esposa Joisiane, que lo había hecho feliz en Munsalwäsche y había muerto a causa del nacimiento de Sigune. Envió a un doncel a buscar al mariscal de la reina y le encargó que cuidara bien de todos los caballeros que estaban allí. Después llevó de la mano a Parzival al almacén de la reina, una pequeña tienda de bujara. Allí le quitaron la armadura.

La reina aún no sabía nada. Parzival vio a Lohengrin y a Kardeiz, que estaban echados junto a ella. La felicidad lo dominaba. Era una tienda alta y espaciosa. Por todas partes estaban tumbadas bellas damas. Kyot dio unos golpes sobre la manta y pidió a la reina

que se despertara y que sonriera feliz. Ella miró hacia arriba y vio a su esposo. Sólo tenía puesto un camisón. Retiró la manta que la cubría y saltó sobre la alfombra, delante de la cama. ¡La arrebatadora Condwiramurs! Abrazó a Parzival y, según me dijeron, se besaron. Ella le dijo: «¡Alegría de mi corazón! La felicidad te ha enviado hasta mí». Después le dio la bienvenida. «Debería estar enfadada contigo, pero no puedo. ¡Benditos sean el día y el momento que me trajeron este abrazo, que hace desaparecer todas mis preocupaciones! Ahora tengo lo que ansia mi corazón. Me he liberado definitivamente de mis cuitas».

Entonces despertaron también los niños, Kardeiz y Lohengrin, que estaban en la cama completamente desnudos. Parzival sintió gran alegría al besarlos amorosamente. Kyot, que tenía una noble educación, pidió que se llevaran a los chicos y dijo a todas las damas que abandonaran la tienda. Después de saludar a su señor, que había realizado un largo viaje, así lo hicieron. El noble Kyot confió a la reina su marido y condujo fuera a todas las doncellas. Era aún muy temprano. Los chambelanes cerraron la entrada de la tienda.

Si una vez la sangre y la nieve, que había visto sobre el prado, le habían quitado el sentido, ahora Condwiramurs le resarcía de las penas de amor que había sufrido, y tenía buenos remedios para ello. Aunque muchas nobles mujeres le habían ofrecido su amor, Parzival no había buscado nunca junto a otra consuelo para sus penas de amor. Creo que tuvo su contento hasta media mañana. Todo el ejército cabalgó hasta allí para ver a los templarios, que llevaban espléndidas armaduras con la huella de muchos combates, y los escudos completamente agujereados y hechos trizas por las espadas. Muchos llevaban una capa de seda o de terciopelo. Llevaban puestas aún las canilleras, aunque se habían quitado el resto de la armadura.

Entonces ya no se podía seguir durmiendo. El rey y la reina se levantaron. Un cura cantó la misa. En el círculo de tiendas se produjo un gran tumulto entre los valientes guerreros que habían luchado contra Clámide. Después de la bendición sus vasallos, muchos valientes caballeros, dieron la bienvenida a Parzival con noble fidelidad. Cuando quitaron las paredes de la tienda, el rey preguntó: «¿Cuál de estos dos chicos será rey de vuestros países?».

Hizo saber a todos los príncipes: «Kardeiz recibirá, como legítimo heredero, Gales con Norgals, Kanvoleis con Kingrivals, y Anjou con Bealzenan. Cuando sea mayor, acompañadle hasta allí. Mi padre, que se llamaba Gahmuret, me dejó legalmente en herencia esos países. Por fortuna he heredado también el Grial. Si me sois leales, aceptad aquí y ahora vuestros feudos de manos de mi hijo».

Todos se sintieron complacidos. Trajeron muchas banderas y dos pequeñas manos otorgaron grandes países como feudos. Después fue coronado Kardeiz. Más tarde dominaría, aparte de Kanvoleis, los restantes dominios de Gahmuret. En el prado junto al Plimizöl colocaron en amplio círculo asientos para el desayuno, que tomaron rápidamente. Después desmontaron todas las tiendas y el ejército inició la marcha de regreso con el joven rey. Muchas doncellas y el resto de su séquito se separaron de la reina y pusieron de manifiesto el dolor que sentían en la despedida. Los templarios cogieron entonces a Lohengrin y a su hermosa madre y cabalgaron rápidamente hacia Munsalwäsche.

«Una vez vi en este bosque», dijo Parzival, «una ermita, que atravesaba un rápido y claro arroyo. Si la conocéis, llevadme a ella».

Sus acompañantes le dijeron que conocían esa ermita: «Allí vive una doncella llorando amargamente sobre el sarcófago de su amigo. Es una verdadera arca de bondad. Nuestro camino pasa cerca de ella. Siempre se la encuentra entristecida».

El rey dijo: «Iremos a verla». Todos estuvieron de acuerdo y cabalgaron rápidamente, hasta que poco antes de anochecer encontraron a Sigune muerta de rodillas. Al verla, la reina se sintió profundamente afligida. Rompieron la pared para llegar a ella. Parzival pidió que levantaran para su prima la tapa de piedra del sarcófago, y en él apareció Schionatulander, no descompuesto, sino magníficamente embalsamado. Pusieron a su lado, muy cerca de él, a la que en vida tan castamente lo había amado y cerraron después la tumba. Según oí decir, Condwiramurs lloró muy triste a su prima, pues Joisiane, madre de la muerta y tía de Parzival, la había educado cuando era niña. Por ello perdió la alegría. Si el provenzal[232] conocía la verdad, el duque Kyot, el educador del rey Kardeiz, no sabía nada de la muerte de su hija. Pero esta historia no es torcida como un arco, sino recta y verdadera. Ellos continuaron

su camino y cabalgaron de noche hacia Munsalwäsche. Allí les esperaba Feirefiz, que se había divertido mucho. Encendieron muchas velas, como si ardiera todo el bosque. Un templario de Patrigalt cabalgaba bien armado junto a la reina. El patio era muy grande y en él había muchos pelotones, que dieron la bienvenida a la reina, al señor del castillo y a su hijo. Después llevaron a Lohengrin hacia su tío Feirefiz, pero, como era blanco y negro, el chico no lo quiso besar. Todavía hoy tienen miedo en algunas situaciones hasta los mejores niños. El pagano sólo rió por ello. Cuando la reina desmontó, la gente empezó a marcharse del patio. Todos se sentían recompensados por su venturosa llegada. La condujeron entonces hasta donde se encontraban muchas bellas damas. Feirefiz y Anfortas esperaban con nobles modales en la escalera, junto a las damas. Repanse de Schoye, Garschiloye de Groenlandia y Florie de Lunel tenían ojos claros y piel blanca, y la gloria de la doncellez. También estaba allí la doncella llamada Ampflise, flexible como un junco, bella y bondadosa, hija de Jernis de Ril, así como, según me han dicho, Clarischanze de Tenabroc, una muchacha encantadora de singular belleza y de cintura estrecha como una hormiga.

Feirefiz salió al encuentro de la reina, quien pidió que la besara. Ella besó también a Anfortas y se alegró de que estuviera libre de su enfermedad. Feirefiz la condujo de la mano hasta la tía del señor del castillo, Repanse de Schoye. Allí se intercambiaron muchos besos. Aunque sus labios ya estaban antes muy rojos, la reina tuvo que dar aún tantos besos que sintió molestias en ellos. Tengo compasión por ella y lamento no poder asumir en su lugar semejante trabajo. Ella había llegado ya cansada. Las doncellas la llevaron afuera, mientras que los caballeros se quedaron en el palacio. Éste estaba bien provisto de velas, que proporcionaban mucha luz al arder. Con noble perfección se hicieron los preparativos para el Grial. No lo traían en cualquier momento para que lo viera la corte, sino sólo en determinados días festivos. Por la noche, cuando la lanza ensangrentada suscitaba el llanto, habían traído en la otra ocasión el Grial, porque esperaban que les ayudara cuando estaban sumidos en la desgracia, pero Parzival los había dejado llenos de preocupaciones. Mas ahora lo iban a traer cuando eran felices y habían superado por completo su tristeza.

Cuando la reina se quitó la ropa del viaje y se puso las cintas de su tocado, regresó como convenía a su dignidad. Feirefiz la esperaba junto a la puerta. Todos estaban de acuerdo: nunca se había oído o dicho que hubiera una mujer más hermosa. Llevaba un vestido de seda tejida por manos muy diestras, como la que había diseñado en otro tiempo con gran maestría Sarant en la ciudad de Thasme. Feirefiz de Anjou condujo a la esplendorosa reina hasta el centro de la sala, donde ardían tres grandes fuegos que olían a madera de áloe. Había allí cuarenta alfombras y cuarenta asientos más que cuando Parzival vio traer el Grial la primera vez. Especialmente suntuoso era el asiento en el que debían sentarse Feirefiz y Anfortas, junto al señor del castillo. Todos los que querían realizar su tarea cuando apareciera el Grial mostraron gran atención y magníficos modales.

Ya oísteis en detalle cómo lo llevaron ante Anfortas. Ahora lo llevaron de la misma manera ante el hijo del noble Gahmuret y ante la hija de Tampenteire. Veinticinco doncellas entraron ordenadamente en la sala. Ya la primera doncella, con su pelo rizado, al pagano le pareció bella, y la que la seguía, más bella todavía. También le parecían magníficos sus vestidos. Los rostros de todas las chicas eran hermosos, maravillosos. Tras ellas venía la encantadora doncella Repanse de Schoye. Según me dijeron, el Grial sólo se dejaba llevar por ella, y por nadie más. En su corazón habitaba la pureza, y su piel resplandecía como una flor. La narración se haría demasiado larga si os contara cómo se realizaba desde el principio el servicio, cuántos chambelanes traían agua, cuántas mesas se introducían en la sala (más que la primera vez), cómo no había nada vulgar en el palacio, cuántas carrozas trajeron llenas de espléndidas vajillas de oro o cómo estaban sentados los caballeros. Seré breve. Con nobles modales cogieron del Grial carne de caza y de corral, hidromiel para éste y vino para aquél, a cada uno según su costumbre, y, además, licor de moras, vino tinto y vino de especias. Cuando el hijo del rey Gahmuret estuvo por primera vez en Pelrapeire, lo encontró todo de muy distinta manera.

El pagano preguntó qué es lo que llenaba las vajillas de oro vacías delante de la mesa. Asistía complacido a este portento. El bello Anfortas, a quien le habían asignado como compañero, le

preguntó: «Señor, ¿no veis delante de vos el Grial?».

El pagano de manchas blancas y negras contestó: «No veo nada más que un trapo de seda ajmardí. Lo trajo la doncella que está allí, ante nosotros, con la corona. El resplandor de su belleza penetra en mi corazón. Creí que era tan fuerte que ninguna doncella ni ninguna mujer me podrían arrebatar la felicidad. Si he conseguido alguna vez el alto amor, ahora me resulta repulsivo. Sé que no es de buena educación que os cuente mis penas de amor, puesto que nunca os he prestado ningún servicio. ¿De qué sirven todas mis riquezas, todas las hazañas que he realizado al servicio de las damas y todo lo que he regalado, si tengo que vivir sufriendo de este modo? Júpiter, dios poderoso, ¿me has enviado aquí para sufrir?». La fuerza del amor, que debilitaba su felicidad, hacía palidecer sus manchas blancas. Condwiramurs, famosa por su belleza, casi competía con la maravillosa doncella. Feirefiz, el noble huésped, quedó atrapado en el lazo de su amor. Voluntariamente se olvidó de su primer amor, que se apagó en él. ¿Para qué quería el amor de Secundila y su reino de Tribalibot? La muchacha hacía sentir tantas penas de amor al hijo del rey de Zazamanc que tenía en muy poco aprecio el amor de Claudita, de Olimpia, de Secundila y de las demás mujeres que le habían recompensado por sus servicios caballerescos y habían divulgado su buen nombre.

Entonces vio el hermoso Anfortas que su compañero de mesa sufría penas de amor. Sus manchas blancas se habían puesto pálidas y su buen humor había desaparecido. Le dijo: «Señor, lamento que mi hermana os haga sufrir. Nunca ha sufrido ningún hombre por ella. Ningún caballero ha cabalgado a su servicio. Nadie ha recibido ninguna recompensa de ella. Ha vivido afligida conmigo, y el que no se la viera nunca alegre ha perjudicado algo su belleza. Vuestro hermano es su sobrino. Os podrá ayudar».

«Si esa doncella que lleva la corona sobre la cabeza descubierta es vuestra hermana», dijo Feirefiz de Anjou, «ayudadme a conseguir su amor. Mi corazón suspira por ella. ¡Ojalá la gloria que conquisté con la lanza hubiera sido en su nombre y pudiera esperar ahora su recompensa! He realizado los cinco ataques con lanza que se pueden realizar en un torneo. El primero es el ataque de frente en grupo; el segundo, el ataque por el flanco; el tercero, el ataque individual contra varios; el cuarto, el ataque individual con la lanza

en ristre, que realizaba cabalgando rápidamente; y el quinto, el ataque persiguiendo[233]. Desde la primera vez que me protegió el escudo, nunca lo he pasado tan mal como hoy. Al pie del Agremontin luché con un caballero envuelto en llamas: sin mi capa de piel de salamandra y sin mi escudo de asbesto habría ardido en el duelo. ¡Ay! ¡Ojalá vuestra bella hermana me hubiera enviado a donde conseguí la gloría arriesgando mi vida! Todavía hoy sería el primero en luchar por ella. Odiaré siempre a Júpiter, mi dios, si no me libera de este tormento».

El padre de Anfortas y de su hermana se llamaba Frimutel: los dos hermanos tenían el mismo rostro y la misma piel. El pagano la miraba a ella fijamente y después muchas veces a él. Por muchas viandas que se sirvieran, no comía. Hacía sólo como si fuera a comer. Anfortas dijo a Parzival: «Señor, creo que vuestro hermano todavía no ha visto el Grial». Feirefiz le confirmó que no lo podía ver. El anciano y paralítico Titurel, que estaba atado a la cama, lo oyó también y dijo: «Si es pagano, no puede pretender que, sin estar bautizado, sus ojos contemplen como los de los otros el Grial. Es como si delante tuviera un seto de espinas». Mandó divulgar esto en el palacio. Entonces el señor del castillo y Anfortas dijeron a Feirefiz que tuviera en cuenta que ningún pagano podía ver la fuente de la que vivía toda la comunidad del Grial, y le aconsejaron que se bautizara para conseguir la vida eterna.

«Si me bautizo en atención a vos, ¿me ayudará el bautismo en el amor?», dijo el pagano, el hijo de Gahmuret. «Todo lo que sufrí luchando y en el amor, durara mucho o poco, no ha sido nada hasta ahora. Desde la primera vez que me protegió el escudo, nunca he sufrido tanto. Por mi noble educación debería ocultar mi amor, pero mi corazón no puede esconderlo».

«¿A quién te refieres?», preguntó Parzival.

«A aquella muchacha maravillosa, la hermana de mi compañero de mesa. Si me ayudas a conseguirla, la haré rica y poderosa, y grandes países le estarán sometidos».

Entonces dijo el señor del castillo: «Si quieres bautizarte, puedes desear su amor. Ahora puedo tutearte. Nuestra riqueza se asemeja, pues yo poseo el Grial».

«Hermano, ayúdame para que tu tía y yo nos unamos», dijo Feirefiz de Anjou. «Si se consigue el bautismo luchando, envíame

rápidamente al lugar del combate y déjame servirla por su recompensa. Siempre me ha gustado la música de la lucha, cuando saltan astillas de las lanzas y resuenan las espadas sobre los yelmos».

El señor del castillo se rió mucho de lo que decía, y Anfortas aún más. Parzival dijo: «¿Quieres conseguir así el bautismo? La haré tuya después de que hayas recibido el verdadero bautismo. Por ella debes abjurar de tu dios Júpiter y separarte de Secundila. Mañana temprano te aconsejaré sobre cómo se puede cumplir tu deseo».

Anfortas, antes de ser herido, había extendido su fama realizando hazañas caballerescas al servicio del amor. La inteligencia le venía de su noble corazón y era además bondadoso y generoso. Había conseguido gran gloria con las armas. Estaban sentados junto al Grial tres de los mejores caballeros que llevaban escudo. Habían demostrado verdadero valor. Pero, si queréis, ya han comido bastante. Con distinguido ceremonial sacaron las mesas y los manteles. Conforme al debido protocolo, todas las doncellas se inclinaron. Feirefiz de Anjou las vio alejarse de él, con lo que se multiplicaron sus penas de amor. La dueña de su corazón volvió a llevarse el Grial. Parzival les dio permiso para irse.

Se haría muy larga la historia si tuviera que contar cómo se retiró la reina, cómo se dispuso todo lo necesario para que encontrara una buena cama Feirefiz, al que el amor, sin embargo, no dejó descansar, o cómo todos los templarios descansaron y se olvidaron de sus fatigas. Prefiero contaros lo que ocurrió al día siguiente.

Cuando despuntó la luz de la mañana, Parzival y el bondadoso Anfortas se pusieron de acuerdo para pedir con firmeza al pagano de Zazamanc, a quien atormentaba el amor, que fuera al templo, ante el Grial. Al mismo tiempo, Parzival había convocado a los inteligentes templarios, por lo que había allí muchos caballeros y soldados. Entonces entró el pagano. La pila bautismal era un rubí, y el pedestal redondo que la sustentaba era de jaspe. Titurel había mandado labrar todo y había costado una fortuna. Parzival dijo a su hermano: «Si quieres tener a mi tía por esposa, por ella debes abjurar de todos tus dioses, combatir siempre de buen grado al enemigo de Dios Todopoderoso y cumplir fielmente sus mandamientos».

«Haré puntualmente y con lealtad», dijo el pagano, «todo lo que me ayude a conseguir a esa muchacha». Inclinaron un poco la pila en dirección al Grial. De repente se llenó de agua, ni demasiado caliente ni demasiado fría. Había allí un sacerdote anciano, de pelo cano, que había introducido en esta pila a muchos hijos de paganos. Dijo a Feirefiz: «Si queréis salvar vuestra alma del demonio, tenéis que creer en un solo Dios Todopoderoso, cuya Trinidad concede a todos beneficios en igual medida. Dios es Hombre y la Palabra del Padre, porque Él es Padre e Hijo, y se los honra igual, como también al Espíritu Santo. Con el poder de los tres, esta agua os liberará del paganismo. En el nombre de la Trinidad entró en el agua para bautizarse a Aquel que creó a Adán a su propia imagen. Del agua obtienen los árboles su savia; el agua hace fructificar todos los seres, toda la creación; el agua permite a los ojos ver; el agua proporciona a muchas almas tal esplendor que ni siquiera los ángeles resplandecen más».

Feirefiz dijo al sacerdote: «Si me ayuda contra mis penas, creo todo lo que me pedís. Si ella me recompensa con su amor, cumpliré gustoso los mandamientos de Dios. Hermano, si tu tía tiene este Dios, creo en Él y en ella. Nunca había estado en mayores dificultades. Abjuro de todos mis dioses. Tampoco Secundila seguirá participando de mi gloria. Por el Dios de tu tía, haz que me bauticen».

Siguieron con él los usos del cristianismo y pronunciaron sobre él el voto del bautismo. Cuando el pagano recibió el agua bautismal y terminó el bautizo, un final que esperaba con impaciencia, le llevaron a la hija de Frimutel y se la entregaron como esposa. Antes de que le tocara el agua del bautismo, estaba ciego para ver el Grial, pero inmediatamente después se le apareció ante los ojos. Cuando se realizó el bautismo se vio escrito en el Grial que si Dios hacía a un caballero templario soberano de un país lejano, debía cuidar de la justicia y del orden, pero que debía prohibir las preguntas sobre su nombre y su linaje. Si le preguntaban, no podrían seguir teniéndolo allí. Como el adorable Anfortas había sufrido tanto tiempo amargos dolores sin que se le hiciera la pregunta, los miembros de la comunidad del Grial odian las preguntas. No quieren que les pregunten.

El bautizado Feirefiz pidió con insistencia a su cuñado que se

fuera con él y le aseguró que no iba a dejar de repartir con él su ingente fortuna. Pero Anfortas declinó cortésmente su proposición. «No quiero dejar mi propósito de consagrarme al servicio de Dios. La corona del Grial tiene el mismo rango que lo que me ofrecéis. Por mi desmedido orgullo la perdí, pero ahora he elegido la humildad. La riqueza y las mujeres son ajenas a mi corazón. Os lleváis de aquí a una noble dama, que os servirá casta y virtuosamente. Yo no dejaré de cumplir las leyes de esta comunidad. Pelearé en muchos duelos y lucharé al servicio del Grial. Pero no volveré a luchar por una mujer, pues aquella dama me hizo sufrir demasiado. Sin embargo, nunca sentiré odio por las mujeres. Proporcionan a los hombres mucha felicidad, aunque yo obtuviera poca».

A pesar de todo, Feirefiz pidió fervientemente a Anfortas que partiera con él, honrando así a su hermana, pero él se resistió y rehusó. Después Feirefiz de Anjou pidió que Lohengrin se fuera con él, pero su madre pudo impedirlo. El rey Parzival le explicó: «Mi hijo está destinado al Grial. Si Dios lo lleva por el buen camino, servirá al Grial con todo su corazón».

Once días pasó en el castillo Feirefiz dichoso y contento, y al duodécimo partió de allí. El poderoso caballero quería llevar a su esposa hasta su ejército. Parzival, que lo amaba como debe amarse a un hermano, quedó profundamente apenado. Decidió con los suyos que un gran pelotón de caballeros lo acompañara hasta el bosque. El valiente y hermoso Anfortas cabalgó con él para ofrecerle protección. Muchas doncellas lloraron.

Tuvieron que cabalgar por tierras sin caminos en dirección a Carcobra. El bello Anfortas envió un mensajero al burgrave de ese castillo y le pidió, por los regalos que le había hecho, que le sirviera con fidelidad y guiara a su cuñado y a su mujer, su propia hermana, a través del bosque Läprisin, hasta el extenso puerto natural. La hora de la despedida había llegado, pues los caballeros no podían pasar de allí. La hechicera Cundry debía transmitir ese mensaje. Todos los templarios se despidieron del poderoso caballero. El cortés caballero partió de allí.

El burgrave cumplió lo que Cundry le había encomendado. El poderoso Feirefiz fue recibido en Carcobra con todos los honores. El tiempo se le hizo allí muy corto. Rápidamente lo siguieron guiando

con un distinguido séquito. No sé cuántos países atravesó en su cabalgada hasta que llegó a la extensa pradera de Joflanze. Pero allí sólo encontraron a unos pocos. Feirefiz preguntó adonde había ido el ejército. Cada caballero se había ido a su país por el camino que conocía. El rey Arturo se había ido en dirección a Chamilot. El de Tribalibot pudo entonces cabalgar sin detenerse hasta su propio ejército, que había acampado muy triste en el puerto porque su señor no estaba con él. Su llegada volvió a poner contentos a muchos magníficos caballeros. El burgrave de Carcobra y los suyos fueron despedidos con ricos regalos al volver a su castillo. Cundry supo allí una importante noticia: unos mensajeros habían llegado al ejército y habían comunicado que Secundila había muerto. Sólo entonces podía emprender el viaje verdaderamente feliz Repanse de Schoye.

Más tarde daría a luz en la India a un niño, de nombre Juan. Lo llamaron Preste Juan, y desde entonces se da allí ese nombre a todos los reyes[234]. Feirefiz hizo divulgar por escrito en todo el remo de la India la doctrina del cristianismo, que antes profesaba poca gente. Nosotros decimos India, pero allí dicen Tribalibot. Feirefiz hizo saber a su hermano en Munsalwäsche, a través de Cundry, cómo le había ido en el camino y que Secundila había fallecido. Anfortas se alegró de que su hermana reinara sin discusión sobre muchos grandes países.

Ya conocéis la verdadera historia de los cinco hijos de Frimutel. Habéis oído que vivieron virtuosamente y que dos murieron: Joisiane, que Dios veía sin tacha, y Herzeloyde, que no albergaba ninguna maldad en su corazón. Trevrizent había dejado la espada y la vida caballeresca por el venturoso amor de Dios y por la salvación eterna. El noble y bello Anfortas era valiente y tenía un corazón puro. Fiel a las ordenanzas, disputó muchos combates por el Grial, aunque no por las mujeres.

Lohengrin creció y se hizo un joven fuerte y valiente. No conocía la cobardía. Cuando fue armado caballero, consiguió gran gloria al servicio del Grial.

¿Queréis seguir oyendo? Tiempo después vivía en un lejano país una dama sin tacha[235]. Había heredado riqueza, poder y distinguida nobleza. Llevaba una vida verdaderamente virtuosa y no se dejaba guiar por los placeres mundanos. Muchos señores nobles

pretendían su mano. Muchos eran príncipes del mismo rango que ella, e, incluso, algunos ceñían corona. Su humildad era tan grande que no les hacía ningún caso. Muchos condes de su país se enfadaron con ella. ¿Por qué no tomaba un esposo que pudiera ser para ella un señor feudal adecuado? Pero aunque estuvieran enojados con ella, dejaba su destino en las manos de Dios. Muchos estaban enfadados sin motivo. Un día convocó a los príncipes de su país a una asamblea en la corte. Vinieron muchos mensajeros de tierras lejanas. Ella juró que no tomaría a nadie por esposo, a no ser que el propio Dios le designara uno, en cuyo caso lo amaría y honraría de buen grado. Era princesa de Brabante. Le enviaron desde Munsalwäsche al caballero que Dios había pensado para la dama y que un cisne había traído hasta ella. Había bajado a tierra en Amberes. Nunca la defraudó, pues sabía comportarse magníficamente. En todos los países en que se supo de él, lo tuvieron por un hombre hermoso y valiente. Era cortés, de nobles modales, inteligente, fiel, generoso sin que le temblara el pulso, y sin tacha. La señora del país lo recibió con todos los honores. Oíd las palabras del caballero, que oyeron todos los que allí estaban. Dijo: «Señora duquesa, si he de ser aquí señor del país, dejo a cambio de ello otro tanto. Oíd lo que os quiero pedir: ¡no preguntéis nunca quién soy! Sólo así podré permanecer a vuestro lado. Si me hacéis la pregunta, perderéis mi amor. Si no tenéis en cuenta mi advertencia, tendré que cumplir la voluntad de Dios y abandonaros».

Ella le dio su palabra de mujer, que más tarde quebrantaría porque lo amaba. Le dijo que le obedecería y que, mientras Dios le concediera inteligencia, nunca dejaría de hacer lo que él pidiera.

Por la noche recibió el amor de la dama y se convirtió en príncipe de Brabante. La boda se celebró con gran esplendor. Muchos señores recibieron de sus manos los feudos a que tenían derecho. Fue un magnífico juez y también disputó a menudo combates caballerescos, en los que consiguió siempre la victoria. Tuvieron hermosos hijos. Todavía hay hoy mucha gente en Brabante que sabe muchos detalles de ellos, cómo lo recibió la dama, cómo marchó después, cómo la pregunta de ella le obligó a irse o cuánto tiempo permaneció allí. Partió muy a disgusto, pero el cisne, su amigo, le vino a buscar con una pequeña barca muy

hermosa. Dejó tras de sí como regalos una espada, un cuerno y un anillo. Y Lohengrin marchó de allí. Si hemos contado la verdad, era el hijo de Parzival. En su regreso a los dominios protegidos por el Grial, recorrió muchas tierras y mares. ¿Por qué la virtuosa mujer perdió a su noble y hermoso mando? Cuando llegó una vez ante ella desde el mar, le había prohibido preguntar. Aquí debería hablar Erec, quien no cumplió sus amenazas[236].

Si el maestro Chrétien de Troyes no ha contado con toda la verdad esta historia, Kyot puede estar con razón enojado, pues él transmite la verdadera historia. El provenzal cuenta con precisión cómo el hijo de Herzeloyde consiguió el Grial, que le estaba destinado, después de que Anfortas lo perdiera. Desde Provenza nos llegó la historia verdadera y también el final de la narración. Yo, Wolfram de Eschenbach, no quiero contar más que lo que contó allí el maestro. Os he presentado el distinguido linaje de Parzival y a sus hijos. He llevado al héroe hasta la cumbre de su felicidad. Quien termina su vida sin que Dios le haga perder su alma por los pecados del cuerpo, y quien sabe además conservar con dignidad el favor del mundo, no se ha esforzado en vano. Las mujeres nobles e inteligentes me tendrán ahora en más alta estima después de haber culminado esta obra, si es que alguna me concede su benevolencia. ¡Que la mujer para la que la he escrito me recompense con unas amables palabras de agradecimiento!

Bibliografía

Ediciones

Lachmann, Karl (ed.): *Wolfram von Eschenbach*, 6.ª ed. (Berlín y Leipzig 1926); 7.ª ed., reelaborada por Eduard Hartl (Berlín 1952). Base de la Filología del *Parzival*.
Leitzmann, Albert: *Wolfram von Eschenbach*, edición revisada por Wilhelm Deinert (Tubinga
1961-1965)
. Edición clásica.
Martin, Ernst: *Wolframs von Eschenbach Parzival und Titurel* (Halle 1903, reimpr. 1976). Útil por las numerosas explicaciones.
Spiewok, Wolfgang (ed.), *Wolfram von Eschenbach: Parzival* (Stuttgart 1981). Versión muy libre, interpretativa.
Kühn, Dieter (ed.), *Wolfram von Eschenbach: Parzival* (Francfort del Meno 1994). La edición más completa y recomendable.

Crítica e interpretación

Bumke, Joachim: *Höfische Kultur. Literatur und Gesellschaft im hohen Mittelalter* (Munich 1986).
—, *wolfram von Eschenbach*, 6.a ed. (Stuttgart 1991).
Deinert, Wilhelm: *Ritter und Kosmos im Parzival* (Munich 1960).
Fourquet, Jean: *Wolfram et le Conte del Graal*
d'Eschenbach
(Paris 1966).
Gartner, Kurt y Joachim Heinzle (eds.): *Studien zu Wolfram von Eschenbach*. Homenaje a Werner Schröder (Tubinga 1989).

Hirschberg, Dagmar: *Untersuchungen zur Erzählstruktur von Wolframs Parzival* (Göppingen 1976).
Kratz, Henry: *Wolfram von Parzival. An attempt at a total evaluation Escbenbach's*
(Berna 1973).
Mohr, Wolfgang: *Wolfram von Eschenbach* (Göppingen 1979).
Nagel, Bert: *Staufische Klassik. Deutsche Dichtung um 1200* (Heidelberg 1977).
Nellmann, Eberhard: *Wolframs Erzähltechnik. Untersucbungen zur Funktion des Erzählers* (Wiesbaden 1973).
Ruh, Kurt: *Höfische Epik des deutscben Mittelalters* (Berlin 1980).
Schröder, Werner: *Wolfram von Eschenbach, das Nibelungenlied und «Die Klage».* (Stuttgart 1989).
Singer, Samuel: *Wolframs Stil und der Stoff des Parzival* (Viena 1916).
Wapnewski, Peter: *Wolframs Parzival. Studien zur Religiosität und Form* (Heidelberg 1955).
Wiegand, Herbert E.: *Studien zur Minne und Ehe in Wolframs Parzival und Hartmanns Artusepik* (Berlín y Nueva York 1972).
Wynn, Marianne: *Parzival. On the Génesis of its Poetry*
Wolfram's
(Francfort del Meno 1984).

Epílogo

El Grial en la etnografía
René Nelli

Aunque los cuentos del Grial aparecieran en Europa y se impusieran a la imaginación sólo en la forma artística y elaborada que les dieron los poetas, y por más que se presenten a nosotros como un fenómeno casi exclusivamente «literario», no carece de interés sacar a la luz los mitos más antiguos que subyacen en su trama y de los que son, en definitiva, tributarios.

Desde el punto de vista general, y por tanto esquemático, en que se coloca la etnografía, e ignorando provisionalmente a los héroes que intervienen en las diversas fabulaciones debidas al genio particular de Chrétien de Troyes, Robert de Boron o Wolfram von Eschenbach, así como los episodios secundarios o incluso los objetos extraños relacionados con el Grial, está claro que lo que tenemos que examinar es un «cuento» en el que aparece una escudilla mágica (o una piedra preciosa), productora de alimento y asociada con una lanza que gotea sangre, que sólo descubre su secreto al iniciado al término de una larga «Demanda» en el curso de la cual debe plantear una pregunta fatídica.

El solo aspecto de este esquema —que evoca el de los cuentos de hadas— ya nos invita a buscar, sobre todo en los relatos de Chrétien de Troyes y de Wolfram von Eschenbach, otros elementos tradicionales y «socializados» que corresponden a creencias anteriores a los siglos en que vivieron estos dos poetas. En realidad, basta leer por encima sus obras para comprobar que están tejidas hasta en los menores detalles no sólo con unos esquemas análogos sobre los que modelaron sus ficciones —y que constituyen quizá la

esencia de toda poesía— sino también con numerosos elementos supervivientes de un pasado que sin duda conmovía su inteligencia y su corazón, aun cuando los propios poetas pudiesen no ser conscientes de ello. Antes de abordar el punto crucial del tema, que se centra en el mito mismo del Grial, no será inútil llevar a cabo una rápida revisión de esos elementos tradicionales accesorios, aunque sólo sea para legitimar, por adelantado, la orientación que damos a este ensayo.

1. Se ha subrayado con frecuencia la presencia de personajes femeninos marcadamente impúdicos en los poemas de Chrétien de Troyes y Wolfram von Eschenbach: Blancaflor se dirige medio desnuda a la habitación de Perceval; Condwiramurs manifiesta la misma osadía y no disimula mejor su naciente pasión. La virtud de ambas se encontraría en peligro si el caballero no fuera tan inocente. Y no ha lugar, para excusarlas, a apelar a las costumbres de la época, que por lo demás no eran, desde luego, tan disolutas. Da la impresión de que estas jóvenes tenían por principio elegir por sí mismas a sus maridos. Y quizás, en efecto, sienten revivir en ellas los tiempos lejanos en que las mujeres —casadas temporalmente con hombres de su agrado— no se lamentaban demasiado cuando, consumado el matrimonio, sus maridos partían hacia nuevas aventuras. Wolfram von Eschenbach, evocando la historia del padre de Parzival, Gahmuret, nos dice que se había casado en Oriente con Belakane, con la que había tenido un hijo (Feirefiz), abandonando a los dos para regresar a Anjou y tomar otra esposa de la que nacería precisamente Parzival. Feirefiz actúa exactamente de la misma manera: al final del relato, se casará con la Reina del Grial, sin preocuparse lo más mínimo de su primera mujer, Secundila, a la que había abandonado entre los moros… No son ésos rasgos de impudicia entre las mujeres, o de inconstancia entre los hombres, sino vestigios ya muy difuminados de una antigua sociedad de carácter pseudomatriarcal que admitía sin duda los matrimonios de prueba. Así parece demostrarlo el papel desempeñado por los tíos maternos en el desarrollo de la acción. Wolfram, que ya no comprende, ciertamente, la importancia social concedida a la madre y a los hermanos de ésta, no por ello deja de considerar a toda la familia materna del héroe como un grupo elegido, privilegiado (la madre de Parzival tiene por hermana a Repanse-de-Schoye, por

hermanos al ermitaño Trevrizent, el rey Anfortas, etc.). Refuerza los imperativos tradicionales, exagerándolos incluso, hasta hacer de Repanse-de-Schoye la tía de Parzival, y uno teme que, cuando la encuentre, el héroe se enamore de ella. Wolfram desdeña absolutamente el parentesco paterno: da la impresión de que la comunidad familiar en que se mueve Parzival sólo se basa en la madre. En el relato, todo ocurre en familia, pero en familia matriarcal.

2. Como Van Gennep ha puesto de manifiesto[1], una de las consecuencias de los matrimonios temporales, ligados o no al matriarcado, era dividir en dos la familia y dispersarla. Podía suceder en ocasiones que un padre no hubiera visto nunca a su hijo o que dos hermanos de madres diferentes jamás se hubiesen conocido. En ciertos casos, el padre y el hijo podían llegar a luchar entre sí sin conocerse, y lo mismo podía ocurrir con los hermanos. Es sabido que todas las literaturas han explotado tales situaciones que primitivamente eran verosímiles y que siguen estando llenas de contenido emocional y de sentido mítico. En efecto, estas ficciones sugieren al subconsciente colectivo la imagen confusa de no se sabe qué equilibrio de fuerzas, de no se sabe qué igualdad de contrarios (noche y día, tinieblas y luz, bien y mal) que conmueve profundamente a la imaginación. Wolfram von Eschenbach ha previsto uno de estos combates inevitables, el que enfrenta a Parzival, sonrosado y rubio, con su hermano Feirefiz, mitad blanco y mitad negro. Ninguno de ellos consigue vencer al otro, y el duelo sólo termina cuando el azar les permite descubrir que los dos tienen por padre a Gahmuret. Ignoro si Wolfram tomó la idea de este combate del hipotético Kyot el provenzal, pero no hay duda de que esa situación era familiar entre los provenzales, puesto que Arnaud Vidal, que no la toma de Wolfram, la utiliza también en su relato de Guillaume de la Barre, donde padre e hijo se enfrentan como enemigos, y finalmente se reconocen, en las mismas circunstancias. Se trata, evidentemente, de un tema folklórico muy extendido en todas las literaturas tradicionales.

3. Entre los otros elementos que llegaron a ser de dominio colectivo, hay que reservar un lugar de honor a la «pregunta fatídica» (la pregunta que debe formular el iniciado para tener

acceso a una Realidad oculta). La explicación que de ello dan los propios escritores no parece muy satisfactoria. Chrétien de Troyes y Wolfram von Eschenbach intuyeron, antes que los psicoanalistas, que la inhibición que impidió hablar a Perceval estaba causada por una falta cometida anteriormente y que su mente rechazaba (no ignoraba, pero quería ignorar, que tras su partida su madre había muerto de pena). Pero se atienen, en un plano realista, a las soluciones fáciles: Parzival no hace preguntas a nadie porque su madre, y sobre todo su instructor, Gurnemanz, le habían recomendado expresamente la discreción. Wagner pensaba, con mayor profundidad, que si Parzival no se inquietaba ante todo lo que veía —el Grial, la lanza ensangrentada, las heridas del anciano rey— era porque no había nacido todavía a la simpatía universal y, al no poder salir de sí mismo, no percibía de ninguna forma el sufrimiento de los otros. Sin duda, todo ello es cierto; todo eso está contenido en potencia en este misterioso tema cuyo verdadero significado se nos escapará siempre. Ahora bien, ¿tiene realmente un significado? Lo cierto es que, por su misma condición de absurdo, todavía hoy despierta en la inteligencia múltiples resonancias y es capaz de sugerir todo tipo de interpretaciones «poéticas». ¿Pretendieron algo distinto los sabios que inicialmente idearon la situación? Señalemos que hay en el Parzival un segundo ejemplo de pregunta fatídica, una pregunta que, en esta ocasión, no debe ser formulada: la duquesa de Brabante no debe preguntar a Lohengrin quién es, so pena de perderlo para siempre. Naturalmente, la duquesa no podrá vencer su curiosidad y se verá abandonada por su mando. Estamos aquí ante el tema bien conocido del «secreto conyugal», que en sus dos versiones (una masculina, Eros y Psyché; la otra femenina, Melusina) atribuye al cónyuge sospechoso una segunda forma de carácter animal: Lohengrin es el Caballero del Cisne.

4. El tema del «secreto diferido» se relaciona con el precedente y, en cierta medida, lo completa. Al parecer, algunas sociedades primitivas han practicado una forma de iniciación que incluía, en su primer grado, una falsa explicación que se daba al postulante como si fuera verdadera, a la espera de que estuviera en condiciones de recibir la verdad completa. Se encuentra un ejemplo muy nítido de ello en Wolfram: el ermitaño Trevrizent, tío materno de Parzival, al

ser interrogado por éste acerca del Grial, le cuenta que es un objeto custodiado por los ángeles que no son ni buenos ni malos y que no quisieron tomar partido cuando Lucifer se rebeló contra Dios.

Mucho más tarde le confesará que todo aquello no eran más que patrañas. En ciertos casos, la primera explicación propuesta por los instructores no era absolutamente falsa, sino más bien susceptible de dos interpretaciones, como aquellos oráculos antiguos (por ejemplo, el que Corneille utiliza en Horacio) que no mentían sino para aquel que no tenía el valor de intuir o afrontar su significado verdadero. A los hermetistas les resultará fácil encontrar en las palabras de Trevrizent una especie de verdad velada: los caballeros del Grial no eran, desde luego, «neutrales», pero en cierta medida estaban «más allá del bien y del mal», sometidos directamente a las órdenes de la Gracia y no a la libertad de oscilación entre dos contrarios.

5. Considerados en su esencia, la mayor parte de los héroes de la demanda pertenecen, sin ninguna duda, al folklore universal. Presentan rasgos que se encuentran, a veces más degradados, a veces mejor marcados, en los personajes-tipo de los cuentos populares. Parzival no es, en el fondo, más que una variante de Juan el Bobo: el hombre simple, bendecido de los dioses, que triunfa allí donde los más sabios fracasan, pues su corazón es puro y, al someterse únicamente a la Providencia, escapa a la libertad vulgar y a las exigencias habituales del éxito. Todos los pueblos de Europa —e incluso de Asia— han tenido una veneración singular por los personajes inocentes de este tipo, en los que parece canalizarse la gracia divina o, más sencillamente, el influjo de la suerte.

Los otros personajes, la bruja, los hacedores de encantamientos, no desempeñan en los mitos del Grial más que un papel secundario. También ellos fueron tomados del folklore que se perpetuaba, o incluso se elaboraba, en los siglos XII y XIII. La leyenda de Clinschor —tan emotiva en el plano humano, y que nos muestra cómo los poderes mágicos surgen desesperadamente en el hombre como compensación a su limitación en el plano sexual— o la del Preste Juan —que debió de difundirse poco antes de 1200, pero que es quizá de origen nestoriano— no forman parte de la mitología casi universal de la que fueron tomados los temas precedentes. Pero la

aparición de Lohengrin —desconocido por Chrétien de Troyes— en el Parzival de Wolfram, corrobora la persistencia de antiguos mitos solares, en los que vienen a desempeñar su papel los héroes metamorfoseados en aves.

Por último, los objetos mismos, independientemente de las sacralizaciones más precisas con que más tarde se revistieron, se presentan como poseedores de un «aura» muy semejante a la que tienen en los relatos tradicionales. La lanza que sangra combina dos ideogramas folklóricos: uno, bastante banal y de un simbolismo inmediato, el de la «apelación a la protección guerrera»; y otro, más complejo, el de la «apelación a la venganza», que sin duda procede, por analogía, de la creencia de que el cuerpo de un hombre asesinado puede sangrar milagrosamente si se lo pone en presencia de su asesino. En muchos aspectos, el tan venerado Grial no es sino uno de esos vasos nutricios que, con múltiples variantes, se pueden encontrar en la literatura popular. Se podría, pues, interpretar con todo rigor los mitos de la copa como si se tratara de «Juan del Oso» o de «El amor de las tres naranjas». Pero, como veremos, no es fácil hacer una revisión de todas las ideologías —«populares» o cultas— a las que, de cerca o de lejos, el Grial ha prestado su luz.

Los mitos del Grial se basan en la existencia ideal de un objeto mágico —ya sea piedra preciosa o copa— cuyo simbolismo, cada vez más complejo, hizo que se llegase a olvidar finalmente su origen material, hasta el punto de que uno de los continuadores de Chrétien de Troyes se atrevió a aventurar, con razón, que, en tanto que «soporte» de una visión supraterrena, el Grial podía ser cualquier cosa.

Sin embargo, el Grial como piedra preciosa no aparece más que en un solo relato: el de Wolfram von Eschenbach. Y quizá sólo deba su relativa autonomía a un error del poeta alemán, que habría comprendido mal en el texto de Chrétien de Troyes el significado de la palabra «Grial», nueva para él. Pero desde la perspectiva en que yo me sitúo este hecho tiene una importancia escasa, pues es evidente que tras este error involuntario hizo irrupción, en el Parzival, todo un folklore de gemas que no perdía por ello su autenticidad. El Grial es pues, para Wolfram, una piedra que tiene tres virtudes singulares: protege por una semana y mantiene vigoroso y joven al hombre que ha podido contemplarla, tiene

virtudes nutricias y es símbolo de pureza y castidad. Además, se vincula a todo un pasado olvidado y forma parte de un contexto legendario más denso, que hunde sus raíces en el paganismo (es lo que permitía al Fénix renacer de sus cenizas). Pero lo que sobre todo caracteriza a dicha piedra es, en definitiva, que permaneció pura «en su esencia» cuando Lucifer en su caída arrastró consigo a los ángeles y las estrellas; bajada del cielo por los ángeles, se encuentra desde entonces bajo el control directo de la divinidad. El hipotético Kyot, en el que Wolfram pretende haberse inspirado, habría encontrado esta leyenda en Toledo, en una obra escrita en árabe por un astrólogo judío —o medio judío— llamado Flegetanis, cuyo nombre, deformado, significa, al parecer, «astrólogo» en persa. Pero aunque la aparición de Flegetanis pueda obedecer tan sólo a la necesidad de Wolfram de crear un personaje imaginario para atribuirle las ideas —de aire oriental— que él mismo había podido beber en los Templarios, no deja por ello de ser verdad que el Parzival tiene una tonalidad astrológica que no está presente en Chrétien y que parece de origen árabe o al menos mediterráneo. Se dice que por la ronda de los astros están reguladas todas las cosas sobre la tierra (pág. 224) y que las heridas de Anfortas están en relación con el curso de los astros, hasta el punto de que la constelación del Dragón apacigua los dolores del rey, mientras que Saturno y los cambios de la luna los reavivan (págs. 236 y 239), lo mismo que el retorno de Marte y Júpiter a su punto de partida (pág. 370). Wolfram estaba, pues, visiblemente interesado en la astrología. Conocía, como otros poetas de la Edad Media —pero quizás de forma menos superficial— la del Oriente musulmán. Conocía, al menos, los nombres árabes de los planetas (pág. 365).

Más que a las viejas prácticas judías que consistían en depositar piedras preciosas en el altar, más que a la veneración de que los árabes hacen objeto a la Piedra Negra, tal vez se podría vincular la mitología de Wolfram von Eschenbach a concepciones indoiranias, algunas de las cuales habían reaparecido al mismo tiempo que el catarismo y que admitían, de acuerdo, por otra parte, con el Apocalipsis, que las estrellas habían caído con los ángeles[2]. Parecía muy natural afirmar, según el espíritu de esta gnosis renovada, que las estrellas (de fuego celeste) se transformaron en piedras preciosas cuando los ángeles, las almas, fueron encerrados

en la materia. De hecho, la estrecha relación que existe entre los astros, las almas y las gemas está claramente atestiguada en el folklore astrológico. Las almas se revestían de sus cualidades y de las irisaciones de su esencia al atravesar los círculos planetarios. Y durante mucho tiempo se mantuvo la creencia, incluso en pleno siglo XVII —entre los médicos de la escuela de Montpellier, por ejemplo—, de que las pestes se debían a influencias interestelares, malignas y «materializantes». Las piedras, ocultas en la tierra, no eran más que rayos solares o planetarios materializados que conservaban las mismas virtudes, benéficas o maléficas, que las estrellas de las que emanaban y las del firmamento en general. Las piedras caídas directamente del cielo conservaban todavía mejor sus virtudes originales, lo que explica el culto de que han sido objeto en ocasiones. Ahora bien, Wolfram estaba convencido, como todos los poetas de su tiempo, de que ciertos seres eran «de la misma esencia del firmamento» (por ejemplo la planta llamada «dragontea», trachonte; pág. 236); creía en las virtudes de las piedras «terrestres» y sin duda había hecho que le leyeran el De virtutibus lapidum de Arnoldus Saxo; pero, sobre todo, soñaba con una piedra caída del cielo que, por voluntad de Dios, habría conservado su pureza sin experimentar corrupción. Era la época de las leyendas construidas sobre el tema de una esencia original milagrosamente «preservada» (el cuerpo de Jesucristo habría sido modelado de una parte así «preservada» del Adán primitivo; la madera de la cruz se suponía procedente del Árbol del bien y del mal, «sustraído» por Dios a la corrupción, etc.).

Creo, pues, que no hay necesidad de recurrir a título comparativo al simbolismo, por otra parte banal, de la Perla secreta, que en el relato provenzal de Barlaam y Josafat —construido sobre un relato griego más antiguo— representa la verdadera doctrina oculta, ni tampoco al de un «Canto de la Perla», maniqueo, que hace alusión, sin duda, a la verdadera ciencia inaccesible a los no iniciados. Sin necesidad —digo— de recurrir a esto, se puede afirmar que las concepciones de Wolfram proceden sobre todo de la astrología de la época, modificada quizás por la gnosis cátara del Mediodía francés. Para él, como para la tradición de que se hace eco, existía una piedra preciosa caída del cielo que, por la gracia divina, no había perdido su condición original y

participaba de la naturaleza del firmamento incorruptible.

De esta piedra hace Wolfram su Grial. La llama lapis exillis. Ciertamente estas dos palabras recuerdan curiosamente a lapis elixir, que es la expresión utilizada por los árabes para designar la piedra filosofal; y el Grial tiene cierta semejanza, en efecto, con la piedra de los alquimistas; pero la hipótesis de que *lapis exillis* equivale a *lapis ex coelis* (piedra venida del cielo) me seduce, lo confieso, infinitamente más, pues, en cualquier caso, el Grial es una piedra «caída del cielo» en relación a la vez con las estrellas y con las almas materializadas cuya salvación representa.

Wolfram no nos describe exactamente esta piedra preciosa. Todo induce a pensar —dicho sea de paso y a título puramente hipotético — que la imaginó como una esmeralda, cuyas virtudes, si se ha de creer al *Breviari d'amor*, texto provenzal del siglo XIII que resume más o menos las creencias de la época en esta materia, consistían en «retener los impulsos carnales, curar las enfermedades, conservar la salud y otorgar riquezas». La esmeralda, por añadidura, estaba colocada bajo el signo de la Venus celeste. Y sus dones, como vemos, correspondían aproximadamente a los beneficios que podían esperar del Santo Grial sus caballeros-sacerdotes y su rey. Lo que está claro es que a partir del siglo XIII, cuando se empieza a buscar —y a encontrar— por todas partes el Grial material, su forma era habitualmente la de un vaso de color verde. Una escudilla de prasma o vidrio fundido, de forma hexagonal y color verdoso, había sido confiscada en Cesárea por los cruzados en el año 1001, y, en el reparto del botín, fue asignada a los genoveses que la creyeron hecha de una enorme esmeralda y la donaron a la iglesia de San Lorenzo, en Génova, donde al parecer todavía se encuentra. Tardíamente, es decir, después de la difusión de los relatos del Grial, y en virtud de su color verde, se empezó a pensar que este sacro catino era el «San Gréal»[3].

Volviendo al Grial de Wolfram, no tengo la impresión de que la controvertida cuestión de sus relaciones con el sur de Francia, España y, de forma general, el mundo musulmán, haya sido definitivamente resuelta. Se puede dudar con J. Fourquet[4] de la existencia del famoso Kyot, que habría transmitido estas influencias

mediterráneas; se puede convenir con él que el Grial «mediterráneo» tiene como punto de partida (pero sólo como punto de partida) un error evidente; e incluso que Wolfram haya cometido una segunda equivocación, tan grave como la anterior, tomando el tailloir de Chrétien de Troyes —que es una fuente o bandeja— por un cuchillo, porque tailloir se parece a tailler («cortar»), aun cuando el contraste del Grial de oro —¿solar?— y la fuente de plata —lunar —, tal como aparecen en Chrétien, hubiera cuadrado mucho mejor con sus preocupaciones astrológicas. Es innegable, en definitiva, que Wolfram conocía bien el cuento francés del Grial. Pero es también indudable que en el relato de Wolfram von Eschenbach hay numerosos elementos —astrológicos o gnósticos— que no han sido tomados de Chrétien, y que parecen evocar, como pensaba el viejo Fauriel, una influencia «pagana» y oriental. Influencia que sólo pudo manifestarse a través de Provenza o de un provenzal. Pero todo esto se mantiene en el plano de las hipótesis, y el Grial «mediterráneo», suponiendo que haya correspondido a una tradición verdadera, no se vincularía con «el otro», el auténtico, sino por el contexto legendario que les es común.

Con la sola excepción del Grial de Wolfram, todos los que aparecen en la literatura o en la tradición iconográfica son copas o cálices. Pero hay que subrayar que en ocasiones están tallados en una piedra preciosa, como el sacro catino de Génova, o fabricados con oro y pedrería, como el Grial de Chrétien de Troyes, y están, en consecuencia, menos alejados de la «piedra» de Wolfram de lo que inicialmente se podría pensar. Sin embargo su simbolismo sigue siendo muy diferente y debe ser estudiado de forma independiente.

La palabra «Grial» no tiene en sí misma nada de misteriosa. Procedente del latín cratalis (relacionada con el griego crater), todavía designa actualmente en el Languedoc un lebrillo (grazal) y en los Hautes-Alpes e Italia del norte una copa. Y nos sentiríamos inclinados a recordar, si no fuera tan general —y, sobre todo, tan poco «explicativo»—, el mecanismo mismo del pensamiento —sincrético— de los pueblos antiguos, que muy pronto llegaron a una especie de idealización del «continente» en el símbolo del cáliz.

No conociendo, a decir verdad, lo abstracto ni lo concreto, sino solamente un abstracto que nacía de la coexistencia en su mente de dos concretos de naturaleza muy distinta, a menudo asimilaron la

idea del «continente» a la idea de la mujer, la imagen del vaso a la del seno, la de la copa llena de leche a la idea confusa de la fecundidad natural. Es cierto que hay en la forma misma de la copa, o del ánfora, una evocación femenina inmediata, que los obsesionados con el sexo perciben todavía claramente, y que se imponía antaño con tal fuerza que los antiguos iberos, como muchos otros pueblos protohistóricos, lo reflejaron en la materia, decorando sus vasos con dos senos de mujer en relieve, creando así un ideograma de la fecundidad o la mujer-cáliz. Pero sin despreciar este simbolismo —próximo a la imaginería onírica— hay que reconocer que si aclara, en cierta medida, la elección de un vaso como representación femenina de la fecundidad o la abundancia, explica bastante mal la sacralización de que ha sido objeto la copa.

El Grial, como ya hemos dicho, pertenece a la categoría general de los objetos nutricios que cuentan con numerosos ejemplos en el folklore, pero que no siempre son con forma femenina. Si el vaso de la abundancia que, en el relato irlandés de que nos habla Cohen[5], sirve a cada uno los manjares que desea, si el caldero de Ceridwen y, de forma general, los recipientes utilizados por las brujas en el legendario céltico reconstruido por Vendryes pueden ser de algún modo relacionados con el simbolismo del seno, está claro también que, al igual que el cuerno de la abundancia, la copa de Djemschid, o el cinturón mágico de Floripar, que en el relato provenzal de Fierabras procura todo el alimento necesario, dependen todavía más de un gesto de magia imitativa (la copa que se derrama, el cinturón desatado que deja caer lo que sujeta, etc.), sin referencia directa a la mujer ni a la madre. Algunos de estos objetos, cuernos, copas o cinturones, debieron de convertirse desde muy temprano en símbolos abstractos, susceptibles de utilización poética, pero en absoluto mágica (el cuerno de la abundancia, la copa de Djemschid). Se puede pensar, pues, que aun cuando el Grial, en tanto que vaso sagrado, hubiera aparecido completamente configurado en el punto de confluencia de dos corrientes ideológicas —una céltica, la otra irania (?) o mediterránea—, los elementos primitivos de estos antiguos folklores habrían sido impotentes para elevar su significación y su eficacia mágica por encima de las vinculadas a las alegorías, por una parte, y a las ficciones de los cuentos populares, por otra. Fue preciso, para que

se convirtiera en un mito singularmente operativo sobre las almas, que el Grial fuese asumido por otras fabulaciones, tradicionales y socializadas también pero mucho más complejas, que, al prestar un sentido nuevo a la andadura del héroe, conferían al propio Grial resonancias espirituales más profundas. Distinguimos fácilmente tres de estos grandes complejos ideológicos que son, por el orden probable de su estratificación: a) los ritos naturalistas de fecundidad; b) el Amor mediterráneo (o provenzal); c) el cristianismo. Los tres son fácilmente perceptibles en el primer cuento del Grial, el de Chrétien de Troyes, y en el Parzival de Wolfram.

a) Desde hace ya mucho tiempo los etnógrafos tratan de relacionar las ficciones de los cuentos populares con la astrología y los movimientos del cielo. Es cierto que estos cuentos —en los que el héroe camina sin parar de la mañana a la noche, donde los personajes están siempre dispuestos a separarse para recorrer el mundo, cada uno por su lado— hacen pensar en no se sabe qué trajín de astros en el cielo. A decir verdad es muy fácil ver en Parzival una simple imagen del sol, y en Blancaflor, o en el propio Grial, la de la luna. Las teorías más recientes de Jessy
L. Weston
[6] siguen siendo, en un sentido, astrológicas, pero insisten sobre todo en el aspecto ritualista de los misterios del Grial. En la medida en que llegan a asimilar verdaderamente estos misterios a antiguos cultos naturalistas precristianos, dichas teorías conservan, pese a todo lo que se haya podido decir, un alto valor explicativo. Sólo ellas aclaran, en mi opinión, el sentido de esa especie de «procesión del Grial» que —como afirma Cohen— habría tenido por objeto «asegurar el espíritu de vida siempre en peligro».

La herida del rey recuerda la mutilación que sufrían los sacerdotes de Cibeles, e incluso el sacrificio de un dios, Adonis u Osiris.

Mientras que algunos etnógrafos, A. Nutt especialmente[7], tratan sobre todo de establecer una relación precisa entre los misterios de Montsalvatge [el Munsalwäsche del texto] y los misterios de Eleusis, Weston se inclina más bien por los misterios de Adonis entendidos como una prefiguración de los misterios cristianos. No creo que haga falta buscar una filiación directa —e

impensable— entre ceremonias tan alejadas en el tiempo y en el espacio; su semejanza puede explicarse por la existencia simultánea, en varios pueblos, de ritos o iniciaciones análogas. Es difícil no ver en los relatos del Grial (Chrétien de Troyes, Wolfram von Eschenbach) el esbozo —o el vestigio— de una iniciación que tiene una resonancia en el mundo real. «Si el caballero de la Demanda», citamos de nuevo a Cohen, «no supera las pruebas, la cosecha se echa a perder, la tierra deviene "baldía", participando de las heridas y la mutilación del rey; si triunfa, el héroe es epoptes; iniciado al secreto supremo, se convertirá en sucesor del anciano rey, o de su doble e hijo, el Rey Pescador». Y lo que demuestra que la relación suprarreal así establecida entre el Rey del Grial y la naturaleza no es fortuita ni fruto de la «libre» invención de los poetas, es que cambia de forma, según sus tendencias individuales, sin perder nada de su fondo. Así, en Wolfram, en el que la presencia astrológica está más acentuada que en Chrétien, se dice explícitamente que las heridas del rey se corresponden con las de la naturaleza por mediación de los astros. «El día en que Saturno volvió al punto de origen de su curso, lo advertimos por el estado de la herida y por una nevada que cayó en pleno verano». Se ve que, si la unión del mundo objetivo y el mundo subjetivo se realiza aquí en el marco de la astrología y la fatalidad, el nexo que une al rey con la vegetación y la vida no es por ello menos estrecho; muy al contrario.

He afirmado que cada estrato mítico había aportado, revalorizándolos, sus héroes propios y sus figuraciones complementarias. Confieso no saber qué pudo significar antiguamente la fuente de plata que acompaña a la lanza. Quizá sólo estaba allí, como asegura uno de los continuadores de Chrétien, para recoger la sangre que manaba de ella. Es, en cualquier caso, un elemento secundario. Pero, en mi opinión, la lanza parece pertenecer —hipotéticamente y de acuerdo con las teorías naturalistas— a la versión que tengo por una de las más antiguas. Desempeñará un papel muy importante en las explicaciones propuestas por Jessy
L. Weston
y recientemente retomadas por Wiersma-Verschaffelt[8].

La iniciación primitiva supondría tres grados sucesivos que en

los relatos «literarios» fueron yuxtapuestos —al menos los dos primeros—, cada uno de los cuales está representado por un personaje diferente y aventuras particulares. Está el grado al que accede Gauvam [Gawan, en el texto de Wolfram] y el grado al que accede Perceval. Y se sabe que estos dos héroes prosiguen paralelamente su demanda. Sólo la iniciación al tercer grado, con Galaad, será objeto de una ficción novelada independiente de las otras dos y más tardía.

Gauvain, si es cierto que su nombre procede de Gwail Awain (de largos cabellos de oro), podría perfectamente, por ello mismo, ser un símbolo del sol. Es el joven sol que debe luchar contra las Tinieblas y la Muerte, o más bien su representante en la tierra, candidato a la iniciación del primer grado. Pero en su misión no triunfa más que a medias: se duerme en el templo del Grial y no capta de él más que una imagen aproximada. Sólo llega, pues, al grado iniciático que Jessie
L. Weston
llama «grado vegetal», y Wiersma-Verschaffelt «grado masculino». Lo característico, después de esta primera iniciación fallida, incompleta, es que el agua corre de nuevo, la llanura recupera su lozanía, pero las mujeres y las hembras de los animales siguen siendo estériles. Hay que concluir de ello que Gauvain representa la masculinidad no evolucionada, que no ha pasado todavía del egotismo a la heterosexualídad, que humilla a las mujeres, consideradas como un Absoluto hostil radicalmente separado del hombre, y como presas con las que no se puede «simpatizar» más que en el placer. Si se recuerda que los relatos del Grial —dejando aparte el de Robert de Boron y la famosa Demanda cisterciense— transmiten claramente los principios de una iniciación al Amor y a la Mujer, es preciso reconocer, al mismo tiempo, que el comportamiento de Gauvain es el de un iniciado que falla en el plano de la erótica sublimada.

La lanza no adquiriría todo su significado más que en el segundo grado iniciático (el de Parzival), que consistía (?) en una especie de meditación ante los símbolos esquemáticos de los órganos genitales: la lanza sangrante masculina y la copa femenina. Todo, en efecto, parece respirar en el Parzival esta atmósfera erótica y feminizada. Parzival, el mismo tipo de adolescente que su madre había tratado

de castrar moralmente antes de que llegase a ser adulto, Parzival, que dejó a su madre «con el corazón tan roto, que murió». (Wolfram von Eschenbach), no puede comprender nada del amor ni de su simbolismo inmediato, ni de sus idealizaciones cada vez más elevadas. No sabe —aunque lo diga claramente— que va en busca de su madre; no sabe, sobre todo, que el amor es, en efecto, el encuentro con su madre, pero bajo la apariencia de otra mujer; no sabe, en definitiva, que el amor reside en la substitución de una fatalidad («no se elige a la madre») por otra, interior ésta al hombre que decide amar… sólo que, según la economía general del cuento, y habida cuenta que él es simple, puro a pesar de sí mismo, y que está predestinado, pese a todo, a encontrar el Grial, conocerá el amor liberador sin haberlo buscado; será casto por ignorancia, y evitará, no se sabe cómo, enamorarse de su tía. En suma, será iniciado al segundo grado, por la gracia de Dios.

El tercer grado, el que Jessie L. Weston llama «grado divino», y Wiersma «grado de androginia espiritual», me parece menos fácil de aislar que los otros dos. Puede corresponder, en efecto, al acceso de Parzival a la realeza, desde el momento en que el héroe sabe integrar en su alma el amor femenino, transmutar luego este amor en amor divino, y promover por fin su alma hacia el Espíritu. (Este es el camino espiritual que habría seducido sin duda a los trovadores y a las beguinas de san Francisco; es, en cualquier caso, el que cree redescubrir Wiersma en la iniciación antigua). Pero puede coincidir también con la actitud mística del santo que, en la versión cisterciense de la Demanda (Demanda del Santo Grial), no quiere tener nada en común con la feminidad tentadora: Galaad es un asceta puro preocupado por morir lo antes posible en el seno de un Dios que él no quiere ni puede alcanzar a través del amor sexual sublimado. Como quiera que sea, y aun cuando el tercer grado da un poco la impresión de ser como una falsa ventana (¿por qué, por ejemplo, no podría Galaad —como un Gauvain espiritualizado— representar la culminación del primer grado, de carácter masculino?), los dos primeros grados reflejan muy profundamente el papel desempeñado por el amor y la mujer en la Demanda exterior —o interior— del Grial pagano y cristiano.

b) Los relatos del Grial —aquellos al menos que no han sido completamente cristianizados— están penetrados, en efecto, de una

erótica muy misteriosa que en ciertos aspectos recuerda a la de los trovadores y que, de hecho, por medio de Chrétien de Troyes (¿o de Kyot?) ha sufrido sin duda la influencia del amor provenzal. Por una parte, se insiste mucho en la castidad: el Grial es atendido por una virgen y custodiado por caballeros puros (los Templarios de Wolfram von Eschenbach); el Grial es una piedra que modera los impulsos sexuales… Por otra parte, casi todos los antiguos reyes del Grial y los caballeros de la Demanda han combatido por una dama y han buscado la muerte por amor. El rey actual, cuya divisa es «Amor», ha sido herido por el amor de una mujer; Perceval podrá acceder a la realeza suprema precisamente por haber conocido providencialmente el amor de Blancaflor. La Virgen del Grial, por último, se casará con Feirefiz, hermano de Perceval… Hay ahí una contradicción, la misma por otra parte que nos ofrece el amor provenzal, a la vez lúbrico y puro. Ciertamente, Wolfram lo explica todo de manera muy simple: los reyes del Grial sólo pueden enamorarse de mujeres elegidas cuyo nombre es designado por el propio Grial. Y deben casarse con ellas. Cabe pensar que quiso así revalorizar el matrimonio (la nueva fatalidad materna), pero es más probable que a imitación de Chrétien de Troyes —y de los trovadores— haya tendido de forma más o menos consciente a poner en el origen de todas las virtudes una pasión que es a la vez amor y castidad. (El amor, en él, no es adulterio, como entre los trovadores, pero el matrimonio, durante toda la primera parte del relato, es una especie de matrimonio blanco).

Sería demasiado largo analizar aquí esa especie de magia erótica que precedió de forma evidente al nacimiento del amor y que estableció una transición entre el deseo natural y la pasión moderna. Tenía su origen, en primer lugar, en la creencia de que el cuerpo femenino manifestaba por su sola presencia importantes poderes sobrenaturales, los mismos, por otra parte, que se atribuían al Grial (resulta significativo que el Grial rejuvenezca a quienes lo contemplan y les impida envejecer, de igual modo que la mujer amada, según el trovador Guillermo IX, renueva el corazón y hace vivir cien años); en segundo lugar, en la fe de que una fuerza oculta nacía del impulso carnal reprimido. El que un caballero no consintiese en fornicar con una joven que se le ofrecía no sólo era un acto heroico[9], sino que parece, en definitiva, que la erótica

trovadoresca estuviese movida por una segunda intención en la búsqueda de tales situaciones «heroicas», de las que la magia erótica —más o menos inconsciente— obtenía sus efectos en forma de valor, prez, cortesía, inspiración poética, etc. Los tratados de amor —que, aunque más tardíos, testimonian concepciones análogas— como el de Andreae Capellani, por ejemplo[10], son muy precisos en este punto: el amor puro no es, como se ha repetido, la negación *a priori* del deseo; es el amor que permanece puro, en circunstancias peligrosas «provocadas», y utiliza la energía de ese deseo para fines más altos que la cópula. Admitía todas las maniobras carnales salvo el «acto». Es decir, correspondía pura y simplemente —y en ello reside su originalidad— a una especie de amor interruptus del que se conocían múltiples variedades, desde la practicada por los tibetanos hasta la semiinconsciente de los trovadores, pasando por la amistad platónica, más filosófica e intelectualizada. Lo que constituye la unidad de todas estas formas de amor es el supuesto efecto estimulante sobre el espíritu por la represión del deseo físico.

Tiene siempre algo de ridículo preguntarse si los héroes de los relatos fueron o no castos. En lo que atañe a Perceval es sin embargo una cuestión de importancia, que se plantea también a propósito de los trovadores. Cohen, muy curiosamente, parece dudar entre dos interpretaciones posibles del comportamiento de nuestro héroe en el Cuento del Grial. Según él, si Perceval fue casto, lo fue como Dafnis y Cloe antes de las lecciones de Lycenion. Pero parece admitir, finalmente, que no lo fue. Me inclinaría más bien por la primera solución. Perceval se mantuvo puro, durante mucho tiempo, por ignorancia. Lo que constituye su originalidad específica es el hecho de forzar el destino por su propia inocencia: como Juan el Bobo en los cuentos populares, está predestinado a todas las virtudes precisamente por ser bobo. Su simpleza le impide incurrir en ninguna falta. Y formaba parte del orden de las cosas el que así fuera.

Por otra parte, incluso en la hipótesis del matrimonio inmediatamente consumado —poco probable, dado el contexto «tradicional»—, seguiría siendo cierto que Perceval fue al menos fiel a su mujer, es decir, puro en relación a todas las demás, y en ocasiones en que resultaba difícil serlo. Es incluso ese único amor el que le impide caer una y otra vez. Difiere en esto de Gauvain, que

es lujurioso en cualquier circunstancia (por eso no «ve» el Grial). Ya sea porque Chrétien quería reconciliar el matrimonio con el amor occitano, o porque no quería ver en el matrimonio de Blancaflor con Perceval, como hizo igualmente Wolfram, más que una manera de ligar a su héroe a una pasión única y fatal, el principio a que me he referido permanece siempre salvaguardado en su naturaleza profunda. El amor contenido es el motor interior de esta Demanda que tiene todas las características, se quiera o no, de una iniciación a la feminidad inaprensible para los sentidos carnales.

En realidad, como ya he sugerido, no se trata tanto de amor cuanto de una especie de identificación de Amante y Amiga, identificación mágica, sobrenatural, que recuerda mucho lo que yo mismo he llamado «intercambio ritual de corazones»[11], es decir, una operación simbólica destinada a recrear —idealmente— la androginia mística. Gauvain —insisto en este punto— no es capaz de «ligarse» así, y en tono de broma, más que con una niña, Obilot, que le declara sin embargo solemnemente que él ha pasado a ser ella, y ella, él.

Pero Perceval, más puro, como se ve en el hermoso episodio de las gotas de sangre en la nieve, está tan estrechamente «unido» con Blancaflor, más allá del espacio, que con esta imagen como soporte, tramada en rojo y blanco, es transportado fuera de sí mismo, y desarzona, sin ni siquiera verlos, a los caballeros que se presentan ante él.

En los relatos del Grial, todos los rasgos atribuidos a la pasión caballeresca —o más bien a ese amor que no era todavía el Amor— son igualmente de orden mágico. Tienden a utilizar la fuerza amorosa que emana de la feminidad para fines de protección sobrenatural. En los combates, postulan y aseguran la comunión del hombre y la mujer, para que dicha comunión envuelva con su «aura» lejana al caballero que va a morir[12]. Le arrastran a veces a desear la muerte por amor, porque esta muerte aporta, por sí misma, la salvación metafísica. Exigen, por fin, la castidad absoluta o relativa (la fidelidad a una sola mujer), y, en consecuencia, el heroísmo erótico.

Señalaremos, para terminar, que el amor, tal como se desarrolla en las versiones sucesivas de los mitos del Grial, evolucionó exactamente como el amor provenzal. Perceval es el último de los

héroes de la demanda que «utilizará» la energía amorosa para superar sus pruebas. Su mujer se le unirá en Montsalvatge y será la Reina del Grial, pero ya no habrá después ninguna otra Reina del Grial. Bajo la influencia de la Iglesia romana, que se esforzará por reprimir la antigua brujería erótica (en 1240 se condenará formalmente el tratado de amor de Andreae Capellani), los Fieles del Amor femenino se convertirán en Fieles del Amor divino. La salvación no vendrá ya de la mujer, de la Naturaleza, sino de Dios. Por eso no creo mucho, en definitiva, en el tercer grado iniciático —el de lo divino— postulado por Jessy
L. Weston
. Si existió entre los celtas (?), no dejó huellas claras en la literatura: Galaad es puramente cristiano. No sólo las mujeres están excluidas de su corazón, sino que cuando aparecen, lúbricas y obscenas, es solamente en visiones infernales, como elementos integrantes de la tentación. Galaad ya no tiene necesidad de apoyarse en el poder de la mujer y del amor. Quizás incluso no crea ya en la profunda unidad del Amor. A partir de ahí, como si la presencia de una Mujer celestial, de un Eterno femenino, se hubiera impuesto pese a todo a la mística masculina, veremos cómo en los poemas alemanes del siglo XIV (Lohengrin, Parzival y la Mesa Redonda) el Grial se pone como una especie de oráculo al servicio de la Madre de Dios. Es la época en que los trovadores de la escuela de Toulouse se dedicarán igualmente —y de forma exclusiva— a cantar a su Dama, la Santa Virgen.

c) Todos los relatos del Grial actualmente conocidos están cristianizados en algún grado. El que, en definitiva, parece estarlo menos es el Parzival de Wolfram (1200-1210). En él, sin embargo, la piedra pagana recibe cada Viernes Santo a una paloma celestial (el Espíritu Santo) que le lleva la hostia y renueva sus virtudes. El Grial de Chrétien de Troyes
(1180-1190)
es un cáliz, que contiene una hostia, es decir Cristo encarnado.

El más cristianizado es, sin duda, el relato hagiográfico de Robert de Boron (1195), ejemplo de acomodación muy lograda de leyendas antiguas a un ideal nuevo. La lanza de las iniciaciones paganas se convierte ahí en la utilizada por el centurión Longinos para atravesar el costado de Jesús; el vaso sagrado aparece en un

contexto muy distinto: es la escudilla en la que Nuestro Señor habría comido el día de la Pascua con sus discípulos y en la que, por añadidura, José de Arimatea habría recogido la sangre divina.

Pero, aparte de algunas huellas de influencias célticas (todavía aparece Avalon) y algunos vestigios del mito anterior (el Grial conserva aún virtudes nutricias: alimentó a José de Arimatea en prisión), no se descubre en el poema de Robert de Boron más que episodios legendarios estrictamente cristianos —y, por otra parte, bastante insulsos— cuyos personajes, absolutamente renovados, apenas recuerdan su pasado pagano.

En toda esta literatura, el Grial es, como se ve, un vaso que «contiene» de alguna manera a la divinidad. La idea de sacralizar, en mayor o menor medida, la copa que servía para el sacrificio debió de aparecer en numerosos pueblos —tal como ha mostrado Emile Burnouf[13]— y sobre todo entre aquellos que adoraban el fuego y lo alimentaban vertiendo sobre él un líquido graso o espirituoso.

Hay, sin ninguna duda, una relación casi necesaria entre el alimento contenido en el vaso, que se derrama sobre el fuego para resucitarlo, y el vaso mismo, así como entre ese fuego material y la llama espiritual interior (Espíritu divino, Cristo solar, etc.) a la que a veces se lo ha asimilado.

Y no me opongo a la hipótesis que atribuye la sacralización de la copa a una extensión al continente de los caracteres inherentes al contenido, aunque haya que asimilar entonces lo que alimenta el fuego al propio fuego, lo que, sin ser tan verosímil, sigue siendo a fin de cuentas admisible. No sé si los atributos de los diversos vasos mágicos pueden ser remitidos fácilmente a los del vaso del sacrificio que contiene el alimento sagrado, o si tienen otro origen. El primer Grial conocido es quizás el aludido por Cohen[14], que parece ser la expresión de mitos ya elaborados, mitos que superan infinitamente los relacionados con los diversos cultos del fuego. Sea como fuere, creo que el cáliz estaba ya idealizado en el momento en que el cristianismo, utilizando por otra parte tradiciones antiguas perfectamente vivas en las comunidades orientales (el *Pseudoevangelio de Nicodemo* y los *Hechos de Pilatos*[15], redactados según el citado evangelio), se creyó con derecho a identificar ese Grial primitivo con la fuente de la Cena, el receptáculo de la sangre

de Cristo o el habitáculo mismo de Dios encarnado en la hostia. Todo esto se acomodaba fácilmente con el espíritu del mito primordial. Hay que subrayar, incluso, que el simbolismo astrológico no era incompatible con tales interpretaciones (la luna aparece como una copa que contiene una hostia, es un cáliz que recoge la luz solar, etc.), pero fue preciso que acaeciera en el mundo cristiano un acontecimiento decisivo, privilegiado, para precipitar la elaboración de la nueva mitología.

El dogma de la transubstanciación fue proclamado en el concilio de Letrán en 1215, pero estaba en el ambiente desde el siglo IX. El Grial crístico nació, en cierta medida, de la necesidad mística de «experimentar» o representar este dogma. Se trataba de expresar sentimentalmente la ascensión del hombre hacia Dios, pero también, y sobre todo, de sugerir a la imaginación la acción inefable, incomprensible, por la que Dios se introduce en el sacramento. Lo que quedará reservado a los iniciados perfectos como Galaad es la visión misma de la encarnación, el secreto de las relaciones impensables que unen lo Eterno con lo temporal.

Y lo verdaderamente extraordinario en estos mitos tan maravillosamente elaborados es que expresan una infinidad de cosas de una forma muy confusa, pero al mismo tiempo muy precisa. En los mitos «profundos» todo está en Todo, todo remite a Todo, en un sincretismo que es armonía completa.

La hostia es el Cordero que sangra, es la luz del Cristo solar, es el alimento que otorga la Vida eterna, es la encarnación del Espíritu y la manifestación del Amor, es el desarrollo mismo de la historia del mundo y el final de los tiempos… Cuando la hostia descendió sobre el Grial, todos los mitos primordiales fueron consumidos, subsumidos, y sin embargo reaparecieron por transparencia. Las últimas fabulaciones crísticas —que no presentan gran interés para el etnógrafo, por haber borrado supervivencias más arcaicas— no han alienado sin embargo nada esencial en el plano místico, salvo, quizás, el ideograma mágico-sexual de la lanza y el papel antaño consagrado al amor terrenal. Y ni eso, quizá. Si es verdad que el amor es absolutamente «uno», del cuerpo al Espíritu y de la mujer a Dios, el verdadero místico cisterciense podía pensar que al adorar su Grial no excluía nada.

Pero estas magníficas construcciones religiosas fueron obra de

individuos o de colectividades llenas de fervor sagrado. Pertenecen a una mística culta, consciente de sí misma, a veces «interesada». Es muy probable que la puesta en escena, literaria, del dogma de la transubstanciación fuera suscitada por la pretensión de los monjes de Glastonbury de ser los herederos directos de la tradición británica primitiva y poder ofrecer así a Enrique IV un conjunto de mitos, prácticas y ritos absolutamente independientes de la autoridad de Roma, como arsenal suplementario en su lucha contra el Papado.

Pero, por el contrario, la magnífica Demanda del Santo Grial en prosa, concebida por el espíritu cisterciense, fue concertada, también —y en un plano sin duda más elevado— para dar a la cristiandad un equivalente puramente místico de los relatos de amor y caballería, y para liberarla, mediante el ascetismo, de la dependencia en que se encontraba respecto a los mitos paganos, así como del amor naturalista y de la feminidad peligrosamente exaltada. La «Demanda» hacía entrar todo en el orden romano.

Sin el esfuerzo lúcido de estas conciencias religiosas orientadas hacia una finalidad práctica, las leyendas del Grial se hubieran quedado sin duda en el punto en que actualmente se encuentran los diferentes temas de los cuentos populares. Cuando se relee el Mabinogi galés de Peredur, que no se remonta más que al siglo XIII, se puede pensar, ciertamente, que tan sólo refleja, degradándolos y vulgarizándolos, los mitos que Chrétien hiciera célebres. Sin embargo, no es tan seguro que así sea. No es imposible que el Mabinogi nos proporcione el estado de las creencias del pueblo en el momento en que Chrétien tomó toda esa materia poética para elaborar a partir de ella su relato. Sea como fuere, todos los elementos de la ficción son devueltos al nivel de los cuentos populares, por encima del cual jamás podrían haberse elevado. Júzguese a partir de estos ejemplos: el silencio de Peredur ante las maravillas que ve en el palacio del anciano enfermo se debe a su promesa de no decir palabra en tanto no hubiere obtenido la mano de Angarad; la lanza que se le presenta significa que debe vengar a su tío y a su sobrino asesinados a traición; la lanza mágica que el Rey Pescador remite a Peredur, como símbolo de fuerza y soberanía, se rompe en su mano por no disponer todavía de las virtudes necesarias para ejercer la realeza; el Rey Pescador recibe

este nombre porque mata su aburrimiento pescando con caña, etc. Sin duda los elementos célticos utilizados por Chrétien podían haber tenido en sí mismos, y anteriormente a este Mabinogi tardío, un significado poético o mágico más relevante[16]. Pero no es probable.

En realidad, los elementos verdaderamente sugestivos de este mito eran comunes a los celtas y a los pueblos que frecuentaron antaño las orillas del Mediterráneo. Si es cierto que la fábula del Grial resume las supervivencias de antiguos ritos de iniciación de los jóvenes a la sexualidad y a las armas, así como de mitos solares y de fecundidad, son éstos rasgos que se vinculan a un folklore más o menos universal. Por eso nada se opone a que se distinga una corriente más bien céltica y una corriente más bien mediterránea o incluso irania (si bien la opinión emitida hace unos años de que los mitos del Grial tendrían su origen en un supuesto Parzivalnameh persa no parece que deba ser tomada en consideración), pero a condición de no ver en una y otra más que tonalidades de superficie superpuestas sobre un fondo común. Fauriel no se equivocaba al reconocer en el Parzival de Wolfram detalles, leyendas incluso, que abogan en favor de una influencia meridional indiscutible. Pero todo lo que era asimilable del genio céltico y de un cierto espíritu mediterráneo se había incorporado ya, en mi opinión, a la obra de Chrétien de Troyes.

Los mitos hicieron nacer a sus héroes, imaginarios o reales, o bien —lo que viene a ser lo mismo— hicieron evolucionar el carácter de su misión, según el uso ideológico que la sociedad quería hacer de ellos. Es evidente que el Perceval de Chrétien de Troyes combina el tipo del caballero cortés provenzal con el del fiel guerrero nórdico, atento a no desobedecer a Roma incurriendo en adulterio. Es evidente que Wolfram von Eschenbach elabora un ideal humano que corresponde exactamente a lo que la sociedad de su tiempo concebía como lo más elevado: el caballero y el sacerdote. Wolfram soñó con caballeros-sacerdotes, y tenía por modelo a los Templarios. Pero también soñó lo imposible: la reunión en un mismo corazón de la cortesía amorosa, las virtudes guerreras y la santidad. De hecho, Parzival no es ni íntegramente amante, ni santo: no es más que un caballero «salvaje». De ahí la parte de inconsciencia, de fatalidad, de «Providencia», gracias a la

cual puede asumir, mal que bien, todos sus papeles.

La Demanda cisterciense, como hemos visto, pone a cada uno en su lugar. El asceta, el santo, no será ya caballero en la tierra. Dejará al siglo el amor profano y la guerra. Sus armas serán la oración y el amor al Espíritu Santo. Al tomar, aunque sea de forma un tanto artificial, los relatos del Grial como un Todo en proceso de devenir, se constata que su evolución coincide en definitiva con la del mito primitivo. Las últimas versiones, muy cristianizadas, consagran la derrota de Amor y la victoria de Roma. De hecho, ya habíamos visto que el caballero alocado, egoísta y demasiado viril debía aprender primero a salir de sí mismo en el amor terrenal, para reconocer la vanidad del mismo y llegar a un amor más depurado capuz de quemar las pasiones profanas.

El Perceval de Chrétien y el de Wolfram inmovilizan la evolución en el punto en que el héroe tenía que reconquistar su alma (o su principio femenino, su madre, si se quiere) y reconciliar la carne y el alma, sometiendo, por amor, su cuerpo a su corazón.

Es esto lo que prescribían los antiguos ritos de iniciación. El efecto atribuible al Grial precristiano, tal como lo encontró Chrétien de Troyes, era realizar en el hombre la sumisión de la carne al alma, por devoción a la feminidad. Pero los cistercienses crearon el tercer grado iniciático, del que carecía el Grial pagano, y que exige la adhesión del alma a su Espíritu. La espada que hay que volver a soldar es quizás el ternario humano, cuerpo-alma-espíritu, que debe ser reconstruido mediante la ascesis. Así pues, el Grial parece en primer lugar fragmentar, para volver a unirlo luego, en el plano mítico, al hombre desgarrado, dislocado, desde la caída.

Pero el Grial tiene otro significado que me parece imponerse por sí mismo: salva al Rey Pescador que no merecía la salvación; es la salvación inmerecida, la Gracia. Es el único atributo femenino (la «misericordia») que el Grial conservará hasta la desaparición de la literatura que inspiró. La Gretchen de Goethe, desde este punto de vista, encarna el mismo eterno femenino, la misma gracia de amor. Y es notable que Perceval, que se ha beneficiado de ella, sea por encima de todo un simple al que el amor terrenal abrió sin embargo los ojos. Y es que la inocencia es la parte de la Providencia en el ser humano —«la ignorancia viene de Dios», decía De Maistre, con menos profundidad— y «la ciencia del hombre». Además, el místico

de la Edad Media quiere ser absolutamente dependiente de Dios y ser traspasado por Dios («Dios tiene innumerables designios que se nos escapan», afirma el ermitaño Trevrizent. «¿A quién ha llamado alguna vez a su consejo, y quién sabe hasta dónde se extiende su poder?», *Parzival*, cfr. pág. 373). El amor mismo desciende de Dios y se remonta hasta él. Perceval no sabe lo que la Divinidad quiere hacer de su persona. De ahí su humildad, de ahí su prudencia, de ahí la sabiduría con la que, sin sacrificar lo inmediato a lo lejano, el presente al porvenir —como hacen de ordinario los ateos— reserva para el prójimo su amor ciego.

Notas

[1] El servicio a la dama, a cambio de su recompensa amorosa, es un reflejo de la sociedad feudal en su conjunto. La épica y la lírica cortesanas giran en torno a ese principio. <<

[2] Lugar imaginario de Occidente. < <

[3] Lugar imaginario de Oriente. < <

[4] *Bâruc* en el original, del hebreo *bârûk*, «el bendecido». <<

[5] Tela de seda, procedente de Arabia, de color verde y entretejida de oro. < <

[6] Reino imaginario de África. < <

[7] Palas («palacio») se refiere a menudo también a la edificación principal de un castillo o a su sala más noble. <<

[8] Supuesta capital de Zazamanc. < <

[9] Las buenas noticias, en este caso la llegada de Gahmuret, solían ser generosamente recompensadas. < <

[10] Reino imaginario de África. < <

[11] Los tesoros se refieren a las prendas, a veces muy valiosas, que los caballeros recibían de sus damas para poner en las puntas de las lanzas. Los gritadores ayudaban al caballero, proporcionándole caballos frescos y nuevas armas, y proferían gritos de ánimo característicos para cada uno de ellos. Tenían derecho a recoger los restos del torneo (principalmente, armas deterioradas y prendas). <<

[12] Lachfilirost en el original. Parece, no obstante, más probable una lectura paralela a fil li roy Gandin, del propio Parzival, o a Erec fil de roi Lac, tan frecuente en el Erec, de Hartmann von Aue. <<

[13] Juego de palabras. Wolfram traduce al francés, pero con sintaxis alemana, el alemán *burcgrave*. Debería decir *cons del castel* en vez de *schachtelakunt*. La intención es tan oscura como el hecho de hacer constar tan tarde el nombre del burgrave. < <

[14] Los feudos civiles se otorgaban con banderas, los eclesiásticos con cetros. Sólo el rey podía conceder este tipo de feudos. El noble entregaba una bandera y el rey se la devolvía. < <

[15] Los engañó porque no partió entonces con su barco. <<

[16] Bolso pequeño prendido del cinturón. < <

[17] País de la leyenda céltica. < <

[18] Se refiere al Cáucaso índico, famoso en la Edad Media por su oro. < <

[19] El escudo se colgaba al cuello mediante una correa. < <

[20] Con las porras los escuderos ayudaban a capturar a los caballeros desmontados. < <

[21] También llamado camal, cubría la cabeza por debajo del yelmo.
< <

[22] En muchos pasajes de la literatura medieval alemana se pasa del voseo al tuteo sin razón aparente. Lo normal, sin embargo, es que el tratamiento de cortesía sea muy complejo y estricto. <<

[23] Como las que se dan los amigos que no luchan en seno. < <

[24] A veces se ponían también flores, como decoración y para refrescar el ambiente. < <

[25] Francia. < <

[26] La divisa de amor, regalo a menudo muy valioso de la dama, se colgaba de la lanza, del escudo o del yelmo. < <

[27] Predicción de la pérdida de un pariente cercano. < <

[28] En francés en el original («buen hijo, querido hijo, bello hijo»), que respetamos aquí porque el propio Parzival confundirá más adelante la expresión francesa con su propio nombre. < <

[29] Alusión a una estrofa de Reinmar von Hagenau, atacada también por Walther von der Vogelweide. < <

[30] Lo más probable es que Wolfram hable con ironía, pues su obra encierra una notable erudición, aunque su intención última, como tantas veces, es oscura. Podría dirigirse contra la literatura culta, aunque la suya, evidentemente, no es sólo oral. También podría querer decir que no es una literatura retorizada, como buena parte de la épica cortesana alemana. O incluso que era iletrado, en el sentido de desconocedor del latín, aunque esto parece menos probable. < <

[31] Posible alusión al viejo maestro Hartmann von Aue, que destacaba por su erudición. < <

[32] Se refiere a un baño turco. El haz de ramas se usaba para golpearse, frotarse y cubrir las partes pudendas. < <

[33] La educación que ofrece a Parzival su madre resulta difícil de entrever. No parece introducirle en la doctrina cristiana con un mínimo de detalle, ni se dice siquiera que esté bautizado, aunque, en cualquier caso, es lógico pensar que lo educara dentro del cristianismo. La necedad que muestra el joven es principalmente por falta de experiencia, aunque en algunos pasajes parece que el autor llega a poner en cuestión la propia inteligencia de Parzival. Con todo, no hay que olvidar que el simbolismo y la ironía privan sobre la verosimilitud realista y el estudio psicológico de los personajes. <<

[34] La silla apretaba porque los arzones eran muy altos. <<

[35] Premio para la dama más bella, según el *Erec*, de Hartmann von Aue. El caballero de la dama que pretendía ser la más hermosa tenía que vencer tres veces. < <

[36] Alusión erótica e irónica. El monte es a la vez un monte real y el monte de Venus. < <

[37] Wolfram no traduce el componente val (quizá «valle»). El origen del nombre Parzival es oscuro. Görres lo creyó árabe, y de ahí Parsifal (como después en Wagner). La forma francesa antigua —Perceval— procede quizá del celta Peredur, con etimología popular («penetra el valle»). <<

[38] Schionatulander murió porque, estando justando con Orilo, se fue detrás de un perro que pasaba por allí, para cogerle el preciado collar, tal como deseaba Sigune. <<

[39] Wolfram suele utilizar la palabra *berteneis* para referirse a los britanos, sobre todo en lo que respecta al rey Arturo y sus caballeros, aunque ocasionalmente llama así también a los bretones. < <

[40] Doña Genoveva es la esposa del rey Arturo. Alusión a los personajes relacionados con la Tabla Redonda, tal como los trató por primera vez Hartmann von Aue en su *Erec* y en su *Iwein*. <<

[41] Enite es la protagonista femenina del *Erec*, de Hartmann von Aue. < <

[42] Educador de Tristán, tomado del *Tristrant*, de Eilhart von Oberg.
< <

[43] Capa que se ataba en el pecho con un cordel, de moda a finales del siglo XII. < <

[44] El derecho se hace visible al tomar un objeto de la parte contraria, como símbolo del país reivindicado. < <

[45] El látigo alude a Parzival, el trompo a Ither. La imagen aparece ya en la antigüedad. < <

[46] Los principales cargos de la corte eran el de senescal (especie de jefe de la casa real, que controlaba el buen funcionamiento de ella), tesorero, escanciador y mariscal (en un principio, encargado de los caballos). < <

[47] El que prestaba juramento debía tocar la vara del juez. Aquí, festivamente, se tocan la espalda y las posaderas de la dama, pero con la vara, atributo del senescal y, psicoanalíticamente, símbolo del padre. < <

[48] A través de Iwanet, la corte de Arturo participa en el delito de arrebatarle al muerto la armadura. < <

[49] Fijaban la bloca metálica, protección de la mano, al escudo de madera. < <

[50] De la justa por ese gavilán se trata al principio del *Erec*. < <

[51] Capital de Iserterre, país de Clámide. < <

[52] Según el *Erec*, el gigante Mabonagrin vive en una especie de jardín encantado (*Joie de la curt* en francés antiguo: «Alegría de la corte») y mata a todos los caballeros que aparecen por allí. Erec, con su victoria, establece la alegría en aquel paraje. < <

[53] Es decir, sin caminos, pues esta planta crece al lado de ellos. < <

[54] Quizá referido al juego consistente en lanzar el hacha, que podía perderse en el bosque, o a la propia hacha de los leñadores. <<

[55] Los caballeros consideraban esta arma, ciertamente, indigna de la caballería. < <

[56] Poppo I o II. Estos condes tenían sus principales posesiones en la región del Meno, aunque también tenían propiedades en Eschenbach. Wolfram pudo empezar su carrera bajo su protección. < <

[57] Alusión a la mala costumbre de escarbarse los dientes con el cuchillo y beber con la boca llena. < <

[58] Los barones de Truhendingen tenían su sede a unos 30 km al sur de Eschenbach. Famosos eran los buñuelos de Wassertrüdingen, muy próximo de ese Eschenbach, a los que quizá se refiere Wolfram. < <

[59] Protagonistas del *Erec* y del *Tristrant*. Las dos Isoldas son la amante y la esposa de Tristán. < <

[60] Como bebida popular, la cerveza no era muy apreciada en la sociedad cortesana. < <

[61] En Wolfram el matrimonio se realiza así, sin necesidad de ceremonia religiosa. < <

[62] Símbolo del matrimonio. < <

[63] Los troncos, en posición horizontal junto a la muralla, se hacían descender de punta sobre los enemigos, mediante los cables y las poleas. < <

[64] Mezcla explosiva al contacto con el agua. Su invención se atribuye a los árabes. Se componía de petróleo, azufre, trementina, cal y otros ingredientes. Se consideraba arma maravillosa. <<

[65] Los erizos servían para romper la muralla. Los gatos tenían un techo y se desplazaban sobre ruedas. Estas máquinas ya eran conocidas de los romanos. <<

[66] Propiamente, el esposo de Condwiramurs, la hija de Tampenteire. < <

[67] El gentilicio Poncio era tomado a menudo erróneamente como derivado de la inexistente Poncia. < <

[68] A unos 20 km al este de Eschenbach. El castillo de Klein-Amberg era sede de los condes. < <

[69] Hermana del rey Anfortas, rey del Grial. < <

[70] Las camas se utilizaban también, como aquí, para sentarse. < <

[71] Hay vanos castillos con ese nombre. Lo más probable es que se trate del que está cerca de Amorbach, en el Odenwald. Se cree que allí leyó Wolfram parte de su obra. < <

[72] Empieza aquí la escena del Grial. Las interpretaciones se reducen principalmente a las cristianas, mítico-orientales y célticas. Para las primeras, el Grial es un ciborio o un cáliz, la bandeja de plata una patena y la lanza la que perforó el costado de Cristo. Para las segundas, habría paralelismos con mitos como los de Osiris y Adonis. La lanza ensangrentada y la pregunta liberadora son algunos de los motivos que entroncan con la tradición céltica. La cristianización progresiva de temas paganos es quizá la hipótesis más plausible. < <

[73] Las mesas se armaban al ir a comer, no eran fijas como en la actualidad. < <

[74] En la Edad Media se comía con los dedos, que se lavaban en palanganas. <<

[75] La propiedad de producir milagrosamente todo tipo de alimentos es una peculiaridad del Grial de Wolfram, quien desarrolla libremente las ideas de Chrétien de Troyes. < <

[76] Titurel es el fundador de la dinastía del Grial y bisabuelo de Parzival. Se trata del anciano hermoso que estaba tumbado en una habitación durante la cena del Grial. < <

[77] Trama fundamental del Iwein de Hartmann von Aue. Lunete quiere que Iwein, que ha matado a Ascalun, esposo de Laudine, se case con ésta, cosa que realmente sucede. < <

[78] Lac, padre de Erec, significa en francés «lago», y de ahí la broma con la fuente del mismo nombre. < <

[79] En sentido estricto, la parte cubierta en el caballero es la protegida por el escudo. < <

[80] Juego de palabras en el original. El alto alemán medio *vilan*, tomado del francés («villano»), suena parecido a *vil an* («mucha ropa encima»). < <

[81] El público sabe que los dos reinos de Lähelin son realmente de Parzival, aunque éste lo desconoce. < <

[82] Alusión no aclarada. Probablemente se trata de personas conocidas en el círculo de Wolfram. < <

[83] Dodine es un caballero del rey Arturo. Taurian sólo aparece aquí. < <

[84] Wolfram malinterpreta la fuente, con lo que hace rey al escudero. < <

[85] Heinrich von Veldeke trató el tema del amor en su *Eneida*, aunque aquí probablemente se refiere a un árbol del amor procedente de alguna obra suya no conocida. < <

[86] No se conserva ningún testimonio de la muerte por amor de Kardeiz. < <

[87] Este landgrave era uno de los más poderosos de Alemania, además del principal mecenas. < <

[88] No se conserva esta canción de Walther von der Vogelweide, el principal *minnesänger* medieval alemán. < <

[89] No se ha podido identificar. Al estar Reisbach cerca de Landshut, pertenecía quizá a la corte bávara. < <

[90] No está documentado en la literatura medieval este episodio referido a Gawan. < <

[91] Recuérdese, por Keye en la corte de Nantes. < <

[92] Gran ciudad imaginaria de Oriente. Supuestamente la mayor, junto con Babilonia. < <

[93] El mulo era poco frecuente en Alemania y bastante apreciado, como los caballos de Hungría. <<

[94] Para una mujer eran unos saberes extraordinarios: aparte de los principales idiomas, había estudiado el *trivium*, que terminaba con la dialéctica, y el *quadrivium*, que culminaba con la astronomía (incluida la astrología). < <

[95] País no identificado. Aparece también en el *Willehalm*, de Wolfram. < <

[96] El cebo, artificial, parecía un insecto, igual que en la pesca de hoy. El sentido es: «embaucador». < <

[97] Ciudad fabulosa, símbolo de la riqueza, localizada en la India. El nombre quizá está construido sobre la denominación medieval de Ceilán (Taprobana). < <

[98] Idea llevada al extremo y a lo paradójico del amor cortés, en la que se pone el énfasis en el no cumplimiento del amor. En la lírica se producen las mejores canciones en torno a 1200. < <

[99] Francés antiguo: *chastel merveille* («castillo de las maravillas»). < <

[100] La inocencia debía demostrarse en un duelo. El más fuerte tenía la razón. Al contrario que en el texto, el duelo no era a muerte. Ascalun es, como su capital, un reino imaginario o, al menos, no identificado. < <

[101] Se refiere a la India, denominada de formas similares por algunos autores antiguos. < <

[102] Protagonista de *Cligés*, de Chrétien de Troyes. Aparece en este tipo de literatura como hijo del emperador bizantino Alejandro y como sobrino segundo del rey Arturo, en cuya corte actúa. < <

[103] El original *turkoyte* es muy oscuro. Podría estar relacionado con *turkôple* («arquero a caballo»), que ocupaba altos cargos, o con los turcos, o con otros términos, tanto o más problemáticos. < <

[104] Ciudad no identificada. Quizá Agra, en la India, pues el acero indio era famoso. < <

[105] País de Oriente, no identificado. Wolfram lo cita varias veces en relación con el bambú. < <

[106] Moneda inglesa, cuyo nombre se conserva aún en la libra esterlina. < <

[107] Reina de Janfuse. < <

[108] El cadáver de Isenhart presidía el asedio. < <

[109] Este último pasaje era como un epílogo para la obra. La unidad de los seis primeros libros se rompe con las aventuras de Gawan. Quizá coincida la ruptura con un cambio de mecenas. < <

[110] Francés antiguo: *bea roche* («roca bella»). < <

[111] Ambos países, de Oriente, desconocidos. Los arqueros a caballo tienen origen turco, como se ve aún en su nombre: *turkôple*. < <

[112] Wolfram utiliza el símil del torneo, aunque se trata de un combate real. < <

[113] Propia de los pobres o, menos probablemente, de los penitentes y peregrinos. < <

[114] Juego imposible de identificar. Quizá se trataba de adivinar el número de dedos extendidos, o bien era un juego con anillos. <<

[115] Obilot tenía unos siete años. Aunque no faltan en la literatura medieval protagonistas femeninas de una edad similar, como la de *El pobre Enrique*, de Hartmann von Aue, lo normal es que tengan más de doce años. Son muy frecuentes las de catorce o quince años. A pesar de la edad de la hablante, Wolfram sigue fiel a su estilo elevado, tan característico de él, en los diálogos y en los monólogos. < <

[116] Ciudad o país no identificado, en las riberas del Tigris. < <

[117] País, no identificado, de Oriente. < <

[118] Las fortificaciones se ponen delante de cada una de las puertas.
< <

[119] Wolfram se refiere al sitio de Erfurt en 1203. Quizá luchó allí. Es uno de los pocos datos seguros para fechar la épica cortesana alemana. <<

[120] El escudo es imaginado como una gavilla, que la lanza trilla hasta reducir a añicos. < <

[121] Alusión al *Lancelot* de Chrétien de Troyes. Una espada enorme y muy afilada constituía el puente. < <

[122] Como esposa del rey Meljanz, Obie será su reina y señora, en el sentido feudal. < <

[123] Alusión a la *Eneida*, de Heinrich von Veldeke. Según esta obra, Cartago tenía 700 torres. < <

[124] El parecido se debe principalmente a que son primos. El parentesco es fundamental para Wolfram. < <

[125] Esta comparación con el principio del *Erec*, de Hartmann von Aue, parece traída por los pelos. Es posible que tenga una intención irónica. < <

[126] El Haidstein es un monte, en Baviera, en el que tenían un castillo los margraves de Vohburg. La margravina podría ser Elisabeth, esposa de Berthold II. Murió antes de 1199. No se sabe si Wolfram la conoció personalmente, aunque es posible que tuviera relación con la familia, como otros poetas. <<

[127] Gawan no puede decir quién es si desea tener éxito con Antikome. < <

[128] Todo el pasaje está lleno de un erotismo poco usual en la épica cortesana alemana. Es extraño que las damas de compañía saliesen, como lo es el símbolo del águila, poco apreciada en esta literatura, pues apenas selecciona las presas. Al extremo se llega cuando Gawan introduce la mano hasta las partes pudendas de la dama, aquí eufemísticamente llamadas «caderas». Ambos proceden de hadas, lo que explicaría en parte su inclinación al amor. < <

[129] El ajedrez era un juego principalmente de los nobles. Las figuras y el tablero eran mucho más grandes que en la actualidad, un rasgo que se exagera aún más en el texto. < <

[130] Dollnstein se encuentra en Baviera. Al parecer, las mujeres llegaban a ponerse la armadura en carnaval. < <

[131] La comparación, ciertamente tan exagerada e insólita como es capaz de hacerlas Wolfram, se basa en la figura de la mujer, realzada por la moda (cintura muy estrecha y busto prominente). < <

[132] Kyot no ha podido ser identificado de forma fehaciente. Quizá sea un recurso literario del autor. Debido a que el *Parzival* fue escrito en diversas etapas, Wolfram se contradice cuando, más adelante, indica que sólo una parte de la historia tiene como base una fuente árabe. < <

[133] En la Eneida de Heinrich von Veldeke, Dranzes, reflexivo, propone acabar la guerra entre Latinus y Eneas mediante un duelo entre Turnus y Eneas, pero Turnus le reprocha su cobardía. < <

[134] Véase nota 14. < <

[135] Personaje belicoso del *Cantar de los Nibelungos*, que anima a los nibelungos a luchar (libro XXXVIII). < <

[136] Rumolt actúa como maestro de cocina en los *Nibelungos*. Aconseja a Gunther dedicarse a comer, a beber y a las mujeres, en vez de aceptar la invitación de los hunos. Según una versión del cantar, las rebanadas se untan de aceite y se hierven. <<

[137] Hay aquí alusiones a antiguas leyendas del ciclo de Teodorico (muerto en el 526). Sibeche, consejero de Ermanarico, aparece en varios textos como cobarde e infiel. Ermanarico, rey de los godos, del siglo IV, aparece en la épica heroica como rival de Teodorico. <<

[138] Unían las medias con el pantalón (que era siempre corto). <<

[139] Broma procaz de Wolfram. Bajo el eufemismo de las plumas se esconde el primer vello de las partes pudendas de las doncellas. Esta interpretación encuentra apoyo en otros textos. <<

[140] *Sich verlign* («estar demasiado tiempo tumbado») indica el incumplimiento de los deberes del caballero. Es el eje de la temática del *Erec*, quien, entregado al amor de su esposa, olvida ir en busca de aventuras, hasta que se restablece el equilibrio entre ambas obligaciones. El defecto contrario es *sich verfarn* («estar excesivamente de viaje»), y constituye el tema central del *Iwein*. <<

[141] Algunas damas, como aquí, eran realmente encerradas entre cuatro paredes, sin puertas. El agua del arroyo, que pasa por debajo, les permite beber. < <

[142] En el *Iwein* Lunete aconsejó a su señora Laudine casarse con Iwein, que había matado a su marido, y consiguió convencerla. <<

[143] Wolfram usa la palabra *templeise*, creación propia. No es totalmente seguro que quiera referirse a los templarios, aunque es lo más probable. Los caballeros del Grial tienen semejanzas, aunque también importantes diferencias, con los templarios, orden creada en 1119 y que llegó a su máximo esplendor en el siglo XIII. <<

[144] No identificado. Podría tratarse del astrónomo Al Fergani (siglo IX). < <

[145] Pasaje especialmente oscuro. Probablemente se quiere decir que Flegetanis era de una estirpe muy noble y muy antigua hasta que Cristo se encarnó, con lo que el judaísmo perdió prestigio. <<

[146] Wolfram se refiere, sin duda, a los planetas. Ciertas imprecisiones en el campo de la astrología indican que sus conocimientos distaban de ser los de un experto. < <

[147] Reino no identificado. < <

[148] Wolfram es muy riguroso con la articulación temporal de la historia. Aquí Trevrizent se basa probablemente en la ola de frío que desata la fallida visita de Parzival al rey del Grial. <<

[149] Bien en sentido literal, pues carecían de cuerpo, bien figurado, pues Dios los había creado como seres buenos, sin odio (que se entendía como procedente de la hiel). < <

[150] Astiroth es la diosa fenicia Astarté y aparece en la Biblia como compañera de Baal. Belcimón es, según san Agustín, Baal. Belet es probablemente otro nombre de Astarté. Radamanto cuidaba del infierno en la *Eneida* de Veldeke, que desarrolla el personaje que ya aparecía en Hornero, Virgilio y Ovidio. < <

[151] Según el Génesis, sin embargo, Caín mata a Abel porque Dios no ha aceptado su sacrificio, pero sí el de Abel. < <

[152] Platón aparece como maestro de retórica, como orador y como profeta que anuncia a Cristo. Wolfram se refiere a las imitaciones cristianas y judías de los oráculos antiguos de Sibila. <<

[153] Si el simbolismo y las características de la piedra son oscuros (¿por qué se convierte en más importante un objeto, aunque pueda representar al altar, que la hostia sagrada?), también lo es su nombre: *lapsit exillis*. *Lapsit* es con toda probabilidad *lapis* («piedra»). Ambas palabras se han interpretado, principalmente, como «piedra pequeña», «piedra del cielo», «piedra de los sabios», «piedra del exilio» o «piedra de sílice». Wolfram podía tener en la mente también una piedra preciosa. <<

[154] Al parecer, el Grial se remonta hasta la Creación. Parece ser que los ángeles neutrales cuidan del Grial desde la caída de Lucifer hasta la Encarnación, quizá para purificarse. Aquí el eremita no sabe si esos ángeles se salvaron, aunque más adelante dirá que fueron condenados para siempre. <<

[155] El parentesco con Ither y la muerte de la madre. < <

[156] Áspid, serpiente venenosa de Egipto, aparece en textos antiguos, como la Biblia. Ecidemón es un animal fabuloso, así como Echontius (griego: *akontías*, serpiente anfibia). El origen de los otros tres nombres, también de serpientes, es menos claro, aunque figuran en tratados de la época. <<

[157] Citados en el Génesis (II, 11 y ss.). < <

[158] Wolfram sigue aquí, imprecisamente, a Heinrich von Veldeke (y éste, también libremente, a Virgilio). < <

[159] Ya en las *Etimologías*, de san Isidoro, aparece el pelícano como símbolo del amor que se ofrenda a sí mismo, y del propio Cristo. Según el *Phisiologus*, hacía revivir a sus crías rociándolas con la sangre que extraía de la herida que él mismo se hacía en un costado. Wolfram varía algo el tema. <<

[160] Quizá se refiere a la bistorta y a sus legendarias propiedades. < <

[161] En la antigüedad se usaba ya, traído de la India, contra el olor de las heridas. < <

[162] Las tres de la tarde (nueve horas después de las seis de la mañana). < <

[163] Por la sal del pescado en salazón, que solía comerse en tiempos de abstinencia. < <

[164] Monte no identificado. Junto a nombres fabulosos, figuran en lo que sigue lugares muy precisos, sin que se conozca la razón. <<

[165] De Acremonte, cerca del Etna. < <

[166] En Estiria, al igual que Cilli. < <

[167] No identificado, como Barbigöl. <<

[168] Es posible, aunque no seguro, que la ciudad se corresponda con alguno de los dos pueblos, cerca del Rohitsch, que se llamaban Candin. <<

[169] En tiempos de Wolfram los legos también podían absolver de los pecados. < <

[170] Camila es reina de las amazonas en la *Eneida* de Heinrich von Veldeke. Muere heroicamente luchando contra los troyanos. < <

[171] Según una elegante moda de los caballeros de avanzada edad.
< <

[172] Las cintas de las damas les cruzaban la frente, las mejillas y el mentón, y ocultaban buena parte del rostro. < <

[173] Las fuentes de este pasaje de Adán son el Génesis y el *Lucidarius*. <<

[174] Francés antiguo: *eave esroite malvoiée* («agua estrecha en mal camino»). < <

[175] La violación era muy frecuente en la Edad Media. Los nobles importantes, como Urians, sufrían penas bastante pequeñas por ella. El recurso de Wolfram, ofrecer la rendición a cambio de la protección, carece de base jurídica. < <

[176] Las ventanas con cristal, de origen árabe, eran aún poco frecuentes a principios del siglo XIII. < <

[177] «Tierra de las Maravillas», en francés antiguo. < <

[178] En francés antiguo, «Cama de las Maravillas». <<

[179] Wolfram demuestra tener muy pocos conocimientos de navegación, pues imagina a este singular barquero con barcos grandes de distintos tipos, que se utilizaban en el mar y que sólo conocía de oídas. < <

[180] *Mahmumelîn* en el original, del árabe *amîr al-muminîn* («príncipe de los creyentes»), título de los califas almohades. < <

[181] Al lado de Augsburgo. Lugar de batallas de unos 40 km de longitud. <<

[182] Alusión a un episodio del *Tristrant*, de Eilhart von Oberg. Gymele, criada de Isolda, pone un almohadón mágico a Kahenis, amigo de Tristán, que cae en un profundo sueño, por lo que, aunque duerme con ella, no consuma el amor. < <

[183] Garel es un caballero de la Tabla Redonda. Los dos episodios no proceden de ninguna obra conservada. < <

[184] Alusiones a episodios del *Erec* y del *Iwein*, de Hartmann von Aue. < <

[185] Alusión al *Cligés*, de Chrétien de Troyes. Surdamur (o Soredamor, «hermana de amor») ama al emperador Alejandro y muere de amor al sucumbir él. < <

[186] Tela de lana que llevaba el nombre de la capital de Bujaria (Turquestán, en Asia central). < <

[187] Se toma como referencia en esta descripción la tumba, en forma de torre, de Camila, reina de las amazonas en la *Eneida* de Heinrich von Veldeke, tal como la había construido el arquitecto Geómetras. < <

[188] Véase nota 103. Wolfram llama *turkoyte* al acompañante y guardián de Orgeluse. < <

[189] Sinzester en el original. Identificación dudosa. < <

[190] Se refiere a Orgeluse, quien, según esto, es viuda. < <

[191] Ciudad no identificada. < <

[192] Los mensajeros eran una de las principales fuentes de información en las sociedades sin verdaderos medios de comunicación social. Como se evidencia aún en *La nave de los necios* (1494), de Sebastián Brant, que les dedica un capítulo, tenían fama de no callar precisamente el contenido de los mensajes. < <

[193] Denominación griega y romana de los tártaros orientales, famosos por fabricar finas ropas de seda. < <

[194] Ciudad inventada por Wolfram, así como Thasme, a partir de nombres de telas. < <

[195] Latín medieval: sarantasmum o exarentasma. < <

[196] Los sexos permanecen separados desde la niñez, máxime en Schastel Marveile, donde nació y se crió Itonje. Ya se ha visto cómo los caballeros esperan a un lado a Gawan, y las damas a otro. La misma separación se verá más adelante en la mesa. <<

[197] Sabios árabes. Thabit pertenece al siglo X, y Kancor no ha sido identificado. < <

[198] El díctamo se consideraba apropiado contra las flechas (en este caso, de Cupido). < <

[199] Francés antiguo: Terre de Labour (italiano: Terra di Lavoro). Región de Campania, al este de Nápoles. < <

[200] En la época de Wolfram, el poeta Virgilio, enterrado en Nápoles, pasaba por mago. < <

[201] La castración era una pena que se imponía a veces en caso de adulterio. < <

[202] Antes, Kalata Bellota (árabe: *Kalath al Bellut*, «Castillo de los Robles»). Castillo próximo a Sciaccia, en el sur de Sicilia. < <

[203] Wolfram sigue aquí la confusión de algún otro texto, pues Pérsida era la antigua Persia, no una ciudad. El persa Zaratustra era considerado el fundador de la magia. < <

[204] Utepandragun era el marido, después fallecido, de Arnive. < <

[205] Francés: *Pont* («puente»). < <

[206] Latín medieval: *palmacium*, un tipo de seda suave. <<

[207] Lugar imaginario, construido sobre *ecidemôn* («armiño»). < <

[208] A los troncos se les ha quitado la corteza. Después han sido pulidos y, quizá, coloreados. < <

[209] Medida de longitud, equivalente al espacio que recorre un caballo a pleno galope. Las dimensiones del círculo son muy exageradas. < <

[210] Lugares imaginarios. Cynidunte sería en griego «los de los dientes de perro». < <

[211] Supuesta estrella de la astronomía medieval, que se imaginaba en el polo sur del cielo. < <

[212] Quizá deformación de Gamphasantes, gentilicio de un pueblo africano. < <

[213] El original *ecidemôn* ha recibido otras interpretaciones. Se entiende aquí probablemente como un animal fabuloso, que se enfrenta a las serpientes y que, como la comadreja, despide un olor fétido. < <

[214] Los dos primeros topónimos son creación de Wolfram. < <

[215] La fábula se inspira en san Isidoro y en el *Physiologus*. < <

[216] Thasme estaba en los dominios del pagano Feirefiz. < <

[217] Tabronit es el lugar de origen de Secundila. < <

[218] Este árbol fabuloso tenía las mismas propiedades que las del mineral que le da nombre. < <

[219] Denominación griega del carbúnculo. < <

[220] Estas telas hacían las veces de paredes, que aislaban y protegían del sol. < <

[221] Ciudad portuaria en la región de Calais. < <

[222] Muchos de estos nombres se asemejan de algún modo a los que se hallan diseminados en la obra *Collectanea rerum memorabilium*, de Cayo Julio Solino (siglo III). La lista guarda cierto paralelismo con la de las piedras preciosas del libro decimosexto. Los nombres están aquí más o menos deformados, en parte para conseguir un efecto exótico. La fuente directa de Wolfram se ignora. <<

[223] La mayoría de estos nombres son creación de Wolfram. A los oyentes les sonarían en muchos casos como franceses. < <

[224] Hércules se confunde aquí con el emperador bizantino Heraclio, quien, según *Eracle*, de Gautier
d'Arras
(reelaborado en alemán por Otte en su *Eraclius*), era un excelente conocedor de las virtualidades de las piedras preciosas. Algo parecido se decía de Alejandro Magno y de Pitágoras. < <

[225] Material desconocido, quizá emparentado con el latín medieval *triacontasinum*, que, según se decía en la época, contenía oro. < <

[226] El término original (*gênit*), sólo documentado aquí, podría significar también «civeta». < <

[227] Wolfram conocía los nombres de algunas de las numerosas traducciones del árabe al latín. El autor está lejos de buscar una transliteración precisa. Se citan, respectivamente, las siguientes «estrellas»: Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Venus, Mercurio y Luna. <<

[228] Se creía que las salamandras producían una fibra resistente al fuego. < <

[229] Casi todos estos nombres aparecen en De lapidibus, de Marbod von Rennes. Muchas de las denominaciones están adaptadas del latín medieval. < <

[230] Francés moderno: *fleuri* («florido», «saludable»). < <

[231] Éste es otro de los pasajes famosos por su oscuridad. Quedan en tinieblas, entre otras cosas, el sentido y alcance de la mentira de Trevrizent. Se ha pensado que puede tratarse de un añadido posterior, debido a las peculiares y peligrosas ideas de Wolfram sobre los ángeles. <<

[232] Confluyen aquí dos Kyot: el supuesto autor de la fuente de Wolfram («el provenzal») y el duque Kyot, de origen catalán. < <

[233] Los detalles de estos tipos de ataque son controvertidos. El tercero podría significar también «ataque sin tomar carrera». <<

[234] Wolfram trata de concretar la nebulosa idea del legendario y fabuloso rey que lleva el nombre de Preste Juan de las Indias. < <

[235] En la base de esta historia final de Lohengrin está el Caballero del Cisne, presunto abuelo de Godofredo de Bouillon, conquistador y libertador de Jerusalén
(1058-1100)
, y con ello el deseo de hacer descender de los Anjou a los reyes de Jerusalén. < <

[236] Alusión a la prohibición de hablar que en el *Erec* impone el protagonista a su esposa Enite, y que ella siempre incumple. < <

[1] A. van Gennep, *La Formation des Légendes*, París 1929. < <

[2] Hans Söderberg, *La Religion des Cathares*, Uppsala 1949. < <

[3] En 1247, el Patriarca de Jerusalén envió al rey Enrique III de Inglaterra un Santo Grial procedente de Nicodemo y de José de Arimatea, adornado con esmeraldas. < <

[4] J. Fourquet, *Wolfram et le Conte del Grial d'Eschenbach*, Les Belles-Lettres, París 1938. < <

[5] G. Cohen, *Chrétien de Troyes et son œuvre*, Boivin, París 1931. < <

[6] J. L. Weston, *From Ritual to Romance*, 1920. < <

[7] A. Nutt, *Studies on the Legend of the H. Grail*, 1888. < <

[8] Wiersma—Verschaffelt, «Les Trois degrés d'initiation
au Graal païen», en *Cahiers cathares d'études*
, n.º 3. <<

[9] En los versos
1282-1283
de *El caballero de la carreta*, Lanzarote, por fidelidad a Ginebra, rechaza el amor de la hermosa y graciosa joven que le ofrece hospitalidad a cambio de compartir su lecho. La joven, maravillada de su heroísmo, le proclama el mejor caballero del mundo. <<

[10] Andreae Capellani, *De amore libri tres*, Trojel, París. < <

[11] R. Nelli, « L'Échange des coeurs», en *Cahiers du Sud*, 1949. < <

[12] «¿Por qué dudas tanto, Perceval? ¿Por qué no diriges tus pensamientos hacia tu bella y casta esposa? Es a Condwiramurs a quien me refiero. Sólo así podrás salvar tu vida». (*Parzival*, cfr. pág. 349). < <

[13] E. Burnouf, *Le Vase sacré*, París 1856. < <

[14] Un vaso caldeo del que salen el árbol de la vida, dos chorros de agua y dos peces. G. Cohen, *op. cit.*, pág. 450. < <

[15] Sin duda Gregorio de Tours sigue los *Hechos de Pilatos* para, contar el encarcelamiento de José, su viaje por mar y su llegada a Bretaña, donde predica el Evangelio. Sin embargo, esta tradición sobre el apostolado de José se mantuvo ignorada en Inglaterra hasta mediados del siglo XII. < <

[16] Por ejemplo, el caldero de la abundancia y la eterna juventud poseído por Bran, hijo de Llyr. < <